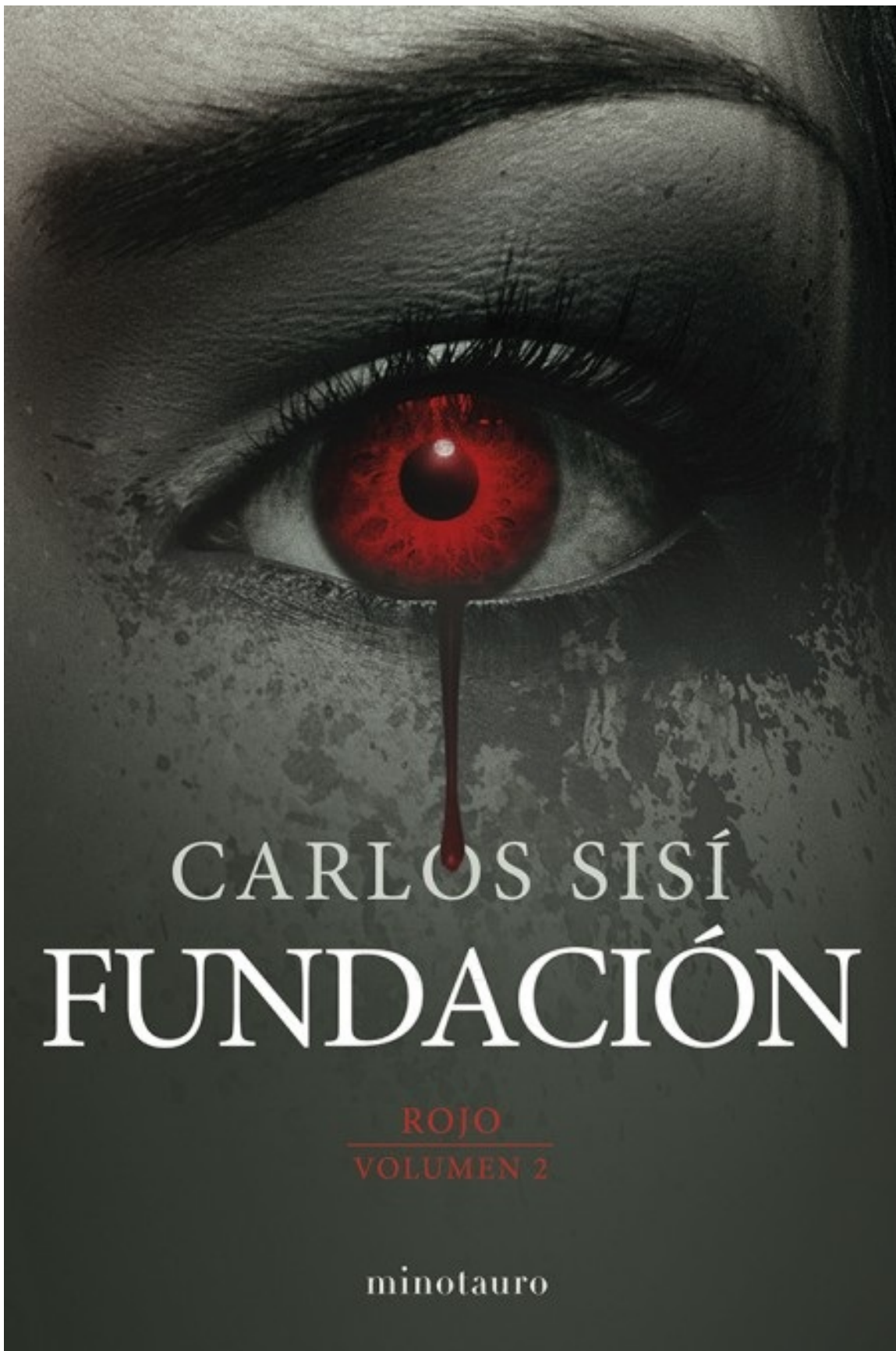


CARLOS SISÍ
FUNDACIÓN

ROJO
VOLUMEN 2

minotauro



CARLOS SISÍ
FUNDACIÓN

ROJO
VOLUMEN 2

minotauro

Índice

[Portada](#)
[Sinopsis](#)
[Portadilla](#)
[Dedicatoria](#)
[Alan, Ben y la hendidura](#)
[La tormenta](#)
[Reuniones](#)
[La decisión de Anne](#)
[Auge y caída de los Naahvrantaar](#)
[Liz Sheehan](#)
[Otra vez menos](#)
[Los puntos de secuestro](#)
[Trae a tu hermana](#)
[Pequeños secretos](#)
[Los trazos de Delacroix](#)
[La cuestión con Sacramento](#)
[Yo soy la tormenta](#)
[Arde París](#)
[Zorros y conejos](#)
[El fantasma de Sacramento](#)
[El desequilibrio](#)
[Dos destinos](#)
[La Marea Roja](#)
[Otne Marcas](#)
[La batalla de Nashville](#)
[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

América no responde. Ya nadie está a los mandos. En el resto del mundo, los medios evitan usar la palabra «vampiro». Los llaman El Enemigo, la Marea Roja, o metahumanos, pero se les llame como se les llame, están llegando a Europa. Son cada vez más fuertes. Las mentes sincronizadas de Elexia y Alkibiades están despertando a los Nueve, y sus planes de venganza son imparables.

En Canadá, la Tormenta ha privado a los supervivientes del respiro del Sol, y en su epicentro se reconstruye la vieja gloria de Tusla Edron. Pero la balanza del equilibrio natural, lenta pero segura, ha actuado: Aquí y allí, surge una nueva e inesperada resistencia: Liz Sheehan, Bolt Power y Donehogawa Parker, entre otros, hacen un frente común para detener la supremacía del vampiro.

CARLOS SISÍ

FUNDACIÓN

ROJO

VOLUMEN 2

minotauro

Para Ian, Norah y Sacha, por mantenerme escribiendo

DESPUÉS

«No creo que nadie aguantara mucho cuando la tormenta comenzó. Los que intuimos lo que eso significaba y decidimos que era mejor salir de allí y poner tierra por medio, nos salvamos, pero fue una decisión rápida. O te movías o no, pero si te quedabas dudando, pensando si..., bueno, si aquello pasaría, o si sería cosa del tiempo más que de los vampiros, entonces... entonces estabas bien jodido. Mucha gente acabó así: jodida. No nos sobró ni un solo minuto, amigo, ya se lo digo. Ni un puñetero minuto. De todas maneras, creo que los que nos salvamos, los que pudimos escapar a esa tormenta de los cojones, lo hicimos porque estábamos cerca del linde. Llegamos a la frontera con todos esos cabrones saliendo de todas partes. ¿Sabe...? Veíamos los edificios y de algún modo sabíamos que la mayoría ocultaban vampiros en su interior, ¿vale? Era algo que se sabía, sí, y alguna vez comenté con mi amigo John: “Tío, más nos valdría quemarlo todo. Quemar toda la puta ciudad, o sea, entera. Pero no esta, sino todas. Que no quede una sola cama donde meterse, ni un solo armario en el que refugiarse cuando sale el sol”. Pero una cosa era intuirlo y pasar al lado de las casas pensando: “Vaya, ahí dentro debe de haber uno o dos vampiros”, y otra cosa era verlos salir por todas las ventanas, por las puertas, mientras conducías a toda velocidad cagado de miedo porque el sol, de repente, se había ido al carajo.

»Y eso no fue lo peor. Coño. Perdona..., no suelo llorar, pero... Los recuerdos, sí.

»No. La tormenta no fue lo peor.

»Lo peor vino después.

Capítulo 1

ALAN, BEN Y LA HENDIDURA



—¿Cómo va esa rodilla? —preguntó Ben.

Alan sonrió. La pregunta tenía su gracia, por cómo la había formulado. «Cómo va esa rodilla.» Así es como preguntaría un adulto, un compañero de trabajo tal vez, o un entrenador personal que se interesa por el estado de salud de su jugador después de un partido; probablemente, después de escupir en la hierba. Pero Ben tenía solo seis años.

—No va mal, Ben. Duele un poco, ¿sabes? —Dudó unos instantes y añadió —: Pero si estás cansado puedo llevarte un rato más.

Ben sacudió la cabeza.

—No, no estoy... cansado.

Alan lo espió brevemente sin que se diera cuenta.

No estaba cansado. Estaba agotado. Tenía el pelo sucio pegado sobre la frente, y calculaba que había perdido al menos cinco kilos desde que empezó todo. Eran muchos kilos para un niño de seis años que no tenía sobrepeso. La rodilla derecha asomaba, huesuda, por un desgarró del pantalón.

Alan suspiró. No podía volver a pensar en eso. Se lo había prometido. Tenía demasiadas cosas en las que pensar como para añadir la preocupación por la salud del niño. Primero, seguridad. Luego, salud. Así estaban las cosas. A veces era demasiado difícil encontrar agua siquiera.

Se detuvo y hurgó en el bolsillo de su mochila.

—¿Vas a mirar el *napa* ?

—Mapa, Ben. Se dice mapa.

—El *napa* .

—Sí. Vamos a mirar el mapa un momento, a ver si ya es suficiente.

Aún quedaba un poco para el anochecer. El cielo empezaba a decolorarse, a adquirir los tonos lánguidos del ocaso, sobre todo por el oeste. En un par de horas sería de noche, y para cuando eso ocurriera tenían que estar protegidos. La otra cosa eran las montañas, desde luego. Solo Dios sabía cómo las cruzarían teniendo él la rodilla como la tenía, pero confiaba en que la pierna aguantara, y, sobre todo, confiaba en Ben. Se había estado portando como un auténtico campeón. Un campeón de la vida. No recordaba que él hubiera llegado a aguantar ni la mitad de lo que había pasado el chico cuando tenía su edad, pero aquellos eran tiempos mejores, y a ningún chaval se le pedían los sacrificios a los que había tenido que enfrentarse él.

Desplegó el mapa y frunció el ceño.

Ben esperó pacientemente, a su lado. Tenía los ojos entrecerrados debido al cansancio y una pátina de mugre por toda la cara. Antes de concentrarse en el mapa, Alan se dijo que, cuando llegaran al río, tendría que asegurarse de lavarlo bien.

El mapa estaba casi deshecho, sobre todo por las esquinas. Se había doblado demasiadas veces. Se había mojado con la lluvia y, sobre todo, con el episodio del lago, pero los descoloridos círculos rojos que había trazado con ayuda de un rotulador y una regla seguían allí. Marcaban la distancia de seguridad entre núcleos de población y, a decir verdad, casi cualquier sitio donde los monstruos pudieran ocultarse para pasar la noche, hasta donde él podía recordar. Era posible que se le hubieran escapado uno o dos lugares: la gente construía cosas por todas partes en todo momento, y hacía demasiado que él no zascandileaba por aquella zona como lo solía hacer antes, cuando deambulaba colina arriba y colina abajo montado en su motocicleta, deteniéndose en cualquier punto alto al mediodía para echar la meada. Era el momento cumbre de la ruta, cuando sacaba al pajarito al aire y soltaba un buen chorro sobre el suelo mientras respiraba profundamente y pensaba: «Esto es vida». Y lo era, sin duda. Vaya si lo era. Era vida cuando podía ir de un lado a otro sin tener que preocuparse por los monstruos, y podía circular despacio hacia su casa y detenerse, tal vez, en el Tom's Lounge para pedir un filete con puré de patata y batido de vainilla o una tarta de moca. Le gustaba tanto la tarta de moca como Wendy, la camarera. Pero aquellos días se habían esfumado, como casi todo lo demás. El bareto de Tom era un edificio abandonado que olía a menta rancia, y Wendy, que a veces le daba una alegría o dos en la cocina (si estaba de humor),

respiraba con rapidez sobrenatural, oculta bajo los cartones de unas cajas vacías de leche en la misma cocina donde habían jugado con su pajarito.

—Bueno, Ben —exclamó Alan—. Parece que nos hemos alejado lo suficiente.

—¿De verdad? —preguntó.

—Sí. Son buenas noticias, ¿verdad?

—Sí. ¿No llegarán hasta aquí?

—No, seguro.

Se agachó para que el chico pudiera ver el mapa.

—Mira. Estamos aquí. ¿Lo ves? Entre estas dos montañas. Este es el paso que lleva al antiguo aserradero. Por aquí bajaban antiguamente los troncos, antes de que construyeran la carretera que conecta con la autopista. Es un buen paso, porque la autopista pasará hasta cincuenta metros por encima de nosotros, y aunque hubiera coches donde los monstruos pudieran esconderse, no se les ocurrirá mirar aquí abajo, donde no hay nada.

Ben asintió.

—¿Ves los círculos rojos? —preguntó Alan.

—Sí —respondió el chico moviendo la cabeza con sorprendente energía.

—¿Ves lo lejos que están?

—Sí. Significa que no pueden ir más allá, ¿verdad?

Alan sonrió. Se lo había explicado cincuenta veces, pero por algún motivo, el chico seguía pidiendo una explicación. Suponía que escuchar la historia de los círculos le daba seguridad.

—Eso es. Es la distancia en kilómetros que he calculado para que uno de esos monstruos pueda desplazarse, teniendo en cuenta que debe volver a su agujero al amanecer.

—Porque el sol los mata.

—Sí, Ben. El sol los mata. Así que tienen que esconderse. Si van más allá de estos círculos, no llegarán a tiempo, y los monstruos...

—Los monstruos no son tontos.

Alan asintió.

—Así que, sencillamente, no lo hacen. Fuera de estos círculos estamos a salvo.

No era verdad, pero Alan asintió igualmente. Tenía que dejar un resquicio para la esperanza, adoptar una suerte de reglas que el chico pudiera manejar y a las que agarrarse para desarrollar fuerzas que le permitieran seguir luchando. Objetivos. Si le decía que, en realidad, estaban los tipos malos que obedecían

ciegamente a los monstruos y que podían moverse de día o de noche, el chico se le apagaría en el camino como una vela, y el desánimo, por no hablar del terror, le haría perder no cinco, sino diez kilos.

Guardó el mapa.

—Ahora deberíamos buscar un sitio protegido del viento para dormir. Se está levantando con fuerza, y cuando sopla así, quién sabe. Hasta podría llover.

—¡Me gusta la lluvia! —declaró Ben.

—Sí. La lluvia nos gusta, ¿verdad? Pero nos gusta mirarla desde detrás de los cristales cuando estamos en casa y la chimenea está encendida, no cuando estamos en mitad del campo cargando con cosas como una manta que huele a...

—¡Pedo de vaca! —rio Ben.

—Eso es. Pedo de vaca. ¡Qué asco! Así que buscaremos un lugar protegido. En esa cañada debe de haber salientes bajo los que meternos. Y, ¿sabes qué? Aún tengo panecillos.

—¿Bolos de leche? —preguntó Ben con los ojos muy abiertos—. ¡Dijiste que se habían acabado, maldita *seda* !

Alan rio con ganas.

—Se dice «maldita sea», Ben. Y sí, dije que se habían acabado porque eres un glotón y te los habrías comido todos el mismo día que los encontramos, por eso te dije que se habían acabado.

—Oh, qué mentiroso. ¡Pero vale! ¡Ahora me alegro!

—Podrás comerte dos, y dejaremos otro para el desayuno.

—¡Dos! —exclamó Ben, sonriendo. Era una media sonrisa, sin embargo, minada de cansancio, extenuación y sueño. Había sido un día largo: habían caminado casi todo el día y descansado muy poco, y ese ritmo frenético llevaba repitiéndose al menos una semana. Media sonrisa, o una sonrisa a medio gas. Alan había visto la sonrisa del chico cuando el mundo funcionaba todavía, y era muy diferente. Era brillante. Chispeante. Antes, cuando los niños iban al colegio y jugaban a la Playstation al llegar a casa, merendaban bien y cenaban mejor, y luego se ponían sus pijamas calentitos y les preguntaban a sus padres si ese verano irían a Disneylandia, Florida, y cuánto podían gastar en figuras de Star Wars, y luego se lo comunicaban a sus amigos por WhatsApp antes de dormir en sus camas mullidas con sábanas limpias. Antes. Pero la sonrisa de Ben estaba diciendo «Me apago», y ese esfuerzo débil y casi rendido por expresar su alegría por poder echarse un par de bollos de leche al estómago no ayudaba en absoluto.

—Anda, ven —dijo agachándose y pasando el brazo por detrás de su cintura—. Te llevaré un rato.

—Vale —dijo el chico sin muchas ganas.

Alan comprobó que pesaba mucho menos que al principio. Era un alivio para su rodilla, pero no pudo evitar sentir un desánimo tan lúgubre como descorazonador. Estaba perdiendo peso demasiado rápidamente. Necesitaban encontrar comida, y, sobre todo, necesitaban encontrar comida sana. Legumbres. Verduras. Fruta. Tenía ganas de cocinar para el chico. Había algo lleno de amor por la cocina que se prepara para otros, y Alan lo sabía muy bien porque había vivido en España durante tres años y allí la familia se reunía siempre alrededor de un buen plato para pasar tiempo juntos. A veces, incluso cocinaban juntos, todos parloteando en la cocina y discutiendo sobre lo que llevaba o no llevaba un plato determinado. Cuando se podía, se hacían cosas caseras; cosas como croquetas, que podían encontrarse fácilmente en envases congelados por poco dinero, pero que adquirirían sabores desconocidos cuando se elaboraban en casa, desde cero.

—Si encontramos comida te prepararé algo rico —dijo entonces—. ¿Qué te apetecería, Ben?

Ben no contestó inmediatamente. Había apoyado su cabeza en el hombro de Alan y su brazo colgaba lánguido y bamboleante con cada paso que daban.

—Sopa —susurró—. Me gusta la sopa.

—¡Sopa! —exclamó Alan—. Qué buena. Un poco de sopa con pollo, fideos, huevo, jamón...

—Solo fideos —refunfuñó Ben.

—Vale. Una buena sopa con fideos. No nos gusta el huevo...

—No nos gusta el huevo.

—Nada de huevo. ¿Y qué quieres después? ¿Te gustan las albóndigas?

—Sí. Con tomate.

—En España aprendí a hacer pisto. Lleva huevo, pero lo haremos sin huevo. ¿Sabes qué otras cosas lleva? Lleva calabacines, pimientos rojos y verdes, tomates, cebolla, ajo, un poco de azúcar, sal, y se le puede echar un poco de pan para que tenga más consistencia.

Ben no dijo nada.

—¿Y sabes qué otra cosa lleva?

Silencio.

—Lleva aceite de oliva. Oh, chico..., ese es el auténtico secreto de una buena comida. Un poco de aceite de oliva virgen extra. Vas al supermercado y los miras, ¿vale? Y hay un montón de marcas diferentes. Puedes guiarte por su precio, claro...; cuanto más caro, mejor es. Pero a veces hay aceites muy caros

que no son tan buenos como otros. ¿Sabes cómo elegir un buen aceite de oliva?

—¿Cómo? —preguntó Ben. Había cierta curiosidad en su voz.

—El color —respondió Alan triunfante, caminando con cuidado por el camino que ascendía suavemente hacia la cañada. El sol estaba ocultándose rápidamente y la temperatura estaba bajando por momentos—. El color y la densidad, chico. El buen aceite de oliva virgen tiene ese tono verdoso, y cuando agitas la botella parece que se mueve a cámara lenta. Pero no demasiado. Si se mueve demasiado lento tampoco es bueno. Es... es delicado.

—Es delicado —repitió el chico.

—Si encontramos un poco te lo pondré en una rebanada de pan. Con un poco de sal es delicioso, y con ajo, sublime.

—Ajos —susurró el niño—. ¿El ajo no era bueno para los vampiros?

Alan sonrió.

—Bueno, en realidad era malo para los vampiros...

Ben dejó escapar una tímida risa que hizo que a Alan se le encendiera el corazón.

—Sí. Eso es lo que... nos decían en las películas. Que a los vampiros les sentaba mal el ajo. Bueno, imagino que nadie pudo documentarse demasiado sobre vampiros hasta que..., bueno, hasta que...

—Hasta que existieron —susurró Ben.

—Hasta que existieron, sí.

Alan siguió andando durante un rato sin saber qué decir. No le gustaba hablar sobre los monstruos con el chico, ni hablar de nada que resultara desagradable, en general. Ya tenían suficiente con el día a día como para andar dándole vueltas a ese caramelo agrio y desagradable en la boca.

—Bueno, pero hemos vivido muchas aventuras, ¿eh? —exclamó al fin.

—Sí. Es verdad —dijo Ben—. Muchas aventuras, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Y te has portado... Oh, chico, te has portado como un verdadero jabato.

—¿Un... jabato?

—Un jabato. Vale, no sé qué es un jabato. Me has pillado. Pero se dice de alguien cuando es muy valiente.

—¡Ah! Nunca lo había oído.

—Seguramente es algo que se dice en alguna parte. No lo sé. Son cosas que aprendes viajando. Y ahora estamos viajando mucho. Vas a aprender un montón...

—Como lo de las raíces y el agua...

—Eso es. Como lo de las raíces y el agua.

Alan miró al frente. La montaña, a ambos lados del camino, lo abrazaba ahora con verdadero cariño. Formaba un lugar angosto con una pared de piedra vertical donde las aristas despuntaban, en ocasiones, como barcos hundiéndose en mitad de un oleaje tumultuoso. Suspiró y se cambió al chico de brazo antes de entrar.

—Ahora vamos a cruzar por un sitio muy divertido. ¿Quieres mirar arriba, a ver qué te parece?

Ben miró, moviendo la cabeza despacio, y pestañeó brevemente cuando vio la hendidura de cielo en lo alto, despuntando brillante en contraste con las paredes de piedra. La altura era considerable.

—Hala —susurró.

—Bonito, ¿verdad?

—Sí...

—¿Sabes quién ha hecho esto?

—¿Una... excavadora? —preguntó el chico, dubitativo.

Alan rio.

—Es una buena respuesta. Pero no..., en este caso no fue ninguna excavadora. Fue la lluvia. La lluvia que erosionó el suelo durante miles, decenas de miles, cientos de miles de años y...

—Ah, sí —interrumpió Ben—. ¡Eso lo estudié en el colegio! Como el Gran Cañón del Colorado.

—Exacto. Como el Gran Cañón del Colorado. Eso es.

—Mi padre decía que en el Cañón del Colorado había morlocks.

—Morlocks —susurró Alan—. Espera..., ¿eso no era...?

—Unas criaturas que viven bajo el suelo porque les aterra la luz.

—Morlocks. Sí. Pero eso es de un libro de... ¿Julio Verne? ¿El de la máquina del tiempo?

Ben se encogió de hombros.

—Mi padre me contaba que, a veces, cuando el agua ero... erosionaba la tierra, abría los túneles donde vivían los morlocks. A veces. Y que por eso a veces se los podía ver caminando por la superficie. Que entonces cogían a uno o dos excursionistas y se los llevaban bajo tierra para... —sacudió una mano en el aire—... para comérselos y esas cosas.

—Oh —rio Alan—. Bueno, chico, creo que tu padre solo quería contarte una buena historia de miedo, ¿sabes?, del tipo que se cuentan alrededor de las fogatas en los campamentos de verano.

—No creo —exclamó Ben—. Se ponía muy serio cuando lo contaba.

—Ya. Verás..., los morlocks fueron una... invención de Julio Verne, ¿sabes? Sencillamente se los inventó para escribir libros que...

—Como los vampiros —dijo Ben.

Alan pestañeó.

—¿Cómo?

—Como los vampiros. Alguien escribió sobre ellos para asustar, pero ahora... ahora existen.

—Sí. Bueno... —exclamó Alan, pensativo y preocupado por la línea de pensamientos del chico—. Pero... pero los morlocks eran criaturas fantásticas, ¿sabes? Alguien se los inventó para...

—Sí. Como los vampiros. A lo mejor estaban escondidos bajo tierra y alguien los dejó salir. Porque tampoco les gusta el sol, ¿verdad? Alguien con una excavadora. Y ahora están enfadados como... como... como en plan... ¡no nos gusta el sol!

Alan compuso una expresión triste.

—No. El sol no les gusta nada.

—Por eso me gusta tanto a mí.

—Sí. El sol es bueno. Pero... bueno, en cualquier caso estamos lejos de los vampiros ahora. Por eso vamos por estos sitios tan difíciles. Para alejarnos de las ciudades y de las casas.

—Ya lo sé —exclamó el muchacho.

Alan siguió andando. La rodilla empezaba a dolerle mucho. La sentía casi como si fuera a doblarse en el sentido opuesto al permitido. Si fallaba de forma irremediable, tendrían que... Bueno, tendrían que parar enseguida, porque no se veía arrastrándose por aquellos andurriales. Y detenerse era un problema, sobre todo por la comida, pero también por el agua. Tenían que cruzar la cañada y atravesar un pequeño bosque para llegar al río, y luego andar un poco más para llegar a un pequeño grupo de edificaciones que habían sido un hotel de carretera. Esos sitios eran siempre un riesgo, como tirar unos dados con pocas probabilidades. Todo lo que no fuera un cinco o un seis significaba que el lugar estaría lleno de vampiros, durmiendo en las habitaciones con las ventanas condenadas, debajo de las camas, o en las bañeras de los cuartos de baño con las puertas cerradas, o bajo las sábanas de la lavandería, en un sótano, o en el cuarto de los generadores y las instalaciones de tuberías o electricidad, en una esquina, las rodillas plegadas contra el pecho. En esas ocasiones, Alan siempre dejaba al chico escondido a cierta distancia y se acercaba con mucho sigilo. Ya ni siquiera

pensaba tanto en lo que podría pasarle a él: ser mordido o incluso desgarrado hasta la muerte por una criatura bestial. Pensaba más en el chico y en cómo se desenvolvería sin él, solo y abandonado a su suerte en un mundo muerto. Lo apesadumbraba pensar que no lo conseguiría, y no creía que pudiera lograrlo. El mundo era ahora un lugar terrible, lleno de peligros, de día o de noche. Porque incluso cuando el sol brillaba alto estaba el tema de los guardianes: los seres humanos que no habían sido convertidos en vampiros pero que vivían en un estado de hipnotismo. Los cuidaban y protegían mientras ellos dormitaban como los cadáveres que eran, hasta que la noche los traía de vuelta a la vida.

El chico, sí.

Afortunadamente tenía un pequeño truco para saber si había vampiros en un lugar determinado. El olor. No el olor a descomposición o muerte, sino el otro olor. Por algún motivo que no había podido determinar, los vampiros olían a menta rancia. Sus cubiles quedaban apestados por ese tufo insoportable a medicinas viejas, a armario de abuelillo con demasiadas dolencias. Incluso desde fuera ese olor podía notarse, y entonces simplemente se iban a otro lado; se alejaban tanto como podían, porque enfrentarse a los vampiros, incluso cuando dormían, era demasiado peligroso.

Empezaba a hacer frío de veras.

Le gustaría mucho encender un buen fuego para calentarse, pero el fuego de noche era una señal visual demasiado evidente. Con todas las ciudades y carreteras apagadas, unos ojos atentos podían ver el resplandor de una pequeña fogata desde kilómetros de distancia, y si no era el fuego, sería el humo. Y Alan siempre prefería no arriesgarse; por eso seguían vivos.

—Tengo sueño —susurró Ben.

—Vale. Pues... duerme un poco, ¿quieres? Duerme un poco y luego te despierto para que comas tu bollo, y después podrás dormir hasta que se haga de día. ¿Vale?

—Vale —dijo el chico, pero lo dijo en un tono tan bajo que Alan apenas lo oyó.

Era un buen niño. Era un niño extraordinario.

Alan dio una zancada y la rodilla le crujió con un sonido quejumbroso. Su expresión dio paso a una de dolor. Ben pareció no advertir nada. El hombre se quedó un rato inmóvil, sintiendo el pulso apremiante en la pierna que le indicaba que algo iba realmente mal allí abajo.

—Vale —susurró—. Vale. Solo un poco más, por favor. Solo unos pasos más hasta... hasta aquella hendidu...

Se quedó quieto y en silencio.

Había visto una hendidura, sí; una oquedad en penumbra al pie del risco que se hundía en la montaña como una caries. No debía de tener ni medio metro de alto, pero se le adivinaba cierta profundidad. Era el lugar perfecto para pasar la noche, guarecidos del viento, del frío y hasta de la lluvia si acaso caía durante la noche, y era posible que los protegiera un poco del rocío de la mañana. Perfecta. Pero alguien más había pensado lo mismo que él.

Porque allí en el suelo, visible a duras penas por las tinieblas de la oquedad, divisó un pie descalzo y sucio.

Por algún motivo, Alan contó los dedos, como hipnotizado. Uno. Dos. Tres. Tres dedos. Cuatro dedos y...

Cinco. Cinco dedos de un pie.

Un pie.

Se veía boca abajo, y un poco más allá vio el otro pie, que asomaba apretado bajo una pierna. Y al fondo, ya apenas visible, vio otro cuerpo, y un brazo, y una mano medio enterrada en la tierra polvorienta del suelo, y una...

«Una hebilla de cinturón», pensó Alan. Una hebilla con forma de herradura.

Alan pensó en cadáveres. Gente muerta que alguien hubiera dejado ahí en algún momento. Si había sido antes o después de la llegada de los vampiros, no lo sabía, pero podían ser cadáveres de... gente que debía dinero, o de mafiosos, traficantes de coca o de meta, o miembros de alguna banda que habían estado tocándole las narices a alguien. Como en las series de Netflix. Pensó en los moteros fuera de la ley de *Hijos de la anarquía*. Pensó en tráfico de armas. Pensó en...

El sol se ocultaba con rapidez. En la sima del paso entre montañas, la oscuridad crecía a ojos vistas. Alan tuvo que pestañear un par de veces para ajustar la mirada.

Tuvo que hacerlo porque un dedo acababa de moverse.

Allí, a muchos kilómetros de ninguna parte, en mitad del campo y las colinas rocosas, donde un vampiro no tenía ningún lugar donde esconderse...

Ninguno, salvo aquella hendidura.

Y Alan comprendió.

Un hombre experimenta varios episodios de miedo durante su vida. Cuando se es niño se siente un miedo superficial y desconocido, a las habitaciones en penumbra, a los sótanos, a los garajes oscuros donde los coches duermen como bestias metálicas a punto de despertar. O se tiene miedo a la regañina de una madre cuando uno sabe qué ha hecho o dejado de hacer algo. Y más adelante se

siente miedo por innumerables razones, como perder el trabajo, no poder afrontar los pagos de las facturas; miedo a quedarse solo, a las enfermedades, a que algún elemento descontrolado y fortuito arremeta contra las estructuras esenciales de nuestra vida y nos arroje al barro. Pero el miedo que sintió Alan en ese momento no lo había conocido jamás. Y no sintió miedo por su vida, o miedo por la probabilidad de dolor; sintió miedo por el pequeño Ben. Porque estaban despertando, sí; empezaban a moverse porque el sol se retiraba, satisfecho de haber iluminado las vetustas tierras del mundo, y dejaba paso a la noche. Y a los vampiros les gustaba la noche tanto como la sangre caliente que rebosa de una herida en la carne.

El chico.

¿Qué iba a ser del chico? Aun si lo desdeñaban y lo abandonaban allí mientras se alejaban saltando como locos entre las rocas, ¿cómo sobreviviría sin él?

—Ben... —susurró con la voz rota.

Lo abrazó.

Lo abrazó tan fuerte que sintió su cuerpo menudo protestar con un pequeño crujido de huesos.

Ben dejó escapar una pequeña risa.

Alan se concentró en ella. En la risa. La última cosa hermosa que tal vez sintiera antes de que los monstruos abandonaran su agujero y lo hicieran suyo. Gracias por la cena, señor Alan. O el desayuno, queríamos decir. Gracias por la vida que galopa por sus venas a ritmo descontrolado de corazón enfermo de miedo. *Nosss encannnta* .

La risa. La risa del chico.

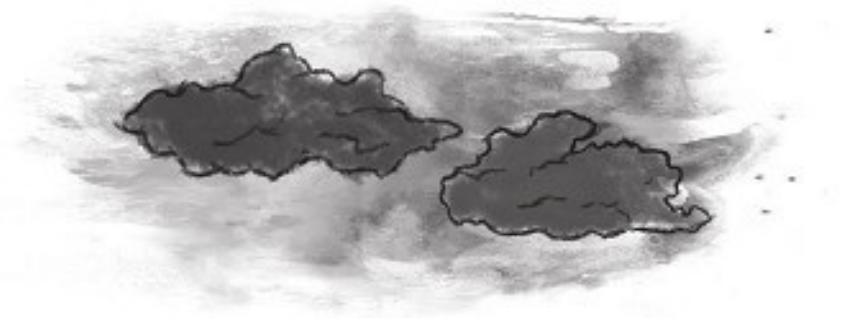
Un sonido de algo arrastrándose empezó a salir de la hendidura.

La hebilla con forma de herradura centelleó por un instante como un estilete tocado por la luna en mitad de la noche.

Alan cerró los ojos.

Capítulo 2

LA TORMENTA



1

—A partir de ahí —señaló Ginnifer—. Justo ahí.

Nolan miró. Jadeaba por el esfuerzo de trepar por la montaña, y creyó que cuando llegara a la cumbre solo querría tirarse al suelo y dejar que la tierra se lo tragase, convertido en una pequeña mancha de sudor y pantalones vaqueros. Pero lo que vio hizo que se olvidase de su extenuación física.

—Jesús —exclamó, la frente llena de sudor y las manos y las piernas temblorosas por el esfuerzo.

—Se ve también desde un poco más abajo —susurró Ginni—. Pero desde aquí se ve mejor. Creo que... tendrías que verlo como es.

Y se veía, sí. Vaya si se veía.

Era una especie de tormenta tumultuosa, energética, vibrante, de un tono oscuro, ominoso y aciago. Y lo que veían desde allí era el linde, casi un corte transversal antes del cual se extendía un cielo límpido de un tono azul que recordaba a la América de antes, antes de que llegaran ellos. Detrás, en cambio, una densa aglomeración de nubes tumultuosas que evolucionaban a ojos vistas, como si allí el cielo estuviera recorrido por vientos huracanados y turbulencias imposibles.

—Pero... pero ¿qué...? —preguntó Nolan después de un rato.

—Ya te lo dije —exclamó Ginni—. Te dije que tenías que venir a verlo.

—¿Qué cojones es eso? ¿Las tormentas se comportan así? Quiero decir...

—Es como si la hubieran cortado con un cuchillo, ¿verdad?

—Sí, joder.

El espectáculo resultaba fascinante. Las nubes, su textura, la oscuridad de la tierra, casi absoluta por debajo, como si fuera de noche. Nolan no había visto nada parecido. Había vivido tornados, huracanes, tormentas apocalípticas, granizos del tamaño de huevos y tormentas de arena y de nieve, riadas y hasta un terremoto de consideración cuando trabajaba en Tailandia, pero nunca, en toda su vida, había visto un cielo como aquel. Como para subrayar eso, un relámpago encendió brevemente el firmamento.

—Comprendes lo que pasa, ¿no? —preguntó ella.

—No, Ginni. ¿Qué hay que comprender?

Ginni sacudió la cabeza.

—Mira la tierra. Esa granja cercana, la carretera. Aún allí se ve un poco. Pero más adentro, ¿qué ves?

Nolan miró.

No se veía demasiado; casi nada. Era como...

Como si allí fuera de noche, pensó de repente.

—Está oscuro.

—Como boca de lobo.

—Ajá.

—¿Y qué, subnormalito, no te dice nada eso?

Nolan pensó.

—Joder, no —respondió al fin—. ¿Qué pasa?

Ginni suspiró lentamente.

—Noche. Vampiros. ¿Lo pillas?

Nolan abrió mucho los ojos. Estaba empezando a comprender. Ginni parecía querer decir que aquellas nubes espesas, arracimadas, oscuras, podían ocultar tan completamente la luz del sol que era posible que los vampiros...

«Que los vampiros... —pensó—. ¿Que los vampiros puedan vagar por el exterior aun siendo de día? ¿Era eso lo que quería decir?»

—Espera... ¿Quieres decir...?

Ginnie lo miró, los labios grandes formando una media sonrisa que era su sello personal, sin decir nada.

—Pero... Vale, sí, no se ve una mierda, pero..., amor..., eso no quiere decir nada. Hemos tenido días nublados y no ha pasado...

—¿Días nublados? ¿Has visto algún día nublado como eso de ahí?

—Joder, no —respondió Nolan—. En mi vida he visto una tormenta como

esa.

—Exacto. Ahí no llega la luz en absoluto. Es de noche. Noche cerrada.

—Pero... Espera, joder. Eso no funciona así. Es como cuando estás en la puta playa. ¿Has estado en California? Puede ser como el sur de España, pero tiene días nublados también, y cuando está nublado te quemas igualmente. Los rayos del sol pasan a través de las nubes.

—Vale —dijo Ginni—. Te lo pregunto otra vez: ¿alguna vez..?

—¡Ya, ya!

—¿... alguna vez —siguió diciendo Ginni, elevando la voz— has visto una tormenta como esa?

—No —respondió él, mohíno.

—Yo cuando digo las cosas es porque me he molestado en documentarme bien y en investigar, ¿vale? Y he estado allí.

—¿Cómo? —preguntó él, preocupado—. Pero... ¿cuándo, por qué?

—Porque sí —dijo Ginni—. Ayer, cuando fui a por cosas.

—Ginni, joder... no deberías... ¡Te pones en peligro innecesariamente!

—Ya sabes que yo... mato o me follo a mis propios dragones —respondió Ginni.

—Lo... sé... Lo sé.

—Pues fui allí. Estuve sobre las doce y cuarto de la mañana. A plena luz. Quería ir antes pero tardé un poco más de lo previsto.

—Por eso tardaste tanto... —susurró Nolan.

—Y llegué hasta el linde. Era escalofriante, Nolan. En serio. La sombra del sol creaba una especie de línea visible en el suelo, y más allá de esa línea había una oscuridad creciente, como si todo se hubiera apagado tras ella. Y ya desde allí se veía el final de la calle. Y estaba oscura, Nolan. Oscura como si fuera de noche. Noche cerrada.

—Noche cerrada...

—Y vi movimiento, Nolan. Al final de la calle vi movimiento. Y no eran esos... tipos que a veces utilizan, hipnotizados de mierda, eran vampiros.

—Ginni —dijo Nolan, sintiéndose desfallecer—. ¿Me estás diciendo que estuviste... dentro de...?

—Olvídate de eso, por favor. Concéntrate en el problema. Esa tormenta.

—Joder —soltó Nolan—. Pero ¿qué... cojones es?

Ginni miró la nube, oscura y cimbreada, pensativa.

—No es casual —dijo—. Eso desde luego es... algo. Algo que ellos han provocado.

—¿Qué?

—Que lo han provocado ellos.

—Pero...

—Están erradicando el único obstáculo que tenían: el día —exclamó Ginni, lúgubre.

—Pero ¿cómo, cielo?

Ginni sacudió la cabeza.

—No lo sé, Nolan... ¿Quién sabe? ¿Qué importa? Son vampiros, ¿vale? ¿Quién carajo sabe de dónde han salido, cómo es que existen siquiera? Tú los has visto como yo, con su forma monstruosa, y sabes de lo que son capaces. Como saltan. La fuerza que tienen. También podrías preguntarte eso.

—Ya...

—El caso es que está ahí.

Nolan miró la forma de la tormenta. Era enorme, descomunal, y se extendía hacia el horizonte por encima de las montañas lejanas. La extensión que debía de cubrir era inimaginable. Kilómetros y kilómetros. Cientos.

—¿Hasta dónde... llega?

—Es ovalada, si te fijas. Eso podría indicar que... Tiene un centro.

—Ovalada —repitió Nolan, mirando—. Dios mío. Si hay un centro debe de estar en... el quinto coño.

—Más o menos. Algo han hecho. Algún... ritual. Alguna movida. No lo sé. Pero algo han hecho. Algo. Pero ahora está ahí, y ante eso no creo que podamos hacer mucho. Utilizamos el día para movernos, recuperarnos, lamer las heridas y descansar, pero si entramos ahí y siempre es de noche... ¿cuánto crees que aguantaremos?

—No mucho, me parece.

Ginni asintió.

—Así que... debemos, por ahora, olvidarnos del porqué y concentrarnos en qué hacer.

—¿Y qué hacemos? —preguntó él.

—Mirar si crece —respondió ella con naturalidad.

—Si crece...

—Han creado esa cosa, y llega hasta ahí. Hasta ese punto. ¿Ves esa caseta de ahí? La del cartel de la gasolinera.

Nolan asintió.

—Es una referencia, ¿vale? Vamos a volver mañana, y pasado, y al otro. Y veremos qué pasa.

Nolan volvió a asentir.
—¿Y si crece?
—Tendremos que irnos.
—¿Adónde?
—A otro puto planeta.

2

Río Español era un río situado en el distrito de Algoma, en el noroeste de Ontario, Canadá. Su impresionante recorrido de trescientos treinta y ocho kilómetros lo conducía hasta el lago Hurón, donde moría, lejos de la comunidad de Spanish, que recibió su nombre por una pequeña comunidad de mujeres españolas que fueron capturadas y que propiciaron el desarrollo de ese idioma en la zona. En sus bosques, por cierto, crecían los pinos rojos y blancos más grandes, altivos y antiguos de la zona, muchos de ellos protegidos en el interior de parques por actas oficiales. Se encendían como si estuvieran en llamas con los intensos resplandores del amanecer, ofreciendo un espectáculo que muchas veces conseguía quitar el aliento incluso a los lugareños acostumbrados a él.

Hacía mucho, demasiado, que el río se empleaba únicamente con motivos recreativos, como paseos en canoa. En la antigüedad se utilizaba como transporte para troncos que suministraba a las industrias madereras. Con los pinos protegidos, esa industria había acabado por reducir drásticamente su actividad, y ahora, de todas formas, se usaban carreteras para el transporte para asegurar la salubridad del río. A pesar de eso, el río daba vida a cuatro importantes empresas, incluyendo la hidrográfica Big Eddy, High Falls, Nairn Falls y la productora de papel de Domtar Mill.

Brayan Kanye había trabajado toda su vida en Domtar Mill, el único trabajo que había tenido, y el único que había querido tener. Amaba el proceso que permitía que la madera se convirtiese en immaculados pliegos perfectos de lustroso papel blanco, perfectamente recortados por las grandes guillotinas. Le gustaba ver las máquinas en funcionamiento, los canales por donde circulaban las astillas, condimentadas con las inyecciones de cartón y papel viejo que debía ser procesado, y cómo la enorme maquinaria terminaba produciendo hermosos paquetes de papel prensado que luego conformaban ordenados palés que se distribuían por Canadá y Estados Unidos.

La mayoría de sus clientes, sin embargo, eran de Estados Unidos. Imprentas que compraban el papel y producían libros y revistas y panfletos publicitarios de

vivos colores, adornados con hermosas tipografías, imágenes, cajas de texto y logotipos. Todas esas imprentas, sin embargo, habían cesado su actividad; muchas veces, sin aviso alguno. Los pedidos se habían estancado y reducido a algo anecdótico, y las grandes máquinas, una vez se hubieron llenado los enormes almacenes de palés, se pararon por primera vez en muchísimo, muchísimo tiempo.

—No sé qué pasará, Brayan —dijo su compañero cuando se mudaba de ropa—. Pero esto pinta mal.

—¿Por los... vampiros? —dijo Brayan.

—Me la sudan los vampiros —respondió su compañero—. Estoy pensando en el trabajo, coño. Si la empresa cierra, ¿qué carajo le digo a mi mujer, con el ultimátum que me dio, eh?

—Joder... —respondió Brayan—. Hay gente muriendo, tío.

—Pues al menos se mueren. ¡Se mueren! Ya está. Lo jodido es seguir aquí y estar vivo y sin trabajo.

—Eres un trozo de carne —respondió Brayan, sacudiendo la cabeza.

—Pero un trozo de carne jodido.

Varios días atrás, el jefe de Recursos Humanos había ido haciendo llamar a todo el mundo a la oficina. Se les entregaba una nota de disculpa, una notificación de cese de empleo y un estado de cuentas donde se les anunciaba la deuda que tenía la empresa con ellos.

—Lo siento, Brayan —dijo el jefe cuando le tocó el turno—. Sé que te has dejado los huevos en este sitio, pero...

Brayan miró su papel de reconocimiento de deuda. Sesenta mil trescientos cuarenta y dos dólares canadienses por... más años de trabajo de los que podía recordar. Pero ni siquiera era un justificante de ingreso, ni un sobre. No era nada de eso. Era un papel con el logo de la empresa que había amado desde que empezó a trabajar allí

—Lo voy a echar de menos —dijo Brayan.

El jefe de Recursos Humanos inclinó la cabeza.

—¿Lo vas a echar de menos? —preguntó—. ¿En serio?

—Sí, claro.

—Pero... ¿has comprendido lo que está pasando, no?

—Sí —dijo Brayan—. La empresa cierra.

—No, joder —exclamó el jefe—. Hablo de... la situación, coño. La situación del país, del mundo. ¡Coño! Todo se va a la mierda, Brayan.

—Oh —respondió este—. Los vampiros. Claro.

El jefe lo miró como si tuviera delante a un retrasado.

—Brayan —susurró, pasándose la mano por la cara—. En serio. Tú... no tienes mujer ni hijos...

—Ya lo sabes —dijo Brayan, extrañado.

—Quiero decir... Tienes suerte, ¿sabes? Esto es el puñetero final. Está sonando la puta música del final y los créditos empiezan a asomar desde abajo, ¿comprendes? Se acabó. Se... puto acabó, Brayan.

Brayan asintió, aún sin comprender.

—Escucha... Escucha, hombre —dijo sollozando—. Coge tu coche, ¿vale? Coge tu coche y... no sé... vete lejos. Al norte. Al... al oeste, o... coge un bote y cruza el mar, Brayan, en serio.

—¿El mar? —preguntó.

—El mar. Eso es... vete al mar. Quizá ahí... —Y luego añadió—: Quizá ahí...

Hundió la cara entre las manos y se quedó así unos instantes. Luego hizo un gesto vago con la mano que Brayan comprendió bien. Vete.

Brayan abandonó el despacho. Estaba ubicado en una pequeña caseta algo apartada del resto del complejo, así que para dirigirse a la salida paseó entre las máquinas que confeccionaban el papel. El avispero estaba a la izquierda, una mole de color púrpura con aspecto ovalado. Se llamaba así porque hacía el trabajo de las abejas cuando mastican la madera y producen una pasta con la que construyen sus nidos de papel; esa máquina separaba las fibras de la madera liberándolas del pegamento natural, la lignina, que las junta. Justo al lado estaban las pulperas, varios recipientes enormes donde las fibras se mezclaban con agua. Brayan había pasado largas horas contemplando el proceso y asegurando que todo marchaba según las especificaciones, controlando los rodillos que conducían la masa mojada de fibras de acuerdo a varios parámetros según las necesidades de producción: gravedad, vacío, presión y secado. A Brayan le gustaba ver el agua caer para conformar una enorme hoja de papel lisa que luego se enrollaba en una bobina.

Las instalaciones ocupaban un espacio similar al de dos campos de fútbol, y Brayan amaba cada rincón. Los cinco mil kilómetros de cables, los cien kilómetros de tuberías, y cada válvula y dispositivo de control. La gran sala de control, donde cientos de sensores y escáneres ofrecían diagnósticos precisos de cada punto del proceso, era para él como el puesto privilegiado de un director de orquesta. Luces verdes. Distintivos y marcas con un visto bueno de un tranquilizador azul celeste expresaban la precisión y magnificencia casi mágica

de aquel lugar. Mágica.

Y ahora... Ahora las máquinas estaban detenidas. Las válvulas no indicaban nada. El avispero y las pulperas se mostraban silenciosos. Y Brayan sentía...

Pena.

Eso era, pena.

Su mente era sencilla; su vida también. Había consistido, básicamente, en su trabajo y poco más. Normalmente volvía a casa y comía un sándwich en el porche acompañado de una cerveza, dejaba que la modorra del alcohol le permeara las venas y luego se acostaba en su cama, siempre solo. Vivía solo y apartado en mitad de un bosque, una pequeña herencia de su tío, que la heredó a su vez de su bisabuelo, que era peletero. Solamente algún sábado por la tarde iba a ver una película, o paseaba, siempre por centros comerciales, sin pensar demasiado, más que en el simple procedimiento de dar un paso tras otro. No era muy agraciado y tenía muy poca conversación; normalmente construida con monosílabos y alguna sonrisa con la que no estaba muy familiarizado, así que casi no había conocido mujer. Tampoco pensaba en ellas, ni sentía, por cierto, ningún estímulo más que la ocasional masturbación alguna vez cada muchos meses. Pero esa era su vida, y para Brayan Kanye no era solo suficiente, sino que era satisfactoria. Brayan Kanye era, al decir de muchos, feliz.

Sin el trabajo, de repente, se sentía confuso y vacío. ¿Qué haría cada mañana y cada tarde? ¿Adónde iría? Tenía unos ahorros, pero no darían para mucho. Aún no era demasiado mayor, podría encontrar otra cosa... pero ¿dónde? ¿Dónde conseguiría otro trabajo? ¿Y un trabajo de qué? No sabía ni quería hacer otra cosa.

Y además estaba lo otro.

No había mucho hueco para las noticias en la vida de Brayan, ni para el mundo en general. No le interesaban ni le preocupaban, eran cosas que ocurrían en otras partes del mundo, ajenas a él. No se enteraba de las disquisiciones políticas, ni de los eventos sociales, las guerras o el estado de la economía. No veía reportajes, ni documentales, ni sabía quién era quién en el complicado panorama de famosos y famosillos. Él ganaba su sueldo, que era más o menos el mismo desde hacía años, y eso era todo; y como tampoco hablaba con nadie excepto la eventual conversación con algún compañero de trabajo, el tema de los vampiros no era más que historias extrañas que le llegaban como un batiburrillo de sinsentidos estafalarios. Que había gente muriendo, sí, pero lo tomaba como una moda histérica pasajera. Como un periodo de gripe iracunda e inesperada en

el que las noticias se centran en el drama constante allí donde se produce y no hablan de nada más.

Vampiros, claro. Vampiros.

La última película de vampiros que había visto era *Abierto hasta el amanecer*. El principio le gustó, con esa situación entre los dos hermanos, pero el resto de la película lo aburrió mucho, con aquellas mujeres vampiro subidas a las mesas. Ni siquiera entendió bien algunas escenas, o por qué narices todo el mundo reaccionaba como reaccionaba, por qué de repente salía una guitarra hecha con trozos de cuerpos que, además, funcionaba, y por qué era todo tan... tan...

Soez.

Tan bestia.

Vampiros.

En unos meses dirían que no eran exactamente vampiros, sino algún tipo de virus extraño que hacía que la gente se comportase como animales, y todo volvería a su cauce. Pero mientras tanto las cosas estaban cambiando, sí, lo sabía, pero cuando volvía a su casa seguía teniendo el silencio, los árboles y el arrullo del río varias decenas de metros más allá; su porche, su cerveza y su sándwich. El mundo podía estar yéndose al carajo, pero el suyo... Oh, el suyo funcionaba.

O había funcionado, hasta que perdió el trabajo.

Después de su extraña reunión con Recursos Humanos pasó unas semanas dando vueltas por el bosque, intentando caminar para sentirse vital y activo, y no pensar demasiado en la belleza de la maquinaria de la vieja fábrica. La echaba de menos como un enamorado dolido por una ruptura inesperada. Echaba de menos el olor a productos químicos y, claro, el aroma del papel cuando salía del agua prensado, y cómo despedía una especie de efluvio maravilloso cuando la guillotina lo cortaba en cientos de miles de pequeños trozos según los diferentes formatos. Olor a papelería. A limpio. Oh, el bosque tenía sus aromas, claro, pero en general componía un cuadro que Brayan no entendía. Demasiado caos. Los preciosos y altivos árboles le sugerían, solamente, materia prima; demasiadas veces había visto llegar los troncos preparados para su proceso y cortado, destruidos en un millón de astillas y pequeñas fibras que luego desaparecían en barreños industriales. Prefería el pulcro suelo embaldosado, donde los protocolos de seguridad e higiene hacían desaparecer hasta las aristas de las esquinas, al suelo extraño, irregular, decadente, lleno de objetos desconocidos y dispuestos de cualquier manera que era el suelo del bosque. Las hojas caídas no tenían

ningún tono romántico ni le provocaban ninguna emoción. Parecían basura desperdigada.

Una noche, Brayan cogió el último par de panes de molde. El último. Tampoco había demasiado fiambre, ni mucha mostaza, y casi ninguna otra cosa, en realidad. A veces pasaba con unos tomates con mayonesa y un par de alcachofas, o unas lonchas de embutido, pero la despensa carecía de casi de todo. Hasta la provisión de cervezas que solía cargar en su *pick-up* era casi ridícula, solo cuatro cajas de diez. Últimamente, sin trabajo, había bebido un poco más de la cuenta.

Suspiró y arrugó el entrecejo. ¿Cuánto hacía que no iba de compras? Semanas, tal vez. Puede que sí, que fueran semanas. Jesús. Había dejado sus costumbres de los sábados porque todos los días le parecían iguales, fuera lunes, miércoles o domingo.

Brayan tenía los ahorros en casa, no quería saber nada de bancos ni los necesitaba para absolutamente nada, así que cuando miró en el bote que tenía oculto en el fondo del armario, descubrió que no estaba tan lleno como pensaba. El verano anterior había gastado una buena parte en reparar el tejado y rehacer la valla de su parcela, un poco más de lo previsto por culpa de los barnices especiales y las rejillas antihumedades. Las malditas rejillas le habían levantado casi cuatro de los grandes.

Y a pesar de ello tendría... Tendría que ir de compras, pensó con fastidio.

Tal vez pudiera comprar lo mínimo.

Hasta podría ahorrarse unos dólares si dejaba de limpiarse el culo con papel higiénico y volvía al cubo con agua, como hacía unos años. Tal vez pudiera aguantar hasta que esas tonterías sobre vampiros pasaran y todo volviera a la normalidad. Tal vez.

Más o menos ese día (o tal vez el día anterior) la electricidad se fue. Brayan estaba acostumbrado a los cortes, por supuesto; al fin y al cabo vivía a varias decenas de kilómetros de ninguna otra parte y las instalaciones que llevaban la luz hacia allí no le merecían a la compañía ninguna urgencia de mantenimiento, pero eso no lo hacía menos fastidioso. Tendría que empezar a pensar en comprar un generador, sobre todo ahora que pasaba más tiempo en casa. Un generador, sí, suficiente para la nevera y una bombilla. Pero los generadores eran caros, y alimentarlos con combustible, también. Tal vez podría encontrar uno de segunda mano en alguna parte. Tal vez.

Al día siguiente, sin embargo, cuando estaba cogiendo dinero del bote para ir a comprar, la habitación se oscureció de repente. Brayan lo percibió como un

cambio progresivo pero constante; tanto, que tuvo que pestañear unas cuantas veces para acostumbrarse. La luz se había ido de repente, como si se hubiera hecho de noche. Noche completa. Pensó en un eclipse, uno de los grandes, pero el fondo de su mente se inquietó. Estaban pasando demasiadas cosas raras... Lo de su trabajo, y todo ese asunto de los...

Los vampiros, claro.

Se dirigió a la puerta, aún con el bote en la mano, intentando acostumbrarse a la oscuridad. Miró a la izquierda, a través de la ventana. Ahí fuera había un resplandor tenue, un poco más apagado que el de la luna llena, pero ese era el resplandor de la noche. Era por la mañana, o se suponía que debía serlo, y el aspecto de todo era sepulcral y nocturno.

Brayan salió afuera, esperando que las cosas fueran diferentes. Pero, naturalmente, no lo eran. Era de noche. Completamente de noche. Hasta los pájaros se habían callado; en el bosque reinaba un silencio tan profundo que Brayan percibió la escena como surreal y fantástica.

Miró al cielo casi de inmediato. Allí evolucionaba una formación de nubes densas, algodonosas y oscuras, a través de la cual brillaba, pálido, el intenso resplandor diurno del sol. La sensación era extraña. Irreal.

—Coño —exclamó.

Se fue adentro y buscó su reloj de pulsera. Lo había dejado en la mesilla y no lo había vuelto a tocar desde que perdió el trabajo; allí, en su casa, la referencia de la luz natural a lo largo del día era suficiente para situarse. Pero el reloj lo informó apenas lo acercó a la puerta para poder ver las manecillas. Eran las diez y doce minutos de la mañana. El sol debería estar alto y brillar fuerte en el cielo, aunque fuera invierno. Como hacía unos minutos.

—Pero qué cojones...

Pulsó el botón de la luz, olvidando por un instante que no había electricidad, y entonces se dirigió a la chimenea para encender las velas que había dispuesto allí. Un tono cremoso y cálido se apresuró a llenar la habitación y a dibujar sombras alargadas por doquier. La luz encendió también el rostro de Brayan, cruzado por notables arrugas verticales en la mejilla, y sus pobladas cejas.

Estaba confuso, y algo asustado.

Lo que estaba pasando era irreal y extraño, y si solo fuera irreal y extraño habría encogido los hombros y se habría ido de compras, pero lo peor era que no sabía cómo explicarlo. No tenía ni idea, de hecho. Quizá, si hubiera tenido televisión, a lo mejor se hubiese enterado de algo: VENDAVAL LOCO, quizá.

GRAN TORMENTA DEL SIGLO. O tal vez, EL CIELO SE VOLVERÁ NEGRO COMO EL CULO DE UN MONO ESTE JUEVES.

Sacudió la cabeza.

—Qué cojones pasa...

Había esperado que todo volviera a la normalidad, que aclarase un poco, pero no lo hizo. Y entonces abandonó el temor sobrenatural y puso los pies en el suelo.

—¡Joder! —exclamó.

Era un tormentón. Era la madre de todas las tormentas, y a juzgar por el silencio y la ausencia de viento, él se hallaba en el puñetero centro del huracán. Y era raro, desde luego, porque esas nubes debían de haber llegado con una velocidad pasmosa, arrastradas por un viento de consideración. Pero no había notado nada, ni el batiente jodido de la ventana del comedor había empezado a repicar como siempre hacía.

Pero ahora no tenía tiempo para pensar en cosas que no podía entender. Las nubes estaban allí y, o mucho se equivocaba, o iban a descargar una lluvia de mil pares de narices, y eso significaba trabajo, previsiones. Debía cubrir la *pick-up* con la lona gruesa para que el compartimento de carga no se inundara, porque la tenía tan descuidada que las aberturas de descarga estaban tapadas de barro y mugre. Luego tenía que asegurar los batientes y las ventanas en general («excepto la que está jodida», se recordó) y recoger toda la mierda que tenía esparcida por el porche delantero: macetas, cubos y herramientas; que no era mucho pero era suyo, y no quería que ninguna riada se lo llevase. Y le preocupaba el río, desde luego. Si llovía mucho mucho mucho, podía crecer, y solo hacía falta que el río subiera tres metros para que llegara a su casa, y cinco para que traspasara el muro de piedra y llegara a la madera. Y la madera de las paredes y el suelo ya estaba lo bastante deteriorada como para aguantar otra embestida de los elementos, sobre todo aguas turbulentas de río.

Empezó a trabajar, moviéndose con rapidez, y mientras lo hacía, pensaba en el tejado. El hecho de que lo hubiese reparado no lo tranquilizaba, sino todo lo contrario; había pagado una pasta por la reforma, y si se dañaba o se estropeaba lo más mínimo, iba a cabrearse de verdad. Estaba el seguro, por supuesto, pero tardaba muchísimo en abonar los costes de la reparación, y él no podía esperar.

El tejado, joder. Cuatro mil dólares de los cojones.

Miró hacia arriba mientras colocaba la lona. No parecía que fuese a llover inmediatamente, pero no podía tardar.

Y la temperatura. Estaba cambiando. Pero no descendía; no hacía más frío,

sino más calor.

Brayan no entendía nada. Era la configuración de tormenta más extraña de todas las que había vivido.

De hecho, le dio tiempo a todo. La lluvia había parecido inminente al principio, pero no terminaba de llegar. Recogió los bártulos, ajustó los batientes y hasta pudo poner un alambre para ajustar la ventana fastidiada. Había pensado mil veces en arreglarla, pero requería un fino trabajo de carpintería, y no tenía el talento ni las herramientas.

Cuando casi había terminado con todo, el sudor le caía por la frente. Era un calor pegajoso, como el de un verano tardío o una primavera fuerte; no tan acuciante como el del verano pero aún molesto. Y estaban en el puto diciembre, joder.

Se dio la vuelta y dio un respingo seguido de un pequeño grito.

—¡Coño! —soltó.

Estaba mirando a una mujer, que se mantenía erguida ante él, a cierta distancia, las piernas ligeramente entreabiertas y los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. Su cabello negro y despeinado le acariciaba ligeramente los hombros.

Brayan soltó una carcajada nerviosa; se había asustado tanto o más que si hubiera visto un puñetero fantasma.

Pestañeó. ¿La conocía? Creía que no. No hablaba mucho con la gente, pero más o menos sabía quién vivía por la zona, y desde luego conocía de vista a la gente porque se la encontraba una y otra vez en el pueblo, en la cafetería, en las tiendas, en la gasolinera. Como ese tipo gordo de pelo teñido que parecía pasarse el día en la gasolinera llenando el depósito del coche. Aquella mujer se parecía a Emily, la camarera del Grunge Lounge, pero Emily no era ni de lejos tan delgada. Ni de lejos. Y por cierto, ¿llevaba puesto un vestido de verano blanco, o era...? Era... Parecía...

Parecía un puñetero camisón.

Brayan inclinó la cabeza.

—¿Se ha perdido? —preguntó dubitativo.

Le miró los pies.

Estaba descalza. El barro negro y antiguo teñía su piel como si llevara botas, pero estaba descalza.

—¿Le ha... pasado algo? —preguntó.

Ella se llevó las manos a los pechos y empezó a tocarlos y estrujarlos con las manos. Incluso con la oscuridad y a esa distancia, Brayan pudo ver el relieve

de sus pezones bajo la tela del vestido. Del camisón.

Brayan echó la cabeza hacia atrás, perplejo.

Apenas había tenido contacto con mujeres, pero aquel gesto era inequívoco.

Levantó la cabeza y vio sus ojos centelleando en la penumbra del hueco de su cara. Vio sus labios torcerse en una media sonrisa.

—Oiga... —acertó a decir, nervioso—. ¿Está... está bien?

Ella empezó a andar hacia él. Brayan pestañeó. Algo en su manera de acercarse lo hizo encogerse.

La mujer se puso cerca de él y levantó el mentón.

—¿Qué? —preguntó.

Su voz. Había algo en su voz y su mirada que hizo que Brayan experimentase una sensación extraña en su interior. Alguien con más experiencia en temas sexuales habría identificado esa sensación intensa en el estómago y detrás de sus genitales como un acceso de deseo sexual, pero Brayan estaba más acostumbrado a la masturbación lánguida y nada estimulante del puro acto biológico de limpiar, cada cierto tiempo, los testículos. Sin deseo. Sin pasión. Sin... nada.

Pero la voz. La voz de ella, arrogante y exigente a la vez, le dio la vuelta al estómago. Le hizo subir una oleada de calor desde la entrepierna y lo hizo encogerse en su interior, como si se sintiera transportado a mundos desconocidos de sensaciones. Y lo eran, por cierto.

Se quedó mirando sus ojos, una fabulosa constelación de fuego y estrellas iracundas, negras y cimbreadas en su misterioso iris centelleante. Y no pudo apartar la mirada más que para espiar brevemente sus labios.

Brayan no se dio cuenta, pero en su entrepierna despertó una erección como no la tenía desde los dieciocho años.

Ella inclinó la cabeza a un lado y a otro. Brayan no se enteró de nada. En un momento dado estaba tumbado en el suelo, mirándola desde abajo. Cómo había llegado allí no lo sabía ni se lo preguntaba, solo podía mirarla, con la entrepierna ardiendo con urgencia y la respiración entrecortada. Ella, con un pie a cada lado de sus piernas, se levantó ligeramente el camisón para mostrarle su sexo desnudo, sin ropa interior, mientras movía las caderas sutilmente. Parecía que bailaba al ritmo de una música invisible. Brayan gimió.

Ella se agachó y le desabrochó el cinturón con un par de gestos rápidos, sin dejar de mirarlo. Esa mirada era como unas esposas en sus muñecas, lo mantenían hipnotizado y ansioso, tan excitado que la sangre le bombeaba por todo su cuerpo como la lava en el interior de un volcán. Él subió las caderas,

llo de premura, jadeando con anticipación. Ella no jadeaba en absoluto. Simplemente, cogió el pantalón y lo abrió tirando de ambos lados de la bragueta. El botón y la cremallera cedieron con facilidad, como si estuvieran hechas de papel.

—Jesús —soltó Brayan.

Ella cogió su miembro erecto con una mano y lo liberó. El glande despuntó en la noche, terso y brillante, rojo de contenido. Todo, sin dejar de mirarlo. Acercó su sexo hacia él y empezó a frotarlo contra sus labios íntimos, arriba y abajo, y también hacia los lados, mientras Brayan sentía que moría, que subía por una pendiente a velocidad de reactor y estaba a punto de llegar. Gimió de nuevo, un delirante y lastimero susurro que nacía de su interior y se liberaba como una explosión de deseo.

Por fin, ella guio su pene hacia el interior de su sexo. Primero hizo desaparecer la cabeza dentro de él; luego descendió suavemente para introducirlo casi en su totalidad. Era cálido, estrecho y húmedo. Brayan echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando las nubes en el cielo sin ser consciente de ellas: estaba viajando por constelaciones de placer desconocidas, inexploradas, invictas.

Ella empezó a moverse. Arriba y abajo.

Brayan sentía fuego en su interior. Resopló, una exhalación por cada penetración, las paredes ardientes de su templo en deliciosa fricción contra su miembro duro como no lo había tenido jamás. Levantó la cabeza y divisó sus pechos mínimos rebotando ligeramente en el interior del camisón, y quiso tocarlos. Tocarle los pechos. Quiso tenerlos en la mano, quiso tenerlos en la boca; la aureola (quizá de color avellana) apretada contra sus labios gruesos. Pero ella interceptó su movimiento con un gesto rápido y le apesó el brazo por la muñeca. Lo hizo girar con tanta rapidez que Brayan sintió un acceso de dolor en el hombro. Gimió. La mezcla inesperada de placer y dolor lo lanzó de nuevo a los confines de un universo consolidado por estructuras imposibles de explosivas y abrumadoras sensaciones que alguno hubiera definido como... lujuria.

Ella, haciendo entrar y salir su miembro de su sexo, en control total de la situación y con el brazo de él extendido, era Lujuria. Era su nombre. Lujuria. Sonreía con su boca muerta y sus ojos encendidos por demonios que escapaban de la comprensión humana, animada por poderes desconocidos y antiguos, y sonrió entornando los ojos cuando percibió la llegada del orgasmo mientras, alrededor, el aire mismo parecía cargarse de electricidad, una especie de

efervescencia intensa que consolidaba el acto primordial de la vida con su naturaleza deshumanizada. Su naturaleza de...

Inclinó la cabeza y mordió de manera brutal la muñeca de Brayan.

Su naturaleza de vampiro.

La sangre manó abundante escapando de los labios ansiosos de ella. Brayan estaba tan concentrado en la fricción salvaje del sexo que apenas notó más que un hormigueo en el brazo. Miraba el cielo. El cielo, el cielo. Estaba en el cielo. Estaba incluso más allá, consumido por un trance sexual y profundo, un orgasmo prolongado en el tiempo que parecía crecer en intensidad a cada segundo que pasaba; se redoblaba, se intensificaba, se multiplicaba. Y mientras ella sorbía y chupaba la muñeca con deleite sexual, él levantó las caderas y descargó su semen contra las paredes sin vida del interior de su sexo, lanzando un gemido quejumbroso que duró casi medio minuto, las manos crispadas, los ojos en blanco, la boca abierta como si quisiera devorar el cielo que miraba.

Cuando todo eso terminó y Brayan quedó exangüe en el suelo, ella soltó la muñeca con desdén y la dejó caer junto a su cuerpo. Brayan ya no se movía. En su rostro sin vida se dibujaba una extraña mueca de placer.

Ella se levantó y se pasó una mano por los labios manchados de sangre; luego se volvió sin detenerse a mirar el cadáver que dejaba atrás.

Había mucho que hacer.

No llovió aquel día ni tampoco al siguiente, por cierto. Ni en toda la semana, en realidad.

3

Llegaron a la Rueda al atardecer, cuando el sol iniciaba ya su descenso por el horizonte. Esa luminosidad anaranjada y tibia había conseguido, con el tiempo, insuflarles un estado de ánimo inquieto. Indicaba, desde luego, que llegaba la noche, y las noches siempre podían ser duras.

Llamaban «la Rueda» al círculo de caravanas que el grupo disponía cada vez que se movían, porque las colocaban como los carruajes en la época de la colonización, con un círculo seguro en el interior, como cuando el hombre blanco que transitaba por aquellos parajes tenía que defenderse de forajidos e indios nativos. En aquella época solían emplazarse fogatas en ese centro seguro, y se calentaba carne y cualquier cosa que hubiera para comer; si no había suerte, sopa de hortalizas, verduras, o restos de sopa hecha con los huesos que hubieran quedado de festines anteriores, por pequeños que fueran. El grupo de Ginni no

tenía demasiados problemas en conseguir comida en un mundo capitalista donde todos los recursos habían quedado al alcance de cualquiera en numerosos establecimientos y hogares por todas partes, pero hacer una fogata era peligroso. Muy peligroso. Los vampiros deambulaban de noche por todas partes, y no había nada más visible que un resplandor anaranjado en mitad de la noche, o el rastro inequívoco de una columna de humo.

Solían emplazarse, por cierto, en terrenos alejados de poblaciones cuando les era posible, para ver llegar desde lejos a quien pudiera acercarse. Los vampiros no conducían vehículos; preferían correr, simplemente, y se los podía abatir con algo de puntería y un buen puñado de balas. Si se ha de prestar atención al mito de que un vampiro necesitaba una estaca en el corazón para morir, quedaba claro de dónde salía. Una bala en una pierna, un brazo, o alguna parte no esencial del cuerpo no los detenía en absoluto, como si no sintieran daño, o como si el dolor alimentara el odio que vestía sus rostros con una máscara terrorífica. Casi parecía que los excitaba. Un disparo perfecto en el corazón, por el contrario, los tumbaba definitivamente, pero también funcionaba uno en la cabeza. Funcionaba muy bien.

Pero tener puntería era una cosa, y alcanzar a los vampiros era otra. Corrían mucho, muchísimo, y se movían en zigzag como depredadores expertos en acercarse a su presa; daban quiebros inesperados y giros que los hacían derrapar hasta casi caer al suelo. Era cuando estaban más cerca que podían detenerlos, a menudo con un arma de ráfaga, como una ametralladora.

Esas situaciones no se habían producido en demasiadas ocasiones, de todas maneras; solo cuando se habían visto obligados a pasar la noche en algún lugar cerca de algún pueblo, por pequeño que fuese, algo que habían aprendido a evitar a toda costa consultando mapas y planificando sus rutas y considerando siempre el tiempo. El tiempo hasta el anochecer. Los pueblos eran pequeños hervideros de vampiros, a menudo repoblados con víctimas que encontraban aún vagando por las carreteras, intentando llegar a alguna parte. Ginni había comprendido hacía tiempo que no había ningún lugar mágico al que ir. Estados Unidos y Canadá habían sucumbido por completo, y el resto del mundo estaba en pleno proceso de hacerlo, y eso era todo lo que había. No había más esperanza que la de sobrevivir cada día, prolongar los días en semanas, las semanas en meses, y si seguían teniendo suerte, los meses en años. Cada día contaba. Como enfermos de alguna enfermedad imparable, cada día era tan precioso como valioso. Cada día podía ser el último, y tras cada amanecer, los miembros de la pequeña comunidad vivían una especie de proceso vital

inconsciente que era, de manera invariable, el mismo: optimismo y alegría por la mañana, tranquilidad al mediodía, y una suerte de proceso de descenso hacia el miedo y la desesperación a medida que la tarde languidecía. Ginni lo sabía. Encargaba las tareas más pesadas para las primeras horas y dejaba que la gente se enfrentara sus demonios personales por la tarde. Mucho antes de que el sol muriera en el horizonte, casi todo el mundo se encontraba ya a resguardo en sus caravanas, las luces apagadas, las ventanas cerradas, sumidos en el silencio y escuchando, siempre escuchando antes de que el terror permitiera al sueño doblegarlos.

Pero muy pocos dormían sin despertarse a menudo. La noche en la Rueda era un suspenso auditivo donde apenas se oían los pasos suaves de los centinelas, alguna tos camuflada, el sonido inconfundible de alguna cremallera subiéndose a medida que el frío nocturno arreciaba.

Pero más que los vampiros los preocupaba otra cosa. Los vampiros actuaban como animales en su mayoría, y alguno incluso se acercaba andando desde el horizonte, un alma solitaria en mitad de un yermo, comportándose como un zombi. Pero el otro elemento de terror podía ser mucho más peligroso, contundente y mortal. Los siervos de los vampiros.

Los siervos eran personas que los monstruos habían captado de algún modo. Ginni sabía cómo: por alguna suerte de hipnosis terrible y permanente. Los sometían y doblegaban mentalmente, y se convertían en despiadados guardianes y defensores a ultranza de sus amos. Un siervo no dudaba un instante en dar su vida por ellos si tenía que hacerlo, ni la valoraba en medida alguna. Como una hormiga en un hormiguero, era decapitado cuando era necesario para que su cabeza taponara una brecha en la estructura del hormiguero que era la comunidad de vampiros. Un siervo podía hacerse pasar por una persona normal y llevar una bomba atada a la cintura, presentarse en mitad del grupo y detonarse sin dudar un solo instante. O podía conducir vehículos, llevar armas y, lo más importante, moverse durante el día. Ese hecho los hacía estar en alerta constante, lo que resultaba no solo fatigoso en recursos humanos, sino psicológicamente destructor.

Ginni detuvo el coche con un movimiento rápido de la mano y se bajó casi de inmediato, saltando del asiento cuando las ruedas prácticamente acababan de detenerse. Nolan admiraba su nivel de energía; era como un manantial inagotable, infatigable, siempre alerta y atenta a todos los detalles, a las caras de los miembros de la comunidad, a sus gestos, sus reacciones. Ginni conocía sus corazones y leía en ellos como en un libro abierto. Era experta en la

interpretación de sus almas, sus expresiones, sus inflexiones de voz, el bombeo constante de sus pensamientos. De alguna manera sentía su comunidad como un latido de corazón, un pulso perfecto que le indicaba qué iba mal y cómo se sentían todos, cuáles eran sus miedos, qué pensaban los unos de los otros. Todo. Era la guardiana, la pastora por excelencia, la piedra angular de la Rueda.

—¡Ginni! —la saludó alguien con la mano.

—¡Hola! —contestó ella sonriendo.

Avanzó rauda hacia el centro de la Rueda y tocó la campana. Esta siempre se emplazaba en el mismo sitio, en el centro, ubicada sobre un poste tosco y recto con una cuerda atada al badajo. Cuando sonaba dos veces, era señal de reunión. Cuando sonaba ininterrumpidamente, cinco, seis veces o más, era señal de alarma.

—Ginni —dijo Nolan acercándose—. ¿Vas a... contarlo?

—Sí, claro —respondió ella, sus ojos color miel fijos en él.

Nolan asintió. Había considerado otra cosa distinta: no alertar a la gente, no insuflarles otro miedo más que afectase su estado de ánimo, pero cuando Ginni se mostraba firme sobre una decisión, él sabía por experiencia que debía hacerle caso.

La gente se fue acercando. Algunos salían de las caravanas con una expresión de curiosidad, otros con manifiesto miedo; varios acudieron corriendo desde lejos, y los centinelas sobre los techos de los vehículos se volvieron para mirar.

—¡Reunión! —dijo Ginni levantando un brazo.

Dejó pasar algo de tiempo, mirando alrededor, y cuando consideró que estaban todos o casi todos, empezó a hablar.

—¿Qué pasa, Ginni? —preguntó alguien.

—¿Ocurre algo, cielo? —quiso saber una mujer.

—Hay cosas que están cambiando —dijo—. Y es importante que todos lo sepáis.

Se miraron perplejos. La palabra «cambios» no solía traer nunca buenas noticias.

—Hay una tormenta extendiéndose más allá de esa montaña, justo al otro lado.

—¿Tormenta? —preguntó con extrañeza un hombre mayor con una poblada barba blanca, mirando al cielo. Estaba despejado a excepción de unas nubes arrinconadas en el marco oriental del horizonte.

—Por llamarlo de algún modo —continuó diciendo Ginni—. Una especie

de tormenta, pero no una tormenta al uso. Básicamente es una... espeluznante manta de algo que parecen nubes y que cubre el cielo hasta un punto determinado.

Los reunidos volvieron a mirarse.

—No lo entiendo, Ginni —dijo la mujer.

—Es un lienzo, ovalado, negro y opaco, situado en el cielo, con aspecto de tormenta. De hecho, parece una tormenta. Pero no creo que tenga nada de natural. Creo que es alguna argucia de los vampiros.

—¿Los vampiros han creado una tormenta? —preguntó un chico joven.

Ginni asintió.

—Pero ¿para qué demonios?

Ginni les contó lo que había visto el día anterior y luego otra vez con Nolan; que, bajo la tormenta, había una oscuridad total, como una noche cerrada, y eso significaba una sola cosa: vampiros que podrían moverse también durante el día.

—Pero espera... —intervino un tipo con un vientre prominente—. ¿Los has visto, Ginni, o es una conjetura?

—Los he visto. Eran como las diez de la mañana, y se movían por las calles como si fueran las tres de la madrugada.

La noticia arrancó exclamaciones preocupadas entre la gente. Algunos se taparon la boca con la mano. Si los vampiros podían moverse durante el día, iban a tener una existencia muy miserable.

—Pero... espera... Vamos a ver —dijo el anciano de la barba blanca—. Ginni. Dices que eso ocurre bajo la tormenta, pero... ¿qué nos estás contando? ¿Acaso viene hacia aquí? Porque mis huesos tal vez estén muy oxidados, pero cuando se acerca tormenta mis juntas chillan, y no noto una mierda.

—No lo sé, Ralph —contestó Ginni—. Solo sé que hace tres días no estaba, y ahora ocupa todo el horizonte. No es natural, eso se ve enseguida. Tiene un límite bien definido, como el de un bosque. A un lado está la tormenta y al otro no hay nada. La pregunta es, por supuesto, si viene hacia aquí. No lo sé. Nolan y yo hemos ido a verla esta mañana. Hemos marcado exactamente unos puntos para ver si mañana es más grande, o menos, o si no se ha movido en absoluto.

—Subimos a la montaña para verla bien —apuntó Nolan—. Joder, fue agotador, pero mereció la pena. Es como un óvalo, ¿vale? Ves cómo da la vuelta desde los páramos hasta el cauce del río, y por el otro lado llega hasta Newtown. Se puede ver la forma oscura y ovalada en el suelo, la marca de la sombra. Y si es un óvalo, eso significa que tiene un centro. Quizá allí esté la explicación de su

existencia, o quizá no.

—¡Que me jodan! —soltó Ralph.

—¿Cómo sabes que los vampiros han hecho eso? —preguntó un chaval joven con una gorra azul de béisbol.

—No lo sabemos con certeza —respondió Nolan.

—Es una cuestión de lógica pura —dijo Ginni—. Esa tormenta da una ventaja táctica enorme a los vampiros, y ha aparecido justo ahora que esos monstruos se han extendido ya por todas partes, ergo: los vampiros deben haberla provocado, o es... un daño colateral de su presencia.

—¿Un daño colateral? —preguntó una mujer ceñuda.

—Un... Una consecuencia del hecho de la aparición de los vampiros —explicó Ginni—. Solo una consecuencia, y no algo hecho a propósito. Quién sabe.

Se quedaron mirándola perplejos, y Ginni se sintió obligada a continuar:

—Escuchad. No sabemos de dónde salieron ni qué les da el poder que tienen. O por qué los daña el sol. Los llamamos vampiros porque nos recuerdan a los que hemos visto tantas veces en las películas, pero... ¿quién sabe qué narices son? Al principio, cuando esto empezó a extenderse, pensé en algún tipo de virus que se había ido de madre en alguna parte. Pero los hemos visto en su otra forma, la que no es humana, y... no sé a vosotros, pero a mí me recuerdan bastante a...

—¡Demonios! —graznó Ralph.

Ginni se encogió de hombros.

—Podríamos haberlos llamado demonios, ¿por qué no? Pero chupan sangre y convierten a los que han mordido y todo lo demás, y esos son elementos que conocemos bien por el mito del vampiro. Algunos elementos de ese mito no se están produciendo; por ejemplo, los símbolos religiosos como las cruces o los lugares sagrados como las iglesias no los afectan en absoluto; tampoco los ajos, y desde luego se reflejan en los espejos, así que a lo mejor no son vampiros. Su otra forma los hace parecer más un demonio que cualquier otra cosa que yo haya visto, y me parece que muchos estaréis de acuerdo... ¿no, Brennan?

Uno de los hombres que escuchaban en primer término asintió y agachó la cabeza apesadumbrado. Alguien le dio una cariñosa palmada en el hombro.

—Lo que digo es que... si vamos a hablar de «demonios», entonces podemos jugar con un montón de conceptos raros. El Mal, por ejemplo, así, en mayúscula. O el Infierno. O un... lugar, una dimensión terrible que no podemos ver de la cual pueden provenir esas cosas, o lo que sea que ha infectado sus

cuerpos y puede transformarlos en seres terribles. A lo mejor la tormenta es una consecuencia de eso. A lo mejor sale del mismo agujero por donde escaparon los primeros de esos seres, como una puerta, un portal a otro mundo, a su mundo.

Todos se miraron, intercambiando comentarios en voz baja.

—Pero a lo que voy —anunció Ginni levantando la voz—: no creo que lo sepamos nunca. Dondequiera que esté ese centro, está muy lejos de aquí, a miles de kilómetros, probablemente, y el camino hasta allí es una noche eterna llena de vampiros. Os lo cuento para que sepáis que, si mañana, cuando vayamos a mirar, eso se ha movido, entonces... tendremos que movernos también. Alejarnos. Hasta que no quede tierra adonde huir.

Se quedaron todos callados. Entre la multitud se oía el sollozo entrecortado de una mujer. Nadie se dio la vuelta para mirar, cabizbajos y pensativos.

—Eh —dijo Ginni—, no os vayáis a derrumbar ahora. Si eso crece, nos moveremos, y lo haremos tan deprisa como esa cosa crezca. ¿Qué es lo que hacemos mejor?

Miró a unos y a otros.

—¿Qué hacemos mejor?

—Sobrevivir —dijo alguien, y todos corearon esa palabra.

Ginni asintió.

—Y seguiremos haciéndolo, cada día, todos los días, hasta el final.

—Hasta el final —repitió alguien más.

—Largaos —dijo Ginni tocando la campaña una sola vez—. Seguro que tenéis mil cosas que hacer. ¡Reunión concluida!

El grupo no se disgregó inmediatamente. Permaneció en el sitio, y unos hablaron con otros entre susurros, comentando la noticia, mientras iban retirándose poco a poco para seguir atendiendo sus tareas. Ralph se quedó mirando el sol, como despidiéndose, tal vez pensando si volvería a verlo otro día. Si la tormenta progresaba durante la noche y cubría el cielo completamente, entonces... Entonces aquella era la última vez que podría sentir el maravilloso calor tibio en su piel, y joder, sí que iba a echarlo de menos.

Mucho.

Muchísimo.

4

—Alen —dijo Ginni—. ¿Tienes un momento?

—Sí, claro —dijo él, asintiendo.

—Habrá que vigilar el cielo también —dijo ella—. Diles a tus muchachos del turno de esta noche que estén pendientes del cielo, sobre todo por el oeste, sobre esa montaña. Si ven alguna formación extraña de nubes que se acercan, nubes oscuras, algo raro... que den la alarma inmediatamente.

—Claro, Ginni.

—¿Quiénes son esta noche?

—Wallace, Henderson, Baltimore, el chico nuevo, Tom, Helen y Claire.

Ginni inclinó la cabeza, pensativa.

—¿Y Bolt?

—Tuvo lío ayer por la noche. Salió. Una de sus... rondas de seguridad.

—Está bien, me valen —dijo ella.

—¿Quieres que esté yo también? —preguntó Alen.

—Si puedes, sí. Lo que puedas. Pero no te agotes.

—No sé si podré dormir, de todas maneras —dijo él—. Eso que has contado le quita a uno la sangre del cuer... —Se detuvo—. Oh, perdona.

Ginni sonrió.

—No seas idiota —dijo.

Alen asintió, sonriendo también.

—Sí. Le quita a uno el aliento. Lo sé. Pero ya veremos. Igual se va como ha venido. O igual no.

—Igual no, ¿eh? ¡Vaya!, igual no.

—No, Alen, igual no.

Ginni se dio la vuelta y se fue hacia su caravana.

5

Los días acababan temprano.

Sabían, por experiencia propia, que algunos vampiros empezaban a moverse cuando la luz estaba todavía presente en el cielo, ese resplandor azulado que se mantenía por unos momentos mientras el sol estaba oculto ya tras el horizonte y que daba paso a la noche. Otros, en cambio, despertaban ya a noche cerrada.

Para Ginni, eso tenía que ver con la clase del vampiro.

No todos los vampiros eran iguales. La mayoría eran animales, y cuando se alimentaban lo hacían consumiendo a su víctima en su totalidad. Los desangraban, a menudo los desgarraban, y quebraban sus cuellos de manera que ya no podían volver a la vida. Los restos de sus víctimas eran inútiles, despojos

humanos casi sin forma que rara vez recordaban a las personas que fueron. Esos vampiros caminaban agachados, las piernas y los brazos torcidos, la cabeza adelantada, y cuando corrían lo hacían muchas veces casi a cuatro patas, ayudándose de los brazos. Solían ir en manada y casi nunca hablaban excepto por alguna cosa puntual, y nunca los había visto adquirir su forma maestra.

En cambio, otros vampiros eran diferentes. Caminaban, emboscaban, esperaban, planeaban, se escondían si tenían que hacerlo, y hablaban con naturalidad. Estos eran despiadados, y aunque a veces se ensañaban con sus víctimas más allá de su recuperación, su práctica habitual era dejar cuerpos infectados tras de sí que se convertían luego en otros vampiros. Estos sí adquirían la forma maestra en la que sus cuerpos se convertían en una suerte de demonios inclasificables, los brazos alargados y articulados en secciones imposibles para un cuerpo humano, la piel negra y retorcida, como quemada, las cabezas convertidas en una boca gigante llena de dientes con unos ojos abrasadores.

Pero había otros. Otros vampiros. Unos, altivos ellos, que emanaban un aura especial, que miraban con ojos intensos tras los cuales podías sentir cómo tu mente empezaba a saltar como un cuenco lleno de tornillos en la parte de atrás de una camioneta en marcha. Esos vampiros se mantenían a la retaguardia de los ataques y, de alguna forma, parecían controlar al resto. Y sabían cosas, conocían muchos de los movimientos que podían estar ocurriendo en otro lugar y que otros vampiros estuvieran viendo, como si usaran los ojos de estos como cámaras particulares en alguna extraña sala de control mental. A estos Ginni los llamaba «Señores», y eran los más peligrosos. Ellos eran los que convertían a los siervos.

Los Señores despertaban antes, como si el sol no tuviera fuerza para doblegarlos en las horas postreras.

Por eso, cuando uno de los centinelas alertó al resto y alguien hizo tocar la campana cinco o seis veces un poco antes de que cayera la oscuridad total de la noche, Ginni pensó rápidamente en ellos y se estremeció.

Saltó de la cama, se puso las deportivas que mantenía sin desabrochar en el suelo y salió fuera rápidamente, mirando alrededor. Hacía mucho que dormía con ropa, por si ocurría algo durante la noche: chándales y similares, casi siempre. Muchos de los miembros de la Rueda salían también en ese momento de sus caravanas, con los ojos muy abiertos, expectantes y asustados, mirándose unos a otros.

Ginni miró hacia arriba, a los techos de las caravanas, y vio a uno de los

centinelas señalando a lo lejos.

—¡Allí, movimiento por allí!

Ginni corrió hacia la escalerilla que permitía el acceso al techo y trepó con rapidez. El centinela le pasó unos prismáticos.

—¡Mira, Ginni! —dijo—. ¡Camiones y otras cosas!

—¿Camiones? —preguntó ella, tomando los prismáticos y oteando el horizonte.

Divisó primero la columna de humo y polvo que evolucionaba lentamente sobre una carretera lejana. Debía de ser la 117, que conectaba Malartic con Rivière-Héva, casi con toda probabilidad. Luego vio los vehículos.

No iban muy rápido. Eran camiones pesados de carga en su mayoría, también tráileres y varias decenas de excavadoras y *bulldozers* que circulaban con velocidad agónica. Ahora que los había visto hasta le parecía oírlos, un rumor sordo y distante, como el sonido que produce una maquinaria en un sótano dos niveles más abajo, revestido de un traqueteo lento y constante.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó en voz alta, sin darse cuenta.

—No lo sé —dijo el centinela—. No vienen hacia aquí, van hacia el oeste, pero me pareció raro.

—Sí, claro —dijo Ginni—. Has hecho bien en dar la alarma.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz a su espalda.

Ginni sabía quién era sin tener que darse la vuelta. Era Alen, responsable de organizar la seguridad del campamento.

—Echa un vistazo —dijo, pasándole los prismáticos.

Alen miró mientras Ginni movía los labios. Siempre movía los labios cuando pensaba en algo con cierta intensidad.

—Camiones —dijo—. Y excavadoras. Y de las gordas, joder. Ahí veo una aplanadora, y que me jodan si lo que llevan en ese camionazo no es una tuneladora.

—Una aplanadora —susurró Ginni.

—¿Va todo bien ahí arriba? —preguntó alguien desde el suelo.

Alen se volvió para hablar con la gente.

—¡Falsa alarma! —exclamó—. Vehículos circulando a lo lejos, por la 117, pero no vienen hacia aquí. Volved a vuestras caravanas y dormid tranquilos.

—Vehículos —dijo Ralph, vestido con un pijama largo que lo hacía parecer una salchicha pálida—. Será mejor que lleguen a alguna parte pronto. ¡Ya es de noche!

Alen asintió.

—Buenas noches a todos —dijo.

Algunos contestaron casi de mala gana. Seguramente, en la próxima reunión alguien diría que la campana se tocaba, a veces, con demasiada ligereza. Alguno afirmaría que no tenían ya el corazón para sobresaltos, y otros aplaudirían como si el tema de la seguridad no fuese más importante que dormir a pierna suelta, los que aún podían.

—Son máquinas de construcción, entonces —dijo Ginni.

—Sí, vaya que sí —asintió Alen—. Sin duda. Todo lo que hay ahí te lo encuentras entre la pequeña flota de maquinaria que cualquier constructor contrataría antes de nada.

—Y circulando con los faros encendidos justo cuando cae la noche. Hacia el oeste.

—Sí —comentó Alen—. Es justo así, sí.

Ginni inclinó la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nolan cuando subió al techo de la caravana.

—Maquinaria de construcción —dijo Alen—. Mucha. Casi medio centenar de vehículos entre camiones y excavadoras. Allí, en la 117.

—Van hacia el oeste —dijo Ginni—. Hacia la tormenta.

—Pero... ¿ahora? Si es de... —Se calló de repente y abrió mucho los ojos.

—Exacto —dijo Ginni.

—Son...

—Son de los malos, sí —afirmó Ginni.

—¿Siervos? —preguntó Nolan.

—Siervos o Señores, o ambas cosas. No importa. Lo que importa es... qué hacen, o qué quieren hacer.

—Entiendo —dijo Nolan pensativo.

—Van justo hacia la tormenta. Si siguen por la 117 hacia Rouyn-Noranda, se meterán de lleno en ella.

—Sí, más o menos sí. Vaya. ¿Y qué demonios irán a hacer?

Ginni se volvió para mirarlo. Sus ojos de color miel se clavaron en él.

—Construir algo —dijo con sencillez, y entonces pasó entre los hombres y empezó a bajar.

Nolan sintió una punzada de alarma.

—Ginni —la llamó—. Espera... ¡Espera! ¿Adónde vas?

—Voy a seguirlos —dijo ella.

—¿Qué? ¡No, no, no, no! —protestó, hablando con rapidez—. ¿Estás loca? Nadie sale de la Rueda de noche, regla número uno.

—Yo inventé las reglas, cariño. Sé lo que dicen.

—¿Y entonces?

—Que puedo hacer excepciones. Y esta lo vale.

—¡Joder, Ginni! —exclamó Nolan.

Ella se volvió con una sonrisa.

—Eso después —dijo—. Cuando vuelva.

Nolan se quedó quieto en el sitio. Ginni sabía cómo tocarlo donde más le llegaba. Aun así, pudo reaccionar a tiempo y saltar casi desde la mitad de la escalera hasta el suelo para alcanzar a Ginni. Sabía que apenas pusiera el trasero en el jeep, saldría despedida sin mirar atrás.

—Eres un cabezota, ¿sabes? —dijo ella—. No tenemos que ponernos en peligro los dos. Preferiría que te quedaras.

—Juntos, o nada —dijo él.

Ella suspiró, arrancó el coche, puso la primera, y aceleró hacia la noche.

6

No les costó demasiado no perder la pista del convoy. Los terrenos eran yermos en aquella zona, con colinas bajas y achaparradas, sin mucha vegetación, y el convoy brillaba en la distancia gracias a los muchos faros encendidos y el rastro de polvo. Hacía ya mucho que nadie circulaba por esas carreteras, y el polvo del suelo árido que lo había cubierto poco a poco se levantaba opaco y ocre hacia el cielo nocturno.

Además, los vehículos progresaban con lentitud, y Ginni conducía rápido, aun cuando no podía encender las luces.

—Joder, cielo —la avisó Nolan—. Aminora. Vas a tragarte una piedra y vas a joder la suspensión.

—Tengo buena vista nocturna —respondió Ginni—. Ojos claros, ¿recuerdas?

—El día que olvide esos ojos, estaré muerto. Y puede que ni siquiera entonces.

—Hmm —dijo Ginni—. Eres un adulator.

—Bueno, ¿qué piensas del convoy? ¿Qué quieres comprobar?

—Nada que no sepa, la verdad. Quiero ver si van a la tormenta.

—Sabes que van a la tormenta —dijo Nolan—. Lo has dicho. Y si lo has dicho, es que lo sabes.

—Sí. Pero aun así, es mejor comprobarlo. De cara a los otros, cuando

pregunten.

—De acuerdo —asintió Nolan—. Así que nos ponemos en peligro solo para comprobar. Es genial, Ginni. Y si van hacia la tormenta, ¿qué?

—Bueno, sabremos que estarán construyendo algo —respondió ella.

—Ya —dijo él—. ¿Y qué crees que construyen?

—No tengo ni idea. Pero quiero ver si se pierden dentro o se detienen en el borde.

—En el borde, ¿para qué?

—No lo sé, cariño —respondió ella—. A lo mejor para construir un muro. Es lo que quiero averiguar.

—¿Un... muro?

Ginni volvió a suspirar.

—Tienen ese límite, el de la tormenta. Si las máquinas se paran allí, significará que van a hacer algo en ese punto. Como la... frontera de su mundo. Un pequeño gran rincón que entonces será obvio que han construido ex profeso. Nada de daños colaterales o consecuencias de su presencia. Significará que planean algo grande.

—¿Grande como qué?

Ginni dio un volantazo para sortear una roca; Nolan lanzó la mano hacia el salpicadero para mantenerse recto.

—Grande como... No lo sé, Nolan. Esos vampiros tienen el mundo entero para... para crear su imperio. Tienen ciudades, pueblos... lo tienen todo. Ya han ganado. Ya han ganado. Entonces, si crean eso... ¿para qué podría ser?

—Para algo grande —susurró Nolan.

—Para algo grande. Muy muy grande. Pero sobre todo, si veo que las máquinas se detienen en el borde, me quedaré tranquila en una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Nolan.

—Si se paran en el límite, significará que la tormenta no va a crecer.

—Oh —exclamó Nolan.

—Eso será... importante, para saber qué hacemos nosotros.

—Entiendo... —susurró él.

—Aunque... habrá que moverse, de todas maneras.

—Sí, claro.

—Rápido.

—Sí —asintió Nolan.

Llegaron a la carretera en ese momento, a cierta distancia del convoy. Ginni pensó que estaban demasiado cerca y detuvo el vehículo unos instantes.

—Seguimos el plan original —exclamó Nolan.

—Eso creo —respondió ella.

El plan original era, y había sido siempre, llegar a Anchorage, en Alaska, al oeste de Canadá. Habían oído rumores de que los vampiros no habían llegado allí, y que la ciudad, abrazada al lago Knik Arm desde el golfo de Alaska, era un sitio seguro para sus habitantes y miles de refugiados. Decían que habían construido torres de luz y altas empalizadas, y que un millar de hombres vigilaban el perímetro día y noche. Decían que tenían comida abundante, todavía, y que algunos la llamaban ya la Ciudad de la Luz, y otros la Última Esperanza, o simplemente, Esperanza a secas. Ginni no lo tenía tan claro. Si algo de eso era verdad, debió de serlo durante algún tiempo, al menos, pero estaba segura de que Anchorage había caído como cualquier otro lugar en todo el continente americano; ningún lugar sobrevivía demasiado tiempo a la tenacidad de los vampiros. Aun si eran obcecados y detenían los ataques con fusiles y ametralladoras, estaban los siervos, y estos podían colarse dentro haciéndose pasar por refugiados y sabotear las instalaciones, colocar bombas, envenenar los alimentos, contaminar el agua o abrir las puertas a los vampiros por algún lugar poco vigilado. Y Ginni sabía por experiencia que, aunque entrara uno, solamente uno, el lugar estaba condenado.

Pero mantenía la ilusión de llegar a Anchorage y que su vida nómada, la vida que llevaban todos en la Rueda, cambiase. Aparcar por fin las caravanas y dejar de preocuparse por su mantenimiento, por el combustible, por buscar lugares apartados donde establecerse unos días antes de que empezaran los ataques o los movimientos sospechosos, y entonces lanzarse al camino utilizando siempre la ruta más escabrosa, la más aislada, aunque eso supusiera dar rodeos de cientos de kilómetros. Incluso con Nolan se callaba sus sensaciones, su certeza de que Anchorage hospedaba ahora una horda infame de vampiros convertidos que dormían unos sobre otros en los pisos bajos, con las ventanas tapadas por muebles, persianas y cortinas, o en los sótanos oscuros de edificios comerciales, de casas, entre las provisiones de madera y las mercancías. Callaba porque tener un objetivo era bueno para la comunidad, y los hacía trabajar y esforzarse sin perder la ilusión por mejorar su calidad de vida. Los hacía creer que iban hacia un futuro, y no hacia la inevitable fatalidad de la muerte.

Por eso callaba.

—Qué relajados van —susurró Ginni.

—¿A qué te refieres?

—Míralos. Un convoy, sin nadie que vaya detrás, ni a los lados, a cierta distancia, para asegurar un perímetro. Hasta nosotros lo hacemos.

—Borland y su moto —exclamó Nolan.

—Borland, sí —dijo Ginni sonriendo—. Un día se va a caer y vamos a tener un problema.

—Ya se lo he dicho.

—Por lo menos que se ponga rodilleras, un traje adecuado... y un casco, por el amor de Dios.

—Ya se lo he dicho —repitió Nolan.

Ginni arrancó el motor de nuevo y empezó a hacer avanzar el vehículo, muy muy despacio. A esa velocidad, iba a ser una noche muy larga.

—No deben de venir de por aquí —exclamó él—. Piénsalo. Todas esas máquinas... ¿de dónde crees que han salido?

—Oh. De cualquier sitio. Hay muchas naves por aquí con máquinas de construcción, camiones... Pueden haberlas cogido de cualquier obra en alguna parte, justo cuando todo se paró.

—Puede ser —admitió él—. ¿Crees que conducían de día?

—Es posible. Siervos. Tiene sentido. Pero apuesto a que en esos camiones viajan vampiros también. Casi seguro. Mira. De día los conductores pueden ver quién se les acerca, si se les acercase alguien con el arresto suficiente para enfrentarse a un convoy así. Pero de noche... no se ve a tanta distancia. Estoy segura de que llevan vampiros como seguridad.

—Vaya —dijo Nolan—. Y a pesar de pensar en esas cosas, aquí estamos.

Ella sonrió.

—Necesito averiguar ese dato, Nolan.

—Podía haber venido Alen con sus chicos, Ginni. Se supone que están para estas cosas.

—¿Los chicos de Alen? ¡Se cagarían vivos si estuvieran aquí!

—Lo sé —rio él.

—¿Has visto a Leo? Ni siquiera se acerca al borde de la caravana. ¡Como un día dé un paso atrás se caerá de cabeza al suelo!

Nolan rio con ganas; luego se dio cuenta de que estaba riéndose demasiado alto y se tapó la boca. Ella le lanzó una mirada divertida.

—Lo siento —susurró.

—Será mejor que guardemos silencio —dijo ella.

—Está bien.

Nolan miró hacia el cielo, suspirando mientras levantaba la cabeza. El

cielo..., oh, el cielo era un espectáculo abrumador cuando la luz del día moría por el este y las estrellas despuntaban en la noche eterna del cosmos. La contaminación lumínica de las ciudades había desaparecido y la noche se mostraba en su máximo esplendor. Si uno miraba durante un rato podía distinguir la Vía Láctea, una bruma iridiscente cruzando el firmamento de lado a lado, rodeada de una abrumadora explosión de estrellas que parecían apresurarse en cubrir cada hueco disponible.

Ginni miró hacia arriba brevemente.

—Tenemos suerte de que sea una noche sin luna —dijo.

Nolan la miró a ella.

—Yo sí que tengo suerte de tenerte —respondió.

Ella sonrió.

7

El convoy llegó al linde de la tormenta a las cuatro de la mañana. Verla devorando el cielo desde tan cerca hizo que Nolan se encogiese en su asiento. Hasta daba la sensación de que emitía una suerte de frío que parecía congelarle el alma. Se estremeció.

—Jesús, Ginni —exclamó.

—Lo sé —dijo ella—. Es aún peor verla desde aquí.

—Es que... ni siquiera parecen nubes. Es como...

—Como una de esas cortinas de hielo líquido que utilizan los magos en sus escenarios —susurró Ginni.

—Sí, exacto. Como las nubes que ponen en las películas sobre las casas encantadas.

—Cierto.

Miraron cómo el convoy se acercaba al linde y luego continuaba sin detenerse. Ginni miraba esperanzada, deseando que aparcasen en alguna parte, pero eso no ocurrió. Lo miraron alejarse hacia el interior hasta que las luces de los vehículos desaparecieron de la vista.

Nolan la miró.

—Bueno —dijo—. No es lo que esperabas.

—No —admitió ella.

—Hubieras preferido un muro.

—Sí.

—Pero ¿por qué? ¿Qué temes?

—No temo nada —respondió ella—, pero lo que sea que estén haciendo, lo van a hacer bajo esa monstruosidad, y me inquieta pensar en lo que pueda ser sin que podamos verlo. No me gusta.

—¿Y qué más da? ¿Y si están... haciéndose un castillo de puta madre para sus... sus cosas?

—Un castillo —murmuró Ginni.

—No lo sé, cielo. Algo así. ¿Qué más da?

—Sí que da —respondió ella—. Si hacen algo, quiero saberlo. Sobre todo si es algo nuevo. Si roban un avión, quiero saberlo. Si almacenan trigo, quiero saberlo. Si fletan un barco hacia Nicaragua, quiero saberlo. Quiero saber todo lo que hacen, para estar preparada.

Nolan asintió.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora nos volvemos —dijo.

—Pero un poco más rápido —le pidió él.

—Sí. Un poco más rápido.

Pero en el camino de vuelta no hablaron mucho. Cuando Ginni no parlotaba, y no lo hacía porque pensaba, él tendía a quedarse callado, sintiendo la compañía de ella, disfrutando del silencio que los unía y del suave aroma de su piel. Ella pensaba. Pensaba en qué estarían haciendo los vampiros dentro de la tormenta, pero ninguna de las cosas en las que pensó eran buenas.

Capítulo 3

REUNIONES



1

El recuerdo de cómo comenzó todo era confuso en la memoria de la gente. La información era sesgada y variaba según la zona. Algunos recibieron más información que otros, y varios tenían nociones más globales de lo que había ocurrido, así que una de las conversaciones favoritas de los miembros de la Rueda era compartir conocimientos, experiencias y recuerdos. Una cosa estaba clara, al menos: la historia de la llegada de los vampiros había comenzado en una pequeña población de Nueva Jersey llamada Hillsdale, en plena Navidad. Sobre la pregunta de por qué Hillsdale, nadie sabía qué responder. Era una población diminuta, con apenas veinte mil habitantes, poblada por americanos de clase media-alta, con casas unifamiliares en su mayoría, con una representación policial mínima y un elegante y bullicioso centro comercial. Por qué los vampiros habían surgido de allí no lo sabía nadie en la Rueda, pero había sido allí, y no en ningún otro lugar. No habían venido en las bodegas lúgubres de un viejo barco europeo que se había acercado a las costas americanas lleno de ataúdes y tierra sagrada, ni habían salido de algún lugar ligado a tradiciones aztecas o indias, ni de un caserón sombrío en un páramo yermo exento de vegetación.

Habían venido de Hillsdale, y se habían extendido desde allí noche tras noche, devorando el país con bocas ansiosas llenas de dientes y sangre.

El viejo Ralph había oído hablar de la base militar de Hillsdale. Creía

recordar algún episodio referente a que la base, un día o unos días antes de que los asesinatos en Hillsdale fueran noticia, se había quedado misteriosamente vacía. A veces hacía referencia a ello cuando los miembros recordaban cómo había empezado todo, pero nadie le prestaba demasiada atención. Ginni sí. Sabía extraer la información esencial allí donde se presentaba, como si tamizara las palabras y extrajese pequeñas perlas importantes, e intuía que aquella base sí podía tener que ver. Y mucho. Si los vampiros habían sido algún experimento fallido u otra cosa, lo desconocía. A lo mejor, le decía su intuición, eran simplemente algo que habían encontrado, en alguna parte, un viejo cuerpo momificado y exangüe en algún rincón del mundo, tal vez, que hubieran devuelto a la vida advertida o inadvertidamente. Un vampiro. El padre de todos los vampiros. El que había ido creando a todos los demás: los Señores primero, los otros vampiros menos capaces después, la carroña abyecta que era la raza inferior de los vampiros en último lugar, sus soldados, la carne de cañón que atacaba en manada y primero caía bajo los disparos.

Empezó en Hillsdale, sí, pero Estados Unidos había sido incapaz de detener la infección. Se extendía noche tras noche, alcanzando las poblaciones cercanas, una a una. La primera noche fue Hillsdale, pero para la segunda, los vampiros llegaban ya a Norwood, a Park Ridge, a Bergenfield, y en la tercera noche estaban ya en Spring Valley, en Ringwood, en Peekskill. En una semana, todo el extremo este de Estados Unidos estaba condenado.

Perder Washington fue demoledor. Allí estaba, desde luego, el centro neurálgico de gobierno del país. Los puntos clave. Todo. El presidente y todo su equipo se retiraron de los puestos de mando en un movimiento inesperado y extraño, y el país quedó bajo una ley marcial que tampoco sirvió de mucho, porque por algún motivo, el gobierno retiró todos sus efectivos y acciones de control. La pérdida de la energía eléctrica y las comunicaciones terminó por hacer que la oscuridad cayera sobre Norteamérica incluso cuando era de día, y los viejos estados se llenaron de gente errante que se movía en masa de un lugar a otro: caminaban y conducían de día, y morían durante la noche. Y cada vez que morían, el ejército de vampiros aumentaba sus filas.

Canadá tampoco aguantó demasiado. Cayó después que Estados Unidos, y lo hizo lentamente, como si a los vampiros no les interesara mucho esa zona. Quizá fuera por sus grandes extensiones poco pobladas, como el área en la que se enmarcaba Garden Lake, que eran planicies de roca y hielo, un lugar difícil para que los vampiros pudiesen ocultarse durante el día. Quizá. Pero desde principios de diciembre hasta pasado el día de Navidad, era cada vez más

complicado moverse sin encontrar zonas infectadas; seguían avanzando, tal vez por la pura necesidad de alimentarse.

Otro de los temas favoritos de conversación era precisamente ese: la alimentación de los vampiros, que en los terrenos conquistados se basaba casi exclusivamente en lo que en la Rueda conocían como «granjas».

Emrich Dafoe, un hombre de treinta y cuatro años que había trabajado toda su vida como transportista, había estado en una. Solía contar su historia cada cierto tiempo, y cada vez que lo hacía, añadía más y más detalles, como si con el paso del tiempo su periodo de esclavitud en la granja fuese cobrando sentido y abriéndose camino entre las brumas de su memoria.

—Me... hipnotizaron en la interestatal 78, cerca de Pine Grove. Conducía mi camión hacia el oeste, intentando escapar de los asesinatos y todas las historias que circulaban por ahí. Se acercaba la noche y estaba llegando a un sitio llamado Bethel, una pequeña población en Pensilvania. Quiero decir pequeña de verdad. Os juro que creía que había dejado a esos monstruos a mi espalda; incluso se veía cierto nivel de normalidad en las carreteras, coches que conducían cargados de maletas y bultos, esas cosas. Estaba cansado del camión, de dormir en él. Olía a pocilga, y yo mismo necesitaba asearme y descansar en una cama de verdad. Me confié. No vi las señales, esos detalles que ahora son tan evidentes; estoy seguro de que tenía que haberlos. Y cometí el error de acercarme a una casa cuando el atardecer era ya más que evidente. Fui un estúpido..., pero supongo que así es como te cogen.

»Ellos estaban despertando cuando llamé a la puerta. Os juro que cuando pasó un rato sin que nadie abriera tras la segunda llamada, se me encogieron los huevos. Os lo juro. Tuve un instante de pánico, una sensación de... intenso peligro. Era casi como si pudiera percibir a ese vampiro hijo de puta avanzar hacia la puerta.

»Me abrió con una sonrisa. Debe de ser esa sonrisa que pone alguien hambriento cuando llega la pizza, solo que la pizza era yo. Supe que era un vampiro enseguida, no sé cómo. Tal vez por la manera en que abrió la puerta, con un gesto rápido y violento, seguro, o por cómo me miraba. Me quedé clavado. Os lo juro. Clavado. No pude moverme ni escapar ni nada. Era como si yo fuera un insecto sobre un corcho y sus ojos fueran agujas que me hubiesen atravesado de lado a lado.

»Ya no supe más. Todo lo que sé lo recordé luego, cuando todo terminó, y lo recordé poco a poco, como si hubiera pasado por un periodo de amnesia de cojones. Una escena un día, un algo otro día... Cuanto más recuerdo, más

asqueado me siento. Engañado. Utilizado. Porque... ¿sabéis?, cuando me hipnotizaron me hicieron sentir... condenadamente bien. Mejor que bien. En serio. Cuando estás así es como si estuvieras enamorado nivel Dios, y pegado a los labios de tu amante todo el puñetero día. Es felicidad como no la podéis ni soñar. Salir de eso es como el desamor, uno profundo y jodido. Te sientes solo. Te sientes perdido, confuso, desorientado, y hasta te enfadas y te preguntas por qué cojones alguien te ha hecho la putada de sacarte de eso. Aún lo echo de menos, a veces, en los momentos bajos, cuando cae la noche y tienes miedo y te sientes solo.

»No sabía lo que hacía. Fue después, cuando he ido recordando, que me vi cultivando y pasando por las sesiones de alimentación y descanso. Éramos como... como vacas. Cultivábamos para alimentarnos cuando no traían alimentos de fuera, y descansábamos para recuperarnos de las mordeduras. Nos mordían en la muñeca, uno tras otro, a veces cinco o seis veces durante la noche, y bebían nuestra sangre. Os juro que era como un puto orgasmo, de veras. Recuerdo... recuerdo una sensación roja, tener la mente roja, estar sumido en una tranquilidad roja, y estar conectado de alguna manera con el resto de la gente. Estábamos juntos, nunca solos; solo tenías que cerrar los ojos y ahí estaba la conexión sublime y alucinante, la sensación de plenitud, de paz, como... como el amor. Y cuando se alimentaban de ti... era... era sensual. Recuerdo que incluso me empalmaba, con perdón, pero quería dejarlo claro.

»Pero cuando empecé a recordar y a verme desde fuera, vi a esos monstruos, y el estado consumido en el que estábamos, nuestra vida arrastrada como si fuéramos... productos, como... envases de sangre que ellos usaban a placer, dándonos esa sensación de unidad y de complacencia en la que andábamos atrapados, como... maestros del maltrato psicológico, como esas mujeres maltratadas que se someten por pequeñas pizcas de cariño, cariño falso, feo, soez y cruel. Amor de mentira.

»Y eso ocurría un día, y otro, y dormíamos desde un poco antes del amanecer hasta media mañana, y luego otro poco antes del atardecer hasta que esos monstruos despertaban o venían a la granja a alimentarse y luego se iban y te dejaban exhausto y con el brazo con un doloroso hormigueo, a punto de morir pero sin poder morir. Y te mordían en la muñeca para que no te infectaras y pudieran seguir teniendo sangre humana con la que alimentarse.

»Así son las granjas. Y hay cientos de ellas por todas partes, en todo el país. Ahora, mientras hablamos, hay gente que cree que está bien, pero no lo está. Son organismos que producen sangre para alimentar a esos parásitos monstruosos

que han acabado con todo.

Cuando Emrich contaba eso, a menudo con un trozo de carne metida entre dos rebanadas de pan en la mano y una cerveza caliente en la otra, todos se estremecían y agachaban la cabeza, apesadumbrados, y se mantenían en silencio durante un buen rato, un silencio al que casi siempre seguía la misma pregunta:

—¿Cómo saliste de eso, Emrich?

Emrich aportaba entonces el dato más importante de conocimiento que Ginni, en especial, gustaba de escuchar cada vez.

—Despertamos todos, de repente —dijo Emrich—. A la vez. Fue como si nos desconectarán de ese trance sublime en el que estábamos, como si alguien hubiera tirado de la cadena y toda la mierda, que éramos nosotros, se hubiese salido de la tubería y se hubiera quedado en plena calle mirando el sol sin entender. La primera reacción fue de vértigo, de desesperanza. Creo que me tiré al suelo, como hicieron muchos, incapaz de mantenerme en pie. Fue espantoso. Imagino que es como cuando le quitas el chupete a un niño. O como cuando el gran amor de tu vida te dice «hasta aquí» y te deja lleno de huecos y preguntas y vacío. Vacío, sí. Lloramos. Algunos gritaron. ¿Qué había pasado? Nos mirábamos unos a otros con una sensación muy intensa en el pecho, porque eran las personas a las que había estado conectado durante mucho tiempo, y de alguna forma las reconocía. Pero eran un triste consuelo, porque estaban tan destrozadas como yo, y su presencia no me producía ninguna complacencia, sino todo lo contrario. Quiero decir, ¿os imagináis cómo me sentía?

—Pero ¿qué pasó? ¿Quién... tiró de la cadena? —preguntaba siempre alguien, aunque todos supieran la respuesta, como si les gustase la sensación de escuchar esa historia por primera vez.

—Esa respuesta la tiene Nolan —decía siempre Emrich, manteniendo la ficción de que el relato era nuevo.

Nolan carraspeaba y volvía a contar su experiencia.

—Una vez acompañé a unos soldados a una granja —dijo—. Iban por libre, después de que todos fueran llamados a casa y retirados de todas partes. Ellos no. Ellos seguían. Decían que era su deber, que el gobierno había sido corrompido por los vampiros y que había alguien ahí controlando la mayor fuerza militar del planeta, dejando que las cosas, simplemente, fueran abandonadas a su suerte. Una granja, como sabéis, puede ser cualquier cosa. Una industria, un centro comercial, un edificio, o un sótano, lo que sea que les venga bien. En aquella ocasión era una especie de granero cerca de una hermosa villa de lujo, muy grande, con un muro exterior provisto de casetas para apostar

centinelas. Era como esas villas de las películas de mafiosos, construidas para hospedar centinelas y vigilantes armados. Allí encontramos una fuerte resistencia. Había siervos por todas partes, fuertemente armados. Nos dieron mucha caña y los soldados perdieron muchos hombres, pero sabían que aquella seguridad era por algo y no se rindieron. Al final acabaron volando el muro exterior. Los siervos salían como hormigas, en serio, tosiendo y heridos, pero con las armas aún en la mano. Nadie se rindió. Disparaban al azar, pero disparaban. Tuvieron que abatirlos.

En este punto, casi siempre, Nolan suspiraba y se tomaba un momento, como si le costara escarbar en su memoria.

—La casa era un puto laberinto. Habían construido paredes de pladur por todas partes. Los grandes salones habían desaparecido, por ejemplo. Era como si... intentaran ocultar algo. Algo importante. Un laberinto en el sentido clásico. Me pregunté si alguno de aquellos vampiros sería un vampiro clásico de los tiempos en los que se ocultaban cosas en el centro del mismo. Pero en fin, nos costó un buen rato encontrar el camino hacia los sótanos, porque había que detenerse en cada cruce y en cada esquina porque no sabíamos qué habría detrás, quién nos podía estar esperando o qué trampas habrían tendido. Estrategia militar. El protocolo de señalar y marcar con las manos o el puño levantado puede ser muy laborioso.

»Buscábamos sótanos, como siempre, y estos resultaron estar en una trampilla oculta por una alfombra debajo de una mesa, en una de las despensas. Allí olía a menta que te morías, un pestazo de padre y muy señor mío, y todos sabéis lo que significa eso. Vampiros. Los vampiros huelen a menta, y a medicinas almacenadas. El tufo era impresionante. Los soldados se apartaban mientras preparaban sus armas, porque estaba claro que allí abajo debía de haber un par de decenas de aquellas cosas, por lo menos. Hablaban por señas, porque el sótano estaba oscuro y al final de una escalera larga y estrecha, y allí abajo debía de reinar la oscuridad, y en la oscuridad, aunque sea de día, los vampiros despiertan si tienen que hacerlo. Además, sabíamos que al menos algunos de ellos estarían semiactivados; habíamos hecho demasiado ruido con los disparos, la explosión del muro exterior y los gritos, y eso significaba que nos esperaban, sin duda, y eso era... Bueno, fue un estrés muy grande.

»Uno de los soldados, con una granada en la mano, y señaló el hueco. Al resto le pareció buena idea. Era mucho mejor que bajar, sin más, a pecho descubierto. ¿Que si había peligro de que la casa se viniese abajo? No lo creían. Era una buena casa, una casa de cojones, con una estructura de acero que parecía

capaz de soportar un terremoto. Así que lanzaron la granada y dejaron que descendiera rebotando por los escalones, y cerraron la trampilla. La explosión la hizo saltar un par de metros hacia arriba. El suelo retumbó y salió polvo ancestral de las juntas de las baldosas. Algunas cosas cayeron al suelo por todas partes, produciendo una fanfarria metálica que me puso los nervios de punta. Una nube de polvo se elevó del hueco y llegó hasta el techo, donde se quedó flotando, como ingrávida.

»Los soldados no esperaron, se lanzaron escaleras abajo con sus máscaras, supongo que para aprovechar el factor sorpresa. Eran momentos muy valiosos. Si estalla una granada en un sitio cerrado como ese te deja aturdido un buen rato, con los oídos destrozados. Yo no bajé, claro. No tenía preparación militar, y supongo que tampoco debía estar allí, pero muchos de aquellos hombres eran amigos míos y por algún motivo fui con ellos hasta el final.

»Oí disparos, y gritos. Ya sabéis a qué gritos me refiero, esos chillidos agudos que emiten los vampiros cuando luchan. Muchos disparos y muchos gritos. Estaba histérico. Pensé... recuerdo que pensé que si aquellos hombres morían yo iría detrás. Probablemente. Y tuve miedo. No me juzguéis, ¿vale?, supongo que es puro instinto de supervivencia. Es lo que sentí, y así lo cuento. Cuando los disparos cesaron estuve mirando la escalera un buen rato, tan nervioso y encogido como se puede estar. Os juro que me picaban los testículos de lo contraídos que los tenía. El silencio era absoluto. No sabía si irme o quedarme allí. Por fin oí a uno de los chicos. Ramírez, se llamaba. “¿Puedo bajar?”, pregunté. “¿Está todo bien?” Pero no me contestaron a mí, empezaron a decir: “Despejado” esto, “despejado” lo otro, y entonces bajé.

»Olía a mierda. A auténtica mierda. No sé si los cadáveres por lo general huelen así, sobre todo cuando están..., bueno, destrozados como lo estaban aquellos, pero olía a un montón de bolsas de basura llenas de pescado, a parte de atrás de carnicería, a matadero. Y a pólvora. Olía a pólvora. Pero lo que más apestaba era la sangre, y allí había mucha. Muchísima. Todo el mundo tenía una expresión de horror en el rostro; casi recuerdo sus caras tan bien como los... los trozos. Trozos de carne que no sabías ni a qué pertenecía, carne con hueso, carne roja, ensangrentada, pálida. Carne negra retorcida y quemada, trozos de tela en llamas. Trozos. Trozos. Un detalle sin importancia comparado con lo que había allí se quedó grabado en mi mente: el sonido acuoso de las botas pisando la sangre. Pensé que alguien resbalaría y caería en toda aquella barbarie. Os lo juro.

»Pero al final de la sala había algo peor. Una especie de compartimento de piedra se había partido con la explosión y dentro respiraba un vampiro, con la

mitad del cuerpo hecho pedazos. Respiraba como un tren de mercancías, el sonido era como el de una bomba de extracción. Pensé que le iban a salir los pulmones por la boca.

»No dijo nada. Nos quedamos mirándolo y él miraba algún punto en la habitación. No era un vampiro normal, eso era evidente al mirarlo. Era uno de esos Señores, como los llama Ginni; además era el único que estaba en ese habitáculo de piedra que, claramente, no pertenecía a aquel lugar. Estaba apartado y protegido por su hueste de vampiros entre él y la escalera, pero eso no le sirvió. Ni los siervos, ni el laberinto, ni la finca protegida. Pero era un Señor, y uno valioso, a juzgar por toda la parafernalia de cosas.

»De pronto se quedó quieto. Murió, si es que esas cosas pueden vivir alguna vez. Y os juro que tan pronto cerró los ojos, empezamos a oír llantos y gritos que venían de arriba, lejanos y distantes.

»Pensamos que pasaba algo más. Más... vampiros. Alguna cosa relacionada con ellos. Allí no había más que pedazos muertos, así que subimos y recorrimos el laberinto otra vez hacia afuera. Imagino que ya adivináis de quiénes eran los llantos. Eran los hipnotizados que cuidaban de las granjas y les servían de alimento, como..., bueno, como Emrich. Cuando los vimos lo comprendimos. El Señor había muerto y los hipnotizados habían vuelto a la normalidad otra vez. Estaban unidos por algún tipo de vínculo. Destruída la mente que los mantenía unidos... se... liberaron.

»Como ha dicho Emrich, fue traumático. Estaban desesperados, miraban con miedo, alguno se quedaba tumbado en el suelo con las piernas y los brazos recogidos contra su cuerpo, llorando. No sabíamos qué hacer con ellos, si no les prestabas atención no querían ni alimentarse. Eran como drogadictos; tenían esa mierda metida por vía intravenosa y de repente les habías cortado el suministro. Después de tres días tuvimos que irnos y dejamos allí a algunos, los que estaban mejor a cargo de los otros. No sé qué fue de ellos, pero creo que no debieron de conseguirlo. Es probable que se dejaran cazar con la esperanza de ser hipnotizados otra vez.

»Y esto es todo lo que tengo que decir sobre eso.

El testimonio de Nolan solía dejar a la gente pensativa. Les daba perspectiva, les gustaba recordar todas esas cosas una y otra vez para recoger pequeños detalles, porque era la experiencia colectiva lo que les proporcionaba una monumental base de datos sobre la que trabajar, extraer posibles maneras de sobrevivir y tener esperanzas sobre futuros encuentros, sobre todo con los temidos Señores. Nadie, excepto Emrich y la propia Ginni, se había enfrentado a

uno y había sobrevivido para contarlo allí, y muchos temían, en secreto o no, el día en que la Rueda se topara con uno y tuviera que enfrentarse a su poder. En su forma maestra eran fuertes como cien caballos, y podían tener capacidades desconocidas con las que no contasen y que hicieran añicos sus miserables medidas de protección basadas en centinelas repartidos por el perímetro de techos de caravanas. Se hacían preguntas necesarias como: «¿A qué distancia podía hipnotizar un Señor?», o «¿Podía hipnotizar a muchos a la vez o solamente de uno en uno?»

La información era valiosa, pero tenía un precio muy alto. Los días en que se escarbaba demasiado en los recuerdos oscuros, todos se iban a dormir con el ánimo bajo, apesadumbrados y atemorizados por lo que el futuro podía traerles.

Todos menos Ginni.

Ella soñaba con buscar y cazar Señores para liberar gente.

Costase lo que costase.

2

Esa noche, Ginni tuvo sueños extraños. Cuando despertó, el hecho en sí le resultó fascinante; primero porque no solía soñar, o porque cuando despertaba no recordaba absolutamente nada. Cuando los tenía eran siempre inmundicias psicológicas del devenir de los días, como si su mente tirara de la cadena y evacuara situaciones y pensamientos que se quedaban enganchados en su cabeza; pequeñas frustraciones, cosas que había visto y que no había digerido de forma consciente, como un repaso mental automático al final del día. Pero el sueño no solo había sido inquietante; tenía un componente de sensaciones extrañas que Ginni percibía diferentes.

—He tenido un sueño raro —le dijo a Nolan cuando miró hacia la cocina, al otro extremo de su caravana.

Nolan se volvió, sonriente.

—¡Buenos días, princesa!

—No me llames princesa —dijo ella distraída—. Un sueño raro.

—¿En serio? —preguntó él—. Está amaneciendo. Va a ser mejor informar a la gente antes de que empiecen con sus cosas.

—Sí, desde luego...

—¿Qué has soñado?

Ginni permaneció tumbada unos instantes, y Nolan se volvió para mirarla. Ginni saltaba de la cama apenas abría un ojo...; el hecho de que ese día no fuese

así era tan inusual que se quedó con la mano extendida, sujetando la bolsa de té sobre el vaso de agua caliente.

—¿Ginni? —preguntó—. ¿Estás bien?

—Supongo que sí... —respondió ella.

Nolan pestañeó.

—¿Qué has soñado? —insistió.

—Pues... no lo sé. No consigo... ¿Sabes?, es más bien... una sensación.

—Una sensación —repitió Nolan despacio mientras terminaba de preparar el té—. Bueno, tú eres mucho de sensaciones.

—Sí, pero estas no son mías, es como...

—Creo que es la primera vez que no te sigo —dijo Nolan.

—¿Lo ves? —exclamó ella, enfadada, saliendo de la cama con un movimiento rápido—. Porque no son mis sensaciones, por eso no me sigues. De todos modos, da igual. Tenemos mucho que hacer.

—¿Qué has pensado? —preguntó él.

—Ya lo verás —dijo ella con una sonrisa. Se acercó a él, pasó la mano por su espalda, la deslizó hacia abajo y le apretó el culo.

—Vale... —dijo él, poniendo los ojos en blanco.

3

La campana sonó en mitad del campamento, el cobre de su superficie dorado por los primeros rayos de sol. La familia de la Rueda tardó todavía un poco en congregarse, pero cuando salían de sus caravanas miraban con rapidez y cierto temor al cielo, quizá como esperando que la tormenta que había descrito Ginni estuviera ya encima de sus cabezas. Mike Meyers, un hombre con aspecto de orangután, apareció soñoliento con la sudadera al revés. La capucha colgaba debajo de su rostro hinchado por el sueño.

—Vaya, Mike —dijo alguien—. Podrías poner alfalfa en esa capucha tuya y puede que consiguieras que alguien te montase, por una vez.

Varios de los hombres rieron con ganas. Mike se quitó la sudadera con gesto de enfado y volvió a ponérsela correctamente.

—Está bien —dijo Ginni levantando la voz mientras se recogía el cabello en una coleta. Siempre se recogía el pelo cuando pensaba ponerse a trabajar de verdad—. Así están las cosas. Anoche, los de seguridad vieron un convoy de máquinas que se dirigían por la carretera hacia la tormenta.

—¿Qué tipo de máquinas? —preguntó alguien, alzando la voz.

—Excavadoras, grúas, hormigoneras... Máquinas de construcción.

—Gracias.

Ginni asintió.

—Eran bastantes, así que me despertó la curiosidad. No habíamos visto nada así antes, ni siquiera... un convoy de ese tamaño de vehículos convencionales. Así que Nolan y yo los seguimos en el *jeep*, a cierta distancia, con las luces apagadas.

La gente escuchaba expectante.

—En resumidas cuentas: se dirigieron hacia la tormenta, y se perdieron en ella. No se quedaron en el límite, fueron hacia el interior, y allí se internaron hasta que no pudimos verlos más.

—Carajo —exclamó alguien.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Mike el orangután.

—Bueno —dijo Ginni ladeando la cabeza—. Significa que los vampiros están construyendo algo, o van a construir algo.

—Cárceles para todos nosotros —escupió Emrich—. Como si lo viera. Para almacenarnos y utilizarnos como alimento.

—Entra dentro de lo posible —asintió Ginni—. Pero quién puede saberlo realmente. Ya éramos conscientes de que algo así ocurriría. Los vampiros se han quedado con todo, y ahora deben de estar organizándose. Ya sabemos que hay vampiros idiotas, ¿vale? Monstruos sin cerebro que van en manada y se comportan como animales. Ojalá fueran todos así... Esos duermen en cualquier agujero oscuro y vagabundean, por lo que sabemos, sin mucha intención de nada. Pero... pero hay otros que son los que dirigen el cobarro, los que envían a las manadas, y los que se enteran de todo.

Alguien se santiguó.

—Así que deben de tener un plan —siguió diciendo Ginni. Luego pensó durante unos instantes, miró brevemente al suelo y resopló—. Escuchad: ya han ganado la guerra. No estamos en la América que conocíamos, la que era nuestro hogar. América era la gente, y ya no hay gente, solo edificios abandonados o llenos de monstruos. Sangre y monstruos, y olor a menta rancia. Ya ni siquiera somos los invadidos. No tenemos hogar. ¿Podéis llamar a esto un hogar? Somos las ratas que se escabullen tras los muros o los barriles llenos de grano en un almacén con la esperanza de robar unas migajas y seguir vivos al día siguiente. Eso hacemos. Porque ese almacén, esa América que una vez fue nuestra, la que construimos entre todos... es ahora de ellos. Somos una pequeña molestia, un estorbo, un vestigio del pasado, que intentarán eliminar o controlar tan pronto

reparen en nosotros. Somos las ratas.

Nadie dijo nada. Estaban petrificados, escuchando. La idea de haber perdido de repente el suelo que tenían bajo los pies los hizo encogerse. Ginni sabía eso, y había jugado con el concepto para conducirlos al estado de ánimo que necesitaba. Eran, por supuesto, norteamericanos, y habían crecido en la convicción de que América era el país más grande del mundo. La primera superpotencia global. Celebraban el 4 de julio con banderitas de barras y estrellas e iban a colegios, universidades y trabajos donde la bandera de Estados Unidos ondeaba orgullosa con sus distintivos colores, el azul y el rojo. Pero alguien les había quitado el azul y había dejado solamente el rojo: una bandera sangrienta que representaba a un país perdido donde la gente ya no paseaba sonriente por las ajardinadas avenidas de los barrios ricos, o por las colosales ciudades colmadas de enormes edificios donde el tejido empresarial de una América gloriosa bullía de próspera actividad. No, ahora la gente dormía en los sótanos donde habían almacenado el exceso de sus apetitos consumistas, junto a las cosas que fueron objeto de deseo una vez pero que ahora habían perdido su brillo porque tenían que consumir otras, más nuevas, más modernas, más brillantes; como el sueño americano. Sí. Les habían arrebatado América y, en justicia, ya no podían sentirse en casa.

Una mujer empezó a llorar.

—Siento ser tan dura —exclamó Ginni—, pero necesitaba que comprendierais la situación. Comprendedla de verdad. Escuchad, por algún motivo, creo que estamos en el lugar adecuado en el momento adecuado.

Mike el orangután hizo un amago de preguntar algo, pero calló.

—Hay una... tormenta, una cosa ahí fuera, que será cualquier cosa menos natural. La han creado ellos, estoy segura, y oculta el sol. Es como...

—La Estrella de la Muerte —dijo alguien.

—La Estrella de... —dijo Ginni, haciendo memoria—. Sí. Algo así, ¿vale? Su arma secreta. Algo monstruoso y grande en lo que están trabajando. Han traído máquinas, y algo me dice que veremos muchas más en los próximos días. Construyen algo. Algo grande. Quizá sea algo para hacer esa tormenta aún más poderosa, quizá pretendan cubrir todo el cielo, en todas partes. Y eso está ocurriendo aquí. Justo aquí. Justo en el linde de esa nueva amenaza estamos nosotros. Un pequeño grupo de gente que ha sobrevivido, muchas veces por un milímetro de suerte, por algún... raro azar..., y otras veces luchando codo con codo contra ellos, como Powder...

Bolt Powder levantó la mano entre la gente y saludó con dos dedos a modo

de símbolo de la victoria.

—¿Lo entendéis ahora? —preguntó Ginni—. ¿Sabéis adónde quiero llegar? La gente se miró incómoda.

—Perdóname, Ginni, querida —dijo de repente la señora White levantando la mano. Hablaba con un tono dulce, con las arrugas de su rostro remarcadas por una sonrisa llena de inocencia—. Creo que te estoy comprendiendo. Quieres decir... Creo que lo que quieres decir es que deberíamos... luchar.

Ginni sonrió.

—Eso mismo, Anne, cielo. Es justo lo que trato de decir.

Un murmullo se expandió entre los congregados.

—Estamos justo aquí. Justo aquí. Y no somos muchos, pero los que somos hemos pasado por situaciones de peligro antes. Por muchas. Tenemos a gente como Bolt... Todos habéis visto a Bolt... y he visto a Mike abrazar a uno de esos vampiros y aguantarlo hasta que salió el sol, una hora después. Somos capaces. ¡Lo somos! Y estamos donde hay que estar para tratar de parar algo que puede suponer... el fin del mundo. Sabéis que en Europa la cosa no es tan grave, y que yo sepa, en lugares como África, o Australia... no hay todavía vampiros. Pero si les dejamos llevar a cabo sus planes... ¿quién sabe? ¿Quién sabe qué tipo de... capacidades, o poder, llegarán a adquirir?

—¿Quieres que luchemos, Ginni? —preguntó Bolt.

—Es lo que estoy poniendo sobre la mesa —explicó ella—. Podemos huir, desde luego. Todo el mundo huyó cuando esto empezó... Corrimos a poner nuestros culos a salvo, nos alejamos de las ciudades, dejamos que, noche tras noche, fueran ganando terreno, hasta que no ha quedado nada o casi nada. ¿Vamos a seguir haciendo eso?

La señora White carraspeó y levantó la mano.

—Pero, querida... —exclamó—..., muchos de nosotros no somos... combatientes. No sabría acertarle a un hombre malvado delante de mí con la mano abierta, y digo esto con experiencia de la vida. Puedo preparar unas albóndigas tan atroces que te sentarán mal una semana entera, pero... ¿disparar? ¿Correr por ahí como hacéis vosotros cuando hay que hacerlo? Jesús. Solo de pensarlo me tiemblan las piernas.

Ginni sonrió.

—Lo sé, Anne. Sé que algunos de nosotros no estamos en condiciones de participar en lo que se supone que podríamos hacer. Pero podéis quedaros aquí y atender a los que volvamos, si volvemos, si nos han herido..., si necesitamos descansar, o...

—¿Una base de operaciones? —preguntó alguien.

—Algo así —dijo Ginni.

—Espera —intervino Bolt—. Creo que te has olvidado de Pete.

Ginni asintió.

Pete era un joven bravucón que había salido de la América profunda. El típico *redneck*, que hablaba con acento de Missouri y escupía pequeños esputos de tabaco negro a..., bueno, a cualquier parte, acompañado de expresiones tan soeces que habrían hecho ruborizar a un marinero. Pero Pete era bueno con su rifle, casi tanto como el propio Bolt Powder, y podía acertarle a un pato en el ojo a cuatrocientos metros aun cuando las especificaciones de su rifle no garantizaban esa distancia. Pete era el primero en apuntarse a cualquier misión de exploración y colecta de recursos que se organizaba, y lo hacía con grandes aspavientos. El nivel de testosterona en su cuerpo hubiera hecho saltar cualquier gráfico. Si había que explorar un grupo de casas, una gasolinera, una nave industrial que se levantaba herrumbrosa en mitad de cualquier parte, él era siempre el voluntario número uno. «Carajo», decía, guiñaba un ojo y revisaba sus herramientas y ese cabo de cuerda que llevaba colgando del hombro, tan sucio y usado que parecía el cinturón de un mendigo. A Ginni siempre le había parecido un imprudente, o aún peor, «un puñetero loco», en sus propias palabras. Y también al propio Alen, por cierto, que se ocupaba de la seguridad de la Rueda. «Un día nos meterá en problemas, Ginni —le decía siempre—. Un día, ya lo verás.» Y resultó que Pete se metió en problemas, efectivamente; ese tipo de problemas que te meten los pies en un molde de cemento y te tiran al río Hudson. El propio Alen lo vio caer, apresado por un vampiro que colgaba, aparentemente, del techo. Nadie hubiera podido verlo, escondido en la oscuridad de los techos altos, agazapado tal vez entre las vigas de madera. Se dejó caer detrás de Pete y lo abrazó con sus brazos monstruosos. Pete no tuvo ninguna oportunidad. Mientras gritaba «¡Hijo de puta, hijo de puta, hijo de puta!», el vampiro hundió la cabeza en su hombro. Los vampiros rara vez mordían en el cuello, como habían visto en las películas: cuando querían matar, mataban de la forma más rápida y efectiva, a veces con un simple zarpazo. Casi siempre haciendo uso de su fuerza; por ejemplo, doblando a un hombre hacia atrás por la cintura. Un crujido atroz de huesos rotos, espina vertebral quebrada y hombre muerto al suelo. O mordían donde podían. Desgarraban, mejor dicho. Cuando mordían así, era solamente para una cosa. Una sola cosa.

Se tomó su tiempo. Alen se quedó hipnotizado, mirando como Pete dejaba de resistirse y bajaba suavemente los brazos. No pudo hacer nada, como si ni

siquiera pensara en moverse, huir o disparar. Había cierta fascinación en el hecho, como si pudiera percibir, de una manera inconsciente, algún tipo de energía invisible que manase entre los dos. Alen era un hombre sencillo y práctico que creía en la paga de un día por el trabajo de un día, pero más tarde le dijo a Ginni: «Te juro que aquello parecía..., bueno, parecía que más que sangre, estaba chupándole la puta alma. Te lo juro».

Cuando Pete cayó al suelo como un despojo inútil, Alen recuperó el control de sí mismo. Disparó un par de veces al azar mientras se daba la vuelta y echaba a correr. «Nunca sentí tanto miedo, Ginni. Casi podía sentirlo a mi espalda. Sentía la nuca expuesta, ¿sabes? Pensé que... que la atravesaría con uno de esos dedos largos que tienen. Sentí miedo. Miedo de verdad, Ginni.» Pero Alen consiguió llegar de algún modo hasta la salida, y cuando se encontró de nuevo bajo el sol, por muy lánguido y decreciente que fuera, se permitió dejarse caer al suelo y llorar.

Habían perdido a Pete, sí, y la noticia se recibió con consternación en la Rueda, aunque no se llamaría así hasta más tarde, porque por entonces no eran tantos como para formar un círculo con las caravanas. Pero al anochecer del día siguiente iban a perder mucho más.

Los vampiros llegaron tan pronto se ocultó el sol. Eran al menos doce, y provocaron un caos espectacular. Fue Bolt Powder quien salvó la noche luchando contra los vampiros y tendiéndoles una emboscada, sacrificando una de las caravanas al hacerla volar por los aires. Verlo moverse era espectacular, como si hubiera nacido para luchar contra los monstruos. Más tarde, cuando huían del lugar en las caravanas que quedaban, con los faros apagados, Ginni le dijo a Alen: «Te han seguido». Alen refunfuñó. «No pudieron seguirme, Ginni. Era de día.» «Pues un guardián lo ha hecho. Te ha seguido y ha averiguado dónde estábamos. Es demasiada casualidad. Ayer perdimos a Pete, y hoy...» Alen protestó, y hasta se enfadó un poco. Pero Bolt intervino: «Pete estaba con ellos, Ginni —dijo—. Es posible que nadie reparara en él con todo el jaleo, pero Pete estaba con ellos. Me vio y se le torció el gesto. Se puso alerta. Se puso alerta porque... sabía quién era yo y lo que puedo hacer cuando lucho con los vampiros. Sabía que iba a ser una amenaza, y también sabía dónde estábamos. Pero no era el primero que compuso una expresión así; lo noté en los otros vampiros, a los que me enfrenté antes de ver a Pete. Se concentraban en mí... como si supieran. Lo sabían. Pero esos vampiros eran del tipo horda... No eran como esos otros estirados inteligentes. Eran carne de cañón, así que no creo que hablaran mucho. No creo que Pete, cuando se convirtió, les dijera: “Carajo, hay

unos cuantos humanos dando por culo a cuarenta kilómetros al sur, después de la arboleda y antes del río”. No. Creo que... cuando Pete se convirtió, Ginni, de alguna manera, lo que él sabía lo supieron los otros vampiros.»

Ginni recibió las palabras de Bolt con suspicacia. Buscaba algo que decirle, algo que contradijese su teoría, pero lo que decía... tenía sentido. No le gustaba, pero lo tenía. Fue la primera vez que intuyeron que tras los vampiros había una mente colmena de la que se alimentaban todos. El *vampinet*, como lo llamó Fros Palmer más tarde con el cuerpo bañado en alcohol.

—Lo sé, Bolt —dijo Ginni—. Me acuerdo de lo de Pete. Si eso ocurre, tenemos todavía un día entero para reaccionar antes de que quien sea vuelva como un vampiro. Antes de que todos sepan. Si alguno es convertido en vampiro... tendremos que movernos a otra parte.

—Si alguno se convierte en vampiro —masculló Ralph de repente—, lo mejor será acabar con él rápidamente mientras se convierte. Hay que hacerlo. Sin miramientos.

Ginni compuso una sonrisa torcida.

—Se intentará, Ralph. Gracias.

—¡Es lo que digo!

—De cualquier forma..., tenéis mucho que pensar antes de planificar nada. No seguiremos hablando ahora. Pensad. Pensad si queréis hacer esto, o si preferís seguir en movimiento, sobreviviendo, viviendo en caravanas en un país con cada vez menos supermercados y casas que saquear.

La gente se miró.

—Es todo. Esta tarde, antes del anochecer, volveremos a reunirnos. Pensad mucho y bien, y tomad vuestras propias decisiones.

Ginni bajó de la caja donde solía subirse y resopló mientras el grupo se dispersaba, taciturno y pensativo, pasándose la mano por el cabello. Era temprano y ya hacía calor. ¿Qué le estaba pasando al mundo, además de los vampiros?

—Has estado bien —le dijo Nolan.

—La cosa es... —respondió ella despacio—... que espero que todos estemos bien.

Nolan asintió.

Capítulo 4

LA DECISIÓN DE ANNE



1

—Se acabó —dijo Jared—. ¡A la mierda!

Empezó a andar, alejándose de los aullidos de los vampiros que empezaban a oírse por todas partes, como llantos de bebé que despiertan en mitad de la noche pidiendo su alimento.

—¡Jared! —gritó una voz a su espalda—. ¡Espera, Jared!

Era el chico. Era Jimmy. Había cierta desesperación en su voz.

Jared apretó los dientes y los puños y detuvo su avance tras dar tres zancadas dubitativas. Cuando se volvió, Jimmy iba hacia él. Lo miraba con la cabeza inclinada, llena de dudas. Jared podía leer esa expresión. Decía: «¿Te vas? ¿Tú... huyes de esto?».

Quiso explicarle. Quería hacerlo, porque él no estaba huyendo, sencillamente porque era imposible huir a ninguna parte. Quería decirle: «Lo hemos intentado, chico. Hemos vivido muchas cosas y viajado mucho en el interior de un camión con un grupo de soldados a los que les huelen los pies como demonios cocinados en un barril de brea, pero lo hemos intentado hasta el final. No huyo, ¿sabes?, porque no se puede huir. Ya no. Han ganado, chico. Antes podíamos movernos durante el día y haber intentado una o dos cosas, pero ahora...»

Quiso, pero no pudo articular palabra. No pudo. Sentía rabia, y cólera, porque habían estado cerca, muy cerca, pero...

Pero habían llegado tarde.

—Jared —dijo Jimmy—. ¿Te vas?

—Chico... —alcanzó a decir—. Es que... ¿no lo ves?

—Veo que las cosas han cambiado. Un poco. Pero... ¿ya está? Quiero decir... ¿nos rendimos?

Jared miró por encima de su cabeza. Los soldados a los que habían acompañado, Corso, Jason, Gutiérrez, Josh, Mac y los otros, estaban hablando entre sí, rápido y atropelladamente. Jason miraba al suelo con el rifle entre las manos, como preguntándose de qué serviría ahora todo su entrenamiento militar. Una cosa era enfrentarse a los guardianes, o a las bandas de supervivientes que a veces encontraban armando ruido por ahí, y otra muy distinta era enfrentarse a vampiros. Incluso los vampiros de clase baja, la escoria animal que era el escalafón más bajo de su cadena, se movían, a veces, con demasiada rapidez como para asegurar tiros precisos. Si iban a tenerlos encima incluso durante el día, se dijo, no había balas en el mundo para abatir a tanto monstruo. Y en cuanto al resto... habían bajado del camión y miraban alrededor consternados. Los hermanos Eddie y Douglas, Beatriz, la matriarca de los Gallagher, Anne, el amigo de la familia, Josh, el viejo Adam, la joven y extraña pareja que hacían Laura y Pip, y, por supuesto, Sonia, que hasta donde sabía aún podía decir orgullosa que era agente de policía de Hillsdale mientras nadie le enviara una carta de despido, cosa que nunca ocurriría, por cierto. Todos estaban tan confundidos por el discurrir de los acontecimientos que ninguno sabía muy bien cómo reaccionar.

—¿Quieres... quieres jugar al superviviente, chico? —preguntó al fin, con la voz rota por la emoción—. ¿Quieres? ¡Oye, podemos intentar escondernos en alguna parte, eso seguro! O podemos... podemos subir a ese camión y tratar de poner kilómetros entre nosotros y ninguna parte, ¿cómo te suena eso? Pero escucha una cosa, chico...: si los vampiros pueden sacar su culo al sol y cantar algo de Pavarotti mientras tanto, ¿cuánto tiempo crees que pasará antes de que nos cacen? Dime. ¿Cuánto calculas, tú que siempre sabes taaaanto de todo?

Jimmy asintió con el semblante serio.

Con un solo gesto rápido y decidido, sacó la pistola que le había dado el propio Jason de su cinturón y se la ofreció a Jared por la culata.

—Entonces, ¿por qué no te pegas un tiro? —preguntó.

Jared miró la pistola, contrito.

—Chico... —graznó—. No me... No me vaciles...

—¿No lo ves? —susurró Jimmy—. Tienes esa escopeta entre las manos,

has visto lo que has visto, y te has dado la vuelta y has seguido andando...

—Oye, chico...

—No te has disparado, Jared. No lo sabes, pero ya has decidido. Has decidido seguir vivo, y lo has hecho muy rápidamente. Te has dado la vuelta y te has alejado, para buscar una salida, como hemos hecho siempre.

Jared lo miró. De repente no parecía tener cator... quince (se corrigió), quince años. Un crío de quince años. Él tenía quince años cuando empezó a machacársela mirando catálogos de lencería y a beber alcohol en cantidades poco recomendables para su edad, pero desde luego no recordaba haber hablado así ni una sola vez. Parecía un anciano. Uno cansado, tal vez, pero decidido, atrapado en el cuerpo de un niño que empieza a evolucionar a adulto.

—Además, no lo sabemos todo —añadió ahora, bajando la voz—. No sabemos si esa tormenta durará solamente un poco. Quizá desaparezca dentro de un rato, o mañana. Quizá, si conducimos lejos de aquí, descubramos que más allá, la tormenta no llega hasta...

La voz de Jason sonó potente:

—¡Al camión! —gritó—. ¡A la mierda Buffalo! ¡Todos al camión! ¡Joder!

—¡Jimmy! —lo llamó Sonia—. ¡Hay que alejarse de aquí!

Jimmy no se volvió. Miraba a Jared como clavando sus ojos en él.

—Puto crío de mierda —susurró Jared. Alargó la mano y le cogió la pistola—. Nunca uses así un arma cargada, chico. Podrías volarte los huevos mucho más rápido de lo que se tarda en decir «meada de burro».

Pasó a su lado y empezó a caminar hacia el camión.

Jimmy sonrió un poco mientras se daba la vuelta para ver cómo volvía con los otros.

—Meada de burro —repitió, divertido, pero luego miró el cielo oscuro y terrible, que evolucionaba como si vientos huracanados desordenaran las nubes allá arriba, y experimentó una congoja terrible que le humedeció los ojos.

2

Josh conducía el camión, haciéndolo volar por la carretera como alma que lleva el diablo. No hacía nada que avanzaban por esos mismos lugares con una sensación de esperanza y hasta de victoria, con un plan en la cabeza, seguros de que el sol sobre sus cabezas les aseguraba cierta protección. Ahora todo se percibía diferente. Una repentina lluvia gris que dejaba un rastro como de ceniza manchaba el cristal con terca insistencia.

—No entiendo de dónde ha salido —dijo, agarrando el volante con tanta fuerza que parecía querer sacarlo de su anclaje.

Jason, a su lado, miraba por la ventana en silencio.

—Tan rápido. Coño. ¿En qué puta película hacen eso los vampiros, eh? ¡Dime!

—No seas gilipollas —soltó Jason.

—Mira el cristal —añadió Josh—. Es como... si lloviera barro negro. Puto barro negro. Casi se oye chirriar el limpiaparabrisas.

—Es porque chirría —contestó Jason.

—¿Y por qué...?

Se interrumpió. Allí delante, en la carretera, había varias formas negras agazapadas, interrumpiendo el paso.

Jason dio un respingo y se enderezó en el asiento.

—Coño —soltó Josh.

Instintivamente, pisó el freno y dio un volantazo a la izquierda. Allí salía un ramal que abandonaba la carretera asfaltada y describía una pequeña pendiente hacia un camino de tierra entre los árboles.

—¡No! —gritó Jason.

Pero era tarde. El camión voló unos metros, literalmente, al saltar el cambio de rasante, y volvió a tomar tierra con un sonido quejumbroso. Josh y Jason se sacudieron con fuerza en la cabina.

—¡Joder! ¡Mierda!

Josh masculló algo mientras intentaba mantener derecha la dirección, la cabina sacudiéndose de un lado a otro. Jason se acercó a la ventana para mirar hacia la carretera.

—¡Tenías que haberlos embestido! —bramó Jason.

—¡¿Qué?!

—¡Que los atropellaras, joder!

—¿Sabes lo que un cuerpo puede hacer contra el morro de un camión como este, imbécil?

Los árboles pasaban con rapidez a su alrededor. Hasta Jason podía ver que iban a demasiada velocidad. Si encontraban un giro demasiado pronunciado, el camión no podría tomarlo.

Unos golpes secos se oyeron en el panel que tenían a la espalda. Los que viajaban en el compartimento de carga debían de haber sentido la sacudida como una pequeña bomba.

—¡Frena! —gritó Jason—. ¡Frena, coño!

—¿Qué carajo crees que estoy haciendo?! —graznó Josh.

Las ruedas protestaban, resbalando en el suelo mojado, incapaces de encontrar la adherencia que necesitaban. Estaban gastadas, y una pasta viscosa las recubría por haber pasado por encima de demasiados cadáveres desde que emprendieran el viaje a Canadá. Estaba perdiendo el control de la dirección.

—Joder, joder, joder, joder...

—Los ventanucos, Jason —decía Josh mientras luchaba por mantener el camión en el camino de tierra—. Los ventanucos.

Jason estaba pensando lo mismo. Los putos ventanucos. Habían abierto cuatro ventanucos en el compartimento de carga, dos a cada lado, para que pudieran respirar un poco ahí dentro, porque, sencillamente, eran demasiadas personas como para aguantar el olor a miserias humanas. Pero eran ventanucos por los que alguien, con la complexión física adecuada, podría colarse. Si los vampiros de la carretera (porque no le cabía ninguna duda de que eran vampiros) los habían seguido, ¿podrían haber saltado al camión y haberse colado por los ventanucos? Podrían, sí. Jason los había visto hacer cosas increíbles, cosas que tal vez los propios hombres y mujeres que rindieron sus cuerpos a aquellas aberraciones sobrenaturales no habrían podido hacer nunca, como si el hecho de ser vampiros los hiciera abusar de su armazón humano, desentendiéndose de los límites impuestos por cosas como sus músculos o su estructura ósea. Pero si se hubieran colado, se dijo, los muchachos habrían abierto fuego, y los sonidos de las armas de fuego habrían llegado hasta la cabina, a pesar de los traqueteos y la protesta hidráulica de la suspensión crujiendo bajo sus asientos.

«No —se dijo—. Están a salvo. Tienen que...»

Justo cuando parecía que el camión iba a recuperar la estabilidad, un sonido fuerte retumbó en alguna parte. Jason se volvió de manera instintiva hacia el panel que separaba la cabina de la carga, pero decidió que el sonido no había venido de ahí, sino que procedía de...

—¡Frena! —graznó, cogiendo el arma que había llevado entre las piernas con las dos manos—. ¡POR EL AMOR DE DIOS, FRENA!

3

—¿Qué cojones pasa?! —gritaba Gutiérrez.

El volantazo de Josh al tratar de esquivar a los vampiros los había lanzado a todos, sin que pudieran hacer mucho por evitarlo, hacia el lado derecho del compartimento. Las mochilas cuidadosamente apiladas se desparramaron, las

provisiones saltaron por los aires y el equipo metálico produjo un sonido estridente que enervó a todo el mundo. Sonia tuvo tiempo de ver las armas volar y golpearse unas contra otras. Incluso pensó que era una locura llevarlas cargadas en el interior de un camión que, a veces, viajaba a demasiada velocidad o cogía baches y pasaba por encima de obstáculos más o menos pequeños. Sabía por experiencia que un arma que recibe un impacto súbito y fuerte podía dispararse, y una bala en un receptáculo tan pequeño, lleno de gente, no fallaría.

Mientras tanto, Josh se lanzaba al suelo para recuperar su arma. Mac había acabado en una postura algo incómoda, el cuerpo y el rostro encima de Beatriz, que lo miraba con un gesto de sorpresa y consternación. Iba a decir algo, «perdona», tal vez, pero se movieron rápido y se apartaron el uno del otro.

—Algo pasa —exclamó Pip—. Algo...

—Mierda —soltó Josh mientras se ponía en pie—. Os dije que...

De nuevo, el camión experimentó otra sacudida. Una pequeña sensación de vértigo seguida, esta vez, de aplastamiento. Algunos de los hombres se doblaron por las rodillas y extendieron los brazos para mantener el equilibrio. Sonia aulló.

—Os dije —siguió diciendo Josh, iracundo— ¡que había que poner algún sistema de comunicación entre la cabina y el compartimento de carga!

—Me siento como en una puñetera lata de sardinas —exclamó Jared.

—¿Está bien, señor? —preguntó Gutiérrez mirando a Adam.

—Sí... Sí, lo...

Un nuevo vaivén los hizo buscar equilibrio proyectando los brazos hacia delante y hacia los lados. Adam fue lanzado hacia atrás y se golpeó la nuca contra la pared metálica. El camión parecía estar atravesando una cañada llena de pedruscos más que una carretera, y probablemente fuera así. Douglas se acercó a una de las ventanas para mirar, y Josh lo imitó, dirigiéndose a otra.

—Un bosque —dijo el primero—. Pasamos por un bosque, pero... demasiado cerca de los árboles. Hemos salido de la carretera.

—¿Por qué? —preguntó Josh—. ¿Por qué hemos salido de la puta carretera, y a esta velocidad?

—Un obstáculo —exclamó Anne—. Algo la bloqueaba.

—Si acabamos de... ¡Joder! —exclamó Josh.

—Está lloviendo —dijo Jimmy mirando por el ventanuco libre en el otro lado—. Eso es... es bueno.

Adam pestañeó. Le parecía un comentario fuera de lugar para una situación así, pero si había alguien fuera de lugar en el contexto de su edad física, ese era, desde luego, Jimmy.

—¿Por qué dices que es bueno? —le preguntó Adam sin que nadie más pareciera escucharlo, ocupados como estaban con todo lo que estaba pasando.

Jimmy se encogió de hombros.

—Es lo que se espera de una tormenta —dijo—. Si fuera... otra cosa... algo sobrenatural, algo que los vampiros hubieran creado..., bueno, tal vez no habría traído lluvia, ¿sabes?, como una tormenta... una tormenta mágica. Si es una tormenta normal, es probable... que pase.

Adam asintió. Pensó que le gustaba cómo funcionaba la cabeza del chico.

—Parece que estamos volviendo a la normalidad —exclamó Mac, mirando a las paredes del contenedor. Lo dijo lo suficientemente alto como para que Jimmy olvidara lo que estaba diciendo y mirara. Pero como para refutar su comentario, justo en ese momento, un golpe fuerte retumbó en el techo. Jared alzó la cabeza tan rápido que casi le pareció ver cómo todavía vibraba la placa metálica. O el techo había golpeado contra algo, o algo había golpeado el techo

Beatriz se llevó una mano a la boca, los ojos muy abiertos, aterrados.

—Son ellos —susurró Anne sin que nadie la escuchara.

Los soldados se apresuraron a recuperar sus armas. Sonidos metálicos en el compartimento. Algunos, como Josh, llevaban su fusil casi siempre colgado del cuello; él fue el primero en colocarse en posición de disparo, la culata apoyada contra el hombro, apuntando hacia arriba. Con las piernas ligeramente entreabiertas, parecía el póster de una película de acción.

Sonia se había incorporado también. Tomó una de las escopetas del suelo y la amartilló; un segundo más tarde apuntaba al techo, atenta a todos los detalles. Fruncía el ceño con terrible concentración. Estaba preparada para disparar, y lo haría apenas percibiese cualquier movimiento inusual, incluso (o sobre todo) con la visión periférica.

—Atentos —susurraba Mac—. Atentos...

Concentración.

Sonia mantenía la vista fija en un punto. Era, por supuesto, la mejor manera de detectar movimiento; así se lo habían enseñado en la academia. Estaba atenta y concentrada, pero no para lo que vino después. El despiadado y terrible rugido animal que sonó a continuación les congeló el corazón en el pecho. Beatriz hundió la cabeza en el cuerpo y se cubrió las orejas con ambas manos.

—Jesús—susurró Anne, súbitamente aterrada. Anne había oído sonidos de animales antes, incluso de los grandes osos pardos americanos, y había aprendido cuándo estos estaban asustados, y cuándo ella debía estar asustada. Dicen... dicen que los sonidos encierran un cierto poder. Los animales gruñen

para amedrentar a sus enemigos, y los perros han desarrollado ladridos de alto poder acústico que sirven para producir temor porque vibran a frecuencias ante las que nuestra memoria evolutiva reacciona. Aquel sonido, aquel aullido, gruñido espantoso, profundo, gutural, arrastrado y grave, tenía una fuerza sobrehumana. Y su temor, ese miedo profundo que le hizo cerrar los ojos primero y buscar a sus hijos (los que le quedaban) con la mirada como para despedirse, como si entendiera lo que vendría a continuación, se confirmó un instante después.

La puerta trasera del camión crujió con un sonido espantoso. Los goznes metálicos saltaron haciendo volar un par de tornillos, y se colapsaron sobre sí mismos antes de separarse de la puerta. Esta salió despedida hacia atrás, revelando el gris y frío del exterior, y el aire puro del bosque inundó la cabina con rapidez.

Puede que fuera Mac quien se volvió primero para disparar. Habría sido Josh, tal vez, pero en el ángulo entre él y la puerta estaba Sonia, apuntando con la escopeta. Vio cómo su expresión se congelaba en una de asombro, antes incluso de que se volviera para confirmar lo que había temido: que, de alguna manera, habían arrancado la puerta del camión.

Anne bajó la cabeza.

Los disparos sonaron, fuertes y vibrantes. Cada disparo restallaba contra la superficie de metal y arrancaba pequeñas chispas encendidas y vibrantes. Beatriz escondió la cabeza entre los brazos y empezó a chillar, aunque sus gritos quedaron amortiguados por los disparos. Por fin, la puerta saltó hacia atrás y se perdió en el camino, cada vez más pequeña, como si hubiera quedado prendida en el aire, dando vueltas sobre sí misma. Nadie la vio caer al suelo y rebotar un par de veces como si fuera una pequeña pelota de goma; estaban mirando la figura monstruosa que había aparecido en el umbral: un ser de pesadilla, con brazos largos provistos de varias articulaciones y una boca enorme, imposible, una jaula de dientes afilados y delgados como cuchillos de acero, fríos y húmedos, sedientos y ansiosos.

Adam pensó: «Menta. Huele a menta».

Gutiérrez le acertó en el pecho. Las balas penetraron la carne y arrancaron una ligera llovizna de sangre negra. La criatura aulló, revolviéndose con una velocidad sorprendente. Intentaba progresar hacia el interior, pero apenas se hubo abalanzado moviéndose como un tiburón en el agua, nuevos disparos se unieron a los primeros. Jared descargó su escopeta corta. Los proyectiles de 5,56 milímetros alcanzaron a la bestia con un arco de destrucción desgarrador. Trozos

de carne correosa y retorcida salieron despedidos del cuerpo.

La bestia aulló. El sonido bastó para que la mayoría cerrara los ojos y apretara los dientes. Era insoportable, desgarrador; los atravesaba como una lanza de oreja a oreja.

De los ojos cerrados de Anne escapó una lágrima.

4

Jason saltó de la cabina un poco antes incluso de que el camión se detuviera. Lo hizo a tiempo para ver cómo una puerta trasera salía despedida, como si no pesara sus buenos veinte kilos, como si estuviera hecha de corcho en vez de metal. Por un segundo pensó que no debían de ser los vampiros; pensó en explosivos, pensó en una polea con un gancho que hubiera tirado de la puerta hacia atrás, pensó en... cosas. Pero después divisó tres figuras corriendo hacia el camión por la carretera. Y eran vampiros. Podía decirlo por su pose agazapada, el cuerpo inclinado hacia delante, como si fueran arietes humanos. Ningún humano hubiera corrido así.

Josh llegó hasta él; había cruzado por delante del camión.

Cuando lo hizo, algo produjo un inaudible clic en su cabeza. Josh había tenido tiempo de detener el camión completamente, se había bajado de la cabina y había dado la vuelta hacia él. No es que esas acciones le hubieran llevado mucho tiempo, por cierto, pero él no podía encontrarlas en su propio discurso temporal. La respuesta fue contundente: se había quedado como hipnotizado mirando a los vampiros correr. Y eso eran segundos. Preciosos segundos que podían significar la vida o la muerte de alguien.

Los disparos empezaron a sonar en el compartimento de carga como si hubiera comenzado el mismísimo 4 de julio. Eso lo hizo reaccionar.

Jason apuntó, pero Josh había empezado a disparar también. Eran soldados profesionales curtidos en numerosas lides y no se podía decir que ninguno tuviera mala puntería. Josh alcanzó a uno de los vampiros en la rodilla, en plena carrera, y la criatura cayó al suelo describiendo numerosas volteretas, dando saltos sobre sí mismo por mor de la inercia que llevaba. Jason no tuvo tanta suerte. Su disparo alcanzó a uno en el hombro, no en la cabeza, como pretendía, y el vampiro proyectó el cuerpo hacia atrás, ligeramente, mientras el brazo describía un movimiento imposible, pero eso no lo detuvo.

El tercer vampiro se desplazó a su izquierda, ocultándose de su vista.

Dentro del camión, los disparos seguían sonando: fuertes, contundentes y

vibrantes. Jason empezó a emitir una especie de grito uniforme, monocorde, y lo hizo sin ser consciente de que lo hacía. La adrenalina bullía por sus venas como un río de sulfurán.

Algo gritó de nuevo. Una de las criaturas. Esta vez, fuera de la cabina, el grito fue perfectamente audible. Tanto Jason como Josh se encogieron ligeramente, superados por la fuerza sobrenatural del sonido. Fue como si algo les agarrara el corazón y lo estrujara, y luego sacara todo el aire de sus pulmones a la vez. Casi dolía en las entrañas.

Jason gritó aún más fuerte y disparó contra el vampiro que había caído al suelo. Intentaba levantarse con un brinco casi circense, pero el proyectil lo alcanzó en la cabeza y esta se sacudió como si fuera una piñata golpeada por el bate de un niño. El cráneo se abrió, revelando aristas puntiagudas, y el cuerpo cayó al suelo casi al instante.

Josh ya corría hacia la parte de atrás.

5

Algo apareció tras la criatura monstruosa: un hombre. Tenía la boca abierta de par en par, una boca infame, como un corte horizontal en la cara, que iba de un extremo a otro. Daba la sensación de que la parte superior de la cabeza podía desprenderse de un momento a otro. Subió al interior de la cabina con un salto limpio que lo hizo aterrizar agazapado, y aún no había terminado de tocar el suelo cuando su aspecto empezó a cambiar.

Mientras tanto, los disparos se reanudaron.

—¡MUÉRETE YA, HIJO DE PUTA! —gritaba Jared.

Adam observaba la otra forma. Vio cómo cambiaba, y la vio cambiar tan rápidamente que sintió la necesidad de pestañear con rapidez para ajustar los cambios a su interpretación de lo que veía. El cuerpo cobraba volumen, ganaba tamaño, la cabeza se estiró en el cuello grueso y lleno de cartílagos, y encima de él, la cara se deformó en una máscara de horror. El cabello se deslizó hacia atrás. Y los brazos... Adam observó los brazos mientras se encogía, superado por un terror creciente. Estaban creciendo. Los músculos se movían como colinas de arena en un desierto, cambiando de sitio, mientras los huesos crujían y se quebraban para dar lugar a articulaciones donde antes no había nada. Los ojos despiadados y embriagados de odio parecieron agostarle el alma cuando se cruzaron brevemente, y Adam se sintió morir.

Lo que sucedió después ocurrió muy rápidamente. Algunos murieron sin

llegar a ser conscientes de lo que pasaba.

Primero alcanzó a Douglas, que era el que estaba más cerca. Fue apenas un movimiento del brazo, pero parecía la guadaña de un segador con años de experiencia. El cuerpo describió un giro brusco a un lado y siguió girando mientras las piernas se retorcían una con la otra y la sangre escapaba del cuello con ímpetu, llenando las paredes metálicas de un dibujo complicado y abstracto. Casi al mismo tiempo cayó Mac. La criatura utilizó el otro brazo para coger su rostro, lanzando una mano hacia él. Era una mano grande con dedos aún más largos, y pudo cerrarla alrededor de su cabeza con facilidad. El sonido fue espantoso, quebrado, enervante. Mac se deslizó hasta el suelo como si, de repente, se hubiera convertido en un manantial; la cabeza deformada y un ojo resbalando por la mejilla como la yema cruda de un huevo.

Beatriz chilló.

Sonia apuntó con cuidado a la bestia. A la cabeza. Había recibido numerosos disparos y no caía, no terminaba de caer, y su capacidad destructiva era tan inconmensurable que cada segundo contaba. Sabía que los impactos de bala en su cuerpo eran mortales de necesidad, que el vampiro estaba, de hecho, muerto. Muerto. Terminaría por caer, con seguridad, pero aún se movía, aún utilizaba el riego sanguíneo que bombeaba su castigado corazón, si es que tenía algo de ambas cosas, y sabía que todavía acabaría con algunos de ellos si no le acertaba en plena cabeza. Pero apuntar, con tanto movimiento, ruido y estrés, la estaba...

Vio al segundo vampiro. Estaba transformándose detrás del primero. Su corazón redobló el ritmo de sus latidos. Uno ya era malo, pero dos... Dos vampiros...

Jimmy se sintió zarandeado. Algo tiraba de su brazo con una fuerza tan espantosa que sintió dolor en el hombro. Gritó, asustado. Pero cuando miró, era Jared quien tiraba de él. No tuvo tiempo de preguntar o decir nada. Se levantó y se lo quedó mirando mientras Jared se agachaba a su lado y lo cogía en brazos. Tampoco hubo tiempo para pensamientos. Se dejó hacer y Jared lo impulsó hacia arriba. En un momento dado, con una expresión de intenso esfuerzo, Jared apuntó los pies del niño hacia el ventanuco que los soldados habían practicado en el lateral.

—¿Qué...? —exclamó, mientras sus pies salían por el ventanuco.

—¡Sálvate tú, chico! —gritó Jared entre los disparos y los gritos.

—¡¿Qué?! ¡No!

Jimmy empezó a mover los pies, pero ya era tarde, habían pasado por el

ventanuco.

—¡No, Jared! ¡No!

Miró hacia los vampiros. El demonio había atraído el cuerpo de Douglas hacia él y lo utilizaba como parapeto contra los disparos. El cadáver se movía como si aún siguiera vivo y se esforzara por seguir un extraño y neurótico ritmo inaudible. Eddie se lanzó hacia el cuerpo de su hermano. Jimmy, con las piernas asomando por la ventana, supo lo que iba a pasar aun antes de que sucediera, pero en su mente, que empezaba a escapar de los días alegres y hermosos de la infancia, comprendió que Eddie no había podido evitar hacer lo que había hecho. No había sido lo más cabal, ni lo más sensato o lógico, pero ver a su hermano muerto en manos del vampiro, recibiendo disparos en la espalda, era, muy posiblemente, más de lo que podía soportar.

Jared siguió empujando al chico. La mitad de su cuerpo había pasado ya por el ventanuco. Jimmy sintió las piernas colgar al otro lado, y sintió la lluvia en los pantalones, que empezaron a empaparse muy rápidamente.

Miró a Jared con una expresión de pánico en los ojos.

—Corre, chico. Corre entre los árboles tan lejos como puedas.

Miró otra vez.

La mano del vampiro asomaba ahora por la espalda de Eddie, un puño sangriento y rojizo que temblaba ligeramente, con seguridad por la fuerza que había necesitado para abrirse paso entre la caja torácica y la carne.

Esa visión le hizo sentir un pequeño desmayo. No tuvo fuerzas ni energías para resistirse al empuje de Jared. De repente, se sintió deslizar por el ventanuco; lo siguiente que percibió fue la lluvia sobre la cabeza. Miraba el lateral del camión desde fuera y sus pies tocaban el suelo empapado por la lluvia. Lanzó un gemido quejumbroso. Sintió que, de alguna manera, había traicionado a sus amigos.

El segundo vampiro se lanzó hacia delante, dejando atrás al primero. Lo hizo con una energía descomunal, moviéndose como un atleta olímpico cuando redobla sus esfuerzos por alcanzar la meta. Se lanzó contra los soldados y estos salieron despedidos en varias direcciones: una algarabía de armas golpeando las paredes, cuerpos que chocaban unos con otros, gritos y disparos. Jimmy oyó a Jared gritar. Gritaba algo. Insultos. «¡Hijo de puta, hijo de puta!» Jimmy se concentró en su voz; le llenaba de esperanza cada segundo. Y cada segundo contaba. Mientras siguiera insultando con su voz grave y algo cascada por demasiados años bebiendo alcohol, todo iría bien.

De pronto miró hacia el extremo del camión. Le pareció ver algo con la

visión periférica. Era uno de los soldados, o parte de él; solo medio cuerpo era visible. Vio también un rifle en sus manos. Eso lo llenó de esperanza. Alguien se había acercado por detrás y estaba disparando contra los monstruos.

Con el corazón sofocado por el ritmo trepidante al que estaba trabajando, Jimmy avanzó hacia allí. Sentía tal parálisis por el terror y la preocupación por perder a la que se había convertido en su familia que cada paso le requería un esfuerzo inaudito, como si sus piernas pesaran ahora mil toneladas.

Tembloroso y exhausto, Jimmy alcanzó la parte trasera del camión.

El soldado que había visto bajaba lentamente su arma.

De repente, un silencio abrumador y extraño llenó el lugar, como si el tiempo se hubiera detenido. Jimmy se encontró mirando al soldado a la cara. Era Josh. Este se volvió hacia él y Jimmy se enfrentó a su rostro abotargado por el horror y la pena. Una lágrima densa y redonda resbalaba por su mejilla.

Jimmy apenas podía respirar. Giró la cabeza para mirar al interior.

Una especie de neblina blanca flotaba allí. El humo de los disparos, supuso. Olía, de hecho, a pólvora, mezclada con el embriagador aroma de los pinos mojados por la lluvia y un leve vestigio al inconfundible olor de los vampiros. Y vio los cuerpos caídos, una maraña irreconocible de piernas, una mano, la cara de Douglas, que lo miraba con una expresión de sorpresa, como si le preguntara: «¿Qué ha pasado, Jimmy? ¿Qué... ha pasado?». Pero Jimmy no lo sabía. Miró de nuevo, confundido y asustado, mucho más asustado de lo que jamás había estado, y vio a Jared, tosiendo y avanzando hacia él, la mano entre los cabellos que le hacían parecerse a Jim Morrison, de los Doors. Y un poco más allá vio a alguien acucillado en el suelo. Por la ropa supo que era Sonia. Sonia, al menos, seguía viva... pero...

Pero.

¿Y los demás?

—Dios mío —dijo alguien a su lado. Era Jason.

Jimmy se movió lentamente, trepando al contenedor de carga. Quería ver. Quería saber. Y al subir, encontró el cuerpo monstruoso del vampiro tendido en el suelo, su cuerpo cubierto por una gelatina sucia y pegajosa que bien podría ser sangre. Innumerables agujeros pequeños y profundos, como ojos negros y ciegos, cubrían su torso. Le faltaba media cara. Un disparo se la había arrebatado.

—Qué...

Vio a Laura y a Pip agazapados al final del compartimento. Laura lloraba con una expresión desgarrada en el rostro, los rizos de su abundante melena

confundidos entre los ojos y las mejillas. Y vio más cuerpos. Cuerpos con ropa de soldado. Gutiérrez, por ejemplo. Allí estaba, con el cuello manchado de sangre y el cabello despeinado alrededor de una fea herida. Y vio...

Adam se puso lentamente en pie. Jimmy lo miró y agradeció que aún siguiera vivo. Adam, al menos. Gracias, Señor. Gracias.

—Josh —dijo Jason a su lado. Había subido al compartimento y estaba mirando la masacre, como Jimmy—. Mac... Gutiérrez...

Estaban todos muertos. Jimmy había mirado lo suficiente como para saber quiénes seguían vivos, y no eran muchos. Pero Sonia sí, al menos. Y Adam, Laura, Pip y Jared. Sonia parecía estar bien. ¿Lo estaba?

Se acercó a ella.

—¿Estás... bien? —le preguntó.

—¡Jimmy! —exclamó ella. Y lanzó su cuerpo adelante para abrazarlo. Él le devolvió el abrazo y la rodeó con sus brazos. Unió su llanto al suyo.

—Me cago en la puta —decía Jared, en mitad de un ataque de tos—. Coño. Joder. Me cago en la reputa de...

Josh se estaba agachando para comprobar los cuerpos. Les tomaba el pulso, agachaba la cabeza y mascullaba algo. Tal vez una plegaria. Tal vez.

Alguien se incorporó del suelo, entre los cuerpos. Adam, a su lado, dio un respingo.

—¡Anne! —exclamó ronco.

Anne se quedó de pie, silenciosa. Una especie de escultura de una mujer casi anónima, sin expresión, sin rostro, vacía. Miraba el cuerpo caído de uno de sus hijos como si estuviera mirando el horizonte.

—Anne —repitió Adam, haciendo esfuerzos por incorporarse. Apartaba con horror en el rostro la pierna de uno de los soldados, que estaba encima de las suyas.

Anne extendió la mano hacia Jason.

—¿Me dejas tu pistola? —preguntó.

Jason la miró perplejo.

—¿Qué... qué va a hacer, señora?

—Quiero dispararle a ese monstruo —respondió ella, seca y directa.

Jason pestañeó. Uno de los vampiros estaba a sus pies, con un charco de sangre cerca de la boca abierta. La visión de los dientes terribles lo hizo detenerse un poco.

Miró a Anne. Acababa de perder a dos hijos, y a su nuera, por añadidura, y por lo que sabía, había perdido a más gente un poco antes de conocerla. Otro

hijo, si no recordaba mal. Que quisiera disparar al cadáver del vampiro con sus propias manos no le pareció una idea descabellada.

Sacó su pistola del cinturón y se la ofreció.

Anne revisó el arma con diligencia y gestos rápidos. Estaba claro que no le resultaba extraña. La preparó, retiró el seguro, apuntó al vampiro y, sin mudar la expresión, levantó repentinamente el brazo y se disparó en plena cabeza. El disparo sonó a la vez que el grito de Laura. Sonia se quedó perpleja, sin poder asimilar lo que acababa de ver. Seguía boquiabierta cuando el cuerpo de Anne cayó al suelo con el cráneo abierto como si allí dentro hubiera una pelota de críquet.

Jason dio un paso atrás, pasándose la mano por la mandíbula. ¿Cómo no lo había visto?, se preguntaba. Una madre destrozada..., su expresión neutra, vacía, casi indiferente... ¿Cómo no lo había visto?

—No te tortures —exclamó Adam, que acababa de ponerse en pie—. Había pasado ya por mucho. Su familia era... todo lo que tenía. Creo que ha decidido irse con ellos, antes de que sus almas se alejen, si crees en esas cosas. —Se santiguó y bajó la cabeza—. Que el Señor la tenga en su seno.

—Dios mío... Dios mío... —decía Sonia, mirando los cadáveres en el suelo. Luego tomó a Jimmy otra vez y volvió a abrazarlo.

Jared no decía nada. Miraba al suelo, con los largos cabellos, grasientos por falta de higiene, cayéndole sobre la cara. Parecía una fotografía de un ídolo del rock con su chaleco de gran follador.

Josh estaba mirando el camino de tierra con el fusil aún entre las manos, con el gesto hosco. La tierra se había empapado muy rápidamente, formando grandes charcos por todas partes. El cadáver despatarrado del vampiro, aún con su forma humana, yacía varios metros más allá, pero llovía tanto que la puerta del camión ya no se veía en la distancia. Pero Josh no miraba esas cosas. Estaba atento a los sonidos. Si habían venido tres vampiros, aún podían llegar otros.

Como si le leyera el pensamiento, Laura dio algunos pasos al frente. Tenía la cara roja e hinchada de llorar, pero había cierta determinación en su voz.

—Hay que irse —dijo—. Los vampiros siempre saben dónde están los otros. Tienen esa... mente colmena.

Jason asintió.

—Vámonos de aquí —dijo—. Coged lo que podáis, muy... muy... muy rápidamente, y vámonos. Por el bosque.

—¿No seguimos en el camión? —preguntó Josh casi en un susurro.

—Aparte del hecho de que buscarán un camión con ventanales en los lados

y la puerta arrancada, con franqueza, no quiero saber nada más de este camión.
Josh asintió.

AUTOPSIA MEDICOLEGAL.

SOLICITANTE: GRUPO DE HOMICIDIOS DEL CNP MADRID-CARABANCHEL
MADRID

CENTRO.

MÉTODO CRIMINOLÓGICO.

GRUPO DE PERFILACIÓN CRIMINAL.

1.- EXAMEN EXTERNO DEL CADÁVER: Se observan orificios cortopunzantes en cuello, parte derecha. Escoriaciones en cara posterior de antebrazos derecho e izquierdo.

2.- LUGAR Y POSICIÓN DEL CADÁVER: Reposa en mesa de autopsia en decúbito dorsal, ofreciendo las garantías para realizar dicho procedimiento de una forma segura.

3.- VESTIDO O DESNUDO:

Camiseta de algodón, color negro, talla 32, y que presenta áreas de sangre en la región posterior, la espalda alta, de 2 centímetros de tamaño; de forma irregular.

Pantalón vaquero, color azul, talla 46, sin presentar signos de interés.

Zapatos de color negro, talla 45, tipo casual.

4.- DATOS DE FILIZACIÓN:

Sexo: varón

Talla: 183 centímetros.

Peso: 82 kilos

Edad: 35 años aproximadamente, ya que no presenta documentación.

Raza: caucásica

Biotipo morfológico: atlético

5.- HORA DE LA MUERTE:

Por la temperatura corporal se registran 23 grados, que objetiva la hora de la muerte en 13-14 horas desde

fecha registro. Así, en las primeras 12 horas pierde desde los 37°C un grado centígrado por hora, y a partir de las 12 horas, medio grado por hora. Pero se aprecian signos que pueden dar lugar a error debido a que otros factores, como lividez, rigidez y deshidratación, no parecen corresponderse con este diagnóstico. El cadáver, aunque con pérdida de coloración, no presenta las livideces habituales de la pérdida de circulación, ni la rigidez en músculos que habitualmente comienza tras las tres primeras horas del fallecimiento. Aparentemente este proceso bioquímico no ha comenzado.

6.- DESCRIPCIÓN INTERNA DEL CADÁVER:

Cráneo: se hace un dibujo y se traza una línea desde el arco superciliar hasta la protuberancia occipital, lugar por donde se realiza el corte para destapar el cráneo. SE OBSERVA:

Cubiertas: no se observan colecciones hemáticas o heridas.

Bóveda: sin fisuras ni traumas.

Meninge: ausencia de hemorragia.

Cerebro: sin síntomas de atrofia, no hay presencia hemorrágica.

Base: sin fracturas ni coagulaciones.

Para la revisión del cuello, el tórax y el abdomen, se realiza la apertura siguiendo una línea que va desde la punta del mentón hasta la sínfisis del pubis.

Cuello: no existen luxaciones, fracturas o luxofracturas en la región de la columna cervical. Se observan en tejido numerosas incisiones cortopunzantes, hasta 42 de ellas de gran profundidad, de entre 3 y 5 milímetros de diámetro, con una separación de entre 1 y 3,5 centímetros.

Tórax:

Plano óseo: no se observan fracturas o signos de

interés.

Pulmones: no se observa derrame, encharcamiento ni obstrucción.

Pericardio: membrana sin lesiones.

Corazón: no se encuentra lesión ni obstrucción.

Abdomen: ausencia de derrame, ascitis o hemoperitoneo.

Estómago: contenido, mucosa.

Hígado y vesícula: Sin lesiones ni apreciaciones de interés.

Bazo: --

Páncreas: --

Intestino delgado, intestino grueso, sigma y recto: --

Suprarrenales: --

Riñones: ---

Retroperitoneo (recto y parte del hígado, lumbares glándulas suprarrenales, urinarios (riñones y uréteres), vasculares aorta abdominal, vena cava inferior y osteoartromusculares cuerpos vertebrales, músculo psoas mayor, iliaco y cuadrado lumbar, músculo diafragma, huesos de la pelvis y sus articulaciones): sin lesiones de interés, aunque parece haber sufrido un posible shock hemorrágico.

7.- DESCRIPCIÓN DE ORIFICIOS NATURALES:

Boca: deformaciones severas en toda la estructura ósea. Destaca el tamaño enorme de todo el aparato dental y el número excesivo de piezas. Posible malformación congénita.

Orificios nasales: no presenta alteraciones del tabique, del puente ni de las alas de la nariz.

Orejas: Nada que observar.

Ojos: pupilas extremadamente dilatadas. Posible causa: baja iluminación en el momento de la muerte.

No presenta signos de desgarros perineales; hemorragias; cicatrices antiguas en ano.

No presenta signos de desgarros o lesiones en pene y genitales.

8.- DISCUSIÓN:

Se encuentra que la escasa sangre del cadáver tiene un color llamativamente oscuro, posiblemente por algún tipo de policitemia, aunque no parece que la causa de la muerte estuviese relacionada con ello. No se observan signos objetivos de muerte violenta.

9.-CONCLUSIONES MEDICOLEGALES (RESUMEN):

Posible muerte violenta, aunque se matiza que tanto las condiciones del cadáver como la exploración no pueden demostrar sin género de duda esta hipótesis.

Causa inmediata de la muerte: shock hemorrágico. La pérdida de aproximadamente una quinta parte (o más) del volumen normal de sangre en el cuerpo causa un shock hipovolémico. Esta pérdida de sangre puede haberse producido a través de los orificios observados en el cuello.

10.- FIRMA DEL MÉDICO:

Ante Su Señoría, a la disposición de la autoridad judicial, para cualquier información adicional que considere pertinente.

Dra. Ana Strigoli Tela

Capítulo 5

AUGE Y CAÍDA DE LOS NAAHVRANTAAR



En toda América arrancaban tractores, vehículos de carga, grúas y excavadoras. Manos diligentes de siervos o vampiros de primera y segunda generación los reparaban, y se ponían en marcha tan pronto caía la noche, siguiendo rutas pensadas para brindarles refugio durante el día. Los almacenes se abrían. Las naves industriales llenas de material de construcción se violentaban y su contenido era introducido en pesados camiones de transporte. Cualquier cosa era útil: vigas, estructuras, herramientas, hormigón, cemento, ladrillos, clavos, tornillos, tuercas, alambres...

Era como si América entera se pusiera en marcha para construir la madre de todas las construcciones. O, mejor dicho, como si los muertos de América se levantaran cada noche con un solo propósito: construir. Sentado sobre una piedra en algún lugar del Yukón canadiense, Alkibiades, con los ojos cerrados, dirigía su colmena.

Hace mucho, muchísimo tiempo, los vampiros tenían otro nombre. Eran los Naahvrantaar, los hijos mimados de la creación. Eran perfectos, sublimados por la ingeniería orgánica que les servía de medio de comunicación con el mundo. Los Naahvrantaar estaban unidos todos y entre sí; sus mentes formaban parte de una red invisible en la que el sentir general era consultable y percible, clasificado por cepas, como una gigantesca base de datos. En las escalas superiores estaban las mentes de Elexia y Alkibiades, los dos vampiros maestros que habían regresado al mundo después de miles de años de encierro. Tras ellos estaban los generales, los tenientes de los generales y la abominable masa de

vampiros escoria que conformaban la red espectral que tenía a América sometida. En esa comunicación invisible y masiva, la masa chillaba y berreaba, expresando su ansia individual, su hambre, su necesidad imperiosa de servir a las dos grandes mentes que la sustentaban toda esa red mental profunda y constante que llamaban la colmena.

Elexia pudo haberla restaurado desde que escapara de su encierro, pero Alkibiades la había potenciado hasta extremos inimaginables. La colmena era ahora monstruosamente enorme. Colosal. Abisal. Cósmica.

Elexia había sido la primera en despertar, sí. Elexia, la Naildebar de Molsen, un ser primigenio, sobrenatural, descendiente de una raza casi extinguida que caminaba por el mundo cuando el hombre era apenas un paso dubitativo en la escala de la evolución. Los que eran como ella, los Naahvrantaar, eran... eran los hijos pródigos del universo; los reyes de la creación. Y mientras accedían y manipulaban muchos de los secretos y las intimidades más complejas de la realidad, como la conexión mental que los mantenía unidos y que conocían como el Moh Shafa o la unión absoluta entre los seres vivos, el resto de las criaturas se arrastraban por el fango preocupándose, sobre todo, por el alimento. Por el alimento y por defecar entre las plantas. No los Naahvrantaar, por cierto. Ellos eran el cénit; la cúspide de la cadena alimenticia, el sumun de la arquitectura orgánica que la evolución en la Tierra había prodigado. Las otras formas de vida, incluido el hombre (que empezaba por entonces su deambular por el mundo), eran meros recursos para su continuidad. Por entonces el hombre proporcionaba todavía un alimento sabroso y valioso, el fluido vital sagrado que era parte del pacto con la vida y que les proporcionaba continuidad y prosperidad.

Solo había un lugar en todo el mundo que los vampiros llamaban hogar. Uno solo. Una ciudad de inconcebible belleza y esplendor donde las altas torres blancas nacían de las entrañas de la tierra y se elevaban hacia el cielo. Allí tocaban las nubes del manto espectral que aquellas criaturas habían conjurado para protegerse del astro solar que les traía condenación eterna. Su luz, su calor, los afectaba de manera mortal; los reducía a cenizas porque se habían criado y formado en el interior de la tierra, en las lóbregas cuevas oscuras donde la luz no alcanza, y solamente habían conocido la superficie cuando el sol se ocultaba y la noche propiciaba su exploración del mundo. No era algo a lo que hubieran dedicado demasiado tiempo. La superficie era hostil y el cielo abierto tenía connotaciones horribles, ya que, con el amanecer, se convertía en portador de una muerte cierta y cruel. La superficie los enamoró. El mismísimo espacio

abierto del cielo se les antojó un día embriagador, y también la vegetación, el agua de los ríos, las piedras redondeadas por la erosión cerca de las costas y en la falda de las montañas, los árboles... ¡Oh, los árboles! Aquella magnificencia aleatoria, aquel despliegue sublime de belleza los hizo idear maneras para vivir arriba, y no debajo. La fría piedra bajo la tierra y el polvo y el barro profundos ya no los llenaban como antaño, y trabajaron mucho y muy duro sirviéndose del hombre para extender los cimientos de la ciudad subterránea que llamaron, apenas empezó a despuntar contra el horizonte, Tusla Edron. Su hogar. Y la hicieron crecer y expandirse sobre las colinas y las montañas, y también sobre los valles y sobre los océanos despiadados y embravecidos utilizando enormes y vastos puentes de piedra y mármol y nácar marino, y engastados en él colocaban zafiros y esmeraldas de un tamaño y una pureza que hoy día es difícil de ver. Pero cuando el sol brillaba con fuerza en el cielo de nuevo y, otra vez, los Naahvrantaar se veían obligados a ocultarse tras los muros de piedra y bajo estos y abandonaban los espacios abiertos y los prados y los jardines, eso les insuflaba una tristeza profunda que iba adentrándose en sus corazones y minando su ánimo.

Fue el Mogg Shag de Tusla Edron, Alkibiades, quien un día, con los dientes apretados, ideó la manera de ocultar el sol.

Se sirvió para ello del poder del que era el mayor maestro jamás habido. Dedicó largos años a estudiar el Moh Shafa, trabajando sin descanso, infatigable, hasta que aprendió a tejer una red de nubes oscuras y enmarañadas que sirvieron para cubrir una enorme extensión del cielo. La idea era que esa extensión les diera cobijo y ocultara el sol para siempre, y les permitiera, por fin, vivir en la superficie.

Ese manto turbulento y eléctrico funcionó. El día de su creación, cuando Alkibiades se subió a la torre más alta y conjuró la tormenta usando su forma maestra, el pacto con las fuerzas ocultas de la creación se cumplió. El cielo se oscureció. El sol fue consumido detrás de la alfombra oscura, densa y terrible, y los Naahvrantaar lo celebraron con un regocijo sublime durante varios días con sus noches. Así vivieron largos, largos años: centurias, milenios..., más tiempo aún, disfrutando de su privilegiada existencia, de sus formas elegantes y altivas. Ocupaban los días en pasear por los puentes elevados de piedra blanca sacados de las profundidades de la tierra y edificados, en su mayor parte, por las manos del hombre cuando este no les servía de alimento. Y en esos puentes respiraban confiados por su bienestar, la abundancia de alimento y la extraordinaria longevidad de sus tranquilas existencias, pues entre los Naahvrantaar no existían

las enfermedades ni la decadencia del cuerpo que afectaban a otros seres de la creación.

Pero el tiempo pasó, y el hombre fue evolucionando poco a poco. Alkibiades observaba ese hecho con curiosidad, pero vivía sobre todo entregado a su amor por Elexia. Pasaban los días y las noches unidos y juntos sin necesidad de nada más que la compañía del otro, ignorantes de los asuntos de los hombres que se expandían lenta pero inexorablemente por el mundo, entregándose a guerras y ponzoñas mientras ellos se concentraban en una existencia eterna. Y el hombre nacía, crecía, engendraba hijos, moría... y, sobre todo, conspiraba.

Nadie supo ver lo que el hombre, sometido y envidioso de la naturaleza prodigiosa de los Naahvrantaar, estaba haciendo. Mientras los primeros vivían todos juntos en una sola ciudad, la indeciblemente hermosa Tusla Edron, el hombre, que había aprendido a construir, edificaba por el mundo y se disgregaba en ciudades miserables donde las enfermedades, la muerte y la barbarie eran el corolario de su naturaleza sometida y gris. Se odiaban entre ellos, sí, y se asesinaban, se engañaban, usaban sus cuerpos imperfectos y perecederos para entregarse a un burdo sucedáneo de la unión ancestral y procreaban sin control ni pensamiento, llamando e invocando la vida aun cuando no contaban con maneras ni medios para mantener a su progenie. Odiaban todo lo que eran y lo que hacían, pero, sobre todo, odiaban aún más a los Naahvrantaar porque eran hermosos y capaces y vivían eternamente en su esplendorosa y altiva ciudad blanca.

De alguna manera, en algún momento, el hombre encontró la manera de doblegar a los Naahvrantaar. Sin capacidad para entrar en el Moh Shafa, sus actos no fueron percibidos por estos; nadie se enteró de sus planes, sus conspiraciones, sus investigaciones y hallazgos, ni de cómo supieron encontrar un punto débil que ni siquiera los propios Naahvrantaar sabían que existía. Pero lo hicieron. Lo hicieron. Y los Naahvrantaar fueron traicionados, doblegados, sometidos y aniquilados en su mayor parte primero y en su totalidad un día después, y a quienes no pudieron destruir porque eran los Primeros Nueve y sus poderes eran exacerbados e insospechados, los anularon y encerraron en lugares señalados que colmaron de maldiciones y venenos para que durmieran en lechos contruidos con el dolor torturado de la roca madre retorcida por la lava. Muchos procesos alquímicos y muchas fuerzas elementales fueron conjurados en las semanas, meses y años previos a la Noche de la Gran Traición para conseguir que la obsidiana se convirtiera en jaula final y cárcel fulminante y eterna para los Nueve.

Fue Alkibiades, por supuesto, quien aguantó hasta el final; el último Naahvrantaar en pie, ensangrentado y arrinconado en la parte más alta de la Torre de la Luna, rodeado por las cenizas y los restos de todos sus compañeros, sus hermanos de especie, sus iguales, amigos y amantes, todos caídos y destruidos, tal vez para siempre. Fue Alkibiades quien derramaba lágrimas de sangre, la boca monstruosa abierta como la de un tiburón, los dientes despiadados y afilados expuestos, luchando con las manos desnudas contra los ejércitos del hombre que lo atacaban con todo cuanto tenían, aunque supieran que ninguna lanza ni flecha construida por ellos podía tocar su cuerpo. Sus brazos funcionaban como poleas, arrojando a los hombres que se acercaban fuera de la estrecha pasarela de piedra donde luchaba; un lugar estratégico elegido por él para evitar ser rodeado. Aun así, a veces una lanza lo alcanzaba y le perforaba el cuerpo hermoso, bestial, y de la herida manaba sangre abundante y él redoblaba su ira. Era ira lo que lo consumía, sí. Había visto caer a Eferdi, a Tirnanog, a todos sus hermanos, pero sobre todo había visto caer a su amada Elexia, la Naildebar de Molsen, algo que hubiera parecido imposible. ¿Cómo?, se preguntaba Alkibiades en el fondo de su mente, ¿cómo habían conseguido hacer caer a la poderosa Elexia, que sometía el corazón y la voluntad de los hombres con su sola presencia? En el fragor del combate, Alkibiades combatía con lágrimas de dolor en los ojos, incansable, y luchó durante cinco días y cinco noches en la pasarela mientras los cadáveres de los hombres se apilaban abajo, entre las piedras, formando una montaña de cuerpos que empezaba ya a arrojar un hedor pestilente.

En el ocaso de la quinta noche, sin embargo, un fuerte estrépito llamó su atención. Mientras luchaba con ímpetu, aún furioso y dolorido por las heridas infligidas no en su cuerpo sino en su corazón, se dio la vuelta a tiempo para ver cómo la torre más alta de la otrora hermosa Tusla Edron se desmoronaba. Los hombres habían socavado sus poderosos cimientos, destruyendo piedra tras piedra, y habían conseguido derrumbarla.

—No... —exclamó, abriendo mucho los ojos.

La torre se ladeaba mientras su base se convertía en una nube de polvo. Piedras grandes y pequeñas de un mármol puro y exquisito abandonaron sus ubicaciones para ser arrojadas como proyectiles contra las estructuras que había alrededor, hasta que la torre aceleró su caída y se dividió en varios segmentos que cayeron, casi a cámara lenta, contra la ciudad. La torre donde antaño Alkibiades había conjurado su tormenta protectora había dejado de existir.

—No... No, no, no, no.

Como en la mayor parte de los conjuros, Alkibiades había necesitado emplazar el centro de la tormenta en un marco geográfico, un lugar físico donde enclavar su poder y hacer que este prosperase. El mejor lugar era, naturalmente, la torre más alta de Tusla Edron. Ahora que estaba caída, el efecto de la interrupción del conjuro no se hizo esperar.

Alkibiades miró al cielo. La tormenta estaba palideciendo, desparramándose. Entre los claros de nubes empezó a asomar el cielo azul.

Los hombres empezaron a aullar, exultantes de triunfo. Sabían lo que significaba.

Alkibiades miró alrededor, intentando pensar con rapidez. Había elegido la pasarela sobre un lugar elevado para que los hombres solo pudieran llegar hasta él en cantidades manejables, pero ahora esa misma circunstancia jugaba en su contra. No podía escapar.

Luchó durante mucho, mucho más tiempo, y arrebató más vidas de las que había engendrado durante su larga, larga existencia. Arrancaba brazos, descoyuntaba cabezas, mordía los cuerpos con sus dientes gigantes, y cada vez que lanzaba a un hombre al abismo con fuerza y furia desmedida y lo veía caer agitando brazos y piernas y chillando como el animal que era, pensaba en Elexia y en los otros siete Mogs caídos.

Pero Alkibiades no pudo luchar para siempre. Exhausto y agotado hasta más allá de toda comprensión, empezó a luchar con menos ímpetu, y de vez en cuando lo alcanzaba un golpe. Terminó cayendo, y los hombres treparon sobre él y le infligieron mil heridas, y su sangre primera se vertió y cayó sobre la pasarela de piedra, oscureciéndola. Cuando cerró los ojos, sin un solo hálito de fuerza en el cuerpo, los hombres lo sometieron. El gran Alkibiades, el último de los Naahvrantaar, había caído.

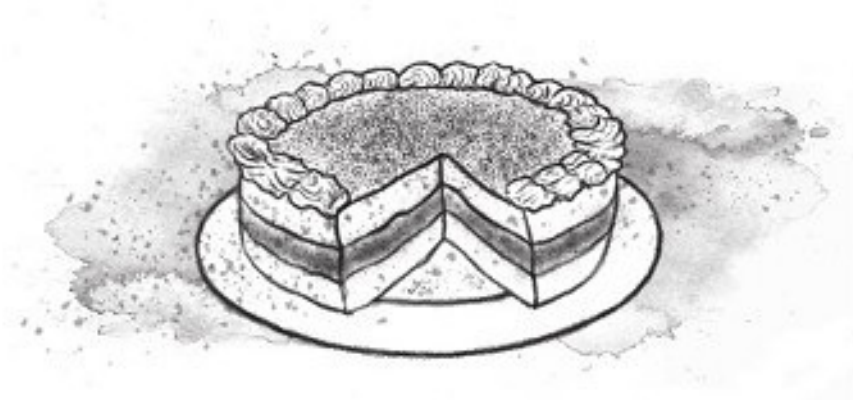
Arrostraron su cuerpo con esfuerzo supino por las calles de Tusla Edron hasta su sarcófago, la trampa final donde dormiría largos siglos, incapaz de morir, de recuperarse, de conectarse. Una jaula atroz donde Alkibiades siguió teniendo una débil conciencia de sí mismo y del paso del tiempo, pero aletargada, dormida.

Y el hombre... el hombre, henchido de júbilo, celebró su éxito. Al menos hasta que acabó enfrentándolos unos a otros, hermano contra hermano, padre contra hijo, como era su naturaleza.

Y lo olvidó todo.

Capítulo 6

LIZ SHEEHAN



1

Habían andado mucho bajo la lluvia torrencial, casi cuatro horas completas, empapados y alicaídos. Jason era el único que tenía reloj y podía calcularlo, pero la hora exacta no importaba ya demasiado porque, naturalmente, ya no había que prestar atención al atardecer. Ya no había noche, como no había día, ni la promesa de ningún amanecer que les diera un poco de descanso, de margen de maniobra, una pausa para lamerse las heridas y continuar.

En esas cuatro horas nadie dijo mucho, quizá para preservar el silencio, pero sobre todo porque el corazón les dolía y el desánimo minaba sus pasos. Pasos erráticos, por cierto; caminaban sin rumbo porque nadie conocía la zona ni disponían de ningún mapa, pero se contentaban con andar, dar vueltas a las sensaciones complejas y profundas que sentían, y rebuscar en sus recuerdos, unos más recientes que otros. Para Jason y Josh se trataba de sus compañeros, con los que habían vivido más de una y más de dos peripecias, algunas bastante arriesgadas. Habían dejado otros amigos por el camino, desde luego, buenos soldados y mejores hombres, que habían ido sucumbiendo durante el viacrucis que los había llevado allí. Cada vez que actuaban y liberaban una granja o asaltaban un refugio de vampiros, tiraban los dados. Con un tres o menos de tres, morían todos. En realidad, pensando en el pasado, el propio Jason consideraba que habían sido más que afortunados. Habían tentado demasiado a la suerte, y esta les había caído encima con una deuda antigua que habían pagado con

intereses.

Josh iba pensando en qué habría pasado si hubieran obedecido la orden de acuartelamiento. Ignoraba qué había sido de los otros soldados. ¿Los habían metido en un barracón y habían, quizá, deslizado un vampiro o dos mientras dormían para que diera cuenta de ellos? ¿O quizá seguían todos vivos, haciendo carreras para mantenerse en forma, dormitando en los enclaves militares y practicando ejercicios de tiro mientras cobraban su sueldo y el mundo se iba a la mierda? No lo sabía, pero aun así, pensaba que, tal vez, aunque siguieran todos vivos, Jason y Josh no los hubieran convencido de que había que hacer lo que había que hacer. Ahora la lluvia lo había empapado entero, y el agua se confundía con las lágrimas en las mejillas.

Sonia y el resto habían vivido lo suficiente con los Gallagher como para sentirse apesadumbrados. Fue una familia amable y hermosa, que les había dado cobijo cuando circulaban hacinados en el interior de un coche, sin muchas expectativas de futuro. Anne fue una mujer maravillosa. También Michael, y Douglas y todos los demás. Pero ya no quedaba nadie. Todos estaban muertos. De un momento a otro. Muertos.

De repente, Jared empezó a aullar. Había pisado en falso, provocando que una rama puntiaguda se levantara de repente y se le clavara en la pierna derecha. Gritó y maldijo y lanzó una oleada de insultos tan grandes que hasta Jason se quedó inmóvil, perplejo.

—¡HIJO DE PUTA DE MIERDA! —decía—. ¡SOPLAPOLLAS DE MIL COJONES, SU PUTA MADRE, CABRÓN DE MIER...!

—Está bien —lo interrumpió Jason alzando la voz—. Ya... Ya vale. Casi no se ve y anochece rápidamente. Pronto será peor. Y necesitamos descansar y dormir un poco.

—¿Pararemos aquí? —preguntó Josh—. ¿Aquí mismo?

—Aquí mismo —confirmó Jason—. No he visto ni un solo claro en no sé cuántos kilómetros, ni sabemos hacia dónde vamos. Al sur, eso desde luego, pero poco más. No tengo muchas esperanzas de que vayamos a encontrar nada pronto.

Laura miró alrededor. El suelo era una sucia alfombra de hojas medio descompuestas y empapadas que conformaban el peor lugar posible para tumbarse, pero se sentía muy cansada, mucho. Tenía mucha energía y era optimista por naturaleza, pero el estrés emocional había socavado todo su ímpetu, y a las pérdidas humanas debía unir el hecho de que la fantástica sensación de conexión con la colmena se había cerrado, probablemente para

siempre. Era otra vez Laura, solamente Laura, un ser autónomo e independiente, y se sentía miserable y triste; y cuando miraba a Pip y no podía decir cómo se sentía o en qué estaba pensando excepto por lo obvio, se frustraba. Y era optimista, sí, pero el futuro era del todo incierto. Durante horas había caminado espiando entre los árboles, temiendo encontrar unos ojos acechantes o un movimiento furtivo que revelase la presencia de vampiros. Y si estos aparecían, ¿que podían hacer ellos? Ni ella ni Pip ni Adam iban armados, y el chico tenía una pistola pero no lo había visto usarla ni una sola vez. Llegado el caso, ¿tendría arrestos para levantar el arma e intentar un disparo? La sola imagen le producía picores en el cuello. Si hubiera sabido que, no hacía tanto, Jimmy hacía volar una nave hecha con LEGO por la soleada calle de su barrio residencial, habría caído un poco más abajo en su pozo privado y personal.

Pero se tumbó. Se dejó caer en el suelo, sobre la hierba mojada, y cerró los ojos, y como la lluvia le daba en la cara produciéndole un efecto molesto, colocó el antebrazo encima y se quedó quieta.

Pip la miró. La lluvia había convertido su ropa en una maraña amarronada, y el cabello le caía apelmazado sobre la cara.

—Si dormimos aquí, así, vamos a pillar una pulmonía...

—¡Pues nos jodemos! —bramó Jared—. ¿Eh? ¡Nos jodemos, ya está!

—Tal vez debimos habernos quedado en el camión —susurró Pip.

—Tal vez sí y tal vez no —replicó Jason, molesto—. Tal vez ahora estaríamos muertos. O quizá habríamos conseguido escapar. De todas maneras, yo no apunté a nadie cuando tomé esa decisión, chico.

—Parad —exclamó Jason—. Eso no conduce a...

Adam se había sentado en un tronco caído. Mantenía la cabeza tan baja que parecía que iba a desprendérsele en cualquier momento. El pelo blanco y ralo, mojado, dejaba ver una prominente calvicie. Empezó a toser.

—¿Estás bien? —le preguntó Jimmy.

—Estoy bien —dijo—. El frío no me sienta bien, y la humedad me sienta aún peor. Pero he sacado agallas otras veces, y nunca mejor dicho. En cuanto descansa un poco estaré mejor.

Jimmy asintió. Incluso él sentía las manos heladas, y la ropa, más que abrigar, molestaba; se pegaba a la piel y le producía una sensación de helor terrible. Los pies, dentro de los zapatos, eran como ranas en una charca.

—Vamos, no podemos... dormir aquí —exclamó Sonia—. Esta lluvia... este sitio... acabará con nosotros. Seguro. Mañana no podremos ni movernos, eso si conseguimos abrir los ojos entre toses y fiebre.

Jason la miró con una expresión neutra.

—Seguro que tú has dormido en sitios peores —dijo Sonia—. Pero nosotros no estamos acostumbrados a esto. Es... es demasiado.

Jason inclinó la cabeza y torció el gesto. Luego miró a Jimmy, que parecía un perro de aguas abandonado y triste, y sobre todo, miró a Adam, que tosía ya con un sonido quejumbroso y arrastrado que le nacía de los bronquios.

—Maldita sea —exclamó.

La luz estaba cambiando con mucha rapidez, como había dicho Jason. Habían avanzado muy despacio por lo angosto del terreno; demasiados troncos, colinas, desniveles, pendientes y hojas caídas que cubrían y ocultaban las oquedades del suelo como para intentar ir a otro ritmo. Pero de noche, el avance sería ridículo. No compensaría el esfuerzo en absoluto.

—De acuerdo —exclamó entonces—. Hagamos una cosa. Me adelantaré un poco más, a ver si veo algo. Una casa. Una cabaña. Una carretera. Algo. Tanto si lo encuentro como si no, regresaré aquí. Así podréis descansar un rato.

—Voy contigo —dijo Josh.

—Será mejor que te quedes con ellos —insistió Jason—. Ya me entiendes.

Josh pareció pensarlo un poco.

—De acuerdo —asintió al fin.

—Está bien —dijo Jason, sacando una linterna de su chaleco. La comprobó un par de veces antes de encogerse de hombros y despedirse con un sencillo gesto de cabeza.

Mientras lo veían alejarse, el lugar se llenó de silencio y del repicar de la lluvia contra las copas de los árboles y el suelo. Aún tenían que agradecerle mucho al bosque. La lluvia era torrencial, pero las copas eran frondosas y dejaban pasar apenas una mínima parte.

—Todo irá bien —dijo Sonia—. Ya lo veréis.

—Sí —la secundó Jimmy—. Eso seguro.

—¿Bien?, y una mierda —exclamó Jared.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sonia—. ¿Estás cabreado? ¿Te hace falta... un poco de alcohol? ¿Un cigarrillo? ¿Qué?

Jared la miró con gesto duro.

—Pues sí, cielo. Me falta todo eso. Y un buen polvo, por qué no. Pero sobre todo me hacen falta unos calcetines secos y una buena toalla que no raspe para mis cojones, porque los tengo bien hinchados.

—Eh... —exclamó Josh.

—No. Déjalo —terció Sonia—. Él es así. Tiene que... soltar sus demonios.

Así que quiero que lo haga ya y los suelte de una vez y nos deje a todos tranquilos un buen rato.

—Esta sí que es buena —refunfuñó Jared.

—Es lo que hay —siguió diciendo Sonia—. Como estamos ahora. Es parte del camino. No hace mucho teníamos una cama, aunque no fuera nuestra, y luego tuvimos otras cosas, y ahora tenemos la cabeza sobre los hombros y dos brazos y dos piernas. ¿Te parece poca cosa? La mitad del mundo está muerta o anda por ahí buscando sangre para beber, y tú protestas porque tienes los calcetines mojados.

—Protesto por lo que me da la gana —respondió Jared desafiante—. Solo me faltaba tener que celebrar tus mierdas *hippies* como tener el cielo y las estrellas sobre la puta cabeza para disfrutarlas, y oler la hierba superespecial de colores bajo los zapatos.

—Pues podrías —exclamó Sonia.

Jimmy miraba alternativamente a uno y a otro, demasiado cansado como para intervenir. Pero la conversación le recordó demasiado a los malos tiempos, los que vivió con sus padres, en su propia casa, cuando las cosas no iban demasiado bien y había tiranteces constantes por los motivos más nimios. A veces, incluso sin motivo alguno. Jared le gustaba, pero Sonia le gustaba más todavía, y verlos enfrentarse era algo que hacía que la ropa mojada pareciera pesarle el doble sobre los hombros, y el frío... el frío se convertía en un abrazo atroz de un ser sobrenatural invisible que le congelaba el aire en los pulmones casi paralizados.

—Y tú podrías dejarme en puta paz —exclamó Jared.

—Lo haré si te tranquilizas un rato. Jesús, Jared —dijo Sonia, acercándose los dedos a la nariz—, casi puedo respirar tu mala leche desde aquí.

—Si no quieres mi mala leche en la nariz, a lo mejor quieres mi bota en tu culo.

—Atrévete, bocazas —respondió Sonia—. Te aseguro que he podido con tipos mucho más grandes que tú, les he puesto esposas y los he metido en el coche sin sudar.

—¡Eh! —dijo Pip—. ¿Queréis parar? Por Dios.

—No he empezado yo, amigo —replicó Jared, dejando descansar la escopeta sobre el hombro.

—Sí. Sí que has sido tú —lo rebatió Sonia.

—Eh, amigos —insistió Pip—, estamos todos muy tensos, ¿vale? Hemos sufrido... un duro revés. Un golpe muy duro. Hemos perdido gente, cosas... y

además hemos perdido..., bueno, el camino. Teníamos un plan, pero se ha ido al garete. Se ha jodido. Y estamos frustrados. Si nos enfrentamos entre nosotros, ¿qué nos va a quedar? Pensadlo.

—Voy a pensar los huevos —masculló Jared.

—¡No, en serio! —siguió diciendo Pip, súbitamente alterado—. ¿Sabéis...? —Se interrumpió, como si no encontrara las palabras adecuadas—. ¿Sabéis lo... hermoso que era formar parte de... la mente de los vampiros? Estaban unidos. Todos los pensamientos, sensaciones, formaban una especie de... manada en la que te sentías acompañado, partícipe... Lo sabías todo de todos, y eso te... proporcionaba una paz de una naturaleza tal que no había sentido nada parecido jamás, nunca, siendo solamente... un ser humano.

—¿De qué cojones estás...? —empezó a preguntar Jared, pero enseguida cayó en la cuenta. Laura y Pip habían sufrido el proceso de cautividad hipnótica de los vampiros, y habían tenido una conexión especial hasta hacía poco, cuando supieron que todo había sido una trampa, que habían jugado con ellos y les habían hecho ver lo que necesitaban para ejecutar sus planes.

—Y míranos a nosotros. Casi todo el mundo ha muerto, y no sabemos cuántos de nosotros quedamos con vida por ahí. Por lo que hemos visto, pocos o muy pocos, ¿no? ¿Y qué hacemos? Decidme... ¿qué hacemos... los últimos vestigios del ser humano?

Sonia bajó la cabeza, avergonzada.

—Pelear —dijo Pip—. Pelear por cosas estúpidas, porque estamos cabreados con cosas que han ocurrido fuera de nuestro control, y de las que no tenemos culpa. Es... —continuó, ahora en voz baja—. Es triste. Es muy triste.

Se quedaron en silencio un rato, la lluvia repiqueteando contra las hojas y los troncos impasibles de los árboles centenarios.

—Lo siento —se disculpó Sonia.

—Oh, no me jodas —dijo Jared—. ¿Tenemos que darnos un abrazo ahora? A la mierda —añadió, dejándose caer contra el tronco de un árbol—. Iros a tomar por el culo. Estar cabreados forma parte de la naturaleza humana. Es como funcionamos. Nos cabreamos, y cargamos contra las cosas que no nos gustan. Y cuando las hemos destruido, roto, machacado, tenemos un instante de paz en el que nuestra mente nos dice: «Mucho mejor». Y esa tranquilidad dura un instante, hasta que algo vuelve a jodernos y nos encabronamos otra vez. Así se conquistó América, amigos y vecinos, con gente encabronada que se cargaba cosas porque la gente de piel oscura que había por aquí nos tocaba los huevos.

—Eso es... —empezó a decir Pip.

—Eso es lo que ocurrió, *happy flower* de mierda. No es la primera vez que conquistan América. Siento que ahora estés en el bando perdedor. Supéralo.

Se volvió y se recostó, cerrando los ojos para dormir.

Sonia se pasó las manos por la cara. Las tenía llenas de agua de lluvia, así que no consiguió secarla en absoluto.

—Es bonito lo que has dicho —dijo Jimmy de repente.

—¿Qué cosa? —preguntó Pip.

—Lo de... estar todos conectados. Debió de estar bien...

—Sí que lo estaba —dijo Pip en un susurro.

Jimmy asintió.

Mientras hablaban, Josh miró hacia arriba. Llovía con intensidad, y eso siempre hacía que los pájaros se mantuvieran callados, pero el silencio del bosque era absoluto, profundo y ominoso. En otras circunstancias habría encontrado esa quietud tranquilizadora, como un remanso de paz, un rincón en el mundo ausente del perseverante bullicio que el hombre generaba, pero ahora todo se sentía diferente. Incluso el cielo gris y terrible parecía anormalmente bajo, como si uno pudiera subirse a un árbol y tocar las nubes con los dedos.

—Pero era una mentira —siguió diciendo Jimmy—. Te acuerdas, ¿no?

Pip no dijo nada.

—Era una mentira. Como... como *Matrix*.

—Lo sé —susurró Pip—. Lo sé. Pero como el traidor en *Matrix*, aunque ahora sé que esa realidad era una mentira... aún la elegiría. Sí.

Jimmy bajó la cabeza pensativo.

Josh sacó un cigarrillo del bolsillo, pero estaba empapado y se deshizo en sus dedos.

Luego suspiró y nadie dijo nada más.

2

Jason avanzaba a buen paso. Por alguna razón, andar rápido lo cansaba menos que ir despacio; suponía que porque era su ritmo, y no el de otros. Las ramas y las hojas caídas crujían bajo sus pies.

Hacía ya un buen rato que avanzaba hacia el sur, siempre hacia el sur. La tormenta había llegado desde el noroeste, eso lo sabía, así que si tenía un final, debía de estar en algún punto por el sur y por el este. Confiaba en ello, aunque no creyera que fuese a escapar de ella esa noche, tal vez ni siquiera al día siguiente, y era probable que tampoco lograra dejarla atrás un día después. Pero

sí creía que era finita. Duradera, pero finita.

Cuando empezó a estar oscuro de veras, se detuvo unos instantes. Los momentos de cambio de luz eran los más delicados, porque el ojo tenía que hacer un buen montón de microcambios mientras se adaptaba. Después, se acostumbraría a la oscuridad, y al cabo de un tiempo (había entrenado para ello) tendría mejor visión en conjunto que con el haz sofocante y concentrado de una linterna.

Estaba a punto de rendirse y volver sobre sus pasos cuando divisó algo a su izquierda. Dio un respingo; era como si la estructura se hubiera conjurado allí mismo. Parpadeó, mirando con atención. En tiempos había tenido una mira de visión nocturna en el rifle, pero se estropeó en una aparatosa caída, hacía ya una semana. Dos. Algo así. Empezaba a ser complicado calcular el tiempo.

Era una cabaña. Diminuta y tosca, pero una cabaña, sin ninguna floritura ni decoración. Casi parecía, más bien, una cabaña de observación para cazadores, y probablemente así era. Pero si había una cabaña allí debía de haber también un camino, y no demasiado lejos, en algún lugar, una zona donde aparcar los vehículos. Los cazadores no solían ser gente muy dada a largas caminatas; más bien solían llevar neveras llenas de cerveza y bocadillos.

Se animó. Era una pena que fuera de noche, incluso aunque no hubiera un camino marcado, habría podido buscar pistas en el suelo: cosas como ramas partidas y arbustos pisoteados. Los seres humanos dejaban un rastro de trol en cualquier bosque.

Se quedó quieto, mirando la estructura, concentrado en escuchar. Era improbable que en ese lugar se ocultara una amenaza, fuese humana o no, pero era mejor estar seguro. Tenía que revisar bien el interior, y también los alrededores. Si la cabaña estaba cerca de un sendero, entonces bien podría ser un refugio, incluso... uno de sus refugios.

Pero ya no necesitan ocultarse de noche, se recordó de pronto. Si ese era el escondite nocturno de un monstruo, habría salido para avanzar en cualquier dirección. Para... reunirse con los otros vampiros. O para llegar a una granja donde conseguir alimento.

Eso al menos, se recordó, era una ventaja.

Jason avanzó dando pequeños y prudentes pasos, con el rifle en la mano. Miraba, pero, sobre todo, escuchaba. Los muros estaban hechos con troncos toscos, sin pulir ni desbastar, al viejo estilo. Sin embargo, no parecía haber alrededor restos de tocones ni de árboles talados. La persona que construyó el refugio había arrastrado los troncos desde alguna otra parte; quería asegurarse de

que permaneciera oculto entre los árboles. Tampoco se veía ninguna ventana. Los troncos empapados cubiertos de un musgo oscuro eran todo lo que estaba a la vista.

Llegó hasta la puerta. El picaporte era una rudimentaria tabla mal cortada que la cruzaba por el centro, sin cerradura ni candado.

Jason escuchó.

Nada.

Antes de entrar, rodeó con cuidado la cabaña. No había ventanas en ninguno de los laterales, ni delante, ni a los lados, ni tampoco detrás. El techo era apenas una lámina de algo que parecía uralita, sobre la que habían colocado piedras para mantenerla en su sitio.

Tampoco vio ningún sendero, pero admitió que podía estar ahí y no ser capaz de verlo. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, pero no tanto.

Tomó la linterna con una mano, aún apagada, y empujó despacio y suavemente la puerta, que fue cediendo con lentitud. Crujía y protestaba con suaves chirridos, pero Jason no dejaba que el sonido creciera en intensidad. Despacio. Muy despacio. Cuando hubo abierto lo suficiente, preparó el rifle y encendió la linterna.

Contuvo la respiración.

El haz iluminó una estancia diminuta, sin absolutamente nada en su interior. Ni una mesa, ni una silla, ni siquiera un camastro. Nada.

Apagó rápidamente la linterna y luego inspiró y soltó el aire despacio.

Al menos serviría para guarecerse de la lluvia.

Al menos.

—Está bien —susurró—. Está muy...

Algo lo golpeó en la cabeza desde atrás; una explosión blanca de dolor, creciente como una ola que arremete contra un risco.

Jason se precipitó contra la puerta, produjo un ruido sordo al golpearse contra ella, y no supo más.

3

Era ya de noche y Jason no había regresado.

Todos dormitaban, o parecían dormir, agazapados en el suelo. Jimmy y Sonia dándose abrigo el uno al otro. Solo Laura se había tendido en el suelo y parecía disfrutar del sueño como si estuviera descansando en un mullido colchón de plumas. Josh la miraba con cierta envidia. Debía de estar hecha de una pasta

especial para dormir en semejantes circunstancias.

Volvió a mirar alrededor. Jason... ¿dónde estaba Jason? Ya tendría que haber vuelto. Podía entender que hubiera caminado durante... ¿una hora, tal vez? Una hora de ida hasta encontrar algo o desistir, y otra de vuelta. Pero si no había calculado mal el tiempo, hacía bastante más que se había ido.

Bastante más.

Y era raro. Muy raro.

Observó, otra vez, las marcas en su fusil. Muecas que hablaban de batallas antiguas; incidentes, raspaduras, rayaduras. Sabía a qué incidente correspondía cada una porque, después de cada refriega, limpiaba su arma muy muy cuidadosamente. A veces limpiaba también la de Gutiérrez, porque ese hombre tenía grasa de alienígena en las manos (recordó con una sonrisa), y... supuso que ya no tendría que limpiar el arma de Gutiérrez nunca más.

Suspiró.

Era raro que Jason no hubiera vuelto aún.

Mucho.

Al cabo de unos minutos, de repente, decidió que no era... raro. Era circunstancial.

Miró al resto. Con la oscuridad de la noche y el silencio, parecían parte integral del bosque. Adam podía pasar por un tocón enjuto invadido por setas. Y Laura se asemejaba más a un montón de trapos que a otra cosa: ropa vieja abandonada quizá por un vagabundo. Si se marchaba... si los dejaba allí, estarían a salvo. A menos que los vampiros tuvieran una especie de olfato animal, no habría ojos en el mundo que pudieran detectarlos en mitad de aquel bosque, si es que alguien se acercaba. Dejarlos, sí, pero... ¿era lo correcto? Había recibido una especie de orden de Jason, que a pesar de todo seguía siendo, técnica y prácticamente, su superior, y la orden había sido: «Quédate con ellos». Ya ni siquiera era cuestión de que tuviera alguna duda sobre si Jason había tenido algún problema o no; no tenía dudas. Estaba seguro de que algo había pasado. Algo. Era, más bien, cuestión de averiguar qué era lo mejor.

Si al menos supiera qué dirección había tomado Jason, la decisión sería mucho más fácil. Ya habría salido a por él, de hecho; pero en el contexto de un bosque, la dirección general sur o sureste era demasiado ambigua. Siendo de noche, podría pasar a un metro del cuerpo caído de Jason y no verlo. Y si se cruzaban, y él venía caminando despacio por algún problema en la pierna, quizá, sería también un problema. Por no hablar de si había caído en una trampa. Con esa oscuridad, él podría caer también. El bosque parecía lo bastante grande y

umbrío como para ser escenario de correrías de cazadores, y eso significaba trampas.

Miró su fusil. Otra vez. La marca que quedó en el rifle cuando lo usó para parar el machete de aquellos tres subnormales en el aparcamiento del supermercado. La hendidura que dejó un clavo en el suelo cuando cayó a un lado intentando esquivar la arremetida de un vampiro. Otras marcas.

—Jason, Jason.... —susurró—. ¿Dónde... estás?

4

Jason despertó, sintiéndose confuso y desorientado. Sacudió la cabeza a uno y otro lado, como intentando zafarse de algo. Y ese algo eran bofetadas. Cuando abrió los ojos, vio una mano que se retiraba, y más allá de eso, vio el rostro de una mujer que lo miraba con una expresión serena en el semblante.

—¿Ya has vuelto? —preguntó la mujer—. ¿Todo bien?

Jason intentó mover los brazos, pero descubrió que los tenía atados a la espalda. Estaba sentado en el suelo, apoyado contra una pared.

Una luz potente centelleó delante de sus ojos. Jason los cerró, dolorido.

—Déjame ver tus ojos. Vamos. ¡Vamos! Ábrelos para mí.

A regañadientes, Jason abrió los ojos brevemente. Unos dedos fríos se apoyaron en su cara, forzándolos a abrir más los párpados. La luz saltó de un ojo a otro.

—Sobrevivirás —dijo la mujer.

—¿Qué... quién eres?

—La pregunta —repuso la mujer— es quién eres tú. Vistes como un soldado, y uno de verdad, no esos disfraces paramilitares que los idiotas se ponen para compensar sus carencias. ¿Eres un soldado?

—Soy un soldado —respondió Jason.

—¿Del Ejército de los Estados Unidos?

—De ese mismo —respondió Jason—. ¿Quién es usted?

—¿Y qué haces en este bosque? ¿Os han traído de vuelta a la batalla, o es cosa tuya?

—Es... es cosa mía —dijo Jason—. ¿Quién es usted?

—¿Vas por ahí solo? No me lo creo. Nadie sobrevive solo mucho tiempo.

—No. Mis compañeros están cerca.

—Ya veo —se burló la mujer—. No me lo digas. Son muchos y bien armados, y estarán aquí en cualquier momento. Así que es mejor que me porte

bien y te suelte, ¿no es eso, más o menos?

Jason la miró.

Era una mujer de unos treinta, tal vez menos. Tenía el rostro típico de una mujer americana de mediana edad: cabello rubio, rasgos comunes, ojos castaños, labios pequeños y apretados. Si hubiera tenido que hacer un retrato robot de ella, habría acabado pareciéndose a doce millones de americanas.

—Más o menos —admitió Jason.

—Entiendo —dijo la mujer—. Cuéntame tu historia, soldado. Ve a los detalles. Sé breve. Si me gusta lo que oigo tal vez podamos ser amigos. Si no, te cortaré el cuello aquí mismo y me olvidaré de ti en medio minuto.

Jason carraspeó.

—Eramos un grupo de soldados —dijo—. Queríamos... queríamos hacer algo diferente. Ayudar a la gente. No obedecimos la orden de acuartelamiento; sabíamos que las cosas no cuadraban. Íbamos por ahí ayudando donde podíamos. Liberábamos gente cuando la encontrábamos. Luchábamos contra los vampiros. Fuimos perdiendo gente poco a poco, conocimos a otras personas. Hoy... hoy nos atacaron, con la tormenta. Perdimos a muchos. A casi todo el mundo. Solo quedamos dos, dos soldados, y... un grupo de civiles. Un niño. Y una mujer que es policía y...

Agachó la cabeza, incapaz de continuar. De repente, las fuerzas parecían haberlo abandonado. Al exponer la situación desnuda, liberarla de su mente y ponerla sobre la mesa, estaba comprendiendo al fin lo mal que iban las cosas. Peor que mal. Ya no eran una «fuerza liberadora». Con mucha suerte, podrían tal vez sobrevivir. No vivir, solo sobrevivir.

La mujer lo miraba a los ojos mientras hablaba.

—Parece que dices la verdad —susurró.

—Sí. Es la verdad.

—Entonces eres un buen hombre.

Jason no contestó. Levantó la vista y miró a la mujer.

—Lo eres —decidió ella, resuelta, y se deslizó brevemente hacia su espalda. Jason sintió que la cinta que le atenazaba las muñecas saltaba de repente con un pequeño tirón. Había cortado sus ataduras.

Mientras se frotaba las muñecas, la mujer cortó la cinta que le sujetaba los pies.

—Estáis en el sitio adecuado —dijo ella—, pero no hay que fiarse. Especialmente ahora, con la tormenta.

—¿El sitio adecuado?

—Este bosque. Los monstruos no parecen internarse por aquí. No creo que sea por ningún motivo concreto; simplemente, ninguno debe de tener el recuerdo de que hubiera mucha vida en el bosque. Prefieren las carreteras, los lugares habitados, sobre todo los sitios con tiendas, porque saben que nosotros nos surtimos de cosas en ellas.

—Entiendo —dijo Jason—. Pero ¿quién eres tú?

—Una mujer —respondió ella, encogiéndose de hombros.

Jason asintió con curiosidad.

—Las tiendas —siguió diciendo ella—. No son buenas a menos que las saqueéis por la mañana temprano y pongáis muchos kilómetros por medio. Porque los vampiros están atentos a los cambios, y si ven la huella de una simple lata de tomate en el polvo, os buscarán por todos los alrededores, y créeme, son muy buenos encontrando.

—Vale... —respondió Jason perplejo.

—Yo no iría al norte —continuó diciendo la mujer mientras se ponía de pie y guardaba su cuchillo en una funda dispuesta en el cinturón—. Tampoco al oeste, eso seguro. Al sur está América... llena de vampiros, por cierto. Iría al este. Hay un buen trecho hasta al mar, pero si queréis sobrevivir de verdad, buscaría un barco y trataría de llegar a Europa.

—¿Europa... sigue... sin...? —preguntó dubitativo.

—En absoluto —respondió la mujer—. Pero allí las cosas están empezando, y están sobre aviso. Los vampiros no lo tienen tan fácil, al menos por ahora. —Miró hacia el cielo, arrugando el gesto—. Es esta tormenta. No me gusta nada. Diría que algo pasa. Algo preparan aquí. Ni los Estados Unidos ni Canadá van a ser un lugar donde los hombres representemos una diferencia, porque no tendremos esa oportunidad. Ya no hay guerra. Hemos perdido. Si hay conflicto, será en Europa, o en Asia.

—Joder... —exclamó Jason—. ¿Eres... eres un soldado? ¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho —exclamó ella—. Una mujer. Solo eso.

—De acuerdo..., pero... tendrás un nombre.

—Liz.

Jason asintió.

—Liz. De acuerdo. Yo me llamo Jason. ¿Estás sola aquí?

—He venido avanzando desde el sur. La lucha ahí abajo es fatigosa. Puedes matar a veinte, o a treinta, en una noche, pero a la noche siguiente envían a cien. Es como si... lo supieran. Estoy segura de que saben. De alguna manera saben lo que ocurre...

—Lo saben —confirmó Jason con rapidez—. Están todos conectados.

Liz lo miró con curiosidad.

—¿Qué quiere decir que están conectados?

—Que lo están. Tienen una... mente colmena, como las hormigas. Saben dónde están todos sus miembros, cómo se sienten, qué hacen y qué les ocurre. Diría que se organizan así. Saben dónde atacar... y, como tú has dicho, saben dónde están siendo atacados.

Liz pareció pensar unos instantes.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó.

—¿Sabes esos sitios donde tienen seres humanos hipnotizados, en trance, que usan para alimentarse...?

—Sí.

—Los llamamos vacas. Porque... es como si los ordeñaran.

—Vacas. Sí. De acuerdo. Continúa.

—Liberamos a algunos de ellos. Los sacamos del trance.

—¿Cómo? —preguntó Liz.

—Matando al vampiro que los había hipnotizado.

Liz inclinó la cabeza.

—Esos son vampiros de alto nivel. ¿Habéis matado a un vampiro de ese tipo?

—Algunos de los que van con nosotros, sí —asintió Jason—. Los civiles.

—Los civiles se cargaron un... —Dudó unos instantes—. Vale. De acuerdo. Se lo cargaron. Y al matarlo, ¿los cautivos salieron de su trance?

—Sí. Así es. Durante mucho tiempo estuvieron todavía conectados. Sabían lo que pensaban y sentían el uno con respecto al otro. Eran... raros. Pero recordaban la mente colmena y la sensación de estar conectados, y a veces pensaban que veían lo que los vampiros tramaban...

—¿Por qué dices que... pensaban? ¿No era así? —preguntó.

Jason suspiró.

—Era una trampa. Es una... larga historia. Nos hicieron pensar que los espíabamos y que veíamos cosas, pero era para que informáramos a un general del ejército con el que tenemos contacto, que estaba dando pasos para parar esta locura. Las cosas no salieron como pensábamos. Nos hacían ver lo que querían para que los ayudásemos a liberar a uno de los suyos.

Liz asintió, reflexiva.

—Pareces tener mucha información que a mí me falta —dijo ella—. ¿Qué sabes de la tormenta?

—Es cosa de ellos —exclamó Jason—. Cuando supimos que nos habían engañado, que habían liberado a uno de los vampiros... clave, un lord de los vampiros, un Señor, un rey, como quieras llamarlo... la tormenta apareció. Era de día, pero a cobijo de la tormenta, los vampiros empezaron a despertar.

Liz asintió.

—Así que es eso —susurró—. Vaya. Parece que la habéis liado buena.

Jason no dijo nada. Desvió la mirada, incómodo.

—Pero aquí hay una causalidad muy interesante —exclamó Liz.

—¿Causalidad?

—Sí. Verás. Soy buena luchando con los vampiros. Descubrí que... se me da bien. Se me daba bien al principio, y con el tiempo me he vuelto aún mejor. Pero no sabía muy bien qué se esperaba de mí. Los combato todos los días y me muevo casi sin rumbo, intentando..., bueno, hasta ahora ha sido como ponerles la zancadilla, y a veces he percibido que he conseguido enfadarlos mucho, pero no mucho más. Casi siempre, cuando enviaban a uno de los vampiros gordos, esos que tienen ojos que te hacen olvidar cómo te llamas, me iba. Simplemente. Me iba para luchar otro día.

—Entiendo.

—Pero ahora, vienes a mi refugio en el bosque en mitad de la noche y me cuentas que quizá sepas lo que está ocurriendo, dónde se originó la tormenta, y para qué piensan usarla.

—Ya veo —dijo Jason, dubitativo.

—Tu general... ¿tiene hombres? —preguntó Liz—. Más soldados como tú.

—No lo creo —respondió Jason—. No. Estaba hablando con... Pero no creo. Y hace tiempo que no hablo con él. Con lo de la tormenta, no sé siquiera si sigue vivo.

—¿Cómo contactáis?

Jason sacó el móvil del bolsillo. Un aparato de cierto tamaño provisto de una gruesa antena.

Liz asintió.

—¿Puedes llamarlo?

—Sí, pero me dio instrucciones de no hacerlo.

—Creo que ahora es un buen momento.

—Pero..., espera... espera un momento —dijo Jason—. Dices que eres una especie de cazadora de vampiros y que has matado a muchos...

—A muchos —confirmó Liz.

—Y esperas que hable con Wein para... ¿para hacer qué? ¿Decirle que vas

a ir a la tormenta, a su fuente, para...?

—Para ver qué se puede hacer —dijo ella impasible.

Jason asintió.

—Vale. De acuerdo —exclamó—. No te ofendas, pero...

—No me crees —dijo ella.

—No es que no te crea, es que es...

—Un plan loco —terminó Liz.

—Algo loco, sí.

Liz asintió.

—Acompáñame —ordenó ella.

—¿Cómo?

—Que vengas conmigo —dijo, y empezó a andar.

Jason la miró.

La formación de combate te daba unas ciertas características físicas, Jason lo sabía. Había que entrenar mucho para tener los músculos tonificados, la agilidad adecuada, y sobre todo, el fondo necesario para combatir sin caer exhausto al suelo echando los pulmones por la boca. La mujer parecía estar en forma, sin duda, pero sus brazos eran delgados, sus hombros estrechos, y debajo de aquellos pantalones de un tono verdoso oscuro no parecía haber unas piernas provistas de demasiada musculatura. Y las manos. Esas manos no habían trabajado mucho o nada con armas blancas, ni tampoco habían sujetado un fusil durante largas horas, porque esas cosas dejan marcas reconocibles y ponen la piel dura y producen callosidades y músculos fuertes alrededor de la palma. El único mérito que podía reconocerle era haberlo sorprendido en pleno silencio sin que se hubiera percatado de su presencia; lo cual, definitivamente, era mucho.

Esa mujer, por tanto, podía ser una loca. Una mujer con la cabeza ida que aseguraba que era una especie de cazadora de vampiros. Y por lo que veía ahora, llevaba una ballesta a la espalda con un carcaj colmado de pernos. Una puñetera ballesta. Solo le faltaba la catana para convencerse de que estaba completamente zumbada.

Pero ¿qué alternativas tenía? Josh y los otros debían de estar descansando, si no la mente, al menos el cuerpo, aunque fuera congelados de frío y bajo la lluvia. Podían esperar un poco más mientras él exploraba la posibilidad de que aquella mujer fuese quien decía que era. Una...

«Una cazadora de vampiros», se dijo, y mientras resoplaba, se puso en marcha.

Se prometió que la seguiría durante un rato solamente, y si no llegaban a

nada, la despistaría en el bosque. Volvería sobre sus pasos y regresaría con Josh. Quizá estuviese loca, pero la idea de escapar hacia el este para coger un barco no le había parecido tan descabellada.

5

Liz Sheehan había pasado la tarde ocupada con las tareas de casa. Había puesto una lavadora, tendido otra, planchado y distribuido primorosamente la ropa recién lavada por los diversos cajones y armarios de la casa. Era un buen montón de ropa, a pesar de que vivía sola, porque se cambiaba a menudo durante el día: una vez por la mañana para ir al trabajo, otra cuando salía, una vez más en el gimnasio, y luego para hacer la compra. Le gustaba ir presentable, pero, sobre todo, lo hacía porque le ocupaba tiempo.

Era su manera de dejar pasar los días.

Liz había hecho todo lo que se suponía que debía hacer una persona adulta integrada en la sociedad. Había trabajado de adolescente y pedido un crédito de estudiante para terminar trabajando como: funcionaria del Servicio de Correos de los Estados Unidos de América. Era un trabajo sencillo, y aunque debía presentarse en la oficina a las cuatro de la mañana, su labor le permitía entregarse a tareas manuales mecánicas a las que no tenía que prestar demasiada atención. Clasificar. Planear la ruta. Entregar las cartas. Liz utilizaba su propio vehículo para su ruta, y recibía una compensación por kilometraje en la nómina.

El trabajo requería tener cierta forma física, porque a menudo tenía que cargar y mover paquetes voluminosos y pesados de un lado a otro. Moverse por la zona de entrega también implicaba una cierta velocidad, o corría el riesgo (bastante probable) de tener que trabajar fuera de horas. No es que a Liz le importase; le gustaba estar ocupada, porque no tenía ninguna otra cosa a qué dedicarse durante el día, ni habría sabido qué hacer.

Liz sentía una profunda apatía por las relaciones sociales. Había tenido amigos y amigas, por supuesto, pero la agotaban terriblemente. Aún no había pasado la adolescencia cuando comprendió que esas tareas a las que todo el mundo se entregaba con ganas, energía y hasta necesidad no eran para ella. No le interesaban las conversaciones de la gente, ni comprendía su humor, ni gustaba de hablar durante horas de cosas triviales y absurdas, que eran, a decir verdad, casi todo el espectro de conversaciones que se podían tener. Era una cháchara infinita y estéril, una verborrea diarreica que la dejaba exhausta y aturdida. La información estaba bien, le producía cierto interés, pero esas tardes de café ni

siquiera eran informativas, eran juicios sin valor, eran prejuicios que se emitían, simplemente, porque se podían emitir, y eran pueriles, estúpidas, manchadas de odios y miedos personales que enturbiaban el caudal informativo, cuando lo había. Las personas le parecían predecibles y aburridas y, entre otras cosas, jamás había sentido nada parecido a... al amor. Había tenido relaciones, sí, pero solían producirle un hastío mayúsculo, incluso en la cama, o sobre todo en la cama. El sexo le resultaba incomprensible. Veía a los hombres transformarse en animales que se colocaban encima de ella como posesos, el rostro transmutado en una efervescencia química y hormonal que a ella le producía más desasosiego que otra cosa, y los abrazos y los besos eran algo incómodo, húmedo, muchas veces desagradable.

Pero había que vivir, desde luego, así que Liz se contentaba con ocupar su día haciendo cosas. Cosas. ¡Cosas! En cuanto le sobraba un hueco, encontraba una tarea con la que llenarlo. El gimnasio. Clases de pintura. Un taller de escultura. Un curso de mecánica del automóvil. Leer.

Los días de descanso eran los peores. De repente tenía un buen montón de horas que ocupar, y ni siquiera era capaz de dormir o languidecer en el sofá, como hacía la gente que conocía. Liz dormía poco; no necesitaba más de tres o cuatro horas. Pero ni la pintura, ni la escultura ni ninguna de las otras cosas le producía satisfacción, porque después de dos o tres creaciones (un lienzo blanco con manchas de pintura roja encima) sentía que ya había comunicado todo lo que tenía que comunicar. Su salvación fue un curso de repostería. Descubrió que comprar los ingredientes, prepararlos, montar la crema pastelera, hacer las mermeladas, la *ganache*, hornear y montar bizcochos, darles forma, combinarlos en capas, preparar el chocolate, y todas las otras cosas que formaban parte del proceso de creación de una tarta. Si además se ocupaba de reblandecer azúcar *fondant* y moldearlo para hacer todo tipo de florituras, podía encontrarse con que el día de descanso había volado.

Naturalmente, la superproducción de tartas empezó a ser un problema. Los bizcochos empezaban a invadir las encimeras, y el frigorífico se llenó de exquisiteces pasteleras, cada una más refinada que la anterior. De nueces. De fresas. De chocolate. De frutas. De café y moca. Liz se dijo que, si se las comía todas, acabaría con diabetes o quince kilos de más, lo que ocurriera antes, así que empezó a regalarlas a los vecinos. Básicamente llamaba a la puerta, sonreía como podía y entregaba la tarta sin demasiada cháchara. «¿Quiere un... café?» «No, no, muchas gracias. Tengo prisa.» Y se alejaba.

Fue un error de cálculo. La gente empezó a llamar a la puerta de su casa

para devolverle el favor llevándole empanadas, insufribles pasteles de carne o tarrinas de helado de un litro, o para decirle lo mucho que les había gustado su tarta. «¿Puede hacerme una para mi sobrino? Cumple ocho años el mes que viene. Le encantan *Los Vengadores* y, sobre todo, *Dr. Strange*. Vaya usted a saber por qué, pero así es. Es un cirujano que se estrelló y se fue al Tíbet a hacer cosas de luz con las manos... Pues ese es su favorito. En mis tiempos era sota, caballo y rey: estaban los de *Star Wars* y luego estaba *Spiderman*, y poco más, ahora es todo más complicado. ¿Puede hacerla? ¿Puede hacerla... de diez kilos? Le pagaré, por supuesto. ¿Diez dólares será suficiente? Espero que sí, porque... los gastos, ya sabe. Usted no lo entiende porque no tiene hijos, ¿verdad? Lo he observado. Es que va a venir mucha gente, ¿sabe? Vamos a hacer una gran fiesta porque la mamá de su mejor amigo, Hector, es...»

Liz soportaba todo el tropel de conversación con una ceja levantada. Sentía el deseo irrefrenable de detenerla y decirle que a) le importaban un bledo las preferencias de su sobrino, b) le importaba aún menos cuándo fuera su cumpleaños, y c) podía observarse su propio y generoso culo la próxima vez. Pero contestaba con evasivas y respuestas cortas y prácticamente le cerraba la puerta en las narices.

También despachó al tipo que le dijo: «Sé por qué me ha traído la tarta. Tenía un sabor muy erótico. Yo también estoy muy solo. Si quiere, puedo ser su nata».

Después de aquello, las tartas acabaron, simplemente, en la basura.

El 9 de diciembre, sin embargo, las cosas empezaron a cambiar.

Al principio fue cosa de verborrea mediática en todos los canales de noticias, sobre todo en internet. Algo estaba pasando en alguna parte de Estados Unidos, una serie de asesinatos con cosas... raras... a los que Liz no prestó mucha atención. Le importaba una soberana mierda. Como el 11 de septiembre, hacía años. Unos terroristas habían echado abajo unos edificios casi vacíos a primera hora de la mañana. Sí, era terrible, desde luego, pero el circo que se armó alrededor la tuvo muy sorprendida. Una cajera pasó sus productos al hacer la compra mientras lloraba como una magdalena. Liz pensó que debía de haberle pasado algo. Algo grave. «Esa pobre gente de las Torres Gemelas», le dijo. Liz dio un respingo. No lo comprendía. No contestó nada, y la cajera la miró como si fuera extraterrestre. No, Liz no tenía lágrimas para aquella gente a la que no había visto nunca, y además, ¿qué pobre gente? En el mundo morían miles, decenas de miles de personas todos los días, algunos víctimas de guerras, otros sufrían violaciones, mutilaciones, o morían enfermos, hambrientos y helados en

las mismas calles de su ciudad. Niños. Morían niños, pero no pasaba nada porque eran niños extranjeros en países remotos, como si eso garantizara que, en realidad, ni existieran. A aquella cajera, por ejemplo, no le sobraba saliva ni para escupirles a la cara a los vagabundos sin techo ni recursos; entonces, ¿por qué lloraba? Era la hipocresía social. Era el *show del drama* convertido en voces afligidas en las noticias, en palabras bonitas en boca de políticos que consultaban el *share* de audiencia tan pronto terminaban y calculaban si, en la próxima intervención, debían aplicar más o menos intensidad de dolor.

Por eso a Liz no le interesaba demasiado la gente.

Por eso.

Las noticias sobre Hillsdale empezaron a ir a más, día tras día. Al parecer, las cosas estallaban de noche, así que los canales de noticias hervían desde primera hora de la mañana, y los periódicos podían comprarse aún calientes y tarde, porque esperaban al último momento para incluir toda aquella información surrealista que se producía cada noche.

En cosa de una semana, la situación se deterioró tanto que el servicio postal de los Estados Unidos de América dejó de funcionar, aunque se aseguró que era una circunstancia temporal. Liz regresó a casa ese día cruzando por calles que no hacía mucho se veían bulliciosas y llenas de vida, y que ahora estaban desangeladas, casi sin tráfico. El señor que vendía diarios ya no vendía diarios, y el café de Lindsay estaba cerrado por primera vez desde... desde que podía recordar, más o menos. Tampoco había señoras vestidas con chándales horteras y una aureola de pelo alrededor de una cara maquillada como un tótem de guerra indio, que paseaban perritos escuálidos que vivían mejor que el ochenta por ciento de la población global. Y, por supuesto, el supermercado donde compraba sus cosas y los materiales para hacer tartas, estaba también cerrado. Temporalmente. Un jueves. Cerrado.

Se quedó mirando la puerta con tres billetes de cien dólares en el bolsillo, pensando si servirían todavía de algo. O si servirían... temporalmente, claro.

Empezó a llover.

Aquel día, Liz puso las noticias por primera vez en... una década. Al fin y al cabo, acababan de romperle la rutina que la mantenía en el camino de la vida. Más o menos. Y se enteró del problema. El problema de los vampiros.

Fue justo a tiempo, por cierto, porque aquella noche los vampiros llegaron donde ella vivía.

Nadie podía contenerlos. Llegaron como una marea desde las poblaciones colindantes, inundando las calles, avanzando en confuso tropel. Entraban en

todas las casas, se colaban por todos los huecos, abrían todas las puertas y convertían o asesinaban a los americanos que aún no se habían marchado, que eran muchos todavía. Muchísimos. La gente había sido educada en el «aquí no»; se habían acostumbrado a mirar las noticias y ver todo tipo de atrocidades sin que nada los afectara. «Eso ocurre en otra parte.» Sacudían la cabeza y cogían su iPad para mirar un catálogo online y comprar alguna otra cosa. Pero esa vez el terror les fue servido a domicilio.

Liz, como casi todo el mundo, estaba despierta cuando los vampiros llegaron a su calle. Algunos prefirieron dormir, sin embargo. Se tomaron unas cuantas pastillas de las que solían administrarse para dormir profundamente y aprovechar las siete u ocho horas de sueño que sus jornadas laborales les dejaban y se tumbaron en la cama, con lágrimas en las mejillas, acurrucados y vencidos por el miedo. Unos pocos rezaron por primera vez en toda su vida. Liz no. Miraba la calle desde la ventana del tercer piso de su bloque sin ser capaz de sentir mucho.

«Bueno —se dijo—. Esto es el final.»

Era un pobre final para una historia sin mucho sentido. Su padre solía decir que las personas necesitaban, sobre todo, un buen guionista. Pero ella se había dejado arrastrar por una vida algo insustancial, y se había ocupado de hacer pasar el tiempo de cualquier manera posible. Y cumplió los veinte, y los veinticinco, y cumplió los veintiocho, y en solamente una semana cumpliría treinta, y después de eso... Después de eso no cumpliría nada más. Eso era todo. Era entonces cuando se cerraba el telón, aplaudían con desgana y se iban a casa.

Liz se miró las manos. Los vampiros estaban entrando en su bloque. Tras la puerta cerrada del domicilio oyó gritos y sonidos animales mezclados con el retumbar de unos pasos a la carrera. Estaban subiendo, entrando en todas las casas, asesinando a todo el mundo. En alguna parte, un perro empezó a ladrar.

Liz se sentó en el sofá.

Era un pésimo guion. Nefasto. Había gente con vidas interesantes en el mundo, pero su vida parecía haber sido escrita por un niño de ocho años para una redacción del colegio. Se levantaba cada día, trabajaba, iba al gimnasio, volvía a casa y engendraba una tarta. La tarta acababa en la basura. Mientras se miraba las manos, mohína, pensó que, en realidad, siempre había tenido la esperanza de que ocurriera algo. Algo, cualquier cosa, aunque nunca había sabido el qué.

Ruidos en el piso de abajo.

Una ventana estalló en alguna parte. El sonido tintineante de los cristales

rotos se dejó oír abajo, en la calle.

Liz esperó.

Había... había una película que le hubiera gustado ver, pero no recordaba cómo se llamaba.

Gruñidos al otro lado de la puerta.

Despertares . La película se llamaba *Despertares* . Con Robert de Niro y Robin Williams. Una película antigua, desde luego, pero la carátula siempre le había llamado la atención: un hombre levantando los brazos en mitad del agua. Supuso que se había identificado con él.

La puerta tembló con violencia. Alguien estaba probando si estaba abierta o cerrada.

Robin Williams le gustaba, pensó. Tenía esa mirada dulce, como atormentada, que ella había podido leer como un libro abierto. «Todo va bien», decía esa sonrisa. Como su vida. Todo va bien. Pero nada iba bien. Su vida había sido como las tartas que fabricaba de la nada: parecían deliciosas por fuera, pero... ¿realmente sabían bien? Nadie podía decirlo, porque...

Porque...

Porque acababan en la basura.

La puerta saltó de sus goznes con un violento chasquido.

Liz giró la cabeza para ver a un hombre vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca, sucia, sin mangas. La cabeza se le hundía entre los hombros, como si alguien le hubiera acertado el cuello.

A la basura, Liz, pensó.

El monstruo avanzó resuelto hacia ella.

Liz se incorporó lentamente.

Si el monstruo hubiera sido una mujer... las cosas habrían sido diferentes, tal vez. Tal vez Liz se habría dejado hacer. Tal vez hubiera incluso sonreído mientras la mujer la asesinaba o la convertía, con una sensación de «bueno, esto es todo». Pero era un hombre, encorvado como un depredador sexual, y una expresión que era...

Era insolente. Era una expresión que decía: «Te tengo. Te tengo porque... mírate, una mujer débil, sola. Solo una mujer. Va a ser un momento. Te mataré rápido porque tengo otras cosas que hacer, pero tengo como diez segundos para ti».

Liz había visto un documental sobre mujeres maltratadas. Sobre el estado de la mujer en general en la sociedad americana del siglo XXI . El puñetero siglo VEINTIUNO. Eso eran un buen montón de años, más que suficientes para que

las cosas hubieran cambiado un poco desde que el hombre arrastraba a la mujer por el cabello al interior de una cueva. El documental le había producido un asco profundo. No tenía ni idea. Ella nunca, jamás, había sentido miedo, pero había mujeres que iban por la calle sintiendo miedo, deseando llegar al portal de su casa, escabullirse en el interior y cerrar la puerta, dormir un poco, llenarse la cara de maquillaje para ocultar su miedo a andar por las aceras dando zancadas y llegar al trabajo sin que algún imbécil reseñara su trasero. Mujeres que eran violadas y que tenían que justificar su indumentaria ante un tribunal que las miraba con expresiones acusadoras, llenas de apatía y aburrimiento. «¿Cuántas veces dijo no?» «¿Se la oyó bien?» «¿Fue lo bastante clara en su negativa?» «¿Le quedó claro a la persona que tuvo relaciones sexuales con usted que no estaba interesada en el coito o la felación?» «¿En qué momento del acto trató usted de detenerlo?» ¿Le parece justo, señorita, provocar así a un hombre y dejarlo INSATISFECHO?»

Liz sintió un asco infinito.

Como en ese momento, cuando vio al vampiro convertido en una verbena química de testosterona, de ansia, de... control.

«Los vampiros son monstruos sexuales», se dijo.

—No —susurró.

El vampiro se lanzó hacia ella. Liz se apartó con un gesto rápido y calculado. Lo hizo en el último momento, para que la inercia hiciera su trabajo. Mientras el vampiro ocupaba el espacio donde ella había estado hacía unos instantes, dio un golpe a la lámpara y esta cayó sobre el monstruo sin que él pareciera percibirlo siquiera. Liz lo miró, sin ninguna expresión visible en el rostro.

Echó a correr, con una idea muy clara de adónde iba, y lo hizo con verdadera rapidez. Eran muchos años de profesión caminando a buen paso a uno y otro lado, casi todos los días. Y muchas horas de gimnasio. Muchísimas. De repente, todo aquel entrenamiento cobró sentido en su cabeza.

Cuando llegó a la cocina, con el monstruo aullando a su espalda, Liz cogió uno de los cuchillos que colgaban de una barra magnetizada. Lo hizo al pasar, con un gesto elegante y decidido, y luego hizo girar el brazo en círculo para colocarlo en ristre delante de ella mientras miraba al vampiro. El monstruo, en persecución, llegó hasta ella. El cuchillo se clavó en su garganta hasta el mango. Liz lo sujetó con dos manos mientras se hundía. Era como trinchar un asado que hubiera estado cocinándose en un horno durante cuatro horas: blando. Muy blando. Mucho más de lo que habría pensado jamás.

—No —exclamó, ahora con más firmeza, el semblante serio, sin que se pudiera leer en él ninguna expresión.

El vampiro se echó hacia atrás, abriendo y cerrando la boca. Un chorro de sangre se precipitó hacia el agujero que había dejado el cuchillo; la sangre manó también de su boca, negra y hedionda.

—No —repitió Liz mientras saltaba por encima de la isla de la cocina. Había hecho más de doscientas tartas en esa encimera, y nunca pensó que saltaría sobre ella con un cuchillo ensangrentado en la mano.

Tenía dos segundos como máximo. Lo supo, de alguna manera, como si hubiera hecho algo así muchas veces a lo largo de su vida. Dos segundos. Después de esos dos segundos, el vampiro reaccionaría.

Se colocó detrás del monstruo y clavó el cuchillo en su nuca con un gesto tan rápido como contundente.

—No —repitió otra vez.

Apartó la mano del cuchillo y se quedó de pie, respirando con tranquilidad. El mango era de un precioso negro mate, sin tornillos visibles, cruzado por una línea metálica. Era un buen cuchillo, pensó, veintisiete con noventa y nueve.

El vampiro dejó caer los brazos a ambos lados, y luego, simplemente, se desplomó hacia delante. Produjo un sonido apagado cuando el cuerpo chocó contra el suelo. No se movió más.

Liz se quedó mirándolo. Era un hombre grande; calculó que debía de pesar más de cien kilos. Y alto, por añadidura. Uno ochenta y tres, probablemente, uno ochenta sin zapatos. Había intentado matarla y ahora estaba en el suelo de su cocina con un precioso mango de cuchillo asomando en su nuca. Y eso, se dijo, estaba bien. Estaba muy bien.

Ni siquiera tenía la respiración acelerada.

Ni siquiera había sentido miedo.

Ningún miedo.

Empezó a sentir algo. O, mejor dicho, empezó a sentir.

De repente, era como si algo brotara en su interior. Toda su apagada vida dejando discurrir el tiempo, dejando que pasaran las horas, los días, las semanas, los meses y los años, sin dejar que ningún evento o festividad la afectara. Navidades, el 4 de julio, Pascua... sin relacionarse apenas, sin...

Se agachó, sacó el cuchillo del cuello del monstruo y miró la hoja sucia de sangre.

Sin vampiros.

Eran los vampiros lo que había faltado en su vida.

Se sentía bien. Mejor que bien. Liz nunca había tenido una auténtica sensación de euforia, una euforia íntima que no permeaba en su rostro, una genuina, que bullía en su interior como la lava en un volcán.

Era el... instinto de supervivencia.

Viva. Eso era. Se sentía viva. Por fin.

Miró el cuchillo brevemente. ¿Qué acababa de hacer? Había acabado con el vampiro casi sin pensarlo. Había... había saltado sobre la encimera y usado ese pequeño margen de maniobra para atacar al vampiro allí donde tenía más posibilidades de matarlo, sin entrar en consideraciones extrañas. Había sido rápido, había sido... eficiente. Era como si el tiempo se hubiera detenido para ella. Había tenido tiempo de calcular cada movimiento, de moverse con cierta conciencia de lo que hacía, mientras el monstruo permanecía en su sitio, como si se hubiera quedado paralizado.

«No —pensó Liz—. Estaba ralentizado. Porque yo pensaba más rápido.»

Unos gritos en el exterior la sacaron de su línea de pensamiento. Había más asesinos en el edificio. Porque eso es lo que eran: asesinos. Las noticias hablaban de vampiros como si fueran criaturas sobrenaturales, pero allí, en su salón, en su propia cocina, Liz no había visto nada sobrenatural. Nada terrible.

Esa noche, Liz salió al pasillo armada solamente con su cuchillo, y se encontró con monstruos en la escalera. Hombres, y también mujeres. Podía reconocer a los hombres fácilmente; eran rudos, agresivos y hostiles, y ya los había visto así antes. En el caso de las mujeres era diferente. No estaba acostumbrada a ver mujeres con esas actitudes animales, las manos trocadas en garras, la cabeza adelantada y un brillo de intensa y rabiosa violencia en la mirada. Pero se movió entre ellos como lo hubiera hecho un *ninja* en una película de Hollywood, utilizando su cuchillo con una maestría y una economía de movimientos que a cualquiera que la hubiera observado le habría hecho pensar en años de duro adiestramiento militar.

Los cuerpos caían a su paso sin que parecieran tener la más mínima oportunidad, y cuando se encontró en el salón de la casa de un vecino, con el hombre acurrucado en una esquina, agazapado y lloroso, mirándola con una fascinación casi reverencial, Liz miró la hoja de su cuchillo ensangrentado y luego observó la otra mano, firme y segura como la de un cirujano. No estaba excitada, ni cansada, ni jadeaba, ni la guiaba ninguna sensación en absoluto. Había hecho lo que había hecho porque era lo que había que hacer, pero no se sentía distinta de cómo se habría sentido si hubiera pasado la tarde planchando, excepto por una cosa. Una sola cosa. Se sentía en su sitio. Supo... que toda su

vida había sido una especie de espera. La sala de alguna consulta donde había esperado y esperado, revisando por puro tedio algunas revistas de moda, de cotilleos, un semanario médico con cosas que le interesaban tanto como la cría de nutrias en Nueva Zelanda, esperando... hasta que ahora le tocaba por fin el turno de hacer su pequeña representación. Se había desnudado y le había dicho: «¿Ve, doctor?, me duele aquí, en el vacío interior». Y el médico había asentido con apatía y puesto un arma en su mano diciéndole: «Salga ahí fuera y mate a tantos como pueda». Y eso había hecho. Y vaya si tenía razón el doctor. «Me siento mucho mejor, doctor. Cada vez que acabo con uno de ellos es como si... como si le absorbiera la vida.»

—Gracias —susurró el hombre, atónito. Acababa de ver cómo aquella mujer delgada y no demasiado alta, sin facciones de consideración, ni guapa ni fea, con un pelo como el de tantos millones de americanas, acababa en un par de envites con el monstruo que había asesinado ya a sus dos hermanos y a su amigo Joe. El jodido Joe, que había ahorrado durante tres años y se había comprado de segunda mano el peor Lexus que se hubiera fabricado nunca, pero un Lexus, al fin y al cabo. Muerto.

Liz no dijo nada. Se dirigió hacia la puerta de la casa sin pensar en gran cosa. Algo le decía que podía suponer una diferencia. Una gran... gran diferencia.

Y no se equivocaba.

Liz Sheehan, el Mito, acababa de nacer.

6

No tuvieron que andar demasiado. Jason se sorprendió cuando, después de solamente tres minutos, llegaron a una carretera. Liz se movía entre los árboles, por cierto, con una soltura y un silencio sepulcral, como si no pesara nada, como si fuera ingrávida. Detrás de ella, aun cuando se esforzaba por no hacer ruido y pisar justo por donde Liz acababa de pasar, Jason se sentía como un toro en una cristalería. Las ramas se quebraban bajo sus pies, hacían susurrar las hojas, denunciaban su avance con cada paso, y estaba cada vez más irritado.

A veces, Liz se daba la vuelta y le dedicaba una mirada llena de reproche. ¿Cuánto debía de pesar ella? ¿Cuarenta y cinco kilos, tal vez?

Pero la carretera estaba allí, sin duda, y más allá había un edificio que Jason reconoció como la sala de control de la pequeña central de energía eléctrica que había al lado. Una estación de apoyo de apenas treinta metros cuadrados,

probablemente construida para dar cobertura a las casas de la zona, demasiado aisladas como para estar conectadas al fluido central. Jason sintió curiosidad. Bajo la lluvia, el edificio se veía como un bloque de hormigón ceniciento y deslucido, sin ventanas, con una única escalera de tosco acabado que llevaba a una rudimentaria puerta metálica. La lluvia había dibujado en el cemento estelas negras que cubrían la fachada desde el tejado liso. Olía a moho y a cemento mojado.

Liz lo miró y le hizo una señal con la mano, indicando que guardara silencio.

Jason asintió.

Señaló su arma y negó con la cabeza.

Jason volvió a asentir.

Nada de ruidos de disparos. *Roger roger* .

La mujer miró a uno y otro lado y empezó a cruzar la carretera. Mientras lo hacía, sacó un machete de debajo de la ropa. Jason se sorprendió; el tamaño de la hoja era comparable al de un antebrazo. Le resultaba difícil imaginarla imprimiendo la fuerza necesaria para hundir semejante arma en el cuerpo de un vampiro, pero a esas alturas, Jason empezaba a intuir que era exactamente lo que aquella mujer pretendía: hacerle una demostración de que sus palabras no eran vanas. Mientras cruzaba, Jason tuvo serias dudas de que seguirla fuera lo más cabal. Si en aquel edificio había vampiros, aquella loca iba a ponerlo en una situación muy comprometida.

Consideró detenerse y dar la vuelta. Era, sin duda, lo más sabio. Volver con el resto y tratar de garantizar un paso franco hacia el este. Tenía que hacerlo, no solo por él, sino también por el chico. El chico era el que más lo preocupaba. Se merecía tener una oportunidad.

Pero justo cuando estaba a punto de detenerse, Liz se acercó a la escalera y trepó sin usar los escalones; solamente extendió el brazo hacia arriba, se agarró a la barandilla y ascendió como una prodigiosa bailarina, con un simple movimiento tan rápido como grácil. Al segundo siguiente, estaba agazapada junto a la puerta. Jason levantó una ceja.

A la derecha había una furgoneta blanca. En el lateral se leía SERVICIOS ELÉCTRICOS ALFRED E. NEWMAN, pero las puertas de atrás estaban abiertas y el interior era de una oscuridad procelosa que lo cautivó durante un par de segundos. Era un punto ciego, desde luego; allí podía esconderse alguien, alguien que estuviera mirándolo o incluso apuntándolo sin que lo supiera. ¿Era una mala idea? Lo era. La mujer ni siquiera parecía haber considerado esa

posibilidad. No tenía el entrenamiento adecuado, esa era su conclusión, pero cuando volvió a mirarla descubrió que había abierto la puerta y que esta se presentaba como la boca de un pozo ciego lleno de penumbras amenazadoras, y ella había desaparecido en el interior.

—Joder —masculló.

Cómo había abierto la puerta metálica tan rápido no podía ni imaginarlo.

«Tiene una llave —se dijo—. Tiene una llave y te está llevando donde están sus compinches. Quieren tu arma, quieren tu munición, tu reloj y... —Abrió mucho los ojos, como si comprendiera de repente—. Quieren tu móvil por satélite, maldito imbécil. Tu equipo. Hasta tus puñeteras botas. Te has dejado embaucar como...»

Del interior del edificio le llegó un sonido inconfundible. Un gruñido. Jason se paralizó, alerta y atento. No era el gruñido de un animal, de un perro o de un lobo, era ese tipo de gruñido humano que cabalga entre lo que una garganta humana puede producir y algo más profundo, terriblemente antiguo: sonidos que hacía decenas de milenios que no se oían bajo el cielo del planeta. Vampiros. Hasta le parecía oler el tufo inconfundible a menta escapándose por la abertura de la puerta.

Ni siquiera tuvo tiempo de decidir nada. Varios ruidos diversos llegaron desde el interior, pero Jason no pudo decir a qué correspondían. Ruido de pasos, un golpe seco o dos, algo que parecía un gemido...

Esa mujer. Esa loca mujer.

Jason no pensó ni un instante en escapar. Pudo haberlo hecho, haberse retirado al bosque y dejado a aquella loca con sus sueños desquiciados de matar vampiros, pero en lugar de eso, subió por los escalones con pasos cuidadosos mientras insertaba la linterna en la parte metálica del fusil. Cuando llegó arriba, se colocó ante el umbral con un movimiento rápido, y el haz de luz iluminó el interior.

Primero vio a la mujer. Estaba en el centro de la sala, con las piernas ligeramente entreabiertas y la hoja del machete brillando en su mano, cerrada en un puño alrededor del mango. Luego vio los cuerpos en el suelo. Dos a un lado, uno más allá. Y al fondo, una mano cercenada ya convertida en la garra atroz que solo los vampiros tenían.

Jason pestañeó un par de veces, moviendo el haz de un lado a otro. Nada más se movía. Nada producía ruido alguno. Solo estaban ella y los cuerpos.

Y olía a menta. A cuarto antiguo de farmacia. Atufaba al olor característico de los vampiros.

La mujer se agachó y empezó a limpiar la hoja del machete con la ropa de uno de los cadáveres. Del cuello del cuerpo caído brotaba un pequeño manantial de sangre.

La mujer se volvió para mirarlo.

—Ya está —dijo.

—Ya... ¿está?

—En realidad era una doble prueba —dijo ella.

Jason no dijo nada, intentando comprender sin conseguirlo.

—Quería saber si saldrías corriendo —confesó ella—. No voy a tener de compañero a alguien que sale corriendo.

Avanzó hacia él y Jason se apartó instintivamente para que pudiera pasar. Se pasó el antebrazo por la cara para retirar la lluvia antes de echar otro vistazo al interior. Al fondo de la sala, clavado en la pared, había un cuarto cuerpo. Lo había clavado con un perno de ballesta que asomaba como un signo de exclamación entre sus ojos.

«Una doble prueba», pensó.

A Josh le iba a encantar aquel misterio de mujer.

No dijo nada, pero la siguió de vuelta al bosque.

Capítulo 7

OTRA VEZ MENOS



1

El amanecer.

Ray abrió los ojos como si sus ciclos vitales estuvieran sincronizados con los ciclos orbitales de los planetas, justo cuando el cielo empezaba a clarear por el este. Sin embargo, aquel día, la luz era en verdad muy pobre. Por unos segundos, Ray se preguntó si realmente estaba amaneciendo o se había despertado durante el sueño. Eso no ocurría desde hacía décadas, pero ¡qué demonios!, demasiadas cosas estaban ocurriendo que no habían pasado nunca.

Se incorporó en su cama y miró por la ventana.

No, definitivamente empezaba a amanecer, pero el cielo seguía cubierto de nubes oscuras, tan densas y negras que Ray pensó que iba a caer el puñetero diluvio universal.

La lluvia no le importaba; podía manejarla. Como técnico de alta tensión había trabajado muchísimas veces bajo la lluvia. Incluso podía ser una ventaja si llovía con la suficiente intensidad como para hacer que la visibilidad a poca distancia se fuera a la mierda; lo mantendría oculto mientras conseguía lo que necesitaba. Había mucho que hacer. Lugares que visitar. Necesitaba herramientas y cosas para reforzar las puertas: unas cuantas barras metálicas, por ejemplo. Y aprovecharía el viaje para traer agua y comida. La comida estaba ahí, en los viejos supermercados y en lugares como gasolineras, pero no duraría eternamente. Alguien podía venir a por ella y llevársela, y entonces... Bueno,

entonces tendría un problema. Tendría que ir más lejos, o mudarse a otro sitio, y había trabajado mucho y muy duro para asegurar su refugio.

Su refugio. Suyo. Y de nadie más.

Miró otra vez por la ventana.

Definitivamente iba a caer una bien gorda, a juzgar por el cielo. No podía estar más negro.

Pensó brevemente en dejar la expedición para el día siguiente, pero no hacía ni dos días había visto un grupo de coches en la carretera: un *jeep* y otro modelo, extranjero, cuya marca no había reconocido. No había forma de saber si eran supervivientes o unos de esos hijos de puta simpatizantes de los vampiros que trabajaban a sus órdenes, pero en ambos casos, esos dos grupos de personas necesitaban agua, comida y, muchas veces, medicamentos. Pensar que podían adelantarse y llevarse sus cosas... ¡sus cosas! lo hizo saltar de la cama y coger su rifle de caza.

El amanecer, carajo. El puñetero amanecer. Esa era una regla que podía manejar tan bien como la lluvia. No le importaba acostarse antes de que se ocultara el sol y pasar la noche a oscuras y en silencio, como un topo en una llanura abarrotada de depredadores, si podía salir durante el día para hacer sus cosas. La gente era estúpida. Los americanos lo eran. Habían rendido el país a una circunstancia que podía manejarse con un poco de cuidado, porque había reglas, y cuando se conocían las reglas, podían gestionarse. Uno se ocultaba de noche y luchaba de día. ¿Qué era tan difícil de entender? ¿Qué habían estado haciendo los americanos durante los días que habían seguido a las noches, desde que empezó todo? Ni lo sabía. Su mierda de infección había saltado la frontera como una navaja de *boy scout* hace saltar la tapa de una lata de anchoas y había conseguido joder a todo Canadá.

Ray tenía un plan. Hacer acopio de alimentos y construir una red de puntos seguros, poco a poco, que lo llevaran lentamente hacia el norte. Al Yukón, donde la nieve y el frío mantendrían a los vampiros alejados. Viviría allí donde nadie quería vivir, y era posible que en un sitio así pudiera incluso recuperar las noches. Sí. Seguro. «¿Lo veis, idiotas? —pensó—. Ray piensa. No como vosotros. Ray sabe hacer las cosas, porque Ray se ha leído todo lo que había que leerse sobre supervivencia zombi, y joder, es más o menos lo mismo, solo que durante el día esos monstruos se esconden. Es incluso mejor. Coño.» Si esos chupatintas del gobierno hubieran tenido dos dedos de frente, lo habrían llamado a él para diseñar un plan de resistencia. Consultor de Emergencia. Algo así. Y le habrían dado pasta, y una casa segura dondequiera que estuvieran los peces

gordos escondidos, porque en alguna parte había sitios seguros donde estaban los peces gordos del país, de eso no tenía dudas. ¿Cómo se llamaba el idiota que había inventado Facebook? Suckerberg, o algo así. Pues ese tipo estaba en el sitio seguro. Y los deportistas de élite de la Superbowl. Y el tipo musculoso que hizo de Conan y que luego acabó siendo político; ese estaba en el sitio seguro, tomando un mojito y tocándose los cojones con las dos manos. Y ni siquiera era americano. Puto país.

Ray se dirigió hacia la puerta, entretenido con sus recurrentes reflexiones, y la abrió retirando poco a poco los refuerzos que había ido añadiendo con el paso del tiempo. La luz del día, aunque tenue, entró en la habitación.

Ray se encontró con un hombre.

Se quedó clavado, sobrecogido y sorprendido.

No era realmente un hombre; podía verlo en sus ojos. Pudo verlo aun antes de que su boca se agrandara de una manera imposible, estirándose hacia las orejas, mucho antes de que los dientes crecieran de manera notable convirtiéndose en una ristra infame de pequeños cuchillos blancuzcos, casi transparentes por los bordes, produciendo un sonido sibilante.

«Jesús, los dientes», pensó, sintiendo que las pelotas se le encogían.

Y luego pensó: «Las reglas. Las reglas, joder, las reglas...»

Porque era de día. Lo era. Y aquel monstruo estaba plantado allí en plena calle, bajo la luz del sol. Habían tenido días grises y cielos encapotados, y los vampiros habían seguido dormidos en sus agujeros. No podía estar allí. No podía...

—No, espera... —graznó.

El vampiro se lanzó hacia él.

«Las reglas —pensaba mientras el vampiro subía y bajaba la cabeza sobre su cuello, dando dentelladas atroces que le arrancaban trozos de carne—. Las reglas, las... re... glas. Las. Geg. Aask.»

2

Jason se sorprendió cuando descubrió que empezaba a haber luz otra vez. ¿Tanto habían tardado en atravesar el bosque? ¿Tanto tiempo había pasado desde que encontró la cabaña y vivió el episodio de la central? ¿Tanto? Habían andado un buen trecho, eso sin duda, y aunque admitía haber estado ensimismado tratando de poner en orden sus pensamientos, ni por asomo habría pensado que les hubiera llevado tanto tiempo.

Eso le dijo que...

Le dijo que estaban perdidos.

—Espera —dijo volviéndose hacia Liz—. Creo que nos hemos perdido.

—Empezaba a parecérmelo —respondió ella.

—Maldita sea —exclamó—. Ya deberíamos haberlos encontrado.

Liz no dijo nada.

—Vamos a... volver sobre nuestros pasos. Quizá ahora, con luz, sea distinto.

—Como quieras —dijo Liz.

En ese momento, el teléfono móvil de Jason empezó a sonar.

Jason lo sacó con movimientos rápidos y nerviosos. Solo podía ser una persona.

—Wein —dijo.

—Jason. ¿Cómo estáis? —preguntó el general al otro lado. El sonido era de mala calidad, como enlatado.

—No tengo buenas noticias, general. Hemos sufrido muchas bajas.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Cuántos sois ahora?

—Solo dos, general.

—Solo dos —susurró el general con auténtico desánimo.

—Algo me dice que tenía planes para nosotros. General... ¿qué está pasando?

—Solo dos. Dios mío.

—¿Qué es... esta tormenta? Apareció ayer, de la nada. ¿Sabe algo de la tormenta, general?

—¿La tienes encima, Jason?

—Justo aquí. Llueve como ceniza. Y, general, los vampiros...

—Están despertando. Lo sé. Jason, tenéis que abandonar la tormenta.

—¿De dónde ha salido?

—Han sido ellos. Al desenterrar a ese vampiro, uno de los Nueve, la tormenta apareció. Sin duda está relacionado. Jason, ¿qué os pasó? ¿Cómo has perdido a todos los hombres?

—Ya no éramos muchos, general —explicó Jason—. Pero la tormenta nos ha cogido por sorpresa. Contábamos con el día para avanzar y escondernos, como siempre, pero... salieron de todas partes a nuestro alrededor. Los perdí ayer. Ayer mismo.

—Contaba con vosotros para afrontar el problema.

—¿Qué misión tenía para nosotros, general?

—Ir a la fuente de la tormenta, Jason. Ver qué ocurre.

Jason pestañeó.

—Pero... acaba de decir que nos alejemos...

—Porque ya no hay nada que hacer —explicó el general—. Buscaré otros recursos. Tengo una reunión importante con gente en el poder, y me refiero al poder de verdad. Si alguien puede hacer algo, son ellos. Lo mejor que podéis hacer tú y tu hombre es alejaros. Me encuentro en Herchmer, cerca del Parque Nacional de Wapusk, al este de Canadá, junto a la costa. Aquí hay un sistema de barcos que todavía funciona y nos une con Europa. Trata de llegar hasta aquí, Jason.

—Pero general, aún podemos...

—¿Ir a la tormenta? No, Jason. Solo dos hombres sería una locura. Solo nos cabe... esperar un milagro.

Jason alzó la mirada. Liz estaba allí, mirándolo. Había estado escuchando la conversación, perfectamente audible en el silencio del bosque.

—Un milagro, o una mujer —dijo Liz.

—Eh... general —dijo en un tono quedo—. Creo que, a pesar de todo, podemos intentarlo. Es posible que tenga aquí el... milagro que estaba esperando.

—¿A qué se refiere? —preguntó el general después de un instante de silencio.

Jason no contestó inmediatamente. Seguía mirando a Liz mientras pensaba en cómo se desarrollaban a veces las cosas. En el proceloso devenir del destino, cuando los problemas estallaban de repente y las cosas se torcían, la balanza cósmica del equilibrio engendraba, súbitamente, una solución. Y esa solución, ese equilibrio del desequilibrio, tenía un rostro americano sin ningún rasgo reseñable, un cabello rubio recogido en una coleta y una mirada inexpresiva. Y la tenía delante.

—Creo que aún podemos matar a unos cuantos vampiros, general. O, mejor dicho, creo que ahora... ahora es cuando podemos hacerlo. Ahora sí.

3

Habían vuelto sobre sus pasos, tratando de encontrar al resto del grupo. Jason pensaba en la conversación que acababa de tener con Wein, y Liz parecía animada de nuevo. Los dos habían coincidido en que viajar hacia el este era un peligro innecesario; demasiados días, demasiado tiempo, cruzando por zonas que

los vampiros estaban ocupando rápidamente. «Están viajando hacia aquí, Jason, hacia Canadá. Se movilizan en masa. Llegar hasta aquí va a ser un infierno.» Y ellos, además, ya estaban dentro de la tormenta. Tenían una posición privilegiada; solo tenían que moverse hacia el noroeste y tratar de averiguar qué ocurría. «Estamos a ciegas, Jason. No quiero que salve el mundo usted solo. Esa no es su misión. Solo se trata de reunir información. Averigüe qué ocurre, escúrrase entre ellos. Cuénteme qué ve, qué hacen.» Jason había dicho que sí, que lo intentarían; que tratarían de llegar tan lejos como pudieran y que lo informaría, si podía, cuando tuviera ocasión.

—Mira —dijo Liz de repente. Estaba acuclillada en el suelo y observaba las hojas.

Jason se acercó, curioso.

—Aquí ha dormido alguien —siguió diciendo ella—. Las hojas están aplastadas, y algo ha absorbido parte del agua o ha impedido que el suelo se moje. Ropa.

—Ya lo veo —dijo Jason.

—Y ahí —dijo Liz señalando un árbol—. Ahí se ha apoyado alguien. El tronco está más seco por ese lado. Deja una forma reconocible, ¿lo ves? Una espalda.

—Sí —asintió Jason pensativo—. Creo que este es definitivamente el lugar donde los dejé, aunque aquí todos los sitios se parecen. Pero si estaban aquí... ¿adónde han ido? Puede que hayan ido a buscarme...

—O puede que algo los pusiera en movimiento —dijo Liz.

Jason la miró, lúgubre.

—Un momento —dijo ella, andando unos pasos más allá.

—¿Qué ocurre?

Liz examinaba el suelo.

Levantó la cabeza y lo miró con una expresión difícil de precisar.

—Aquí hay sangre —dijo.

El viento hizo que se movieran las copas de los árboles, produciendo una melodía fría y gris.

Luego... luego vieron los cuerpos.

A Jimmy le hubiera gustado escribir en su diario. Tenía cosas que contar, pero, sobre todo, necesitaba contarlas. No era tanto por el hecho de dejar constancia de

lo que estaba ocurriendo; hacía tiempo que pensaba que algún día alguien les daría caza y eso sería todo. Su mochila y el diario se quedarían tirados en el suelo sin que a nadie le importara lo más mínimo, y permanecerían allí durante mucho más tiempo del que se aventuraba a calcular. No escribía para contar al mundo lo que ocurría, escribía porque se había convertido en una especie de terapia de pura salud mental. Cuando volcaba sus palabras en el diario, las ordenaba de alguna manera, y emergían sentimientos que apenas había puesto en orden en su interior. Su diario era una válvula de escape en una olla a presión que pitaba de forma amenazadora.

Pero no solo se lo impedía la lluvia; tampoco veía mucho, o casi nada.

Miró a Laura, aparentemente dormida. Un fardo apenas reconocible tirado en el suelo. ¿Cómo podía dormir?, ¿cómo? Ni aunque estuviera tumbado en la confortable cama de un hotel de cinco estrellas con un buen fuego ardiendo alegremente en un precioso hogar creía que fuese capaz de pegar ojo.

Sonia dio un respingo a su lado, como si hubiera caído de repente en el sueño y se hubiera despertado sobresaltada. Su cuerpo y su mente estaban alerta. Consciente o inconscientemente, no tenía intención de dormir, pero el cuerpo exigía un respiro, con vampiros o sin ellos.

—Jimmy, duerme un poco —susurró, con la voz ronca por el sueño, y luego añadió—: Y no te mojes.

Jimmy no tuvo tiempo de contestar. Al instante siguiente, Sonia dejaba caer la cabeza a un lado. La boca abierta hacía evidente que había vuelto a caer en el sueño.

La miró por unos instantes. No quería que le pasara nada. No quería. Le hubiera gustado tener un cuerpo de hombre adulto para poder coger un rifle y cuidar de ella. Como los soldados, como Gutiérrez y los otros. Aunque ellos no habían podido hacer gran cosa por salvar sus propias vidas cuando los vampiros atacaron, era muy consciente de que sus disparos les habían dado el tiempo necesario para salvar a los demás. Jared seguía allí, y también Laura y Pip, y Adam, por cierto. Seguían vivos porque los soldados no habían dejado de disparar.

Y él seguía vivo porque Jared había pensado en él antes que en su propia seguridad.

Jared podía ser un bravucón y un deslenguado, como decía Adam, pero tenía buen fondo. Solo...

«Solo está enfadado —pensó—. Está enfadado por la frustración, eso es todo. Mañana será diferente». Sonia y Jared continuarían como habían estado

siempre, y juntos afrontarían el problema. Ya habían escapado de demasiadas cosas como para pensar que ahora podría ser diferente. Lo conseguirían, sin duda.

Jimmy hurgó en su mochila y sacó el Darth Vader que le habían regalado en Navidad. Se veía diferente. Inmóvil. Lo había visto en acción, en las películas, pero ahora se había quedado congelado, quieto en el devenir del tiempo, como todo lo demás. Era todo un símbolo, desde luego, de las cosas que podrían haber desaparecido ya, tal vez para siempre. Gente que inventaba historias, gente que las convertía en realidad, gente que las disfrutaba y adornaba sus vidas con ellas, soñando con mundos remotos, con cosas fantásticas, historias que hacían que sus vidas cobraran algo de color. Pero ahora ya no se movía. Ya no. Lo miraba desde el plástico rígido en una pose eterna y parecía decir: «Se acabó, Jimmy, viejo amigo. Se acabó».

Jimmy negó con la cabeza, dos lágrimas brotando de sus ojos y confundiéndose con la lluvia, como el replicante de otra película que también se había quedado inmóvil en el tiempo. Otra historia que jamás continuaría. Probablemente.

—No... No... quiero —susurró.

Un ruido a su espalda lo hizo girarse bruscamente.

Había sido un crujido, apenas un crujido, y tal vez lejano. Era, por supuesto, imposible decirlo. Pero un crujido, al fin y al cabo. Jimmy pensó en animales salvajes que salían de noche a cazar, pero también en vampiros. Por supuesto que pensó en vampiros.

Se quedó mirando la oscuridad del bosque, intentando ver u oír algo. Una sensación lo hizo volverse otra vez.

Era Josh, que se había quedado de guardia. Estaba junto a él con una mirada inquisitiva, pero no dijo nada. Jimmy comprendió. Señaló su oreja y apuntó a la distancia.

Josh asintió, complacido de que el chico no hubiera abierto la boca. Era un chico despierto, eso seguro.

Echó un vistazo a la oscuridad. Arbustos, maleza, algunos troncos húmedos... La lluvia parecía haber disminuido a un chirimir que apenas se sentía pero que empapaba igualmente.

Se quedó quieto un buen rato, mientras Jimmy guardaba su figura de Darth Vader en la mochila, haciendo movimientos mínimos, silenciosos, intentando escarbar en el silencio. Era curioso cómo funcionaba el oído. Ahora que prestaba atención podía oír el sonido de la lluvia discreta contra las hojas, el frufrú de un

viento suave en las copas de los árboles, el susurro inexplicable de la vida del bosque bajo y sobre las hojas.

Y otro crujido.

Josh preparó el arma en posición de disparo.

Silencio.

Jimmy podía sentir la inquietud en la nuca, como una mano gélida que empezara a trasladar el frío de su contacto por el resto del cuerpo. Y eso lo preocupó. Lo preocupó porque Jimmy no daba por hecho que el sonido fuera algo necesariamente peligroso; más bien lo contrario. Lo preocupó porque la sensación en sí le advertía de que el sonido era, o podía ser, algo.

Inquieto, buscó la mirada de Josh, pero esta la mantenía clavada en la oscuridad, el cuerpo congelado en su sitio, como una estatua. Jimmy pensó en los perros que marcan el rastro de una presa a sus amos.

De repente, vio cómo su rostro se transformaba sutilmente. Estaba serio, sin duda, pero algo en sus ojos cambió de manera casi imperceptible pero clara. Y lo supo. Supo que venían problemas. Josh no tuvo que decir nada; Jimmy alargó la mano sin mirar y tocó la cara de Sonia, que empezó a revolverse, inquieta. Cuando la miró, clavó sus ojos en ella. Su expresión era inconfundible. Sonia, aún adormilada, percibió el terror en ellos.

Miró a Josh. Estaba haciendo gestos mínimos con la mano para que se pusieran a su espalda, sin mudar la expresión. Lo que fuera que acechaba ahí, entre los arbustos y la oscuridad, estaba cerca. Muy muy cerca.

Jimmy y Sonia se movieron casi al unísono, sin atreverse a incorporarse. Caminaron en cuclillas varios metros hasta ponerse detrás de Josh, y se quedaron quietos, inmóviles, los ojos muy abiertos, intentando escudriñar la oscuridad. Sin embargo, si había algo ahí, no podían verlo. Lo que fuera que Josh hubiera percibido no estaba aún a la vista.

Un sonido repentino los hizo volverse dando un respingo. Era Pip, que había estado dormitando, inquieto e incómodo, y había observado la escena con los ojos entrecerrados.

Pip hizo un gesto con los hombros: «¿Qué pasa?». Sonia se llevó un dedo a los labios y luego señaló a Josh. Pip comprendió al instante. Algo iba mal. Mientras estaba sentado junto al tronco del árbol había estado pensando en las capacidades de los vampiros, y sobre todo, en su aspecto animal. Cuando se movían a cuatro patas, corriendo veloces, era como si hubieran recuperado viejos comportamientos ancestrales y dejado de lado su aspecto más humano. ¿Y si habían recuperado también otros aspectos largamente olvidados en la

evolución del hombre en el planeta? Cosas como el olfato. Se preguntó si los vampiros podían hacer uso de una especie de olfato hiperdesarrollado que les hubiera permitido seguirles el rastro después del incidente con el camión, a través del bosque, incluso lloviendo. Un rastro sutil pero inequívoco a carne humana, a sangre corriendo por las venas, a sudor, a miserias humanas, que ellos pudieran rastrear y perseguir avanzando con rapidez entre los arbustos, moviéndose a velocidades impensables para un hombre común. Se preguntaba si realmente podían, y ese pensamiento volvía ahora con fuerza. Si podían, era posible que estuvieran allí, terminando de seguir el rastro, uniendo las últimas piezas del puzzle. Un rastro más reciente, más condensado, porque llevaban allí un tiempo. Un rastro.

«¿Pueden?»

Tuvo miedo.

Frunció el ceño y se agachó junto a ellos para observar, pero no podía dejar de mirar a Laura, a Jared y a Adam alternativamente. Parecían dormidos. Si lo estaban, debía avisarlos de alguna manera. Si los atacaban mientras estaban dormidos, con el cuerpo frío y rígido por la lluvia, tardarían en reaccionar y no podrían salir corriendo, si había que hacerlo. Los cazarían.

«Jason, Jason, Jason. ¿Dónde estás?»

Josh seguía en silencio. De vez en cuando levantaba su arma y miraba por la mirilla, a un lado y a otro. El silencio era tan profundo que a Sonia le llegaba el sonido de la respiración de Josh, pausada y rítmica, como el de una maquinaria de precisión.

Pasaron unos interminables segundos. Dos. Cinco. Siete segundos. El tiempo discurría con lentitud, como arrastrándose, mientras la lluvia, ahora más pausada, añadía una cierta melodía a la escena. Sonia buscó la mano de Jimmy y la cogió entre las suyas. Estaba húmeda y fría y tenía los dedos resbaladizos, pero se los apretó igualmente. Quería decirle: no tengas miedo. Quería reconfortarlo y hacerle sentir calor humano por si... por si las cosas se torcían mucho y ese era el final de su periplo. Quería hacer que esos últimos instantes contaran. Pero era ella la que tenía un miedo atroz, para empezar, y descubrió que era ella la que necesitaba el contacto de la mano de Jimmy, así que no pudo decir nada. Y no pudo, en parte, porque la mandíbula estaba empezando a temblarle de puro terror; aunque hubiera querido, tenía la voz estancada en el pecho. Era por la espera. La espera la hacía pensar con rapidez e imaginar cien finales horribles. La escena del camión era, además, demasiado reciente. Había visto a los soldados caer como si fueran moscas, apartados a un lado por

manotazos inevitables de garras terribles que perforaban sus cuerpos como si estuvieran hechos de mantequilla, como si fuesen grasa de asado, aun cuando ellos tenían armas de fuego y las habían usado sin medida. No había servido de nada. ¿Qué harían aquellos monstruos con ellos?

Recordó al *sheriff* Buchanan de Hillsdale. O mucho se equivocaba, o ella había visto el primer puñetero caso de infección en América. El primero. Pero no estuvo allí para hacerle frente. Decidió coger al chico e irse de aventuras a la base militar para... ¿para qué, exactamente? Para husmear. Husmear siguiendo una corazonada extraña que, aunque resultó ser cierta, no le sirvió de nada. Pudo haber estado allí, en Hillsdale, luchando con sus compañeros, y pudo haber supuesto, quizá, una diferencia. Pero no lo hizo. Y ahora estaba allí, y el ritmo, la cadencia de acontecimientos y hasta la banda sonora de la lluvia parecían indicar que la película tocaba a su fin. Era...

Era la hora de pagar por no haber estado en su puesto.

«No va a acabar bien —se dijo—. Es una película dramática y no va a...»

De repente, sin ningún aviso, Josh disparó.

Fue una ráfaga completa. El fogonazo de los disparos iluminó brevemente la escena, como los *flashes* repentinos y furiosos de un elenco completo de cámaras fotográficas. Sonia dio un respingo y apretó la mano de Jimmy, súbitamente sobrecogida. Había estado esperando ese momento contando los segundos. Dos. Cinco. Siete. Diez. Pero ahora que estaba ocurriendo, tardó en reaccionar.

Jared se incorporó de un brinco. Había conseguido quedarse dormido con la escopeta entre las manos, y su reacción, al levantarse con los disparos, fue disparar al aire y gritar con toda la fuerza que pudo.

Jimmy sacó su pistola. Había tenido la mano puesta sobre ella en todo momento, y la esgrimió ante él con un movimiento rápido. De repente, respiraba rápida y fatigosamente. Una mano se colocó sobre la pistola y se la quitó sin que se diera apenas cuenta. Era Sonia. Sonia había cogido la pistola y lo miraba con una expresión seria y al mismo tiempo consternada. Parecía decir: «Un arma no es algo para un chico de tu edad, Jimmy, por mucho que diga Kirk Douglas».

El tacto de la pistola fue como un bálsamo para ella; la hizo recordar. Recordó que era agente de policía en Hillsdale, y que lo era todavía hasta que no recibiera una carta oficial de destitución. Lo era. Policía. Y había recibido instrucción especializada sobre el manejo de armas de fuego en situaciones de combate real, con más de trescientas horas de práctica en la galería y varias situaciones de peligro en la calle. Y Jimmy, a pesar de la confusión, la miró

agradecido. No dijo nada. No hubo tiempo. Pero Sonia comprendió.

Se puso de pie, extendió la pistola delante de ella e intentó descubrir dónde estaba el problema.

La oscuridad, sin embargo, era tan completa como antes.

Josh había dejado de disparar. Seguía en la misma postura, el cañón de su arma apuntando al frente, pero ahora miraba muy quieto hacia delante.

—¿Qué pasa? —preguntó Sonia.

—Calla —le espetó Josh.

—¡La puta que os requeteparió! —gritó Jared a su espalda—. ¿A qué cojones estáis jugando ahí delante?

Josh volvió la cabeza para hablar durante apenas un instante.

—¡Manténgase en silencio!

—¿Que me...?. ¡Que te jodan! —gritó Jared.

—¡Cállese! —graznó Josh.

Jimmy se levantó y se puso delante de Jared con una mirada llena de súplica. Jared se quedó mirándolo, su estúpido mechón de pelo a lo Tintín mojado por la lluvia. No tuvo que preguntar nada. Sabía lo que el chico quería decirle. Le estaba diciendo: «Compórtate, por favor». Jared apretó los dientes. El chico tenía una habilidad innata para tocarle los huevos, sí, pero también sabía cómo atárselos y hacer que se los guardara en un pañuelo en el bolsillo.

Laura y Adam también volvieron a la vida; Laura poniéndose en pie como si fuera una niña de ocho años acostumbrada a tirarse por el suelo y levantarse sin dificultad.

«Ya está —se dijo Jimmy, sin darse tiempo a mirar atrás—. Josh ha disparado y ha acabado con la amenaza. Estamos bien. Lo estamos. Estamos todos bien y...»

Jimmy tuvo tiempo de mirar a Adam antes de que la recobrada tranquilidad se dislocase otra vez. Lo vio cansado, incorporándose muy lentamente, abatido y con aspecto de estar intentando controlar la tos. La lluvia y la humedad habían hecho estragos en él. ¿Cuántos años tenía, al fin y al cabo? ¿Cincuenta, cincuenta y cinco? Tal vez un poco más. A Jimmy le resultaba difícil calcular la edad de la gente mayor, porque cada uno llegaba a esas edades como podía: unos mejor, otros peor. Pero Adam, con el puño cerrado cerca de la boca, parecía haberse emplazado en los sesenta y muchos, tal vez incluso un poco más, y desde luego parecía como si necesitara echar los pulmones por la boca.

Fue entonces cuando llegó el aullido.

Jimmy se volvió como si todo el bosque se hubiera quebrado por la mitad,

mostrando un pozo oscuro y aciago al fondo del cual se divisaba lava que subiera en erupción. Pero no era lava, sino una forma abominable que se movía en zigzag hacia ellos. Podía verla porque llevaba una camisa blanca que ofrecía un alto contraste con las tinieblas del bosque.

Josh disparó otra vez. El sonido explotó en la quietud del bosque, y Sonia se unió a él. Sus disparos sonaban como los balines de la pistola de juguete de un niño.

—¡Perímetro, junto a mi! —gritó Josh.

—¡Y una mierda! —exclamó Jared.

—¡JARED! —gritó Sonia.

La forma se movió ahora de izquierda a derecha, corriendo de árbol en árbol. Lo hacía a gran velocidad, moviendo los brazos de una manera que a Jimmy le trajo recuerdos del T-1000 de la película *Terminator*. Jimmy divisó una lluvia de sangre escapando de su hombro mientras se movía. Josh parecía alcanzarlo con cada ráfaga, pero eso, desde luego, no lo frenaba.

—Joder —exclamó Josh—. ¡Junto a mí, todos!

Laura empezó a acercarse a ellos, pero mientras lo hacía vio a Adam moviéndose con lentitud. Avanzó hacia él para ofrecerle ayuda.

Otra ráfaga. La forma había dejado de saltar de tronco en tronco y se movía con rapidez hacia la derecha. Josh giró sobre sus pies sin dejar de apuntar y disparar. Sonia intentaba apuntar a la cabeza, pero cada vez que corría parecía cambiar su postura: a veces encorvado, a veces casi a cuatro patas. No consiguió fijar su blanco.

—¡Sonia, a mis nueve!

Sonia giró para cubrir el ángulo que le indicaba. Sus ojos se abrieron aún más, sobrecogidos por el terror. Josh tenía razón. Desde esa posición divisó movimiento, aún lejano y difuso, pero movimiento, sin duda. Varios cuerpos corrían hacia ellos por el bosque.

Y ella tenía...

Tenía una pistola.

Con solo Dios sabía cuántas balas.

Una pistola y nada más.

—Oh, Dios —susurró. Pero disparó, no obstante, sin apuntar, porque... porque era lo único que podía hacer ya. Porque, en algún lugar de su corazón, sabía que ese era el final. Lo era.

Así que pensó en Jimmy, y disparó.

El vampiro dejó de dar vueltas alrededor de ellos y aprovechó el tronco de

un árbol cercano para dar un salto: una figura encamisada, el cabello espeso y revuelto en una cabeza coronada por una máscara de terror espantosa, evolucionando por el aire. Josh disparó, pero apenas unos pocos disparos lo alcanzaron en el costado. La camisa tremoló por efecto del movimiento, pero también por los disparos, y el vampiro cayó al suelo, dio dos volteretas sobre sí mismo y consiguió impulsarse hacia Laura y Adam. Laura estaba ayudándolo a caminar; le había pasado una mano por encima de los hombros y trataba de mantenerlo erguido. El vampiro los lanzó a los dos al suelo. Josh no pudo seguir disparando, ni podía perder el tiempo en correr hasta allí. No había tiempo de nada. Sabía que venían más vampiros y que Sonia solo contaba con una pistola, así que se volvió y empezó a disparar contra los monstruos que venían por el bosque. Si hubiera hecho otra cosa, habría tenido a los vampiros echándole el aliento en el cuello en unos pocos instantes. Laura y Adam, por el momento, tendrían que apañárselas solos.

Sonia vio un cuerpo caer. Josh había alcanzado a uno en la cabeza. La cara se hundió de repente hacia dentro, los ojos saltaron despedidos y se perdieron en la oscuridad. El cuerpo cayó hacia delante y describió una serie de vueltas sobre sí mismo, empujado por la inercia de su propio movimiento.

Sonia sintió alivio. Si Josh estaba ayudando, tal vez hubiera aún una oportunidad. Apuntó con cuidado y trató de acertar a uno de los monstruos, que se acercaba ya con la boca monstruosa, una sima nauseabunda que era un corte horizontal de oreja a oreja. El disparo se perdió en su interior y abandonó el cuerpo por la parte de atrás. El vampiro se llevó las manos a la boca, como un niño al que le duelen los dientes, y empezó a dar vueltas sobre sí mismo. Sonia vio la herida en la parte posterior: una abertura negra por la que manaba sangre oscura, densa y lenta. Y luego cayó de bruces.

El éxito del disparo le hizo asegurar los pies en el suelo y fruncir las cejas redoblando la concentración. Intentaba recordar las lecciones de la academia. Respiración. Concentración. Anticiparse al movimiento. Esperar el momento. Esperar. Respirar.

Disparó otra vez, y otro vampiro fue detenido en pleno movimiento, sin que llegara a ver si había sido ella o Josh quien le había dado. Tampoco importaba. Tenía que concentrarse en el siguiente objetivo. Lecciones de academia: uno cada vez.

—¡LAURA! —gritaba Jimmy a su espalda.

El vampiro que Josh había dejado pasar se confundía ahora con los cuerpos de Laura y de Adam. Daban vueltas rápidas, un torbellino de brazos y piernas.

Vio el cabello rojizo de Laura y la cara de Adam, brevemente, retorcida por una mueca de dolor. Jimmy empezó a correr hacia ellos, pero Jared lo detuvo cogiéndolo de la sudadera.

—¡QUIETO, CHICO!

—¡SUÉLTAME, SUÉLTAAAMMMEEEE!

—¡TENEMOS QUE HUIR! —gritaba Jared.

—¡HAY QUE SALVARLOS! —gritó Jimmy.

Se quedó mirando su escopeta con los ojos muy abiertos. Jared... Oh, Jared tenía una escopeta en las manos. Tenía una puñetera escopeta y solo pensaba en huir mientras los demás luchaban por sus vidas o por las de los demás. Lo miró brevemente a los ojos con una mueca de desagrado en el rostro. Jared la percibió al instante. La vio, la reconoció, y casi en el acto abrió la mano para dejar que el chico se marchara.

Jimmy se lanzó hacia Laura y Adam.

La cabeza del vampiro se alzó brevemente, una ristra de dientes pequeños y alargados que recordaban a los de un pez abisal, y dos ojos encendidos que parecían centellear en la penumbra de la noche, y luego descendió como un depredador aéreo para hundirse en la maraña de cuerpos. Hubo un sonido acuoso, desagradable, y Adam gritó de una manera escalofriante.

—¡ADAM! —gritó Jimmy.

Laura consiguió separarse de los cuerpos, jadeando, la boca abierta congelada en un grito silencioso, avanzando con los brazos extendidos como lo haría una persona ciega que acaba de abandonar su vehículo tras un accidente. Y vio cómo Pip le cogía las manos y le decía algo. Le gritaba algo a la cara mientras miraba de soslayo a Adam debatiéndose con el vampiro.

Y se preguntó: «¿Por qué no lo ayuda?».

Se preguntó eso, y miró a Adam, y descubrió que no podía dejar de mirar, como si se hubiera quedado hipnotizado. El vampiro estaba mordiéndolo. Estaba mordiéndole el cuello en ese mismo momento, sacudiendo la cabeza como lo haría un perro rabioso que ha capturado una presa, y a juzgar por el sonido, no succionaba como hacían los vampiros tradicionales a los que nos ha acostumbrado la cultura literaria o cinematográfica. Estaba...

«Está masticando», se dijo Jimmy, confundido por una oleada de asco, tristeza y terror.

De pronto, la cabeza del monstruo estalló.

El cuerpo salió despedido a un lado y dio dos vueltas sobre sí mismo antes de detenerse; el cerebro asomando, marfileño, entre láminas de carne rojizas y

pulsantes.

Jimmy tardó en comprender lo que había ocurrido.

Era Jared, situado ahora a su lado, quien había disparado.

Adam se revolvía en el suelo, la cara ensangrentada consumida por un dolor desgarrador, las manos alrededor del cuello por donde escapaba la sangre, abundante y escandalosa.

Jimmy no fue capaz de decir nada.

Jared disparó otra vez y el impacto desfiguró el rostro de Adam en una herida atroz y mortal.

Dejó de moverse.

Jimmy se quedó congelado unos momentos, mirando el cuerpo inmóvil de Adam. Estaba muerto, eso seguro. El hombre amable que coleccionaba maquetas de tanques de la segunda guerra mundial y que los había invitado a su casa cuando lo conocieron estaba muerto. Como los soldados. Como su padre, su madre, su abuela... su...

—¡CHICO! —gritaba Jared a su lado—. ¡TENEMOS. QUE. IRNOS!

«...emos... que.... ir... nosss.»

La voz de Jared sonaba lejana y apagada en su mente sepultada por el horror de la sangre. La sangre. Incluso le parecía olerla desde donde estaba.

Tanta. Tanta sangre.

Jared tiró de él. Jimmy se puso en marcha por pura inercia, sin poder dejar de mirar el rostro desfigurado de Adam. Ya no era Adam. No lo era. Era un cuerpo con un lío espantoso por cabeza. Incluso le pareció ver la nariz, desplazada a un lado, ahogada en un pequeño charco de sangre que había manado del interior.

De repente estaba corriendo. Lo habían empujado a correr. Percibió un olor. El olor fuerte y femenino del sudor de Laura, y descubrió que corría a su lado, jadeando. Jared tiraba de él, haciéndolo moverse como un pelele. Una o dos veces estuvo a punto de tropezar, pero Jared tiraba de él con tanta fuerza que la inercia del empuje lo mantuvo en pie. Y de repente pensó: «Sonia».

—Sonia —dijo.

—CORRE, CHICO, ME CAGO EN LA HOSTIA.

—¡SONIA! —gritó Jimmy, volviendo a la realidad.

Se vovió bruscamente, dando un empellón con el hombro, y buscó a Sonia a su alrededor. La descubrió por los fogonazos de los disparos. Josh estaba disparando a su lado, pero ella parecía haberse quedado sin munición, porque se limitaba a mirar alrededor describiendo giros rápidos de cabeza. Miró a tiempo

de ver cómo los vampiros se acercaban a ellos desde al menos un par de ángulos a la vez, y vio cómo Pip se lanzaba contra Sonia para derribarla y evitar que un vampiro se le echara encima. Josh giró el cuerpo con una precisión abrumadora y descargó varios disparos contra el vampiro; una cegadora secuencia de luz y oscuridad en blanco y negro.

—¡MALDITA SEA, CHICO! —gritó Jared.

—¡Ayúdalos! —exclamó Jimmy—. ¡Ayúdalos, Jared! ¡Ayúdalos!

—Pip... —susurró Laura, como regresando de algún pozo abisal de su propia mente, y luego repitió con firmeza—: Pip.

Salió corriendo hacia ellos.

Jared levantó ambos brazos en el aire, como si se rindiera.

—Hijo de puta, chico, te lo juro, vas a conseguir que nos maten a todos...

—Ayúdalos, por favor, por favor, por favor, por...

Josh dejó de disparar. Jimmy casi pudo oír el clic del percutor de su arma golpeando en vacío. No se oyó ningún disparo. Se había quedado sin munición. Con la ausencia de fogonazos de luz, tuvo que pestañear un par de veces para conseguir ver algo otra vez, y cuando lo hizo, vio a Jared descargando la culata de su rifle contra una mujer que se lanzaba hacia él desde el bosque. La imagen lo hizo encogerse: aquella mujer parecía haber volado horizontalmente hasta él. Las piernas ligeramente flexionadas hacia arriba y los brazos extendidos con garras en los extremos de dedos largos y escalofriantes. El golpe le dio en la cabeza, y la inercia la hizo caer hacia atrás.

Y entonces Jimmy gritó:

—¡AYÚDALOS, JARED!

—Coño de mierda puta —exclamó este, lanzándose hacia el grupo.

Josh había caído, sí. El rostro encolerizado de la mujer se acercaba a su cara, impregnándolo de un aliento tibio y nauseabundo. Aun en la confusión y la vertiginosa rapidez de la escena, Josh se descubrió pensando en su hermana. Había muerto en la cama de un hospital hacía ya varios años, consumida por un cáncer espantoso que la llevó a la tumba en meses. Fue en el mismo instante en que ella exhaló su último aliento que Josh percibió aquel olor. Olor a cáncer. A cáncer. Una pestilencia íntima, sobrecogedora, que te obligaba a cerrar la glotis y contener la respiración por mucho que necesitases respirar. Como si todos sus esfínteres se hubieran soltado de repente y los fluidos de su cuerpo, contaminados de la terrible enfermedad, hubieran escapado a la vez. Aquel olor era el mismo que despedía aquella vampira en su cara.

A pesar de eso, o precisamente por ello, Josh no dudó un solo instante. Dejó

que se acercara, sacó el cuchillo de su cinturón, y se lo hundió en el cuello. La hoja entró limpia y fácilmente. Josh se quedó mirando sus ojos, consumidos por una oscuridad imposible, congelados en un instante de estupefacción, y justo cuando estaba a punto de apartarla para incorporarse y seguir combatiendo, la vampira abrió la boca y dejó escapar un torrente furioso de sangre y fluidos que brotó como el agua que escapa violentamente de una tubería que acaba de reventar.

Josh cerró los ojos y apartó la cabeza mientras aquel torrente lo golpeaba, cálido, en la cara. Movi6 los brazos y empujó a la vampira a un lado. No le costó mucho; para entonces era ya un fardo inútil, un cadáver sin vida, pero estaba cubierto de algo cálido y pegajoso que olía como los intestinos de una vaca que lleva muerta varios días. Peor.

Se limpió el rostro como pudo usando los antebrazos y trató de ver cómo estaban las cosas. Vio cómo Jared disparaba su escopeta contra un vampiro que estaba en el suelo, mientras Sonia cubría a Laura y a Pip con solo su cuerpo. Y vio a Jimmy de pie, a cierta distancia, mirando la escena con incredulidad y estupor. Pero no vio (ni oyó) más vampiros, por mucho que se diera la vuelta a uno y otro lado.

Resopló.

Se había acabado. Por el momento, se dijo, se había acabado.

Exhaló con fuerza y se dejó caer en el suelo, exhausto. Ni siquiera fue consciente de que lo hacía. Lo necesitaba.

—¿Estáis... bien? —preguntó alguien. Sonia. Era Sonia.

—Sí, joder —dijo Jared mientras recargaba rápidamente su escopeta.

—¿Laura?

—S-sí —respondió esta.

—Pip.

—Adam ha muerto —respondió Pip—. Dios mío, Adam ha muerto.

Josh miró hacia atrás y asintió, lúgubre. Sabía que eso iba a ocurrir. Lo supo cuando decidió dejarlos a su suerte para contener al resto de los vampiros. Pero él no había matado a Adam. Eso ni siquiera pasó por su mente. Había salvado al resto. Formaba parte de su adiestramiento militar.

—Tenemos que... movernos —dijo.

—Dios mío, Adam ha muerto —repetía Pip.

—La ha palmado, sí —dijo Jared—. Pero el soldado tiene razón. Vendrán más. Ya están viniendo hacia aquí. ¡Hay que mover el culo!

Las palabras de Jared rebotaron en la cabeza de Jimmy.

Ya están viniendo hacia aquí.

Miró alrededor, inquieto.

—Joder, joder... joder... —susurraba Sonia.

—Están viniendo —dijo Jimmy de pronto.

Y con esas palabras, como si fueran un conmutador, Josh se levantó de un salto. Nadie dijo nada, pero empezaron a moverse a través del bosque sin saber muy bien qué dirección seguían. Tan solo Sonia miró una vez hacia atrás, buscando el cuerpo caído de Adam. No lo vio, por cierto, y el no poder despedirse al menos de su cuerpo, abandonado allí, en mitad de un bosque, la hizo avanzar con el corazón encogido en el pecho.

Eran, otra vez y en el mismo día, menos.

DESPUÉS

Extracto de la entrevista a Archer Dallas

«El que todo empezara en Sacramento imagino que tuvo mucho que ver con..., bueno, con el asunto de Sacramento, por supuesto, pero también por la presencia de Donehogawa Parker. Si no hubiera estado él allí, las cosas no habrían llegado tan lejos. Nos habrían envuelto como un burrito, ¿sabe? Pero bueno, a lo que iba... Ese hombre tenía un talento especial para luchar contra los vampiros, y no me refiero a que fuese un buen cazador, que lo era, sino a que... de alguna manera, los calaba por dentro. Vaya que sí. Podía... podía pararlos en seco con solo mirarlos, como si, primero, los venciera en su interior. Mire, yo nunca he creído mucho en todo eso del alma y el Yo interior y esas cosas que estaban tan de moda en nuestra sociedad de principios del siglo XXI, antes de que llegasen los vampiros, pero cuando veías luchar a Donehogawa, realmente podías percibir..., no sé, algo. Ahora, dicho así, suena raro, ¿vale?, pero cuando un vampiro y él se quedaban mirándose, podías sentir que algo estaba pasando. Algo inexplicable. Sí, primero los combatía en su interior, y cuando ya habían perdido la batalla, los mandaba a la mierda. Generalmente con su pequeña hacha de mano *cherokee*.

»Sacramento se convirtió en un lugar muy impopular para los vampiros. Le juro que intentaron tomarla mil veces. Mandaron a esos vampiros poderosos que tienen y convertían gente, ya lo creo, pero cuando Donehogawa acudía, los vampiros chungos, esos que hablaban con enigmas y sonriendo, se marchaban. Creo que es el único hombre al que esos monstruos no podían convertir, porque, como le he dicho, ese indio los combatía desde dentro, y en la lucha de miradas era el puto amo.

»Es curioso que fuera precisamente Sacramento, sí, una de las cunas de la fiebre del oro americano, uno de esos lugares que uno asocia a la construcción del ferrocarril transcontinental que tanto hizo por la América que llegaría a ser. No sé cuánta gente vivía en Sacramento antes de los vampiros..., medio millón, tal vez, pero cuando Donehogawa llegó, apenas quedaban cinco mil hombres. Creo que el clima ayudó. Casi no nevaba, y teníamos ese clima que ayudaba con cosas como los cultivos. Amaba la “brisa del delta”, así la llamábamos. Venía de la bahía de San Francisco. Mi amigo Sanders la llamaba “la brisa gay”, ya sabe... por... California. Pero, en fin, esa brisa hacía que los veranos no fueran tan duros. Era agradable.

»Sin los vampiros pululando por allí, la comunidad fue creciendo. Los rumores de que Sacramento era un lugar seguro se fueron extendiendo por todas partes, y toda la gente que estaba escondida por los alrededores fue llegando poco a poco. Así se creó Nuevo Amanecer. Los vampiros crearon su ciudad en el norte, sí, pero los hombres creamos Nuevo Amanecer, y a lo mejor no era tan impresionante a la vista, pero teníamos casas, cultivos y un hospital y teníamos gente, buenos americanos que querían reconstruir el país. Es curioso que Sacramento fuera fundada por un suizo, no recuerdo su nombre, y fuera salvada de la Marea Roja por un indio nativo americano. Ironías del destino.

»¿Rachel West? Sí, a eso voy. Elegimos a Rachel West como presidenta de los Nuevos Estados de América porque era..., bueno, era la mejor. No había otra opción, aunque muchos lo intentaron. Algunos candidatos hicieron algunos trucos sucios e intentaron convencer a la gente de que ellos eran la mejor opción; alguno incluso intentó manchar el nombre de West con algunas mierdas sucias que... simplemente no colaron. Los vampiros, ¿sabe?, habían hecho de filtro de la población. Se habían cargado a los débiles y a los idiotas: los menos preparados cayeron como moscas, los imbéciles tomaron decisiones estúpidas y fueron cazados, con perdón para las familias que perdieron seres queridos. Pero así es, sí. Casi todos comprendimos que Rachel era..., bueno, era la única candidata. Los demás tuvieron una representación minúscula, y alguno se marchó de Sacramento después de aquello. Imagino que acabaron siendo masticados en alguna carretera cercana.

¿Sabe?, Donehogawa miraba a los vampiros y los destruía antes incluso de que pudieran atacar, y Rachel tenía ese raro poder pero de otro modo. Podía mirarte a los ojos y hacerte sentir una fuerza y una determinación que, en aquellos días, no podías encontrar en ninguna otra parte. No, señor, no podías. Cuando Rachel hablaba desde lo alto de su palé, todas las mañanas, todos olvidábamos los miedos que nos consumían durante la noche. Por eso la llamaban “Amanecer”, ¿sabe?, aunque algunos la llamábamos “la Señora del Palé”, porque era desde donde nos hablaba siempre. Siempre tenía las palabras adecuadas para conseguir que volviésemos a levantarnos y afrontar un nuevo día. Le juro por Dios que América nunca tuvo una presidenta mejor en toda su puñetera historia.

»Nuevo Amanecer era la hostia.

»¿Cómo?

»Sí. Fue una lástima lo que ocurrió. Creo que la presidenta Rachel no calculó el impacto que tendría mandar a Donehogawa lejos de allí. Aquellos hombres y mujeres no tuvieron..., bueno, ninguna oportunidad.

Capítulo 8

LOS PUNTOS DE SECUESTRO



1

Wein estaba exhausto. Demasiado estrés, trasiego, demasiada incertidumbre, y muchas cosas por hacer. El estar reunido en un viejo y polvoriento local abandonado de una población pequeña, con algunos de los máximos responsables del país, tampoco ayudaba. Tenían que hacerlo así. Como bien sabían todos a esas alturas, no se podía confiar en nadie, o en casi nadie.

—La conexión con Berlín está preparada —dijo alguien.

—Gracias, Peter.

El hombre con la chaqueta azul y los pantalones marrones carraspeó, moviendo el cuello como si le apretara la camisa. Probablemente, así era. Todos los hombres en aquella sala tenían cargos ejecutivos de importancia; de verdadera importancia. No eran ministros, ni alcaldes, ni presidentes o miembros de alguna junta de consejeros, delegados, senadores ni embajadores. Eran hombres poderosos, poderosos de verdad; empresarios en algunos casos, el tipo de gente que decidía cuánto valía un barril de petróleo o un ordenador portátil, controlando la disponibilidad de componentes electrónicos que llegaban de Asia, su fabricación y su calidad. Gente que había sabido mantenerse viva porque tenían dinero, cantidades industriales de dinero, y en el mundo que se estaba empezando a configurar aquellos días, dinero equivalía a seguridad. Aún valía, desde luego. El dinero era aún bueno en Europa y en cualquier otro país que no fueran los Estados Unidos de América o Canadá. Incluso en México y toda

Latinoamérica la gente seguía adorando al viejo dios dólar. Una cartera llena podía comprarte un equipo de guardaespaldas, medidas de seguridad, un búnker o un avión que te sacara de aquella locura.

Wein se preguntó qué historia habría detrás de aquellos pantalones marrones y aquella chaqueta azul. Los colores no combinaban, por descontado, pero las prendas ni siquiera parecían de su talla. El hombre debía de haberse aprovisionado con la única ropa disponible en alguna parte, probablemente, con algunos vampiros pisándole los talones.

—Entonces, señor Wein, ¿está seguro de lo que dice?

Wein asintió.

—Sí, señor. Mis datos son buenos y han sido constatados con los acontecimientos recientes.

—Acontecimientos recientes —dijo el hombre—. Que el mundo se ha ido a la mierda, quiere decir.

—A esos acontecimientos me refiero.

El hombre asintió, pensativo.

Wein pensó que se parecía a un actor conocido, pero era incapaz de recordar su nombre.

—A la mierda —añadió el hombre, desabrochándose el cuello de la camisa—. ¿Les importa si me libero de... de esta mierda?

Con el cuello liberado de su prisión, el hombre suspiró brevemente. La papada generosa parecía expandirse lentamente, produciendo un efecto algo hipnótico.

—Mucho mejor —dijo—. Así que, recapitulando, dice usted que todo este... follón... viene de una sola fuente.

—Sí.

—Un... vampiro, ¿no? —Miró a los otros hombres y mujeres reunidos—. ¿Es ese el término que estamos manejando? Oficialmente, quiero decir.

Una mujer consultó sus documentos.

—El enemigo —exclamó—. Es el término... oficial.

—Enemigo. Ya. Como si fueran..., no sé..., cubanos. Terroristas.

—Terrorista es incorrecto —dijo la mujer.

—Me extraña, viniendo de nuestros vecinos los americanos.

La mujer no dijo nada.

Wein recordó de pronto el nombre del actor. John Goodman, en la época en la que estaba más gordo. ¿Había hecho alguna vez de protagonista? Podía recordarlo en más de cincuenta películas, pero siempre en segundo plano.

—En suma —dijo Goodman—. El enemigo, al principio, era solo uno.

—Una mujer —aportó Wein.

—Que sacaron de unas excavaciones en Iraq.

—Eso es, sí.

—Y la llevaron a una base militar en...

Chascó los dedos mientras dudaba y la mujer consultó nuevamente sus documentos.

—Hillsdale, Nueva Jersey —exclamó ella.

—En Hillsdale. Joder. ¿Dónde demonios queda Hillsdale, de todas formas? Una estructura que era idéntica a la que encontramos aquí, en Canadá.

—Sí —asintió Wein.

—Vale... —exclamó el hombre, otra vez pensativo. Se miraba las manos mientras les daba vueltas, como si evaluara el estado de sus uñas—. ¿Le molesta si no le llamo general, señor Wein?

—En absoluto —contestó este.

—Es que si tuviera que reconocer su rango, señor Wein —dijo el hombre, que empezaba a adquirir una tonalidad rojiza en las mejillas—, tendría que ordenarles a mis hombres que le sacaran la puta espina vertebral por la boca ahora mismo, y la pondría en mi despacho junto al ejemplar de la trucha de diez kilos que pesqué cuando tenía treinta años.

—Lo entiendo —exclamó Wein, paciente.

—¿Qué les pasó, joder? —preguntó el hombre, visiblemente enfadado—. El puto ejército norteamericano y se retira del puto país en la peor crisis que se recuerda en la historia del puñetero planeta.

—Es parte de la trama de la invasión —explicó Wein, hablando despacio y en un tono de voz mucho más calmado. Ya sabía que esa reunión podía resultar algo violenta, dada su nacionalidad y cargo—. Pero como ve, aún quedamos algunos resilientes que no hemos obedecido la orden de retirada y acuartelamiento.

—Claro. Es usted de los buenos —dijo con tono de burla.

—Soy un ser humano, señor. Como usted. Y ante esta invasión, eso debería contar para algo.

Goodman sacudió la cabeza, riendo entre dientes.

—Qué bueno, señor Wein. Remarcando el único aspecto que nos une para convencerme de que hagamos frente común. Pero usted y yo no nos parecemos en nada, señor Wein. Usted está aquí porque cree en un mañana mejor, quiere detener la invasión para que las familias crezcan sanas y seguras en un mundo

donde las cosas funcionan y hay domingos con barbacoas, buenas hamburguesas americanas y banderas con barras y estrellas ondeando. Yo no, señor Wein. A mí me la sudan sus familias y sus barbacoas. Me la trae floja si les llega una mala racha y pierden sus puñeteros hogares y no tienen dinero para pagar la factura médica del pobre Tim, que necesita treinta y ocho mil dólares anuales de tratamiento. A mí me interesa el conjunto, ¿sabe?

Wein asintió, prudente.

—Durante décadas, estos caballeros, yo mismo, y algunos otros que no están presentes, hemos decidido el rumbo de las cosas. Cada puñetera crisis que el mundo ha conocido ha sido cuidadosamente elegida por nosotros. Mundialización e información, señor Wein. Hace ya mucho que hubo un trasvase del poder de la política a la empresa. No hace tanto que Walmart era una unidad económica más importante que más de ciento sesenta países. En términos económicos, Mitsubishi era mayor que Indonesia, General Motors mayor que Dinamarca y Toyota mayor que Noruega. Y usted dirá: «Oh, las empresas están decidiendo el destino del mundo». Pero no es así, señor Wein. Las empresas son un actor más dentro de un mundo multipolar. Los que decidimos el destino del mundo somos unos cuantos hombres y mujeres que manejamos esas empresas y, por tanto, el mundo político.

—Ya entiendo —dijo Wein.

—No entiende una mierda. ¿Sabe lo que nos ha costado llegar donde estamos? ¿El... delicado equilibrio al que hemos conseguido llegar? ¿Sabe por qué Rusia dejó de ser una amenaza y por qué Corea o los chinos no han lanzado sus putos misiles sobre su mierda de ejército? Por el dinero, señor Wein. Por el... equilibrio. Un equilibrio conseguido con innumerables esfuerzos y sacrificios, siempre urdiendo en las sombras, detrás de la cortina mediática que se ocupa de pintar el mundo a sus domingueros con barbacoas y hamburguesas como a nosotros nos da la gana. Ni se imagina los recursos que hemos destinado a preservar al mundo con mano de hierro, modelando el sentir de la gente para un único propósito: que la máquina del dinero siga funcionando en el mundo. La gente compra sus hamburguesas con eso, señor Wein. En última instancia, nosotros, y nuestros antepasados, hemos hecho más por el bienestar de sus jodidas familias que ningún gobierno en el mundo.

Wein asintió, soportando el discurso con infinita paciencia.

—Pero he aquí, señor Wein —siguió diciendo Goodman—, que de donde menos se pensaba, llegó la destrucción. ¿Quién coño dijo eso?

La mujer se apresuró a intervenir:

—Su hermana, señor.

—Ah, sí. Mi hermana. Una anécdota que no viene al caso. Lo que importa es que su puta estructura y su mierda de operación secreta, encubierta a todos los ojos, lo han desequilibrado todo tan completamente que tendremos que volver a estructurarlo de nuevo. Si salimos de esta. ¿Usted cree que saldremos de esta?

—Eso espero —respondió Wein.

—Yo no lo espero. Lo sé. No es más que una crisis. Otra más. El mundo sufre crisis, señor Wein, las sufre continuamente. La mayoría las diseñamos nosotros, o los hombres que trabajaban en nuestro pequeño *lobby* antes que nosotros.

Goodman suspiró. Echó un vistazo rápido a los miembros de la sala.

—¿Me permite que haga de malo de opereta, señor Wein, por unos instantes?

—Por supuesto —respondió este.

—Es que usted no lo entiende —dijo Goodman—. No lo comprende, a pesar de su rango y su posición, a pesar de los contactos que ha hecho, la gente que ha conocido. ¿Cree que comprende cómo funciona el mundo?

»Verá, señor Wein..., hay un juego que lleva siglos desarrollándose en el planeta. No se trata de algo sencillo ni es remotamente simple. Es algo... orgánico, inherentemente tóxico. Pero la belleza de este juego macabro consiste, precisamente, en la imposibilidad de detenerlo, o de cambiarlo siquiera. Estoy seguro de que los que escribieron sus reglas no pensaron en el monstruo que estaban creando, pero ahí estaba y ahí sigue, prácticamente inalterado. Las variables que lo definen han crecido, desde luego..., el mundo es un poco más complicado que hace siglos, pero su maravillosa esencia... está intacta. El juego, señor Wein.

»Vámonos un momento al pasado, a la época en la que se acabó con el antiguo régimen feudal de reyes y vasallos. Cuando eso ocurrió, todo cambió, naturalmente; por lo menos es lo que dicen los libros de historia, que todo cambió. Pero lo cierto es que fue un cambio encubierto. Era otra vez lo mismo, pero de otro color. En vez del derecho divino de una familia elegida para regir los designios de cada pueblo, se instauró el derecho económico, llevado a cabo por poderosos burgueses urbanos con poder sobre las masas. Pero como ya no existía el trasfondo religioso, este pequeño detalle se reemplazó por el concepto de nación, el ingenioso simbolismo de la bandera. Simple, ¿verdad? Así se adoctrinó a las masas otra vez, se las instruyó a estar subyugadas al orden establecido por medio de unos... paños de colores ondeando al viento. Ninguna

otra cosa apela tanto al sentimiento de unidad frente a su contrario: el de la diferencia, que no es deseable. Ese fue solo un primer paso, pero significó la fundación de un hecho importante: que los imperios coloniales rompiesen ya cualquier tipo de trabas para el expolio del planeta. Más tarde, señor Wein, se dieron cuenta de la ineficacia de tener controlados, bajo su responsabilidad, a los millones de habitantes fuera de las metrópolis, así que comenzó el proceso de subrogación de dichos territorios, que calificaron eufemísticamente como... “liberación” de los pueblos oprimidos. ¿Le suena tal vez, señor Wein? Seguro que ha hecho su trabajo diligentemente al servicio de ese juego. Desde Occidente, manipulábamos el mundo para asegurarnos que los peles que lo dirigen favorecieran nuestros intereses. Cuando no lo hacían, se los... retiraba... por cualquier medio: estúpidos escándalos engarzados en una falsa y patética moral hace tiempo perdida, magnicidios, golpes de Estado, asesinatos o... terrorismo. Seguramente, señor Wein, no hace falta que le mencione ningún ejemplo.

Wein no dijo nada. Escuchaba.

—La esencia del juego, señor Wein, es el equilibrio. El equilibrio garantiza que el sistema sobreviva. Es el tapete. Es necesario que haya diferenciales y, por supuesto, la ilusión de la libre elección. Necesitamos tener buenos y malos, conceptos que la masa entiende de manera primaria en lugar de reflexionar y preguntarse sobre cuál es el precio real que se paga por mantener sus niveles de vida. A nadie le interesa que alguien piense si, por ejemplo, Cuba es tan comunista, o cómo es posible que no autogestione su potencial turístico y ceda a corporaciones occidentales su potencial hotelero. Es un hombre del saco, señor Wein. ¿Cree en el hombre del saco? Es lo que le vendemos a la masa, que es un crío descuidado, llorica, caprichoso y fácilmente controlable. Un hombre del saco falso, manipulado, inofensivo a gran escala hasta que llegue el momento en que se necesite que crezca al nivel de amenaza; al fin y al cabo, la industria armamentística necesita vender, como ya sabe, y las balas... —dijo sonriendo— ... no caducan tan fácilmente.

Wein suspiró largamente. Sabía exactamente de lo que estaba hablando.

—Ese hombre del saco puede ser el comunismo, sí. En América funciona muy bien: todo un país convertido en una inmensa corporación capitalista e imperialista con la que crear diferencial y competencia. También lo puedes llamar islamismo. Nos gusta el islamismo, últimamente: generas suficiente descontento en un área y alientas una guerra de guerrillas y un terrorismo que alimenta el miedo en tu mercado principal. Recuerde, señor Wein: la gente feliz

no consume, y nada hace consumir más que el miedo.

»Como ve, es todo cuestión de equilibrio, y ese equilibrio es difícil de mantener cuando no existen los intereses cruzados entre bancos, corporaciones mediáticas e industria. Seguramente ya sabe de qué le estoy hablando.

Wein asintió.

—Lo sé —dijo.

Goodman asintió a su vez.

—¿Qué cree que puede decir sobre el estado de las cosas un medio de comunicación cualquiera, controlado por un banco cuyas acciones son propiedad de un millonario al que le interesa invertir en sanidad privada, o cuando a dicho banco le deben dinero partidos políticos con representación parlamentaria?

—Lo sé... —susurró Wein.

—El juego ha cambiado bastante —dijo Goodman, pensativo—. Muchas de esas cosas solían ser pequeños secretos. Se guardaban las apariencias. Ahora se hacen reuniones de élite que los medios ya no se molestan en ocultar. En ellas se puede ver a ministros de países supuestamente soberanos, potencias de Occidente, con maletines repletos de... documentación, claro. —Sacudió la cabeza, molesto—. El sistema es imparable. Lleva siglos siéndolo, pero precisa de gente que mantenga la maquinaria engrasada. Como nosotros, señor Wein. ¿Quiere saber a qué tipo de maquinaria me refiero?

Goodman carraspeó brevemente antes de seguir.

—Me viene a la cabeza la Gran Depresión de 1929, por ejemplo. Se diseñó para ajustar el estado de ánimo adecuado para el circo de la segunda guerra mundial. Pero eso ya lo sabe. La de 1937, la de 1973, el Lunes Negro de 1987... Esa fue divertida. Una apuesta, ¿sabe? Queríamos que Warren Buffett perdiera trescientos cincuenta millones en un solo día, y vaya si lo conseguimos. ¿El Efecto Tequila del noventa y cuatro? Nosotros. Necesitábamos que Clinton inyectara veinte mil millones de dólares en la divisa mexicana para equilibrar el flujo internacional de dinero. Si no hubiéramos hundido el peso mexicano con bonos de mierda que se volvieron impagables, el mundo entero habría padecido una recesión demasiado incontrolable.

Wein pestañeó. Sabía con quién estaba reunido, pero no había llegado a imaginar que fuera ese tipo de gente, la que a veces llamaban «gente de alta capacidad» para esconder la naturaleza de quienes hablaban. Sabía que existían, por supuesto, pero no hubiera esperado verlos en toda su vida. Y sin embargo, allí estaban. Naturalmente. Si alguien podía sobrevivir a la Marea Roja, eran ellos.

—Podría seguir hasta el infinito, señor Wein —continuaba diciendo Goodman—. Podría hablarle de la crisis financiera asiática o de Lehman Brothers, pero creo que ha comprendido el cuadro. Le aseguro que su puñetero presidente está sentado en su trono porque nosotros quisimos que estuviera ahí. Es un cuadro precioso, señor Wein, un diagrama maravilloso, un Plan Maestro que llega hasta 2050. Una exquisita partida de ajedrez siempre en movimiento donde jugamos con las blancas y con las negras. Lo que me jode..., lo que me ha molestado tanto... es que su gente haya introducido un elemento en esta maravillosa partida de ajedrez. De repente, ya no estamos jugando al ajedrez. Ahora son las damas. Y en esta partida se están comiendo demasiadas fichas.

—Comprendo su enfado —apuntó Wein.

Goodman bajó la mirada brevemente.

La mujer a su lado consultó su reloj y, con un movimiento suave, deslizó una mano sobre la mesa para dejar una diminuta pastilla blanca. Goodman la cogió sin mirarla y se la introdujo en la boca.

—Y son nueve —dijo después de tragarla.

—Sí, señor. Son nueve.

—Nueve putos... enemigos.

—Sí, señor.

—Dígame. Por lo que he entendido de su conversación con el señor Marrón, se le engañó de alguna forma para que sacara al segundo enemigo del lugar donde estaba encerrado.

—Eso es correcto —asintió Wein—. Y es la clave por la que debemos movernos con rapidez.

—Ya. Es un... ¿cómo lo llamó en su informe?

—Punto de secuestro —intervino la mujer.

—Eso. Un punto de secuestro. Estas piezas del tablero no pueden despertar ni abandonar su encierro a menos que alguien las extraiga de allí.

—Sí.

—Y ellos mismos no pueden acercarse a esos puntos de secuestro, en su opinión.

—Eso es.

Goodman volvió a asentir, pasándose la mano por la barbilla.

—Señor Wein. Ya lo han engañado una vez. Le hicieron sacar al segundo enemigo de su agujero. ¿Qué le hace pensar que no están engañándolo de nuevo? Wein pensó durante unos segundos.

—No puedo afirmarlo con certeza, pero todo apunta a que los puntos de

secuestro están vetados para ellos.

—¿Y qué le hace pensar que no están ya liberando a los otros? Que no es usted el único ser humano que ha sido engañado, o hipnotizado, o como quiera llamarlo.

—No puedo decirlo con seguridad —admitió Wein—. Por eso recomiendo actuar lo más rápidamente posible.

Goodman asintió.

—Señor —dijo alguien joven, con evidente nerviosismo—, la comunicación con Berlín...

Goodman levantó una mano.

—Ya sé. Ya sé. Señor Wein..., si vamos a esos siete puntos de secuestro y no encontramos evidencias de que se haya liberado a nadie, ni que haya nadie liberando a ninguno de esos otros siete enemigos..., ¿diría que esos lugares pueden ser puntos seguros para nosotros, los seres humanos, dado que ellos no pueden acercarse a ellos?

Wein asintió satisfecho.

—Es lo que vengo diciendo, sí.

Goodman asintió.

—Esa sería una buena cosa —exclamó.

—Sí.

Goodman giró levemente la cabeza.

—Pónganos con Berlín —dijo.

En la sucia y abandonada nave industrial, la línea de teléfono crepitó brevemente. Una voz sonó en la habitación, a micrófono abierto, alta y clara, nítida como si les hablara directamente dentro de la cabeza.

—¿Hola?

—Lo escuchamos —dijo Goodman.

—¿Puede darme la referencia?

—Cristal Uno Diecinueve París.

—Es un placer saludarlo, señor —dijo la voz—. Esta es la reunión número ochenta y cinco. Son testigos el secretario Hawkes y la secretaria Bhullar. Otros miembros presentes: Cavanagh, Chalke, Haydn y Gladwell.

—Hola, Mike —saludó Goodman.

—¿Cómo te va, Sam? —respondió una voz diferente, al otro lado de la línea.

—No muy bien, joder. Vamos. Contadme las novedades.

—El enemigo sigue haciendo progresos —dijo la primera voz—. Se ha

hecho fuerte en el sur de España y ha penetrado en Grecia e Italia por diferentes puntos. La situación allí es incierta y confusa, la información que recibimos es contradictoria. También en el continente africano. Sabemos que llegaron por el norte, simplemente... Eh... al parecer, nadando.

—Nadando... —repitió Goodman despacio.

—Sí. Eso está confirmado. En África lo tenemos todo perdido, me temo. La Coalición de Defensa está concentrada en vigilar las costas y, sobre todo, el norte de España. Es un embudo natural donde contener la invasión. San Sebastián, Lourdes, Andorra y Barcelona son enclaves militares estratégicos donde se suman esfuerzos de la Coalición. Los ataques son del tipo C: hordas animales sin que parezca haber liderazgo ni organización, por el momento.

—Eso cambiará —dijo Goodman—. Japón. ¿Se ha unido ya a la Coalición?

—Aún no. Han fortificado su posición y no quieren saber nada de la Coalición.

—Esos cabrones gilipollas... ¿Podemos hacer algo?

—Algo. Tal vez.

—Envía gente. Haz llamadas. Necesitamos a Japón en esto.

—Sí, señor.

—¿Corea? ¿Alguna noticia nueva?

—Ninguna. Según nuestros contactos, la amenaza de usar armas nucleares contra Estados Unidos va en serio, pero no se han pronunciado ni han realizado ningún movimiento más que en los márgenes de sus propias fronteras.

—Bueno. Ya veremos. Háblame de la previsión. ¿Cómo va hoy?

—No es muy optimista. Hay que ser francos. Si todo sigue como hasta ahora, el peor escenario ocurrirá en menos de veinte días.

Goodman suspiró largamente.

—De acuerdo —dijo—. No importa. Escuchad: hay novedades. En primer lugar, convoco la Directiva Cincuenta y Siete.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—Sam, ¿estás seguro? —preguntó una voz.

—Totalmente.

—De acuerdo... Reconocemos la autorización y el mandato.

—Gracias —dijo Goodman.

—Si es por el informe —dijo una voz de mujer—, lo hemos recibido hace unos minutos. Los técnicos lo están evaluando.

—Diles que me evalúen los cojones, Evelyn —soltó Goodman—. Mientras los burócratas se tocan los huevos a manos llenas analizando los putos datos,

quiero que los recursos de que disponemos muevan su culo ahora, YA, hacia los puntos de secuestro. Cuatro de ellos están en vuestro puñetero continente.

—Ahora mismo es complicado —replicó la voz—. El pro...

—¡Directiva Cincuenta y Siete, joder! —bramó Goodman, interrumpiendo a quien fuera a hablar.

—Sí, señor —dijo otra voz al teléfono.

—Los cuatro puntos en Europa y Asia. Ocupaos de ellos.

—Uno es África... y, como le he dicho, la situación allí...

—Ya sé que uno es África. Me importa un carajo cómo estén las cosas allí. Quiero que desplacen a ese continente una tormenta de helicópteros cargados de personal preparado. La última vez que vi los presupuestos teníamos gente para invadir Nueva Zelanda. Que se ganen el puto sueldo, joder. Quiero tantos helicópteros en el cielo que hagan que se oscurezca.

—De acuerdo, señor.

—Por si no ha quedado claro, les ordeno que pongan todos los recursos necesarios en ello. ¡Todos!

—Directiva Cincuenta y Siete, Sam —exclamó otra voz—. Nos ha quedado claro.

—Bien. Hablando de oscurecer el cielo. La otra cosa es la tormenta —añadió Goodman.

—Sí. Sobre eso hemos recibido las imágenes de confirmación del satélite hace poco.

—Perfecto —exclamó Goodman—. ¿Cómo se ve desde ahí arriba?

Wein inclinó el cuerpo hacia delante, súbitamente interesado.

—Es un círculo escalofriante, Sam —dijo la voz—. Y muy preciso. No hemos visto ninguna configuración de nubes que se le parezca, pero los expertos en análisis de imágenes no dejan lugar a dudas. Son, desde luego, nubes. Su centro está a sesenta millas al este del punto de secuestro que hemos denominado Número Dos, siguiendo la trayectoria del helicóptero que trasladaba el objeto.

—¿El... objeto? —interrumpió Goodman—. Por el amor de Dios, vamos a llamar a las cosas por su nombre o me volveré loco. El objeto es el puto vampiro.

—Eh... Sí, de acuerdo. Si quiere llamarlo así, por nosotros es...

—Son vampiros, eso es lo que son. Y este es uno de sus mariscales, ¿es correcto eso, señor Wein?

—Es correcto —asintió Wein.

—Un momento, Sam —intervino Mike—. Para que conste en el archivo, ¿Wein es el informador?

—Sí. Wein es el informador —dijo Goodman—. ¿Aún... mantenemos archivos?

Una pausa.

—De acuerdo... —continuó Mike, ignorando la pregunta—. Bien. Es... como te digo, una impresionante formación que tiene su centro en el Yukón. Si tuviéramos que aventurar un epicentro, lo más probable es que esté emplazado cerca de Carmacks, entre Little Salmon y Faro, concretamente.

—Justo donde perdimos el helicóptero —apuntó Goodman.

—Sí. Correcto. No es del todo circular, ni ovalada, tiene una forma curiosa, pero estable. Llega hasta Eagle Plains por el Norte, se mete bien en Alaska por el Oeste y por el Sur es aún peor. Llega casi hasta... hasta Pittsburgh. Esa monstruosidad se come casi todo el país.

—Jesús —exclamó Goodman.

—Es una buena formación tormentosa —continuó diciendo Mike—. Los meteorólogos no se lo explican. No hay nada en toda la configuración de sistemas de alrededor que justifique esa formación de nubes, tan densa que creo que podrías tenderte encima y echar una siesta. Es más, parece que está afectando a la climatología de una manera bastante rápida y potente. El tiempo va a estar muy loco por allí.

—De acuerdo —dijo Goodman, pensativo.

—Sam... —intervino Mike, bajando levemente la voz—. El informe dice que los vampiros se protegen del sol debajo de ella.

—Así es.

—Confirma este punto. ¿Pueden moverse y permanecen activos incluso de día?

—Sí —afirmó Goodman sin mudar la expresión.

—¿Eso está constatado o ha sido transmitido por el informador?

—Está constatado.

—Vale —replicó Mike, dubitativo—. Eso... eso cambia mucho las cosas, Sam. Has convocado tu directiva de crisis, y no la pondré en tela de juicio porque llevo muchos años en el equipo. Pero, dime, ¿no crees que la prioridad debería ser... la tormenta?

—La prioridad es asegurar los otros puntos, donde están los mariscales. Mike, si uno de ellos se cargó a los putos Estados Unidos de América en apenas unas semanas, y el segundo nos roba el jodido sol en nuestra puta cara, ¿qué

crees que pasará si consiguen despertar a los otros siete?

Mike, que escuchaba al otro lado de la línea, no dijo nada.

—Vamos a ir por partes —dijo Sam—. Aseguremos esos jodidos lugares, y luego hablaremos. De cómo vayan las cosas dependerá lo que hagamos a continuación.

—¿En qué estás pensando?

—El Plan Recuperación. Si todo va bien intentaremos quitarles a esos cabrones lo que es nuestro. Pero si va mal, ya veremos si el Plan Recuperación tendrá que consistir en intentar salvar el culo de Europa, Asia y todos los otros putos países del mundo incluyendo el puto Japón.

—Entiendo.

—¿Cómo va ese plan, por cierto?

—Vamos progresando. Está costando muchos recursos convencer a los distintos países de que es lo más sensato.

—Qué hijos de puta —soltó Goodman.

—Todos tienen demasiados problemas intentando contener al enem... a los vampiros. Si no hubieran llegado aquí, sería otra cosa.

—Sería otra cosa, sí. Bien. Un último punto. ¿Hay novedades en el... examen de los sujetos?

—Aún nada, me temo —dijo Mike.

—Mike, tiene que haber alguna cosa. El sol los jode como ninguna otra cosa en el mundo. Debe de ser algo en... los rayos solares. No sé. Rayos UVA, alguna cosa de esas que a nosotros nos da cáncer de piel, a ellos los jode como una bala entre los ojos.

—Lo sabemos, Sam. Pero no está resultando fácil. Están haciendo pruebas sobre... el control mental. Es nuestra mayor preocupación ahora mismo. Ya hemos gastado más en la investigación de lo que se ha invertido en la lucha contra el cáncer este año.

Goodman carraspeó.

—Sigue en ello, Mike. Otra reunión dentro de una hora.

—De acuerdo. Hasta ahora.

—Fin de la reunión —dijo una voz.

La comunicación se cortó con un crujido eléctrico.

Goodman miró a Wein, como si esperara sus preguntas. Wein miró alrededor, algo incómodo. Ninguno de los caballeros que estaban en la sala había dicho palabra; apenas se habían movido, de hecho, como si cualquier gesto pudiera delatar lo que pensaban.

Wein arrugó el entrecejo antes de hablar.

—¿Están investigando con vampiros?

—Sí.

—¿No han averiguado nada?

—Hemos averiguado una mierda, eso es lo que hemos averiguado.

—Ni siquiera... ¿ni siquiera cómo se transforman, o qué lo propicia?

Goodman negó con la cabeza.

—Oí a un genetista decir que era «magia». Magia. En mi puta cara.

Wein asintió.

—Supongo que... debe de ser complicado.

—Complicado mis cojones —soltó Goodman.

—El control mental —continuó diciendo Wein—. Ese es su punto fuerte.

—Puede usted jurarlo, señor Wein —exclamó Goodman apretando los dientes—. Podemos contener a una jauría de esas mierdas de monstruos agazapados que corretean casi desnudos como perros rabiosos. Tenemos armas de puta madre para destrozarlos de todas las maneras inimaginables. Pero eso no sirve de nada cuando se presenta uno de los ojazos.

—¿Ojazos?

Goodman movió una mano en el aire.

—Uno de los especiales. Así los llaman los soldados, «ojazos». Tienen esa mirada rara. Cuando se presenta uno de ellos, ¡a la mierda!, perdemos toda la unidad. Los... hipnotiza, coño.

—Sí. Lo sé —contestó Wein, pensativo.

—Cuando descubramos cómo contrarrestar eso... Cuando lo descubramos, las cosas van a cambiar mucho y muy rápidamente.

—Espero que lo consigan —respondió Wein.

—Bueno —exclamó Goodman, pasándose ambas manos por la cara—. Tengo que irme, señor Wein. Suelte sus otras preguntas y terminemos con esto.

Wein miró brevemente a los otros caballeros, tan impertérritos y callados como lo habían estado durante toda la sesión.

—El Plan Recuperación... —dijo—... ¿es volver a Estados Unidos para hacer frente a los vampiros en una especie de guerra frontal y abierta?

—Así es —asintió Goodman.

—No sabía que las cosas estaban tan mal por Europa —musitó Wein.

—Ha sido cosa de un par de noches —dijo Goodman—. Allí es la guerra, señor Wein.

—Acabo de volver de Roma y no...

—Dos noches dan para mucho estos días.

—Entiendo —admitió Wein, y se quedó pensando durante unos instantes.

—Lo que me preocupa más de todo esto, señor Wein... es... ¿qué demonios están haciendo sus soldados mientras tanto?

Wein lo miró, lúgubre.

—Yo también me lo pregunto.

No quería pensar en ello, pero en algún lugar de su mente, Wein imaginaba un ejército de soldados vampiro, o tal vez hipnotizados, preparándose para algún tipo de batalla contra el mundo.

No quería, pero lo hizo.

2

Eran quince, aunque no hacía tanto habían llegado a ser más de veinte. Dieciséis si contaban con el pequeño Tommy, que había nacido ya en la Era del Vampiro. El pequeño Tommy no conocería Disneylandia ni los restaurantes McDonald's ni la necesidad de consultar WhatsApp en el móvil mientras viajaba en el metro. Conocería ciudades dormitorio abigarradas de vampiros, y eso si tenía suerte. Quince personas, o quince y media, como le gustaba decir a la vieja abuela Parker. No era la abuela de nadie, por cierto, pero todos la llamaban, simplemente, abuela.

La abuela Parker había vivido más de lo que le gustaba confesar. Nunca había dicho cuántos años tenía porque ella misma no lo sabía con seguridad, pero si se paraba a pensar en ello, debía de contar más de cien primaveras. O cien otoños, porque la abuela Parker no había tenido una vida fácil. Cien largos años. La abuela Parker ya era una mujer adulta cuando envió a tres de sus hijos a la segunda guerra mundial. Todo lo que recibió fueron tres cartas con condolencias y el agradecimiento de la nación. No se rindió; siguió luchando, porque para ella la pérdida de sus hijos era parte del discurso inevitable de la vida.

—Esa tormenta no es buena —comentó la abuela desde su butaca junto a la ventana. Miraba con los ojos entrecerrados, haciendo un esfuerzo por enfocar a través de los cristales.

La tormenta había oscurecido tanto el día que parecía el anochecer, más que el comienzo de una nueva jornada; incluso habían encendido las lámparas de aceite y las velas, algo que nunca hacían de noche, para asegurarse de que se mantenían lejos de las miradas indiscretas. De todas maneras, como todos

sabían, lo único que los mantenía con vida era al estar tan apartados de todo.

—Abuela, ¿está segura de que no quiere que le traigamos unas cuantas gafas? —preguntó una chica con una camiseta de los Lakers. Estaba recogiendo los sacos de dormir del salón ahora que empezaba el día.

—Para qué —contestó ella—. Yo ya lo he visto todo.

—Ya...

—Y la tormenta no es buena. He visto muchas tormentas, pero ninguna como esta.

—Lo sé —dijo la chica—. Yo también... la noto diferente.

La abuela asintió con una pequeña sonrisa.

—Las mujeres sabemos algunas cosas —exclamó, bajando un poco la voz.

—Supongo que sí —dijo la chica.

—Los hombres son distintos —siguió diciendo la abuela—. Están hechos para la guerra. La guerra y la caza. Nosotras mantenemos unido el mundo. Apaciguamos a nuestros hombres en la cama y les recordamos que las cosas no se resuelven a mamporros. Y eso es lo que recuerdan cuando los demonios que tienen dentro les hacen cerrar los puños y apretar los dientes. Nos recuerdan a nosotras diciéndoles que las cosas pueden hacerse de otra manera.

La chica la miró, pensativa.

—Bueno..., no sé, abuela, puede que las cosas hayan cambiado un poco.

—¿Eso crees? —preguntó la abuela, sonriendo otra vez—. Hija, las cosas no cambian nunca. Solo parece que cambian, pero no lo hacen. En el fondo, seguimos igual que cuando éramos monos. ¿Sabes cuál de esos monos evolucionó?

—¿Cuál? —preguntó la chica, divertida.

—El más malo —susurró la abuela con los ojos muy apretados—. El que cogió una piedra y la utilizó para quitarle la hembra a otro mono. Ese es el que tuvo hijos. Todos esos monos cabrones que aprendían de papá mono cómo se cogía una piedra y rilaba con hembras.

—¿Ri... rilaba? —preguntó la chica.

—Aparearse, cielo. Es una expresión que usábamos antes. En otro sitio.

—Oh. Nunca la había oído.

La abuela asintió.

—Demasiadas cosas no se escuchan ya, y otras que se escuchan hubiera sido mejor no haberlas oído nunca.

La chica pensó en la frase y le pareció muy acertada y terrible. Miró a la abuela como si fuera un ser de otro planeta, un vestigio de otras épocas, no sabía

si mejores o peores que la que ella había vivido antes de los vampiros, pero diferentes. Y pensó también que la abuela debía de tener razón en lo que había dicho sobre la supremacía de la especie, que los monos cabrones fueron los que sobrevivieron. Los más despiadados.

—Tal vez... —siguió diciendo la abuela—... tal vez éramos todos monos diferentes hace tiempo. Monos tranquilos que gustaban de saltar de árbol en árbol y quitarse los bichos unos a otros, y zascandilear por las ramas o tocarse las colitas a la sombra de un tronco. Tal vez apareció un mono con una piedra y lo cambió todo. Y tal vez, al cabo de un tiempo, solo quedaban monos con piedras. Quizá empezaron a construir muros con tanta piedra, cuando no había nadie cerca a quien zumbar. Y quizá dentro de esos muros empezamos a crecer los hijos de los monos cabrones, separados y protegidos unos de otros, hasta nuestros días.

—Vaya, abuela —dijo la chica—. Eso es...

La abuela sacudió la cabeza.

—Bastante pesimista, ¿no, cielo? Sí. Eso es lo que hacemos mejor. Papá Dinero nos ha educado bien. Cuando algo va mal, decimos «¡qué pesimista!». Y no pensamos en ello. ¡Eh, está muriendo gente en Africa! «Qué pesimista.» Y lo dejamos pasar porque hay que concentrarse en las cosas pequeñas, ¿no? Cosas que podamos pagar y que nos hagan felices. ¡Eh, aquí tienes este trozo de plástico! ¡Mira qué feliz te hace! Y si no te va mucho eso de ensuciar el planeta, ¡no importa! Por un poco más, aquí tienes la alternativa zen y natural de esta otra inutilidad esencial.

—Ya... Ya entiendo lo que dice —dijo la chica—. Tiene razón... Yo una vez...

La abuela siguió hablando, como si no la hubiera oído.

—Tal vez ahora tengamos otro caso de supremacía de monos. Monos más cabrones, otra vez. Monos más fuertes. Más preparados para sobrevivir. Les habéis disparado y han seguido corriendo como si solo les hubierais untado la espalda con manteca de cacahuete. Los hemos visto correr, moverse, saltar... —Soltó una pequeña carcajada—. ¡Madre mía, cómo saltan, como trapecistas!. Esas cosas solo las había visto en las películas. Porque... ¿te has fijado cómo seleccionan?

—¿Qué? ¿Se... refiere a los...?

Se quedó callada.

—Oh, no seas pusilánime, cielo —la regañó la abuela—. ¡A los vampiros, sí! Dilo, que nombrándolos no vas a invocarlos ni nada por el estilo.

La chica sonrió, nerviosa.

—Los vampiros...

—Los vampiros. Eso es —dijo la abuela—. Espero que no huelan el miedo, porque acabarán aquí tarde o temprano. ¿Te has fijado en cómo seleccionan a los suyos?

—¿Seleccionan? —preguntó la chica, confundida—. No, no sé a qué se refiere.

—A cómo eligen a unos para ser vampiros y no a otros. Habéis visto cadáveres en algunas casas, y también casas vacías. ¿Has visto algún vampiro gordo, cielo? O algún vampiro bajito. O tullido. O algún vampiro viejo, o demasiado joven. Algún vampiro cojo. O algún vampiro al que le falte una mano, o una pierna...

La chica pensó. No tenía demasiada experiencia de primera mano con los vampiros, de eso se ocupaban los chicos, pero no, no recordaba haber visto ningún vampiro como los que había descrito la abuela.

—No digas nada. Ya te lo digo yo. No hay ningún vampiro así porque a esos los matan. Pura selección. No creo que esos vampiros idiotas que hay por ahí y a los que se les engaña tirando una piedra para que miren en otra dirección sepan nada de selección, pero los otros vampiros..., esos que son más listos y caminan erguidos, esos sí que seleccionan. Los nuevos monos, cielo. Si tienes suerte y eres seleccionado, te conviertes. Y al resto... Bueno, al resto nos toca extinguirnos.

Hacía ya un rato que la chica había dejado de recoger nórdicos y sacos de dormir del suelo, escuchando el discurso de la abuela. Cada vez estaba más sorprendida por sus palabras; ni siquiera podía recordarla hablando de ese modo.

—Eso es... bastante duro —exclamó la chica.

—¿Sabes?, a ti te seleccionarían.

—Oh, abuela. ¡Basta, por favor! Me está asustando.

—Se tiene miedo a lo que no se conoce, cielo.

—Bueno, hablemos de otra cosa —protestó la joven, tratando de volver a la tarea.

—No deberías tener miedo —insistió la abuela, ahora en voz más baja—. Tienes que ser más lista, cariño.

—¿Lista? ¿A qué se... refiere?

—El miedo es duda. Es la pregunta, y es prejuicio también. Das por hechas demasiadas cosas, como que ser un vampiro es... necesariamente algo malo.

—¡Oh, abuela! —exclamó la chica riendo—. ¡Vale! ¡Me tenía confundida!

¡Está hablando en broma!

—No, cielo. Piénsalo. Un vampiro de esos listos que caminan derechos, no una de esas criaturas animales que son como bestias y se pasan la noche deambulando por ahí. Un vampiro hombre.

—Abuela... ¡esos monstruos no son hombres! ¡Son... son demonios, son asesinos!

—Querida —dijo la abuela, mirándola a los ojos—. Lo que quiero decir... es que tal vez sea hora de coger esa piedra y pasar a otra cosa. ¿Cuánto crees que sobreviviremos así, como hasta ahora? Cada vez hay que ir más lejos para conseguir cosas, y cada vez somos menos. Y esta tormenta... Esta tormenta tiene de todo menos de tormenta.

La abuela volvió la cabeza para mirar por la ventana. Arrugó la nariz, como tratando de enfocar algo que no veía bien, y asintió con gravedad.

—Ya me parecía a mí... —susurró.

La chica, que contaba con veintisiete años y se había criado flirteando con chicos en el instituto, en el seno de la sociedad del bienestar norteamericana del siglo XXI, experimentó un ramalazo de miedo súbito. Se preguntaba qué miraba la abuela por la ventana, y qué la había hecho susurrar. Había visto algo. Estaba viendo algo en ese momento. Algo. Rachel solía vivir haciendo noches de chicas con sus amigas y subiendo fotos a Facebook e Instagram, devorando series en Netflix, participando en mil hilos locos en Twitter. Todo eso se había acabado. Ahora conocía un nuevo tipo de horror, uno inexplicable, nacido de sensaciones más que de hechos, que brotaba como un torrente de magma destructor desde las cámaras interiores de su ser, y lo hacía gritando como un bebé monstruoso que abandona el seno de su madre con un chillido agudo y estridente.

Sintió tanto miedo que faltó muy poco para que se le aflojaran los esfínteres.

Algo.

La abuela volvió la cabeza hacia Rachel y sonrió. Era una sonrisa dulce pero apesadumbrada al mismo tiempo.

—No te resistas, cielo.

Rachel quiso decir algo, pero no pudo abrir la boca. Sentía las piernas rígidas como dos estructuras de hormigón, y el estómago tan endurecido que empezó a dolerle con intensidad. Un sudor frío brotó de su frente.

De pronto, el pomo de la puerta de la calle giró con un repentino chasquido. Rachel dio un brinco hacia atrás y se llevó las manos a la boca, ahogando un grito. Sus ojos despavoridos parecían dos huevos duros en un rostro

repentinamente pálido.

La puerta estaba cerrada. Echaban la llave por la noche, pero no era una puerta de seguridad ni nada que se le pareciera en lo más mínimo. Era una rudimentaria puerta de madera con una cerradura bastante convencional. No duró mucho. El pomo giró de nuevo con un sonido mecánico. Algo crujió, un sonido leve pero inusual en el mecanismo de una puerta, y luego algo volvió a crujir, esta vez con un sonido potente. El pomo saltó de su ubicación con un movimiento tembloroso, la madera protestó con un ruido desgarrado y la puerta se quebró con una sacudida espantosa. El pomo cayó al suelo con un sonido metálico y hueco, y la hoja se abrió unos centímetros, crujiendo sobre sus goznes.

Rachel se quedó mirando, incapaz de decir o hacer nada.

La hoja de la puerta se abrió finalmente, con un movimiento suave y lento. Rachel sintió el frío de la mañana primero, y luego vio la imagen del hombre en la puerta. Un hombre atractivo, alto, vestido con una camisa y un chaleco como los que usan los fotógrafos. Sonreía.

—Tenía que hacerlo, cielo —decía la abuela, una voz lejana en los márgenes del terror oceánico que era la mente de Rachel en ese momento—. Era mejor eso que acabar siendo carne de cañón para esos monstruos que caminan a cuatro patas... Lo entiendes, ¿verdad?

—*Hola, Rachel* —dijo el hombre, sonriendo y dando dos pasos para entrar en la casa. Su voz era como el tacto de la seda sobre la piel desnuda.

Rachel pensó: «No te hemos invitado. No puedes pasar si no te invitamos. Está en las películas, en las películas, está en las películas, en las...»

—Dejé una nota cuando me llevasteis a aquel sitio el otro día —decía la abuela—. Sois todos jóvenes y talentosos, cielo. Sanos y guapos, como ellos, los que caminan erguidos y son listos. Sabía que encontrarían la nota, y que vendrían. Es mejor... ser convertido, ¿no crees? Yo creo que sí. Cualquiera que llega a mi edad sabe que cualquier tipo de vida, cualquiera, es mejor que estar muerto. La vida es vida. Y seguro que casi no duele. Seguro. Solo lo... siento por el pequeño Tommy... Pero de todas maneras, ¿qué oportunidades tiene un bebé en un mundo como este?

La abuela no pudo mirar. Desvió la mirada, algo triste, hacia la ventana. Una mancha blanca borrosa con volúmenes que había llegado a aprender a interpretar. No era una mala imagen para ser la última.

Rachel dejó que el hombre se acercara, incapaz de moverse, perdida en la nebulosa cósmica que eran sus ojos.

—Y nosotros... los viejos... —susurró la abuela Parker—... nosotros nos... extinguimos.

Rachel no gritó mientras el vampiro bebía de ella.

Pero fue la única que murió en silencio aquel día.

3

El amanecer los sorprendió caminando por el bosque, pero no fue un amanecer como lo recordaban. Fue un amanecer oscuro, apenas un cambio en la percepción de la luz; la tormenta impedía que el sol iluminara el bosque como solía hacerlo. En otras circunstancias, el grupo habría disfrutado de una iluminación suave y pardusca que hubiera hecho brillar el agua de lluvia en la hojarasca, y habría sentido el tibio calor del sol en la piel todavía empapada por la lluvia, y puede que hubieran encontrado algo de consuelo en los albores de un nuevo día. Pero tal y como estaban las cosas, se mantuvieron cabizbajos y exhaustos, dando traspies entre las zarzas y los arbustos.

Hasta que llegaron a una carretera.

Josh miró a un lado y a otro.

—Vale... —exclamó—. Por fin. Por fin. Esto es bueno.

—¿Lo es? —preguntó Laura—. ¿Por qué es bueno?

—Porque podemos buscar un coche y tratar de...

—¿De qué? —lo interrumpió Laura—. ¿De ir adónde? ¿Supone alguna diferencia estar aquí o en algún otro sitio?

—Perdona... —se apresuró a decir Josh, con el ceño fruncido.

—No, dime —replicó Laura de nuevo—. ¿Cuánto tiempo va a pasar hasta que algún monstruo nos pille? ¿Quién morirá primero? ¿Y después? ¿Y qué hay de tu amigo Jason? Joder, no has dicho ni media palabra sobre él. Nos hemos largado y ya está, adiós muy buenas, que te jodan si tienes problemas.

—Oye —protestó Josh—, es el protocolo, ¿vale? Jason sabe cuidarse solo. Yo tengo una responsabilidad con vosotros, porque sois civiles, y tengo que sacaros del área de conflicto lo antes posible.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó Laura—. ¡Qué bien, qué suerte tenemos de que cuides de nosotros! ¡Pues esta civil se sentiría mejor si volvemos a por nuestro amigo, porque eso es lo que es, un amigo, y no un protocolo, y me parece más importante tratar de auxiliarlo que salvar el culo a toda costa, porque si huimos... si huimos ese culo no vale una mierda!

—Créeme. Jason sabe cómo cuidarse. Si estuviera vivo, habría vuelto ya.

—¡Que te jodan! —gritó Laura.

—Laura —dijo Jimmy de repente. Su voz sonó potente y alta en el linde de la carretera.

Josh y Laura lo miraron.

—Ya está —dijo Jimmy—. Josh no tiene la culpa. Sabe lo que se hace. Es el único aquí que probablemente sabe lo que hay que hacer. Él y Jason son más amigos de lo que lo somos todos entre nosotros aquí, y aun así ha decidido salvarnos. Por favor, no se lo pongas más difícil.

Laura se quedó mirándolo, sin saber qué decir. Por fin, agachó la cabeza.

—Vale —dijo—. Lo siento.

Josh dio unos cuantos pasos para alejarse del grupo y luego volvió a cambiar de dirección. Una y otra vez.

—Vale —dijo—. Necesitamos un plan. Tienes razón —exclamó, mirando a Laura—. Así no vamos a ninguna parte.

Laura se encogió de hombros.

—Supongo que el plan es... mantenernos vivos —terció Sonia—. Pero ¿en serio no vamos a intentar ver qué ha ocurrido con Jason?

—Como he dicho, Jason sabe manejarse. No me preocupa. Si está en peligro y vamos a rescatarlo, nos pondremos en serio peligro también, y eso no es bueno. Si ha muerto, es peor. Entonces no hay nada que hacer y tiene aún menos sentido ir a por él. Créeme. Él haría lo mismo en mi lugar.

—Me apunto a eso de sobrevivir —exclamó Jared.

—En realidad —comentó Pip, prudente—, ese siempre ha sido el plan, ¿no? Quiero decir... sobrevivir. Todo lo de ir hacia Canadá, lo del general y todo eso estaba bien, pero nunca creí que nosotros fuésemos a suponer mucha diferencia en todo este asunto, de todos modos. Seamos sinceros. Unos cuantos soldados..., Laura y yo..., una agente de policía, un señor mayor, un chico... —Dirigió una mirada a Jimmy—. No te ofendas, ¿vale? Quiero decir que es lo que hemos hecho hasta ahora: sobrevivir como hemos podido, haciendo frente a las cosas cada vez. En una ocasión tuvimos la idea de fabricar gas mostaza para salvar a la gente de un matadero, pero las cosas cambiaron repentinamente de rumbo y todo el tiempo que pasamos pensando en cómo atacar el matadero y cómo planear el ataque no sirvió de mucho. Pero esa es la cosa, que sí sirvió, porque durante todo ese tiempo estuvimos..., bueno, ¡estuvimos vivos! Y de eso va todo esto.

Laura le dirigió una mirada dura y perpleja.

—Pip. Adam ha muerto. Lo mordió un vampiro, y Jared le voló la cara con

su escopeta.

—Eh. Estaba ya muerto cuando le disparé —dijo Jared.

—¿Es que no te importa? —siguió preguntando Laura, todavía con la mirada fija en Pip, como si no hubiera oído el comentario de Jared. Las lágrimas asomaban en sus ojos castaños.

—Oh, claro que me importa —replicó Pip—. Pero... pero no podemos hundirnos. Ni hacer cosas insensatas, como regresar a un bosque donde sabemos que hay vampiros. Eso es lo que digo.

—Vale —intervino Josh en tono conciliador—. En la jerga militar a esto lo llamamos «Pathos». Es cuando hay mucha carga emocional implicada: se han perdido compañeros, el equipo ha visto demasiados horrores en poco tiempo y los ánimos están bajos. Eso siempre lo complica todo. Lo que se aconseja es seguir con la misión, concentrarse en el trabajo, terminar y... volver a casa. Tenemos esta carretera, que además va de norte a sur. Sigámosla. Tratemos de... dejar la tormenta atrás, si es que acaba alguna vez.

—¿Hacia el sur? —preguntó Jimmy.

—Hacia el sur —confirmó Josh.

—Pero... diría que tenemos más posibilidades yendo hacia el norte. No creo que los vampiros sean muy amigos del frío.

—¿Y esa teoría? —preguntó Josh, súbitamente interesado.

Jimmy sacudió la cabeza.

—Es... es un tópico en el tema de los zombis, porque son idiotas y se congelan. La mayoría de los vampiros que hemos visto son así. No creo que... consideren buscar ropa de abrigo para deambular por la nieve. Creo que allí tendremos una oportunidad.

—Escucha al chico, soldado —exclamó Jared—. Nos ha salvado el culo más de una vez con sus teorías y sus cosas frikis.

—La teoría es buena —admitió Josh.

—Y está la cosa de la población. Canadá tiene zonas enormes de terreno donde no hay nadie. No tiene sentido que ocupen esos sitios, lejos de su... su comida.

—¿Y los mataderos? —preguntó Sonia—. Si han montado allí granjas de seres humanos podrían valerse de ellas...

—No lo veo —dijo Josh—. La logística debe de ser más complicada. El frío, y sobre todo el frío intenso, requiere muchos más cuidados para su alimento. Calefacción, ropa de abrigo. Tampoco podrían cultivar mucho en la nieve, y traer comida de lejos sería otra cuestión. Demasiado lío, teniendo todo

un país vacío y zonas con climas mucho más benignos.

—California —apuntó Jared—. Los vampiros guapos van todos a California.

—Por ejemplo —exclamó Josh.

—Bueno —dijo Pip—. ¿Entonces?

Josh miró la carretera a uno y otro lado.

—No podemos ir hacia el norte ahora —declaró—. La tormenta complica mucho las cosas. Es como... haber intentado cruzar una ciudad de noche hace pocos días. Una locura, y un suicidio. Podemos... —Reflexionó durante unos instantes—. Podemos esperar por aquí, a ver si acaba. No creo que vaya a durar para siempre.

—Nada dura para siempre —dijo Laura, lúgubre.

—O podemos seguir viajando al sur buscando un clima más benigno —siguió diciendo Josh—. Tenemos que recuperar el día. Tenemos que recuperar el sol. Prepararnos. Conseguir ropas, comida, armas. Y entonces podremos plantearnos ir otra vez al norte.

Jimmy asintió.

—No sé vosotros —dijo Jared—, pero yo me comería a mi padre.

—Estamos empapados, hambrientos y exhaustos —apuntó Josh—. Busquemos un sitio seguro, apartado. Hagamos las cosas por orden. Tenemos que dormir un poco. No sé vosotros, pero yo no he pegado ojo en toda la noche.

—De acuerdo —dijo Pip—. Es un buen plan.

—Hagámoslo —decidió Josh—. Es más jodido, pero caminaremos siguiendo la carretera por el bosque. No sabemos qué podemos encontrarnos si seguimos por ella, si serán amigos o enemigos. Diría que no son tiempos para hacer amigos.

—Los guardianes —apuntó Sonia en voz baja.

—Eso para empezar —asintió Josh—. Pero creedme, he combatido en países desestabilizados, sin presencia policial o militar, y la gente, en esas circunstancias, saca lo peor de sí misma.

—De acuerdo, joder —exclamó Jared, echando a andar—. Cuánta palabrería para decir que tenemos que atravesar unos puñeteros arbustos. ¡Vámonos ya! Quiero comerme un filete, quiero sobar, coño, y quiero... ¡quiero vivir un poco, para variar! Esto de sobrevivir es peor que un puto trabajo.

—¿Has trabajado alguna vez? —preguntó Josh, levantando una ceja.

—Claro que sí, joder. Tuve un pequeño negocio de pepinos en Virginia. Buenos pepinos. ¿Te gusta el pepino, soldado? Son buenos para la memoria. Si

te meto uno en el culo, te aseguro que pasarán años y todavía lo recordarás.

Jimmy no pudo evitar reírse. Pip sonrió al oír su risa, y Josh sacudió la cabeza divertido. Solamente Laura pareció decidir continuar en su estado apesadumbrado un poco más. Pip lo percibió, y la sonrisa desapareció de su rostro tan rápidamente como había venido. Jimmy, algo rezagado con él, le puso una mano en el hombro.

—Se le pasará —dijo.

Y echó a andar.

4

Diario de Jimmy

Las cosas no van muy bien desde que escribí por última vez. Hemos perdido a casi todo el mundo, y ni siquiera puedo explicar muy bien cómo. Tampoco tengo ganas. Aún cierro los ojos y veo la sangre, los rostros muertos mirándome desde el suelo. Los mismos rostros que me sonreían cuando vivíamos todos juntos en el camión, los que me regalaron el Darth Vader en Navidad.

Tenía el Darth Vader y la mochila después de huir del camión, en el bosque, cuando los atacaron los vampiros. A no ser que esté hablando de otro camión que todavía no ha aparecido.

Hay una tormenta sobre nosotros. Es un artificio de los vampiros, algo que han creado para tapar el sol. Eso complica mucho las cosas. Hoy hemos caminado junto a una carretera durante horas. Hemos visto algunos edificios cerca, pero las puertas estaban abiertas y había señales de que los vampiros habían estado ahí, o continuaban estando dentro. No sabemos cómo funcionan, si a pesar de la falta de sol aún tienen que dormir un poco. Imagino que sí. Puede que sean monstruos, pero sus carcassas son humanas, y deben de tener sus necesidades como las han tenido siempre, y la carcassa humana necesita sus desconexiones diarias para poder desenvolverse. A lo mejor los vampiros son demonios, espíritus sobrenaturales que han poseído los cuerpos de los hombres y mujeres de alguna manera, pero esos cuerpos no pueden seguir adelante sin dormir.

Por eso no hemos entrado. Eran los primeros edificios que veíamos, pero no hemos entrado. Jared se ha enfadado. Ha preguntado que qué edificio

sería entonces el correcto, cuál nos parecería bien, pero Josh no ha sabido responder. «Ese no», ha dicho, como si tuviera una especie de intuición. Bueno, él es soldado. Imagino que hay cosas que le dan mala espina. Quizá fuera la puerta abierta, el coche tirado a pocos metros con la puerta abierta, o las maletas de viaje cerradas que estaban desparramadas por ahí, pero hemos seguido.

Es casi la hora de comer y tenemos mucha hambre. Ojalá hubiera leído alguna vez un manual de supervivencia en el bosque. Sabría al menos qué raíces chupar, si es que esas cosas existen de verdad.

Me pregunto cómo irán las cosas en otras partes del mundo.

Capítulo 9

TRAJE A TU HERMANA



1

—Es Adam —exclamó Jason, mirando el cuerpo en el suelo.

—¿Uno de tus amigos? —preguntó Liz.

—Sí.

—Lo siento —dijo ella.

Jason miraba la cara desfigurada de Adam con una expresión neutra. Había visto a otros hombres destrozados, irreconocibles, amputados. Vísceras repartidas por el suelo en un radio de seis metros, trozos de carne que podían haber salido de una carnicería llena de novatos, y había visto compañeros muertos. Pero aquel era Adam, y Adam le caía bien. Aunque no habían tenido ocasión de hablar demasiado, las pocas conversaciones que habían compartido lo habían reconciliado con la situación. Hablar con él era como pensar que el mundo aún seguía girando y que había gente que merecía la pena salvar. Jason luchaba por él y por gente como él, dondequiera que estuvieran.

Ahora, aquel bulto deforme sin rasgos reconocibles estaba tirado en el suelo. Sabía que era Adam por la ropa y los cabellos enmarañados que coronaban lo que había sido su cabeza.

Liz se agachó para examinarlo.

—Le han disparado, desde luego —dijo.

Jason asintió.

—Los vampiros no disparan.

—¿Dóberman? —preguntó Jason.

—¿Te refieres a sus guardianes? Puede ser. Es posible.

Jason miró alrededor, a los otros cuerpos caídos en varios puntos.

—Al menos es el único que ha caído, o eso parece.

—No te confíes —dijo Liz—. Pueden haberlos... convertido. A veces se llevan a los que convierten, para que cambien en un sitio seguro. Cuando pasa eso sé que necesitan soldados. Funcionan como... como un hormiguero, ¿sabes? En un hormiguero, la reina sabe qué tipo de hormigas necesitan más su reino en todo momento, y pone huevos de zánganos o de soldados según se requiera.

—Zánganos —murmuró Jason.

—Al menos parece que tus amigos lucharon, y muy bien. Hay bastantes cuerpos.

Liz se dirigió a uno de ellos.

—Disparos. Muchos —dijo—. Eso fue lo que los mató.

Jason miró también uno de los cuerpos.

—Esas heridas... Son por los disparos de Josh. No son como la de Adam.

—No. Ese destrozo tuvo que haberlo causado una escopeta. Y de cerca.

Jason se pasó una mano por el cabello, confuso.

—Hay otro cuerpo al lado de Adam, misma herida. Alguien le reventó la cabeza. Tuvo que ser Jared, es el único que tenía una recortada.

—Parece que les disparó a ambos.

—Entonces —concluyó Jason—, el vampiro debió de morder a Adam. Ahí, en el cuello, ¿ves esa herida?

Liz asintió.

—Lo mordió y... Jared no se lo pensó dos veces. Vio la herida, pensó en la situación en la que estamos, sin ninguna posibilidad de encontrar cura, y... le disparó.

—No hay cura para un mordisco de vampiro —dijo Liz—. Me gusta Jared.

—Oh, ya lo creo que te gustará, si podemos encontrarlos.

Liz miró alrededor, pensativa.

—Yo no contaría con ello, soldado. Este bosque es bastante grande. Pueden haber ido en cualquier dirección. He estado pensando en seguir las huellas, pero mira... alguien pasó por aquí, y también por allí y por ese otro lado. ¿Iban o venían? ¿Eran tus amigos huyendo o los vampiros llegando? No es fácil decirlo, y yo no soy una experta examinando huellas.

—Ya no lo hacemos —murmuró Jason—. Con las nuevas tecnologías y la ayuda de los satélites, nadie... examina huellas para encontrar nada.

Liz se encogió de hombros.

—Entonces sugiero que avancemos.

Jason no dijo nada.

—¿Estás preparado para dejar atrás a tus amigos? —preguntó Liz.

De nuevo, el soldado pareció pensarlo durante unos instantes.

—Supongo que sí —dijo—. Josh cuidará de esa gente y los mantendrá a salvo. Nosotros nos ocuparemos de otros asuntos.

—Eso es lo que quería oír —repuso Liz. Se dio media vuelta y empezó a caminar por el bosque.

Jason miró a Adam por última vez. Se preguntó si sería católico, o creyente, al menos, tal vez a su manera, como casi todo el mundo en aquellos días. Pensó que quizá debería darle sepultura, pero no tenía ni con qué cavar un agujero para sus restos, y tampoco tenían mucho tiempo. No creía, por entonces, que aquella mujer misteriosa y él mismo fuesen a representar mucha diferencia en la lucha contra lo que terminaría por llamarse la América Roja, o la Marea Roja, pero sí sabía que cada hora que se retrasasen moriría gente. Y Adam...

Bueno, Adam estaba muerto, de todas maneras.

Se santiguó torpemente y echó a andar.

2

Se habían sentado en el margen de la carretera, entre los matorrales y los árboles, para darse un descanso. Laura sudaba muchísimo, y Sonia la miraba preocupada por si era fiebre. La humedad constante de la ropa sobre la piel no podía traer nada bueno, al fin y al cabo.

—No, no es fiebre —explicó Laura—. Me pasa cuando no duermo, que sudo mucho.

—Joder, a mí me pasa lo mismo —dijo Jared—. ¿Quién iba a decir que íbamos a tener tantas cosas en común, eh?

Laura lo miró perpleja, pero acabó por soltar una pequeña carcajada.

—Tú y yo debemos de ser de especies diferentes —dijo Laura.

—¡Hombres y mujeres, encanto! —replicó Jared—. Siempre hemos sido razas diferentes, por mucho que digan sobre la igualdad y todo eso.

—El tema de la igualdad no se refiere a... —empezó a decir Laura, pero acabó por sacudir la cabeza y bajar la mirada sonriendo. Acababa de decidir que no iba a tener una conversación sobre ese tema con Jared.

—El hombre es diferente, coño —siguió diciendo este—. Estamos hechos

para la guerra, joder. Estamos hechos para golpear cosas con cosas. Somos elementales, básicos. Somos un interruptor: encendido o apagado. Esta sociedad nos ha amariconado, pero el hombre no está hecho para ir a comprar cositas o llevar a los niños al colegio. Mira a cualquier hombre que va por un parque empujando un carrito con un bebé, joder. Míralo bien a la cara y dime si no está pensando: «Pero ¿qué cojones he hecho?».

Laura asintió, poniendo los ojos en blanco.

—Sí. Seguro que en tu círculo es así —repuso.

—Yo no tengo ningún círculo, nena. Yo soy una línea. Un tío. Voy del punto A al punto B y no miro hacia los lados. A eso me refiero. Las mujeres siempre estáis pensando si será mejor ir al punto B, al C o al F. «¿Cómo se sentirán en A cuando nos vayamos?» «¿Deberíamos llevar algo como obsequio para los del punto B?» «¿Les explicamos a los del punto C que luego pasaremos a verlos también?» Tal vez nos dé tiempo a visitar X, Y y Z, si no se nos hace muy tarde. Para que no se sientan mal.

Josh soltó una carcajada.

—¡Esa es buena!

Laura arrugó la nariz.

—¿Qué? Es una tontería. ¡No tiene sentido!

—Porque eres mujer —dijo Jared—. Y no te ves desde fuera. Para un hombre es como... ¡Cojones, vamos a echar una buena meada, vamos a llegar a B de una puta vez, nos comemos unas hamburguesas y miramos a ver si hay un buen coño que follarnos!

Laura levantó los brazos, la cara convertida en una mueca de desmayo.

—¡Oh, por el amor de Dios!

Josh volvió a reír.

—¿Es así o no, Pip? —preguntó Jared.

—Eh... Bueno, en realidad no creo que...

Jared levantó una mano en el aire.

—¡Sí, claro, claro! No digas más. Te han amariconado. Pero la verdad esencial del hombre es indiscutible, pelazos. Queremos llenar la barriga y queremos fo... llar. Y todo lo demás son zarandajas.

Jimmy sonreía.

—¿Tú qué dices, chico?

—Eh... Yo prefiero no opinar sobre ciertos temas —contestó risueño.

Esta vez fue Jared quien soltó una carcajada.

—Claro. Hay damas delante. Chico listo. No digas nunca nada delante de

ellas que les pueda hacer pensar que eres un interruptor, aunque lo seas. Porque no les gusta. Es por su ego desmedido, chico. Les gusta pensar que han cazado a un hombre interesante, inteligente, duuuulce y lleno de dones, aunque en el fondo quieren lo mismo que nosotros: un poco de *rock and roll* cuando se apaga la luz, y más te vale que sea rock del bueno, chico.

—Oye, patán —dijo Laura—. Deja al chico en paz.

Jared hizo una reverencia, fingiendo levantar un sombrero que no estaba ahí.

—Luego te contaré cosas sobre cómo ligar, muchacho. ¡Los secretos que funcionan de verdad! Hay una táctica para cada tipo de mujer, porque aunque ellas se crean muy especiales y diferentes, solamente hay cinco tipos de mujeres, no hay más. Y con cada tipo funciona una cosa distinta.

—¡Oh, cállate ya! —protestó Laura—. ¡Lo que me faltaba por oír! ¡Me extrañaría muy mucho saber que alguna vez has conseguido ligar con alguna mujer, visto lo visto!

—Cielo —contestó Jared, fingiendo estar ofendido—, a este hombre que tienes delante nunca..., y digo nunca, le ha faltado compañía femenina cuando la ha necesitado. —Se volvió como buscando confidencialidad en Jimmy y le susurró—: Algún día te contaré la historia de este chaleco.

Jimmy sonrió, intrigado.

—Espera... —dijo Laura de repente—. ¿Oís eso?

—Correr de agua —dijo Josh—. Estaba escuchándolo ahora.

—Sí. Eso es. Es murmullo de agua corriendo —exclamó Laura.

Se levantaron y se movieron por los alrededores, escuchando y buscando.

—Aquí —dijo Sonia—. Hay un riachuelo.

Había un riachuelo que discurría mansamente entre las piedras del suelo, húmedas, oscuras y cubiertas de verdín. El curso del agua había socavado la tierra y formado un pequeño canal no más profundo que un dedo.

—Agua —dijo Pip—. ¡Por fin!

—Eh... Quieres decir... ¿Vas a beberte eso? —preguntó Sonia.

Josh se había adelantado un poco y estaba señalando una boca de tubería, similar al desagüe de una alcantarilla.

—Parece más bien un desagüe —dijo Josh—. No creo que sea buena idea beber de ahí.

—Pero el verdín... —insistió Pip—... ¿no era señal de que el agua es buena? Miradla. ¡Es cristalina! No huele. Diría que es agua de lluvia que se canaliza por aquí.

—Qué asco, Pip —exclamó Laura.

—Joder, tío —masculló Jared—. ¡Bébetela ya y déjate de rollos! Te observaré muy atentamente. Si te pones amarillo vómito, sabré que el agua está jodida.

—No, en serio —intervino Josh—. Puede haber... una rata muerta en la tubería. O un cadáver reseco y lleno de bacterias un poco más arriba. Lo que no sería raro, dadas las circunstancias.

—Cierto —asintió Laura.

—Si la situación fuera un poco más crítica —apuntó Josh—, podríamos considerar arriesgar un poco. O hervirla de alguna manera. Pero no hace tanto que bebimos; nadie va a deshidratarse, eso seguro. Además, sería bastante tonto arriesgarnos y encontrar un súper lleno de botellas de agua mineral un poco más allá.

Pip asintió.

—Tienes razón —dijo. Pero seguía mirando el agua con cara de pesadumbre. Lo atraía su aspecto limpio y las pequeñas filigranas que describía cuando chocaba contra una piedra y encontraba, otra vez, su camino. La palabra que le venía a la mente era *risueña*. El agua era, de algún modo, risueña en su camino por los pequeños canales, en medio de la naturaleza, aunque hubiera salido de una cañería—. Siempre me ha gustado ver el agua correr. Cuando estaba en casa fregando cacharros no podía evitar coger un vaso y beber un poco.

—Pues toda para ti, friegaplatos —dijo Jared—. Yo buscaré algo mejor a la primera oportunidad, eso seguro.

—Bueno, ya que estamos todos en pie, ¿continuamos? —sugirió Josh.

—Continuamos —asintió Sonia.

Pip suspiró largamente mientras reanudaban la marcha.

—¿Y ese suspiro? —preguntó Laura a su lado—. ¿Tantas ganas tenías de beber agua?

—No es eso —exclamó Pip—. Es esa sensación de... no saber.

—¿De no saber el qué?

—De no saber. No sabemos qué encontraremos ahí delante, tras la curva, por ejemplo. A lo mejor damos con algo bueno, o a lo mejor es algo que... no querríamos haber encontrado. Es esa sensación, cuando miraba el agua, de preguntarte si será la última vez que veo algo como esto. Algo como... todos estos árboles, o el discurrir de agua entre las piedras.

—Ah —dijo Laura.

—Lo siento, no quería...

—No, no. Tienes razón. La tienes. Y creo que... es bueno darse cuenta de que las cosas son así. Así están. Y supongo que cada paso que damos, cuenta.

—Cada paso cuenta —repitió Pip con una sonrisa.

Pero era una sonrisa afligida.

3

Lo que no esperaban, por cierto, llegó de improviso por la carretera. No era extraño que un vehículo o un grupo de vehículos circulara por la carretera, desde luego, pero habían caminado tanto tiempo a solas que casi habían olvidado que, no hacía tanto, los coches recorrían casi constantemente cualquier carretera de los Estados Unidos.

Lo oyeron llegar con bastante antelación, porque las máquinas hacían un ruido espantoso y avanzaban despacio, así que se ocultaron detrás de los árboles y se miraron unos a otros, llenos de interrogantes.

—Vale —dijo Jared—. Yo aún tengo balas. Podemos detenerlos y quitarles los carros.

—¿Qué? —graznó Sonia—. Jared, ni en un millón de años.

Jared compuso una expresión de extrañeza.

—¡Necesitamos un coche! —exclamó.

—Eso no son coches —dijo Josh—. Suena a... Suena como un tanque, de hecho. En todo caso, suena a orugas de tracción.

—¿Excavadoras? —preguntó Jimmy.

—Eso es. Algo así es más probable que un tanque —afirmó Josh.

—Mi chico es listo —exclamó Jared.

—Pero no vamos a ponernos a la vista hasta que los veamos pasar y comprobemos de qué se trata —dijo Josh—. Olvida eso de asaltar diligencias.

—Necesitamos un puto transporte —insistió Jared.

Josh señaló hacia arriba con un dedo, sin apartar la mirada de él.

—Seguimos bajo la tormenta —dijo—. ¿Recuerdas? Puede ser un convoy de vampiros. O de dóberman hipnotizados. O un grupo de paramilitares zumbados que llevan una excavadora al frente para apartar vehículos de las carreteras. Y los paramilitares zumbados pueden ser los peores.

—Ya te entiendo —asintió Jared—. Entonces...

—Entonces nos quedamos quietos y callados y los vemos pasar. Van muy despacio, ni siquiera se les ve venir todavía. Miramos de qué se trata, quiénes

son y cuántos vehículos llevan, y decidimos si seguimos ocultos o ponemos todas las cartas sobre la mesa.

—De acuerdo —dijo Jared, algo nervioso—. ¡De acuerdo, vale!

—Jared... —insistió Josh—. Quédate quieto y tranquilo, ¿vale?

—¡Sí, coño, joder! No he llegado hasta aquí haciendo el pollas.

Josh asintió.

El sonido del convoy continuó aumentando a medida que pasaban los segundos hasta convertirse en un estruendo ensordecedor. Para entonces, Josh tenía claro que no se trataba de paramilitares, y mucho menos de un transporte con supervivientes. Con la tormenta encima y los vampiros pululando por todos lados incluso a pleno día, nadie habría sobrevivido demasiado tiempo. Mucho ruido. Muchísimo. Los que hacían avanzar esos vehículos estaban muy seguros de que se movían sin correr ningún riesgo de ser atacados. En ese momento, el ruido ya era demasiado fuerte, así que Josh hizo una señal con la mano para que se mantuvieran quietos y callados, solo para asegurarse. Sonia y Jimmy asintieron a la vez.

Lo que llegaba por la carretera, como Jimmy había dicho, era una excavadora de gran tamaño. La pala delantera estaba levantada, herrumbrosa y llena de trozos de tierra pardusca pegados a los impresionantes dientes de acero. Sus ruedas enormes tenían la altura de un hombre, y giraban con dificultad mientras, de vez en cuando, una neblina salía despedida en vaharadas blancas.

Josh se esforzó mucho para tratar de ver desde su posición quién conducía la máquina. Era un hombre, desde luego, pero un hombre normal solo hasta donde podía decir. Un americano como los que solía haber por todas partes un día cualquiera, vestido con un chaleco verde y una gorra de publicidad con el logotipo de alguna empresa. En otras circunstancias no le habría llamado más la atención que ver a una camarera sirviendo café en un bar de carretera: un trabajador de la construcción más. Pero Josh pensó en dóberman, gente hipnotizada que luchaba intentando salvar a los vampiros porque... porque habían sido preparados para ello. Y esa gente no tenía signos externos que delatasen su condición. Ojalá hubiese sido así. Eso habría facilitado las cosas.

Luego vio el resto del convoy.

La excavadora estaba ya cerca cuando descubrió los vehículos que venían detrás. Varias excavadoras más pequeñas, de un tipo que no había visto jamás, pero con el distintivo color amarillo del equipamiento dedicado a la construcción. Y camiones. Camiones sin lonas cobertoras para la carga donde se hacinaban montones de personas. Josh los vio pasar con los ojos y la boca muy

abiertos. Gente que se mantenía en pie, unos al lado de otros, apretujados, y la mirada perdida, ida, como si fuesen maniqués. Josh había viajado en camiones llenos de soldados. A pleno sol, sabía cómo se viajaba en esos sitios. Los hombres se sientan, apoyan el brazo los unos en los otros, se recuestan sobre el borde del camión para descansar el cuerpo, giran la cabeza, señalan, alguno mueve los brazos haciendo grandes aspavientos porque están contando algo divertido, otros ríen, y alguien más lanza una vaharada de humo porque se está fumando un cigarrillo. Pero aquellos hombres no. Con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y esas expresiones neutras en el rostro, no podían ser más que...

«Vacas», pensó.

Así era como Sonia y el resto de su gente los habían llamado. Vacas. Hipnotizados. El tipo de gente que los vampiros mantenían en un estado casi vegetativo para alimentarse de ellos.

Y si eran vacas, estaban siendo transportadas por vampiros, eso seguro. Josh sabía cómo se comportaba una vaca cuando la sacaban de su zona de confinamiento, lo había visto muchas veces. Lloraban, pataleaban, gimoteaban y gritaban cuanto más se las alejaba del lugar donde las habían ubicado los vampiros. Aquellos hombres y mujeres permanecían dóciles en sus compartimentos, seguros de que aquel era el lugar donde debían estar. No se trataba de un transporte de salvamento para llevar a gente hipnotizada a algún sitio seguro donde tratar de sacarlos de su estado: estaban siendo conducidos por vampiros atendiendo a un plan de los vampiros.

Miró brevemente al resto, solo para asegurarse de que esa visión no iba a hacerlos salir de sus escondites. En particular lo preocupaba Laura, y, en última instancia, Pip. Laura podía ser un volcán emocional en ocasiones, y no conseguía olvidar el estrés de los acontecimientos más recientes, el hecho de que había dormido poco, o nada, y que no habían comido ni bebido nada en las últimas veinticuatro horas. Pero todos miraban con expresiones espantadas, sin poder apartar la vista de los camiones. Tres, cuatro camiones, seis... Cuando habían pasado diez, perdió la cuenta. La hilera era enorme; una procesión interminable que circulaba a poca velocidad, lo que hacía que el desfile jugase con sus sentimientos. Sentían miedo, tristeza y pesadumbre, todo a la vez. En ocasiones, entre el resto de los vehículos, pasaba un camión con techo, o con una lona improvisada que cubría la carga. Josh pensó que ahí podían viajar vampiros. Aunque ya no les hacía falta protegerse del sol, la intuición le gritaba que en esos camiones estratégicamente distribuidos entre los demás había vampiros.

Cuando terminaron de pasar, Laura saltó la primera, dando unos pasos al frente y colocándose junto a la carretera.

—¡Eran... eran hombres y mujeres sometidos!

—Laura... —empezó a decir Josh.

—¡Pip! ¡Así estuvimos nosotros, Pip!

—Lo sé, Laura, yo...

—¡Tenemos que ayudarlos!

—Un segundo —dijo Josh—. Sabía que ibas a decir esto, pero... míranos. No podemos...

—¡Están hipnotizados! —lo interrumpió Laura—. ¡Creen que están en un lugar maravilloso, y es una mentira!

Pip bajó la cabeza.

—No creo que podamos hacer nada ahora mismo, Laura —dijo Sonia, adelantándose y poniéndole una mano en el hombro.

—¡Pero tenemos que hacerlo! —insistió Laura.

—No tenemos armas, ni equipo suficiente para hacer frente a un despliegue así.

—¡Vamos, eran hipnotizados! ¡Solo eran hipnotizados!

—¿Y quién conducía los camiones? —preguntó Josh—. ¿Y qué había en los camiones con techo? No lo sabemos. Sospecho que los vampiros no arriesgarían un convoy como ese. Deben de tener protección, aunque no los hayamos visto.

Laura se volvió hacia Pip, los ojos embargados de preocupación y súplica.

—¡Pip!

Este negó con la cabeza.

—Lo... lo siento, Laura —dijo en voz baja—. Creo que... Josh tiene razón.

—Escucha —dijo Josh—, sigamos con nuestro plan. Sigamos avanzando hacia el sur. Recuperémonos. Hagámonos fuertes otra vez. Luego ya veremos qué podemos hacer para... equilibrar esto un poco.

—¿Equilibrar? —graznó Jared, y soltó una carcajada—. Amigo, vas a tener que invadir el Planeta de los Vampiros en la órbita de Saturno para compensar este desastre. ¿Vamos a equilibrar este genocidio? ¡Sí, seguro!

Sonia le dirigió una mirada dura.

—La pregunta quizá no es si podemos hacer algo ahora o después —exclamó Jimmy de repente—. La pregunta es... ¿para qué era todo eso?

—Esa es la pregunta, sí —dijo Josh.

—Lo he estado pensando mientras pasaban —dijo Sonia—. Pero no se me

ocurre gran cosa. Tenían varias excavadoras y máquinas de construcción pesadas. Las he visto antes, en grandes obras.

—Sí —asintió Josh.

Laura seguía mirando la carretera con los puños apretados. Todo su ser la empujaba a lanzarse a por el convoy y tratar de detener los camiones. Incluso si solo podía detener uno, el camión de cola tal vez, eso supondría... ¿treinta, cuarenta personas salvadas? Si podían interceptar dos, serían ochenta. Ochenta personas que se salvarían de ser succionadas poco a poco, de llevar una vida de trabajos forzados, cultivando o haciendo lo que ellos quisieran que hicieran; personas encerradas en una jaula de oro mental, pero prisioneras al fin y al cabo. Personas engañadas, seducidas por la elaborada mentira del vampiro.

—Están construyendo —dijo Sonia.

—Tal vez sea... un lugar para los hipnotizados —apuntó Jimmy.

—No lo creo, Jimmy —repuso Sonia—. Tienen toda América llena de edificios vacíos. Tienen cárceles, grandes bloques de oficinas, naves industriales, complejos turísticos, villas... tienen de todo. Lo que sea que estén construyendo no lo encuentran en ninguna otra parte.

Jimmy asintió despacio.

—Creo que tienes razón —susurró pensativo.

—Están construyendo Vampirolandia —dijo Jared de repente.

—¿Qué? —preguntó Josh.

—Vampirolandia, joder. ¿Habéis visto alguna vez a uno de esos vampiros que hipnotizan? No la escoria animal que nos atacó en el bosque, sino uno de los vampiros gordos.

—Un vampiro maestro —dijo Jimmy.

—Lo que sea —respondió Jared—. Esos que tienen ojos como carbunclos y te hipnotizan y te dejan el cerebro como un cenicero.

—No... —dijo Josh—. No, claramente no. No estaríamos aquí.

—Bueno, yo sí vi uno. Uno de esos vampiros que te miran y te hacen entrar en el Reino Mágico de los Espejitos Jodementes. Eso hacen, te joden la mente.

—¿Qué? —exclamó Josh—. ¿En serio? ¿Cómo... cómo escapaste?

—Eso da igual, nene —dijo Jared—. Básicamente le cayó un helicóptero encima antes de que pudiera hipnotizarme del todo, pero eso no importa. Sé que están construyendo Vampirolandia porque cuando él me miró, yo lo vi a él, ¿y sabéis lo que vi en aquel hijo de puta transformado en un monstruo, como hacen a veces?

—¿Qué? —preguntó Jimmy, repentinamente fascinado.

—Arrogancia —susurró Jared, pronunciando con cuidado cada sílaba—. Aquel hijo de puta estaba ahí, delante de mí, y vi arrogancia en la pose de su cuerpo y en la jodida fortaleza de su mente. Era como: «Está hecho, ¿vale?, voy a hacer que seas mío ahora y por toda la eternidad, y voy a hacerlo en un ratito porque, joder, tengo mucha más gente que convertir esta noche para cubrir mi cuota, así que deja de revolverte, puto gusano».

—Arrogancia —repitió Sonia—. Vale, pero no entiendo, ¿qué...?

—Ese hijo de puta se sabía superior, señorita agente de policía —continuó Jared—. Ni siquiera se sentía humano, y por cómo se transformó, diría que estaba en todo su derecho de sentirse así. Me miraba como un negrata cabrón de ciento cuarenta kilos mira un Whopper. Me miraba como se mira un trozo de masa de pizza a la que sabes que vas a moldear como te dé la gana para darte luego un atracón de miedo. Sabía que era cosa de unos instantes, una mera formalidad. No hubo lucha, ni posibilidad de lucha, solo un proceso inevitable con una conclusión que no admitía duda. Y recordando aquella mirada, he sabido para qué son las máquinas de construcción. No quieren vivir escondidos en nuestros sótanos, dentro de nuestros armarios, en naves industriales cutres con las ventanas tapiadas. No los monstruos sin cerebro que corren como gilipollas por ahí y se lanzan hacia ti mientras les estás disparando, jodida carne de cañón de vampiros; los otros, los más poderosos, quieren construir algo hecho para ellos. A lo mejor les gusta vivir dentro de un huevo de mármol, o una puñetera cripta de piedra pulida en el subsuelo, no tengo ni puta idea, pero ahora que tienen la tormenta salvándoles el culo, esos hijos de puta quieren su propio tugurio.

Sonia asintió.

—Eso tiene sentido —dijo Jimmy.

Laura se volvió de repente.

—Tusla Edron —exclamó, con la boca repentinamente seca.

—¿Qué? —preguntó Sonia.

Pip abrió mucho los ojos.

—Joder, sí —susurró—. Tusla Edron...

—Vale —dijo Josh—. ¿Qué es... Tusla Edron?

—Joder —dijo Pip, llevándose una mano a la frente y mirando al suelo como si este se hubiera convertido en oro puro—. No lo recordaba...

—Cuando... estuvimos conectados a la colmena —explicó Laura empleando un tono de voz bajo—, sentimos cosas, vimos cosas, oímos cosas, aunque no fuera con los oídos, sino en capas dentro de la mente. No sé, es como

cuando piensas en varias cosas a la vez, en segundo plano. Están ahí pero no puedes traerlas a la mente consciente.

—En mi vida he pensado en varias cosas a la vez —soltó Jared.

—Te entiendo —se apresuró a decir Sonia—. Sigue.

—No había podido pensar en ello de manera consciente, pero cuando Jared ha puesto sus ideas sobre el tapete, de repente me he acordado...

—Me ha pasado lo mismo —dijo Pip—. Has dicho... Tusla Edron... y la imagen me ha venido a la cabeza como si... como si la hubiera visto con mis propios ojos.

—Vale —dijo Sonia—. Lo hemos pillado. Pero ¿qué es Tusla Edron?

Laura se miró las manos.

—Lo que ha dicho Jared: Vampirolandia —susurró—. Es el nombre de la ciudad donde los vampiros vivían antes... hace... hace... —puso los ojos en blanco—... hace tanto, tantísimo tiempo... tanto tanto... tiempo...

—Una ciudad... —exclamó Sonia pensativa.

—Era... era hermosa —exclamó Pip—. Una ciudad blanca, gris, y negra, llena de altas torres que apuntaban al cielo como lanzas, llena de puentes de piedra que iban de una torre a otra y...

—Y ventanas y arcos y puertas en las torres —susurró Laura.

—¡Sí, exacto! —exclamó Pip con la mirada perdida, como si estuviera concentrado en sus recuerdos, escarbando en los retazos que iban acudiendo para completar la visión que se formaba en su mente.

—Puertas que se abrían en los muros altos y que daban al abismo porque... porque...

Pip abrió mucho los ojos.

—Porque antes —susurró— los vampiros podían...

—Podían volar —exclamó Laura.

Jared soltó un graznido agudo.

—¿Qué? ¡Vampiros voladores! ¡Que me coman la polla!

Josh sacudió la cabeza.

—Un momento —dijo—. ¿Estáis seguros de eso? Quiero decir... ¿hasta qué punto puede ser... real?

—No podemos saberlo —intervino Jimmy—. Ya había pasado antes, ¿no? Quiero decir... los vampiros os dejaron ver lo que querían que vierais y os manipularon para liberar a... a ese vampiro...

—Alkibiades —susurró Laura, y se estremeció.

—Sí, a Alkibiades. ¿Y si eso que visteis también era un engaño?

—No lo sé —manifestó Laura, súbitamente metida en sí misma, la cabeza algo hundida entre los hombros.

—No parece... un engaño —exclamó Pip.

—¿Dónde estaba esa ciudad? —preguntó Josh.

—No lo sé —respondió Laura.

—Si existió hace tiempo, ¿cómo es que ningún historiador la menciona, o para el caso, el propio vampiro?

—Si Adam estuviera aquí —declaró Sonia—, diría que la historia está incompleta y es subjetiva. Sabemos lo que nos han dejado en unos pocos escritos, en épocas donde el rigor documental era algo tan irreal como Papá Noel.

Josh asintió.

—Bueno —dijo—. Vale. De acuerdo. De todos modos, sea verdad o no, no sé cómo nos ayuda eso.

—Tusla Edron —dijo Jared—. Hay una ciudad llamada Tusla, en Irlanda.

—No creo que... tenga que ver —repuso Sonia.

—La verdad, me relame mi soberana tranca —exclamó Jared—. ¿Sabéis qué? Mejor. ¡Mejor que mejor! Que traigan hipnotizados de todas las partes del país, si quieren, o del mundo, ya puestos. ¡Que los junten a todos en un solo sitio y que empiecen a construir su puta ciudad gris! Mejor para nosotros, ¿vale? Necesitarán un huevo de vampiros para vigilar todo ese cotarro, y eso significa menos vampiros en cualquier otra parte.

—Es verdad... —susurró Jimmy.

—Pues eso me vale —dijo Josh—. Son buenas noticias, entonces.

Sonia sacudió la cabeza.

—No lo sé —repuso, ahora bajando el tono—. No sé si es buena noticia cualquier cosa en la que estén involucrados los vampiros.

—¡Es buena noticia, señorita agente de policía! —exclamó Jared—. ¡Coño que sí! Venga. ¡Movámonos! Vamos hacia el puto sur. Pillaremos unas cervezas en el primer maldito sitio que veamos.

—Cervezas —repitió Sonia.

Pero no. Sonia no podía encontrar consuelo en la noticia de que los vampiros estuvieran dedicando esfuerzos conjuntos y mayúsculos en construir algo. Había sido policía muchos años y había aprendido a adiestrar su instinto, y este le decía..., no, le gritaba que aquello estaba lejos de ser una buena noticia.

—Tusla Edron —susurró en voz baja.

Y echaron a andar.

Elexia , dijo.

Mi Señor , respondió Elexia de inmediato.

Necesitamos al menos a dos de los Nueve .

Lo sé .

Nuestra supremacía es ya indiscutible, pero deben despertar .

Lo sé, mi señor .

Veo que... ya te estás... ocupando —dijo él complacido.

Por supuesto. Despertarán y se reunirán con nosotros. Pronto .

Cuando lo hayas hecho, reúnete conmigo aquí, en la fundación de Tusla Edron .

Elexia, desde su salón en Villa Vanidad, se estremeció con placer.

Lo estoy deseando, mi amante señor .

Elexia... —susurró la voz en su mente. El susurro hizo que el viento golpeará las ventanas del salón, provocando que los cristales se estremecieran. Elexia cerró los ojos y sintió su poder, el poder de él, recorriendo su cuerpo como una carga eléctrica. Compuso una sonrisa en sus labios, que recorrió en anticipación con la punta de la lengua—. *Ya veo la hora .*

La hora de... la Unión —dijo ella.

El viento ululó con fuerza en los aleros de Villa Vanidad.

El paisaje cambió de repente tras doblar un recodo; los árboles se dispersaron y dieron lugar al comienzo de una planicie donde la pequeña carretera que venían recorriendo desembocaba en una autopista ancha con cuatro carriles. Allí asentada, en mitad de la nada, había una gasolinera, y el mayor caos de coches que hubieran podido ver con sus propios ojos desde que recordaban.

—Madre mía —exclamó Sonia.

—Parece un autocine —dijo Jared—. ¿No eran geniales, los autocines?

—No es un autocine —exclamó Pip—. Es... Es una pesadilla.

Había coches arracimados alrededor de la gasolinera, por todas partes, tan pegados unos a otros que era sencillo adivinar lo que había ocurrido. Gente que necesitaba combustible había acudido en masa a la gasolinera, solo para encontrarse con que los depósitos subterráneos estaban ya agotados. Maniobrar para salir de allí había sido imposible, y mirando la escena, Pip estuvo seguro de

que los que llegaban iban empujando a los de delante y terminaban por consumir el espacio mínimo entre vehículos. Había muchas puertas abiertas, la mayoría, y grandes montañas de maletas y equipaje en general apiladas en un confuso barullo. El suelo estaba lleno de basura y porquería. Había bolsas, ropa sucia y desmadejada, objetos de todo tipo, papeles, ramas secas y hojas que el viento había arrastrado hasta topar con algún vehículo, bidones y garrafas de plástico por doquier, y también cadáveres. Caídos entre los coches, de algunos de ellos solo alcanzaban a ver un brazo, o un pie descalzo y sucio que asomaba por alguna parte.

—Es una pesadilla —dijo Jimmy, impresionado.

Habían visto algo de caos con anterioridad, sí, pero nada como aquello.

Jimmy pensó, por unos instantes, que estaba viendo un tráiler del futuro, en lo que acabaría convirtiéndose el mundo si nadie conseguía frenar a los vampiros. De lo que viviría y vería si podían ingeniárselas para seguir vivos: escenarios sacados de una película postapocalíptica, con coches abandonados que ya habían empezado a oxidarse, las ruedas reventadas o deshinchadas, los techos castigados por el sol en toda la franja meridional del país; la vegetación asomando entre las grietas de un asfalto cada vez más castigado por el paso del tiempo y las inclemencias del clima, y cadáveres putrefactos descomponiéndose en los lugares más insospechados. Gusanos. Insectos. Mal olor. Enfermedades. Viendo aquel escenario, Jimmy pensó que tendrían que vivir numerosas dificultades que no implicaban directamente a los vampiros; una eran las enfermedades, por supuesto, y la carencia cada vez más acuciante de medicinas. Otras cosas eran difíciles de calcular...; cosas como los depredadores naturales. Sin la presencia sempiterna del hombre, ¿cuánto tardarían los lobos en bajar de las colinas o escapar de su confinamiento en los parques naturales para recorrer las calles de las ciudades? ¿Y los osos? Los lobos eran una cosa, pero los grandes osos pardos americanos eran otra.

Sacudió la cabeza con desesperación.

—No entiendo lo que veo —dijo Laura—. Me refiero a las maletas. Las montañas de maletas.

—Pillaje —dijo Josh.

—¿Pillaje?

—Alguien ha ido sacando las maletas de los coches y revisando su contenido. Al hacerlo, las ha ido lanzando a la pila.

—¿Cómo? —preguntó Laura, confusa.

Sonia asintió.

—Tenemos una situación de caos —exclamó.

—¿Quién... quién haría eso?

Josh la miró con una ceja levantada.

—Apuesto a que fue después, cuando la gente dejó los coches por alguna razón, abandonando su equipaje o parte del mismo. Después, probablemente cuando las carreteras estaban ya vacías, o casi vacías, llegaron los saqueadores. Gente que vaga por ahí, entra en las casas abandonadas, recoge comida o... cualquier cosa que consideren de valor.

—Whisky, tabaco, preservativos... —concluyó Jared.

—Oh —dijo Laura—. Pero... ¿quién dejaría las maletas en...?

Sonia negó con la cabeza.

—Creo que es fácil imaginar lo que ocurrió aquí.

—Laura, chica... —exclamó Jared—. No te veo muy puesta en la naturaleza humana.

—No, y no creo que quiera ilustrarme sobre eso —soltó ella.

—Pues entonces mejor que no te cuenten nada.

—No, quiero saber —replicó ella.

Sonia suspiró.

—Imagino que al principio la gente empezó a venir aquí para repostar. Por entonces debía de haber gasolina, y también electricidad, o los surtidores no habrían funcionado. Los coches venían de todas partes, así que muy pronto, alguien nervioso intentó colarse acercando su coche por el otro lado. Seguramente llevaba garrafas para llenarlas de combustible, y puede que intentara comprar el turno a aquel a quien le tocara; imaginaos a alguien con un puñado de billetes en la mano. Tal vez entonces los que estaban esperando se pusieran más nerviosos todavía. Quizá habían estado en otras gasolineras y sabían que llenar el depósito era ya un problema, así que acercaron sus coches aún más y terminaron por darse unos con otros. Tal vez algunos abandonaran la fila para intentar aproximarse por un lateral. La gasolina era..., bueno, la única manera de alejarse de la zona, así que...

—Pero... ¿adónde pensaban ir, si en todas partes ocurría lo mismo? —preguntó Laura.

Sonia se encogió de hombros.

—Tal vez al oeste. Sabemos que todo empezó en el este del país. O al norte, o a México. O tal vez lo contrario; tal vez pensaban dirigirse hacia donde todo estaba empezando a joderse para recoger a seres queridos. A lo mejor uno de sus hijos adolescentes estaba estudiando en Nueva York... ¿Te imaginas la

motivación de un padre que quiere sacar a su hijo de una barbarie como la que se relataba en las noticias aquellos días?

—Sí —dijo Laura.

—Esa situación ya debió de ser bastante grave —dijo Sonia—. Soy policía, lo sé. No te imaginas lo que la gente puede hacer por unos litros de agua cuando se anuncia una temporada de tornados o cualquier otra cosa. La gente mata por unos sobres de sopa.

—Y por nada —exclamó Jared.

—Luego sería peor. Pongamos que la gasolina se agotó primero. Para entonces, la gasolinera ya era un caos. Gente pegándose, etcétera. Tal vez alguien sacó una pistola. Por entonces la policía estaba muy ocupada enviando refuerzos a las zonas de conflicto o controlando las fronteras del estado, solucionando emergencias... Imaginad las llamadas, la tensión, las acciones de un país asustado. Supongo que alguien pudo haber machacado a golpes a su vecina porque vestía como una gótica, le gustaba llevar colmillos postizos o se maquillaba a diario con tonos pálidos y ojeras. Lo que sea. Esas cosas pasan. Cualquier situación de emergencia genera una caza de brujas desquiciada en muy poco tiempo.

Laura se llevó una mano a la boca.

—Entiendo —dijo.

—Pero sin gasolina, las cosas solo pudieron ir a peor. Imaginad a alguien mirando con envidia el coche de al lado. Aquella caravana de allí, por ejemplo... —dijo señalando—. Tienen depósitos grandes, y es más que posible que guarden garrafas adicionales en el interior. Alguien pudo querer robar la gasolina de otros coches, o de esa caravana, y el caos estalló por todas partes.

—Jesús bendito —exclamó Laura—. Y todo por... la gasolina....

Jared soltó una carcajada.

—Hay más sangre vertida por la gasolina que por cualquier otra cosa en la historia de la humanidad, pelirroja —exclamó.

—Lo sé, lo sé, ¿vale?, pero...

—Gasolina. Medicinas. Comida. Agua —continuó Sonia—. Yo qué sé. Una caja de donuts o un billete de avión a España aun cuando los vuelos se cancelaron muy rápidamente. La gente es imbécil. Y si además es violenta, tienes sangre asegurada. Y la violencia... La violencia se contagia. He visto papás barrigones y calvos abofetear a alguien más de diez veces por segundo solo porque se había llevado la última caja de su marca favorita de chocolate. Lo abofeteaba porque nunca había usado los puños.

Jimmy miraba la escena mientras escuchaba sobrecogido.

—¿Puedo seguir yo, señorita? —preguntó Jared, divertido—. Creo que mi mente es más sucia que la tuya.

Sonia puso los ojos en blanco.

—Imagina que unos pavos se hicieran con el control de la gasolinera. A lo mejor ni se conocían, ¿vale?, pero durante las refriegas habían visto quién pegaba bien y quién no, y quién tenía los huevos más grandes. La gasolina se había acabado, o se había ido la puñetera luz, sí, pero como ha dicho la señorita agente de policía..., joder, había mogollón de coches con *gasofa* en sus entrañas, ¿vale?, y eso era mucho más que autonomía para ellos; era... pasta. Pasta o intercambio de cosas. Quizá uno de esos chicos, con los huevos llenos de estrés, estuviera pensando en cambiar unos litros por una buena mamada.

—Oh, Jared —exclamó Sonia.

—Si no has pensado eso no eres policía —soltó Jared.

—Lo sé, lo sé, pero...

—Bueno, lo que sea. Así que se hacen fuertes, tienen armas y se miran unos a otros como diciendo: «Coño, lo molamos todo. Tenemos el puto tinglado controlado y vamos a ser los Freddie Mercury de la gasolina en todo el puto condado». Mirad aquel cartel de allí, al fondo. Está colgando entre la farola y la fachada.

—¿Qué cartel? —preguntó Josh, curioso.

—Coño. Allí al fondo —dijo señalando—. Está prácticamente roto por el viento pero aún se lee.

Jimmy asintió.

—Lo veo —dijo.

—Sí, yo también —susurró Sonia.

—¿Qué pone, chico? —preguntó Jared sonriendo.

—«COMIDA POR COMBUSTIBLE» —leyó—. Eso pone.

—Eeeeeexacto —exclamó Jared satisfecho—. Cuando acabaron con todas las galletitas, las patatitas, el pan, las latas y toda la mierda que venden en las gasolineras, pensaron: «Hey, no podemos dejar esta mina de oro desatendida. Tenemos pasta, pero no podemos ir y comprar una pizza de anchoas. ¿Qué vamos a comer ahora?». Y alguien dijo: «Siempre tendrás mi polla si te apetece comer algo», y alguien más dijo: «Oye, intercambiamos gasolina por comida, ¡por mucha comida! Y no esas mierdas que solo sirven para cocinar como arroz en paquetes o las putas judías mexicanas tocapelotas: comida de verdad. Que nos traigan buena comida americana, que nos traigan perritos calientes, un puto

Whopper, o una pizza a reventar de buen queso. ¿Qué os parece? Así podremos comer mientras conservamos el sitio y continuamos nuestro pequeño negocio».

—La pizza es italiana —observó Jimmy.

—Chico, esto es América. Nada es de aquí realmente, ni siquiera tenemos mucha historia propia, pero cuando algo nos gusta, ¡hey!, nos apropiamos de ello o hacemos nuestra propia versión y nos olvidamos del origen. ¿Italia? ¿Qué es eso? Joder, si es ese país donde mi puto exmarido iba a follar. Coño, menos mal que lo desangré con el acuerdo de divorcio, ese cabronazo pichafloja. Italia, ¿no es allí donde mi abuelo luchó contra los nazis fascistas? Esos cabrones. Mira, chico..., la mayoría de los americanos piensan..., o pensaban..., que la pizza es americana. Puede que incluso el nombre les resultara tan americano como Hollywood o el estadio de los Yankees.

Josh sonrió sin que nadie lo advirtiera, mirando el suelo con la mirada perdida. Jared podía ser un mal hablado y un elemento que había que tener vigilado, sobre todo cuando las cosas se ponían grises, pero conocía bien a la gente, o el lado oscuro del alma de la gente.

—Joder —graznó Laura, que ya empezaba a estar un poco harta de la historia.

—En fin —continuó diciendo Jared—. Así fue. Puedo ver este pequeño modelo de negocio repetido por toda América. La gentuza es la que sobrevive, Jim, muchacho. Se quedan con los supermercados, las farmacias y hasta las pequeñas tiendas porno si ven que hay interés por las pollas de látex y los condones con sabor a mango. Y ya que tocamos el tema, chico, estoy seguro de que en alguna parte intercambian antibióticos, o insulina, o cualquier mierda esencial por una pequeña exploración vaginal utilizando el instrumento que nos ha traído de cabeza desde que dejamos de saltar de rama en rama, hace demasiados lustros: la polla.

—Jared, por el puto amor de Dios, controla tu boca.

—El chico ya es mayor, coño —dijo Jared.

Pero Jimmy apenas había prestado atención a la última parte de la exposición de Jared. Pensaba en otra cosa. Pensaba, y lo dijo.

—Hasta que llegaron los vampiros —declaró, lúgubre.

Jared chascó la lengua, lo apuntó con un dedo y fingió un disparo.

—Eso es, chico. Hasta que llegaron los vampiros. Una de esas noches, nuestros chicos comían nachos de una bolsa de plástico que aún debe de andar por aquí, en alguna parte, atascada en alguna rueda pinchada, cuando los vampiros se acercaron. A lo mejor incluso era uno de esos vampiros especiales

de los que nos gustan. Solo uno. ¿Qué tal eso? Yo lo veo. A lo mejor se acercó con una sonrisa y se quedó plantado delante de la gasolinera, cuando uno de los muchachos se le acercó guardándose la polla con una revista porno en la mano y le dijo: «¡Eh, gilipollas! ¿Quieres gasolina? Ahí dentro somos un buen montón de tipos duros y tenemos armas cojonudas, así que si quieres *gasofa* vas a tener que volver con algo que nos interese, y no esa cara de mamón europeo que traes. Date la vuelta y vete por donde has venido, gilipollas. Trae algo, coño. Alguna cosa. ¿Tienes una hermana? Tráela. ¿Tienes una hija? Tráela también. Estoy hasta los huevos de cascármela con esta puñetera revista».

Sonia sacudió la cabeza. Jared estaba desbocado con el tema, pero sabía que, a esas alturas, no iba a poder detener su discurso hasta que se quedara satisfecho. A veces, cuando arrancaba a hablar, no había quien lo parara.

—Entonces el vampiro lo mira, sonrío así, confiado, socarrón, como uno de esos tipos en las películas a los que le piden la cartera en un callejón oscuro, pero sabe que es bueno de la hostia con el kungfú y decide jugar con el tipo, hurga en su mente y averigua que se llama Tom Palmer, un inútil de manual con menos días trabajados que trabajos ha tenido, y le dice, porque lo ha visto en su mente, que cómo va a follarse a su hermana si tiene problemas de erección nivel Farinelli. El tipo se pone rojo, mira hacia atrás por si alguno de sus colegas lo ha oído, y saca una pipa. Está cabreado como un tiranosaurio Rex, que, por cierto, tampoco se alcanza la polla, y lo apunta. Lo apunta con la pipa ladeada, eso seguro, como los negratas de las películas, porque mola más. Pero el vampiro está haciendo sus trucos, y como el gordito no le sirve para su pequeño ejército de vampiros guays, hace que se apunte a la cabeza y se revienta los sesos con un disparo. ¡BAM! Ni siquiera quiere su sangre. El chaval es diabético y está echada a perder por el azúcar.

—Vale, Jared..., ya... ¡ya está! —lo interrumpió Sonia, levantando las manos.

—¡Oh, déjame acabar! —protestó Jared.

Jimmy sonrió. La historia lo estaba entreteniéndolo. Era un poco como estar viendo una película. Un poco.

—Tienes un talento de narices para inventarte cosas —dijo Sonia—, pero tenemos prisa, ¿sabes? ¡Jesús!, podrías haber hecho guiones para Tarantino.

—Joder, no —soltó Jared—. Ese tío es tela de raro.

Pip soltó una carcajada.

—Y tú no, claro —dijo—. Tú eres normal.

Jared lo miró con los ojos entrecerrados.

—No vuelvas a llamarme normal en tu vida —le espetó.

Pip sonrió, incómodo y dubitativo. A veces no sabía cuándo Jared bromeaba y cuándo iba en serio.

—Venga, vamos —dijo Sonia—. Echemos un vistazo a la gasolinera. Tal vez haya algo de comer allí.

—«Vamos» no —soltó Josh—. Iré yo, por si hay problemas. No quiero... un descontrol como el de anoche.

—Disculpe, señor soldado americano curtido en batalla —replicó Sonia—. Soy agente de policía y estoy más que entrenada para estas situaciones.

Josh la miró.

—Claro —asintió—. Tienes razón. Perdona. Iremos los dos. Me vendrá bien. Avance en pareja.

Sonia asintió.

—Así debe ser.

—Eh, cabrones —masculló Jared levantando su escopeta en el aire—. Aún tengo balas en mi cosa de tipos duros. Voy con vosotros, y no voy a negociar eso.

Josh suspiró.

—Está... bien. Está bien. Los demás, ¿os quedáis aquí?

—Supongo que sí —dijo Jimmy decepcionado.

—El chico quiere venir, joder —dijo Jared—. Si va a vivir en este nuevo mundo que nos hemos ganado, ¿en qué momento va a aprender cómo se hacen las cosas? ¿Cuando esté solo?

—Pero... —empezó a protestar Sonia.

—Déjalo que aprenda, coño —continuó Jared—. Que vea cómo se debe acercar uno a un lugar potencialmente peligroso. Aunque lo único que vamos a encontrar ahí son bragas sucias y revistas porno con las hojas arrugadas, ya te lo digo.

Sonia asintió despacio.

—De acuerdo. Tal vez... Tal vez sea buena idea.

—Vale, pero te mantienes detrás de nosotros en todo momento —dijo Josh.

—Sí, claro —asintió Jimmy.

—¿Vamos todos, entonces? —preguntó Sonia.

—Nosotros nos quedamos aquí —contestó Laura—. Después de la historia de Jared, no tengo demasiadas ganas de ver ese lugar por dentro.

—¿No te gusta el sexo, pelirroja? —preguntó Jared.

—Me gusta el sexo consentido —respondió ella, fría, desafiante.

—Tú te lo pierdes —respondió él, torciendo el gesto.

Laura sacudió la cabeza, asqueada.

Jimmy se preguntó por qué Laura no veía que Jared estaba de broma. Siempre estaba de broma cuando se trataba de hacerse pasar por alguien que no era él en absoluto, pero tampoco era el momento de explicar nada; Sonia y el resto avanzaban ya hacia la gasolinera.

Permaneció indeciso unos instantes y luego trotó para alcanzarlos.

6

Los vecinos de La Chapelle-Bertin despertaron esa mañana con el ruido de camiones evolucionando por las calles. La Chapelle-Bertin era una pequeñísima comuna francesa situada en la región de Auvernia, al sureste de París. Con apenas once kilómetros cuadrados de extensión, daba cabida a algo más de cincuenta habitantes, casi todos gente mayor, pero también jóvenes empresarios que habían adaptado las fascinantes villas que, en la mayoría de los casos, habían heredado de sus padres y sus abuelos, para alquilarlas como destinos turísticos. No siempre había sido así: en la década de los setenta del siglo pasado, La Chapelle daba hogar a casi doscientas personas, pero como decía Amaranda, la dueña de la acogedora casa rural L'Horizon Vert, en Sembadel, la gente prefería el bullicio de las grandes zonas rurales. «Aquí no hay suficientes restaurantes como para alimentar con fotos de comida sus cuentas de Instagram», decía siempre. Casas rurales, tranquilidad, prados verdes y sosiego era lo que ofrecía La Chapelle-Bertin, que conocía su auge en el periodo estival y cabalgaba, el resto del año, de fin de semana en fin de semana.

Todo eso acabó aquella mañana.

—Pero ¿qué pasa? —dijo, saltando de la cama.

—Amaranda, vuelve a la cama —dijo su compañero.

—¿Es que no lo oyes? —preguntó, acercándose a la ventana—. Parece otra vez la segunda guerra mundial.

—Nosotros no habíamos nacido en la segunda guerra mundial —exclamó el hombre desnudo, arrebujándose en la cama, incapaz todavía de abrir los ojos. Se habían acostado tarde bebiendo vino y mirando las noticias primero y un par de series después, y se les había hecho aún más tarde haciendo el amor.

Amaranda miró por la ventana hacia la calle, cubriéndose con los visillos porque estaba completamente desnuda.

—¡Dios mío! —exclamó.

Allí abajo circulaban camiones, vehículos militares, en procesión. Unos soldados vestidos con máscaras antigás custodiaban el desfile distribuidos a lo largo de la calle.

—¡Claude, mira! —lo llamó.

—Ah, pero, ¿qué pasa? ¡Tengo sueño!

—¡Hay camiones en la calle!

—Camiones... ¡vaya cosa! —refunfuñó Claude.

—Son camiones del ejército.

—¿Tenemos ejército? —preguntó, hundiendo la cara en la almohada.

—¡No empieces con tus cosas! —protestó Amaranda—. ¡Y ven aquí, tienes que ver esto!

Amaranda pensó en lo que estaba ocurriendo en Estados Unidos. Esa misma noche habían estado escuchando las noticias en la televisión, en las que hablaban de la Marea Roja. Claude comentó que la gente de las noticias tenía una capacidad extraordinaria para inventar nombres sugerentes, que era todo un ardid para vender noticias, y que las cosas no podían estar tan mal allí. «Cariño, es el país de los estudios Marvel y la Paramount, de los videojuegos y de la comida prefabricada, no consentirían que pasara algo así, hay demasiado dinero de por medio», le dijo. Ella se enfadó. Ya no había muchas imágenes de lo que ocurría en América, pero las que habían llegado antes de que todo se complicara demasiado eran abrumadoras. «No es verdad», insistió Claude, rozando su pecho con el dedo; cuando llegaban ciertas horas, Claude empezaba a pensar en una sola cosa. «Cielo, los americanos tienen... tienen de todo. Tienen cohetes, helicópteros, portaaviones, tienen tantos soldados que no tenemos queso suficiente en Francia para alimentar a tanta gente un solo día. ¡No pasa nada! Todo acabará pronto, cuando hayan vendido suficientes documentales y periódicos.» Pero Amaranda no estaba de acuerdo. Una amiga suya tenía amigos en Estados Unidos y decía que había sido imposible ponerse en contacto con ellos, y estaban los casos en España e Italia, lo de la puesta en marcha del ejército y todo lo demás. Las reservas en el hotel habían quedado reducidas a cero, y aunque era mala época para el turismo, en cuanto el reloj del tiempo daba la vuelta al año y se ponía en enero, empezaban a llegar reservas para el verano, y nada de eso había ocurrido.

Y ahora estaban allí, en La Chapelle, en pleno Sembadel. Y los soldados llevaban máscaras de gas.

Máscaras de gas.

—Dios mío, Claude... ¿y si estamos en peligro?

Claude levantó la cabeza.

—Pero bueno, ¿qué es lo que pasa? —exclamó.

—¡Te lo estoy diciendo! ¡Ven a ver!

Claude se levantó con cierta violencia, y casi cayó a un lado cuando apoyó mal el pie en el suelo y el tobillo se le torció.

—¡Joder! —soltó.

Se acercó a la ventana y miró hacia la calle.

—Me cago en la puta —exclamó. Amaranda tenía razón: había camiones militares circulando por las calles.

En ese momento, una voz empezó a sonar por un megáfono.

—«VECINOS DE SEMBADEL, ESTE ES UN MENSAJE DEL COMITÉ DE SEGURIDAD CIUDADANA DEL GOBIERNO DE FRANCIA. ESTA ES UNA SITUACIÓN DE EMERGENCIA. ESTA. ES. UNA. SITUACIÓN. DE. EMERGENCIA. POR SU PROPIA SEGURIDAD, PERMANEZCAN EN SUS CASAS. REPITO: PERMANEZCAN EN SUS CASAS. NO INTENTEN SALIR A LA CALLE. TODAS LAS PERSONAS QUE SALGAN A LA CALLE SERÁN TRASLADADAS A UN CENTRO DE RETENCIÓN, DONDE PASARÁN A DISPOSICIÓN MILITAR HASTA QUE PASE LA EMERGENCIA.»

Amaranda miró a Claude con los ojos muy abiertos. Claude desvió la mirada para observar sus pezones erectos. Ella no pareció reparar en ello.

—¡Una situación de emergencia! —exclamó—. ¡Esto es por lo de la gente infectada, Claude! ¡Te lo dije anoche, que todo eso acabaría muy mal! ¡Míralos, llevan máscaras! ¡Máscaras de gas!

—¿Máscaras de gas? —preguntó él, distraído.

—¿Es que no lo has visto? ¡Los soldados en la calle!

Claude echó otro vistazo.

—Es cierto. ¿Por qué llevan máscaras si nos piden que nos quedemos en casa? No tiene sentido. El gas es gas. Entra por cualquier rendija.

—¡Ay, Claude! ¡Tenemos que irnos!

La voz seguía hablando por el megáfono.

—«... EN SUS CASAS. REPITO: QUÉDENSE EN SUS CASAS. SI TIENEN NECESIDADES MÉDICAS, AVISEN AL PERSONAL MILITAR EMPLAZADO EN LAS CALLES. CONSERVEN LA CALMA. LA EMERGENCIA PASARÁ EN UN PLAZO BREVE DE TIEMPO...»

—¿Huelas a algo raro? —preguntó Claude, y luego abrió mucho los ojos, como si hubiera tenido una idea.

Avanzó hacia la mesilla de noche y cogió el móvil, que antes había dejado en el cargador.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Voy a mirar en internet, a ver si dicen algo... Tiene que...

Se calló, concentrado en la pantalla.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó ella.

—No hay servicio. Ni internet, ni llamadas... Ni siquiera emergencias.

—¿No?

Amaranda cogió su móvil y lo intentó, pero el mensaje en la barra de estado de la parte superior era claro: SIN SERVICIO.

Alguien llamó a la puerta.

Amaranda dio un respingo. Claude miró el reloj. Eran las siete menos cuarto de la mañana. Frunció el ceño.

—¿Quién será? —preguntó. Dudó unos instantes y empezó a coger ropa para vestirse.

Claude también se vistió a toda velocidad. Unos pantalones y una camiseta. Fue descalzo hacia la puerta. Había esperado hacer el amor con Amaranda, como todas las mañanas. Si no podía tener un poco de acción matutina iba a estar cabreado todo el día.

—¿Quién es? —preguntó a través de la puerta.

Esperaba oír la voz grave de algún soldado, pero una voz suave, temerosa y conocida dijo:

—¡Soy yo, Cloth!

Claude se volvió. Amaranda lo miraba con ojos atónitos y una rebeca cruzada sobre el pecho.

—Es Cloth —dijo.

—¡Pues abre! —exclamó ella.

La puerta se abrió.

Era, desde luego, Cloth, la vecina.

—¡Buenos días! —dijo.

Claude puso los ojos en blanco. No sabía qué tenían de buenos.

—¡Cariño! —dijo Amaranda avanzando hacia ella—. ¿Has visto?

—Lo he visto —dijo Cloth—. ¡El pueblo está lleno de soldados!

—Pero ¿qué ocurre?

—No lo sé... Mi marido fue esta mañana temprano a ver sus animales, y... estaban todos muertos. Las vacas, las gallinas... ¡todos muertos!

Empezó a sollozar.

Amaranda la abrazó y la hizo pasar con expresión consternada.

—¿Cómo que... muertos...?

—¡Muertos! —repitió Cloth—. Todos los animales, todos. Todos muertos en el prado. Dijo que flotaba una neblina rara, como amarillenta, y que olía a... a insecticida.

—Insecticida... —repitió Amaranda.

—Sí. Quiso llamar a la policía, pero el móvil no funcionaba, y cuando volvía al pueblo, vio a los soldados.

—¿A qué hora fue eso? —quiso saber Claude.

—Como a las cinco, o cinco y cuarto.

—Insecticida... —siguió diciendo Amaranda, asustada.

—Había soldados con un camión muy raro. La parte de atrás estaba abierta y tenía..., no sé..., cosas de tecnología dentro..., ya sabes que mi marido no entiende mucho de esas cosas, y una antena enorme enfocando al pueblo.

—Pero los animales... ¿Puede ser... gas? Cloth, Dios mío, ¿tu marido está bien?

—Sí, sí..., está bien... Bueno, un poco afectado..., lo de los animales ha sido un duro golpe. Muchísimo dinero, ya sabes, es un problema... Nuestros contratos...

—Sí, ya me imagino —dijo Amaranda.

—Tendrán que indemnizaros —terció Claude—. Seguro.

—Pero ¿qué los ha matado? ¿Gas? —preguntó Amaranda.

—Pero ¿qué gas? —replicó Claude—. No hay ninguna canalización de gas que yo sepa, no hay ninguna industria por aquí, ¿de dónde viene ese... gas?

—Esa es otra cosa —dijo Cloth bajando la voz—. Cuando iba hacia el campo, en bicicleta, mi marido vio unos aviones volando bajo. Dice que juraría que iban dejando una estela detrás... una estela amarillenta.

—¿Aviones? —preguntó Claude, confuso—. ¿Dejando una estela?

—Sí —afirmó Cloth.

—Aviones en La Chapelle —dijo—. Y volando bajo... ¿Qué tipo de aviones?

Cloth compuso una expresión consternada.

—No lo sé... —susurró—. No me lo ha dicho. Aviones.

—Dios mío... —exclamó Amaranda—. ¿Nos han... gaseado desde el aire?

—¿Se lo has dicho a los soldados? —preguntó Claude.

—A lo mejor es terrorismo —apuntó Amaranda, sobrecogida—. Dios mío, terroristas en La Chapelle...

—Necesitamos máscaras de gas —declaró Claude—. Tenemos que decírselo a los soldados.

—¿Tú crees? —dudó Cloth—. Mi marido dice que es mejor no decir nada a nadie. He... he venido mientras se duchaba porque pensé que debíais saberlo...

Amaranda puso una mano encima de la de Cloth.

—Gracias, cariño —dijo.

Cloth asintió con cara de consternación.

—Como si no estuvieran pasando demasiadas cosas ya —dijo—. Con lo de Estados Unidos y lo de España, y todo eso. ¡Estoy muy asustada, de veras!

—Todos lo estamos —le aseguró Amaranda.

—Voy a bajar a informar —decidió Claude resuelto.

—Pues yo voy contigo —se apuntó Amaranda.

—¡No, no! —se apresuró a decir Claude—. Tú quédate aquí. Escucha: coge toallas húmedas y ponlas en todas las ventanas. Utiliza..., no sé..., cinta aislante. Sella todas las ventanas y debajo de la puerta...

—Claude, me estás asustando...

—Tú también, Cloth. Vuelve a casa y haz lo mismo.

—¡Ay, Claude! —exclamó la vecina—. ¿Qué está pasando?

—Intentaré que nos den máscaras de gas. Tenían que habernos dado ya algunas...; no me explico en qué deben de estar pensando... Seguramente no es peligroso aquí..., pero, joder, estas cosas de gas no son una broma. Pueden afectarte a largo plazo...; secuelas, asma, daño en los pulmones...

Cloth se echó a llorar otra vez.

—¡Claude! —lo regañó Amaranda.

Él se puso en pie.

—Voy a bajar —dijo mientras cogía unas zapatillas sencillas de un armario y se las calzaba—. Vuelvo enseguida. Haced lo que os he dicho.

—Ay, Dios mío —exclamó Amaranda.

Claude se dirigió hacia la puerta y salió fuera. No tenían ascensor porque era una casa baja de tres plantas y tramos cortos de escalera, pero si hubieran tenido uno, no lo habría cogido. Tal y como estaban las cosas, la luz podría irse en cualquier momento. Mientras bajaba resuelto, consultó el móvil otra vez. Nada. SIN SERVICIO. Le resultó raro. O había mucha gente utilizando los teléfonos en la zona, cosa que podía ser, o los terroristas habían desactivado los repetidores, si es que era así como la cosa funcionaba. No estaba seguro. Siempre había supuesto que la señal llegaba vía satélite de alguna manera, pero a lo mejor solo funcionaba así por zonas.

Estaba todavía pensando en ello cuando salió a la calle, y un par de soldados avanzaron resueltos hacia él.

—¡ALTO! —gritó uno—. ¡No se mueva!

La máscara hacía que la voz sonara hostil y amenazante.

—¡Regrese a su casa, señor! —gritó el otro—. ¡Situación de emergencia!

Claude levantó ambas manos.

—¡Lo sé, lo sé! ¡Solo quiero ayudar! ¡Tengo información que a lo mejor les sirve sobre lo que está ocurriendo!

—¿Qué tipo de información? —preguntó uno de los soldados.

—Un vecino ha visto aviones echando gas en el campo, a unos... dos kilómetros de aquí. Una neblina amarilla. Dice que olía a insecticida. Ese gas ha matado a todos sus animales.

Los soldados se miraron brevemente.

—Nudo Cinco a Control de Misión —dijo uno de ellos—. Nudo Cinco a Control de Misión.

—Adelante, Nudo Cinco —dijo la radio.

—Tenemos un Tres Quince en nuestro sector.

—Iniciamos protocolo —dijo la radio—. Corto.

Claude asintió, complacido.

—¿Dónde está su vecino? —preguntó el soldado.

—Arriba —dijo Claude, señalando la puerta de la casa.

—Esto que nos acaba de decir... ¿lo sabe alguien más aparte de usted y su vecino?

—Bueno... —comenzó Claude, dubitativo—. Mi mujer y mi vecina. Su mujer. La mujer de mi vecino, quiero decir.

—Aparte de usted, su vecino, y las mujeres de ambos, ¿alguien más conoce el dato de los aviones y el gas?

—Eh... No, no que yo sepa. Escuchen, ¿van a darnos máscaras de gas? Si hay gas por la zona deberíamos...

—¿Tienen hijos, o hay otros miembros de la familia en sus domicilios? —preguntó el soldado.

—Eh... No, no. Solo nosotros. Oigan, ¿se trata de un ataque terrorista?

Un vehículo apareció a toda velocidad bajando por la calle y se detuvo junto a ellos. Un par de soldados descendieron de él con suma velocidad, y un tercer hombre, sin máscara de gas, bajó del vehículo algo más tarde. Claude los miraba, satisfecho de poder ayudar.

El hombre habló brevemente con los soldados mientras miraba a Claude de

rejo.

—Por favor, entre en la vivienda —dijo el hombre.

—¿Qué? Sí. Sí, claro.

Accedieron al portal y dos de los soldados se quedaron fuera, mirando en todas direcciones.

—Mi vecina está arriba —indicó Claude—. Ella... Bueno, su marido...

—Sí, sí. Gracias —dijo el hombre mientras sacaba una pistola de su funda.

—De nada. Me gusta ayudar —manifestó Claude mirando la pistola—. ¿Son terroristas? Le estaba diciendo a uno de los soldados que quizá... quizá una máscara...

El hombre ajustaba un cilindro metálico al cañón de la pistola con el rostro impasible, como si llevara años incorporando cilindros a pistolas en una cadena de montaje.

—Pero... pero usted no lleva máscara —murmuró Claude.

El hombre comprobó el arma.

—¿Significa que el... el peligro ha pasado? —preguntó dubitativo.

El hombre le apuntó a la frente con un gesto rápido y disparó. Con el silenciador puesto, el arma emitió un ruido decepcionante, hueco, que no sonaba en absoluto como el disparo de un arma.

Claude se sacudió como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica. Sus brazos subieron y bajaron con mucha rapidez, como si hubiese querido echar a volar. Cayó al suelo, muerto, mientras una lluvia de sangre salía despedida de su nuca y manchaba la pared.

—Sí. Ha pasado totalmente —susurró el hombre.

Los soldados empezaron a subir la escalera con las armas levantadas.

7

Esa mañana hubo muchísima actividad en La Chapelle. Las situaciones de excepción Tres Quince fueron atendidas con rapidez y diligencia, y mucha gente murió en sus casas, acallada por los disparos de los soldados, lejos de miradas indiscretas. Todos los que salían a la calle. Los que habían visto algo en las primeras horas de la mañana. Los que habían oído rumores. Los que podían haber oído el sonido de los disparos. Cada vez que algún habitante gritaba, antes de ser silenciado, ponía en riesgo de muerte a sus vecinos. Las órdenes estaban claras: mejor muertos que permitir que quedara alguien con vida que pudiera dar testimonio de lo que ocurría.

El vehículo que el marido de Cloth había visto en el prado aquella mañana era un inhibidor de señales, el módulo tres de cinco. Impedía que nadie en todo el pueblo de Sembadel pudiera comunicarse con el exterior. Las carreteras estaban cortadas. Y el gas, preparado para acabar con los animales, se había esparcido para dar soporte a la mentira de que un gas letal estaba afectando a la zona.

El sol aún no estaba alto cuando los trabajos de excavación comenzaron, unos cinco kilómetros al este de Sembadel. El punto concreto no se conocía a priori, pero los escáneres topográficos dieron con la estructura en menos de una hora. La misión, codificada como *Feu de Couverture*, era una misión especial de alto secreto ordenada por los estadios superiores de la DCRI, la Dirección Central de Información Interior, con la cooperación de ciertos grupos de acción especialistas del Ejército de Tierra francés. La orden original venía de arriba, de muy arriba, de alguien cercano al presidente. Alguien que había recibido una visita muy especial durante la noche y que lo había mirado con ojos intensos, inteligentes, que recordaban a una nebulosa cósmica. Un visitante extranjero que había viajado hasta allí desde Estados Unidos.

El objetivo principal de la misión era sencillo y claro: excavar el punto de extracción una vez localizado, acceder a la estructura, extraer el objeto y transportarlo lejos de la zona, directamente a una villa ubicada en los exteriores de París en un camión civil de incógnito que viajaría detrás del convoy militar que lo custodiaría. No en medio; detrás. Pero la estructura en sí tuvo un efecto extraño en los hombres. Eran todos buenos soldados, curtidos profesionales cuidadosamente seleccionados para la misión. El tipo de hombres que obedecían órdenes de arriba sin preguntar. Si había que matar civiles, se mataban civiles. Madres. Mujeres. Niños. No importaba. Esos hombres estaban seguros de atender un bien mayor, y si se les ordenaba un pequeño genocidio en alguna parte, estaban seguros de que era el daño colateral de un cuadro más grande que, en última instancia, servía al bien común.

Ya habían hecho cosas así otras veces.

Pero cuando la estructura empezó a despuntar, extraña y rara, construida con un material que nadie podía identificar, los hombres empezaron a mirarse. Eran profesionales con acceso a información de inteligencia clasificada, y todos conocían bien los informes que llegaron desde Estados Unidos al principio de la crisis que diezmó el país. Y muchos habían visto las pocas fotos que se tomaron del objeto de la base Orestes.

Los rumores empezaron a extenderse entre los grupos de trabajo. Algunos

comenzaron a operar las excavadoras que sacaban tierra a destajo con más lentitud, dubitativos.

El oficial Holland, un exmarine que había dejado el Ejército de los Estados Unidos y la nacionalidad americana, por añadidura, cuando el presidente Trump llegó al poder, miraba la estructura que empezaba a despuntar con el ceño fruncido.

—Me cago en la puta —soltó—. Que me jodan si eso no parece lo que parece.

Su lugarteniente, a su lado, miraba la estructura fijamente.

—Parece lo que parece —corroboró.

—¿Qué... cojones... está pasando aquí? —preguntó.

—No lo sé, señor —exclamó su subordinado—. Pero los hombres piensan lo mismo. Están inquietos.

Holland se mordió el labio inferior. Lo hacía cuando algo no le gustaba en absoluto. Podías tirar de la cadena y ver cómo el zurullo permanecía impasible, atascado en el fondo del retrete, y eso no le hacía morderse el labio. Pero cuando tirabas de la cadena y la mierda rebosaba del inodoro y manchaba todo el suelo con varios litros de heces líquidas y llenas de bacterias, entonces sí. Algo lo preocupaba realmente.

—No me extraña que estén inquietos —exclamó—. Yo lo estoy. Aquí hay algo que va mal. Parece mierda y huele a mierda, y esos cabrones de arriba no van a convencerme de que solo es pollo. Tráeme el móvil, joder. Tengo que hablar con Operaciones.

El lugarteniente se volvió, ordenó algo a unos soldados próximos y uno de ellos asintió y salió corriendo. Volvió a mirar a Holland con una media sonrisa. Holland solía guardar las formas, pero cuando estaba preocupado o lleno de adrenalina le salía la vena americana con un discurso lleno de tacos y palabras soeces, aunque en francés sonaran exageradas y fuera de lugar.

—Supongo que... —dijo—... está pensando lo mismo que yo.

—Coño si lo estoy pensando —afirmó Holland.

El lugarteniente carraspeó brevemente.

—Permiso para hablar libremente, señor.

Holland le dedicó una mirada sorprendida.

—No me jodas, Ted —refunfuñó—. ¿Ahora vas a salirme con eso?

—Vale... —dijo Ted—. Imagino que... estás pensando en... el factor H.

—Eso mismo —respondió Holland.

En los informes que habían manejado, el factor H era la capacidad que tenía

el enemigo para controlar mentalmente a sus víctimas. Aún no tenían datos suficientes para llegar a comprender el alcance de ese control, pero se estimaba que era alto. En los informes, expertos analistas habían estudiado con exquisito cuidado y de forma pormenorizada la caída del gobierno americano y la desmilitarización del país. Escapaba a toda lógica y carecía de todo sentido. Se habían formulado teorías, y una de ellas apuntaba al control mental del enemigo. La teoría explicaba detalladamente cómo el enemigo había podido controlar a los cargos más altos de la cúpula de poder americana y había alterado el patrón de las cosas sin haber utilizado los elementos convencionales: el soborno, el chantaje, el enfrentamiento directo o el sabotaje. Simplemente, habrían hecho cambiar de opinión a esos poderes elevados sin que nadie hubiera percibido nada. Según el informe, había sido rápido, efectivo y demoledor, cosa de pocos días. Horas. El enemigo tenía una alta capacidad para llegar a sus víctimas y someterlas al proceso H, lo hicieran como lo hicieran.

Holland empezaba a sospechar que en esa actuación encubierta, a soslayo de la maquinaria tradicional de operaciones y de los controles estándar del ejército, estaba la mano del enemigo. Demasiada ocultación. No recordaba haberse visto involucrado en una misión con un rango de clasificación más alto que *Feu de Couverture*. Y sobre todo, al ver la estructura despuntar, tanto él como sus hombres coincidieron en que aquella era la misma situación que desencadenó todos los acontecimientos que habían dado en llamar Marea Roja y que habían mandado a la primera potencia mundial al desastre: una edificación subterránea, extraña, levantada con un material que nadie podía identificar, y tan parecida a las fotos que habían podido estudiar que se le ponían los pelos de punta.

—Entiendo —dijo el lugarteniente—. Es por lo del... traslado a la villa en París.

—Sí, joder —soltó Holland—. Por eso mismo. ¡Y por todo lo demás! No sabía qué íbamos a encontrar ahí abajo, pero ni en la más loca de mis fantasías pensé que fuésemos a encontrarnos con... eso. Aquí, en Francia. En este lugar alejado de todo. Ni siquiera me acuerdo de cómo se llamaba.

—La Chapelle —dijo el lugarteniente.

—Me suda la polla. Escucha. Si ahí dentro hay uno de esos... vampiros superchungos como el que lo empezó todo en Norteamérica, ¿crees que toda esta operación se habría hecho con este nivel de clasificación?

—No.

—Exacto. No. Se habría informado a la Coalición. Habrían mandado apoyo

aéreo. Tanques. Unidades de contención, y todos llevaríamos trajes NBQ por la posible contaminación. Joder.

—Exacto —dijo Ted.

—En última instancia, estoy seguro de que la última fase de la misión hubiera sido transportar el objeto en una cámara acorazada protegida por la mayor red de defensa del mundo, sin importar el despliegue o su coste, y no a una villa tocapelotas de París, sino a un enclave seguro, protegido y garantizado, en suelo militar.

—Eso seguro —dijo el lugarteniente.

—Se habría desalojado a todo el mundo durante el tránsito. Habría sido... una de las operaciones más delicadas de la historia reciente del hombre.

Ted asintió.

Miraban la estructura, que empezaba a despuntar como los restos de un fósil prehistórico. Negra. Ominosa. Su sola presencia parecía haber contaminado a todo el mundo. Los hombres trabajaban en silencio, sin mucho ánimo, con lentitud. Normalmente, ponían todo el empeño en trabajar duro para poder irse a casa, y se alentaban unos a otros y hacían bromas para hacer el trabajo más llevadero. Pero muchos manejaban en sus cabezas la misma teoría que Ted y Holland habían estado comentando. El factor H. A la vista del descubrimiento, la operativa de la misión no les cuadraba. En absoluto.

Un soldado se acercó trotando hasta ellos.

—Señor, la línea está abierta.

Holland cogió el aparato.

—¿Hola, Operaciones?

—Adelante, Núcleo.

—Quiero hablar con el director. En privado.

—¿De qué se trata, Núcleo?

—Parámetros de misión. Necesito clarificación.

—Un momento.

Silencio al otro lado de la línea.

Holland miró a Ted brevemente. Este lo observaba con atención. De repente, cayó en la cuenta de que su superior acababa de pedir hablar con director, en privado, y levantó el pulgar con los ojos muy abiertos, como preguntando si debía alejarse.

Holland negó con la cabeza.

—Aquí el director —dijo una voz.

—Buenas tardes, director. Necesito clarificación sobre los parámetros de la

misión.

—Lo escucho.

—Hemos encontrado una estructura en el punto de extracción. La estructura corresponde inequívocamente con la encontrada en la base Orestes, en Nueva Jersey, Estados Unidos, con relación al incidente que inició la Marea Roja.

Silencio.

—Me preguntaba si eran conscientes de este hecho —siguió diciendo Holland—. O si este descubrimiento cambia los parámetros.

—No cambia nada —dijo el director—. Procedan con la misión como está prevista.

Holland carraspeó brevemente.

—¿Está... seguro, señor? Todo parece indicar que nos encontramos con el mismo escenario que...

—Procedan con la misión —lo interrumpió el director—. Sin preguntas. Extraigan el objeto y llévenlo al lugar designado.

—Señor, con todos mis respetos...

—Enviaré a alguien —dijo el director—. Corto y cerro.

El teléfono crepitó con un chasquido y enmudeció.

Ted levantó una ceja.

—Enviarán a alguien —dijo Holland lentamente.

—No me gusta cómo ha sonado eso.

—No, desde luego —estuvo de acuerdo Holland.

—Creo que han pensado que cuestionabas las órdenes...

—Eso deben de haber pensado, sí, porque es lo que he hecho.

—¿Y si has hablado con... alguien... hipnotizado por ellos?

Holland miró el móvil y pasó un dedo por la superficie de la pantalla para limpiar el polvo que la cubría ligeramente.

—Entonces estamos jodidos —dijo.

8

El helicóptero llegó una hora después del anochecer. Aterrizó a varios kilómetros del lugar de la excavación, en un pequeño prado alejado de cualquier otro lugar, rodeado por varios hombres armados. Eran las coordenadas de *rendez vous* que Holland había recibido para encontrarse con el enlace designado por el director. El propio Holland y Ted se acercaron con pasos marciales, llenos de incertidumbre y curiosidad. A Holland no se le había pasado por alto el hecho de

que fuera de noche. Tenía que admitir que solamente eso había conseguido que se le pegaran los testículos al cuerpo.

Un hombre vestido con un traje oscuro descendió del helicóptero. Se dirigió directamente hacia ellos, desenvuelto, elegante en sus andares y maneras. Las hélices aún no se habían detenido del todo y agitaban los pastos y las hierbas altas con una violencia desmedida, pero él caminaba ajeno a todo. Y mientras lo hacía, Holland se preguntó si sabría ver si se trataba de...

De uno de los monstruos.

No sabía si tendrían algún rasgo distintivo. Algo en su aspecto, en sus ojos, quizá. Ojos negros como carbones, o rojos, tal vez; ojos de fuego, iridiscentes. Ojos crueles. O colmillos, como en las puñeteras películas. ¿Le sonreiría y vería dos colmillos despuntando entre sus dientes? ¿Así de fácil? Holland había instruido secretamente a sus hombres para indicarles que abrieran fuego apenas él levantase la mano, pero si se trataba de uno de ellos..., ¿tendría... tiempo? ¿Lo tendría? ¿O todo sería muy rápido?

¿Y si... simplemente se lanzaba hacia él y le hundía su boca inmunda en el cuello?

El hombre llegó hasta ellos.

Buenas noches, coronel Holland —dijo en inglés.

Y lo supo.

Sin ningún género de dudas.

Lo supo.

Lo supo por su voz. Por su tono de voz. Por el poder que ocultaban sus palabras. Por la melodía invisible y sutil en la que se apoyaban, por su cadencia, por cómo las sintió dentro de él; como un masaje suave que le aflojaba la tensión y lo hacía querer seguir escuchando. Lo supo. Por la sensual feminidad que encerraban, por su delicadeza. Supo que era uno de ellos, pero supo también que... no quería levantar la mano. Ni se acordó de la señal secreta que había acordado con sus hombres. Solo quería..

Quería seguir escuchando.

Tengo instrucciones precisas para usted. ¿Me escuchará? —preguntó el vampiro.

—Oh, sí —dijo Holland, estremeciéndose de gratitud—. Sí, por supuesto.

Sí que quería.

Era lo que más quería en el mundo.

Ted, a su lado, asintió con emoción. También él quería.

El vampiro sonrió.

El objeto fue introducido en el camión civil al día siguiente, justo al anochecer. Veinticuatro largas horas de durísimo trabajo habían tardado en limpiar de tierra la estructura y despejar el camino hasta el interior, donde el objeto se ocultaba.

En cuanto a las dudas, se disiparon todas cuando Holland empezó a dar instrucciones entusiastas sobre sacar toda la tierra y terminar la misión. Animaba a los hombres, los arengaba, hizo traer bebidas y viandas de alguna parte y premiaba a aquellos que sudaban más copiosamente, siempre desde la distancia. De haber podido acercarse, hubiera cogido una pala y se hubiera puesto a trabajar, con Ted a su lado, los ojos de ambos brillantes y exultantes. Pero no podía. Ya no. Aun así, su ánimo se contagió entre los hombres. Confiaban en Holland. Aunque fuese americano. Desenterrar la estructura y acceder a ella, por cierto, fue un auténtico viaje para muchos, tan intenso como emocional. La estructura parecía emanar sensaciones que se asentaban en sus corazones y los hacían viajar por vericuetos donde los silencios se continuaban unos a otros. Esa última parte de la operación se llevó a cabo en silencio, y los comentarios, cuando los había, estaban llenos de superstición, como si en lugar de un grupo de soldados profesionales de élite curtidos en cientos de periplos y años de formación y entrenamiento fueran viejas de pueblo que hubiesen encontrado diagramas con símbolos satánicos ocultos en casa de una de ellas. No faltó quien dijo que la estructura, con esa apariencia extraña e irreal, era en realidad una máquina extraterrestre. Y hubo quien se santiguó, por primera vez en su vida.

El objeto fue extraído con ayuda de una grúa. No hubo manera de saber cuánto pesaba, pero la grúa protestó peligrosamente con chirridos metálicos, y hubo que traer otra para coordinar los esfuerzos. Cuando lo sacaron y se balanceó en el aire, su forma recordó a muchos a la de un sarcófago, uno grande y pesado, como los egipcios, pero carente de adornos o refinamientos. Una mole de obsidiana negra a la que la luz de los focos arrancaba pálidos brillos azulados.

El camión partió cuando era ya de noche, aunque estaba preparado desde varias horas antes. Esas eran las órdenes: salir al anochecer. Marcharon por las carreteras secundarias hasta llegar a la autopista, pero incluso allí circuló despacio y ruidoso, por la pesada carga que transportaba, hasta llegar a la villa ubicada en las afueras de París. Allí, una pasarela mecánica llevó el objeto directamente al garaje; amplio, espacioso y vacío. Las marcas de polvo y suciedad en las paredes indicaron a uno de los soldados que el lugar había sido desprovisto de muebles no hacía mucho.

Dejaron allí el sarcófago y se marcharon.

Algunos soldados, sin embargo, afirmaron haber oído un sonido fuerte, como el de una explosión, cuando estaban subiéndose a sus vehículos para marcharse y dar por terminada la operación. Algunos dudaron de si debían volver para asegurarse de que todo estaba bien, pero las órdenes transmitidas por radio eran claras: ABANDONAR LA ZONA.

Ninguno llegó a saber nunca lo cerca que habían estado de ser los primeros elegidos para la Marea Roja de Centroeuropa.

Ellos, los elegidos, llegarían más tarde, en otro transporte especial. Hombres y mujeres de alto rango seleccionados con cuidado, llevados allí con mentiras y engaños. Michelle Lombard, Alissa Hinault, Anne Isabey, ministras delegadas; Paul Leduc, André y Nathan Girardon, secretarios de Estado; y otros: una decena de senadores, el director de la Dirección Central de Información Interior o DCRI, el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Francia, el Ministro de Defensa y el Jefe de Estado Mayor, entre otros. Fueron convocados por entidades superiores del gobierno francés, llamados a una especie de concilio secreto donde se debatiría la Amenaza Roja y las vías de resolución en una reunión de emergencia alejada de la burocracia tradicional que ralentizaba los progresos. La mayoría no informaron de esa comparecencia a nadie, o casi nadie, todos cubiertos por mecanismos de protección proporcionados por el aparato militar francés, recogidos uno a uno en coches o helicópteros y transportados allí.

Allí.

Allí, donde un invitado de excepción los recibió. El que hacía tres de nueve, uno que había dormido durante milenios, y que...

Había despertado.

10

La colmena zumbaba con su habitual murmullo de voces, apetitos, pensamientos, deseos, ira, calma... Un río de instrucciones, planes, preparativos de guerra, de conquista, de venganza.

Erethros , susurró Alkibiades entre las voces.

Alkibiades...

Has despertado .

He... despertado —exclamó *Erethros*—. ¿Qué es este...? ¿Qué le ocurre al Moh Shafa?

La nueva sangre —explicó Alkibiades—. Los nuevos hombres. La base del Moh Shafa es caótica y está corrompida, pero aún funciona .

Es... es... confusa .

Es débil. Se ha perdido con el tiempo .

Caímos —susurró Erethros—. Caímos. Nos... traicionaron. ¡Traición, traición!

Caímos, pero hemos vuelto .

Silencio.

¿Cómo? —preguntó Erethros—. ¿Cuánto tiempo... ha pasado?

Demasiado. Demasiado tiempo. Elexia escapó primero .

Elexia la bienamada. Sí. La sssssiento. Elexia .

Mi hermano Erethros —susurró Elexia—. Te saludo .

No hay nadie más —exclamó Erethros, sin ninguna inflexión en su voz. De pronto, esta volvió a sonar diferente, entre iracunda y atormentada, más fuerte, más grave, poderosa, creciendo en intensidad con cada sílaba, como si un brazo de mar consumiera, con una ola terrible, todo un pueblo costero—. ¿Dónde están nuestros hermanos, Moff Shag Nur?, ¿dónde hogar?

Calma, Erethros, hijo de los Ríos de Lava y Fuego —exclamó Alkibiades— Noto tu ira. ¡El Moh Shafa no resistirá aún tu embestida como antaño!

¡Alkibiades! —bramó Erethros—. ¡ALKIBIADES, TRAICIÓN!

¡Calma, Erethros, te lo advierto!

Grur! GRUR! YTAH SONBADRIEK IHSONTABRAK!

¡ERETHROS! —bramó Alkibiades. Su onda mental recorrió la colmena como un viento huracanado y millones de vampiros gritaron atormentados al unísono, repentinamente sorprendidos por una fuerza desgarradora. Sus cuerpos se retorcieron de dolor y la piel de los vástagos de las castas inferiores se cuarteó en varios puntos, revelando carne y sangre. El grito atroz e inhumano de la colmena llenó el Moh Shafa de una bruma roja que los desconectó a todos por unos instantes. Algunos lloraron, aterrorizados, súbitamente sobrecogidos por la desconexión; otros se encogieron, como si temieran que el firmamento fuese a desplomarse sobre sus cabezas.

¡ERETHROS, CONTENTE, TE LO ORDENO! —gritó Alkibiades por encima de los ecos de los gritos.

Siento... ira... —rumió Erethros.

¡En verdad los tiempos de la ira han llegado, Erethros! Pero escucha: el hombre se ha convertido en una burda réplica de lo que fue antaño. ¡El Moh Shafa es débil todavía! ¡No vuelvas a invocar, por tanto, las palabras de poder

*de la lengua antigua, o no aguantará, y nuestros esfuerzos habrán sido en vano!
¡Nos moveremos a ciegas por un mundo fragmentado y te erigiré en traidor y te
buscaré y apagaré la Luz Primera de tus ojos!*

¡Ira... Ira...!, seguía murmurando Erethos.

*¡Contente te digo! ¡Y ten paciencia! Nadie desea tanto erradicar esta plaga
abhorrecible, herederos de los hombres que nos traicionaron, como yo. ¡Siente mi
asco y mi repugnancia, bañado en sus pensamientos pútridos y sus berridos
animales! ¡Mira nuestro Moh Shafa, cómo ha palidecido, cómo se ha diluido su
poder! Y siente también cómo ardo en deseos por ver sus cuerpos consumirse
por la enfermedad y el tormento. Matamos a cinco y convertimos a uno.
Esperamos. Damos pasos. Elexia está ocupándose. ¿Confías en Elexia?*

En Elexia confío más que en la Luz Primera que nos trajo .

¡Pues entonces déjala hacer!

S-sí, Moff Shag Nur .

Tusla Edron renace mientras hablamos. He puesto al hombre a construir .

Tusla Edron... —susurró Erethos.

*Tusla Edron de nuevo y otra vez. Volveremos a vivir los días antiguos, los
de antes de la traición. ¡Haz lo que dice Elexia! Restauraremos el Moh Shafa.
¡Tiempo habrá de que sobrevuelas otra vez a los hombres llevándoles
sufrimiento y devastación, como en otros tiempos! Ahora... otros asuntos me
reclaman. Te saludo, Erethos .*

¿Y los otros Mog? —preguntó Erethos—. El veto. La Prohibición ...

Estoy ocupándome —susurró Elexia.

¿De todos?

*De uno más. Los demás despertarán cuando el poder de Tusla Edron
renazca. Entonces será más fácil .*

¿Volverán a... encerrarnos?

*No —respondió Elexia con rapidez—. He escudriñado sus mentes, sus
corazones, sus recuerdos ancestrales. No saben. No recuerdan. Viven
desconectados .*

¿Qué debo hacer? —preguntó Erethos, complacido.

Asentada aún en Villa Vanidad, Elexia sonrió.

Capítulo 10

PEQUEÑOS SECRETOS



1

El edificio de la gasolinera había sufrido un pequeño incendio en la parte de atrás; lo comprobaron mientras caminaban hacia él. Allí había un poste del tendido eléctrico quebrado por la mitad, y los cables se enredaban con los muros parcialmente calcinados de la estructura. Oscuros y lacios, debían de haberse retorcido como serpientes negras mientras la electricidad los recorría, pero ahora languidecían bajo el cielo encapotado de la tormenta. A juzgar por la intensidad de la destrucción, pensó Jimmy, era raro que el edificio entero no hubiera ardido hasta los cimientos, así que era probable que algo fortuito como una lluvia repentina hubiera apagado las llamas. Al fin y al cabo, no parecía probable que ningún servicio de bomberos hubiera llegado hasta allí para atender aquel ni ningún otro incendio.

Dejó de pensar en esas cosas cuando percibió el olor.

—Oh, hijos de puta —soltó Jared, llevándose las manos a la nariz.

Sonia asintió.

—Estaba... imaginándomelo —masculló.

—Por Dios —dijo Laura, que empezaba a percibir el olor con más y más intensidad a cada paso que daba. De repente, se sintió abofeteada—. No puedo aguantarlo más. —Se dio la vuelta y se alejó trotando.

Laura funcionaba con el olfato. Le era útil, le indicaba cosas, la movía en cuerpo y alma; siempre decía que era su parte animal. En el sexo, el olfato la

conducía de un estado a otro, se embriagaba de feromonas y bailaba a su ritmo. Le disgustaban los perfumes que usaba la gente, los jabones y las colonias, porque ocultaban el olor personal, que a ella le indicaba cosas. Una vez se enamoró de un chico en un pequeño coche atestado de compañeros de trabajo. Iban a un evento de *team building*, una de esas actividades que a veces organizaban los de arriba para, creía ella, joderles el fin de semana, pero en Recursos Humanos te ponían una pequeña marca en sus hojas de Excel si faltabas, y por aquel entonces Laura estaba pagando todavía su Audi TT y necesitaba el sueldo. Fue a principios de verano, era mediodía y hacía calor, y antes de subirse al coche el chico había recorrido media ciudad buscando el lugar de recogida. Olía. Olía mucho a sudor, un sudor profundo varias veces dejado secar y recalentado por el sol inclemente del este de California. El chico lo sabía porque mantenía los brazos pegados al cuerpo, las axilas húmedas, y miraba por la ventana como distraído, abochornado, deseando con toda intensidad que nadie percibiera su pequeño problema.

Laura, sentada a su lado, lo identificó de inmediato. El SUDOR, con mayúsculas. Era un olor penetrante, fuerte y potente, y la embriagó como pocas cosas podían hacerlo. Cerraba los ojos y aspiraba, y entreabría los labios como quien se anticipa a beber una copa de un buen vino. A veces inspiraba con tanta intensidad, reteniendo el olor dentro de ella, como si lo diseccionara, que parecía perder el conocimiento por unos segundos. Y su cuerpo despertó. Le temblaban las manos, y un fuego abrasador se abrió paso en el bajo vientre, reclamando. A veces se descubría girando suavemente la cabeza hacia él, los labios ligeramente pronunciados, y entonces se esforzaba por sentarse correctamente y tratar de pensar en otra cosa. En el *team building*. En sus cactus. En dónde iría ese verano. Pero cada vez que conseguía escapar un poco a aquellas sensaciones, el olor volvía a acosarla y se dejaba hechizar por él.

Así vivía Laura el mundo íntimo de los olores, y aquel no tenía nada de íntimo. Era como una maldición: se propagaba alrededor de la gasolinera como una nube de gas tóxico, exagerada, masiva, abundante, soez y hostil. Tuvo que empezar a respirar hondo y rápido para no vomitar el escaso contenido de su estómago.

Era por los cadáveres.

Se acercaron despacio, sofocados por el olor. Casi todos habían soportado olores terribles en uno u otro momento: olor de alcantarilla, de heces recientes y antiguas, de aguas putrefactas y de toneladas de basura dejadas al sol durante los meses más duros del verano; pero ninguno de esos olores podía compararse a

aquel. Jimmy tuvo la sensación de que el olor le había penetrado tan profundamente que debía de haber dejado una especie de impronta en su pituitaria. Estaba seguro de que el olor seguiría agarrado a él cuando se hubieran alejado. Mucho después.

Los cuerpos se arremolinaban, unos sobre otros, junto a la puerta. Una algarabía de cuerpos, algunos con los miembros dislocados, retorcidos en posiciones imposibles, ajenas al discurso natural del cuerpo. El color de su piel, visible sobre todo en la cara y los brazos, era de varias tonalidades que iban del verde al marrón pardusco. Un líquido aborrecible y amarronado, como el que escapa de una bolsa de basura, discurría desde los orificios de su nariz, de sus ojos, de sus bocas abiertas, y en ellas bailaban sin concierto hileras de dientes desalineados. También los ojos habían perdido su alineación; algunos se hundían hacia el interior de las cuencas. Jimmy, a pesar de todo lo demás, no podía dejar de mirar con cierta fascinación la aborrecible hinchazón de sus vientres. Hinchidos de fluidos vitales en descomposición, abultaban como un quiste cancerígeno por debajo de la ropa tirante, recorridos por estrías violáceas y rojizas.

Y sus caras...

...no parecían caras.

Eran más bien como máscaras de cera; algunas parecían bromas crueles hechas de plástico.

Una nube de insectos revoloteaba sobre los cadáveres: un pequeño ejército de moscas que se paraban en cada herida, sobre los fluidos corporales que escapaban de los cuerpos, en la ropa impregnada de las miserias de los cadáveres. Y gusanos. Gusanos blancos y amarillentos revolviéndose entre la carne en varios puntos. La ropa tremolaba ligeramente como movida por el viento, pero no soplaba ni la más mínima brisa.

—No creo que nada de lo que haya ahí dentro nos vaya a servir —dijo Josh en voz baja.

—Pero ¿podríamos pasar por encima? —preguntó Pip.

—¡No se trata de pasar o no pasar, coño! —exclamó Jared—. ¡Va a resultar que tienes los huevos más grandes del mundo! Es que no voy a pisar ni remotamente cerca de ese puto desastre, coño. Y mucho menos por una caja de donuts secos.

Josh se encogió de hombros.

—Vamos. Botellas de agua, al menos —insistió Pip—. Vienen en envases de plástico. En principio no...

—Mira, Tip. Aunque ahí dentro hubiera la puñetera tarta de manzana más grande del mundo, y la tarta de manzana me gusta casi tanto como una noche loca de alcohol y tías, no me acercaría —soltó Jared.

—No es... buena idea, Pip —le explicó Josh—. Verás... En Afganistán encontramos un búnker del Emirato Islámico. Lo gaseamos y neutralizamos, pero por cosas que ocurrían, ni nosotros ni nadie pudo acceder en cuatro semanas. Sobre el olor... no diré nada. Lo tenéis aquí, aunque el aire libre ayuda mucho a disiparlo. Allí tuvimos que cubrirnos la boca y la nariz con máscaras impregnadas de mentol. Los cadáveres eran otra cosa. Si hubieran sido talibanes lo que encontramos allí, ni los habríamos tocado. Éramos soldados y había gente que se ocupaba de esas cosas. Pero había un par de americanos, civiles, que habían sido capturados y torturados cuando empezó la guerra, y llevaban muertos desde que neutralizamos el búnker. Cuatro semanas.

Miró los cadáveres.

—Su aspecto era más o menos como el de estos —siguió diciendo, acompañándose de un gesto vago con la mano—. Terrible. Mucho. Al principio pensé que eran... muñecos. Había visto cadáveres antes, pero no tan antiguos, y me sorprendió mucho su aspecto. Imagino que a vosotros también.

Jimmy asintió con vehemencia.

—No es un espectáculo agradable —continuó Josh—. Esas instantáneas mentales me persiguieron mucho tiempo, cuando cerraba los ojos por la noche, sobre todo, como si se hubieran quedado grabadas en mi retina. Pero a lo que iba: lo peor fue cuando intentamos levantarlos para ponerlos sobre una manta y sacarlos de allí. Al cogerlos, casi podías sentir que algo se movía ahí dentro, como si estuvieran rellenos de agua. Imagino que debía de haber una licuación de cojones dentro de sus cuerpos. Al cogerlos de los brazos era como si agarrases una bolsa de leche. Empezaron a rezumar líquido repugnante por los ojos, por la nariz, por la boca, por todos los agujeros de su cuerpo. Una especie de... baba marrón, como una diarrea de esas que te hacen ir al médico con los huevos apretados porque te has cagado de miedo pensando en algo realmente chungo.

—Oh, por Dios —exclamó Sonia, sorprendida.

—Lo... lo siento —se disculpó Josh—. No quería... entrar en detalles, me he dejado llevar. Lo que quería que Pip comprendiera es que no vas a poder entrar ahí sin pisar alguno de esos cuerpos. Por mucho que creas que sí, no vas a poder. Y al hacerlo, van a rezumar toda la mierda que tienen dentro. Créeme, no quieres que eso pase.

—Joder, hombre... —exclamó Pip, asqueado e incómodo—. No quería decir... pisarlos... pero....

—Lo sé, lo sé —se apresuró a decir Josh—. Tranquilo.

—Vale, bueno... Supongo que... tenéis razón.

Buscó a Laura con la mirada. Se había alejado un buen trecho y andaba paseando a cierta distancia con una mano en la frente y la otra en la barriga.

—Voy a... ver cómo está Laura —dijo.

Josh asintió.

Jared se acercó a Jimmy, que seguía observando los cadáveres sin poder apartar la mirada de ellos, como si escondieran un mensaje encriptado en su decoloración terrible del que tuviera que apercibirse. Jared le puso una mano en el hombro.

—Somos sacos de mierda —exclamó—. Lo dijo Bukowski.

—¿Crees en... el alma, Jared?

Jared lo miró de reojo con una expresión extraña. Pensó que, si le hubiera dicho: «¿Jared, quieres comerme los huevos?» no le habría parecido más extraño. Pero el alma. El alma, joder.

Soltó un bufido.

—Naaah, chico... Joder. No me vengas con esas, en serio.

Se dio la vuelta y se alejó de él sin añadir nada más.

Sonia, que después del recuerdo de Josh tampoco había querido escuchar mucho más, se había deslizado hacia un lado y espiaba el interior a través del muro quemado. Estaba allí plantada, todavía con la ropa de los Gallagher, aún mojada y bastante mugrienta, mirando unas bolsas de plástico y cajas con comida. Montones de comida echada a perder, en su mayor parte, excepto las latas. Las latas, se dijo, los sobrevivirían a todos. Probablemente. En el fondo no la sorprendió ver que lo que había dentro de la gasolinera coincidía con el cuento fantástico de Jared, ese que había inventado hacía un rato sobre la marcha, sobre todo, supuso, para Jimmy: el de los tipos sin escrúpulos que pudieron haber estado traficando con comida a cambio de gasolina.

Lo había clavado, como solía decir su compañero Burke.

Miró a Jared de soslayo.

Jared parecía conocer la oscuridad del alma humana mucho mejor que los demás; mucho mejor que Josh, incluso, que había luchado en primera línea en conflictos bélicos donde los hombres se mataban unos a otros y recibían medallas y una paga por ello. Mejor que ella, que había patrullado las calles diseccionando las horas de la noche y escarbando en los actos de gente que

llegaba al extremo y cruzaba la línea impuesta por la sociedad. La conocía, quizá, porque era o había sido parte de ella, o porque siempre se había movido a lo largo de esa línea, a veces cruzando tentativamente al otro lado, a veces regresando para volver después. Jared había intuido todo lo que había pasado allí con apenas un vistazo; algo que ella, formada y entrenada para observar y hacer deducciones lógicas, no fue capaz de hacer.

Pensó que si iban a lidiar con la Oscuridad, con mayúscula, estaba bien contar con alguien que la conocía bien.

Y como si hubiera intuido sus pensamientos, Jared la miró, sostuvo su mirada unos segundos, le sacó la lengua y se dio la vuelta.

2

Diario de Jimmy

No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. Volver a tener ropa seca cubriéndote el cuerpo, y sentir el calor corporal dentro de ella, es una de las satisfacciones más grandes del mundo. Hasta creo que, al final, ha venido bien. El olor corporal ha desaparecido un poco, y no hablo solo de mí. Jajaja.

Viajamos hacia el sur con la esperanza de escapar de la tormenta. Dicen que nada es eterno y que no hay mal que cien años dure, y este mal tal vez no dure cien años, pero desde luego parece durar cien kilómetros.

Hoy he visto cadáveres. En las películas se equivocaban, o nadie ha tenido el corazón o las tripas suficientes para enseñarnos cómo serían las cosas en realidad. LAS COSAS. Si en «The Walking Dead» se hubieran documentado un poco sobre cómo es un cuerpo muerto después de solo tres o cuatro semanas, las escenas con zombis habrían sido difíciles de ver con tanta mosca, gusano y bicho como habría alrededor de ellos. Eso me hace preguntarme cómo serán las cosas en las ciudades, donde haya... cadáveres por las calles. Por las casas. En los coches. No creo que haya ni un solo superviviente en las ciudades. Antes pensaba que sí, pero ahora sé que es imposible. Los insectos, las ratas, el olor, y eso por no mencionar a los vampiros.

Hemos encontrado un sitio donde dormir, una caseta de servicio de algún tipo. Josh dice que es un centro de tráfico para telefonía, un nodo de

internet por donde pasa... por donde pasaba la fibra. Está apagado y muerto, como todo lo demás, pero en la pared hay una nota que alguien dejó pegada a un tablero de corcho. Dice: EH, STEVEN, ¡FELICIDADES, HIJO DE PUTA! TÚ PAGAS HOY LA RONDA. TODAS LAS RONDAS.

Parece que Steven cumplía años, pero seguro que nunca llegó a leer la nota. Creo que tampoco llegó a pagar ninguna ronda. Tampoco vino nadie cuando internet empezó a fallar y los nodos de todo el mundo se vinieron abajo. No hubo más fotos de gatitos en Imgur ni fotos de cenas en Instagram. Me pregunto cuál fue el último tweet de la civilización, y qué diría. Apuesto a que no fue algo trascendente. Probablemente fue el tweet de alguien que se quejaba de que lo que estaba ocurriendo aquí en América le impedía disfrutar del último episodio de su serie favorita en HBO. Seguramente mencionó que era indignante que cancelaran la serie. Todas las series. Que había pagado por el servicio y que exigía que el servicio se restaurase. Bueno, eso creo. Así era el mundo antes de que los vampiros tirasen de la cadena y arrastraran toda la porquería. A veces pienso que nos lo merecíamos.

Hemos hablado un poco de Anne, de Adam, y de todos los demás. Pero sobre todo de Anne y de Adam. Ha sido emotivo, y doloroso. Echo de menos la conversación de Adam, era de las más interesantes que podías encontrar. Laura, Sonia y yo hemos estado abrazados un rato. Laura huele bien, tiene un...

Yo qué sé.

Necesitamos encontrar gente. Pronto.

Nos estamos derrumbando.

3

Henderson avanzaba dando grandes zancadas por los pasillos del barco, que se mantenía a cuarenta millas de la costa de Maine. Parecían pocas, dadas las circunstancias, sobre todo de noche. Incluso con la cubierta llena de centinelas armados, dormir era un acto de fe: uno no se acostumbraba nunca al hecho de cerrar los ojos y tratar de conciliar el sueño pensando si volverías a ver el amanecer.

Llegaba tarde a la que podría ser la reunión más importante de la historia reciente de la humanidad.

El capitán Barbrow lo esperaba a mitad del pasillo.

—Buenos días. ¿Está listo?

—No lo sé. ¿Se puede llegar a estar listo para algo así?

—Sí, le entiendo.

Caminaron a paso ligero por el corredor.

—Sé que llego tarde, pero... me han avisado con tan poco tiempo...

—¿Qué quiere que le diga? Esperábamos que despertara esta noche, no de día. Ha sido una sorpresa para todos.

Henderson asintió.

—Dígame... —añadió—: Barbrow es un apellido raro. ¿De dónde viene?

Barbrow levantó una ceja.

—¿En serio lo preocupa eso ahora?

—Precisamente. Es para distraer la mente. Lo necesito.

—Está bien —dijo Barbrow, encogiéndose de hombros—. Leí que lo introdujeron los normandos cuando estuvieron en Inglaterra. Significa «hijo de Bárbara». Hay algunos Barbrow en Suecia. Pocos. Y aún menos en Gran Bretaña.

—¿Su madre se llama Bárbara?

Barbrow suspiró.

—No me joda, Henderson. Si vamos a morir, no quiero que mi última conversación sea una gilipollez.

Henderson sonrió levemente. Estaba nervioso, y mucho. Estaban jugando con algo que era como una bomba que podía detonar en cualquier momento, pero era también algo más; estaban jugando con una bomba que provocaba algo parecido al Alzheimer. Si estallaba, uno podía quizá seguir vivo, pero desde luego no sería la persona que había sido antes, y eso lo asustaba más que la muerte en sí.

En los últimos tramos tuvieron que pasar en fila debido a los soldados que estaban dispuestos a lo largo del recorrido. Henderson sacudió la cabeza. Cien soldados, o mil, o uno. Daba lo mismo. No se trataba de tener muchas armas o muchos soldados: lo que tenían allí hacía que los soldados fuesen irrelevantes. En última instancia, que hubiera muchos hombres alrededor solo empeoraba las cosas. Todos aquellos hombres, pensó, podían volverse contra ellos en cualquier momento.

Se cruzó con la mirada de uno de los soldados. Henderson pudo ver el

miedo en sus ojos. Podía apostar a que, debajo del casco, había una capa de sudor espesa como un barniz de cien dólares.

—Está bien —dijo Barbrow. Estaban llegando ya a la puerta de los compartimentos que habían preparado para el interrogatorio—. Vamos allá.

Accedieron a una estancia débilmente iluminada. Había soldados, por supuesto, y también un par de sillas colocadas junto a un pequeño portátil. Y un cristal que se abría en una de las paredes.

Fue lo primero que miró Henderson.

El cristal separaba dos habitaciones, como una sala de interrogatorios policial. En la otra habitación, tras el vidrio, el sujeto estaba plantado en medio, de pie, inmóvil, de espaldas a ellos, los brazos caídos hacia abajo a ambos lados del cuerpo. Vestía un traje gris y el cabello, ligeramente despeinado, indicaba un corte de pelo pulcro y cuidado. Buenos zapatos. Henderson lo observó como quien mira con fascinación un ser extraterrestre, intentando aprehender todos los detalles.

—Parece... tan normal —susurró.

Barbrow se sentó y tecleó en el portátil.

—Ese tipo no tiene nada de normal.

—Cuénteme otra vez cómo lo consiguieron —dijo Henderson—. ¿Cómo lo atraparon?

—Con gas —exclamó Barbrow—. Sorprendentemente fácil, ¿no cree? Llenamos su cubil con gas y lo dejamos KO. La verdad... entre usted y yo, no sé cómo dejamos que esta situación se desmadrara tanto a la vista de este hecho.

—¿Gas y ya está? —preguntó Henderson.

—Tal como se lo digo. Tampoco piense que fue fácil llegar a eso. Hubo que eliminar a un pequeño ejército de sus guardianes primero, pero se hizo con sigilo, uno a uno, una pequeña proeza de las mejores tácticas de infiltración que he visto.

—¿Comandos ingleses? —preguntó Henderson.

—Sí, señor. Putos comandos ingleses.

Henderson asintió.

—Sé lo que está pensando —dijo Barbrow.

—¿Ah, sí? ¿Qué estoy pensando?

—Si cuando se dé la vuelta y mire al cristal, que es un espejo por ese lado para que no pueda vernos, se reflejará en él.

Henderson sacudió la cabeza y sonrió ligeramente. Había sido un bonito detalle por parte de Barbrow introducir una pequeña nota de humor para

distender la situación antes de empezar. «Un bonito detalle, gracias Barbrow.»

—Lo decía en serio —exclamó Barbrow—. Me lo estaba preguntando cuando lo dejamos en la habitación. Tenía una curiosidad enorme. Es un punto importantísimo en el mito del vampiro. ¿Se reflejan en los espejos, o no?

—¿De... verdad? —se extrañó Henderson—. Bueno, lo ha conseguido. Ahora tengo curiosidad. ¿Se reflejaba o no?

—¿Usted qué cree? —preguntó Barbrow.

Henderson sonrió un poco más.

Barbrow dejó de mover el ratón y suspiró.

—Cuando quiera, Henderson. Haga su magia.

Henderson se quedó de pie. Respiró hondo y miró a Barbrow.

Este asintió.

Henderson carraspeó antes de hablar.

—¿Puede oírme? —dijo.

El hombre de la otra habitación movió la cabeza casi imperceptiblemente.

— *Sí. Puedo* —dijo el hombre. Su voz sonó alta y clara por el altavoz.

Henderson se estremeció ligeramente. No estaba allí por casualidad. Lo habían sacado de Bélgica y le habían hecho cruzar el Pacífico porque era uno de los mejores en lo que hacía, una mezcla de psicólogo y mentalista, adiestrado en comportamiento social y técnicas de deducción. A los que hacían su trabajo se los llamaba «lobos». Eran convocados a reuniones donde se los hacía pasar por secretarios, abogados, asesores..., cualquier cosa lo suficientemente vaga e imprecisa que hiciera su participación innecesaria en la reunión, y simplemente escuchaban y observaban y hacían un esquema mental de lo que habían presenciado. El disfraz de abogado era el que mejor funcionaba. Casi nadie quiere prestar atención a un abogado serio que revisa sus papeles en un lateral de la mesa, y desde luego, nadie le hace preguntas. Pero los lobos como él descubrían cuando una persona se ponía nerviosa, cuándo mentía, cuando intentaba manipular el discurso de la conversación para centrarse en algo, cuando algo la incomodaba, y lo que de verdad quería decir cuando hablaban de algo. Por su capacidad, Henderson había trabajado para Westland and Collins, Volkswagen, la ESA, el gobierno belga, Nabisco y la editorial Nostromo. Y en todo ese tiempo había escuchado a gente cargada con algo que él llamaba «voz de mando». Había oído tonos de voz tan sugerentes que uno corría el riesgo de quedarse embobado escuchándolos; había registrado voces graves que despertaban el miedo en el cuerpo, y voces tan cordiales que uno se sentía profundamente inclinado a sentir una empatía automática hacia la persona que la

emitía, pero aquella...

No recordaba haber oído una voz como aquella.

Era todo a la vez. Era poder. Sensualidad. Fuerza.

Tuvo que carraspear otra vez para seguir hablando.

—Le informo que es usted prisionero de la Coalición de Defensa Internacional, en una ubicación clasificada. Se lo acusa de actos de terrorismo y crímenes contra la humanidad en virtud del...

— *Eso no será necesario* —interrumpió la voz—. *Los dos lo sabemos .*

Henderson se quedó callado.

—De acuerdo —exclamó al fin—. En ese caso, déjeme advertirle de las medidas de seguridad que lo rodean, en caso de que esté considerando acciones contra su encierro.

— *Adelante, por favor* —dijo la voz—. *Me gusta escucharlo . Es usted divertido .*

Henderson había preparado esa parte mentalmente cuando lo informaron de la situación. Debía empezar por mencionar a los cuatrocientos cuarenta y seis soldados que estaban a bordo, y el total de más de seis mil efectivos que se encontraban en las inmediaciones. Pero de pronto no le pareció buena idea. Aquel tipo era, presumiblemente, uno de los Altos Vampiros, uno de los que hipnotizaban y sometían mentalmente a sus enemigos. Mencionar que si conseguía escapar podría hacerse con un ejército de soldados para ponerlos bajo su mando no le pareció, de repente, buena idea.

—El techo de la habitación en la que se encuentra es un panel accionable remotamente desde donde estamos. Se despliega totalmente en dos segundos y medio. Son las once treinta y cinco de la mañana, y el sol está alto sobre usted. Si pulsamos el botón, la luz del sol lo alcanzará irremediablemente antes de que pueda reaccionar, lo que sabemos que pondrá fin a su existencia.

— *Sé que lo haría* —contestó el vampiro, dándose la vuelta despacio—. *Ser un niño bueno .*

Henderson se enfrentó a su rostro.

Bajo el traje gris llevaba una camisa blanca y una corbata de un tono borgoña. El rostro era amable, de rasgos duros, pero empáticos y bien proporcionados. Un hombre maduro de unos cincuenta, tal vez, con bastante *sex-appeal* . Tenía el aspecto de haber salido de una gran fiesta a las tantas de la mañana, y un deje de satisfacción en su rostro que, en otras circunstancias, le habría hecho pensar en alguna celebración profesional. O un buen polvo. También en otras circunstancias, Henderson se habría aventurado a decir que el

hombre tenía una posición económica desahogada. Que conducía un coche de alta gama y tenía, probablemente, una o dos propiedades. Una en la playa, a juzgar por el tono de piel: era un moreno reciente, sino ese tipo de bronceado que se consigue tras exponerse a diario al sol. Se fijó en sus manos cuidadas y en el reloj de oro de su muñeca, en el cinturón de marca, y en...

En sus ojos.

Algo hundidos y de un tono gris profundo, denotaban una mirada inteligente y perspicaz. De alguna manera, aunque el cristal era un espejo por su lado, parecía mirarlo directamente a él.

Los soldados que había en la habitación se volvieron de espaldas al cristal con un solo movimiento rápido y sincronizado, y apuntaron a Henderson y a Barbrow. Henderson sintió un repentino ramalazo de miedo. Su primer pensamiento fue que el vampiro había conseguido hipnotizar a sus soldados, y pensó: «Ya está. Así es... como acaba todo. Como acaba todo». Pero Barbrow se apresuró a pulsar una tecla para cerrar el altavoz y explicó:

—No se asuste, Henderson. Es el protocolo, ¿sabe? Estos hombres tienen órdenes de no mirar directamente al vampiro, por si... puede hacer lo que hace a través del cristal. Ya sabe, hipnotizarnos. Nos apuntan por si ven signos de que podríamos estar siendo manipulados de alguna manera.

Henderson miró a los soldados. Llevaban la cara cubierta por una malla negra de manera que solo se les veían los ojos, pero fue incapaz de ver nada en ellos.

—¿Eso van a decidirlo ellos, Barbrow? —preguntó, incrédulo—. ¿De verdad? Si determinan que... estoy siendo hipnotizado... ¿nos dispararán? ¿A su criterio? ¿En serio?

—Cálmese, por el amor de Dios. Es solo para un caso evidente. No se... asuste como un colegial, por el amor de Dios.

Henderson soltó todo el aire de los pulmones.

—Debería habérmelo dicho antes, cuando me contó cómo iba a ir esto —protestó.

—Son órdenes de arriba de último momento —replicó el otro—. Sigamos.

Pulsó la misma tecla que antes.

El vampiro sonreía.

— *¿Hay algún problema?* —preguntó con suavidad.

—Ninguno. Disculpe el retraso —dijo Henderson.

— *Me tienen en sus manos* —añadió el vampiro con delicadeza—. *¿Qué puedo hacer por ustedes?*

Barbrow miró a Henderson. Ahora era él quien lo miraba con sorpresa.

Henderson pensó que Barbrow habría esperado, tal vez, ver a una bestia despiadada en aquella habitación. Un ser con una boca espantosa, como decían los informes, llena de dientes, que arremetiera contra el cristal usando la cabeza y lo golpeará con ella tan repetidamente que acabara dejando una marca sangrienta tanto en el vidrio como en su frente, mientras la sangre goteaba entre sus dientes. Pero era un Vampiro Mayor, o un Alto Vampiro, o como había leído en algunos informes, un Vampiro Maestro. Estaba jugando al juego de la cooperación. A ser un niño bueno, como él lo había descrito. Pero en la profundidad abisal de sus ojos había un destello frío, calculado e intenso, que Henderson había visto otras veces en los tiburones financieros de las cúpulas de las grandes corporaciones; un frío que decía: «Te arrancaré el bazo y lo masticaré si eso me da un porcentaje mayor, y dentro de una hora lo habré olvidado».

—¿Va a responder a mis preguntas? —preguntó Henderson.

— *Si puedo hacerlo, claro, por qué no* —respondió el vampiro.

Henderson asintió.

Había oído mentiras solícitas antes, pero ninguna como aquella.

—Está bien —dijo—. ¿Qué es usted?

El vampiro inclinó la cabeza ligeramente, divertido.

— *Soy lo nuevo, sssseñor Henderson* .

Henderson se quedó inmóvil, paralizado, y casi al mismo tiempo, los soldados se revolvieron inquietos. El que tenía justo a su izquierda se separó un par de pasos y levantó aún más el arma.

Barbrow pulsó otra vez la tecla del micrófono y levantó rápidamente los brazos.

—¡Quietos, quieto todo el mundo, joder!

Henderson comprendía la reacción de los soldados. Se habían dado cuenta enseguida de que el vampiro había mencionado su nombre, pero no había manera de que pudiera saberlo. No podía saber el nombre de ninguno de los de allí. Henderson no se había identificado; ni siquiera podía verlo porque al otro lado del cristal había un espejo, como en algunas salas de interrogatorios.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó uno de los soldados—. ¿Cómo sabe su nombre?

—Teniente —dijo Barbrow despacio, intentando aparentar tranquilidad—. Es una eventualidad controlada. El sujeto tiene capacidades extrasensoriales comprobadas, pero viajan en una dirección. El control mental total tiene otros

síntomas. ¡Ya ha leído los informes!

—La prioridad es la seguridad de las instalaciones —repuso el teniente—. Tengo órdenes de iniciar el proceso Purga ante cualquier duda, cualquier cosa rara...

—Teniente —repitió Barbrow—. Mire al civil. Está sudando. Nervioso. Asustado. Ha leído los mismos informes que yo. Esas características físicas son inherentes al ser humano. No corresponden al perfil de alguien controlado por la mente de un vampiro. ¿Ha hurgado en su mente? Sí, joder. Ya lo sabíamos. Pero...

—Yo no lo sabía —interrumpió Henderson—. ¿Por qué no se me ha dado acceso a esa información? ¿Qué... características físicas? —Y añadió, enfadado—: ¡¿Cómo esperan que haga mi trabajo si me lanzan al ruedo sin tener toda la puñetera información?! ¡¿Creen que esto es un juego!?

El teniente miró a Henderson fijamente.

—No puede saberlo todo, Henderson —masculló Barbrow—. Entiéndalo. ¡Las razones son obvias! Íbamos a exponerlo a él, y sabíamos que era posible que pudiera leer en usted como en un libro abierto. No íbamos a llenarle la cabeza con la información que manejamos.

Henderson no dijo nada, pero lo comprendía, sí. No le gustaba, pero lo entendía. La reacción de Henderson, sin embargo, incluida su resignación final, convenció al teniente de alguna manera de que seguía siendo humano. Sí, había leído los informes, todos ellos. Los había leído, releído y estudiado hasta la última coma, y sabía que los sujetos hipnotizados entraban en una fase de control y confianza en sí mismos que escapaba del comportamiento que Henderson acababa de exhibir, una especie de rabieta inducida por el miedo y la sorpresa. Así que, por el momento, decidió confiar. Había leído también sobre Henderson y su trabajo, y sabía perfectamente que aquel interrogatorio podía ser determinante para comprender un poco mejor al enemigo. Si ejecutaba el protocolo Purga con demasiada ligereza, podían perder la posibilidad de acceder a información que les brindara una oportunidad en aquella guerra en ciernes. Eso por no mencionar que había costado demasiado esfuerzo traer a aquel monstruo hasta allí. Demasiados procesos de inteligencia arduos de llevar a cabo; demasiado coste de vidas humanas.

Levantó un puño cerrado y sus hombres, alrededor, se relajaron sutilmente.

Henderson se dio cuenta de ello. Había entrado otra vez en zona de confianza, o mejor dicho, había salido de la zona crítica de Purga. Sacudió la cabeza a uno y otro lado y respiró un par de veces. Luego miró a Barbrow y

asintió. Estaba otra vez preparado.

—Vamos a terminar con esto, a sacarle lo que se pueda —dijo Barbrow—. Luego lo mandaremos a los forenses para que lo corten en láminas de un milímetro a ver si averiguamos por qué el sol les jode la vida, por ejemplo.

Pulsó otra vez la tecla de audio.

—¿Qué más sabe de mí? —exclamó Henderson casi inmediatamente.

El vampiro compuso una sonrisa enigmática, pero no dijo nada.

—¿Recuerda su vida cuando era humano? —preguntó Henderson.

— *Con claridad* —respondió el vampiro.

—Aun así, ¿ha actuado usted en contra de la humanidad participando en asesinatos y en la erradicación sistemática de hombres, mujeres y niños mediante actos de barbarie?

El vampiro sonrió entre dientes.

— *¿Esa pregunta es en serio, señor Henderson? Es de una hipocresía tan atroz que me produce arcadas .*

—¿A qué se refiere?

— *Vamos, señor Henderson. La... erradicación de seres humanos, como usted lo llama, es un acto patriótico inherente al americano. La nación misma se fundó exterminando seres humanos, hombres, mujeres y niños, por cierto, en numerosos actos genocidas que nos harían palidecer. Somos sus más humildes discípulos. La... barbarie, como usted ha dicho, define al ser humano, señor Henderson. Al americano en especial. Lo tienen en los genes. Cuestióneme cómo me visto o cómo me peino, pero no se indigne si su gente es aplastada por una fuerza invasora .*

—Eso es una falsa premisa —dijo Henderson.

— *¿Eso cree? Se lo aseguro, señor Henderson, he jodido más vidas cuando era humano y trabajaba como asesor financiero en un banco que desde que desperté a esta nueva existencia .*

Henderson sacudió la cabeza.

—Cuando dice «somos», ¿a quiénes se refiere?

— *A nosotros .*

—¿Cómo quiere que los llamemos?

— *No se ofenda. No nos importa cómo nos llame .*

—¿Tienen una jerarquía de poder? ¿Rinde usted cuentas a alguien? ¿Tiene súbditos, subordinados?

— *Somos una preciosa comuna hippie feliz, señor Henderson. Practicamos el amor libre y fumamos hierba bajo la luz de la luna .*

Sonreía. Era una sonrisa que no se reflejaba en los ojos.

Henderson sonrió a su vez, satisfecho.

Estaba conduciéndolo donde quería. Su respuesta había sido irónica y esquiva, el humor sarcástico como medida para controlar la frustración que debía de sentir. Había abandonado muy rápidamente el tono educado y solícito de alguien que quiere demostrar que tiene el control. Si podía minar su paciencia y sacar un poco de la ira que contenía, tal vez podría conseguir que contara una o dos cosas.

—Sin embargo, no es usted como otros vampiros.

El vampiro no respondió. Seguía mirando al espejo, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo.

—¿Qué puede decirme de esa forma especial que, a veces, adquieren?

— *Oh* . —El vampiro sonrió—. *Esa... forma* .

Lo miró con el gesto torcido y una ceja algo levantada. Henderson pensó, confusamente, que debía de ser la mirada que debió de haber puesto cuando él y los de su calaña idearon los bonos basura que llevaron a pique la economía hacía unos años.

— *Da miedo, ¿verdad?*

—¿Para qué la usan? ¿Por qué la usan?

— *Aún no ha visto nada* .

—¿Qué son? ¿Son demonios?

— *Nada es lo que parece, señor Henderson* —respondió, despacio, el vampiro—. *Por ejemplo, en esa habitación, los soldados Young y Tompson parecen amigos desde hace muchísimo tiempo, pero en la práctica, la definición de amistad de Young es un poco... relajada. Ambigua* .

Henderson frunció el entrecejo. Una pequeña señal de alarma se encendió en su cabeza. Conjeturó una o dos ideas rápidas y estuvo a punto de pedirle a Barbrow que cerrara el micrófono, pero el vampiro siguió hablando:

— *Si le pregunta, verá que Young se folla a la mujer de Tompson desde hace un año y medio. A ella le encanta el tatuaje con la ola llena de espuma que tiene en el hombro, y cuando están follando, y créame, lo hacen fantásticamente bien, ella le pide que le eche su espuma de mar en la boca. Es curioso, porque a Tompson nunca se lo permitió pese a que es una de sus perversiones fetiche* .

Henderson se volvió para mirar a los soldados. Dos de ellos se estaban mirando en ese momento.

«Oh, joder», pensó Henderson.

—¿Kurt? —dijo uno de los soldados. Su voz no era más que un hilo.

—Es mentira, Tommy —respondió el otro soldado con rapidez—. Es una jodida mentira.

—¡Silencio! —ordenó Barbrow—. ¡Son juegos mentales, maldita sea!

— *Más que mentales eran juegos sexuales* —decía el vampiro—. *Y de qué manera. Son unos campeones del porno, señor Henderson, se lo aseguro. Él le come su sagrado agujero con una devoción digna de elogio .*

—Kurt...

—¡Silencio! —repitió Barbrow.

—¡Cállese! —exclamó Henderson, mirando al vampiro.

— *No juzgue mal a Susan, la mujer de Tompson, señor Henderson. El miembro de Kurt Young es una verdadera proeza de la ingeniería orgánica natural. Es como una puñetera roca, y vaya si sabe usarlo .*

El soldado Tompson sacudía la cabeza de un lado a otro.

—¡Tommy! —decía Young—. ¡Tommy, no lo escuches!

— *Todos tenemos nuestros secretos* —siguió diciendo el vampiro—. *Yo lo llamaría karma. Seguramente, el soldado Tompson recordará el incidente que hizo que expedientaran al soldado Meyers. Un feo asunto con una niña. Acabó muerta. Tompson le disparó porque la pequeña lo había visto...*

—¡CÁLLESE! —bramó Henderson.

Se volvió hacia Barbrow. Quería que desconectara el audio, pero Barbrow estaba poniéndose en pie, con los brazos levantados, mirando a Young y a Tompson como si fueran una bomba de relojería. Y lo eran. Tompson apuntaba a Young, y Young lo apuntaba a él. Tompson tenía la visión de Young sobre Susan, su mujer. Había visto su enorme falo en muchas ocasiones; en diferentes misiones, en la base, en los vestuarios, en las duchas, cuando se cambiaban, y lo tenía en la cabeza, entrando y saliendo de la vagina de su mujer. De su... mujer. Durante un año y medio.

—¿Te follas a Susan, Kurt? —preguntaba—. ¿Eh? ¿Te la... follas?

—¡BARBROW, EL AUDIO! —gritó Henderson.

Meyers dio un paso al frente.

—No. Quiero oírlo —dijo.

—¡Cortad el audio! —exclamó otro soldado.

— *... lo había visto llevarse aquel dinero, metido en los muchos compartimentos de su equipo. Le disparó e hizo que pareciera un disparo de Meyers. Accidental, pero negligente. Meyers estaba...*

—¡CÁLLESE, CÁLLESE!

— *... a punto de ascender, ¿sabe? Pero jodió su carrera para siempre. A*

estas alturas sería teniente, destinado en Illinois, en la casa de sus sueños. Y de la niña mejor no hablar, señor Henderson. Tenía toda la vida por delante .

Barbrow acababa de escuchar la pequeña historia del vampiro con un escalofrío en la nuca. Había comprendido lo que estaba tratando de hacer. Se volvió para pulsar la tecla del audio, pero era demasiado tarde.

Henderson cerró los ojos.

Toda su experiencia no había servido para impedir lo que iba a ocurrir. Si hubiera sabido del poder mental del vampiro, habría acabado deduciendo que eso podía llegar a pasar, porque... el hombre siempre tiene secretos. Siempre. Habría encontrado la manera de enfrentarse a solas con él, en un entorno más controlado. Si hubiera sabido...

—¿Tú... mataste a la niña? —preguntó Meyers.

Tompson seguía apuntando a Young, pero volvía la cabeza hacia Meyers intermitentemente. El vaivén de su cuerpo delataba que estaba nervioso.

—¿Mataste... a aquella niña... porque te llevaste el dinero?

—Calla la puta boca —dijo Tompson.

Young levantó el rifle para apuntarle a la cabeza.

—Suelta el arma, Tommy —dijo Young—. Suelta el arma.

—¿Como tú soltabas a mi mujer cuando... yo estaba de misión y tú te la follabas? ¿La soltabas? ¿O le cogías el culo mientras le... metías la polla?

—Hijo de puta —decía Meyers—. Hijo de puta asesino y mentiroso.

—¡SALID TODOS DE AQUI! —gritó Barbrow—. ¡FUERA DE AQUI!

Henderson estuvo a punto de decir: «Dé la alarma, Barbrow». Quería decir: «Será mejor que active la alarma, Barbrow, porque... porque las cosas van a desmadrarse de un momento a otro». Pero no tuvo energías. Ni voz. Ni pensaba que fuera a solucionar nada.

Pensó en Laurie, su mujer. Era preciosa cuando se tumbaba en la cama a su lado, su cabello largo y abundante formando bucles sobre las sábanas blancas, sus ojos azules fijos en él, llenos de amor y de deseo. Pensó en cómo se acercaba sonriendo y le susurraba: «Hazme un bebé». Pensó en cómo le decía: «Dame un par de años, cielo. Reuniremos dinero y luego podré dejar de viajar tanto». Y ella asentía, porque aún era joven, y porque sabía que él tenía tanto derecho a disfrutar del bebé como ella misma, y comprendía y amaba que él quisiese estar en casa cuando el bebé naciera, y pasar tardes soleadas y bonitas paseando. Amor de tres.

Pensó en Laurie y susurró: «Lo siento».

Ni siquiera vio quién disparó primero. Oyó el disparo y pensó: «Lo siento».

Al disparo le siguió otro, y luego otro más. Alguien gritó. Alguien dijo: «¡Hijo de puta!», y a eso le siguieron sonidos de disparos de pistola. Ni siquiera vio quién caía al suelo con un ruido amortiguado, ni vio cómo la puerta se abría de repente y entraban más soldados, con las armas preparadas.

No vio nada de eso porque, cuando abrió los ojos, vio al vampiro cerca del cristal, echando el cuerpo hacia atrás. Luego proyectó la cabeza hacia delante y golpeó el vidrio una única vez, como un ariete de guerra. Una vez. Una única vez. Pero suficiente para romperlo. Puede que no fuera un vidrio de seguridad antiexplosiones, pero era un vidrio de seguridad, y lo había roto usando la cabeza.

«Ahí tienes tu puta oportunidad, cabrón», pensó Henderson, inmóvil.

El vampiro saltó hacia la abertura y asomó la cabeza sonriendo.

— ¡*Miradme!* —bramó con lo que Henderson llamaba «voz de mando».

Y lo miraron. Los soldados se habían vuelto hacia el ruido del cristal y lo miraban con ojos incrédulos, llenos de sorpresa.

Y estuvo hecho. Hecho. Una sola mirada y quedaron atrapados en sus ojos hipnóticos, como alocadas nebulosas cósmicas. Y no supieron más.

Pensó en Laurie, y en los más de seis mil efectivos que tenían desplegados en el barco, y en los barcos que lo escoltaban.

Seis mil hombres y mujeres.

Henderson fue el único que cerró los ojos a tiempo.

Él alimentaría al resto.

4

Diario de Jimmy

He estado pensando en algo, pero necesitaba escribirlo para hacer cálculos: las películas de zombis no funcionan.

Hoy hemos encontrado un viejo periódico. He guardado una parte para tener algo que leer mientras descansamos, y me he encontrado con un dato. La población en Estados Unidos era de 325.532.600. Sonia se ha puesto bastante triste al leerla; supongo que... no ha podido asociar que a día de hoy representa, más bien, víctimas. Para mí... es un dato frío. No sé ver personas tras las cifras. Es demasiado grande. Demasiado monstruosa. Espero no estar volviéndome... insensible. Pero me he preguntado, ¿cuánta población quedará aún con vida? He calculado un diez por ciento. Eso da...

292.783.400 vampiros. Son muchos vampiros, y las cosas se complican por su sistema de castas, hipnotizados, etcétera. Si fueran zombis, sería más fácil. Noventa por ciento de fallecidos durante los primeros meses, mitad rematados, mitad no. Población total zombi: $292.793.400 + 14.630.670 = 307.433.070$. Población humana: 17.892.930.

El caso es... que si dividiéramos el número de zombis estadounidenses entre el número de supervivientes, daría una cifra muy curiosa. Para matar a los zombis, tocarían a 18 zombis por superviviente. Aunque mataran uno al día, tardarían menos de tres semanas en acabar con todos.

Eso hace que las pelis no me cuadren. Tampoco importa. Dudo que pueda volver a verlas nunca más.

¿Por qué no podíamos tener zombis nosotros?

Los vampiros hacen que una invasión de zombis parezca fácil.

Capítulo 11

LOS TRAZOS DE DELACROIX



1

Jimmy no sabe dónde se encuentra, pero tampoco se lo pregunta mucho. Camina por el pasillo central de algo que parece un centro comercial; a su alrededor, los locales comerciales se alinean en varios pisos. El ambiente es ceniciento, desaturado; ningún color destaca sobre otro, como si fueran todos pálidos y apagados. EL GATO AZUL, dice un cartel con una tipografía marcadamente francesa. BEAVIS & MAPPLE, dice otro, junto al símbolo de una llave inglesa. Justo enfrente hay un montón de sillas desparramadas. Alguna se ha caído al suelo, blanca e indiferente, junto a algunas mesas, como si la gente que había estado sentada allí hubiera escapado en estampida. BUCKS, dice el cartel con forma de taza humeante. El humo es parte de la cartelería y se percibe tan falso como todo lo demás.

Jimmy camina mirando con cierta fascinación los detalles. El cristal de un escaparate roto. Una hilera de luces muertas junto a unas estrellas apagadas con un cartel en el que se lee FELIZ NAVIDAD, FELICES COMPRAS. Hay un Papá Noel monstruoso al fondo, grande como un pequeño edificio. Su sonrisa congelada es un rictus extraño, y parece mirarlo justo a él. Tiene el pie hecho trizas, como si alguien hubiera estrellado un utilitario contra él.

Jimmy sigue caminando. Es extraño, pero algunos detalles parecen sacados directamente del salón de su casa. La alfombra que hay en el suelo es exactamente como la que sus padres habían comprado por internet, una alfombra

original de Bangkok que había costado ciento cuarenta y cuatro dólares, ciento cincuenta con los gastos de envío. Su madre decía que comprar cosas era ahora más barato si no tenías que visitar el país que las fabricaba.

Y esa butaca junto a la salida de emergencia, ¿acaso no era la misma que la que tenían en casa, donde había muerto su abuela? Jesús, si hasta le parecía ver las pequeñas marcas de uñas del gato de la vecina, que cuidaron durante dos semanas mientras ella estaba atendiendo a su madre en otro estado.

Jimmy sigue andando, sin hacerse demasiadas preguntas. No se había fijado antes, pero en el suelo hay cadáveres. Aunque están metidos en bolsas negras con una burda etiqueta colocada en el centro, la forma es inconfundible. Se ve el bulto de la cabeza, y el de los pies, y es más gruesa en el centro, donde acaban los brazos. Muchas bolsas. Muchísimas. Algunas están perfectamente alineadas y otras se confunden en una montaña atroz donde los cuerpos están amontonados sin mucho cuidado. Jimmy los mira durante unos instantes, pero la visión lo complace: significa que alguien está haciendo algo con los cadáveres, por fin. Significa que ya no están por ahí tirados por el suelo, en las calles, en las escaleras de las casas particulares, pudriéndose y atrayendo ejércitos de gusanos e insectos. Son un buen montón de paquetes, no obstante, y piensa: «FELIZ NAVIDAD». Ese pensamiento le hace sacudir la cabeza. No está bien. Piensa que algo se le está pegando de Jared.

De pronto, oye una voz.

—¿Jimmy?

Da un respingo. Reconoce la voz a la perfección.

Se da la vuelta y mira alrededor.

El pasillo central parece más estrecho. Los locales comerciales casi parecen inclinarse hacia su posición, como si estuviera mirando a través de una lente de pez. Es como si se fueran a derrumbar sobre él y le produce cierto agobio, pero inconsciente; apenas puede pensar en eso. Piensa en la voz. Esa voz pretendidamente dulce, engolada, que alguien que conocía bien usaba a menudo cuando quería engatusarlo.

—¿Jiiiiimmy?

—¿Ma... mamá? —pregunta él.

—Jimmy... ¿por... por qué no me ayudaste?

—Mamá... —balbucea.

Se da cuenta de que la echa de menos. No había pensado mucho en ella porque su ritmo diario, con todo lo que estaba pasando y la gente nueva que había llegado a su vida, lo había trasladado a algo parecido a una dimensión

paralela; había cruzado una línea donde estaba el antes de los vampiros y el después de los vampiros, y no había tenido tiempo de llorar, ni de recordar, ni de echar de menos. Y se siente culpable, no por no haber podido salvarla, sino por no haberla recordado lo suficiente. Se siente culpable por haber dejado su cuerpo en aquel salón, en aquella casa, en la ciudad donde empezó todo, la ciudad que pasaría a la historia por haber sido la cuna del vampiro, el auténtico heredero del planeta. Tal vez no hubiera podido darle lo que a ella le habría gustado: un funeral caro con hombres y mujeres vestidos de negro, llorando su pérdida bajo los paraguas oscuros que detenían una lluvia constante, como si el mismo cielo llorase su marcha. Tal vez no, pero pudo haberla enterrado en el jardín mientras era de día, junto a papá, y la abuela. Al menos pudo haber hecho eso.

Y se da cuenta de que, aunque su madre no era la mejor del mundo, atesora algunos recuerdos preciosos que, de repente, vuelven a él como un tsunami. Lo sacude una cadena de imágenes a alta velocidad en las que aún es pequeño y ella juega con él, pacientemente, a Toy Story. El Hombre Increíble es papá, y mamá es Elastigirl, y él es todos los demás, incluyendo el Señor Patata que les roba los cubos de LEGO para que no puedan hacer su casita. El Señor Patata habla con voz grave y hace ruidos cuando vuela sin alas, como un cohete. Mamá tiene sueño, se le cierran los ojos, bosteza cuando el pequeño Jimmy no mira, pero sigue jugando. «Oh, Señor Patata, qué malo es usted.» Y sonrío. No mucho, pero sonrío. Y la recuerda al borde de la cama, mirándolo con exacerbada preocupación cuando tenía fiebre y le dolía el estómago y la cabeza, y cuando la mira, ella le pregunta: «¿Qué quieres, cariño? ¿Quieres agua, un zumo, un vaso de leche? Dime qué quieres, mi amor. Dime qué puedo hacer por ti».

Jimmy llora.

—¿De verdad eres tú, mamá? ¿De verdad? ¿No te has muerto?

—Jimmy... No me ayudaste... Pudiste habernos ayudado, pero no lo hiciste.

Jimmy quiere decir algo, pero las lágrimas y la respiración agitada se lo impiden. Mamá. Oh, mamá. No pude. No pude, mamá.

Se da la vuelta continuamente, buscando a su madre, pero no puede verla.

No la encuentra.

—¿Dónde estás, mamá? ¿Dónde... estás?

— *Oh, Jimmy* —responde ella con un registro de voz diferente—. *Eres un chico malo* .

Jimmy se queda quieto. La voz le trae recuerdos de cuando era un niño, otra vez. Pero no son recuerdos bonitos. «Eres un chico malo, Jimmy.» Solía decirle

eso cuando... cuando se enfadaba. Cuando se enfadaba mucho.

Jimmy niega con la cabeza.

—Mamá... —dice—. Mami.

El sonido de una cremallera llega hasta sus oídos.

Jimmy se da la vuelta, asustado.

Una de las bolsas se está moviendo. La cremallera desciende lentamente y del hueco emerge una mano de dedos largos y algo arrugados.

Jimmy la mira, petrificado.

— *Has sido malo, Jimmy. Un niño muy pero que muy malo* .

—No, mamá, no... Yo...

La cabeza de su madre coronada por una cabellera rubia despeinada surge de la bolsa. Parece el truco de un mago, una asistenta con buenos abdominales que se incorpora sin ningún esfuerzo, como impulsada por un resorte, mientras el público aplaude diciendo: «¡Estaba ahí, realmente estaba ahí!». Pero ella, su madre, no sonríe. Estaba ahí, pero no sonríe; no hay aplausos ni telón. Tiene una herida espantosa en el cuello, rodeada de sangre negra y pegajosa, una costra que recuerda a la brea, llena de moscas. Y el cabello no parece tan denso como antes; parece débil y marchito, con claros entre los mechones. Los ojos, algo hundidos, parecen despedir un tenue resplandor en la oscuridad cenicienta del centro comercial.

— *Jimmy* —dice ella.

Jimmy pestañea.

Había olvidado que a su madre la había mordido un vampiro, el mismo que mató a papá, y a la abuela; lo había olvidado desde que oyó su voz, porque era la voz de su madre, desde luego, y por todo lo demás. Pero allí estaba, saliendo de una bolsa de plástico negra, una bolsa que hacía un rato estaba inmóvil, una de tantas, convertida en...

Mamá sonríe. Su boca empieza a abrirse lentamente, y su sonrisa se ensancha tanto que pronto abandona los márgenes tradicionales de una boca abierta, como si un cuchillo invisible fuese rasgando la carne. Y Jimmy ve la hilera de dientes puntiagudos y afilados, fríos y brillantes como si estuvieran hechos de metal, húmedos en las tinieblas de un corredor cada vez más estrecho.

Ya no parece su madre.

No lo parece en absoluto.

Jimmy da unos pasos atrás.

—Mamá... —consigue decir mientras se mueve con lentitud, como si escapara lentamente de una tela de araña.

Mamá se incorpora, naciendo del interior de la bolsa, como un feto abominable que viera la luz por primera vez. Lo hace sin flexionar las rodillas, otra vez un truco de mago, o una secuencia de una de las primeras películas de vampiros. Lleva puesta la misma ropa que aquel día, un camisón blanco manchado de sangre. Su figura delgada hace que el camisón caiga desde sus hombros como unas cortinas.

En su pecho brilla su pequeño crucifijo de oro, colgando de una cadena dorada. Una herencia de su madre, y también un símbolo que la unía a la comunidad cristiana de Hillsdale. Cuando iba a la iglesia, solía asegurarse de exhibirlo dejando que colgara fuera de la camisa. Pero el crucifijo, piensa Jimmy, no tiene ningún poder sobre ella. No le quema la carne, ni hace que salga humo de su piel blancuzca y de aspecto enfermizo, no le produce dolor. Es solo un objeto.

La madre se vuelve para mirarlo, con una expresión de duda en el rostro.

— *¿Has sido malo, Jimmy?*

Su voz.

Su voz ha cambiado. Quizá sea por la forma monstruosa de la boca, piensa la parte analítica de Jimmy, pero es algo más grave. Piensa en un concepto de tres palabras: voz de ultratumba. Parece apropiado.

Jimmy sigue dando pasos hacia atrás mientras su mente trata de mantenerlo atado a la cordura. Sin embargo, no puede apartar la mirada de esa boca descomunal que casi alcanza las orejas. Y los dientes... Los colmillos clásicos de los vampiros casi parecen un burdo disfraz de Halloween, uno que mamá improvisa comprando una dentadura de plástico y un bote de sangre falsa en el supermercado del barrio. Al lado de esa hilera de dientes, todo parece un chiste.

La madre empieza a avanzar hacia él, y al abandonar el interior de la bolsa con un único movimiento, elegante y casi imperceptible, el bloqueo que Jimmy siente en las piernas, cede. Se da la vuelta y empieza a correr.

Trata de correr.

Una angustia helada y atroz se instala en su pecho. Está seguro de estar moviendo las piernas, las impulsa con toda la fuerza que puede, pero el escenario apenas cambia; el suelo no se desliza bajo sus pies, como si estuviera intentando correr bajo el agua.

— *Ven con nosotros, Jimmy* —dice la voz, cada vez más animal, cada vez más cercana, a su espalda—. *Te sentirás bien. Te sentirás mejor. Te sentirás amado como nunca, Jimmy. Te sentirás nosotros.*

Jimmy empieza a emitir un sonido grave, como un aullido inconsciente que

crece desde su pecho y escapa por su boca, sin que sea consciente de ello o pueda evitarlo siquiera. Es como el sonido de un motor que tiene demasiados años de uso, está medio quemado y amenaza con estropearse. UUUUUUH. Mueve los brazos a toda velocidad, y eso hace que parezca un dibujo animado de Hanna y Barbera, como si con ello pudiera imprimirles más fuerza a las piernas. Ya no los hacen.

Un terror profundo y básico se apodera de él. Físico. Casi doloroso, preso en su caja torácica.

— *Te amaré como nunca, Jimmy. Todos te amaremos. Deja que te ame, ¿quieres? Y. No. Volverás. A. Estar. Solo. Nunca.*

Siente la presencia de su madre. La tiene detrás, justo detrás, acercándose a cada instante que pasa. Ya extiende los brazos hacia él. Cerca. Más cerca. Los dedos, largos y algo huesudos, tienen las primeras marcas de la edad alrededor de las falanges y los nudillos, y su anillo de casada aún luce en el anular. Pero ese símbolo de amor familiar tampoco tiene efecto en ella; solo piensa en la delicada piel del cuello del muchacho y en su

sangre

tibia y caliente, rápida y deliciosa contra su boca, acompañada por los latidos del corazón.

— *Ni te imaginas, Jimmy* —susurra la voz cerca de su oído mientras la boca se abre de manera imposible y la sed aumenta, transportándola al paroxismo de la excitación.

Jimmy grita.

2

Jimmy gritó todavía un rato cuando se incorporó, la respiración agitada, los ojos brillantes y húmedos al borde de las lágrimas. Se tocaba el cuello con las manos, como si quisiera constatar que aún seguía ahí.

—Jimmy... —susurró Sonia a su lado—. ¿Estás bien?

Jimmy miró alrededor. De repente comprendió que había tenido un sueño y se tranquilizó un poco, aliviado. Respiró y miró a Sonia, que lo observaba despeinada y con los ojos hinchados por el sueño. Pero el sueño había sido duro, indeciblemente duro, lleno de detalles y de sensaciones... No se sentía para nada como si acabara de despertar, sino como si acabara de quitarse de la cabeza el casco de realidad virtual más avanzado del mundo. Los sueños siempre tenían ese aspecto borroso, onírico, lleno de imprecisiones, de saltos. Podía ser el sueño

más loco del mundo y él, como soñador, aceptar la realidad del sueño como normal. Pero ese sueño...

Ese sueño había sido definitivamente distinto.

—Jimmy —repitió Sonia—. ¿Estás bien?

—S-sí —susurró, mirando alrededor. Aún era de noche y los demás dormían en el suelo, acurrucándose allá donde habían podido—. He tenido una pesadilla.

—Jesús —dijo Sonia—. Yo también.

—Es por... las circunstancias.

—Circunstancias mis ovarios —soltó Sonia, visiblemente afectada—. Ha sido un sueño de mierda.

—Ha debido de ser la cena —apuntó Jimmy—. Nos habrá sentado mal.

—¿La... cena? —preguntó Sonia, confusa. No habían comido absolutamente nada en más de veinticuatro horas. De repente cayó en la cuenta de que el chico bromeaba, a su estilo.

—Vale —dijo ella—. Muy agudo. Eso será. Las telarañas en el estómago.

—¿Tu sueño... era normal? —preguntó Jimmy.

Sonia se quedó mirando el suelo durante un rato.

—No, Jimmy. No ha sido normal. ¿Y el tuyo?

El chico negó con la cabeza.

—Bueno —dijo Sonia, soltando todo el aire de los pulmones—. Habrá sido una casualidad. Las... circunstancias, como tú dices.

Jimmy asintió.

—Voy a hacer como que duermo —dijo Sonia—. Al menos descansaré el cuerpo, y puede que la cabeza. Hasta dentro de un rato. Buenas noches, Jimmy.

—Buenas noches.

Después de volverse y recostarse, Sonia giró un poco la cabeza hacia él y añadió:

—Te quiero mucho, Jimmy.

Jimmy se ruborizó casi de inmediato. Le llevó un tiempo responder.

—Y yo a ti.

La habitación quedó en silencio. Fuera no se oía nada, ni la lluvia, ni el suave gorjeo de los pájaros en sus nidos, ni el viento. Nada. Jimmy, todavía azorado por lo que Sonia acababa de decirle, sonreía un poco, pero dos cosas ocupaban su mente. Una era su madre, desde luego, y la otra se mecía en los márgenes de sus pensamientos conscientes como una araña gorda e hinchada: ¿cuántos vampiros debía de haber ahí fuera, deambulando de un lado a otro,

buscando, tal vez, escudriñando, quizá intentando encontrar pistas sobre dónde podrían ocultarse los que aún quedaran vivos? ¿Cuántos habría a menos de cien metros? ¿A menos de cincuenta? ¿Detrás de la puerta? ¿Había gritado cuando despertó en mitad de la noche, en mitad de aquel silencio sepulcral?

¿Lo había hecho?

Creía que sí.

Sonia no durmió mucho el resto de la noche, pero Jimmy...

Jimmy no logró conciliar el sueño en absoluto hasta casi al amanecer.

3

—¡Joder! —gritaba alguien—. ¡Me cago en la puta!

Jimmy abrió los ojos con esfuerzo. Parecía tener los párpados unidos con imanes. Le escocían, y cuando trataba de moverlos le pareciera que tenían arena por debajo. Era Jared quien gritaba, de pie en mitad de la pequeña estafeta de control, moviendo los brazos alrededor de su cuerpo como si intentara ahuyentar a un ejército invisible de pájaros.

—¡Eh! —decía Josh, sentado en el suelo—. ¡Eh, tío, para!

—¡Coño!

—¿Qué pasa? —preguntó Laura incorporándose—. ¿Qué pasa ahora?

Jared se detuvo unos instantes, mirando confuso alrededor.

—¿Jared? —preguntó Sonia—. ¿Estás bien?

—¿Bichos? —preguntó Laura mirando el suelo.

—No, coño —dijo Jared—. ¡Joder! ¡Creo que me están jodiendo!

Josh se puso en pie y se acercó a la puerta, retirando con cuidado el pestillo.

—¿Quién te está jodiendo? —preguntó Sonia, confusa.

—Pulgas —seguía diciendo Laura—. Hay pulgas, ¿verdad?

—¡No, coño! ¡Me están... jodiendo la mente! —exclamó Jared.

Para entonces, Josh había abierto la puerta con mucha discreción y echado un vistazo rápido fuera. La estafeta estaba a diez metros de la carretera, parcialmente oculta por los árboles y la vegetación, junto a un tendido eléctrico. El lugar les había gustado para pasar la noche. Era tan pequeña que nadie habría sospechado que había gente oculta ahí dentro. Pero el exterior estaba diáfano.

Volvió a cerrar la puerta.

—¿Quieres bajar la voz? —le recriminó Josh—. No sabemos quién o qué puede estar ahí fuera.

—Oye —dijo Jared agachándose y recuperando su escopeta—. ¡Ya te lo

digo yo! ¡Ahí fuera tiene que haber un guapo! ¡Uno de esos chicos listos de Jimmy, porque está jugando con mi mente!

Josh se inquietó cuando lo vio coger la escopeta.

—Oye. Suelta eso un momento...

—¿Que suelte qué? —se le encaró Jared—. ¿Qué pasa? ¿Vas a decir aquí quién puede llevar una pipa y quién no?

—No es eso —intentó calmarlo Josh—. Es que te veo un poco nervioso.

—¡Chúpame la polla! —soltó Jared.

Sonia se había levantado y se había plantado frente a Jared, las dos manos levantadas con las palmas extendidas.

—¡Eh, Jared! —bufó—. ¿Quieres... explicarte? Es que no entendemos qué coño te pasa...

Jared masculló algo y se pasó la mano por la cara, de arriba abajo. Luego sacudió la cabeza para que el cabello le cayera otra vez hacia atrás.

—Han jugado conmigo, joder. Me han hecho ver cosas. Os lo juro. Era como si estuviera soñando, ¿vale?, y hasta es posible que estuviera dormido, pero...

Sonia asintió.

—Yo también he tenido una pesadilla —dijo—. Y Jimmy también.

—Yo también —afirmó Laura.

Sonia se volvió hacia ella. Las dos se miraron unos instantes.

—¡No me toquéis mis sagradas pelotas de Luisiana! —exclamó—. ¡No era un puñetero sueño, ¿vale?! ¡No lo era, coño! En mi vida he tenido muchas pesadillas. Joder, una vez soñé que se me caía la picha mientras meaba, y puede que soñara que metía la mano en el váter, amarillo de meados de borracho y gente con enfermedades por descubrir, llorando, intentando recuperar mi picha. Pero me desperté y me partí el puto culo con el sueño, porque..., joder..., era gracioso de cojones. Los sueños son los sueños, y uno se despierta por la mañana, les dedica un momento de atención o dos y luego se olvida de ellos. ¡Esto no era un sueño!

Jimmy lo escuchaba, lúgubre.

—Sé lo que quieres decir —comentó en voz baja—. A mí también me ha pasado. Y no era un sueño. Era algo más.

Laura se volvió a mirar a Jimmy.

—¿Tú también? —preguntó.

—Vale —intervino Josh—. ¡Un momento, un momento! Yo también he tenido una pesadilla, ¿vale? Una muy... desagradable, por cierto. Pero solo son

sueños. No saquemos las cosas de quicio, por favor. Ya tenemos bastantes problemas.

—¿Qué has soñado tú? —preguntó Sonia.

—No importa —respondió Josh, y luego sacudió la cabeza con una media sonrisa en los labios—. Soy soldado. Estoy acostumbrado a tener pesadillas.

—No era... un puto sueño, ¿vale? —insistió Jared extendiendo el brazo, el cuerpo inclinado hacia delante, un dedo acusador coronando el puño cerrado—. No me toquéis más los cojones con eso o me largo de aquí cagando leches.

—Nadie dice que...

—Calla la puta boca un puto segundo —lo interrumpió Jared.

—Los sueños son los sueños —exclamó Pip de repente. Estaba en la esquina, al fondo, y nadie había reparado en él hasta ese momento. Sentado en el suelo con las piernas recogidas bajo el cuerpo, miraba el suelo cabizbajo—. Su naturaleza es brumosa, imperfecta, incompleta. Todo el mundo habla de sueños vívidos, pero eso no existe. En reposo, la cabeza es como un ordenador: no tiene memoria para completar las escenas, y en los márgenes del foco de atención no hay nada excepto un tono sepia, raro, que creemos haber visto completo cuando no ha sido así. Las voces no son voces. Si te esfuerzas mucho por recordarlas verás que es casi siempre tu propia voz, o una voz comodín que le pones a todo el mundo, sin apenas tono ni inflexión. Puede haber algo, pero poco. Y tiene unas unas fases concretas. Cinco, en realidad. Con el cansancio que teníamos y el tiempo que hemos dormido, dudo mucho que hayamos alcanzado... todos... la fase que produce sueños de calidad. Sueños completos, de los que se recuerdan cuando despiertas. Rara vez se recuerdan, ¿sabéis? Porque... la mente funciona así. Los genera para liberar tensiones, para ordenar cosas y meterlas en cajones, y las veta. Pero hoy todos hemos tenido pesadillas, yo incluido, y lo que he visto mientras dormía... no era un sueño.

Todos lo miraban estupefactos. Pip no solía hablar demasiado; al menos no por lo general.

Jared extendió las dos manos hacia él, como un prestidigitador que celebra su truco de magia atribuyendo el mérito a su chistera.

—¿Lo veis? —exclamó Jared—. ¡Es lo que he estado diciendo todo el tiempo!

—Y una mierda es lo que has dicho —exclamó Laura.

Josh miraba a Pip, pensativo.

Bajó la cabeza y arrugó la nariz.

—No sé —susurró.

Jared levantó las manos hacia el techo, los ojos muy abiertos y una sonrisa congelada en el rostro.

—Vale, alucino. Veréis, esto es como... esas películas cutres de miedo. Están todos en el desván y encuentran... esos pentagramas chungos y velas rojas y una cabeza de carnero y cinco o seis mesas de sacrificio todas llenas de sangre, y herramientas de las de joder vivo al personal, y la rubia imbécil de las tetas turgentes le dice al novio: «Jolín, John, estoy preocupada, todo esto me pone nerviosita», y él le responde: «Que no, nena, que son tonterías. Serán chorradas que mi abuelo compró en 1954 por internet. Anda, pon tu boca sobre mi polla», y alguien más dice: «¡Bárbara está cagada de miedo! ¡Esperad un momento, que voy a mi cuarto yo solo sin ninguna razón!», y alguien más sale fuera a tomar el aire porque de repente le ha dado un chungo raro. Y al rato aparece el abuelo con el puto Satanás detrás, un rabo como una seta de rojo, porque..., carajo, sí que pasaba algo, ¿es que no habéis visto las putas señales? Pues aquí pasa lo mismo. Todos hemos tenido pesadillas, y si han sido como las mías, le como el culo a quien me diga que han sido sueños normales, como ha dicho Pip, con calidad VHS, y no el pedazo de Blu-Ray en 3D y sonido estéreo como las que he tenido yo.

Jimmy pestañeó, intentando absorber toda la verborrea de Jared. Cuando se excitaba podía hablar muy rápidamente. ¿Había dicho que era de Luisiana?

—Eso... eso es bastante... —empezó Sonia, pero no pudo terminar. Ni siquiera sabía lo que iba a decir, pero lo de la calidad de visión la había tocado. «Es bastante gráfico», pudo haber dicho. Y lo era. Recordaba perfectamente su sueño, y la palabra vívido era un eufemismo del todo inapropiado para el estado de inmersión absoluta que había experimentado. Los detalles. El sonido. Las sensaciones. Era muy fácil decir que habían tenido una pesadilla y tratar de llevar al día una especie de escudo mental, como decir «No, la puerta del armario no se ha movido sola» y mirar a otro lado. Una protección. Una defensa contra lo inexplicable. Pero como había dicho Jared, eso solo complicaba las cosas a largo plazo. Y no solo las complicaba; las ignoraba. Como habían ignorado la amenaza en Hillsdale, hacía ya casi un mes.

—Pip tiene razón —intervino Laura hablando despacio—. No... doy mucho crédito a según qué cosas. Soy ingeniera y trabajé para Airbus durante un tiempo. Y para la NASA. Monitorizaba satélites. Las cosas de sueños, fantasmas, todas esas... chorradas... nunca me produjeron ninguna sensación en absoluto. Pero cuando Pip y yo nos... conectamos... mi perspectiva cambió. Realmente hay cosas que nunca hemos podido explicar, con la ciencia en la mano. Tal vez

sea porque hay una o dos variables nuevas en juego, como la presencia de los... vampiros. Pero ocurre. Lo viví intensamente, de una manera real, como era la conexión. Real. Y lo que he vivido esta noche era muy parecido.

—Espera —dijo Josh—. ¿Estamos admitiendo que... hemos tenido alguna especie de... experiencia extraña?

—Tal vez deberíamos —terció Jimmy—. No es... tan raro.

Sonia se volvió hacia Jimmy. Intuía que el chico iba a administrarles otra dosis de conocimiento profundo sobre los vampiros.

—Explícate —dijo apremiante.

—Laura ya lo ha dicho —continuó Jimmy—. Está la colmena, ¿vale? Es su... conexión mental. No sé cómo funciona, pero vincula solamente a los miembros de su especie. Es como un tono de llamada. Cuando había móviles, marcabas un número y la señal viajaba hasta el espacio, hasta un satélite. Esa señal enviaba un tono único de vuelta al mundo, lo replicaba por todas partes, lanzando un aviso que solo un terminal específico interceptaba y, ¡pum!, se ponía a sonar. Es como... internet... —dijo señalando los *routers* y los aparatos que tenían alrededor, interconectados con cables—. Si no tienes un ordenador o un móvil no puedes leerlo, pero los datos siguen ahí, atravesando tu cuerpo constantemente. La colmena debe de funcionar igual. Si hay un vampiro justo aquí, detrás de este edificio, debe de estar recibiendo «la señal».

—El porno atraviesa nuestros cuerpos —exclamó Jared—. Eso explica muchas cosas.

Jimmy sonrió.

—Vale —dijo Laura—. Creo que te pillo...

—Exacto —continuó diciendo Jimmy—. Así que ahora que parece que su poder ha aumentado por la tormenta y ese vampiro nuevo...

—Alkibiades —susurró Pip.

—Sí. Es posible que parte de la información de su colmena se cuele en nosotros, tal vez durante los sueños.... No sé si esa parte tiene mucho sentido.

—Lo tiene —dijo Pip—. Durante el sueño la mente entra en un estado especial. Mirad todos esos cursos que hay... que había... sobre aprender idiomas durante el sueño. Hay quien graba los apuntes en cintas de audio y las pone en bucle mientras duerme. No es que al despertar lo sepan todo, pero sí que les resulta mucho más fácil memorizar esos textos cuando se ponen a estudiarlos.

—He leído sobre eso —dijo Laura.

—¿Es posible que algo así esté ocurriendo? —preguntó Josh, dubitativo.

—No lo sé —reconoció Sonia—. La pregunta es: ¿qué ha soñado cada uno?

O mejor dicho, ¿alguien ha soñado algo relevante que nos dé una pista sobre algo que nos pueda ayudar?

Se miraron con expresiones preocupadas.

—Yo he soñado con... mi madre —susurró Jimmy—. Pero no creo que... sea relevante. Solo ha sido... una pesadilla.

Sonia se volvió hacia él, preocupada. Si el muchacho había soñado con su madre en el contexto de una pesadilla, con esa calidad de sensaciones, de imágenes, de detalles, debía de haber sido un mal trago. Quiso poner una mano sobre la suya, pero se contuvo, por alguna razón. Quizá porque no era algo que hiciese con Jared, con Josh, o con Pip, y no quería que Jimmy pensara que con él era un poco más «maternal». El chico, pensó, estaba moviéndose en un elenco de situaciones en las que necesitaba sentirse adulto entre adultos, y un gesto como ese, ahora que tenía sobre él el foco de atención, podía hacerlo sentir incómodo. Quizá. Tal vez. Hablaría con él más tarde, en privado.

—Yo he soñado con una experiencia que viví en Hillsdale —se apresuró a decir—. El primer vampiro que vi. El *sheriff* del distrito. En mi sueño, el cielo estaba cubierto por la tormenta y el *sheriff* despertaba mucho antes de lo que lo hizo. Fue matando a los agentes reunidos en la escena. Fue... bastante brutal, pero no relevante. Me... me costó escapar de él.

—Yo no he soñado nada que pueda aportarnos algo —exclamó Laura, sin entrar en más detalles.

—Vale —dijo Josh—. Entonces... ¿alguien? ¿Algo?

Nadie dijo nada.

—Quizá sea un proceso paulatino —sugirió Jimmy—. Si seguimos soñando cosas así todas las noches... quizá en algún momento lleguemos a ver algo.

—No me jodas, chico —soltó Jared—. ¿Esto va a ocurrir cada noche? ¡Me cago en la puta!

Laura bajó la cabeza, apesadumbrada.

—Tendremos que conseguir pastillas para dormir —dijo—. No... no quiero tener más sueños así.

—Me temo que eso es... bastante imprudente —replicó Josh—. Hay que mantener la alerta en todo momento. Si nos atacasen mientras dormimos, tenemos que poder reaccionar.

—Me tomaré una si la encuentro, te lo juro —declaró Laura.

Josh no respondió, no era el momento. Laura estaba todavía afectada por lo que fuera que había soñado. Se limitó a asentir.

Jared se pasaba las manos por el cabello, que tenía un aspecto sucio y

grasiento. Demasiados días sin un poco de higiene básica.

—Putos... vampiros soplapollos —susurró.

—¿Qué has soñado tú, Jared? —preguntó Jimmy sin pensar, lleno de genuina curiosidad. ¿Con qué podía haber soñado Jared? ¿Cuáles eran sus miedos, sus verdaderos temores? Lo había visto siempre comportarse de manera resuelta en un montón de situaciones diferentes, e incluso había mantenido la cabeza fría cuando atacaron el camión. Había pensado en él, en Jimmy, en lugar de buscar su propia seguridad. Sin duda era parte de un proceso; ahora se daba cuenta. El viejo Jared habría cogido un cadáver, quizá, para usarlo como parapeto mientras se escabullía entre la refriega para escapar. Pero el Jared de ahora lo había buscado y lo había conducido a una salida, en un momento en el que cada segundo contaba.

—Chico —respondió Jared—. No quieres saberlo. Te juro que no.

Hubo un instante de silencio.

—Está bien —dijo Josh—. Ha sido un buen desayuno. Ahora tenemos que seguir.

—Me vas a desayunar la puta polla —soltó Jared, enfadado, mientras se dejaba caer al suelo para ponerse las botas.

Muy poco después, estaban otra vez en marcha.

4

Juan Escalante, como casi todo el mundo al otro lado del Pacífico, vivía pegado a las noticias. La televisión era, otra vez, la principal fuente de información, junto a los periódicos y la radio, porque internet funcionaba, sí, pero sin las estructuras de servidores y datos de Estados Unidos no lo hacía demasiado bien, y a ratos no funcionaba en absoluto. Las páginas y los servicios localizados en suelo norteamericano estaban, por supuesto, caídos, y eso suponía un trozo de tarta enorme del pastel de internet.

Pero la televisión vivía, otra vez, momentos álgidos; también la prensa escrita. La programación diaria estaba centrada en lo que pasaba en el mundo. Ocurrían muchas más cosas de las que se podían cubrir en cada momento, y el resto de los programas habían sido prácticamente cancelados.

Esa mañana, Juan cambiaba de canal cada poco tiempo, intentando absorber la mayor cantidad de información posible.

—... radiación, ha asegurado el asesor científico del Comité Internacional de Control para la Marea Roja, podría afectar gravemente a los sujetos que han

sido expuestos a la infección. De ser así, ciudades que antes eran consideradas peligrosas o incluso letales, como Chernobyl, podrían considerarse puntos seguros muy codiciados para preservar la seguridad de...

Cambió de canal.

—... son vampiros, ¿sabe? Vamos a llamarlos por su nombre y a dejarnos de eufemismos que solo confunden a la gente, por favor. No son infectados, ni un enemigo, ni monstruos, ni demonios, ni anarquistas, ni violentos, ni nada de eso. Son vampiros. ¿Por qué les cuesta tanto usar esa palabra? ¡Vampiros! Extienden la infección por el procedimiento clásico de morder en el cuello, en un brazo, donde sea, y les afecta la luz del día como a los vampiros tradicionales. Tal vez, si aceptáramos ese concepto, se podría investigar en los orígenes del mito de la cultura clásica europea y dar con alguna pista que nos permitiese...

Cambió de canal.

—... donaciones para los ciudadanos americanos que han sido sorprendidos por los acontecimientos mientras visitaban otros países, lejos de casa. Muchos no saben si han perdido sus hogares, no tienen ninguna información sobre sus familias, tienen hijos y necesidades básicas que organizaciones como la Cruz Roja están cubriendo momentáneamente, pero...

Cambió de canal.

—... solo quince minutos tendremos con nosotros a Rachel Westgard, ganadora del premio Stoker en el año 2014, que ha publicado varias novelas sobre vampiros, y que tiene información relevante sobre esos seres, cómo funcionan y, sobre todo, cómo combatirlos. Westgard ha sido...

Cambió de canal.

— ... movilizaciones masivas desde el sur de la Península, a medida que la situación se ve más y más comprometida. Sin embargo, la Coalición de Defensa está dificultando que los españoles entren en Europa a través de la frontera con Francia. «Al final pasamos —decía un afectado—, pero los controles te retienen durante días. Son pruebas médicas muy exhaustivas, demasiado. Se podría acelerar todo bastante. ¿Por qué no ponen a la gente bajo el sol? Si ardes, no pasas.»

Cambió de canal.

Una imagen cámara en mano mostraba a un reportero caminando por un pequeño pueblo con un micrófono inalámbrico en la mano. Caminaba por el centro de una ancha avenida totalmente vacía. Se oía el sonido del viento contra el micrófono de la cámara, y el jadeo del operador de fondo.

El reportero empezó a hablar en inglés, y una voz femenina, en castellano,

se superpuso a lo que decía.

—Pues sí —dijo la traductora—. Esto es Virginia Beach, está diciendo Jacob, en el estado de Virginia. Debemos recordar que la población, según el último censo de 2018, era de diez millones de habitantes, o diez millones y medio. Seguramente hoy estaría en los once millones. Sí..., precisamente nos están diciendo que la densidad de población era de doscientas quince personas por metro cuadrado. Diez u once millones, y esto solamente en este pequeño pueblo al sureste de Virginia.

La cámara mostraba ahora una panorámica de la calle.

Juan comprendió. Eran imágenes en directo de América, por fin. Se echó hacia delante en su sofá y subió dos puntos el volumen.

Hacía bastante que no mostraban imágenes recientes de Estados Unidos, porque no parecía quedar nadie que pudiera informar, o los medios técnicos para hacerlo habían quedado inutilizados. Pero allí estaba Jacob, fuese quien fuese, con la luz del amanecer tiñendo las calles de tonos azules y rosados. Tenía sentido. Si era mediodía en España, allí debía de estar amaneciendo. Jacob tenía todo el aspecto de ser europeo del norte; finlandés, o sueco, tal vez, con su barba rizada y rojiza cuidadosamente recortada y su aspecto alto y delgado. ¿Habría viajado hasta allí desde Europa para obtener imágenes en directo?

—Da como... Dice que tiene una sensación muy extraña. Que el silencio es total... Dice que estuvo en ese mismo pueblo hace unos años y que por eso también han elegido ese sitio para desembarcar, y por su... proximidad al mar. Dice que allí había vida a todas horas, que era una ciudad muy concurrida, que da auténtica pena verla así, y que... uh... Sí, que le oprime el corazón pensar en cómo debe de ser América en otros puntos. Ciudades grandes, sin gente. —Hizo una pausa mientras Jacob evitaba mirar a la cámara y resoplaba, una mano sobre el corazón—. Sí. Se ha... emocionado. Dice que ojalá pudiera transmitir las sensaciones abrumadoras que está teniendo, que la cámara no lo capta, pero que apenas han puesto un pie en tierra y ya están superados por lo que ven.

La cámara se centró entonces en una de las casas bajas, cuya puerta estaba abierta. En el porche ondeaba una bandera americana.

—Dice que por temas de permisos y cuestiones legales no tiene autorización para entrar en ningún edificio, y que dadas las circunstancias, obviamente, no sería para nada seguro. —Una pausa—. Sí, dice que todas esas casas podrían..., efectivamente, contener vampiros. Ha usado la palabra *vampiros*, sí. Pero que va a acercarse un poco para que podamos ver el interior... Fantástico.

La cámara se acercó a la puerta muy despacio: una abertura oscura, ominosa. La tenue luz del amanecer impedía ver claramente el interior.

—Jacob está diciendo que perciben mal olor. Sí. Dice que huele mal, que se han acercado y, definitivamente, hay un olor... nauseabundo en el aire.

De pronto, la imagen se agrandó: el operador había activado el *zoom*, y la luminosidad se ajustó automáticamente.

Sentado en su sofá, Juan vio una mano en el suelo, los dedos hacia arriba, curvados sobre sí mismos. Salía del margen derecho de la puerta, a unos tres metros de la entrada; más allá debía de haber un cuerpo.

—Oh. Es... Sí, es un brazo. Estamos viendo claramente una mano en el suelo. Es impresionante, y sobrecogedor. Ahí tirada, en una avenida vacía, sin que nadie... nadie haya... Ah, van a acercarse todavía un poco más. Les recordamos que han estado esperando en el barco, a doscientos metros de la costa, el momento del amanecer, porque la noche es peligrosa, como saben. Impresionaba ver toda la línea de la Costa Este de Estados Unidos, y...

La imagen se acercó, revelando un poco más a medida que se aproximaban. Vieron el antebrazo, y un poco más...; un bulto negro, extraño. Juan no tardó en comprender que era el cabello de una cabeza.

—Sí. Estamos viendo un brazo, ¿no?, y vemos claramente una cabeza. El pelo que la cubre..., un cabello oscuro..., boca abajo, ¿creo? No, debe de tener la cara vuelta hacia el fondo de la casa, por eso no la vemos. Jacob menciona que, por el tamaño de la mano, debe de tratarse de un hombre. Sí, bien visto, esos dedos grandes, ¿verdad? Es sin duda un hombre. —La mujer tomó aliento brevemente—. Es sobrecogedor, la verdad. Está diciendo... que huele mal, huele como a cadáver. Se pregunta ahora... Un momento... Ha bajado el tono de voz por seguridad, es comprensible, pero me resulta difícil oírlo... Sí, está diciendo que espera que esta luz del amanecer sea suficiente para mantener a los vampiros escondidos, porque... porque está diciendo que está seguro de que los tiene alrededor. Dentro de las casas, escondidos. Son sensaciones muy fuertes, dice. Afirma que no tiene ningún género de duda. Este es realmente un documento privilegiado, el primero que nos llega desde que Estados Unidos perdió el contacto definitivamente, de manera oficial al menos, hace ya semanas, en Virginia Beach, Carolina del Norte.

Juan cogió el móvil rápidamente y deslizó el dedo por la pantalla. Buscó un grupo en WhatsApp y escribió:

Poned la sexta. Alucinante.

Esperó a que el icono de espera desapareciera, pero le llevó su tiempo. El maldito internet iba horriblemente lento desde que empezó la Marea Roja. Luego dejó el móvil a un lado y siguió prestando atención al programa.

— ... con gran riesgo por su vida. Jacob, recordarán ustedes, es reportero de guerra con numerosos premios y reconocimientos, y ha estado en todos los conflictos bélicos que han ocurrido en el mundo en los últimos doce años. Pero la gente tiene derecho a saber, y estamos totalmente de acuerdo con eso, y este documento, auspiciado por la BBC, ayudará sin duda a la gente a comprender a qué nos enfrentamos.

La imagen mostró a Jacob alejándose de la casa. El cámara mostró las ventanas superiores, intactas.

—Fíjense, está diciendo el periodista que no hay signos de violencia, ni de lucha. Los cristales no están rotos, y la casa sigue estando igual que como habría estado si hubieran ido a visitar Virginia Beach hace solo unas semanas. Es preciosa, está diciendo, y hasta hay flores cuidadas en el porche principal. Ahí las tienen. Flores en apariencia sanas, bien regadas. Pero la escena oculta, con seguridad, un terror inimaginable. Jacob dice que es algo que se puede sentir. Dice que no querría estar ahí cuando caiga la noche, y que, desde luego, no va a estar. Está diciendo ahora que... Está diciendo que esperaba encontrar cadáveres, pero más tarde. Debido a la distancia de Hillsdale y Nueva York, ciudades que fueron afectadas en primer lugar, esperaba que la gente hubiera podido escapar y marcharse a otra parte. No sabe dónde. Pero escapar de alguna forma. Que hubieran sido evacuados, está diciendo. Pero que ahí, en la primera casa, ya han encontrado un cadáver. Dice que es bastante desolador y que instala un... un humo negro, una... una «basurita» en el corazón. Es una expresión, sí. Dice estar desmoralizado y desesperanzado.

La ventana del móvil se iluminó. Un mensaje apareció en pantalla.

¿Es en directo?

Juan no contestó. Siguió mirando la pantalla del televisor.

Estaban enfocando ahora unos cuantos perros que se movían al final de la calle, trotando de un lado a otro, olisqueando el suelo y moviendo el rabo. Uno de ellos se detuvo y se quedó mirándolos.

—Esto no les gusta, dice. Hay más peligros en Virginia Beach que los vampiros, afirma. No sabe... Dice que no saben cómo puede haber infectado a los animales el problema de los vampiros, que pueden estar hambrientos o haber estado en contacto con..., bueno, con cadáveres, precisamente.

El cámara dio la vuelta y apuntó al suelo durante unos segundos mientras corrían.

—Vale —dijo la traductora—. Se van. No les gusta. Van a intentar ir por otro lado. Es peligroso. Debemos recordarles que Jacob y su cámara, que por cierto se llama Alex Baldwood y es uno de los mejores cámaras de todo el panorama del periodismo europeo, y me atrevería a decir del mundo, no están armados. Están allí como periodistas, y como en cualquier conflicto bélico, no llevan armas encima, así que no podrían hacer frente a los perros si... si decidiesen ponerse agresivos.

Unos instantes más tarde, la cámara mostraba un edificio.

—Bien. Están mirando ese edificio alto, de cemento y cristal. —Una pausa—. Es verdad lo que dice Jacob, ¿no?, que cómo cambia la percepción de las cosas cuando tienes una información u otra. Dice que no recuerda si ese edificio es... algún tipo de ambulatorio o centro de salud, pero que debido a la situación, parece una especie de ataúd gigantesco. Y tiene razón. No da muy buenas sensaciones. Dice que esa zona, por la proximidad a la playa, era muy turística. No era posible verlo todo tan vacío ni siquiera a las cuatro de la mañana... Siempre había... parejas paseando, gente que volvía de algún bar, o madrugadores que salían a correr cerca del mar, pero que ahora huele, que hay una pestilencia en el aire que...

Otro mensaje en el móvil.

¿Eso es estados unidos? Parece postapocalíptico.

Juan sacudió la cabeza.

—Dice que... —Una pausa. La cámara mostraba ahora el cielo. Había un gran número de gaviotas sobrevolándolos. Juan había visto gaviotas perseguir los barcos pesqueros cerca de la playa, durante sus vacaciones en la costa catalana, pero ni siquiera entonces había visto tantas juntas.

—Sí, Jacob pregunta si podemos oírlas, y la verdad es que algo se oye. Ese graznido que llega de fondo, ¿verdad? Sí, son gaviotas. Jacob dice que no le está gustando ese detalle, que...

Jacob y el cámara avanzaron hacia la zona que sobrevolaban las gaviotas a paso ligero.

—Oh, vale. Miren. Miren eso. Dios mío.

Juan abrió mucho los ojos.

Cerca del edificio que recordaba un ataúd, vieron una montaña de lo que, a priori, parecían bolsas de basura. Eso explicaba las gaviotas. Una montaña de

bolsas de basura junto a unos cuantos camiones aparcados, dos coches de policía y unos pequeños vehículos como los que se usan en los almacenes, supermercados y naves industriales para transportar palés. Pero no eran bolsas de basura. Cuando el operador hizo *zoom* sobre ellas, lo que eran en realidad resultó inequívoco.

Eran bolsas negras y azules que contenían cuerpos. Algunas de las cremalleras estaban abiertas y dejaban entrever una cabeza, o un brazo que se mantenía recto en el aire, como desafiando las normas más básicas de la física, como la gravedad. Las gaviotas saltaban y brincaban entre ellas picoteándolas. Alguna subía y bajaba la cabeza en un loco frenesí, el pico y la cabeza ligeramente enrojecidos por el festín de carne.

Juan se cubrió la boca con la mano.

—Jesús —exclamó.

—De acuerdo —dijo la voz femenina, visiblemente afectada—. Ahí lo tenemos, ¿no? Estábamos... sabíamos que veríamos algo así en cualquier momento. Les recuerdo que este programa se emite en directo —dijo ahora, hablando deprisa— gracias a la BBC, en abierto para todo el que haya querido hacerse eco de la emisión, y que su naturaleza es imprevisible. Debido a la hora a la que se emite, las tres menos veinte hora peninsular, es nuestra obligación recordarles que su contenido es exclusivamente adulto, y que puede herir su sensibilidad, así que deben verlo bajo su propio criterio. Recuerden que el escenario donde están Jacob y su cámara, Alex Baldwood, es manifiestamente hostil. Podríamos, Dios no lo quiera, asistir a un final precipitado del reportaje con un final inesperado y... definitivo. Y bueno, efectivamente, ahí lo tenemos... una montaña de cuerpos metidos en bolsas, apilados contra el edificio. Es impresionante. Fíjense que la montaña sobrepasa un poco las ventanas del primer piso... Es difícil calcular cuántos cadáveres puede haber ahí, dice Jacob, pero no sería descabellado pensar en un centenar, tal vez. Un centenar de cadáveres, que están sirviendo de alimento a esas gaviotas.

La cámara giró para mostrar ahora la puerta de acceso al edificio. Al fondo, apilados contra un muro de ladrillo rojo, había más cadáveres. Jacob estaba diciendo algo en inglés sin que la traductora interviniese.

—Sí, discúlpenme, por favor, pero... me he quedado sobrecogida al ver todos esos cadáveres. ¿Son cada...? Sí, definitivamente son cuerpos metidos en bolsas. Qué... barbaridad. Si antes podían ser cientos, ahora la cifra es... abrumadora...

Al pie de las pilas de cuerpos embolsados, unos perros metían la cabeza

entre las bolsas con el rabo casi entre las piernas. A su alrededor había huesos y trozos de carne desparramados en un suelo enrojecido por las miserias humanas allí vertidas.

—Dios mío... —susurró la presentadora—. No sé qué decir, yo...

—La hostia puta —exclamó Juan.

La pantalla del móvil se iluminó.

Hostia puta, Juan, pero ¿qué coño?

—Dense cuenta de que este equipo enviado a Estados Unidos por su cuenta y riesgo, como han advertido al principio de la emisión, sin ninguna autorización expresa de la Coalición de Defensa, sin representación alguna del gobierno de Gran Bretaña, ahora que todavía no hay ninguna normativa expresada de manera oficial, al menos, aunque sí oficiosa, ha desembarcado en una pequeña población de la Costa Este de Estados Unidos. En Virginia Beach, que no es una población grande, ni muchísimo menos, y miren... el panorama desolador que están encontrando, ¿no? Con el gobierno de los Estados Unidos desmantelado, el país en silencio, las comunicaciones deterioradas hasta la total ausencia de ellas, sin luz eléctrica, ni agua, ni suministros esenciales... nada. Nada. Uno se pregunta... precisamente lo está diciendo el propio Jacob ahora, sí, justamente. Uno se pregunta cómo estará el resto del país. Quién sigue vivo, y dónde, y cómo... la pregunta es cómo ha podido pasar esto en lo que ha sido históricamente la primera potencia económica y militar del mundo. Cómo. Esto hace palidecer cualquier tragedia ocurrida en la historia de la humanidad en cualquier parte del mundo. Desde luego hace que cosas como el 11-S parezcan... una rodilla herida en la pierna de un niño en el patio del colegio, dice Jacob, y fíjense ustedes las repercusiones importantísimas que aquel drama tuvo en el mundo, prácticamente reescribió el discurso vital no solo de Estados Unidos, sino del planeta.

La imagen enfocó ahora a Jacob. Una pequeña brisa alborotaba su cabello algo rojizo.

Otro mensaje en el móvil.

Juan, ¿¿¿eso son vampiros???

¿Por qué los tienen en bolsas?

Hostia puta, Juan

Jacob estaba señalando ahora un cuerpo junto a uno de los coches de policía. El cámara se acercó despacio.

—Parece que algo ha llamado su atención —dijo la traductora—. Es... es

un cuerpo que parece... achicharrado, ¿no? Quemado. Está quemado, sí. Observen la piel renegrida y la ausencia de ropa. Está desnudo. Claramente vemos sus nalgas, boca abajo, la pierna derecha recogida como si hubiera caído al suelo en plena carrera. Jacob dice...

La cámara mostró cómo Jacob se ponía unos guantes de látex.

—Vale. Espera. Dice que ese cuerpo... calcinado en mitad de la calle, le hace pensar en el talón de Aquiles de los vampiros, que es, precisamente, el sol. Parece que... ¿va a comprobarlo de alguna manera?

El cámara grabó cómo Jacob se acercaba al cadáver con los guantes puestos y le levantaba ligeramente la cabeza. La traductora enmudeció. Al hacerlo, el cuello crujió con un chasquido y se torció bruscamente a un lado. La nueva posición del cráneo, totalmente cubierto de quemaduras y ampollas negruzcas, hizo que Juan levantase los pies del suelo y se encogiera sobre sí mismo.

—Coño —masculló.

—Madre mía —gimió la traductora—. Ya les advertimos que las imágenes podían ser duras... Y...

El cámara enfocó la cara del cadáver calcinado. No tenía ojos, apenas dos cuencas vacías, y la nariz había desaparecido también: eran dos hendiduras profundas en la carne abrasada. Pero la boca... la boca era amplia como un hachazo en mitad de la cara: nacía desde debajo de una de las orejas y llegaba hasta la otra, y en las encías expuestas y renegridas, una serie de dientes escalofriantes, delgados y puntiagudos, despedían un brillo apagado y mate, como si estuvieran hechos de acero.

Juan enmudeció. Había visto ya imágenes de vampiros que transitaban por internet y se replicaban por las redes sociales que aún quedaban, correos electrónicos y demás. Pero eran borrosas, lejanas, y aún peor, se mezclaban con imágenes falsas tomadas de películas, de videojuegos, composiciones digitales absurdas hechas por gente que tal vez pretendía bromear pero contribuía quizá sin saberlo a un batiburrillo de desinformación que provocaba más inquietud que otra cosa.

—¡Por Dios...! —exclamó en un susurro la traductora—. Aquí lo tenemos... Increíble. Se trata, señoras y señores, de un vampiro. Es un vampiro, sin duda: observen esa boca que ya no recuerda nada a una mandíbula humana. Todos hemos visto imágenes, pero esta, sin la carne, puede ser el mejor y el más claro documento gráfico de la anatomía... eh... facial... de un vampiro. Esos dientes, dice Jacob, son lo que han acabado con América. Está pidiendo a Europa ahora mismo que reaccione, que la amenaza es muy seria, muy muy seria

y muy real, que los brotes que están dándose ahora mismo en España e Italia son reales y que, vista la naturaleza de la amenaza, pueden extenderse como una llama en un reguero de pólvora. Es escalofriante.

La cámara se centró ahora en el resto del cuerpo.

—El cuerpo parece normal, dice Jacob. Lo estamos viendo. Desde luego, no es como la boca... Ya les hemos hablado antes de testigos e informes que dicen que los vampiros son criaturas bestiales que no recuerdan en absoluto a la anatomía humana, con múltiples articulaciones en brazos y piernas, pero parece que, a juzgar por estas imágenes, podemos... podemos, con prudencia, desmentir eso, o al menos ponerlo en duda. Manos normales... piernas y pies normales. Eso... esa cosa rara que ven en las piernas, como ligamentos exteriores, dice Jacob, no son parte de su cuerpo, sino restos calcinados de la ropa que llevaba. Algún pantalón tipo deportivo, dice, que con el calor de las llamas quedó así. Dice que sospecha que lo que afectó a ese vampiro fue el sol. Es un lugar raro para quemar a alguien, si es que hubiese sido provocado. Dice que debía de huir de algo cuando el sol del amanecer lo sorprendió e hizo que combustionara. Es curioso que uno de los elementos mejor extendidos y conservados en la tradición del vampiro... eh... literario o cinematográfico, de ficción, en todo caso, haya resultado ser verdad.

La cámara enfocó ahora a Jacob. Tenía los ojos enrojecidos y estaba visiblemente afectado. Una cosa era ver las imágenes en la televisión, y otra muy distinta estar allí, escuchando el graznido grave de las gaviotas, las peleas de los perros que se disputaban cada pedazo que arrancaban de los cadáveres, respirando el olor dulzón y desagradable de los cuerpos pudriéndose al sol, sabiendo que habían puesto sus vidas en grave peligro.

—Jacob dice que... él cree que esos cadáveres fueron colocados allí antes de que la situación empeorara, cuando todavía había servicios médicos. Dice que lo que vemos es como la parte superior de un iceberg, porque antes de que decidieran dejar los cadáveres en el exterior, debieron de llenar primero las salas de la morgue y todos los lugares donde estuvieran llevando los cuerpos, antes de que dejarlos apilados fuera del edificio fuera una opción. Tenían que hacer algo con los cuerpos de la gente que era asesinada, noche tras noche, tal vez desviados aquí desde otros puntos de la costa. Está haciendo énfasis en la situación, realmente... El hecho de que se decidiera utilizar la calle para apilar cuerpos, quizá como antesala de un transporte que nunca llegó a producirse. Observen si no las ambulancias y los camiones de carga. Dice también que..., claro..., que hay que pensar que todos estos cuerpos fueron gente, que tenían

familias que seguramente tenían algo que decir sobre dónde y cómo se almacenaban los cadáveres. Imagínense la situación... Dice que si su hermana muriese, lógicamente querría tener sus restos mortales localizados, y que seguramente armaría un buen barullo si llegara a enterarse de que está sepultada bajo los cuerpos de otra gente. Así que debió de producirse una situación de emergencia bastante acusada... y... sí, observen allí al fondo...

La cámara giró a la derecha y enfocó al final de la calle. Allí había unas vallas desplegadas, soportadas por bloques de piedra, con tiendas de campaña emplazadas alrededor. Las vallas conformaban un corredor que serpenteaba hacia un único punto de acceso.

—Allí podemos ver lo que parece ser un punto de seguridad. Casi podemos ver cómo la gente debió de hacer cola en el recorrido que se adivina por las rejas, ¿verdad?, probablemente, dice Jacob, para las familias que querían acceder al hospital. Eso explica las montañas de cadáveres en ese estado. Debían de ser tantos que los que morían debían dejar espacio a los vivos, y los sacaban al exterior con el método más rápido que pudieran manejar. Jacob dice que las familias o incluso la gente necesitada de asistencia debió de agolparse entre esas protecciones, gritando, llorando, tal vez. Es pavoroso. No creo que ninguno de nosotros, hijos de la sociedad del bienestar del siglo XXI, tengamos capacidad para imaginar una escena así.

Juan cogió el móvil y consultó los mensajes del grupo de amigos casi sin darse cuenta, como si necesitara oxigenar la mente.

¿Eso va a ocurrir aquí?

Otro mensaje.

Hostia, ¿esto es real?

Otro.

¿Qué ciudad es?

Estados Unidos, Paco.

Esto es serio. Muy serio.

**Ese hombre va a morir si no saca el culo
de allí cagando leches.**

Juan dejó el móvil a un lado y volvió a centrarse en el canal de noticias.

—... recuerda que incluso ese vampiro fue alguien alguna vez. Es fácil

abstraerse de la imagen de la montaña de bolsas y pensar: «Son cadáveres, qué horror». Pero más allá de la montaña queda un drama terrible de pérdida, de sufrimiento. Que incluso el vampiro, y eso es lo duro de este... de esta problemática, fue una persona antes de convertirse en un enemigo. Está hablando ahora de algo que él llama el «aspecto psicológico del zombi»... Sí, es muy interesante, una gran reflexión. Estamos acostumbrados a pensar en los vampiros como monstruos, pero antes han sido de los nuestros, eran personas, y dejaron atrás hijos, hermanos, padres, madres... El aspecto psicológico del zombi se basa en eso, ¿verdad? Lo hemos visto en series de ficción como «Te Walking Dead». Cuando... tu esposo, tu mujer... se convierte en un monstruo y te ataca, realmente, ¿qué capacidad tienes para reaccionar? ¿Con qué tipo de energía consigues asestarle un golpe o tratar siquiera de reducirlo? Dice Jacob que aun no siendo padre, puede imaginar que si tuviera una hija y esta quisiera morderlo, que... sí, dice que se lo permitiría. Es interesante eso del aspecto psicológico del zombi; muy a tener en cuenta.

Un mensaje brotó en el móvil.

Su puta madre, zombis.

Otro mensaje.

Tiene razón en lo que ha dicho. Eso es lo que pasa.

Mientras Jacob hablaba, el cámara seguía enfocando el escenario en general. Las ambulancias, los coches de policía. Un coche aparcado en la acera les llamó la atención por tener la puerta del conductor y el maletero abiertos, pero, sobre todo, porque tirado en la acera había algo pequeño y oscuro.

—Oh —siguió la traductora—. Han encontrado algo curioso. Observen... Es como... Sí, parece una pistola, ¿no? Jacob aún no ha confirmado nada, pero sin duda tiene toda la pinta de ser... Sí. Ahí está. Es sin duda una pistola. Algún tipo de pistola pequeña. Es curioso que algo así esté tirado en el suelo, pero... Ah, fíjense en el suelo. Esa mancha oscura en la acera. Jacob está señalándola. Tiene la forma de una manzana, sí, pero Jacob está diciendo que podría ser sangre. Es una mancha vieja y seca, dice Jacob, pero está explicando que ha visto otras manchas de sangre en el pasado, en zonas de guerra, y dejan esa textura como... como densa.

El cámara rodeaba ahora el coche mientras Jacob examinaba, agachado, la pistola, sin tocarla. En un momento dado, enfocó el interior del maletero, donde había varias bolsas negras. La cremallera de una de ellas estaba parcialmente

abierta.

—Oh —exclamó la traductora.

Dentro se veía dinero. Montones de dólares en billetes grandes sujetos con una faja.

—Vale. Han encontrado...

Jacob se acercó. Abrió las bolsas ligeramente con un par de movimientos rápidos, las manos todavía enfundadas en los guantes de látex. Era dinero, sin duda. Muchísimo dinero.

—Es dinero. Dólares americanos. Vaya. Cada uno de esos fajos podría tener... unos cien mil dólares, dice Jacob, aproximadamente. A juzgar por el tamaño de la bolsa, y las otras que están al lado, en ese maletero puede haber... unos... sesen... ¿sesenta millones de dólares? Sí. Es lo que ha dicho. Sesenta millones de dólares en el maletero abierto de un coche en mitad de una calle. Da una idea de lo terrible que es todo, ¿verdad? Significa que... nadie ha pasado por esta calle desde hace tiempo, porque la mancha de sangre está seca. Si alguien lo hubiera hecho, es posible que el maletero le hubiera llamado la atención. Jacob está teorizando sobre lo que ocurrió con ese dinero... Dice que quizá, cuando las cosas empezaron a complicarse y era ya previsible que todo el sistema fuese a colapsarse, incluidos los bancos, alguien debió de sacar el dinero para tratar de salir de Estados Unidos. Recordemos que Virginia Beach tiene una costa estupenda, y es curiosamente uno de los puntos más cercanos a Europa geográficamente, motivo por el cual fue elegido por los responsables de este programa para desembarcar. O quizá, está diciendo Jacob ahora, es dinero..., sí, dinero negro, tal vez. Bueno, se sabe que mucha gente en Estados Unidos tiene dinero negro procedente de los muchos negocios que se mueven bajo la estructura legal de la sociedad. Podría ser una explicación. Dice Jacob que puede pensar en muchas razones por las que ese dinero podría estar allí. Dice que es posible que mucho dinero haya cambiado de manos debido a la situación de emergencia; por ejemplo, alguien que prometiera sacar a la gente en barco, tal vez. O puede que algún médico se comprometiera a atender a alguien de manera... eh... privilegiada, o preferente. Al fin y al cabo, ¿qué no haría alguien con recursos económicos para intentar salvar a un ser querido?

—Sesenta millones de dólares —susurró Juan.

Los mensajes en el móvil empezaron a saltar como locos.

Vámonos a Estados Unidos.

Otro.

La fiebre del oro, Juan. Otra vez.

Y así un sinfín de ellos

—Es todo bastante... impresionante —decía ahora la traductora—. Van a... moverse a otro lado. Jacob dice... dice que no van a mostrar imágenes más cercanas de las bolsas por respeto a las familias.

Juan torció el gesto.

—Un poco tarde para eso —soltó, y buscó el paquete de tabaco en el bolsillo. Cuando lo tuvo en la mano, se quedó mirándolo.

Estaba intentando dejarlo, no por la salud, sino por el dinero. El tabaco no lo perjudicaba, al menos por el momento: nada de tos matutina, ni carraspera, ni ninguno de los otros daños colaterales, pero sí que lo notaba en el bolsillo. Cuatro euros con veinte por paquete podía no parecer una cifra exorbitante, pero eran cuatro euros diarios. Significaba que podía sacar cuarenta euros un lunes y no quedarle nada al lunes siguiente. Por eso llevaba un tiempo intentando controlarse. Sacaba el paquete, lo miraba, y decidía dejarlo para un poco más tarde; fumar diez cigarrillos al día en vez de veinte, y tal vez más tarde, cuando se acostumbrase, podría repetir el proceso para reducirlo a cinco. Al final del día, ¿cuántos cigarrillos de calidad podía fumarse, en realidad? ¿Tres? ¿Uno después de comer y otro antes de acostarse? ¿Dos?

Pero ahora miró el paquete, y luego miró a la pantalla, y decidió que...

Que algo le decía que el dinero no tendría mucha importancia. Ni tampoco la salud a largo plazo. Ni a medio plazo, probablemente.

—Joder —masculló.

Y superado por una súbita congoja, encendió un cigarrillo e inhaló una profunda bocanada de humo, que un instante más tarde se encontraba expandiéndose perezosamente por la habitación. Blanco, neblinoso, como una telaraña.

Juan Escalante se recostó en el sofá y miró el humo, reflexivo.

Así eran los vampiros: como un humo incontenible, pernicioso, imparabile... Letal. Un cáncer. El cáncer del mundo. Estaba viendo por televisión al moribundo en la camilla de al lado, pero los siguientes serían ellos. España. Y luego Francia. Alemania. Inglaterra. Asia.

Quedaba tan poco.

Ahora lo sabía.

Lo malo de los buenos momentos es que nunca se podía saber que eran los buenos momentos hasta que acababan.

Apagó la televisión.

Si le quedaba poco tiempo, bien podría pensar en hacer algo con él. Algo bueno. Como un último deseo. Gastar el dinero ahorrado para un futuro que no llegaría.

Sonrió.

Pero era una sonrisa triste.

5

El hombre asiático se sentó delante del cuadro una vez más.

De todos cuantos estaban expuestos en el Louvre, aquel era uno de sus predilectos, por muchos motivos. La luz, por ejemplo, estaba cargada de una sensación irreal; ayudaba, junto con el color, a cumplir con el objetivo de potenciar el movimiento. Y las pinceladas desenvueltas, ondulantes, con el rojo y el azul intensos de la bandera contrastando con las tonalidades ocres y grises del conjunto. Se trataba de *La Libertad guiando al pueblo*, el clásico de Eugène Delacroix de 1830.

Era, sin duda, una magnífica ocurrencia, quedar delante de ese cuadro en concreto, dadas las circunstancias. Es lo que iban a hacer, en todo caso: guiar al pueblo. Tal vez no hacia la Libertad, precisamente, pero sí hacia una estructura y un orden mejores. El ingenio de sus vecinos le hizo sonreír brevemente. Era una gran elección.

En un momento dado, un hombre alto de hombros anchos se sentó a su lado. El Louvre siempre había estado lleno de turistas y ciudadanos franceses, pero en esos días que corrían, la gente se retiraba a casa después del trabajo y estaban más pendientes de las noticias que de otra cosa, así que el hombre alto y el asiático estaban prácticamente solos. Componían un extraño cuadro en sí mismos, sentados uno al lado del otro, frente a la pintura de Delacroix, con la única compañía de un agente de seguridad ubicado en el extremo opuesto de la sala.

Durante un rato, ninguno dijo nada.

—Un cuadro precioso —susurró el hombre alto al fin, sin dejar de mirar al frente. Su acento era extraño, como si arrastrara las sílabas y las hiciera incidir en una sierra. Acento de la Europa del Este.

—Una auténtica obra de arte —respondió el asiático con suavidad, la mirada fija también en el cuadro.

Silencio.

—¿Qué opina usted de la Revolución Francesa? —preguntó el hombre alto.

El asiático asintió despacio antes de responder.

—Hace tiempo... —dijo—... durante las negociaciones que culminaron con la visita del presidente Nixon a China, Henry Kissinger, por entonces secretario de Estado estadounidense, preguntó al primer ministro Zhou Enlai su opinión sobre el impacto que la Revolución Francesa había tenido en la historia. Zhou Enlai lo miró unos instantes, pensó cuidadosamente en lo que había oído, y respondió que era muy difícil juzgar los efectos de la Revolución Francesa porque... porque no se tenía aún perspectiva histórica. Era, agregó, un acontecimiento... demasiado reciente para el cauce milenario de la historia china.

El hombre alto sonrió.

—No conocía la anécdota —dijo.

—Lo suponía —contestó el asiático.

—Dígame, ¿Chan... es un nombre falso?

El hombre asiático compuso una expresión exasperada, pero de una manera muy sutil.

—Por favor, señor... Smith. ¿Por qué Smith, ya que lo pregunta? Es un nombre tan americano...

—Precisamente —respondió Smith—. Me hizo gracia.

Chan asintió.

—El humor nos define como especie —musitó—. Es un signo de inteligencia. Una forma de arte —añadió, señalando el cuadro—. Para mí, todo lo que no esté enfocado a la mera alimentación, la procreación o la supervivencia en general, es arte.

Smith suspiró.

—Tengo el tratado firmado en este maletín —dijo al fin.

—Y yo tengo aquí el mío —respondió Chan.

—Cuando abandonemos la sala, estará hecho.

—En efecto.

—¿Están preparados? Como sabe, nuestro presidente quiere poner el operativo en marcha simultáneamente a la noticia.

—Llevamos años preparados —respondió Chan, sin dejar de observar el cuadro.

—Está bien —dijo Smith. Puso la mano sobre el maletín, repiqueteó la superficie de cuero marrón con sus dedos por unos instantes y lo puso en el suelo, entre ambos.

Chan también puso su maletín en el suelo, al lado del otro, y deslizó la mano para hacer el cambio. Por fin, puso el otro maletín sobre su regazo.

Smith hizo lo mismo.

—Bueno —dijo—. Es curioso. Siempre pensé que algo así se haría en una gran sala, llena de prensa, con nuestros dignatarios solemnemente presentes.

—Como sabe, no es prudente —respondió Chan.

—No. No lo es. Muy bien, señor Chan. Yo que usted no esperaría volver a vernos.

—Y así será —respondió Chan, ofreciéndole la mano.

Smith y Chan intercambiaron un saludo formal. Smith se levantó y empezó a caminar para marcharse. Después de unos segundos, oyó la voz de Chan detrás de él, alta y clara en la sala diáfana.

—Señor agente de seguridad —decía—. Voy a tocar este cuadro.

Smith se volvió a tiempo para ver a Chan de pie, el maletín en la mano, junto al cuadro de Delacroix.

El vigilante, en el otro extremo de la sala, levantó la cabeza. Lo miró confuso durante un par de segundos.

—Le comunico —dijo Chan— que voy a tocar este cuadro con mis dedos.

El agente sacudió la cabeza, incrédulo.

—Señor... —dijo—. Señor, no puede tocar el cuadro. Está prohibido.

Empezó a dar unos pasos dubitativos hacia él.

Chan levantó la mano con lentitud y acercó la palma extendida al cuadro.

—¿Señor? No toque el cuadro, señor.

Chan esperó a que el vigilante se acercara. Era chino. Le molestaba elevar la voz para hacerse entender.

—No lo entiende —dijo Chan—. El mundo, tal y como existe en la actualidad, no se está acabando. Ya se ha terminado. En el mejor de los casos, el mundo necesitará reconfigurarse de una manera tan drástica que recordará la existencia que ha estado llevando hasta ahora como un sueño, una imagen difusa de una existencia alternativa que creará haber llevado en una suerte de universo paralelo. Le parecerá increíble que haya estado levantándose por las mañanas y dedicando el día a las cosas que ha hecho hasta hoy. En el peor escenario, el más probable, usted morirá o será transformado en un esbirro del enemigo y, supongo, no recordará nada de nada. Así que voy a tocar el cuadro, señor agente de seguridad, porque siempre me he preguntado cómo sería tocar con la yema de los dedos las pinceladas maestras de un genio como Delacroix, poder percibir la sensación de la pintura que él distribuyó por este lienzo siguiendo unas directrices determinadas que lo llevaron a plasmar algo que no existía en una creación física, sublime. Esta creación. Quiero hacerlo antes de que todo cambie,

señor agente de seguridad, porque es una de las cosas en las que pienso cuando considero, con los hechos en la mesa, que para la semana que viene todo habrá cambiado. Lo que le prometo, señor, es que lo haré con todo el cuidado y el respeto que esta magnífica creación del ingenio humano se merece.

El vigilante se detuvo, confuso, intentando digerir su discurso, mientras Smith miraba la escena, atónito, de pie en mitad de la sala con el maletín en la mano.

Chan, entonces, giró la cabeza lentamente. Por fin, apoyó con exquisito cuidado las yemas de los dedos sobre la pintura, como un amante que desliza un dedo sobre los venerados labios de su compañero, y lo movió despacio por su superficie, casi sin tocarlo.

Cerró los ojos.

Se mantuvo así unos instantes, sin que nadie dijera nada.

Luego dejó caer la mano.

—Gracias —dijo.

Y se dirigió hacia la salida.

Smith se quedó para verlo salir de la sala.

El vigilante lo miraba a él como si estuviera lleno de interrogantes, pero Smith (que en realidad se llamaba Sergei Záitsev)... no tenía respuestas.

Se dio la vuelta y se marchó, mientras sacaba un móvil del bolsillo para informar de que ya estaba hecho.

DESPUÉS

EXTRACTO DE LA ENTREVISTA CON MARK E. PETRIE

«(...) con respecto a su segunda pregunta, creo que... creo que todos lo sospechamos, de alguna manera. Lo sabíamos, pero de una forma íntima. No creo que nadie alertara realmente sobre la posibilidad, y si alguien lo hizo le aseguro que fue de manera extraoficial, en los pasillos, tal vez, o en la cafetería para personal de alto rango que teníamos en el ático. Allí es donde se hablaban las cosas importantes, desde luego, el tipo de semillas que se plantan con un café o un bistec delante, y que luego se consolidan en mil reuniones, cada vez con más gente involucrada, hasta que alguien emite una orden o un documento escrito.

»Fue una sorpresa, desde luego. El hecho en sí, digo. El escenario estaba sin duda previsto, para eso tenemos a los analistas y la gente de Inteligencia. Yo los veo más como pudieron ser los guionistas de las series de televisión y las películas que se hacían antes, pero que en última instancia todo fuera un plan de... de ellos. Bueno. Eso no lo vimos venir. Perdimos Europa y luego... luego todo lo demás, como ya sabe. ¿Sabe?, los únicos que pudieron decir algo fueron la gente de la ONU. Si les hubiéramos dado más privilegios, más fuerza, habrían podido quizá detener aquella locura a tiempo y concentrar las fuerzas en Europa. Habríamos tenido una oportunidad, quizá, aunque la bestia que despertó en París... Bueno, no sé cómo hubiéramos podido detenerla.

«(...) Sí, ya que me lo pregunta, ahora que todo importa un carajo, personalmente sí habría ordenado un ataque nuclear sobre toda América, incluyendo Canadá y América Latina. ¿Hubiéramos perdido medio planeta? Sí, desde luego. Pero habríamos conservado el otro medio. Y medio planeta es mejor que nada.

»Solía tomar decisiones importantes, ¿sabe? Pertenecía a la élite que movía los hilos en las sombras. Sabía las cosas de antemano. Podía poner la CNN y decirle, antes de que se encendiera el aparato, de qué coño iban a hablar ese día, porque o bien manejábamos la información, o bien estaba implicado en lo que fuera que hubiese estallado esa mañana como un hecho inesperado y sorprendente. No había sorpresas en mi trabajo, nadie las quería ni las consentía. Las sorpresas te estallan en la cara, te vuelan los dedos. Pero ahora... ahora tengo suerte de saber si las patatas que estamos intentando hacer crecer ahí abajo prosperarán.

»¿Cómo dice? Ah, no, no creo que tengamos ninguna oportunidad. No la tuvimos entonces y ahora es mucho peor. ¿Qué les hace pensar que algo cambiará eso? Un día nos descubrirán, ya está. Darán con nosotros; alguien cometerá un error, y eso será todo. Debemos afrontar cada día como si fuera el último, porque... ¿sabe?, hay más posibilidades de que lo sea que de que no. Estoy acostumbrado a manejar datos y sacar conclusiones. Es pura matemática, estadística simple de primer año.

»Gracias. Que tenga buen día también.»

Capítulo 12

LA CUESTIÓN CON SACRAMENTO



1

Elexia , llamó la voz, retumbando, potente, en la colmena.

Elexia se estremeció.

Erethros —respondió—. *Aún... no* .

Puedo hacerlo ya. Somos sesenta, Elexia. Sesenta ejemplares capaces, dignos de la sucesión de la línea de Il-Las .

Elexia apretó los dientes.

Deben ocurrir cosas primero , respondió ella.

Una pausa.

Estás jugando —susurró *Erethros*—. *Podríamos haberlo hecho ya. Podemos hacerlo ahora* .

Elexia no respondió.

Erethros no dijo, tampoco, nada más. Conocía el plan, desde luego, y sabía perfectamente lo que debía ocurrir, pero la impaciencia hervía en él como el fuego de una sima profunda alimentado por el magma primigenio de la tierra, iracundo, hostil y creciente. Esperar, había dicho. Él fue y era Mog de Tusla Edron, y no estaba acostumbrado a esperar. Oh, *Erethros* sabía, por la colmena, todo lo que *Elexia* había ido aprendiendo poco a poco a lo largo de varios años; conocía cómo funcionaba el mundo y los logros de los hombres. Sabía de sus capacidades y de sus armas, algunas temibles, y también de su naturaleza diluida en milenios de traiciones, de guerras, de barbarie, de sangre, el hijo contra el

padre, el hermano contra el hermano. Lo sabía todo, y sabía... que el hombre no tenía ni una sola oportunidad contra ellos. Ni una sola.

Pero esperaría. Esperaría porque Elexia sabía, porque había demostrado mil veces en el pasado que era merecedora de su cargo y su linaje.

Suponía que Elexia no quería dejar nada al azar. O tal vez quisiera asegurarse de que el hombre, traidor ancestral a los Naahvrantaar, fuera conecedor de la esperanza. La esperanza, sí. Encender la llama de la ilusión en sus corazones y luego apagarla. Consumirla. Erradicarla.

Suponía que... Elexia, en ocasiones, podía ser como un gato que juega con su presa, dándole zarpazos y permitiéndole momentos de asueto, antes de asestarle el golpe final.

No dijo nada.

La colmena siguió bullendo de actividad mientras la rueda del destino seguía girando y dejando que las piezas encajaran lentamente cada una en su sitio.

Clac. Clac.

2

Diario de Jimmy

Llevamos varios días moviéndonos hacia el sur, sin conseguir dejar atrás la tormenta. Pero no me extraña: no hemos logrado avanzar gran cosa. Hay que moverse con cuidado cada día. Con mucho, mucho cuidado.

Cuando la miro... a la tormenta, digo, pienso en aquellas películas de catástrofes, en «2012» o «El día de mañana» en especial, cuando los tornados se formaban sobre Los Ángeles. Así se mueve el cielo, como si tuviera nebulosas en su interior, como si en cualquier momento fuera a engendrar un tornado. A veces es hipnótica, y si consigo dejar de pensar que es obra de ellos, de los vampiros, hasta resulta hermosa. Pero está empeorando, o eso me parece. Tengo que comentárselo a los otros, a ver si han tenido la misma sensación. Pero recuerdo el bosque del primer día y aún éramos capaces de ver cosas cuando se hacía de noche, cuando... los vampiros nos atacaron y perdimos a Adam. Ya no. De noche es como tener los ojos cerrados. Es imposible moverse en la oscuridad. Imagino que si la tormenta no termina nunca, toda la vegetación de esta zona (una gran gran zona, por cierto) acabará muriendo. Sin los rayos del sol, las plantas, los

árboles y los arbustos terminarán apagándose. Palidecerán primero, tal vez. No sé mucho de plantas, pero imagino que las hojas se volverán pálidas primero, y luego caerán de los árboles hasta que no quede ninguna.

Jared ha encontrado hoy alcohol. No ha sido buena idea dejarlo beber, pero no es que tuviéramos muchas opciones. Amenazó con irse. Siempre amenaza con irse, pero no lo hace. Y no se queda porque piense que estará más seguro con nosotros, o con otra gente, porque sospecho que alguien como él no confía realmente en nadie cuando toca pensar en su seguridad personal. En el fondo, creo que necesita gente. Calor humano. A veces lo observo y veo... miradas, veo cómo escucha, cómo se pone a la retaguardia del grupo muchas veces, como un pastor. Creo que... o bien está cambiando, o se está quitando esa máscara de chico antisistema supermalo que esgrimía antes.

No sé.

Pero bebió y la armó buena. Brincaba, señalaba a cualquier parte y decía: «¡Ya vienen, ya vienen, Jimmy, muchacho, ya vienen!»». Sonia consiguió que se calmara.

La otra cosa que quería comentar son los sueños.

Hemos seguido teniéndolos. Todos. Son pesadillas muy reales. Pip soñó con... Tusla Edron, la ciudad donde vivían los vampiros. Estaban construyéndola otra vez, en Canadá. Yo soñé que despertaban a otro vampiro en un pequeño pueblo en Francia. No un vampiro cualquiera, sino uno de los grandes, como Elexia o Alkibiades. Y lo hacían soldados; soldados franceses que aunque sospechaban lo que estaban haciendo, lo hacían igualmente porque eran soldados y habían sido adiestrados para cumplir órdenes. Daba miedo ver cómo excavaban, cabizbajos, preguntándose si hacían lo correcto o si estaban ayudando a los vampiros, casi sin decir nada. El sonido de las excavadoras y de las palas era todo lo que se oía en la campiña francesa.

Pero, como dice Laura, solo son sueños. Gracias a Dios por los pequeños favores.

Espero que acaben cuando salgamos de la tormenta, los sueños, porque empieza a dar miedo cerrar los ojos por la noche. Más que antes, me

refiero.

Escapar de la tormenta.

Necesitamos sol. Echo de menos el sol. Me ha hecho pensar en una canción que me cantaba mi madre cuando era pequeño: «Sol, solecito, caliéntame un poquito». No lo sabes. No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes.

Lo malo... lo malo es que perdemos demasiado en demasiado poco tiempo.

3

Burke T. Sinclair corría por la carretera. Más que correr, volaba. Uno cree que puede correr; de hecho, uno cree haber corrido ya a conciencia, poniendo todo su esfuerzo, su energía, su capacidad y su empeño en avanzar tan rápido como se pueda, hasta el límite de tus fuerzas. Pero cuando te persigue la muerte, y a Burke T. Sinclair lo perseguía aquella noche, corres como si los huesos de las piernas fueran a salirse de las articulaciones. Ignoras el dolor. Mejor dicho, no notas ningún dolor. Corres porque, si te paras, mueres. Así de sencillo.

Es lo que pensaba Burke aquella noche, cuando movía los brazos como si fuesen las bielas de un sencillo mecanismo propulsado por vapor, el cuerpo adelantado, el asfalto evolucionando bajo las piernas como una secuencia gris y borrosa llena de grano fotográfico. Corría perseguido por el vampiro, atento a la marca que había dejado puesta en una señal de carretera: un pañuelo verde con las letras WRG impresas en él.

No quería mirar atrás. Había subestimado la velocidad del vampiro, sí. Un error que tal vez no tuviese tiempo de lamentar. No solo sabía que lo tenía detrás, sabía también que acortaba la distancia entre ambos a cada instante. Y también sabía que si cometía el error de mirar atrás su velocidad se reduciría automáticamente. Era cuestión de física pura. Si miraba atrás, estaba perdido.

Y cómo corría, el hijo de puta. Burke tenía veinticuatro años y siempre había hecho mucho deporte. Tenía buena forma física, unas piernas largas y fibrosas y un corazón envidiable: podía correr toda una mañana sin cansarse, y cualquiera en el Capital Athletic Club diría que Burke T. Sinclair tenía uno de los mejores *sprints* de todo Sacramento. Pero aun así, el jodido vampiro le cogía terreno con rapidez.

Qué hijo de puta.

La marca. El pañuelo verde.

Quince metros.

Diez.

—¡BURKE, CORRE, BURKE! —gritaba su colega desde el coche, de pie, junto al asiento del conductor. Tenía las dos piernas abiertas, daba saltitos y movía las manos con histerismo. A veces se las llevaba a la boca, lleno de ansiedad. Podía... Bueno, podía no conseguirlo.

Joder, se lo había dicho una y mil veces. «Los vampiros corren mucho, Burke, ¡corren muchísimo! Los vampiros corren que se las pelan, Burke, pedazo de mamón.» Pero Burke tenía que tener las pelotas más grandes de cuanto quedaba en pie en Estados Unidos y parte del extranjero, y, sobre todo, tenía que demostrar que tenía razón en su estúpida teoría sin sentido. ¿Y adónde lo llevaba eso? A la puta jodida muerte, con toda probabilidad. A eso lo conduciría. Era un imbécil por hacerle caso, pero era más imbécil por seguir allí, con el coche en marcha, esperando que llegara para salir corriendo. Para tener una oportunidad. Aun si conseguía llegar al coche (y empezaba a no creerlo), el vampiro arrancararía la puerta con un movimiento del brazo. Los sacaría del vehículo cogiéndolos por la ropa y lanzándolos fuera. No era una exageración; ya lo había visto antes.

—Burke, Burke, hijo de puta... ¡corre! ¡CORRE!

El vampiro estaba a punto de llegar hasta su amigo cuando, de pronto, empezó a detenerse. No había manera de que Burke lo hubiera percibido, y sin embargo, frenó en seco dando varias zancadas de inercia sobre el asfalto. Se dio la vuelta y miró.

Tal y como había dicho, el vampiro se había detenido antes de la marca. Un metro y medio antes de la marca.

Burke levantó los brazos en señal de victoria, como si acabara de ganar el Jebediah Smith Memorial Trail, un maratón que iba cada año desde Viejo Sacramento hasta Folsom Lake. Aulló y rio como una hiena loca.

Steve no podía creerlo. Miraba la escena como si nunca hubiera visto nada remotamente parecido. No recordaba que nada le hubiera producido más incredulidad desde que emitieron el último capítulo de «Juego de Tronos», solo que aquel fue decepcionante, y esto era...

Era...

No podría decirlo. Nunca había visto a un vampiro quieto, y tan cerca, solo mirando, resoplando como si tuviera un fuelle viejo en el pecho, la cabeza algo gacha, los brazos extendidos hacia abajo terminados en dos puños apretados. Tenía manchas oscuras en la vieja camisa de leñador, desgarrada por uno de los

lados, y tres de los botones habían desaparecido. Tenía los puños y el antebrazo derecho algo enrojecidos, como si hubiera estado lavando una herida con mercromina, solo que Burke sabía que no había estado jugando a los médicos; sabía que él era la herida. Era sangre. Sangre de alguien. En sus puños. En su camisa, a la altura del cuello. En gotas pálidas que manchaban también sus pantalones y, sobre todo, sus zapatos, como si hubiera estado pisando charcos de sangre.

Sacudió la cabeza.

—¡Te lo dije, Steve! —exclamó—. ¡TE LO DIJE!

—Pero qué... coño.

—¡Lo calculé, joder! ¡Te lo dije! ¡Desde la granja de Louis hasta el almacén de Larry y Flint! ¡Esa línea pasa por aquí, justo por aquí! ¡Mira, lo marqué con ese pañuelo!

Steve miró el pañuelo atado a la señal de tráfico. Era el viejo pañuelo de Steve, un recuerdo de un evento deportivo que se trajo de... España, si no recordaba mal. De la puta España. Y estaba ahí atado, indicando...

¿Indicando qué?

—¿Qué cojones...? —susurró.

Burke se colocó delante del vampiro, jadeando ligeramente, con una mano en el costado. El corazón le latía deprisa, y no solo por la carrera, sino por la excitación. Allí lo tenía, delante de él, un puñetero vampiro de los que no ves más que unos breves instantes antes de morir.

—¡¿Qué, hijo de puta?! —graznó—. ¿NO PUEDES DAR NI UN JODIDO PASO MÁS, VERDAD?

Empezó a aullar, a dar vueltas y saltos.

Steve se acercó, dando pequeños pasos temerosos.

—¡Ven aquí, coño! —lo llamó Burke—. ¡Fíjate, es un vampiro!

—Es un vampiro —repitió Steve, atónito.

Burke apoyó las manos en las rodillas, hizo un ruido con la nariz y escupió al suelo. Jesús, había sido una buena carrera, joder, y vaya si necesitaba un poco de aliento. Unos cuantos metros más y el vampiro lo habría alcanzado; se habría lanzado sobre él y eso hubiera sido todo. Nadie en todo Sacramento se habría dado cuenta de lo que él llevaba tiempo rumiando, ¡nadie!, y eso hubiera sido...

Bueno, hubiera sido una auténtica pena.

Burke levantó la cabeza y miró al vampiro a los ojos. Eran negros. Negros como la brea, y brillantes como si alguien los hubiera rociado con una capa de barniz.

—Joder, Burke —dijo Steve de repente—. Tío... Tío... deberíamos... irnos...

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡No lo mires, tío! Puede... Puede... ya sabes...

—¿Hipnotizarme? —preguntó Burke—. Este no es de esos, tío. Esos dandis metahumanos no corren como este. Este es un carne de cañón. ¡Oye, ¿lo conoces?! Puede ser alguien que conociéramos, ¿te das cuenta?

—Burke, en serio...

—¡Eh! —exclamó Burke—. ¿Puedes... oírme? ¿Puedes entenderme?

Steve se quedó congelado.

Su amigo Burke T. Sinclair estaba hablando con un vampiro.

Steve imitó el acento latino.

— ¡Eh, amigo! ¿Tú hablas el inglés?

El vampiro empezó a hacer un ruido como respuesta. Steve se quedó congelado en el sitio. Aún no había llegado al lado de Burke, se mantenía a cierta distancia, pero perdió toda intención de acercarse más. Toda. Porque el vampiro...

El vampiro estaba cambiando.

Su boca estaba cambiando.

En cuestión de unos pocos segundos, su boca pasó a convertirse en la hendidura monstruosa y dentada de cualquiera de los monstruos que a Burke y Steve les gustaba ver en las películas. Parecía una de las criaturas míticas de *Te Cabin in the Woods*, una de las fantásticas creaciones de Lovecraft, un ser imposible; la boca enorme y recorrida por hileras escalofriantes de pequeñas cuchillas, delgadas como clavos, lo había transformado ante sus ojos en una cosa que en absoluto recordaba a algo humano.

El vampiro gritó.

Steve se agachó, doblando las rodillas y haciendo bajar el cuerpo en un solo movimiento. Había puesto las palmas de las manos sobre las orejas y había cerrado los ojos, como si el terror del grito lo hiciera querer desconectarse del momento y del lugar donde estaba.

Burke miró al monstruo, estupefacto.

—Hostia puta... —soltó.

De pronto, la boca volvió a cambiar. Lo hizo tan rápidamente que Burke tuvo que pestañear unas cuantas veces para aclimatar la vista a los cambios. Se transformó de nuevo y volvió a la normalidad, como si aquello nunca hubiera pasado. Burke dio un paso atrás, sorprendido.

—Espera... ¿qué? ¿Qué? ¿Cómo?

Su mente daba vueltas. La carne se había rajado de oreja a oreja. ¿Dónde estaba la herida, la abertura, los rastros del estrés tremendo a las que habían sido sometidas la piel y la carne de la cara? ¿Dónde? ¿Qué? ¿Cómo? Había visto transformaciones y mutaciones en millones de productos de fantasía y ciencia ficción, y todas le habían chirriado como si intentaran colarle algún imposible truco de magia. Recordó a Helen. Su amiga Helen. Medía un metro sesenta y, en sus buenos tiempos, llegó a pesar ciento dieciséis kilos. Ciento dieciséis kilos. Su cuerpo era enorme, desde luego, y la grasa deformaba su cara, sobre todo el cuello, haciéndola parecer otra persona, pero Helen se introducía aquellos días en el proceloso y hormonal mundo de la adolescencia y, por supuesto, quería resultar atractiva para los chicos, vivir los momentos dulces de los primeros troteos, las miradas, las charlas con el sexo opuesto llenas de pequeños juegos de seducción. Así que Helen dejó de tragar de manera compulsiva y entregó casi todo su tiempo libre a hacer deporte. Incluso cuando se sometió a una operación de reducción de estómago y pasó meses trabajando para seguir perdiendo peso, Helen no consiguió tener el cuerpo que sistemáticamente le vendían a través de los medios: series, cantantes, *youtubers*, anuncios. Vientres planos. Pechos bonitos. Figuras delgadas. La carne y la piel de Helen se quedaron holgadas, como si tuvieran memoria propia, como si recordaran el antiguo volumen. Colgaban flácidas, sobre todo por la zona del estómago, como un chicle o una masa de queso a medio derretir. Pensó en Helen cuando miró la boca, de nuevo normal, con sus labios perfectamente reconstruidos, y los dientes otra vez como los de un hombre cualquiera.

Era... era una imposibilidad. Un truco falso de cine auspiciado por alguien con poco respeto por los detalles. Una mala película. Y Burke T. Sinclair odiaba las malas películas.

—Es un truco... —susurró—. Un truco visual...

— *Estás muerto, Burke* —exclamó el vampiro de repente. Había pronunciado «Burke» como en medio de una arcada.

Burke se quedó inmóvil. Steve levantó la cabeza, sobrecogido por la sorpresa y un terror ácido y caliente como la meada de un elefante.

— *Estás muerto* —escupió el vampiro—. *Tu hermana está muerta. ¿Tu madre? Muerta. ¿Tu padre? Muerto. Tus amigos están muertos. Tu país entero está muerto. No volverás a correr, solo te arrastrarás; un cuerpo lacerado por terribles heridas, sin brazos, sin piernas, un torso con muñones supurantes. Y nos alimentaremos de él, Burke. De ti. Beberemos de tu sangre y sentirás un*

dolor tan constante y tan cósmico que solo pensarás en la misericordia de la muerte, Burke. Pero la muerte no vendrá. Porque la muerte nos teme .

Steve no había podido incorporarse; seguía en cuclillas. La boca cubierta con la mano pretendía ahogar un grito que nacía en su interior. Burke tampoco podía decir nada. No había esperado que el vampiro pudiera hablar, o al menos no de esa manera; pero su tono de voz, su inflexión, su cadencia, su elección de palabras... había sido del todo inesperado.

El vampiro miró a Steve. El impacto de la sola mirada fue tan intenso que Steve cayó hacia atrás. Apenas tuvo tiempo de proyectar los brazos para evitar darse con la nuca contra el suelo.

El vampiro compuso una mirada de desprecio, se dio la vuelta y se alejó de las luces traseras del coche a la carrera; no por la carretera, sino hacia uno de los lados. Vieron su forma perderse en la oscuridad, entre las hierbas ralas de los límites del asfalto.

—Dios mío —exclamó Steve—. Oh, Burke, Dios mío.

Burke se estremeció. Parecía estar pensando en algo. Steve conocía esa expresión; era el tipo de cara que ponía cuando recibía un revés: una mala noticia, un suspenso inesperado, algo que contradecía sus planes en general, grandes o pequeños. Y en lugar de enfadarse o desanimarse, Burke componía esa cara. Había empezado a pensar, a toda velocidad, en cómo contrarrestarlo.

—Burke. Dios, Burke... —decía Steve, levantándose lentamente, como si sus piernas y brazos sufrieran una parálisis temporal—. Sube al coche... Sube al puñetero coche.

—¿Hmmm? —preguntó Burke, distraído pensando en otra cosa.

—Sube al puto coche, joder.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —replicó Burke.

—¡Va a volver con más vampiros, Burke! ¡SUBE AL COCHE!

Burke lo miró con los ojos entrecerrados, como si fuera idiota.

—No te has enterado de nada, ¿verdad? —le soltó—. Da igual que vuelva o que no vuelva, que lo haga solo o con los Cien Mil Vampiros de San Luis. No puede pasar de esta marca, Steve.

—¿Qué...? La... ¿Tu pañuelo de...? ¿La historia esa de...?

—Mi pañuelo. Sí.

Steve se pasó los dedos por el cabello, nervioso.

—Vale... —susurró—. Esto es... Pero ¿cómo? ¿Cómo has conseguido...?

Burke sacudió la cabeza.

—Yo no he conseguido nada, tío —dijo—. Solo lo he averiguado, ¿vale?

Hay cosas que se inventan y cosas que se descubren. Se inventa una consola y se descubre la energía eléctrica. ¿Lo pillas?

Steve asintió con torpeza.

—Pero... ¿cómo coño lo has averiguado?

—Me fijé. El profesor Harris tenía un mapa del pueblo, ¿te acuerdas?

—S-sí...

—Empecé a marcar las zonas donde sabíamos que había vampiros, los sitios a los que nadie va porque empieza a haber cadáveres, y ese olor a medicina caducada, a naftalina...

—A menta...

—Sí. A menta. La cosa es... que fui marcando y marcando, y descubrí que estábamos rodeados por un cerco que dejaba una forma extraña en el centro. Un área donde no habíamos visto vampiros...

—Sí, claro —dijo Steve, dubitativo—. Es por los hombres de Miles...

Burke negó con la cabeza.

—Los hombres de Miles son unos patanes, tío —exclamó—. ¡Se tocan los huevos a manos llenas! ¿Los has visto patrullar por el pueblo, con sus rifles de mierda? A Bobby le cuelga la panza por encima del cinturón. Tiene tanto relleno de calcetines en el pantalón y los lleva tan subidos que parece que tiene una hernia. Seguramente, su sensación de éxito en la vida es tirarse a la camarera rusa del O'Hara un sábado de madrugada. ¿Te los imaginas luchando contra... esa cosa? ¿Enfrentándose a esos dientes?

—Bueno... —susurró Steve—. Yo...

—Se cagarían en los pantalones por mucho menos que eso. No son los hombres de Miles los que mantienen el pueblo a salvo, tío. Es otra cosa. Es... la cuestión con Sacramento.

—¿Qué cuestión?

—Eso no lo sé todavía, ¿vale? Estoy... estoy en ello. Pero aquí pasa algo. Me fijé en que había un límite extraño, una frontera, entre nosotros y ellos. La granja de Louis, por ejemplo. Nadie viene por esta zona porque los vampiros acabaron con todas las casas más allá de la suya, y Louis dejó su granja pensando que estaba jodida, que cualquier noche vendrían a por ella. Lo mismo pasa con el almacén de Larry y Flint. Estaban... demasiado cerca de las casas afectadas. Joder, Larry podía asomarse por su ventana y ver la casa de Nancy, y ya sabemos lo que le pasó a Nancy.

—La vieron... —susurró Steve, sintiendo un escalofrío—. Visitó a Elmer de noche, vestida con una camiseta de la mostaza con miel Hunt's y... nada más

debajo...

—Porque esa noche estuvo con Jackson. Sus padres no estaban y a Nancy le gustaba demasiado el sexo como para desperdiciar algo así.

—Los pillaron... ¿chingando? —preguntó Steve, confuso y horrorizado.

—Los pillaron chingando. Pero Nancy siempre anduvo detrás de Elmer, ¿verdad? Follaba con casi todo el mundo, sobre todo extranjeros, cualquiera de esos hippies en bicicleta y mochila tenía un buen polvo de Nancy asegurado si se dejaba ver por los bares de noche, pero era Elmer quien la ponía de verdad. Así que cuando se convirtió en vampiro, fue a su casa... a casa de Elmer. ¿Y qué pasó?

—Bueno. Elmer dijo que la echó de allí.

—Sí. Eso dijo. Que Nancy se plantó en su dormitorio, se levantó la camiseta y le enseñó el coño, con la boca abierta llena de dientes...

—S-sí.

—Y Elmer le dijo: «Será mejor que te vayas de aquí, Nancy. No follé contigo cuando estabas viva, y no voy a chingar contigo ahora que estás muerta, ¿no?».

Steve sacudió la cabeza.

—Bueno, es lo que dice Elmer...

Burke rio.

—Elmer ha visto demasiadas películas. Te diré lo que creo que pasó. Creo que Nancy se plantó en su casa, esa parte es verdad, y puede que se levantara la camiseta y le enseñara todo su glorioso aparato femenino, ¿por qué no? Esa parte es irrelevante. Pero apuesto a que Elmer se quedó cagado de miedo en la cama, gritando y llorando y suplicándole a Nancy que lo dejara vivir. Pero había una razón por la que Nancy no se tiró sobre la cama y le chupó toda la sangre del cuerpo a través de la polla... No podía.

—¿No... no podía?

—La línea. Como la línea que tenemos aquí. Justo aquí. La del pañuelo. Los vampiros no pueden cruzarla. No sé por qué, ¿vale?, pero esa línea pasa justo por delante o por detrás de la tienda de Larry y Flint, según quieras verlo, y pasa por el puñetero dormitorio de Elmer. Así que Nancy se plantó allí, pero no para follar; seguramente ni se dio cuenta de que no llevaba bragas, bueno... la cazaron cuando iba vestida así. Quería la sangre de Elmer porque era de las casas que tenía más cerca cuando despertó.

—Pero Elmer no se inventaría algo así... —exclamó Steve.

—Tienes razón. Es demasiado estúpido. Verás, puede que la Nancy

vampiro supiera que no podía alcanzarlo y puede que intentara seducirlo. A lo mejor sí que se levantó la camiseta y le enseñó el coño. ¿Te imaginas? «Eh, Elmer, ¿quieres esto? ¿Lo quieres? Puedo dártelo, si lo quieres. Solo tienes que venir a la otra habitación. De hecho, solo tienes que salir de la cama. Ven aquí conmigo, Elmer, te haré sentir cosas... cosas... ¡cosas!»

Steve se estremeció.

—Pero si Elmer nunca quiso...

—Elmer nunca quiso porque es gilipollas, porque Nancy tenía un polvazo. Pero da igual, ¿vale? El caso es que Nancy ya tenía un cuerpazo antes de morir. Ahora súmale la fascinación de un vampiro. Esos ojos. Estoy seguro de que esta noche la has sentido con este vampiro,...

—S-sí —balbuceó Steve.

—Su voz. Te deja como un poco así, ¿no? Tiene su cosa...

—Sí.

—Pues imagina una voz de mujer. Una mujer de veinte años, con un cuerpo de puta madre, enseñándotelo todo y ofreciéndose, delante de tu cama.

Steve no consiguió decir nada.

—¿Sabes lo que creo que pasó? —continuó Burke—. Me acuerdo cuando Elmer llegó al Plaza, histérico, contando lo que había pasado. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Era domingo por la mañana, justo al amanecer. Estábamos todos en la terraza del Plaza porque se empezaba a decir que era peligroso quedarse en casa, aislados, y hacíamos piña de noche en el café de Mel.

Steve abrió los ojos, recordando.

—Sí —dijo—. Y Miles y los chicos empezaban ya por entonces a pavonearse diciendo que ellos solos acabarían con...

—Con los extranjeros —terminó de decir Burke—. Por entonces no sabíamos muy bien lo que pasaba y los llamaban «extranjeros».

—Porque los primeros vampiros eran gente de fuera, sí —asintió Steve.

—Pues llegó justo al amanecer, mientras el sol empezaba a despuntar por el horizonte. Me acuerdo. Tuvo que venir corriendo desde su casa; ni siquiera pensó en utilizar la maldita bicicleta porque estaba en *shock*. ¿Cuánto se tarda desde su casa al Plaza, más o menos?

—¿Corriendo? Pues... ¿tres minutos?

—Más o menos. Tres o cuatro minutos, sí —asintió Burke, pensativo—. Quiere decir que debió de salir de casa justo al amanecer, y que... que pudo salir de su dormitorio un poco antes. Y hay que contar el tiempo de recuperación...

Sí. Todo encaja. Piénsalo —continuó, ahora hablando más deprisa—. Creo que cuando Nancy se presentó en casa de Elmer, faltaba poco para que la noche terminara, pero Nancy la vampira debió de pensar: «Vaya, tengo tiempo todavía de merendarme al idiota de Elmer antes de irme a dormir el sueño de los muertos vivientes», así que se presenta en su casa y entonces descubrió lo del bloqueo. No podía acercarse, así que empezó a engatusarlo y a enseñárselo todo, y estuvo así un buen rato. Conozco a un par de tipos que se habrían lanzado de cabeza a un volcán por una almeja como la de Nancy, pero Nancy sobrevaloró a Elmer. Elmer es un cobarde y un pusilánime. Cuando las cosas se tuercen, se derrumba. Se viene abajo. Así que se queda encogido en la cama, muerto de miedo, totalmente bloqueado, y en el cuerpo de Nancy solo ve muerte y terror.

—Comprendo —dijo Steve.

—Así que cuando faltaban pocos minutos para el amanecer, Nancy se piró. Elmer lloriqueó un poco, se lamió las heridas y vino corriendo al Plaza y nos contó una historia disfrazada de heroísmo en la que él expulsaba al vampiro con un par de huevos. ¿Encaja?

Steve asintió con la cabeza, aunque dubitativo.

—Joder, sí... ¡sí! Pero... esa línea... esa... frontera.

—Qué bueno, Steve —dijo Burke—. La frontera. Es un nombre con gancho.

—Ya, pero... ¿por qué? Quiero decir...

Burke se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. Pero ocurre todo alrededor de esta parte de Sacramento, hasta..., bueno, hasta donde las cosas se ponen grises y ya nadie va a esos lugares. Ahí no se sabe lo que pasa. La gente ha dejado esas casas y locales y oficinas porque están demasiado cerca de donde sí han pasado cosas. Pero a esos sitios no les pasa nada. Es una tierra de nadie que ni ellos ni nosotros visitamos. Y pensamos que estamos a salvo porque hay una franja gris en medio por donde creemos que los vampiros buscan de noche, husmeando por los hogares vacíos, escudriñando en las camas abandonadas, y que al amanecer se vuelven a su zona, pero es mentira. No van por allí porque no pueden. Algo se lo impide.

—Joder, Burke —soltó Steve—. Pero... ¿qué es?

Burke negó con la cabeza.

—No lo sé, tío, ¿vale? Yo qué coño sé. Algo en... el aire, o en el suelo, tal vez... sea suelo sagrado. Son vampiros, ¿no? Sabemos que los crucifijos y esas mierdas no los afectan en absoluto, pero esos monstruos existen, así que tal vez existan otras cosas. Has visto su boca y en lo que se ha convertido en un

momento...

—Joder, sí —susurró Steve con un escalofrío.

—Exacto —dijo Burke—. Son como demonios. No los llames vampiros, llámalos demonios, si quieres. Y, puesto que ellos existen, ¿qué otras cosas podrían existir además? Aquí antes había indios, tío.

—¿Indios?

—Sí, joder —replicó Burke, impaciente—. Nativos americanos. No indios de la India. Tenían sus propios rollos especiales, sus creencias y sus cosas sobrenaturales. Ya sabes. Cosas como... suelo sagrado.

Steve abrió mucho los ojos.

—¿Crees que... aquí puede haber un... cementerio indio?

—Joder, Steve —dijo Burke—. No estoy diciendo nada, ¿vale? No tengo ni idea. Solo digo que no podemos descartar nada. A lo mejor se trata de... electromagnetismo. O alguna planta que solo crece por aquí y que emana efluvios que a ellos los repelen... o...

—¿Radiación nuclear? —preguntó Steve en voz baja.

—Sí, joder. Los seiscientos contenedores con residuos radiactivos que el Doctor Muerte escondió en los sótanos del campus.

Steve abrió muchos los ojos.

—¿Hay seiscientos contene...?

Burke sacudió la cabeza.

—No, imbécil —le espetó—. ¿Qué te pasa, te has quedado chiflado? ¿Te ha jodido la cabeza el vampiro? ¡No hay ninguna puta radiación en Sacramento?

—¡Coño, Burke! —protestó Steve—. ¡No me jodas! Solo estaba lanzando ideas...

—¡Pues coge una piedra y lánzate tú al río!

—Joder —exclamó Steve.

—Está bien —continuó Burke, otra vez ceñudo—. Lo de los indios, tal vez. Tenemos que contarle esto a todo el mundo. Es una gran carta para jugar a este juego. Nos da ventaja. No sé cuánto durará, ni si durará, pero por ahora... por ahora cambia mucho las cosas. Vamos a contárselo al profesor Eagleson.

—¿El profesor... Eagleson?

—Sí. Joder. Da clases de historia. Sabrá si hay algo en esta zona a lo que echarle mano.

—Está bien —dijo Steve—. Si eso significa volver, estoy de acuerdo.

—Te has cagado pero bien —rio Burke.

—Cállate, Burke —soltó Steve—. Joder. Si no te cagas encima viendo algo

así delante de tu cara, es que estás como una puta cabra.

Burke asintió.

—Supongo que... en estos tiempos, hay que estar un poco como una cabra para aceptar las cosas.

Subieron al coche. En el horizonte, la claridad del nuevo día empezaba a despuntar. Burke estaba tan satisfecho como excitado; iba a ser un día emocionante, sin duda. Joder, si todo marchaba como esperaba... Si todo marchaba como esperaba, iba a ser un día de cojones. El primero de muchos.

4

No les resultó difícil encontrar al profesor Eagleson; como casi todo el mundo por entonces, pasaba la mayor parte de su tiempo en el Plaza, escuchando las noticias que recibían del mundo por el aparato de radio de Trevor Hitchkins, planeando, ayudando con pequeñas tareas, dando charlas o conversando. Las charlas eran de tono moralizante, de cómo los americanos se habían enfrentado a situaciones problemáticas antes y cómo habían salido de ellas. En especial se hablaba de los duros tiempos de la Fiebre del Oro americana, de las condiciones de vida, de cómo se apañaban sin electricidad y sin recursos, y aplicaba muchas de esas cosas a la situación actual. A la gente le gustaba escucharlo. Eagleson tenía un prodigioso don de gentes y caía bien a todo el mundo.

Burke sabía que Eagleson, por ese motivo, era la pieza clave para dar a conocer su descubrimiento. Un buen hombre, un valioso miembro de la comunidad, preclaro jugador de ajedrez y campeón invicto del Torneo de Ajedrez de Sacramento desde 2004. Hacía el mejor estofado de todo el estado en la campaña Alimenta a un Sin Techo que tenía lugar por esas fechas, en Navidad. No, en lugar de plantarse en medio de todos y decir que había descubierto una prodigiosa y casi mágica manera de frenar a los vampiros, pensó en convencer a Eagleson primero. Si podía tenerlo a él de su lado, su manera de exponer esa eventualidad sería mucho más fluida. Era..., bueno, era una idea mucho mejor. De todas maneras, ¿quién iba a prestar atención a las palabras de un muchacho de veinticuatro años que —el *sheriff* Clarke podía decirlo— tenía un expediente criminal por escándalo público en estado de embriaguez?

Pero Eagleson los escuchaba con una ceja levantada.

—Bueno —dijo al fin, después de escuchar a Burke con atención y respeto—. Vamos por partes. Asumamos que lo que dices es cierto, ¿vale? A fin de cuentas, como afirmas, es fácilmente comprobable.

—Eso es —asintió Burke, animado.

—Bien. Entonces, ¿qué crees que puede provocarlo? Esa es sin duda la pregunta.

—No lo sé —admitió Burke—. Pensaba que quizá algo en la... historia de Sacramento podría darnos una pista.

Eagleson arrugó la frente.

—¿En la historia de Sacramento? No te entiendo.

—Algo. No sé —dijo Burke, incómodo. No quería soltar el concepto de que lo que pudiera estar frenando a los vampiros fuera algo con tan poca base científica como la idea de estar pisando «suelo sagrado».

—Bueno... —dijo Eagleson, animado—. Sacramento no tuvo una fundación que pueda llamar la atención. Esto es un valle: una vasta extensión de terreno carente de colinas o deformaciones naturales, cosa que era muy importante para los padres fundadores, ya que ellos se movían en carretas y necesitaban terrenos cultivables y pastos para los animales. Y agua, naturalmente. Y aquí tenemos tres ríos que acceden a la costa del Pacífico. Las tribus de nativos americanos vivieron aquí durante cientos de años antes de que llegásemos nosotros.

Burke asintió, interesado. Había esperado que Eagleson diera unas cuantas vueltas antes de llegar a eso, pero... ¡zas!, ahí estaba.

—Todo eso cambió cuando un hombre llamado John Sutter llegó desde San Francisco. En 1840, Sutter comisionó su propio fuerte, el Fuerte Sutter. Seguro que lo has visitado alguna vez, está considerado Patrimonio Nacional...

—Sí —dijo Burke.

Eagleson asintió.

—Entonces conoces la historia, más o menos. Ahí empezó el Sacramento que conoces, en el Fuerte Sutter. La construcción la llevaron a cabo nativos americanos, por cierto, y luego los reclutó como soldados. Fue, de alguna manera, su propio feudo. Mantuvo su propia autoridad bajo el auspicio del gobierno mexicano, al menos hasta que California fue proclamada estado de la Unión. Por entonces ocurrió una cosa: alguien encontró oro en Sutter's Mill, y no poco ni mucho, sino muchísimo. Muchísimo oro. A lo mejor no sabías que Sacramento jugó un papel importantísimo en la explosión de la Fiebre del Oro americana que cimentó, de alguna manera, el país.

—Oro... —susurró Burke.

Mientras Eagleson hablaba, Burke buscaba cualquier indicio que pudiera asociar a los vampiros. En alguna parte, se dijo, había una conexión que

descubrir, y la palabra oro sobrevolaba ahora mismo sus canales de pensamiento. Oro. ¡Oro! ¿Podría el oro tener algo que ver? Nadie en toda la Fiebre del Oro había podido cavar demasiado profundo en la tierra; la tecnología de la época no lo permitía. ¿Y si ahí abajo, sepultado bajo la montaña de asfalto y cemento que era Sacramento en la actualidad, había una masa abrumadoramente grande de... oro? Era un metal noble, sin duda, asociado a mil historias en las que figuras tan difusas y ancladas en conceptos como las artes místicas y la magia se confundían unas con otras. Alquimistas, por ejemplo, pero también otras cosas. El oro de los aztecas. El Dorado. Las cúspides de oro macizo que se decía que coronaban las pirámides. La fascinación del hombre por el oro era conocida, legendaria y probada: desde tiempos inmemoriales se había dejado seducir por él, y cuando se localizaba, se atesoraba, se amontonaba, se poseía. Pensó en la codicia de los enanos de la Tierra Media de Tolkien, en Smaug el dragón, pensó incluso en el Tío Gilito. ¡Oro!

¿Podía el oro ser un repulsivo para los vampiros?

Tal vez... (pensó, abriendo mucho los ojos mientras Eagleson hablaba con su tono de voz calmo y quedo) ... tal vez el mito de los crucifijos se había confundido desde tiempos inmemoriales. La Iglesia, como los aztecas, siempre había gustado del oro para investir sus símbolos y sus templos, al menos en la Antigüedad... ¿Y si los vampiros no sentían rechazo por el símbolo cristiano de la cruz, sino... por el oro con el que estaban hechos esos crucifijos?

Abrió la boca en señal de estupefacción.

Eagleson seguía hablando.

— ... el río Sacramento conectaba y conecta directamente con San Francisco, lo que propició, desde luego, el auge instantáneo de Sacramento. Esto fue la central del oro, Burke. Las casas se construían tan rápido que había que traer madera de casi cualquier parte y se pagaban fuertes cantidades por carretas llenas de troncos.

—Oro —exclamó Burke, aún pensativo.

—Oh, no solo el oro hizo de Sacramento la ciudad que es hoy día. El Pony Express, el telégrafo transcontinental, y el ferrocarril, por supuesto, mantuvieron a Sacramento en el punto más importante de los envíos de mercancías y suministros hacia el este del país. Se enviaban todo tipo de cosas, desde trigo hasta frutas, madera y un largo etcétera. Comercio a lo bestia. El dinero parecía llover del cielo. Esto hizo que llegaran enooooormes oleadas de inmigrantes, no solo americanos, sino de todo el mundo. Esta inmigración ayudó a desarrollar un aspecto desconocido por entonces, pero que demostró ser importantísimo para la

prosperidad de una ciudad: la cultura.

Burke asintió, impaciente. La moraleja de la cultura y la inmigración, relatada de esa manera en la América del siglo XXI, era sin duda una valiosa lección que Burke había escuchado en boca de Eagleson en varias ocasiones, y podía sentir cómo disfrutaba de ella cada vez que la contaba, probablemente porque la familia del propio Eagleson fue en algún momento, como casi todos los ancestros de ancestros, inmigrante pero sentía que estaban desviándose del tema. Todo eso era ya historia reciente, y no creía que fuese a encontrar en ella ningún dato relevante que pudiera asociar con los vampiros.

—Gracias, profesor —dijo Burke—. Pero centrándonos en los vampiros... ¿Cuáles de esos hechos históricos cree que pueden haber contribuido al... problema que tenemos hoy con esos monstruos?

—La frontera —dijo Steve, que se había mantenido callado y al margen hasta ese momento.

—La frontera con los vampiros —accedió Burke.

Eagleson sacudió ligeramente la cabeza.

—No sé decirte, Burke. De verdad que no. Sacramento es... una gran ciudad. Aquí se intersectan dos grandes autopistas, la 88 y la 15. Ambas van a las fronteras del país. Pasan muchas cosas continuamente. Si te refieres a las leyendas locales, tenemos una divertida. ¿Has oído hablar del vampiro de Sacramento? —preguntó con una sonrisa.

—¿El... vampiro de Sacramento? —repitió Steve.

—Supongo que es como ir por el desierto y gritar: «¡He encontrado arena!» —exclamó—, pero antes de que todo esto pasara era una leyenda muy popular, sobre todo cuando se acercaba Halloween. Un asesino en serie llamado Richard Trenton Chase asesinó a seis personas en un mes. Se lo conocía como «el vampiro de Sacramento» porque bebía la sangre de sus víctimas y..., bueno, canibalizaba sus restos.

—Oh —dijo Burke, decepcionado.

Eagleson percibió su desánimo.

—Perdona —dijo con suavidad—. Estoy acostumbrado a introducir pequeñas notas de humor en mis charlas, aunque sean notas de humor negro como esta... para... distender la situación. Ya sabes. Mantener la moral alta. Pero parece que tienes genuina prisa por encontrar alguna pista sobre tu reciente descubrimiento.

—Sí —afirmó Burke.

Eagleson asintió despacio.

—Eso es bueno —dijo—. Muy bueno. Está muy bien. Me gustaría ayudarte más, pero...

—¿Qué tal esto como teoría? —preguntó Burke, y empezó a explicarle lo que había estado pensando sobre el oro basándose en su discurso. Estaba excitado y hablaba rápido, soltando un torrente de ideas, pero Eagleson escuchó en silencio y con atención. Cuando terminó, el profesor inspiró profundamente y se tomó unos segundos para procesar lo que había oído.

—Me gusta como teoría —admitió—, en particular el concepto de los crucifijos hechos con oro. Nunca lo hubiera pensado... Siempre atribuyendo capacidades sobrenaturales a aspectos religiosos que tienen más que ver con el sentir interior de una persona que con aspectos físicos externos a la creencia en sí. Sería gracioso que fuera por... el oro.

—¿Qué sabe del oro? Quiero decir...

Eagleson asintió.

—El oro ha tenido una gran influencia en la historia, como tú has dicho. No solo en la historia, también en las costumbres y hasta en el lenguaje. Básicamente, sin entrar en consideraciones más amplias, es un elemento químico con muchas propiedades que lo hacen casi único. Es inalterable al paso del tiempo, y es a la vez maleable e inoxidable. Imagina al hombre de la antigüedad, con sus precarias construcciones y sus materiales condenados a perecer. La piedra se llenaba de musgo, los excrementos de los animales, con los que se construían los primeros hábitats se secaban, se agrietaban. La madera se pudría. Por todo eso, el oro siempre ha tenido un valor intrínseco por sí mismo, y se revaloriza con el tiempo. En épocas de crisis, siempre ha sido un refugio seguro.

Burke asintió, impaciente.

—Ha generado ambiciones, envidias y conflictos, y existe un vínculo implícito entre oro y riqueza, entre oro y belleza. Lo dorado es bello, es puro, es radiante. Numerosas culturas en la Antigüedad lo asociaban con la divinidad, con la realeza, hasta con el honor. De hecho, los romanos lo llamaban *aurum*. ¿Recuerdas de tus clases qué significa?

—No —admitió Burke.

Eagleson miró brevemente a Steve. Este negó con la cabeza, incómodo.

—Significa «amanecer radiante». Amanecer. He ahí una curiosa coincidencia para tu teoría, Burke, porque el amanecer sería la otra cosa que los detiene como una tonelada de rocas lo hace con un tren.

—Es bueno —susurró Burke.

—Puede que esa pequeña curiosidad sea buena, pero el oro no lo es. Nunca

he entendido por qué sigue luciéndose como algo hermoso, en forma de anillos, pulseras, joyas diversas: tiene una historia de sangre y destrucción como pocas cosas en el mundo. Aquí en América, obsesionó a los castellanos. Se obcecaron tanto en su obtención que dio lugar a luchas encarnizadas marcadas por el expolio y la codicia. Sin embargo, es el símbolo universal del matrimonio entre personas. Estoy hablando de las alianzas, generalmente hechas de oro. Dado que escasea de manera apabullante y se funde y se reutiliza una y otra y otra vez, diría que el oro de esos anillos, que muchas personas lucen en sus dedos con una sonrisa amorosa, fue arrebatado, alguna vez, de las manos sin vida de alguien.

—Joder —soltó Steve—. Usted... usted sabe cómo dar la vuelta a las cosas.

—Oh —exclamó Eagleson—, son juegos intelectuales, me temo. Nunca había pensado en ello hasta ahora.

—¿Qué hay de... otros aspectos del oro? —preguntó Burke—. ¿Hay algo que escarbar ahí? Ya sabe...

—¿Otros aspectos? ¿Qué otros aspectos?

Burke se revolvió en su asiento. Entraba en aguas turbulentas.

—Bueno. Cosas como... los alquimistas, por ejemplo. Propiedades mágicas del oro...

—Oh —exclamó de nuevo Eagleson.

—Ya sé lo que está pensando —se apresuró a decir Burke—. Pero a veces las leyendas tienen algo de cierto en lo que merecería la pena escarbar. Si hace solamente un mes le hubieran dicho que América sería arrasada por vampiros, se habría echado a reír.

—Cierto —admitió Eagleson, sonriendo.

—Y sin embargo, aquí están. Aquí estamos. Tal vez, en esas leyendas sobre el oro, si es que las hay, se pueda encontrar alguna explicación que case con...

—Me gusta —lo interrumpió Eagleson—. Esa es una mentalidad científica difícil de encontrar estos días. Hay gente que abraza la terminología científica como un dogma de fe y rechaza de plano todo lo demás. Hay que volver a poner sobre la mesa las viejas cartas y examinarlas de nuevo. Sí. Hagamos eso.

Pensó durante unos instantes.

—No sé mucho de... las propiedades mágicas del oro. Tendríamos que preguntarle a mi vieja secretaria, Ellie. La entusiasmaba todo lo que oliera vagamente a esoterismo —añadió con una sonrisa nostálgica—. Pero se fue al este para formar una familia y..., la verdad..., espero que esté bien.

Burke asintió, ahora en silencio. En aquellos días, en Sacramento, era normal toparse con el drama cada poco tiempo, a menudo en el transcurso de

una conversación. Uno intentaba charlar sobre cosas reconfortantes: el sol que calentaba la piel y los bancos de piedra de los parques, unos perros jugando, la imagen de un niño que corría por la calle, ausente de todo. «Qué guapa estás hoy, Mary.» Pero la realidad se topaba con esos esfuerzos cada pocos pasos, como escollos inesperados que hacían que las sonrisas tropezaran. «Ahora, cuando pase la Navidad, iremos a Virginia a ver a mis...» «Mi tía siempre viene a vernos por estas fe...» «En verano siempre vamos a...» Esas frases nunca acababan, se quedaban prendidas en el aire como signos de interrogación de una realidad que se desmoronaba.

—Pero en cuanto el oro —resolvió Eagleson, recuperando el tono de voz—, puede que haya leído una o dos cosas relacionadas con esos temas cuando deambulo... o deambulaba... por internet. Me gusta leer de todo. Un dato curioso es que los antiguos druidas asociaban el oro con la energía solar, por ejemplo. Otra vez el sol, sí. De hecho, recogían el muérdago con hoces de oro, y en algunas culturas usaban las herramientas de recolección de oro porque pensaban que eso propiciaba mejores resultados durante la cosecha.

Burke sonrió.

—¿Lo ve? Parece que esa pieza encaja.

—Sí —admitió el profesor—, es interesante.

Una señora se les acercó en ese momento con una gran sonrisa en la cara.

—Disculpe, señor Eagleson. Están preparando el estofado. He apartado un poco para usted antes de que le pongan ajo, porque sé lo poco que le gusta...

—Oh, gracias, señora Olivares —respondió Eagleson—. Es cierto. Es que me sienta mal. Le agradezco su gesto, es muy amable.

La señora Olivares asintió complacida.

—Es un placer —dijo—. Cuando quiera comer, usted me lo dice y yo le caliento el plato.

—Gracias otra vez, señora Olivares.

—¡Un placer, un placer! Hasta *lueguito* .

Observaron cómo se marchaba y se confundía con el resto de la gente.

—Últimamente le ponen ajo a todo —susurró el profesor.

—Por los vampiros —dijo Steve.

—¿Cómo? —preguntó Eagleson, confuso.

—Por los vampiros —repitió Steve—. Ya sabe. El ajo y los vampiros. Nadie lo admitirá abiertamente, pero yo también lo he notado. Utilizan mucho ajo. ¿Desde cuándo el estofado lleva ajo?

Eagleson asintió, los ojos abiertos en una expresión de sorpresa.

—¡Ah, caramba! —exclamó—. No lo había pensado. Por supuesto. Un... interesante daño colateral, consciente o inconsciente.

—Siga, profesor —lo apremió Burke.

—De acuerdo —dijo Eagleson después de un sonoro carraspeo. El sol de la mañana progresaba con rapidez e incidía en su calva de piel oscura—. Bueno, esotéricamente hablando, el oro, por supuesto, está asociado a mil prodigios: curaciones espirituales, cargas positivas de energía... No el tipo de energía que un ingeniero tendrá en cuenta en sus cálculos para ningún concepto, por supuesto, pero «energía» a secas, el opio de las pseudociencias.

—Y los cómics de superhéroes —apuntó Steve.

—Exactamente —admitió Eagleson—. Veamos, ¿qué más se puede decir sobre el oro? Oh, se utiliza en tratamientos de belleza. Habréis visto esas cremas y tratamientos que utilizan películas de oro para cubrir la piel. Los buenos son los que emplean oro de veinticuatro quilates, por supuesto, y se aseguran de cobrarte esas láminas que reutilizan una y otra vez como si fueras a llevártelas a casa. Por lo que pude leer en su publicidad, aseguran que reduce los niveles de bacterias en la piel, elimina las arrugas, las manchas faciales..., esas cosas.

Burke sacudió la cabeza. Todo eso parecía irrelevante.

—¿Cómo... cómo se crea el oro? —preguntó—. ¿Qué proceso lo forma?

—¡Ah! Una pregunta interesante —dijo el profesor—. Leí un informe no hace demasiado. Unos investigadores habían postulado que todas las reservas de oro del planeta llegaron desde... ¡el espacio profundo!, en un bombardeo de meteoritos que debió de ocurrir unos cientos de años después de la formación de la Tierra.

—¿En serio? —preguntó Steve.

—Sí. Todo ese oro, y otros minerales preciosos, se fueron luego fundiendo hacia el interior de la Tierra, y quedaron atrapados entre las rocas en forma de vetas, que hemos ido extrayendo paulatinamente desde que..., bueno, desde que el hombre tuvo un pico en la mano.

Eagleson arrugó el entrecejo como si se esforzara por recordar.

—Veréis, el oro... tiene una composición tan pesada que uno de los problemas de la física nuclear más difíciles de resolver fue tratar de explicar cómo podía siquiera existir. Hace falta tanta... tanta energía para crear oro que, por supuesto, es del todo imposible «crearlo» en este planeta, con nuestra tecnología actual. En realidad, existe en grandes cantidades en estrellas lejanas, que contienen también otros metales preciosos como el platino.

—De acuerdo —dijo Burke, resoplando con fuerza—. Está bien. Del

espacio profundo. No sé dónde nos deja eso...

Eagleson sonrió.

—Bueno —replicó—, no mucho más cerca de resolver el problema de los vampiros, pero sí del estofado, me parece. ¡Ya huele divinamente!

Burke soltó una carcajada.

—Escucha, Burke —dijo Eagleson, otra vez serio—. Me gusta tu actitud ante esto. Me gusta, de veras. Es comprometida, persigue un bien común, y en estos días terribles eso es mucho. Te ayudaré. Creo que... lo que dices tiene sentido. No lo del oro, ¿de acuerdo? Aunque ha sido una charla agradable y teorizar siempre es un sano ejercicio para las neuronas, es por ahora una teoría temprana con poco o ningún fundamento. Pero lo de la... frontera tiene buena pinta. Yo también he observado que lo que ocurre aquí no tiene mucha explicación. Escuchad —añadió, mirando alrededor y bajando la voz—. Secretamente, entre vosotros y yo, pensaba que nos cercaban. Los vampiros, digo. Pensaba que nos permitían vivir en este pequeño reducto de... ¿cuánto, diez kilómetros de diámetro?, porque nos tenían reunidos y controlados mientras se preparaban para utilizarnos. ¿Habéis oído esas historias que circulan sobre las granjas de seres humanos?

Burke asintió.

Las había oído, sí. Un tipo llamado Fred... ¿Fred Wallace?..., alto, desmañado, delgado... llegó un día desde el norte contando que había escapado de un lugar espantoso donde tenían hipnotizados a los seres humanos. Los hacían trabajar para cultivar sus propios alimentos y los tenían en un estado de catatonia activa constante con el propósito de que sirviesen de alimento a los vampiros. Según contaba, cada noche cientos de vampiros iban allí y se alimentaban de ellos, consumiendo exactamente cuatro litros de sangre de cada uno, dejándolos con la cantidad suficiente para mantenerlos vivos. Ahora que se acordaba de él, no había vuelto a verlo por allí. Era un tipo extraño, desde luego, como si se hubiera quedado tocado por la experiencia. En Sacramento, o en la zona sur de Sacramento, donde se habían asentado los supervivientes, delimitados por la recién descubierta frontera, no faltaban desde luego casas vacías para vivir, pero Fred parecía haberse marchado. Tal vez se movió por los márgenes de la frontera una noche cualquiera, en uno de sus solitarios paseos, en los que era posible verlo hablando solo, como si estuviese ido. Tal vez.

—Pues eso es lo que pensaba que hacían con nosotros —siguió diciendo Eagleson.

Steve escuchaba con la boca abierta.

—Pero... —preguntó—, ¿cómo sabe que no es eso lo que... están haciendo?

Burke puso los ojos en blanco.

—De eso estamos hablando, Steve —dijo despacio—. De que tal vez nos dejen en paz porque no pueden entrar.

—¡Oh, claro! —asintió Steve—. Perdón... Me... había asustado.

Eagleson sonrió.

—Vale —dijo—. ¿Sabéis dónde está la oficina de turismo?

Burke pensó un poco.

—Sí. La conozco.

—Está abierta —siguió diciendo Eagleson—. Allí trabajaba una chica que... se marchó, de repente, a media mañana, y ya nadie vino a ocuparse de ella porque las cosas empezaron a salirse de madre demasiado rápidamente. La saquearon un poco, al principio, y no dejaron nada de valor. Está como está. Pero quedan mapas, muchísimos mapas, y los hay de este lado de Sacramento; mapas detallados, para los turistas. Quiero que vayas allí, cojas uno y traces una línea alrededor del área que crees que es... segura, entre comillas, según lo que has observado. ¿Crees que puedes hacer eso?

Burke asintió.

—Sí, perfecto.

—Yo buscaré a Rachel mientras tanto. Le explicaré lo que me has dicho...

—Espere —dijo Burke, súbitamente emocionado—. ¿Rachel... West?

—Sí. La misma Rachel West —dijo Eagleson sonriente.

—¿Puede hacer eso? —preguntó Steve—. ¡Genial!

Burke estaba más que satisfecho. Rachel West se había convertido, por méritos propios, en uno de los nombres clave en la zona sur de Sacramento. West tenía iniciativa, tenía fuerza y parecía manejar bien a la masa, ese ente abstracto que se consolidaba cuando había reuniones y los elementos individuales se diluían en una psicología grupal diferente. West sabía priorizar, era proactiva y conocía un poco de cada cosa. Cuando West hablaba, los demás escuchaban. Si había un tándem visible en la estructura organizativa de aquel nuevo Sacramento incipiente, eran Eagleson y West, West y Eagleson. Si podían tener a los dos en aquello, la cosa estaba hecha.

—Quiere... comprobarlo sobre el terreno —dijo Burke.

—¿Hay alguna otra manera? —preguntó Eagleson sonriendo. Sacudió la cabeza, como si de repente tuviera prisa—. West escuchará. La teoría es buena, y explica muchas cosas sobre las que no nos hemos detenido demasiado a pensar

porque... porque son buenas, y hay demasiado que hacer como para pensar que incluso las cosas buenas puedan tener un trasfondo malo. Y si podemos comprobarlo sobre el terreno... Oh, chico. Si eso es cierto... todo va a cambiar.

Burke sonrió.

—¿Y lo del oro? —preguntó Steve de repente.

Burke soltó una carcajada.

—Bueno, todo a su tiempo, mi joven Padawan —exclamó Eagleson—. Pero si lo del oro resulta ser cierto..., bueno, tendremos que mudarnos.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Steve.

—A Fort Knox —soltó Eagleson con una sonrisa pícara en el rostro—. Allí tienen unas ocho mil toneladas de oro almacenadas.

Steve abrió la boca, componiendo una expresión tan estupefacta que Eagleson y Burke soltaron una carcajada al unísono.

La gente, alrededor, los miró, algo intrigada y contagiada; pequeñas sonrisas brotaron en sus rostros preocupados.

Las carcajadas no abundaban en Sacramento por entonces.

5

Se reunieron en la vieja serrería, donde West había emplazado su pequeño local social. Así lo llamaba: local social. Pero era en realidad una especie de centro de mando, un consistorio, el lugar donde Sacramento daba sus tímidos y prudentes pasos en medio de un océano de oscuridad. Eagleson, Rachel West y también su mano derecha, un carpintero de cuarenta y siete años llamado Rey que había hecho fortuna como constructor en casi medio centenar de proyectos entre California y Sacramento. Tenía un rostro redondo como una hogaza de pan y unos ojos grises pequeños y hundidos, pero centelleantes cuando te miraba fijamente. Pero a West le gustaba, porque en los veinte años que llevaba trabajando en el Ayuntamiento nunca nadie había hablado mal de Rey Perkins, nadie lo había demandado, y no estaba en ninguno de los conocidos circuitos de acuerdos y pagos bajo mano que ella repudiaba tanto.

Yo pondría esta frase en el párrafo anterior.

Era la primera vez que Burke estaba tan cerca de Rachel. La había visto antes, por supuesto; absolutamente todo el mundo conocía a West en lo que quedaba de Sacramento, porque era, sencillamente, la piedra angular de las cosas. Pero nunca tan de cerca. Le gustaba, esa era la verdad, por ninguna razón en particular. Tal vez fuese porque de sus intenciones y acciones se desgranaba

un genuino interés por el bien común; tal vez porque sus ideas tenían sentido; quizá fuese porque era resolutiva y conseguía mover a la gente para que las cosas siguieran rodando. Tenía un sexto sentido para saber dónde se bloqueaban los asuntos, esos pequeños eslabones de cualquier cadena que, a veces, se encasquillaban, deteniendo todo el proceso. Ella los detectaba y los ponía otra vez en marcha; si había que remangarse y hacer trabajo sucio, lo hacía. Incluso algo indefinido en su aspecto le gustaba: la ropa. Parecía sacada del armario de un centro de beneficencia, y haber sido elegida por su practicidad más que por criterios estéticos. La llevaba para cubrir sus partes pudendas y para mantenerse en el rango de temperatura adecuado, pero nada más. Y el cabello, recogido en una sencilla coleta y lleno de abuelillos enturbiando la cara, lanzaba el mismo mensaje sobre Rachel West: que no estaba allí para que la juzgaran por su aspecto, y que, además, le importaba un soberano carajo la opinión de los demás.

Burke había extendido, nervioso, el mapa sobre la mesa. Había dibujado una línea más o menos circular que cubría la zona donde estaban situados. A West no se le pasó por alto el hecho de que la línea era verde. No negra, ni roja, sino verde. Verde seguridad, verde naturaleza, verde esperanza. Miró analíticamente a Burke mientras hablaba. Ese detalle debía de haber sido a conciencia, y le gustó que usara un poco de psicología para allanar el terreno.

—Lo único que no sabemos es el porqué —decía Burke—. Esa parte... continúa siendo un misterio.

—Vaya —dijo Rey, examinando el mapa con atención—. Casa como el zapato de cristal del príncipe con el pie de la Cenicienta. Hasta es raro que no me haya dado cuenta.

—Es un círculo perfecto —dijo Eagleson.

—¿Cómo de fiable es esto? —preguntó Rachel—. ¿En cuántos puntos has probado tu teoría?

—Solo aquí —respondió Burke señalando un punto en el mapa—. Pero tenemos historias que corroboran esto aquí... aquí... y también aquí. Conocemos casos, si quieren escucharlos; luego, quizá. El resto del perímetro lo he deducido por las casas vacías. He paseado por ahí de día y, en algunos casos, también de noche. Están vacías. Nadie ha tocado los sótanos, ni huele a... ese olor a menta rancia que dejan los vampiros cuando ocupan un sitio.

West y Rey se miraron brevemente.

—En primer lugar —dijo Rey—, eres un loco imprudente. Hay una zona de seguridad, y es para algo. Se dijo en las primeras reuniones...: nada de deambular por esos sitios de día, pero hacerlo de noche es estar mal de la cabeza.

Burke se encogió de hombros.

—Lo sé, ¿vale? Lo sé. Pero tenía una corazonada y..., bueno, aquí están los datos.

—En segundo lugar —siguió diciendo Rey, como si no lo hubiera escuchado—, iniciativas así son las que cambian el mundo. Las normas están hechas para la gente en general, pero tiene que haber alguien que salga de la trinchera y pruebe eso que nadie ha probado, porque a veces... a veces esos chispazos de intuición, acompañados de un poco de ausencia de miedo, cambian el sentido de la guerra.

Burke lo miró. No esperaba esas palabras de Rey, pero asintió levemente sin decir nada, algo azorado.

—¿Podemos probarlo? —dijo Rachel de repente.

—Podemos —dijo Rey, asintiendo y mirando hacia las ventanas de la serrería—. Es buena hora todavía. El atardecer aún está lejos.

La radio que Rey llevaba en el cinturón emitió un tono.

—Disculpado —dijo, cogiendo el aparato y llevandoselo a la boca—. Rey.

Una voz enlatada y envuelta de ruido sonó en la habitación.

—Rey, lo del generador doce. Está jodido. Se ha quemado el motor y no podemos repararlo.

—¿El Catinni?

—El puto Catinni.

—¿Lo habéis limpiado?

—Lo hemos limpiado, hemos purgado el sistema de gasolina y sacado el carburador y lo hemos puesto en el banco de pruebas. Tampoco son las bujías, ni el sensor de aceite. Ha contraexplosionado. Te dije que petardeaba mucho.

—Vale —dijo Rey—. Tengo aquí unas cosas. Luego iré para allá.

—Habrá que ir a por uno nuevo, seguro.

—Bueno, si hay que hacerlo, lo haremos.

—Hasta ahora. Cierro.

—¿Tienes cosas que hacer? —preguntó Rachel.

—Siempre hay cosas que hacer —respondió Rey, encogiéndose de hombros—. Pero esto es más importante.

Burke sonrió. Se sentía satisfecho. Eagleson se dio cuenta y le dio unas palmadas en la espalda.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó West.

—Vamos aquí —dijo, señalando uno de los bordes del círculo (en verde, no en negro: mal augurio; ni en rojo: peligro; en verde)—. Es la casa de Abe

Tompson. La conozco bien, y está a cien metros de esas otras, fuera del círculo.

—Llama a Miles y a su gente —dijo West.

—Oh, Rachel —protestó Rey.

—Solo por si acaso —se apresuró a decir ella—. Por si... las cosas se ponen feas.

—Si las cosas se ponen feas tendré más miedo de que esos patanes nos vuelen la cara que de los vampiros.

Pero cogió la radio y accionó el botón.

6

Como Rachel había vaticinado mientras se desplazaban hacia la casa de Abe Tompson, Miles llegó diecisiete minutos tarde, y además, acompañado solamente por el inefable Vinny Shores. Nada del resto del grupo. Inefable no por sus cualidades excelsas, sino porque era complicado encontrar adjetivos que lo definieran. Si Miles era bajito y grueso, sobre todo en la cintura, Vinny era alto y extremadamente delgado, su rostro alargado coronado por una prodigiosa nariz que Rey había llamado en ocasiones «aristocrática», más por resaltar lo inusual de su estructura que por hacer honor a la verdad. No ayudaba mucho que Vinny sufriera un permanente goteo. Harto de la futilidad de usar pañuelos, se pasaba el día sorbiendo moco.

Ray, Burke y West los miraban mientras se acercaban. Rey tenía esa media sonrisa divertida que lo caracterizaba; Miles se acercaba mirando al horizonte, con el ceño fruncido, el rifle en las manos apuntando, imprudentemente, a Vinny, que estaba justo a su lado. Tiraba en ese momento de los pantalones para intentar que se mantuvieran en su sitio, pero era un acto tan inútil como el problema de mocos de Vinny. En unos instantes volverían a deslizarse por las caderas; era una cuestión de física elemental, porque el diámetro del abdomen de Miles empezaba a parecerse al de un barril. Rey estaba seguro de que cada vez que se tiraba de los pantalones hacia arriba, Miles pensaba, satisfecho, que estaba perdiendo peso.

También pensó: «¿Por qué narices aparcan tan lejos?». Porque era su paseíllo triunfal, se dijo, y ese pensamiento lo hizo sonreír más todavía: «Dos astronautas a punto de embarcarse en una peligrosa misión por el espacio profundo. ¡Miles *Huevos Grandes* y Vinny *Nariz de Grifo*, los protectores del Nuevo Sacramento, señoras y señores! ¡Aplaudan, eso es! Miles lleva un rifle de cerrojo ZKB 680 y unas botas ajustadas de piel Brandit, conocidas como «las

pisacacas», y si le preguntan cualquier día y a cualquier hora, dirá que son auténticas Brandit, no esas imitaciones que venden los asquerosos amarillos en su internet de mierda, compradas con buen dinero americano en una tienda local. ¡Observen su mirada ceñuda y preocupada, pero segura y capaz, que denota la abrumadora carga de sus muchas responsabilidades!».

Sacudió la cabeza divertido.

—¿Qué pasa, Miles? —lo saludó cuando estuvieron cerca.

—Rey —dijo Miles.

—¿Van a venir tus hombres? —preguntó Rachel.

—Nah —soltó Miles—. Vinny y yo nos ocupamos. Los demás estuvieron... anoche de guardia. Muy ocupados. La zona es grande. Hay que estar en muchos sitios a la vez.

—Yo he dormido un par de horas —declaró Vinny sonriendo.

Rey asintió.

—Claro —dijo—. Está bien, pues... ¿Vamos?

—¿De qué se trata? —preguntó Miles.

—Acompañadnos —dijo West—. Vamos a adentrarnos un poco más allá de los límites.

—Ya estamos más allá de los límites —dijo Miles ceñudo.

—Bueno. Un poco más —explicó Rey.

—Espera... Espera un momento —protestó Miles—. Eso no es prudente.

—Bueno, vamos a comprobar algo necesario, Miles —replicó Rey, ahora con un gesto de fastidio—. Rachel ha pensado que sería bueno que nos cubrierais un poco las espaldas, por si las cosas se ponen feas.

—No, en serio —insistió Miles—. No... no lo autorizo.

Rey levantó las cejas ligeramente. Su sonrisa se ensanchó.

—¿Perdona?

—Me ocupo de la seguridad del pueblo —dijo contundente, cambiando el peso de su cuerpo de un pie al otro—. Y esto es de locos. Las cosas no se hacen así.

—Vamos, Miles —lo presionó Rey—. Es de día.

—No, no es de día. Es por la tarde —exclamó enfadado—. Y los hombres están descansando. Si queréis organizar una pequeña excursión más allá de lo que es seguro, me parece perfecto, pero me avisas con tiempo y lo organizamos bien. Con armas. Con fuego. ¡Antorchas! Y focos y cosas.

—Eso es —lo secundó Vinny, inseguro.

—No vamos a quemar París, Miles —dijo Rey—. Ni a cazar vampiros.

Solo vamos a mirar un poco en aquellas casas, siempre desde fuera, a ver cómo se perciben, qué vemos. Para saber si están ahí o no.

—Miles —dijo Rachel sonriendo—, vamos a ir allí y hacer lo que tenemos que hacer, porque es importante, y a veces hay que asumir riesgos. Para eso te tenemos a ti, para... arrimar el hombro cuando hace falta alguien que sepa cómo usar un buen rifle.

Miles asintió ceñudo.

Burke lo miraba con los ojos entrecerrados, pensativo. No era la seguridad en general lo que le preocupaba..., o, mejor dicho, la seguridad de ellos. Eso podía verlo en su expresión repentinamente dura. Solo pensaba en su propio culo. Se lo veía intranquilo y miraba frecuentemente alrededor, y cuando agarraba el rifle con fuerza o movía la mano dejaba marcas húmedas de sudor. La gente de la edad de Burke decía: «Está acojonado», y era cierto.

—Vamos a arrimar el hombro —dijo Vinny dubitativo.

Miles se pasó la mano por la barbilla, marcada por una pronunciada hendidura, y luego la deslizó por el poco cuello que quedaba a la vista. La mano le temblaba visiblemente.

Rey se dio cuenta de ello.

—Espera, Rachel —dijo—. Tengo una idea. Tal vez sería mejor que Miles y Vinny se quedaran aquí montando guardia. Por si pasa algo. Si algo fuese mal..., bueno, pueden volver rápidamente a por ayuda.

Rachel levantó una ceja, pero comprendió al instante lo que Rey pretendía. También Burke. Miles estaba tan asustado que no solo no iba a ser de ninguna ayuda, sino que podría entrar en pánico y disparar a lo loco, o hacer algo realmente estúpido. Rachel apretó los dientes. Rey tenía razón en lo de no avisarlos; habían perdido el tiempo.

Ella sabía que Miles y sus hombres eran un puñado de holgazanes con menos experiencia en preservar la seguridad que un gatito de tres meses, pero precisamente por ello les dio ese puesto de responsabilidad, entre comillas, porque de la seguridad en general ya se ocupaban ella, Rey y algunos otros, y aquella era una manera de tenerlos ocupados, de pasarlos al lado de los buenos y que no anduvieran por ahí, como decía Eagleson, «meando fuera del tiesto».

—Sí —dijo al fin—. Es buena idea. Quedaos aquí. Permaneced alerta.

Miles asintió con gravedad.

—Bien. Sí. De acuerdo —dijo aliviado—. Vinny y yo pondremos todos los ojos en esto. Y vosotros... vosotros tened cuidado.

—Claro —contestó Rey, poniéndose en marcha.

—¡Tenemos la zona controlada! —gritó Miles mientras se alejaban—. ¡Patrullamos toda esta área a menudo, pero tened los ojos abiertos! ¡Nunca se sabe!

Rachel levantó la mano a modo de despedida, sin mirar atrás.

—Lo siento —dijo .

Rey se encogió de hombros.

—No es culpa tuya —repuso—. Y por el momento es mejor tenerlos de nuestro lado. Siguen holgazaneando y sin dar palo al agua, pero lo disimulan.

—¿A eso lo llama disimular? —preguntó Burke, divertido.

Rey sonrió.

Rachel West miraba ya al frente. La estrecha carretera de asfalto terminaba más o menos por allí, confundida con el polvo y la tierra en manchas irregulares. Pine Top Road daba pie a un maltrecho ramal, por lo general mantenido casi únicamente por el paso más o menos constante de vehículos. Ese ramal proporcionaba acceso a unas cuantas propiedades, pequeñas viviendas unifamiliares de dos y tres plantas, la mayoría con modestos jardines, separadas unas de las otras por pequeñas extensiones donde resecos arbustos languidecían por la falta de cuidados. Esa zona de Sacramento, desde luego, había conocido épocas mejores. Otras áreas, mejor conectadas y con más tejido comercial y servicios públicos, habían conseguido atraer a las familias. Ahora, en el silencio solamente roto por las pisadas de la comitiva y bajo el sol dorado de una tarde todavía incipiente, el lugar parecía un viejo pueblo fantasma.

Burke sacó su mapa y lo desplegó para echar un vistazo.

—Esa es la casa de Abe Tompson —dijo Rey, señalando.

—Sí. Es más o menos aquí.

Rodearon la casa desde el exterior para situarse junto a la entrada. La puerta, visible tras un estrecho porche delantero, estaba completamente abierta.

—Abe dijo que había salido corriendo cuando oyó gritos al otro lado de la calle —dijo Rey—. No cualquier tipo de gritos, claro. Gritos horribles. Le entró tanto miedo, dijo, que salió corriendo con el pijama puesto y no ha vuelto nunca más. Que esté la puerta abierta encaja con su historia.

—Ya veo —dijo Rachel ceñuda—. No creo que nadie haya vuelto por aquí desde aquellos días.

—No, desde luego. Pero mirad:... todas las ventanas están abiertas y despejadas. Los batientes, las cortinas...; la luz entra por todas partes. Por este lado y por detrás.

—Me he fijado —dijo Burke.

Rey asintió.

—Diría que... podemos echar un vistazo rápido al interior.

—A eso hemos venido —declaró Burke.

Rey sonrió de repente y sacudió la cabeza.

—Chico, espero que tengas razón con tu historia.

Burke lo miró con una sonrisa afligida.

—Yo también —dijo.

Rey fue el primero. Burke no se había fijado en lo ancho que era de hombros hasta que estuvo delante de él, impidiéndole la visión casi por completo. Al lado de Vinny, por ejemplo, que era como el palo de una escoba vestido con una vieja camiseta que en algún momento debió de haber sido blanca, Rey parecía de otra especie. Se asomó con prudencia al interior de la casa y se volvió brevemente para asentir.

—No tiene mala pinta —dijo.

Dio unos cuantos pasos dubitativos hacia el interior, y miró alrededor.

Era la casa de Abe Tompson, de eso no había duda; la misma casa que conoció en 1990 y la que visitó en unas cuantas ocasiones más. La última en 2006, más o menos. Muy pocas cosas habían cambiado. Allí estaba la vieja alfombra de Abe, sus estantes abarrotados de cajas de puzles, su viejo televisor de catorce pulgadas de tubo, la mesa baja donde Abe ponía los pies cuando fumaba sus Lucky Strike y el mismo sofá en el que él y Abe habían compartido unos cuantos partidos. Rey no podía creer que el televisor continuara aún allí. ¿Cuántos años debía de tener? ¿Treinta, quizá?

Sobre la mesa había dos latas vacías de Adler, y cuatro más aún metidas en su anilla de plástico.

—Sí que salió corriendo —dijo Rey señalando las latas—. El Abe que yo conozco nunca dejaría un trabajo como ese a medio terminar.

Burke señaló la mesa de la cocina, visible desde donde estaban, tras un arco de ladrillo visto. Había platos sucios sobre la mesa. Una capa putrefacta y mohosa que alguna vez debió de ser tomate, quizá, o algún tipo de salsa, recubría parcialmente uno de los platos.

—Bueno —dijo Rey—. Parece que hace tiempo que nadie viene por aquí.

—Nadie ha venido por aquí —dijo Rachel, señalando una cómoda junto a la pared. Sobre ella, en una caja abierta, había un recibo de algún tipo y al menos tres billetes de cien dólares.

Rey asintió.

—Ni siquiera Miles, me apuesto al menos el doble de lo que hay ahí.

Rachel sonrió levemente.

—Aquí no hay... vampiros —dijo Rachel—. Eso está claro.

Burke se volvió para mirarla.

—¿Habéis estado en... algún sitio con vampiros? —preguntó.

Rachel asintió.

—Hace tiempo.

—¿Dónde has calculado que está tu... frontera, Burke? —preguntó Rey.

—Más o menos entre esta casa y la de enfrente —dijo, acercándose a una de las ventanas. Señaló al exterior haciendo un gesto impreciso—. Más o menos.

La siguiente casa, cuya fachada había sido pintada de un tenue tono azul celeste, se veía pequeña y más alta que ancha. Tenía algo que recordaba a las casas de brujas de los cuentos.

—¿Sabes de quién es? —preguntó Rachel.

—No. Ni idea. Pero ese detalle de ahí no me gusta.

Miraron, y comprendieron en el acto. Había un coche familiar en la puerta, y también una pequeña moto apoyada contra la fachada; el tipo de moto que usan los adolescentes para dar brincos por las suaves colinas de la zona los fines de semana, entre las zarzas y los arbustos.

No dijeron nada. Todos sabían que cualquier familia que hubiera huido de allí cuando aún era posible huir a alguna parte se habría llevado los vehículos.

—Vale —dijo Rey—. ¿Estamos seguros de que queremos hacer esto?

—Sí —afirmó Rachel—. Pero iremos despacio. Si hay vampiros, lo sabremos enseguida. Y sabremos también un par de cosas más.

—De acuerdo —asintió Rey.

El silencio. El silencio caía sobre ellos mientras se dirigían a la casa de la bruja. Sacramento, sobre todo por esa zona, era diáfano. La ausencia de construcciones importantes hacía que el ruido de las autovías cercanas se propagase por todas partes en todo momento, y más cuando el viento soplaba en la dirección correcta. Pero nadie circulaba ya por esas carreteras; no había gente paseando ni niños correteando bajo la sombra de los árboles centenarios que crecían por allí, entre las casas, y en los jardines, ya sin césped exuberante ni flores, no ladraba ningún perro ni sonaba el zumbido de los aspersores. Y ese silencio absoluto caía sobre ellos produciéndoles una sensación ominosa, aciaga y algo asfixiante, acentuada por aquel extraño calor de finales de diciembre.

—Vale —dijo Rey en voz baja—. Ahora sí. Mirad.

Señalaba las ventanas.

De las tres que daban a ese lado, dos tenían los postigos cerrados. En la

tercera, tras los cristales rotos, se veía algo que parecía madera deslucida, mate, sin tratar.

—Es un mueble —susurró Rey—. Apostaría las muelas. Han tapado la ventana empujando un mueble.

—Y ya veo por qué —dijo Rachel—. Ese batiente está roto.

Rey asintió.

—Diría que... aquí debería acabar nuestra aventura. Ir más allá de este punto es peligroso. Tenemos esa casa de ahí, inmaculada, y esta...

—No, un segundo —lo interrumpió Rachel—. Esto aún no prueba nada, al menos para mí. Quiero ver algo más.

Rey la miró con el semblante serio.

—Oye —dijo—, no estarás pensando en... entrar ahí dentro, ¿verdad?

Rachel negó con la cabeza.

—No, claro que no. Solo quiero echar un vistazo más cerca. Quiero comprobar algo.

—De acuerdo —exclamó Rey despacio—. Porque no hay prisa. Podemos reunir gente, como dijo Miles, y hacer esto con un mínimo de prudencia. Solo hemos venido a...

—A echar un vistazo rápido —lo cortó Rachel—. Lo sé, por el amor de Dios.

Rodeó a Rey en un movimiento fugaz y se dirigió hacia la casa. Este parecía preocupado, y bajo su mirada intensa, Burke se sintió un poco culpable, como si fuese por él que estuvieran allí. Burke se encogió ligeramente de hombros y salió andando detrás de Rachel.

Llegaron a la entrada. Esta vez la puerta estaba cerrada. West se acercó despacio, atenta a las ventanas de los lados y a la del piso superior, una abertura redonda en la pared celeste, como un ojo que los espicara desde arriba.

Rey se acercó también. Miraba a la puerta y a ella alternativamente.

—Rachel —susurró.

Rey llevaba toda la vida haciendo tratos y negocios con gente, y a veces arriesgaba con pequeñas inversiones o préstamos a comerciantes locales que querían expandirse, y debido a ello estaba acostumbrado a las sensaciones. O mejor dicho, a hacerles caso. A veces, algo podía parecer mala idea cuando lo examinabas solamente con cifras frías, pero si tenía buenas sensaciones sobre ello, ese sexto sentido inexplicable que le susurraba «Hazlo», Rey decidía hacerlo. Y esas sensaciones no le habían fallado casi nunca.

La de aquella mañana no le susurraba «Hazlo», precisamente. Aquella

sensación le estaba gritando con todas sus fuerzas: «¡Lárgate de aquí!». Lo estaba agarrando de las solapas de la chaqueta y zarandeándolo mientras espurreaba una lluvia de saliva en su cara: «¡LÁRGATE!». Sabía..., oh, sabía con toda intensidad y certeza que allí dentro había vampiros. O un vampiro. Uno por lo menos. Y no solo allí..., también en la casa que estaba más allá, y en la otra, y en las que se divisaban al fondo, alejándose de Sacramento. Vampiros durmiendo, esperando a que el sol dejara de brillar en lo alto, para despertar a la noche con bocas enormes y sangrantes.

Pero Rachel adelantó la mano e hizo girar el picaporte sin que Rey tuviera tiempo de reaccionar. La puerta cedió hacia el interior sin emitir ningún sonido.

Burke dio un paso atrás, sorprendido.

No había esperado que quisieran llegar tan lejos.

No fue la imagen del interior lo que los hizo retroceder y llevarse una mano, y el antebrazo entero, a la boca y a la nariz. Fue el olor. El olor. Un hedor profundo, una amalgama de naftalina, o quizá de Betadine, de pus, de costra de herida, mezclada con una repugnancia atroz, infame, de podredumbre, de basura, de descomposición.

—Por el amor de Dios —susurró Rey.

Se adelantó, quizá para cerrar la puerta de nuevo, pero se quedó inmóvil mirando al suelo.

Estaba cubierto de restos. Allí se adivinaba la figura desvalida y como deshinchada de un animal; un perro, tal vez, a juzgar por los pelos grises y descoloridos, y también otros, más pequeños, desmenuzados, desmembrados: vísceras reseca y cubiertas de gusanos, de una capa grasa densa y de aspecto aborrecible. Huesos. Piel. Plumas. Una garra de algo parecido a un ave. Manchas irreconocibles que teñían el suelo de madera de una excrecencia nauseabunda.

—Jesús —exclamó Rey.

Luego miró al fondo, donde el sol no se atrevía a penetrar, y escudriñó las sombras amenazantes donde no se veía nada, o casi nada, y dejó el asco a un lado para volver a inquietarse. Rachel había sido muy imprudente abriendo la puerta, aunque fuera de día. Mucho. ¿Y si... y si un vampiro proyectaba un brazo fibroso y desvaído cuando ella estaba cerca del umbral y la atraía al interior con una fuerza tan inesperada como descomunal, y cerraba la puerta mientras la luz del sol aún no había hecho humear siquiera el brazo?

Burke tuvo un acceso de arcada. Se volvió y se agachó ligeramente mientras un súbito espasmo recorría su cuerpo. Produjo un ruido desagradable, pero no vomitó.

—He visto lo que quería —dijo Rachel—. Vámonos.

Se retiraron con rapidez hasta la explanada entre la casa de Abe Tompson y la casa azul, los rostros contraídos todavía por el olor y la visión de todos aquellos animales muertos.

—Lo... lo siento —dijo Burke—. El olor...

—Si no vomitas con ese olor no eres humano —dijo Rey—. Por el amor de Dios, Rachel West... —protestó a continuación, girando sobre sí mismo—. ¿Qué... qué pretendías?

—Ver la diferencia —dijo West.

—¿Qué diferencia? —quiso saber Rey.

—La diferencia entre esa casa y esta de aquí —susurró—. Están separadas por... ¿cuánto? ¿Cien, doscientos metros? Sin embargo, los vampiros han hecho de esta parte su cubil y no han tocado aquellas. Mira allí —añadió—. Aquella casa, junto a la puerta.

Burke y Rey miraron, confusos. Ahora lo veían. Junto a los escalones de la entrada había un bulto, un fardo..., un animal, tal vez. No un perro, pero quizá un gato, uno grande que, en vida, había sido un animal doméstico gordo y perezoso, pero que ahora era un pellejo negro con un rabo proyectado a un lado, como una serpiente tiesa.

—¿Qué...?

—Dime, ¿por qué un vampiro se alimenta de... perros, gatos, conejos, pájaros... y vete a saber qué más si tiene a unas doscientas cincuenta personas a pocos kilómetros?

Rey pestañeó.

—¿Te acuerdas de lo que dijo Newman? Que eran arrogantes. Del vampiro que mató a su mujer y a su hija antes de que él se tirara al río y fuera arrastrado por la corriente...

—S-sí... —musitó Rey.

—Dijo que era arrogante. Esa es la palabra que usó. Altivo. Dijo que el vampiro se comportaba como si su mujer y su hija fueran su derecho legítimo, criados para complacerlo, para satisfacer su apetito.

—Jesús, sí —recordó Rey.

West asintió.

—Y, sin embargo, beben la sangre o lo que sea que coman de... ratas. De perros, Rey. De malditos caniches que alguna vez pertenecieron a la gente que vivía aquí. Vi un collar de mascota tirado en el suelo con una placa identificativa. No vi lo que ponía, pero puedo imaginarla en el cuello de

cualquier terrier, que deben de tener menos sangre en el cuerpo que una mecedora.

—Ya entiendo por dónde vas —dijo Rey de repente.

Burke también la veía venir. Estaba empezando a sonreír.

—Si pudieran... llegar hasta nosotros —dijo West, con los ojos brillantes—. Si pudieran disponer de toda nuestra bendita sangre..., créeme, ya lo habrían hecho.

Rey asintió.

—Tiene sentido —dijo despacio—. Algo los frena. Algo inexplicable les impide pasar. Carajo, Burke —añadió—, creo que has dado en el puñetero clavo.

Burke ensanchó su sonrisa.

—Lo he hecho, ¿no? —exclamó triunfante.

Sonrió aún más, luego se dio la vuelta y vomitó todo el desayuno.

DESPUÉS

«No sé, tío. ¡Fue una movida! ¿Qué quieres que te cuente? ¿Cómo... conseguimos sobrevivir? ¿Es eso? Vale. ¿Quién te lo ha contado, Speed quizá? Ha sido ese negro, seguro. ¡Le dije que las mierdas de negros se quedan en los barrios de negros! Oye, estoy rehabilitado, ¿vale? Hago mi parte como el que más, en la cocina, en la sala de máquinas, donde me mandan, y si hay que subir, al exterior, nunca digo que no. Soy de los pocos que salen fuera con dos huevos gordos de negro, sin preguntar. Así que... no me jodas; no quiero problemas con lo que... éramos antes de la movida roja.

»De acuerdo. Pues... sí, coño. Speed y unos cuantos negros más teníamos un pequeño negociete de polvo blanco en Misuri. Polvo blanco para los *hipsters* enchaquetados de la ciudad. Pagaban un huevo por nuestra mierda porque era la mejor, ¿vale? Polvo blanco de primera calidad, cortado a la manera especial del viejo Jackson. Era Misuri y Arkansas, Arkansas y Misuri. Coño, todo el día viajando por la 44 y luego por la 49. A veces paraba en Fort Smith porque tenían esas mierdas de cordero en pan blandito que sabían como un pedazo de cielo, ¿sabes? Joder, pagaba cuatro con noventa por uno, pero hubiera pagado hasta cien. Cien machacantes, seguro. Cuatrocientos en los buenos tiempos.

»El negocio iba bien, joder. Pero esa es la suerte de un hermano negro. Cuando empiezas a prosperar y vas por ahí conduciendo un Lexus, los blancos se inventan alguna movida para empujarte hasta el fondo otra vez. Porque esa es otra... ¿cuántos vampiros negros has visto? (...) No, de color no, coño. No me jodas con esa mierda milenial. De color... ¿de qué puto color, tío? Un negro es un negro, ¿vale? Uno debería exhibir sus colores con orgullo (...)

»Vale, sí. A lo que iba. La movida roja estaba más o menos empezando cuando encontramos al primo de Speed en el suelo, en el chiringuito que teníamos montado. Tenía esa herida de la hostia en el brazo. No habíamos visto un chupasangres por aquel entonces, así que la herida nos parecía el cierre de púas de una trampa para animales. Algo así, ¿vale? Bueno, habíamos ido allí para escondernos porque por entonces ya había follones por todas partes. La mierda roja estaba llegando, y supimos que aunque lleváramos al hermano al hospital, nadie iba a hacerle caso. ¿Quién coño iba a ayudar a un negro con una herida en el brazo con todo lo que estaba pasando? Nos quedamos allí, nos metimos un poco de polvo en el cuerpo, un poco más de lo normal, y nos quedamos colgados mientras alrededor todo eran sirenas, disparos y follones. La puta guerra, joder.

»En fin. Al día siguiente, el primo de Speed despertó de repente. Se plantó en medio del taller y se quedó allí, mirando. Temblaba como una hoja, te lo juro. Era uno de ellos, sí, pero no lo sabíamos, ¿vale? Solo pensé..., bueno, Speed pensó que estaba con el chungo. Al fin y al cabo llevaba como un día ahí tendido, hecho polvo, quién sabe cuándo se había chutado por última vez.

»Le puso una dosis en el brazo. No mucho, lo que llamábamos una descarga para recargar las baterías. Le decía cosas como que estuviera tranquilo, que todo iba a salir bien, y que no íbamos a dejarlo tirado. Creo que lo decía de verdad. Para Speed, el tema de la sangre era tan importante como para los vampiros, a su manera. Y era su primo, coño.

»Bueno, lo que pasó entonces... fue lo más neurótico que he vivido nunca. El primo de Speed..., es que no me acuerdo cómo se llamaba ese negro..., se transformó, ¿vale? Se le abrió la boca como si lo hubieran rajado de lado a lado, como ese superhéroe de esas pelis chungas de Batman, el tipo que va pintorreado y parece que tiene caballo por sangre. ¡Madre mía! Era todo dientes. Dientes translúcidos, como salpas. ¿Sabes lo que son las salpas? Aparecen en las playas, a veces. Comen algas y son buenas para el calentamiento global, buen rollo. Se forman cuando hay exceso de plancton. La gente las mata porque

piensan que son medusas, porque son transparentes y blandas. Pues los dientes esos eran parecidos. Daban más grima que una polla de veinte centímetros metiéndose en tu culo cuando estás en la trena y te rodean cinco o seis nazis blancos con más tatuajes que neuronas.

»Luego vino lo demás. Yo no podía dejar de mirar. Pensé que estaba alucinando todavía, que el polvo blanco me estaba jodiendo la mente, con el estrés de las cosas y todo lo demás. Sus brazos, tío, se quebraron por dos o tres sitios, su pecho se puso tirante y se le pegó a las costillas, y sus ojos se hundieron en la carne. Si has visto algo A. Lu. Ci. Nan. Te, olvídale. Ya te digo que es un mojón comparado con lo que yo vi. Era una paranoia alienígena. Si en ese momento hubieran aparecido los Cuatro Fantásticos con un cachivache tecnológico para contrarrestar aquella cosa, no me hubiera extrañado. No, joder.

»Recuerdo que Speed dijo algo así como... “¿dónde está mi primo?” (risas). Te lo juro. Se quedó mirando al vampiro y soltó aquello, como si pensara: “Vale. Tengo un puto demonio del infierno aquí delante, todo guay, pero... ¿Dónde se ha metido mi puñetero primo?”. De locos.

»No sé. Tardamos un poco en darnos cuenta de lo que pasaba. El vampiro no hacía nada. Miraba al techo y movía los brazos, y a veces retrocedía un par de pasos como si fuera a caerse. Quien sea que mordió al primo de Speed no sabía que era un yonqui con más necesidad de polvo blanco en vena que ellos de la sangre en sí. Y créeme, no les sienta bien. Luego aprendí sobre su conexión mental y todo eso que sabemos ahora, y me acordé del primo de Speed. Creo que la coca lo tenía desconectado de la... colmena, o lo que sea. Estaba jodido de la cabeza.

»Me costó mucho convencer a Speed de que su primo ya no era su primo, pero... al final entró en razón. Le metimos droga suficiente para matar a una población de sudacas mexicanos, pero esos cabrones tienen una resistencia de cojones. Tenía que haberse caído al suelo, reventado, pero solo se quedaba allí, de pie, con la mirada perdida. Incluso en ese estado, evitabas asomarte a sus ojos. No era algo que se pudiera soportar, negro. No, señor.

»No pudimos acabar con él. Tampoco teníamos... armas, ni nada de ese rollo. Movíamos doscientos, quinientos kilos de polvo en un mes, así que no nos metíamos mucho en temas de bandas y esas movidas chungas. Esas cosas sí que eran peligrosas. Así que, cuando las cosas se tranquilizaron un poco, esperamos a que fuera de día y lo dejamos allí. Siempre me he preguntado qué le pasó. Cuando se le acabó la mierda en la sangre, ¿volvería en sí? ¿Sabría chutarse? ¿O se quedó allí temblando, con su sistema nervioso de vampiro de mierda jodido para siempre? A veces me lo imagino allí todavía, temblando, estremeciéndose, y solo.

»En fin. Son cosas que pasan.

»¿Qué? No, Speed no se llamaba así por la droga. Era un cabrón muy rápido, solamente. Tenía un... un *sprint* de cojones. Era un negro en un barrio de negros, aprendió huyendo de la policía, como todo el mundo.

»Por eso sobrevivimos. La mayor parte de las ratas de América lo hicimos. Qué buen legado, ¿verdad? (risas).

»Qué buen legado.

Diario de Jimmy

Hoy por fin me he ubicado. Con tanto bosque estaba (estábamos) un poco perdidos. América es enorme, y hermosa. Ojalá hubiera recorrido estos lugares cuando todo estaba bien todavía. Algunos de los lugares que hemos evitado tenían buena pinta, entre tantos árboles. Buenas terrazas, mesas de madera, rincones muy chulos. Me hubiera gustado ir por estos sitios un poco más tarde, cuando tenga... tuviese... cuando hubiera tenido el carnet de conducir, un coche y una chica hermosa a mi lado. Alguien como Sonia, quizá. Y cien pavos en el bolsillo .

El lugar, por cierto, es Clarington, Pensilvania. No había oído hablar nunca de Clarington, y sospecho que de no haber sido por los vampiros no habría parado nunca por aquí. La carretera es la 889. Hay historias no escritas por todas partes; a veces siento que me gustaría ser invisible y contarlas todas, ser un observador. Pequeñas y grandes historias que nadie ha visto más que sus protagonistas, pero que son elementos increíbles de estos días históricos que estamos viviendo. Si sobrevivimos, si queda algo y la humanidad consigue retomar su camino, el camino por donde iba, se hablará de estos días para siempre. Jesús, si hay literalmente decenas de miles de películas sobre un periodo tan contenido de la historia como es la segunda guerra mundial, Hollywood hará dramas sobre estos días para siempre. No sé cómo lo llamarán. «LOS DÍAS ROJOS», tal vez. O tal vez «ROJO». Simplemente. Queda mucho más elegante.

Historias. Hoy, por ejemplo, hemos visto algo entre los árboles, literalmente en mitad de ninguna parte. Un par de tiendas de campaña, una roja y otra azul, cubiertas con ramas y hojas para que su color chillón no se viera desde kilómetros. Había un montón de basura alrededor, un botiquín, latas de comida, vacías y llenas, sacos de dormir, ropa sucia, vieja, rota, unas botas gastadas, y un secadero. Jared decía que era para secar la carne y ayudar a que se conservara mejor. Pero no había nadie. Quizá estuvieran ocupados en alguna parte, pescando en el río. El río Clarion, creo, que desemboca en el Allegheny. Pero a lo mejor no. Todo tenía aspecto de llevar allí bastante tiempo, cubierto de hojas, mojado, echado a perder. Incluso el interior de las tiendas estaba sucio. Me pregunté quién había decidido afrontar lo que está pasando de esa manera, huyendo a un bosque, viviendo en una tienda de campaña y comiendo... no lo sé. Pequeños animales. Hierbas. Setas. Lo que sea. ¿Serían... un par de amigos?, ¿una pareja?, ¿un padre y su hijo? ¿Serían buena gente, o gente peligrosa? ¿El tipo de gente que te ayuda cuando te ve y te cuenta su historia mientras te ofrece algo de carne seca para reponerte, o esa otra clase de gente que te mata para ver qué llevas en los bolsillos? Y si habían caído, ¿cómo?, ¿dónde? A lo mejor habrían conseguido sobrevivir hasta que llegó la tormenta. Luego..., sin el descanso del día... cayeron, probablemente .

Probablemente .

Hay... Debe de haber millones de historias ocurriendo a la vez mientras escribo. Me eriza la piel pensar que hay gente muriendo en estos momentos, pero sé que, en alguna parte, debe de haber gente haciendo frente a los vampiros. Seguro. En alguna parte .

Sería bonito que los encontráramos .

Me gustaría vivir un solo día sin tener que recorrer... ¿cuánto?, ¿cincuenta, sesenta kilómetros quizá?

Me gustaría.

Me gustaría VIVIR, un día .

Pero hay gente muriendo mientras escribo .

Capítulo 13

YO SOY LA TORMENTA



1

Cuando Josh regresó, todos suspiraron aliviados. No había tardado demasiado, pero cuando te concentras en la espera y solamente en ella, el tiempo parece dilatarse.

—Me parece que tampoco vamos a poder ir por ese lado—dijo.

—¿Qué? —exclamó Pip—. ¿Cómo es posible?

—Es incluso peor por aquí —siguió diciendo Josh—. Parece que estén celebrando una reunión del Club de los Chupasangres.

—Dios mío —soltó Sonia, suspirando largamente.

Jimmy le puso una mano en el hombro e intentó esbozar una sonrisa, pero las cosas... las cosas no estaban yendo muy bien.

Habían, al menos, atisbado el sol. Realmente seguía estando allí, detrás de las nubes oscuras y revueltas, siempre en movimiento. Habían soportado tanta lluvia y tanta oscuridad durante tantas jornadas que el desánimo se había apoderado de ellos de una manera íntima, completa, casi como un descenso a nivel espiritual hacia cadenas de pensamientos a los que pocas veces se enfrentaban: un viaje iniciático hacia tristezas tan hondas que, a menudo, se entregaban a largos silencios y rumiaban miserias muchas veces desconocidas. Tampoco ayudaban mucho los sueños.

Las noches ya no eran peores que los días: siempre estaban en peligro, de todas formas, pero los sueños los hacían revolverse, despertarse angustiados y

cubiertos de un sudor que a floraba para revivir el sudor ya seco, no solo de la última jornada sino también de las anteriores. Y parecían ser peores cada vez, como si los sueños fueran entidades separadas, independientes, alienígenas invasores de sus mentes que fueran aprendiendo cada noche, depurando sus imágenes, perfeccionando las sensaciones, adentrándose en ellos. Jimmy había soñado unas cuantas veces más con su madre. A veces era otra vez ella, una mujer cerca de los cincuenta a la que le gustaba teñirse el pelo para que tuviera el color rubio de antaño, sin bocas horribles colmadas de dientes como clavos puntiagudos. Y él se dejaba cuidar mientras estaba en la cama, como cuando era pequeño y ella lo llamaba guapo: «Qué guapo es mi niño, tan rubio, mi Jimmy», y él le preguntaba que por qué se llamaba Jimmy y ella se encogía de hombros y decía que, cuando fuera mayor, todos lo llamarían Jim, y que Jim era un nombre que siempre le había gustado, porque sí. Pero incluso tan pequeño como era él, miraba sus ojos soñadores, puestos en el pasado, y sabía que en algún momento había habido algún Jim en su vida que ella había querido recordar por algún motivo. Y callaba, prudente.

Pero luego ella iba hacia la ventana para correr las cortinas, como siempre hacía, y miraba fuera, a la calle, y sonreía. Oh, cómo sonreía. Sonreía tanto que Jimmy quería saltar de la cama para mirar, porque, jolín, estaba seguro de que ahí fuera debía de estar el mismísimo Papá Noel repartiendo regalos y chocolate caliente y un par de entradas para Disney World. Y ella decía: «¡Jimmy, ahí fuera hay un montón de niños que han venido a jugar contigo!». Y a Jimmy... a Jimmy le entraba de repente una profunda sensación de desasosiego. La sonrisa de su madre se acababa de pasar de rosca, como un tornillo que parece que gira y gira sin moverse del sitio, y los ojos no acompañaban. Su voz parecía la de un anuncio de cierta antigüedad, demasiado empalagoso, forzado, tocado por tonos que antes conformaban un eslogan publicitario: «¡El nuevo detergente Axel limpia mi ropa como me gusst!», y Jimmy se encogía ligeramente en las sábanas mientras pensaba que si ahí fuera había un Papá Noel era uno de abdomen hinchado, preñado de los huesos y la piel de una plétora de niños que había devorado poco antes, irrumpiendo en sus casas a través de la chimenea, con una serpiente por lengua saliendo de una boca deformada y rodeada de una barba rosada por los restos de sangre. Pero mamá, sin dejar de mirarlo, levantaba la mano y empezaba a hacer girar el pestillo de la ventana, y Jimmy quería decirle: «Por favor, mamá, no abras la ventana, la ventana no, mamá, por favor, por favor», pero no podía hablar, ni chillar, ni moverse apenas; solo podía mirar con obstinada fascinación cómo la mano de su madre hacía bajar el pestillo con

cierta parsimonia, y el marco de la ventana crujía cuando los goznes de hierro abandonaban los huecos previstos para ellos y la ventana se abría y dejaba entrar el frío de la noche... el frío, y...

Y los niños. El frío y los niños.

Oyó sus risas primero, una algarabía de carcajadas infantiles que llegaban en cadena desde la calle, bulliciosas, exaltadas. Pero a medida que se acercaban, la alegría de su efervescencia empezó a degenerar con rapidez; de repente se habían convertido en un cloqueo gutural, como el sonido de aguas corriendo por una cloaca. Jimmy pensó en pedazos infames de heces siendo arrastrados por el fondo de un retrete, rodeados de montones de papel higiénico sucio y apelmazado. Apenas conseguía negar con la cabeza; el miedo lo atenazaba como una serie completa de cadenas y mordazas que lo mantuvieran atado a la cama.

Y entonces, los niños entraban en tropel en la habitación, flotando en el aire con las piernas ligeramente encogidas, como si montaran caballos invisibles, buscándolo con sus caras tocadas por bocas desproporcionadas y ansiosas, abiertas, deformadas por una sonrisa fría, envueltos en una oleada de neblina húmeda que Jimmy creyó percibir sobre la piel como una garra muerta. Pero no era frío lo que sentía. Era terror. Un terror antiguo conjurado desde las capas más ancestrales de su memoria evolutiva; un viejo terror que la humanidad creía extinto, pero que ahora resurgía paralizándolo por completo. Y cuando giraban la cabeza y lo descubrían, postrado en su cama, y se lanzaban sobre él aullando y riendo como hienas histéricas que se anticipan a la excitación de un festín, Jimmy gritaba y se despertaba sintiendo un hormigueo allí donde los dientes habían empezado a hundirse en su carne pálida.

Las noches, sí. Las noches empezaban a ser lo peor de todo.

Pero todo eso podía cambiar. Un día y medio atrás habían vislumbrado el sol a lo lejos, apenas unos rayos filtrándose por un cuajarón de nubes hinchidas de pesadumbre, brillantes y oblicuos, descendiendo hacia una tierra que, más allá, lucía resplandeciente. Sonia murmuró: «Los dedos de Dios». Estaba allí, realmente: el linde, el fin de la tormenta que habían empezado ya a pensar que no existía.

—Necesitamos... escapar de esto —lloriqueó Laura—. Por favor, lo... necesito mucho.

Sonia sacudía la cabeza.

—Es como si... vigilaran su frontera.

—Eso es cierto —dijo Josh, apretando los dientes—. Por eso hemos podido avanzar. Porque se están congregando aquí...

Mientras tanto, Jared estaba dando vueltas sobre sí mismo. La barba le había crecido muchísimo, una hermosa barba negra y rizada que trepaba irregularmente por sus mejillas. El cabello sucio se le pegaba a la cara.

—Vale —dijo resuelto—. ¡A tomar por el culo! Tenemos que hacerles frente. ¡Nos están... degradando por días! ¿No os habéis visto? Tenéis ojeras, estáis pálidos... ¿Cuándo fue la última vez que tuvisteis un buen momento? ¿Sabéis lo que pasará si seguimos aquí dentro, debajo de esta puta mierda de nubes esotéricas de los cojones? ¡Que nos va a dar igual ocho que ochenta! ¡Joder, si vuelven a joderme la mente mientras duermo voy a despertarme y a correr hacia ellos para que me claven los colmillos en el culo!

Jared se quedó mirándolos, respirando con fuerza.

Nadie dijo nada.

—Tenemos que reaccionar —siguió diciendo Jared—. No queríamos ser vacas, pero nos han convertido en putos borregos asustados. ¡Oh, están ahí delante, señor soldado Josh! ¡Recojamos nuestras tacitas de té y nuestras pastitas y movámonos bajo el porche, que allí no llueve! ¡A TOMAR POR EL CULO! —bramó.

Sonia asentía mientras lo escuchaba. Jared podía ser un poco loco a veces, y un imprudente por añadidura, pero tenía razón. Estaban debilitándose, emocional y físicamente. No descansaban bien, comían aún peor y solo cuando tenían la oportunidad, y ni siquiera tenían un plan de futuro, como lo habían tenido antes. No había un final de viaje, ni una meta, más que la de sobrevivir. El camino se había convertido en la meta en sí.

—Escuchad —dijo Jared bajando la voz—. Volvemos un poco atrás, a aquel sitio donde encontramos el camión con las cajas de esa puta bebida francesa que sabe a pellejo de mono. Sabe a lo peor, sí, pero tiene más alcohol que la madre que lo parió. Tenemos telas. Tenemos un mechero, ¿verdad, Josh? Botellas de cristal, ¿entendéis? Fabricamos unos cócteles molotov y los lanzamos contra esos putos yonquis de la sangre que nos han dejado sin el puto país.

Sonia levantó la cabeza, perpleja. De repente, la idea le parecía... apetecible. Esa era la palabra. Apetecible.

Josh lo miraba ceñudo.

—Espera —dijo—. Lo que has dicho puede... Tiene algo.

—¿Cócteles molotov? —preguntó Pip—. Suena a... película. A cliché de película. ¿Eso se puede... hacer en la realidad?

—No exactamente así —repuso Josh—. Pero tenemos gasolina. Está en los

depósitos de todos los coches que hemos ido viendo. Podemos sacar una garrafa o dos.

—¿Y se los lanzamos a los vampiros? —preguntó Jimmy, confuso.

—¡Es lo que digo, chico! —exclamó Jared excitado. De repente le había entrado calor. Se estaba quitando el pañuelo que llevaba atado al cuello desde hacía un par de días.

—No, así no... —continuó Josh—. Pero podemos fabricar una distracción. Hacemos arder uno de los edificios, ¿vale? Creamos una buena confusión. Si podemos conseguir que algo explote con un ruido de mil demonios, miel sobre hojuelas. Los vampiros irán a mirar, a ver qué pasa en su puta frontera, y aprovechamos ese momento para pasar.

—Espera —intervino Sonia—. Le pegamos fuego a un edificio, vale... Y... supón que funciona...; imaginemos que los vampiros son todos idiotas, van a ver qué pasa y dejan un hueco. Eso si tenemos suerte. Mucha suerte. Pero... ¿cuánto queda de aquí hasta el sol? ¿Quince, veinte kilómetros tal vez?

—Más —dijo Pip—. Tal y como lo vimos desde aquí diría que al menos cuarenta.

—Cuarenta kilómetros —exclamó Sonia pensativa—. Eso es mucho trozo. ¿Qué nos hace pensar que todo ese terreno no está cuajado de ellos?

—Lo estará, probablemente —dijo Josh.

—¿Entonces?

—¡Entonces les volamos las putas pollas igualmente! —exclamó Jared—. ¿Es que no... lo entiendes? ¡No podemos quedarnos aquí, un día, y otro día, esperando una oportunidad que no va a llegar! ¡No va a llegar! —Extendió los brazos hacia arriba, con los ojos muy abiertos—. Escucha...: si fallamos nos van a chupar la sangre del cuerpo, eso por no decir que nos arrancarán las tripas y las pondrán a secar en el suelo antes de que nos desmayemos siquiera. Un puto dolor de cojones, si me lo preguntas, y una visión superalucinante para tus últimos segundos de vida. Pero si no lo hacemos... —añadió, bajando la voz otra vez—. Si no lo hacemos nos vamos a apagar como una puñetera vela a la que se le ha acabado la cera, ¿vale?

Jared miró arriba, al cielo. Las nubes parecían girar veloces describiendo círculos sobre su cabeza.

—Esa... puta mierda... nos va a joder. Ya nos tiene jodidos. Si no fuera por eso, diría... vale, vivamos aquí. ¡Aquí mismo! ¿Por qué no? Da igual aquí que mil kilómetros al sur, o diez mil, me suda la polla un lugar que otro. Todo lo que nos queda por hacer es sobrevivir, como hemos hecho siempre. Antes

pagábamos facturas, hipotecas e impuestos, nos buscábamos la vida para seguir bailando la canción que nos habían puesto. Ahora haríamos lo mismo, solo que cazaríamos conejos y nos limpiaríamos el culo con piedras mientras miramos alrededor por si se acerca alguien, uno de esos hipnotizados hijos de puta. Y dormiríamos de noche, joder, escondidos en nuestros agujeros. Pero ya no tenemos eso. No tenemos el día. No tenemos nada. No tenemos más que el miedo metido en el cuerpo, pegajoso como el semen reseco en el ombligo de alguien a quien le acabas de echar un polvo.

Laura sacudió la cabeza.

—Yo creo que Jared tiene razón —susurró Jimmy—. Yo prefiero intentarlo. Todos lo miraron.

Jimmy se había sentado en el suelo mientras hablaban, sin que nadie se hubiese dado cuenta. Se lo veía delgado, mucho; ya era delgado antes, pero debía de haber perdido unos buenos cinco kilos desde que todo empezara, no hacía ni un mes, y su palidez y la sombra desvaída bajo sus ojos dejaba muy a las claras que estaba agotado. A-GO-TA-DO.

—Esta... situación —siguió diciendo Jimmy— hace que recuerde la casa de los Gallagher como unas vacaciones, como si aquellos fueran... como si hubiesen sido los buenos tiempos. Es curioso, porque recuerdo pensar a veces lo peligroso que era todo, lo expuestos que estábamos, y que... que todo podía acabarse. Pero éramos muchos, teníamos un lugar en el que protegernos. Estábamos bastante a salvo comparado con... Comparado con esto.

De repente, levantó la cabeza y sonrió. Era una sonrisa melancólica que se extendía hacia el pasado, pero una sonrisa al fin y al cabo. En aquel rincón oscuro, escondidos entre la maleza en mitad de alguna parte y rodeados de monstruos, la sonrisa se percibía como un rayo de luz, aunque resultase extraña en un rostro tan juvenil como el de Jimmy, como si estuviera colmada de una serie de recuerdos lejanos y profundos, ese tipo de recuerdos ya procesados y largamente meditados que se tienen cuando uno pasa el ecuador de la vida.

—Estaba... estaba Anne —susurró Jimmy, aún sonriente, los ojos chispeantes en un rostro que se percibía como triste—. Era curiosa, Anne, madre ante todo. Dura, pero madre. La mirabas y sabías que lo que te iba a decir podía gustarte o no, pero que sería la verdad, sin pelos en la lengua. Todo lo que hacía... lo hacía por su familia. Y Adam... ¡Oh, Adam contaba unas anécdotas de la guerra alucinantes! Le gustaba más la segunda guerra mundial que Vietnam, eso desde luego, por... por el tema de su padre. Pero sabía muchas cosas de Vietnam. Me habló de los túneles que los vietnamitas construían bajo el suelo,

lentos de trampas y trucos y engaños, y de cómo los soldados caían en ellas continuamente cuando se arrastraban por ellos para obligarlos a salir. Adam los llamaba morlocks. Siempre... siempre parecía saber un poco de cada cosa.

Sonia adelantó una mano, conmovida, y la colocó sobre las de él. Jimmy la miró brevemente, pero sus ojos parecían pasar a través de ellas.

—Todo eso se ha ido perdiendo. Anne ya no cuida de su familia, porque no queda nada ni nadie de su familia. La casa se quemó, y los hermanos..., bueno, los fuimos perdiendo poco a poco. Ahora no queda nada. Son... una cifra más en la enorme lista de víctimas de esos... esos... —apretó los dientes, enfadado— ... de esos cabrones hijos de puta...

—Oye, chico soñador —soltó Jared—. El de la mala boca soy yo. Te denunciaré.

Jimmy sonrió.

—La cosa es... —continuó—... que no hicimos nada cuando pudimos. Teníamos coches, una especie de... base. Teníamos armas, herramientas, ¡comida!, y teníamos agua. ¿Os acordáis de aquellas duchas al atardecer, con el agua del pozo caliente por el sol? Yo... yo ya no recuerdo el calor del sol —susurró afligido—. Puede que sea joven, pero he vivido semanas enteras de días grises y nublados, y días de nevadas y de ventisca, y hasta las he disfrutado. Hay mucha belleza en la lluvia, y en la nieve, y tienen su estado de ánimo particular. Pero aquella ausencia de sol no se sentía como esta. En absoluto. Es como si...

—Es porque los rayos UVA que provienen del sol se filtran a través de las nubes —intervino Pip—. Aunque no se vea el sol por ninguna parte, llega. Si estás en la playa y está nublado, te quemas igualmente. Pero esta tormenta parece bloquear todo eso, precisamente.

—¡Eso es! —asintió Sonia.

Jimmy sacudió la cabeza.

—Ya hicimos pruebas con... rayos UVA —repuso—. No lo sé. No creo que sea tan sencillo, o los vampiros no habrían llegado tan lejos. Seguramente mucha gente ha estado intentando cosas diferentes por todas partes. Y seguro que algunas eran muy ingeniosas. Tiene que ser algo más... sobrenatural.

Laura puso los ojos en blanco.

—¿Sobrenatural, Jimmy?

Este la miró con una expresión fatigada. Sabía lo que Laura opinaba de esas cosas, pero, en su opinión, estaba siendo... terca. Esa era la palabra.

—Hay una mujer llamada Elexia, ¿vale?, que... que escapa de una base militar. No solo escapa, de alguna manera convence a todos los soldados que hay

en la base de que se unan a su ejército y la adoren más allá de toda lógica.

—Ya sé por dónde vas —lo interrumpió Laura—, pero no los convence, Jimmy. Los infecta con algo. En la naturaleza hay hongos que se pegan a las hormigas y otros insectos y los obligan a trepar a cualquier parte y quedarse ahí para servirles de alimento.

—Pero a veces no los muerde —siguió diciendo Jimmy—. A veces solamente está. Está, y nada más. Sonia la vio desde mucha distancia, y créeme...

—La habría adorado para siempre y un día —admitió Sonia— si Jimmy no me hubiera apartado de ella.

Jimmy asintió.

—Y no solo eso —dijo—. Resulta que esa mujer es más vieja que el hombre, y controla a millones de pequeños vampiros con algún extraño poder mental que les permite estar conectados mejor que lo harían con un buen cable de fibra óptica y una batería de *routers*. Eso por no hablar de cómo pueden transformarse en un ser monstruoso y, de repente, volver a ser humanos otra vez. Huesos que se transforman en segundos para conformar articulaciones y otros cambios alucinantes. ¿Y sus bocas...? Todos habéis visto sus bocas. ¿Cómo puede esa piel volver a ser... simplemente la de antes, cuando se transforman otra vez en humanos?

—Y la conexión —susurró Pip con un tono de voz apagado—. Recuerda lo que... sentimos. Lo que compartimos...

Laura no dijo nada.

—Todo eso podría... tener una explicación médica —dijo evasiva.

—¿Y la tormenta no? —preguntó Jimmy—. Lo que quiero decir es que... lo que sea que hacen para contrarrestar los efectos del sol está... está produciendo otro tipo de sensaciones en nosotros. ¡Vale, está bien! No lo llames... sobrenatural, si la palabra te molesta. Pero... pero me parece que... hay algo que...

—Inexplicado, no inexplicable —dijo Sonia, echándole un cable.

—¡Eso es! —exclamó Jimmy, satisfecho.

—El chico tiene razón —dijo Jared de repente—. ¡Vamos, coño! No me digáis que no habéis estado rumiando pensamientos varios pueblos más allá de negativos. Os he visto. Teníais esas caras de «¡Oh, Dios mío, nadie me quiere, y este bosque es una mierda, y la lluvia es una mierda, y mi vida se ha ido al carajo y necesito un sofá y una tele y un trozo de pizza!». Parecéis espectros, coño, grises y atormentados.

—Ajá —continuó hablando Jimmy, al parecer más animado—. Ahora que lo admitimos, ¿no os sentís un poco mejor?

Laura se quedó mirándolo, perpleja. Josh no dijo nada; escuchaba con un semblante serio y difícil de interpretar. Años de escuchar órdenes estúpidas sin que el mando supiera que, en realidad, le parecían una gilipollez, o una idea tan buena como introducirse cinco litros de café por el agujero del culo. Pip tampoco hablaba mucho, pero Jimmy creyó vislumbrar que asentía, un poco, y Sonia... Sonia asentía con vehemencia y hasta con cierto entusiasmo, no porque se sintiera mejor, sino porque quería sentirse mejor.

—Bueno —dijo Jared—. Tanta palabrería me está friendo los sesos. Me ocurre cuando los tengo secos, y ahora mismo estoy tan seco que si me acercas una cerilla empiezo a arder. En resumen: el chico quiere luchar, y yo también, coño. Lo haré con vosotros o sin vosotros. No voy a esconderme más, ni voy a buscar una oportunidad mejor, ni voy a cavar un agujero en el suelo como los vietnamitas de Adam para sobrevivir un puñetero día más en este sitio, con esa escalofriante tormenta sobrenatural tocapelotas de mierda.

Jimmy soltó una carcajada.

—Así que... —continuó Jared—, ¿quién se apunta a hacer volar cosas por los aires? ¡Levanten la mano y voten, en virtud de su condición de ciudadanos de los Estados Unidos de América y bla bla bla!

Para sorpresa de todos, Pip fue el primero en levantar la mano. Josh la levantó a continuación, con un cigarrillo entre los dedos. A veces aparecía en su mano como por arte de magia, pero nadie lo había visto fumar nunca. Jimmy, Jared y Sonia levantaron las manos al unísono.

Solamente Laura pareció vacilar un poco.

—No sé luchar —exclamó—. No va conmigo. Pero ayudaré en lo que pueda. Por... por los sueños. No puedo... seguir teniéndolos. No soy tan fuerte.

Sonia arrugó la frente.

—Cielo. Claro que eres fuerte..., has... has pasado por mucho ya.

—No lo entiendes —exclamó bajando la cabeza, como avergonzada—. Los sueños... son... oscuridad. Y la oscuridad que llevas dentro, a veces sale para abrazarte, y eso es... es lo malo. Cuando hace eso..., cuando...

Se interrumpió y se quedó callada.

Jared formó un círculo perfecto con la boca, una expresión de asombro en un momento incómodo. Le costaba pillar a Laura. A veces parecía una mujer fuerte, pero otras se venía abajo como un castillo de naipes que estuviera montando una panda de universitarios borrachos. Y a veces tenía lo que él

llamaba «ramalazos de lunática». Aquellas últimas palabras lo habían pillado tan fuera de juego que empezó a parlotear para intentar romper el momento.

—Algún día —decía— me gustaría ver a la Elexia esa. Joder. Por lo que habéis dicho, debe de estar buenísima. Tanto como para sacarle a Sonia su lado lésbico.

—Serías un vampiro horrible, Jared —exclamó Sonia—. Implacable y porculero como pocos. Pero aún serías un hipnotizado peor.

—Sería un buen... Señor Vampiro, o como los llaméis ahora. Un guapo, ¿vale? Diría cosas misteriosas con voz chungu para rallar a la peña, como... «Ahora mismo... tu círculo se cierra.»

Jimmy volvió a reír con ganas.

—¿Tu... círculo? —preguntó risueño.

—La noooooche se cierra —siguió diciendo Jared, arrastrando las sílabas con voz de falsete—. ¡El amanecer arde! ¡Rojo! ¡Somos los vampiros de Malkiades!

—¡Alkibiades! —rio Jimmy.

—Joder, chico —soltó Jared—, casi se me hace un puñetero nudo en la lengua. ¿De dónde sacan esos nombres? No hay manera de pronunciarlos.

—Quién sabe —dijo Jimmy.

—Está bien —intervino Sonia al fin—. Vamos a movernos. ¿Cómo lo hacemos?

A su alrededor, la lluvia empezó a caer otra vez con más fuerza.

2

West, Rey y Burke llegaron al Plaza de bastante buen humor, a pesar de la tensión que habían vivido. West no quería dar la noticia todavía; las buenas noticias eran siempre buenas noticias, desde luego, pero si luego resultaban ser falsas, el desánimo podía descender por debajo de la línea de flotación de antes de la noticia.

Había cosas que hacer. Necesitaban comprobar que la teoría de Burke, por mucho que pareciera cierta, funcionaba realmente. Eso implicaba reunir un grupo y hacer un pequeño experimento cuando los vampiros estuvieran activos y pudieran moverse con libertad: de noche.

—Hay que tentarlos de alguna manera para ver si pueden seguirnos hasta... la zona segura —había dicho West.

—¿Te das cuenta del riesgo de eso? —preguntó Rey.

—Puede hacerse —exclamó Rachel.

Rey sacudió la cabeza.

—Tenemos que planearlo bien —decía—. Hay demasiadas cosas que pueden salir mal. ¿Y si estamos equivocados?

—Tenemos armas —dijo Rachel—. Tenemos fuego, focos.

—La mayoría no acertarían a un melón a medio metro —exclamó Rey—. Imagínate en una situación de pánico. La gente se disparará los unos a los otros cuando los vampiros se les echen encima.

—Pero puede hacerse —insistió West.

—Solo te digo que lo planeemos muy muy bien, Rachel. Tenemos que calcular cuál es el peor escenario, cuántos vampiros pueden venir si llamamos a su puerta, tener previsto un plan de huida... Vamos a ir allí, cerca de sus cubiles, a decirles: «¡Eh! Estamos aquí», pero... ¿y si, por lo que sea, sí que pueden llegar hasta nosotros?

—Podemos tenderles trampas —sugirió Burke.

—¿Trampas? —preguntó Rey.

—Trampas... básicas —dijo Burke—. Como en la Edad Media. Pozos en el suelo, zanjias con combustible que podamos incendiar. Troncos que podemos hacer rodar para romperles los huesos.

—Oh, esas trampas —dijo Rey—. No es... no es mala idea.

—Está bien —asintió West—. Podemos organizar algo así, pero tenemos que averiguar si de verdad estamos a salvo. Eso cambiaría mucho las cosas, Rey. Ya no tendríamos que cortar toda la actividad media hora antes del anochecer, escondernos, apagar todas las luces y quedarnos callados hasta que salga el sol. ¿Sabes el efecto psicológico que tienen las noches en la gente?

—Lo sé, Rachel —respondió Rey—. Lo sé.

—Es importante.

—Lo es —contestó él—. Pero hay otras implicaciones que debemos considerar.

—¿Qué implicaciones? —quiso saber Burke.

—Veamos —dijo Rey—. En el mejor escenario, nos plantamos en la línea y descubrimos que, efectivamente, no pueden pasar. Vale, sería genial, estupendo. Casi puedo ver a Vinny con su nariz moqueante meando delante de los vampiros y sacudiendo su cosa mientras dice «¡Elefante, elefante!».

Rachel soltó una carcajada.

—¿Esa leyenda es cierta? —inquirió—. ¿Vinny hizo eso?

—Vaya si lo hizo —contestó Rey.

—¿Qué leyenda? —preguntó Burke—. ¿Qué hizo Vinny?

Rey sacudió la cabeza.

—Eso ahora da igual. Lo que me pregunto es: ¿qué crees que harán ellos, los vampiros? Puede que pasemos una primera noche de éxito, riéndonos en su cara mientras bailamos bajo la luz de las estrellas, como no lo hacíamos desde antes de la Marea, pero al día siguiente, si pensamos en esto como una partida de ajedrez, ¿cuál crees que será su movimiento, su respuesta?

Rachel se quedó mirándolo expectante.

—Los... Sus guardianes —susurró Burke.

Rey asintió.

—Sus guardianes humanos. No hemos tenido problemas con ellos, seguramente porque deben de estar ocupados haciendo quién sabe qué, en alguna parte. Pero si estos vampiros de por aquí no son todos del tipo animal y hay alguno un poco más listo que los demás, ¿no crees que irá a informar de lo que estamos haciendo?

—¿Tú crees? —preguntó West.

Rey se encogió de hombros.

—Al fin y al cabo... tenemos que pensar bien en esto..., no parece que haya ningún punto seguro, que sepamos, en toda América. O tal vez sí y nadie se ha dado cuenta, o en Oregón hay alguien sentado en el porche de su casa tomando cerveza y preguntándose a qué viene tanto alboroto con los vampiros si ninguno se ha atrevido a acercarse a su casa. Así que si tenemos algo realmente excepcional entre manos, y si fuera un vampiro medio listo, iría a informar corriendo.

—Tiene sentido —asintió Burke.

—En ese caso tendríamos un problema. Pasaríamos de escondernos de noche a estar todos atentos a los alrededores del Plaza, con los ojos como búhos y con un rifle en las manos, por si viene un grupo de guardianes con malas pulgas dispuestos a arrastrarnos fuera de nuestro escondite, donde los vampiros sí que puedan cazarnos.

—Oh, Dios mío —exclamó Rachel.

—Ese es el primer escenario —dijo Rey—. En el segundo, la cosa funciona también y estamos todos celebrándolo a cierta distancia de los vampiros, y Vinny tiene otra vez su herramienta en las manos y la sacude mientras hace su juego, ¿vale?, pero los vampiros tienen un as en la manga. De donde menos se esperaba, aparece uno de esos vampiros de alto nivel, esos que son como vampiros arios, distinguidos y de buen porte, que tienen una capacidad que nos

saca de quicio.

—Los que hipnotizan —susurró Burke.

—Oh, por el amor de Dios, Rey —exclamó Rachel, desanimada.

—Lo siento, ¿vale? —dijo Rey—. Pero eso podría pasar. No sé a qué distancia pueden hipnotizar, pero a lo mejor les basta con unos... cincuenta metros. Se planta allí y hace lo que mejor sabe hacer. Hipnotiza a Vinny, que está en primer término, y este se lanza a por alguien y lo arroja fuera de la protección. Nadie ve nada, o nadie comprende nada porque estamos celebrando nuestro éxito, pero en unos segundos la cosa puede ponerse progresivamente fuera de control. ¿Crees que Miles tendrá el arresto necesario para dispararle a Vinny, si no se separan desde que Disney hizo su primera película?

—Vale —admitió Rachel—. Ya entiendo.

—Hay... hay otro escenario —susurró Burke.

—Queréis amargarme el día —exclamó Rachel deteniéndose. Estaban llegando al Plaza y quería terminar esa conversación antes de mezclarse con los demás.

Rey miró a Burke con el ceño fruncido.

—Están esos vampiros que se transforman —comenzó—. Vale, no sabemos quiénes se transforman o por qué lo hacen, pero algunos parecen... demonios sacados de un grabado medieval, con los brazos que pueden flexionarse por sitios imposibles y todo lo demás. No sabemos realmente si a esos vampiros los afectará nuestra... protección, o lo que sea que pueda haber aquí. No sé si me explico.

Rey asintió.

—Sí. Es cierto —dijo—. Bien pensado. A lo mejor toman esa forma porque son... más fuertes, o más capaces.

—No creo que todos puedan transformarse —siguió Burke—. El vampiro con el que yo probé no se transformó. Puso la boca enorme, ¿vale?, esa boca imposible como la de los Teleñecos que hace que la cabeza parezca una bisagra, y me habló... Me dijo que me mataría, que mataría a mi madre, a todo el mundo, pero no se transformó. Salió corriendo hacia la oscuridad.

—Eso puede indicar algo —dijo Rachel—. O bien no todos se transforman, o el vampiro sabía que, al transformarse, no conseguiría nada.

—Pero no podemos estar seguros —dijo Rey.

—Bueno, en todo caso... —empezó a decir Burke, pero Rachel le puso una mano en el pecho. Miraba hacia el fondo, con el rostro cruzado por una sombra de preocupación. Burke y Rey miraron hacia donde ella miraba: la gente estaba

congregándose formando un grupo cerrado alrededor de algo.

Rachel pensó inmediatamente en un enfermo. Eran casi doscientas cincuenta personas por aquel entonces, y muchos precisaban medicamentos por tener enfermedades crónicas diversas. Algunos eran diabéticos, por ejemplo, y necesitaban pastillas o insulina; pero estos eran los casos menos críticos. Mantenían el azúcar a niveles aceptables cuidando mucho lo que comían, bebiendo mucha agua o haciendo ejercicio, que eliminaba el excedente de glucosa en la sangre. Otros eran más problemáticos. Algunos tenían problemas cardiovasculares, o deficiencias en el hígado o la vesícula, o tenían la tensión alta, y no disponían de médicos con conocimientos adecuados para tratar esos casos. Paliaban esos males con remedios caseros, tradicionales, con infusiones de raíces, una alimentación de subsistencia y poco más. Había planes para enviar convoyes al centro de Sacramento en busca de medicinas y cosas necesarias mientras fuese de día, pero era arriesgado, y el campamento no era tan antiguo, de todas formas, para haber hecho frente a esos problemas con seriedad.

Pero no era un enfermo, gracias a Dios.

O eso pensó Rachel.

Era... era una radio. La radio de onda larga que habían traído de casa de Phillip Mitchell. Todo el mundo la escuchaba.

Una voz de mujer daba una noticia.

— «... ante la pregunta de quién está al mando del hasta hace poco formidable aparato de guerra americano, el portavoz del gobierno chino ha puesto sobre la mesa la profunda intranquilidad que produce el hecho de no saber quién está en la actualidad en disposición de pulsar los botones que controlan el arsenal de misiles, entre otras cosas, de los que dispone Estados Unidos.»

—¿Qué está pasando? —preguntó Rey.

—Algo con China —dijo una mujer a su lado—. Algo grave.

Un hombre se volvió con un dedo sobre los labios para pedir silencio.

Rey compuso una expresión ceñuda, y escuchó.

—«El país —seguía diciendo la locutora—, que está atravesando momentos de crisis como no se conocían en la historia, contaba con más de cuatro mil ojivas nucleares almacenadas, según un censo hecho público a finales de 2017. Es previsible, según los expertos, que dicha cifra haya aumentado desde entonces y se haya mantenido en secreto, dado que Rusia, en la misma fecha, informó que contaba con cuatro mil ochocientas ojivas nucleares. El total de misiles armados y activos, en condiciones de ser lanzados, es de más de ocho mil

para Estados Unidos, además de un complicado sistema logístico de satélites, efectivos diversos y numerosas medidas militares. Gran parte de este efectivo de poder y supremacía militar es la información privilegiada de la que dispone Estados Unidos por encima de otros países, información que, ha dicho el portavoz chino, podría ser usada de una forma fulminante y terrible si cayera en malas manos. Esta inquietud, y el peligro real y evidente de la amenaza global de lo que el portavoz chino ha denominado “metahumanos”, que se extiende rápidamente por España e Italia, al sur de Europa, ha movido a la República Popular China a anunciar su alianza estratégica con la Federación de Rusia en unos términos que presentará el propio presidente de China, Xi Jinping, en breves horas, en otro comunicado. Esta alianza ha sido ratificada inmediatamente por la Federación de Rusia sin que el trámite haya pasado por la ONU.»

Un murmullo de voces se extendió entre el gentío.

—«Recordamos a nuestros radioyentes que bajo el mandato de Donald Trump, Estados Unidos se había convertido en una superpotencia solitaria y hostil con las normas fundamentales de un sistema comercial basado en acuerdos multilaterales. En 2005, Robert Zoellick, por entonces subsecretario de Estado, argumentó que China debería convertirse en una parte responsable del sistema internacional, pero recientemente, el secretario actual, Mike Pompeo, expresó una idea diferente, diciendo que los internacionalistas conservadores opinaban que Estados Unidos debería prestar más atención a sus propios intereses. En este escenario de escasa colaboración, y a la vista de la situación de crisis que se vive a nivel global, la coalición China-Rusia ha destapado repentinamente un despliegue inmediato de efectivos que se dirigen ya, en estos momentos, hacia Estados Unidos.»

Otra vez un murmullo, esta vez mucho más fuerte. La gente se miraba con expresiones confundidas; algunos no podían determinar si esa era una buena o una mala noticia. Estaban en *shock*. China y Rusia enviando tropas hacia Estados Unidos.

Alguien acalló el debate que se iniciaba levantando los brazos y pidiendo silencio.

—¡Escuchemos las noticias y luego hablamos! ¡Primero escuchar!

Rey y West se miraron brevemente.

—«... rama naval de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa está compuesta por trescientos sesenta y cuatro buques y más de seiscientas aeronaves. Esta madrugada, estas flotas pertenecientes al mar del Norte, el

Pacífico, el mar Negro, el Báltico y el mar Caspio han partido desde sus acuartelamientos en Severomorsk, Vladivostok, Sebastopol, Kronstadt y Astracán para formar una avanzada en un punto aún indeterminado del Pacífico, mientras que la armada china avanzará hacia la Costa Oeste de Estados Unidos. Su misión, según el comunicado, será garantizar el control de los diferentes puntos estratégicos del país, notablemente las instalaciones militares y los centros de control gubernamentales, incluyendo la Casa Blanca, en Washington. Recordamos también que la armada rusa está considerada como la segunda más poderosa a nivel mundial, por detrás de la de Estados Unidos, por lo menos hasta antes de la crisis de la Marea Roja, pero por encima de la Royal Navy y la armada de guerra China.»

—Bueno. Esto lo cambia todo —dijo Rey en voz baja.

—¿Tú crees? —preguntó West.

—Esto se va a llenar de chinos rápidamente, Rachel —exclamó—. Ya lo has oído. Vendrán a la Costa Oeste. Un ejército numeroso y organizado, y están preparados y advertidos de los peligros, no como nuestros chicos. Nuestros chicos —dijo pensativo, negando con la cabeza—. Solo Dios sabe lo que les pasó.

Rachel sacudió la cabeza.

—Exacto —exclamó—. Se los quitaron de encima de un plumazo. Se retiraron, todos. ¿Crees que ahora... va a ser diferente?

Rey la miró.

— «... recordar que Francia es el país más grande de la Unión Europea — seguía diciendo la locutora—. Ha mencionado que su gobierno tiene serias dudas sobre la legitimidad de estos actos, y ha recordado al mundo que la naturaleza del enemigo es poderosa y con capacidades cuyas repercusiones deben ser cuidadosamente estudiadas antes de aceptar cualquier iniciativa, sea de la naturaleza que sea, que pueda afectar a la globalidad del planeta. En especial, ha dicho, si son de naturaleza militar, debido precisamente a la estructura de mandos con la que cuenta el Ejército. En su airada protesta ha declarado que es importante recordar que está perfectamente documentado que el enemigo puede doblegar la voluntad de los seres humanos y obligarlos a hacer y a decidir, y que bastaría con someter a ciertos elementos clave de la cúpula de dirección de los aparatos militares chino y ruso para tener el control armamentístico de esos países. Ha pedido, por último, que...»

Mientras el comunicado seguía, interminable, con declaraciones y protestas por parte de Francia, Inglaterra y Alemania, sobre todo, la gente escuchaba, se

entregaba a discusiones o se abrazaba sin acertar a decidir si lo que estaban escuchando eran buenas o malas noticias. Algunos se encogían de hombros. «¿Qué queréis? —decían—. América se ha acabado. Ya no existe. Puede que ahora todos seamos rusos, o chinos. ¿Y qué? Si nos devuelven la tranquilidad y la seguridad, no me importaría pasarme la vida comiendo rollitos de primavera.»

Pero Rey se había quedado pensando en las palabras de Rachel. «¿Crees que va a ser diferente?» No lo sabía. No podía decirlo. Pero buscó con la mirada al profesor Eagleson, que se había alejado unos metros, andando con pasos taciturnos. Tal vez el profesor, que tenía amplios conocimientos de historia, podría aventurar cómo se desarrollaría todo. Tal vez. Eagleson se sentó de pronto en uno de los bancos, extrajo una pipa del bolsillo y la encendió mientras... sonreía. Era una sonrisa, pero extraña, resignada, como triste, y de pronto recordó... recordó con horror las palabras de Eagleson una mañana, hacía mucho, cuando le enseñó su pipa de ébano y marfil con bellísimas filigranas que un amigo africano le había regalado en uno de sus cumpleaños: «Mis pulmones no están bien, Rey —le había dicho—. El médico me cogió un día y me sentó, plantó una radiografía en la mesa, serio como una esposa cuando vuelves borracho y oliendo a perfume a casa a las cuatro de la mañana, y me advirtió que la próxima pipa... la próxima, podía ser la última. Así que la llevo siempre conmigo. Siempre conmigo, aquí, en el bolsillo de mi chaqueta. Es bonita, ¿verdad? No puedo fumarla, Rey, pero aún la llevo porque me encanta fumar. Créeme, amigo —le dijo—, si alguna vez descubriera que voy a morir, me sentaría y encendería la pipa. Eso haría».

Lo miró encender la pipa y dar una tímida calada, lúgubre, con una sensación de inquietud y tristeza creciendo fuerte en el pecho.

Inquietud, sí. Pero, sobre todo, tristeza.

3

Erethros , susurró la voz de Elexia a través de la colmena.

Las mentes de sus súbditos, la mayoría durmientes ocultos en sus madrigueras, cubiles, sótanos, cuchitriles infames, en las salas de calderas de los hoteles ahora abandonados, en el interior de los congeladores apagados de las cocinas sin ventanas de los restaurantes, gimieron al unísono. Pero era un gemido complacido, amoroso. De placer. La voz de Elexia era como la ruta de una madre por el cuarto de los niños, cubriendo los hombros destemplados, vigilando que los pies no asomaran por debajo de las mantas, asegurándose de

que el viento no hubiera abierto las cortinas y de que las frentes estuvieran secas y tibias, los párpados cerrados como si protegieran un dulce sueño.

Elexia , susurró la voz de Erethros, como deleitándose por anticipado. Ya sabía lo que *Elexia* iba a decir.

Hazlo ya , dijo ella.

Erethros no respondió.

No hacía falta.

4

Jason y Liz habían conseguido avanzar bastante, sin duda, porque había días en los que apenas encontraban vampiros. Según Jason, la mayoría debían de haberse desplazado hacia el centro de la tormenta, el lugar donde estaban maquinando algo; algo importante. Continuamente veían camiones de carga, máquinas de construcción, equipos que progresaban con lentitud y seguridad hacia el noroeste. Liz, sin embargo, tenía sus propias ideas: ella pensaba que los vampiros no se habían movido hacia el interior, sino hacia el exterior, allí donde aún debía de haber lugares con supervivientes ocultos que hubieran encontrado refugio o se hubieran hecho fuertes de alguna manera. Porque bajo la tormenta costaba Dios y ayuda sobrevivir, eso lo sabían ya, y debía de haber poca gente aún con vida; por lo tanto, los vampiros debían abandonar el palio sombrío de su incipiente imperio si querían encontrar sangre nueva con la que alimentarse.

Sobrevivir podía ser imposible, pero progresar hacia el interior de la tormenta, a pesar de no estar encontrando la resistencia que al principio habían esperado, estaba siendo duro. El bloqueo de las nubes era cada vez más intenso, más oscuro, más pronunciado y opaco; el sol, allá en lo alto, no encontraba manera de traspasar sus barreras sobrenaturales. La ausencia de sol no les importaba demasiado, era, al fin y al cabo, como vivir una noche eterna, pero las sensaciones que la tormenta les generaba... les afectaban el ánimo, y les producían pesadillas a ambos.

El sueño de Jason era recurrente. Soñaba con sus compañeros de profesión, los soldados que habían sido llamados a acuartelamiento en todo el país, y lo que les ocurría después. Soñaba que se los estaba procesando. Eran llamados en grupos a un lugar apartado donde varios Vampiros Maestros los dividían en diversos estadios de servidumbre. A unos los hipnotizaban, venciendo sus defensas psicológicas, escarbando en su memoria y minando sus flaquezas, sus miedos, sus inseguridades. Allí donde encontraban soledad o abandono, el

vampiro prometía un amor de madre que escapaba a toda duda o reserva. Donde encontraban debilidad, el vampiro reconfortaba ofreciendo fuerza. Donde percibían derrota, el vampiro prometía victoria. Y donde había miedo a la muerte, el vampiro garantizaba vida eterna. Otros, sin embargo, eran convertidos, su sangre contaminada por la de ellos. Caían al suelo y permanecían como muertos durante un tiempo variable, solo para levantarse de nuevo sintiendo que dejaban atrás las miserias, los miedos, la fragilidad y la precariedad de la existencia humana, sintiendo que pertenecían por fin a algo único, terrible, oscuro y, afianzados en esa certeza irrefutable, se movían conducidos por un único fin: servir al rey y la reina de la colmena.

—¿Qué sueñas tú? —le había preguntado Jason en alguna ocasión, cuando la pesadilla se volvía tan angustiada que, cuando se incorporaba gritando, tenía que hacerse a sí mismo unas cuantas preguntas para asegurarse de que seguía siendo humano.

Liz se encogía de hombros.

—Qué más da —contestaba ella—. Solo son... juegos mentales.

—¿Juegos... mentales?

—Cogen tus miedos y te los devuelven. Pero solo son supercherías. Artificios. Nuestros sueños son un truco para que no veamos lo que hay más allá.

Jason, todavía enmarañado en el sueño y el desasosiego, sacudía la cabeza.

—¿Qué... qué hay más allá? ¿A qué te refieres?

Liz se daba la vuelta y se preparaba para dormir.

—La mente de ellos —decía, cada vez más bajito—. Sus cosas. Lo que no quieren que veamos.

Jason se quedaba pensando, a veces hasta el amanecer.

Liz no parecía tan afectada, desde luego, aunque era difícil decirlo porque era reservada con sus cosas y hablaba poco, y cuando lo hacía era casi siempre para resolver situaciones con las que se encontraban, tomar decisiones o hablar de vampiros. Estaba concentrada en ellos. Era como si su vida anterior hubiera desaparecido, de alguna manera, y cuando Jason le preguntaba por algo de su existencia anterior hasta parecía hacer esfuerzos por recordar, como si todo aquello hubiera pasado mil años atrás. Pero no intervenía demasiado cuando Jason, por pura necesidad de sentirse humano y vivo, parloteaba, muchas veces sobre cualquier cosa. A veces inventaba preguntas estúpidas, sobre la marcha, solo para obtener alguna respuesta. «¿Te has fijado en que en los hospitales las morgues suelen estar en los sótanos? —podía preguntar—. No arriba, ni en la primera planta, ni en ninguna otra parte. En los sótanos. Si los vampiros son tan

antiguos... a lo mejor es un recuerdo ancestral, ya sabes. Un recuerdo evolutivo de que los muertos deben estar... lejos del sol.» Pero ni siquiera a esas charlas triviales respondía Liz con demasiado entusiasmo.

Un día durmieron cerca de un Burger King: un edificio grande con un aparcamiento aún mayor, que daba paso a un centro comercial que simulaba ser un pequeño pueblo. Fachadas falsas con balcones que no daban al interior, fingidas chimeneas sobresaliendo de los tejados de tejas falsas, callecitas empedradas cuidadosamente diseñadas para ser visualmente atractivas. Jason pudo imaginar el aparcamiento abarrotado de coches, con el clásico BMW ocupando dos plazas, las familias recorriendo las calles buscando algún sitio donde comer algo. Seguramente tenían intención de comer algo diferente, pero siempre acababan comiendo lo mismo: un trozo de pizza, un taco, barbacoa, puré de patatas, asado de carne con cebolla y especias, Buffalo Wings otra vez... Y el sonido de las conversaciones, el murmullo de la gente, los turistas haciéndose fotos, gente subiendo fotos a Instagram para expresar lo felices que eran. Pero todo eso había quedado en el pasado. El lugar era ahora como una fotografía vieja, de antes de la inauguración: estática, vacía, gris.

Jason no sabía que había Burger King en Canadá... Era algo tan profundamente americano que nunca hubiera dicho que el canadiense medio tuviera algún interés en ellos, pero ahí estaba. En el cartel del poste de la entrada al aparcamiento, debajo de una exagerada acumulación de serpentinas navideñas, luces y bolas de Navidad, se leía un mensaje: PARA QUÉ TRABAJAR PARA UN PAYASO SI PUEDES TRABAJAR PARA EL REY. Jason sacudió la cabeza, risueño.

Durmieron porque estaban cansados, por cierto, no porque fuese de noche. Así decidían los descansos: cuando el cuerpo lo pedía. Al fin y al cabo, no había ya mucha diferencia entre el día y la noche. La noche era un poco más oscura, pero eso era todo; en realidad no tenían manera de saber qué hora era, si las doce de la mañana o las seis de la tarde. Hacía mucho que nadie llevaba reloj de pulsera, de todas formas. La hora se llevaba en el móvil, y tanto la hora como los móviles habían quedado sepultados en el pasado.

Jason estaba soñando que lo llevaban ante un Vampiro Maestro. Esta vez no era un hombre, sino una mujer la que se presentaba ante él, desnuda, y se movía con una lascivia tan salvaje que Jason se despertó sobresaltado, jadeante, envuelto en un sudor pestilente y con una erección importante. No podía decir que el sueño hubiese sido del todo malo; se había sentido atraído por esa mujer, y permanecía embelesado admirando sus movimientos como si su pequeño juego

de caderas fuese el espectáculo más sublime y hermoso jamás concebido en la creación. Solo fue en el momento final, cuando ella se acercó a él con una media sonrisa y la mirada seductora, que la fantasía se rompió, y él supo que iba a apoderarse de mucho más que de su cuello, su sangre, los latidos de su corazón y su voluntad. Iba a quebrantarlo a niveles íntimos como no sabía que fuera posible; iba a corromperlo, a destruir su naturaleza, a apagar su luz para imponer su cetro de sangre, a doblegarlo hasta que ya no fuera él, sino un triste eco de la voluntad de ella. Y ahí se despertó, incapaz de soportar el tormento, con el corazón acelerado.

Buscó a Liz a su lado, pero no la encontró. Era algo que se había acostumbrado a hacer. Los sueños eran tan reales que Liz era como su *token*, la peonza de la película *Origen*; si ella estaba ahí, sabía que estaba despierto, porque una de las características de las pesadillas era que siempre estaba solo. No la encontró, y eso que habían acordado dormir muy juntos, para que uno se diera cuenta si el otro despertaba. Estaba su manta, la que habían encontrado en un autobús de Hertz (TE LLEVAMOS AL AEROPUERTO Y MÁS ALLÁ, decía el eslógan) abandonado en mitad de una autovía, y eso era todo.

Jason se incorporó, con la respiración todavía acelerada.

«Tranquilo —se dijo—. Se ha levantado sin hacer ruido, con cuidado de no despertarte, porque está orinando por ahí atrás. No ha pasado nada más. No ha...»

Pero un ruido inesperado le hizo girar la cabeza. Procedía del Burger King. La puerta de atrás se acababa de abrir con un violento golpe, y Liz saltó literalmente al exterior como si la persiguieran todos los demonios del infierno. Jason no tuvo tiempo de pestañear. Con una maniobra casi imposible, Liz frenó su impulso, se agachó y se lanzó como una pelota hacia la puerta. Un hombre un vampiro

emergió del interior tras ella. No tuvo tiempo de reaccionar: tropezó con el cuerpo de Liz y cayó al suelo de bruces. Apenas habían pasado dos segundos y Jason seguía mirando, absorto, preguntándose todavía qué estaba ocurriendo. En los dos segundos siguientes, Liz estaba ya encima de él y se sentaba a horcajadas sobre su espalda. El vampiro colocaba ambas palmas en el suelo, pero Liz deslizó su mano, con rapidez, hacia su cuello, congelando súbitamente la escena. Ninguno de los dos se movió por espacio de un par de segundos más.

—Pero qué... —susurró Jason.

Otro vampiro apareció en el umbral, pero Liz le daba la espalda en ese momento. Jason se alertó. Quiso gritar, advertirla, quiso moverse, pero la escena

se puso otra vez en movimiento con demasiada velocidad como para que tuviera tiempo de hacer nada. El primer vampiro se desplomó en el suelo, y casi al mismo tiempo Liz tiró del brazo con violencia; en la mano centelleaba su cuchillo.

Jason cogió el rifle y empezó a correr hacia ella.

El vampiro del umbral se lanzó a por Liz. Esta se volvió, extendió los brazos con el cuchillo en ristre y el cuerpo del monstruo se hundió en él, víctima de su propia inercia. Liz rodó hacia un lado y terminó de hundir la hoja en su pecho, empleando todo su peso. Mientras corría hacia ella, Jason vio cómo hacía uso de toda su fuerza para girar el cuchillo, como si intentase descorchar una botella.

Jason llegó a su lado, confuso.

—¡Liz! —dijo apuntando el rifle hacia la puerta.

Ella se incorporó. Tenía un mechón pegado a la frente, tapándole parcialmente la vista. Lo retiró con un gesto indiferente, dando un bufido, y se agachó para limpiar el cuchillo en la ropa del vampiro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Liz miró brevemente hacia el umbral.

—Puedes bajar el arma —dijo—. Está controlado.

—¿Controlado? —preguntó Jason—. Pero ¿qué...?

Liz se guardó el cuchillo en el cinturón.

—No podía dormir —afirmó.

Jason pestañeó varias veces antes de bajar el arma con un gesto brusco.

—¿Cómo?

—Que no podía dormir.

—No podías dormir... y has venido aquí a... ¿a qué has venido aquí?

Ella no contestó.

—¿A qué has venido, Liz? —insistió Jason, tan enfadado como sorprendido—. ¿Has venido a por... agua? ¿A por comida? Dime que te morías de sed y que tenías la cantimplora vacía.

Liz lo miró fijamente a los ojos.

—No podía dormir y he venido a matar vampiros.

Jason se dio la vuelta sonriendo. Pero era una sonrisa fingida. Estaba cabreado.

—Has venido a matar vampiros —dijo—. Te levantas en mitad de la noche..., me arropas y dices: «Vaya. Voy ... voy a matar unos cuantos vampiros, a ver si así me da sueño».

—Eso es —asintió Liz, poniéndose en marcha para volver donde habían estado durmiendo.

—¿Estás... loca? —exclamó Jason—. ¿Te ... te parece que es normal lo que has hecho?

Liz se detuvo en seco y miró hacia el cielo con gesto de fastidio.

Se volvió hacia él con un giro rápido, con una mano en la cadera. La coleta con que se había recogido el cabello tremoló brevemente.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¿Que qué me pasa? ¿Te pones en peligro inútilmente, no me dices nada de lo que vas a hacer y aún me preguntas... qué me pasa? ¿Y si hubieras muerto ahí dentro? ¡Si querías limpiar ese sitio, y ya me dirás por qué, podrías habérmelo dicho! ¡Maldita sea, Liz, siempre hago caso a lo que dices! «¡Vamos por aquí!», y yo voy por aquí. «¡Vamos por ese lado!», y yo voy por ese lado. Si dices que atacemos, atacamos. ¿Por qué no me has avisado?

—Es solo entrenamiento, Jason —respondió Liz—. Necesitaba hacer ejercicio.

—¿Entrenamiento? —graznó él—. Tú... Tú estás mal de la cabeza. ¿Así que sabías que había vampiros ahí dentro? —preguntó sorprendido.

—El tufo a medicamentos podridos no me dejaba dormir.

—El... Así que... sabías...

—Sí, claro —asintió ella.

Jason se dio la vuelta para mirar el umbral. Era un gran restaurante. El interior debía de ser espacioso, lleno de recovecos y distintos ambientes, con islas centrales y apartados, como todos los restaurantes Burger King de América, que él supiera, y eso por no mencionar la oficina, el almacén, la cocina, los aseos... Muchos escondites que podrían haber estado colmados de monstruos, inmóviles y silenciosos, acechantes, que tal vez descansaran aunque ya no necesitasen ocultarse del sol, o tal vez esperaran allí instrucciones. Tal vez. Pero Liz se había metido allí, como... entrenamiento... y había lidiado con ellos.

Con ellos, ¿con cuántos de ellos?

Se volvió otra vez y echó una mirada evaluadora a Liz. Con la camiseta de tirantes, las botas, el cinturón y su complexión delgada y atlética, parecía una monitora de campamento, la profesora de gimnasia del Campamento de Verano Rainbow Cloud.

—¿Cuántos había, Liz? —preguntó despacio—. Ahí dentro. ¿Cuántos había?

Liz se encogió de hombros.

—Siete.

—Siete... —repitió Jason, despacio.

Asintió mirando el suelo. Un papel mojado y adherido al suelo como una pegatina anunciaba un veinte por ciento de descuento en cada compra de un libro en Barnes & Noble.

—¿Quién eres, Liz? —preguntó al fin, con los ojos entrecerrados.

Liz levantó ambas manos con una expresión de duda divertida en el rostro.

—Dices que... que trabajabas en Correos —siguió diciendo Jason—. Que hacías tartas. Eso dices. Pero te metes en un cubil peligroso donde atufa a vampiro para ver si así puedes dormir, y luchas con siete vampiros a la vez armada con un cuchillo de cocina. Te he visto luchar. Tu técnica me es desconocida, pero que me jodan si detrás de cada uno de tus movimientos no hay más horas de entrenamiento que las que son necesarias para manejar el transbordador espacial.

Liz no dijo nada.

—¿Quién eres? —quiso saber Jason—. Quiero la verdad.

—Liz Sheehan —contestó ella—. De Minnesota.

—En Minnesota no hay más que palurdos.

—Y gente que hace tartas.

—¿Eres de las Fuerzas Especiales? —preguntó—. ¿Algún rollo secreto? ¿Del FBI? ¿Algo que no se pueda contar? Todo se ha ido a la mierda, Liz. ¿Por qué no me lo cuentas?

—Solo repartía cartas y paquetes, ya te lo he dicho.

Jason asintió. Dejó el rifle en el suelo, a cierta distancia, y se plantó cerca de ella.

—Demuéstralo —la retó, abriendo las piernas y levantando los puños cerrados—. Demuéstrame cómo luchas. Quiero... quiero probar mis técnicas con las tuyas.

Liz levantó las manos de nuevo.

—No voy a luchar contigo —dijo.

—Vas a tener que hacerlo, porque si no voy a darte un buen puñetazo en la nariz.

—Bueno —respondió ella, paciente y tranquila.

—Defiéndete, Liz, te lo advierto. Voy a atacarte.

—No lo entiendo —dijo ella—. ¿Qué vas a conseguir con eso?

—Saber —respondió él—. Por cómo luchas sabré qué técnicas tienes, qué escuela, qué aprendizaje, dónde. Incluso si te adiestraron en Chile, lo sabré

Liz levantó una ceja.

—¿En serio? —dijo.

—Defiéndete, Liz.

Jason se acercó y probó con un puñetazo directo.

Ella se echó a un lado con facilidad y retrocedió unos pasos.

—Esto es ridículo —protestó.

—¡Vamos! —la apremió él.

Casi de improviso, lanzó una carga combinada de ataques: derecha, izquierda, derecha, arriba y por abajo. Liz se las arregló para esquivarlos todos sin hacer grandes aspavientos.

—Oye, para —insistió ella.

Jason siguió lanzando ataques, esta vez más veloces. Cambiaba de puño y el peso de su cuerpo, movía las piernas. Esta vez, Liz tuvo que levantar su brazo para detener uno de los ataques. Jason continuó. En un momento dado lanzó un ataque con la pierna derecha y Liz se vió obligada a dar un salto hacia un lado, ejecutando una especie de voltereta casi en el aire. Cuando recobró el equilibrio, Jason estaba ya encima de ella. El soldado nunca supo qué pasó. De repente, tuvo que soltar todo el aire de los pulmones. Liz le había dado un golpe fuerte en el estómago.

Jason retrocedió, asombrado. Había obtenido las mejores puntuaciones en H2H en la academia, en parte porque el combate sin armas había sido su día a día en otros tiempos, en su juventud, antes de que se apuntara al ejército y amueblara su cabeza con una serie de valores morales.

—Vale —dijo—. Un poco más.

Jason se lanzó hacia ella. Liz esperaba de pie, sin que la postura y la posición de su cuerpo le recordara a ninguna de las posiciones defensivas de combate de ninguna de las disciplinas que había aprendido o que conocía. En el último momento, Jason hizo una finta y trató de alcanzarla desde el lateral, pero sin éxito. Liz era rápida, pero ya lo había calculado dado su peso. Hubo un breve intercambio de movimientos, ataques y contraataques, pero Jason seguía sin poder averiguar si Liz había recibido entrenamiento militar. No esquivaba como enseñaban a hacerlo a los soldados que se formaban en el combate sin armas. Pero mientras evaluaba su capacidad, ella agarró su antebrazo durante un ataque y tiró de él. Jason se desequilibró. Al instante siguiente, ella le había cogido el cuerpo desde atrás y pasaba el brazo por su cuello.

Liz lo soltó, empujándolo hacia delante.

Jason asintió.

—¿Vas a parar? —preguntó.

—No —dijo él.

Luchaban otra vez, con Jason en el lado ofensivo y Liz moviéndose para detener sus golpes. Ella tenía claro que Jason estaba empleándose a fondo. El soldado tenía los brazos fuertes, bien musculados, y Liz sabía que si se descuidaba y él conseguía darle en la cara, iba a dejarle un buen moratón. Cuando se sintió más acorralada, volvió a moverse con rapidez y lanzó el brazo con fuerza hacia su cara. Lo alcanzó de lleno bajo la nariz.

Jason retrocedió un par de pasos, sacudiendo la cabeza. Un pequeño reguero de sangre empezó a brotar por sus orificios nasales.

—La técnica del tartazo en la cara —dijo ella bromeando.

Jason se pasó la mano por la nariz y la miró brevemente. Sangre.

Sorbió y escupió en el suelo.

—No me creo que no hayas aprendido siquiera un procedimiento de combate de los que se estudian en las academias —dijo—. Aunque sea por puro azar.

Liz se encogió de hombros.

—Hay que tener mucha técnica para hacer lo que has hecho —exclamó, bajando la guardia. Era, otra vez, un hombre frente a él—. Así que... me rindo. Al menos estás del lado bueno, gracias a Dios. Pero, en serio..., quizá... algún día quieras decirme quién eres.

Liz sacudió la cabeza con fingido desmayo y miró al cielo con resignación.

—Yo... yo soy la tormenta —susurró.

Capítulo 14

ARDE PARÍS



1

Casi nadie le prestó atención mientras caminaba: una figura más, un hombre corriente, tal vez un poco más alto de lo habitual, tocado con un abrigo oscuro y un sombrero negro, pero un hombre al fin y al cabo, y en el París del siglo XXI los hombres altos no eran inusuales, sobre todo los de color.

El sombrero le había gustado: ala perfectamente redonda, copa baja, una cinta delgada de un tono sucio, sin marcas ni aderezos. Nunca había visto nada parecido, pero le sentaba bien. Lo descubrió por casualidad en una tienda del tipo que desparrama sus productos a pie de calle mientras se dirigía a su destino. Lo había cogido y se lo había llevado puesto sin que nadie lo viera. Ni siquiera la dependienta. Estaba más interesada en consultar el móvil. Fue, decididamente, una suerte para ella.

Cuando llegó a su destino, una avenida ancha llena de bullicio y actividad nocturna, se detuvo y admiró breve e intencionadamente su entorno antes de empezar. Era un espectáculo fascinante, eso debía admitirlo. Luces, ¡luces!, explosiones de color por todas partes, imágenes rutilantes de una realidad pasmosa, tan nítidas y colmadas de color que parecían ventanas a lugares remotos, combinadas con formas esculpidas en materiales que no podía reconocer: suaves, lisas, curvas, mil veces bruñidas por alguna herramienta prodigiosa. Y el hombre... el hombre transitaba su creación, sus logros inexplicables, como pájaros que revolotean alrededor de una montaña de mijo,

yendo y viniendo, acarreando mercancías minúsculas en bolsas de piel, encerrados en carruajes metálicos que evolucionaban a gran velocidad sin que hubiera caballos tirando de ellos. La abundancia era prodigiosa, apabullante, el Mejor y Más Increíble Gran Mercado del Mundo como no lo había visto nunca. Por doquier flotaban mil aromas diferentes que escapaban de cocinas escondidas de la vista. Olores a especias, a carne caliente, a dulces y salados; comidas de todo tipo servidas en una desbordante variedad de cuencos, envases, cubos, platos; y no solo carnes, también verduras, frutas, harinas de algún tipo cocinadas y decoradas como si los destinatarios de aquellos manjares fueran auténticos reyes.

Como si...

Como si celebrasen.

Continuamente.

Como si festejasen de manera consciente o inconsciente la traición que habían perpetrado hacía ya demasiado tiempo, y la caída de una raza que tenía la supremacía absoluta, antes, cuando el hombre era todavía joven en el mundo y transitaba por él menos erguido, sin esa arrogancia altanera en el rostro desprovisto de pelo y de facciones menos estilizadas.

Y sintió asco. Y rabia. En cantidades tan enormes que la colmena se estremeció a pesar de que no hubiese emitido nada.

Una señora que pasaba a su lado se apartó de manera inconsciente, como si percibiera, tal vez, la oscura intensidad del aura que emanaba. Sintió un escalofrío y se ajustó el abrigo sobre el pecho.

El hombre suspiró e inclinó la cabeza a uno y otro lado.

Era la hora.

2

Ghislaine tenía sus virtudes, desde luego, pero era, como decía el propio Alan, un coñazo. Los amigos de Alan la llamaban «la Tiramisú»; estaba buena, qué duda cabía, pero siempre acababa cansando. Como el tiramisú. Empalagosa. Saciente. Uno podía mirar a Ghislaine y dar gracias al Señor por las bondades de la estilización y la evolución de la especie, por sus hermosas curvas, por el olor exquisito de su piel joven y tocada por perfumes y cremas de fragancias sutiles, pero después de quince minutos... Después de quince minutos uno quería dinamitar el planeta.

Hablaba y hablaba y hablaba sin parar sobre casi cualquier cosa, enlazando

temas con una rapidez pasmosa y poca o ninguna coherencia. Si por pura y remota casualidad tocaba algo mínimamente interesante, podías estar seguro de que el curso de la conversación cambiaría a cualquier otra que se pusiera por medio. Si se mencionaba un pueblo, saltaría a cualquier dato irrelevante sobre ese pueblo. «Una vez estuve allí. Comí allí. Con Mary. Ya conoces a Mary. Tiene un perro precioso. Aunque prefiero a los gatos. Los gatos son los únicos animales que...»

Parloteo incesante, imposible de asir, como una cascada de frases vertidas desde cien mil metros de altura que, al llegar abajo, explotaban en un millón de partículas inconexas que refulgían brevemente bajo el sol para acabar disipadas en una nube húmeda e irrespirable.

Era un coñazo.

Louis se había ido, escuchándola. Sonreía vagamente mientras pensaba en las compras que le quedaban por hacer. Tenía un buen montón de marcos en los bolsillos, la mitad de ellos procedentes de los regalos de Navidad. La abuela se había portado ese año... Le había dado un montón de pasta a cada uno de sus nietos con una mirada triste mientras le decía: «No lo ahorres, Louis. Gástalo. Gástalo rápido y disfrútalo, porque no se sabe lo que ocurrirá mañana». Su amigo Clément le había dicho que eso significaba que la vieja sabía que se iba a morir. Siempre hacían cosas así las viejas cuando intuían que les quedaba poco. «No se va a morir, payaso —le había dicho él—. Es por lo que está pasando en el mundo. Mi padre dice que todo va a cambiar.» Pero Clément se había encogido de hombros diciendo: «Pues eso, pamplina, tonto del cipote. Se va a morir. Todos vamos a morir».

Louis no acertaba a imaginar qué podía cambiar. Era un joven de veinticinco años que aún no se había incorporado al mercado laboral, criado y crecido en la sociedad del bienestar del siglo XXI. Su mente estaba ocupada por el ocio: videojuegos, series, aparatos electrónicos, moda y complementos de moda, chicas... Como Ghislaine, que era un coñazo pero estaba buenísima. Si hablaban de cifras de varios millones de muertos en las noticias y de ciudades enteras vacías, él sacudía la cabeza y consultaba uno o dos *hashtags* en Twitter, pero para ver imágenes de cadáveres, de lugares famosos ahora vacíos y ausentes de vida, como si fueran tráileres de alguna película postapocalíptica; sin embargo, el concepto que subyacía a la cifra no lo permeaba. No podía descifrar que bajo el número había dolor, un dolor real, había pérdida, familias destruidas, vidas truncadas, aniquiladas, diezmadas. Que el mundo no iba a cambiar, ya había cambiado para siempre, y que ese escenario de muerte y

amenaza se le venía encima como un tren de mercancías desbocado.

No. Louis pensaba que si aguantaba un poco el tipo, probablemente podría echarle un polvo a Ghislaine. Probablemente. Y pensaba en utilizar el dinero de Navidad para actualizar su PlayStation al modelo Pro, que era un poco más rápido y tenía, además, capacidades HDR para que los juegos que ya tenía se vieran un poco mejor. Era una opción. La otra era comprar un televisor más grande. Lo colgaría de la pared, en su cuarto, y se tumbaría en la cama con el mando en las manos para una inmersión total. En eso pensaba.

Lo divertido era que, ahora que tenía dinero, había mirado en seis centros comerciales, y ninguno tenía *stock*. Había una especie de problema internacional con los envíos porque el tránsito marítimo estaba muy vigilado, y todo lo que llegaba a Europa por el mar pasaba por unos exhaustivos controles de seguridad.

—Pero dime una cosa —había dicho Louis—. ¿La consola esta... no es japonesa?

—Eh... no lo sé —había respondido el vendedor—. ¿Sony no es americana?

—No, es japonesa —insistió Louis—. Así que ¿qué tiene que ver Japón con Estados Unidos?

—Oye, no lo sé, tío. No está llegando nada. Había juegos que tenían que haber salido pero... las cosas están chungas.

—Joder. Qué puta mierda —había dicho Louis.

—Y tanto, tío. Y tanto.

Aún le quedaban algunos sitios por mirar, de todas maneras. Tenían que ser sitios físicos, porque la compra online estaba prácticamente muerta a nivel global, con los principales servidores de control de pagos apagados en alguna instalación de Estados Unidos. FNAC estaba descartado porque habían mirado en la base de datos y estaba «SIN EXISTENCIAS EN ALMACÉN.» Así estaba: «SIN EXISTENCIAS EN ALMACÉN». Y como la PlayStation, muchas otras cosas. Eso sí que era preocupante. Tenía el dinero, por el amor de Dios, ¿qué le pasaba al mundo?

Estaba pensando en eso cuando se fijó en un grupo de gente que se arremolinaba en la amplia acera en mitad de la avenida. No era nada inusual, y si no hubiera estado con Ghislaine, que se desparramaba en un torrente de palabras inconexas, ni se habría dado cuenta. De todas maneras, a veces se formaban grupos de turistas que perseguían disciplinadamente un cartel de LAUREL TOURS para ir al siguiente punto de reunión, o se formaban corros aleatorios alrededor de un artista cualquiera; un músico, tal vez, que hacía sonar un

instrumento extraño, o un violín, o un mimo de algún tipo, o alguien disfrazado de algún personaje clásico, o de moda. Alien, tal vez. O Donald Trump. O quizá un vampiro. «¡Hazme una foto con el vampiro, Jeremy, como en América!»

Pero la gente...

Miró con atención.

La gente hacía cosas raras.

Formaban un grupo compacto, demasiado compacto. Las espaldas apretadas y los brazos caídos a ambos lados impedían ver nada. Jesús, le sorprendía que los que estaban detrás pudieran ver algo, estando tan apretados.

—... porque, claro, no es lo mismo verlo que estar en el sitio —seguía diciendo Ghislaine—, así que le dije que si quería ir, podríamos alquilar un coche o algo así. Aunque a veces es mejor el tren. ¡En Japón tienen trenes superrápidos que no tocan el suelo!

El grupo despertaba interés. La gente se acercaba, curiosa. Los que estaban de espaldas se apartaron para que los curiosos pudieran pasar.

Louis arqueó una ceja. Era un bonito gesto. Raro. Muy raro. La gente miraba por lo suyo, y si estabas grabando con el móvil, te plantaban su propia pantalla delante sin mirar siquiera atrás. «Búscate la vida, imbécil.» Eso... eso era lo normal.

—... se escapó tantas veces, que la gente empezó a pensar que era un mago de verdad, ¿te imaginas? No sé cómo lo hacía. Hay tantas cosas que no sabemos... Debería haber enciclopedias sobre preguntas así, ¿sabes?, de cosas normales, o sea, no datos históricos ni rollos de plantas o medicinas: preguntas reales. De la gente de a pie.

Se acercaba gente por todas partes, y de alguna manera...

De alguna manera...

Se quedó mirando, curioso.

De alguna manera el grupo parecía aumentar de tamaño. Cada vez que se apartaban para dejar curiosear a alguien, el grupo crecía.

—... dice que escribió el libro antes de que pasara. No entiendo a la gente. Si el libro es bueno y ha tenido éxito, ¿por qué mancharlo con... vaticinios y cosas raras? ¿No crees que eso echa para atrás a la gente?

—¿Qué pasa allí? —preguntó Louis distraído.

Ghislaine pestañeó, como si saliera de un trance profundo.

—¿Qué?

—Allí —dijo Louis, señalando.

A esas alturas, el grupo parecía ya un miniconcierto. Casi impresionaba

verlos tan estirados, de espaldas, concentrados, sin que nadie se moviera.

—No lo sé —respondió ella.

—Se está formando un follón tremendo.

El grupo empezaba a entorpecer el paso de la gente; cada vez tenían que recorrer más trecho para rodearlos. Gente cargada con bolsas; compras y más compras, como si la vorágine navideña no hubiera sido bastante, como si lo que estaba ocurriendo en Estados Unidos y el sur de Europa no fuera con ellos, como si fueran... contratiempos pasajeros que ocurrían en partes del mundo demasiado remotas. Algunos se empeñaban en cruzar por el medio, con expresión de fastidio, exigiendo su derecho a transitar. En esos casos, el grupo se abría educadamente, como las aguas divididas por Moisés, y se los dejaba acceder al interior. Luego, el grupo se cerraba otra vez. Louis miraba, atento. Nunca veía salir a nadie.

—¿Quieres ir a ver? —preguntó Louis—. A veces, artistas famosos tocan a pie de calle. Sting tocó una vez en el metro de Londres, disfrazado, y nadie se paró a escucharlo. ¿Te lo puedes creer? Se pagan fortunas por un concierto, la gente enloquece, se desmaya, y cuando lo tienes delante, gratis, no le prestas atención.

«¿Quieres ir a ver?», era la pregunta que se había quedado anclada en la mente de Louis. ¿Quería? No estaba seguro. Sentía cierta curiosidad, desde luego, pero algo... algo no estaba bien. La forma en la que el grupo se movía, de manera tan organizada, como un banco de peces que cambia de dirección al unísono, todos a la vez, como si estuvieran...

Como si estuvieran conectados mentalmente, se dijo.

Se estremeció.

Un par de policías se acercaban ahora por la acera, con sus gorras y su uniforme azul: un hombre de color y otro agente, con una nariz francesa de manual. Se acercaron al grupo y miraron desde fuera, con curiosidad, indecisos, moviéndose rápido; el agente de la nariz francesa se ponía de puntillas para tratar de ver qué ocurría ahí dentro, pero no parecía que consiguiese ver nada. Cuando se acercaron a la gente que les daba la espalda, el grupo se abrió para recibirlos. Los policías empezaron a mover los brazos, señalando y haciendo gestos. Louis casi podía interpretarlos desde donde estaba: «¿Qué pasa aquí?». «No pueden bloquear la calle.» «Vamos, apártense.» Pero esta vez el grupo se abrió para rodearlos, como si todo fuera parte de una complicada *performance* callejera. En cuestión de unos instantes, el grupo los había rodeado tan completamente que perdió de vista a los policías.

Louis se quedó inmóvil, expectante.

Unos instantes más tarde, el grupo volvía a tener el aspecto consolidado de antes. Se había...

«Se ha tragado a los policías», pensó Louis.

Algo había quedado en el suelo tras el movimiento envolvente, olvidado. Louis podía verlo bien desde donde estaba. Era una bolsa de Boussair, una tienda de zapatos que, además, no estaba lejos de allí. Buenos zapatos, zapatos caros. La caja asomaba por el extremo abierto, nueva, con el logo de la zapatería grabado con letras doradas.

Zapatos caros abandonados en el suelo.

¿Quién dejaba caer una bolsa de zapatos recién comprados en el suelo?

—... a lo mejor regalan algo. Si quieres ir a ver, bueno, tengo tiempo. Ya le he dicho a mi madre que llegaría tarde, por si... por si te apetecía hacer algo especial, ya sabes. No sé. Si quieres podemos ir a tomar algo después. Hay un bar nuevo donde tienen gafas VR. La idea es beber mientras estás conectado, incluso puedes asociar tu móvil a la sala y se ve el perfil de la gente del bar, si tienen cuenta de Tinder y...

Louis seguía mirando. Era como si el grupo creciera a ojos vistas. Cuanto más crecía, más gente se añadía por todos lados, como una planta nepente. Todo el mundo entraba, pero nadie salía. ¿Y dónde carajo estaban los policías? ¿Dónde? Ahora habían ocupado totalmente la acera y empezaban a invadir el carril de los coches. Un par de ellos se habían detenido, y el que estaba en primer lugar empezó a hacer sonar el claxon, enfurecido.

«Los policías —chillaba su mente—. ¿Dónde están los policías?»

—Ghis —susurró, interrumpiendo su monólogo.

—... encontró a su novio en... ¿Qué?

—Ghis, ahí pasa algo —exclamó. Tenía la boca seca.

—Ajá —dijo ella—. Es alucinante. ¡Pasan cosas todo el tiempo! Mira, te lo juro, ayer mismo estaba en la biblioteca con unas amigas y se nos acercó un tipo raro con uno de esos chalecos de fotógrafo todo lleno de bolsillos, y...

—Ghis, en serio —exclamó Louis.

«Un enfermo —pensó, confuso—. Alguien que se ha caído redondo al suelo.» La gente se arremolina con esas cosas, como en los accidentes de carretera; la vía contraria a la del accidente siempre se colapsa porque todo el mundo tiene que aminorar y echar un vistazo, tocar con sus ojos los cuerpos caídos, manosearlos, ver los restos de los coches siniestrados, el metal retorcido, los cristales rotos en el suelo. La... sangre. Sábanas blancas cubriendo los

cuerpos en cualquier lado. Cuanto más aparatoso el accidente, más se detenían. Eso era. El morbo de la muerte sucediendo en una gran avenida en el centro de París, a última hora del día, cuando la noche hacía ya un buen rato que había caído y la ciudad centelleaba con sus luces y sus reclamos publicitarios. Por eso no habían salido los policías. Por eso. Porque estaban atendiendo el cadáver.

Pero la idea, que se había formado como un grito desesperado de ayuda en su interior que reclamaba coherencia, una explicación, resbaló con rapidez hacia lo absurdo. No se trataba del porqué de tanta gente, eso ya era irrelevante. Era cómo se movían, cómo seguían mirando al centro del grupo, los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, reaccionando con una sincronía que muchos bailarines solo adquieren tras un buen periodo de práctica. Eso era una cosa; la otra era el hecho inaudito y fascinante de que nadie había dejado el grupo atrás para seguir su camino. La gente tenía cosas que hacer, ¡cosas!, siempre cosas. Ir a alguna parte, llegar a tiempo para coger el metro, visitar la última tienda antes de que cerraran. Cosas. Pero nadie se iba. El grupo no hacía más que crecer, aglutinando viandantes a medida que se acercaban, confusos, y eran adoctrinados para formar parte de aquello.

Louis pensó en *La invasión de los ultracuerpos*. Imaginó a un Donald Sutherland abandonando el grupo y mirándolo con expresión ausente, levantando un dedo estirado y abriendo mucho la boca mientras emitía un sonido acusador.

—Ghis..., vámonos de aquí.

Pensaba también en su abuela. «Toma este dinero, Louis. Yo ya no lo necesito. Nadie va a necesitarlo dentro de poco. Disfrútalo, ¿vale? Disfrútalo mientras... mientras puedas.»

—Madre mía —estaba diciendo Ghislaine—, ¿qué está pasando allí? Debe de ser Michael Jackson por lo menos, si es que es un artista famoso.

Una voz despertó en la cabeza de Louis: «Sabes que ha muerto, ¿no? ¿Lo sabes, Ghislaine? Michael Jackson está muerto, tía coñazo. ¿Cómo es que no sabes eso?».

Sus piernas tenían otros pensamientos, sin embargo. Sin darse cuenta, estaba dando la vuelta para encarar la dirección contraria. Para irse. Huir.

¿Cuántos eran ya? Hacía unos instantes hubiera dicho que unos cien, tal vez. Cien personas, entre hombres y mujeres. Pero ahora... ahora eran tantos que, por el otro lado, empezaban a inundar el interior de un McDonald's. *Chez Macdo*, como lo llamaba Louis. Tal vez doscientas. Doscientas personas. Dentro del restaurante, los clientes que se incomodaban por la presencia de la gente se

levantaban para irse, llegaban a la puerta y...

Se integraban en el grupo. No salían de él, como todo el mundo.

Louis ya no tenía ojos para absorber todos los detalles. El sonido de los cláxones le hizo desviar la mirada hacia otro lado. La gente se había bajado de los coches. Las puertas estaban abiertas, los faros encendidos, pero... ¿dónde estaban los conductores? El grupo había crecido hasta prácticamente absorber algunos de esos vehículos, pero los conductores que se habían bajado para protestar... ¿dónde estaban?

«Están con ellos —pensó Louis—. Forman parte del grupo ahora. Se bajaron, furiosos, porque estaban colapsando la calle. Se bajaron gritando y pidiendo explicaciones: “¡Eh! ¿De qué va esto? ¿Fútbol? ¿Es por el fútbol? ¡Algunos trabajamos y queremos llegar a nuestras casas! ¡Eh, dejen paso!”. Pero cuando se acercaron al grupo, los rodearon, silenciosos, y ahora... ahora ya no protestan.»

Un escalofrío lo recorrió.

Se hurgó el bolsillo.

El móvil. El puñetero móvil. Lo había dejado en casa porque se había olvidado de dejarlo cargando durante la noche.

—Ghis, tu móvil —dijo con voz ronca—. Llama a la policía.

—¿Que llame a la policía? —exclamó Ghislaine con voz repentinamente aguda—. ¿Para qué quieres que... llame a la policía?

—Llama, por Dios. Llama a la policía.

Ghislaine miró a la masa. Había visto revueltas y celebraciones, y varios de los triunfos que París había obtenido en los últimos años, y pensó que nunca había visto a tanta gente junta en una actitud tan calmada. Era casi como... como un funeral, pensó. Como la gente que escucha callada las últimas palabras de despedida a un ser querido, respetuosa y queda, hombro con hombro. Solo les faltaban la lluvia y los paraguas.

Alguien salió del grupo. Louis la vio enseguida. Era una niña, una niña pequeña vestida con unos vaqueros y una sencilla camiseta rosa. Se había escabullido entre las piernas de la gente, indiferente a su paso, y estaba llorando; eso podía verlo con claridad incluso desde donde estaba, en la acera opuesta. Miró a la gente. Nadie le hacía caso. Nadie se volvía para mirarla.

—Por Dios —exclamó.

¿Qué clase de gente no se volvía ante el sollozo de una niña?

«Donald Sutherland —pensó—. Donald Sutherland no se volvería.»

Porque tenía las semillas alienígenas en su...

En su sangre.

Y de repente, como un zarpazo inesperado, su mente asoció los conceptos. «¡Vampiros!», gritó una voz dentro de él.

Lo decían. En las noticias. La propia gente. Decían que los vampiros tenían el poder de hipnotizar a sus víctimas. Es lo que decían. Los hipnotizaban y se convertían en sus esbirros. Hacían todo lo que les decían. Los... cuidaban, los protegían. Estaban a sus órdenes y daban sus vidas sin pensarlo.

Y toda aquella gente...

Recordó que todo había empezado con un grupo pequeño. Ahora llamarían la atención incluso desde el aire si un helicóptero de tráfico pasase casualmente por allí. Una multitud. Gente que hasta hacía poco iba por la calle atendiendo sus cosas. Que llevaba bolsas de zapatos en la mano que habían dejado caer porque...

Porque los zapatos ya no eran relevantes. Solo sus amos lo eran.

—Ghis —graznó, con las piernas temblorosas.

—No hacen nada, en realidad —dijo Ghislaine—. ¿Por qué quieres llamar a la policía?

—Ghis. Llama a la...

Una señora que iba de la mano de un caballero se acercó a la niña que lloraba. Ella señaló al grupo. La mujer se acercó. El grupo se abrió ligeramente y la envolvió. También al caballero. Desaparecieron, como todos los demás.

—Ghis, por favor, llama a la...

—Vamos a ver —exclamó Ghislaine, animada—. ¡Debe de ser algo importante! Una cola para comprar entradas de algo alucinante. ¿Te imaginas? Y tú y yo aquí perdiendo el tiempo.

—Ghis...

—¿Vienes o no? —lo apremió ella, mohína.

Louis estaba aterrado.

Una ligera capa de sudor pegajoso y frío había aparecido en su frente.

—Estás más raro.... —dijo ella—. Voy a preguntar, tontillo.

Louis quiso detenerla. Intentó levantar la mano, pero no pudo. Tampoco podía moverse. Quiso decirle que no fuera, quiso advertirla, gritarle, pero no tenía voz. Eran vampiros, estaba seguro. O el enemigo, como decían en las noticias. «Metahumanos», los llamaban los medios a veces. Pero eran vampiros, todo el mundo lo sabía. Vampiros en París. Decían que la Coalición de Defensa tenía las cosas controladas, que el ejército iba a dar a esos vampiros animales la lección de sus vidas, que no había que preocuparse. Su padre decía que España

estaba jodida, de todas maneras, pero que nunca conseguirían pasar de los Pirineos. «Son un puñado de babosos que gruñen y arman demasiado ruido — decía su padre—. Pero..., sorpresa, maricones, las cosas han cambiado en los últimos años. Tenemos fuerzas especiales, armas, tecnología. A poco que salgan de sus agujeros, les meteremos un satélite por el culo y a tomar viento.» Y, sin embargo, ahí estaban. Delante mismo de él.

Louis hubiera apostado un ojo de la cara a que ahí, en el centro de aquel grupo uniforme y pacífico, había vampiros. Vampiros que hipnotizaban gente. Que estaban hipnotizando gente. Haciendo una pequeña fuerza de choque de una manera silenciosa, sin gritos, sin alertas, sin que nadie se enterase. Ahí mismo, en la otra acera, había gente que miraba al grupo con curiosidad, sobre todo porque habían interrumpido el tráfico y los coches estaban armando un pequeño follón con el sonido de sus cláxones, pero otros seguían entregados a sus quehaceres como si no pasara nada. Un señor miraba el escaparate de una tienda erótica con expresión ausente. Un par de chicos se enseñaban algo en el móvil y uno de ellos reía como una hiena loca. Otro caminaba consultando el interior de una bolsa, con una radiante sonrisa en el rostro, como si dentro ocultara un valioso tesoro, y probablemente así era: un Blu-Ray con todas las películas de *La jungla de cristal*, o un juego de mesa, o unas zapatillas deportivas con un cargador para el móvil incorporado en las suelas. La oferta del siglo XXI para gastar dinero era tan inabarcable como inimaginable.

Y mientras tanto, a pocos metros, París empezaba a morir.

Probablemente, Europa entera moría.

Louis se tambaleó. A veces tenía bajadas de azúcar, pero aquel mareo profundo, terrible, que nacía de dentro como un agujero negro era diferente. Le faltaba la respiración, el pecho le dolía; la visión periférica se volvía una neblina difusa, intrascendente, inaprensible. Cuando por fin consiguió enfocar un poco, vio a Ghislaine cerca del grupo. Habían pasado solo un par de segundos, pero el grupo de gente ya parecía más numeroso, y Ghislaine dudaba, cerca de la gente. Podía imaginarla, preguntando con su interminable parloteo: «¿Señor? Perdona, señor. ¿Hola, señor? ¿Podría decirme... para qué es esta cola?».

El grupo se abrió. Louis intentó gritar otra vez, pero solo consiguió emitir un rugido ronco, mudo, que vibró en su garganta como si intentara despegarse. Ghislaine hizo una especie de reverencia, doblando ligeramente la pierna e inclinando la cabeza. Era un gesto tonto, muy suyo; lo hacía cuando saludaba, una suerte de genuflexión extraña con la que acompañaba al «¡hola!». Y así se internó dentro del grupo, como si la condujesen ovacionándola hacia el centro de

una fiesta en su honor, hasta que la gente cerró filas a su espalda.

Esa fue la última vez que vio a Ghislaine, al menos como la recordaba.

Salió corriendo. Ahora sí.

Corrió y corrió por la calle, entre el ruido de los cláxones, cruzándose con gente que, esa noche, tenía un destino inevitable. Gente que sonreía, que caminaba con paso rápido o lento indistintamente, todavía, y por poco tiempo, dueña de sus actos.

El grupo siguió creciendo.

3

El grupo había empezado a formarse a las 20.18 (hora local), aunque el reloj de la fachada del Banco Suizo, que se encontraba en esa misma acera, indicase, erróneamente, las 20.16. Apenas unos instantes después de que Erethros se plantara en mitad de la avenida parisina y dedicara atención a la luminosa opulencia de la creación del hombre. A esa hora, Erethros empezó a hurgar en la mente de las primeras personas que encontró. Había pasado demasiado tiempo aletargado y no estaba todavía totalmente recuperado, así que su primer intento de entrada reventó literalmente el cerebro de André Torres (apellido que ningún francés pronunciaba correctamente jamás). Explotó internamente como una fruta madura que se deja caer desde un octavo piso en cuestión de milisegundos, sin que André llegara a sentir dolor, o un espasmo, o algo, en definitiva. Un instante antes estaba pensando en cancelar la suscripción a un canal de televisión de pago porque no ponían más que mierdas, y al segundo siguiente ya no estaba allí. Detuvo sus pasos y se quedó de pie, mirando al frente, incapaz de formular un solo pensamiento, con menos actividad neuronal que una *pomme de terre*.

Comprobar lo degradado que estaba el hombre asqueó a Erethros. Se había convertido en una criatura más estilizada, sí, de rasgos más hermosos, tal vez..., pero su fortaleza psíquica no era superior a la de una rana de charco. Su mente era un agujero sin secretos, sucio como la boca de una cloaca, desprotegida, expuesta. Sus pensamientos eran líneas escritas en un tejido carcomido por una desconexión total de su entorno, predecibles latidos binarios que se enredaban en conceptos tan básicos que Erethros pensó en las funciones más elementales de una planta. Su primer intento de adentrarse en ellos había aniquilado totalmente a la criatura, así que redujo su intensidad. Resultó que no tenía que forzar la cerradura, ni siquiera tuvo que abrir la puerta. No había ninguna.

Controlar aquellas mentes le resultó tan sencillo como proponérselo. No le

extrañaba que Elexia hubiera tardado tan poco en controlar todo un país; es más, le costaba comprender por qué le había costado tanto. El hombre del siglo XXI era dócil como un cordero, y estúpido por añadidura. Elexia fue una de las primeras en ser bendecidas con el don de la existencia, pero era, en ocasiones, enrevesada, demasiado tubular en sus decisiones. Miraba a los hombres y mujeres con los que se cruzaba y le bastaba con un pestañeo para tenerlos a su merced. Uno. Otro. Otro. La progresión era geométrica.

A las 20.22, el grupo llegaba a la carretera y obstaculizaba el tráfico. El control sobre su nuevo e incipiente ejército ofrecía una precisión tan completa que podía moverlos y hacerlos bailar a su antojo, sin retardos; pensamiento, acción, como si moviera los dedos de su mano. Sin esfuerzo.

A las 20.24, Ghislaine Serrè cruzaba la carretera y se perdía en el grupo, progresaba hacia el interior y se encontraba con un hombre con sombrero (ala redonda, copa baja, cinta de color gris sucio) para olvidarse definitivamente de quién había sido hasta entonces. Dejó de ser, en el acto, un coñazo.

A la misma hora, más o menos, Louis salía corriendo despavorido. Siguió corriendo hasta dejar atrás la boca de metro que debía coger para ir a su casa. Solo pensaba en correr, y siguió haciéndolo hasta que el dolor en el pecho y la falta de aire lo obligaron a detenerse y cayó derrumbado al suelo, con lágrimas en los ojos. Nadie le hizo caso.

A las 20.35, el grupo ocupaba toda la avenida y se desparramaba por las calles aledañas, entraba dentro de la mayoría de las cafeterías y tiendas a pie de calle, y llamaba tanto la atención que la gente que aún vivía en los edificios de esa calle se asomaba a los balcones y lo grababa todo con el móvil. Cuando llegaba un efectivo de la policía, era absorbido por la masa.

A las 20.47 empezó a ser muy difícil que la gente que llegaba al grupo fuera absorbida por este y conducida ante la presencia de Erethros. Se tardaba demasiado. Por muy rápido que trabajara para desplazar a los nuevos acólitos hasta él, era demasiada gente en medio de una maraña de rostros impasibles, y se ponían nerviosos.

No, había llegado el momento de seguir con el plan.

A las 20.48, Erethros tomó al primero de sus dóciles convertidos, levantó su brazo con un gesto rápido y hundió los dientes en su muñeca. No mucho, solo un poco. El sonido fue el de un chapoteo, y luego... se apartó. Ya estaba; bastaba un contacto íntimo y fugaz de apenas un par de segundos para que la semilla de Erethros entrara en contacto con la sangre. El éxtasis fue sublime, mayúsculo, cósmico. El hombre echó la cabeza hacia atrás y los párpados se le abrieron y

cerraron con mucha rapidez, como si estuviera en trance, y tuvo una erección. La mayor que hubiera tenido jamás. Sonrió ampliamente mientras los espasmos eléctricos lo recorrían como en un ataque de epilepsia, produciéndole sensaciones extremas jamás experimentadas en sus pobres experiencias humanas. Comparado con aquello, ni la alegría había sido alegría, ni había sentido un placer tan salvaje, lunático, inconmensurable. Había nacido y se había movido por el mundo como una estrella apagada, su núcleo extinto y gris, una cáscara vacía. La semilla de Erethros, un genuino Mog de Tusla Edron y uno de los Nueve, había incendiado el corazón de esa estrella con una energía millones de veces más potente que el devastador centro de una explosión nuclear; la había encendido y hecho crecer, convirtiendo la estructura de su sangre y de su cuerpo en un recipiente perfecto para...

La evolución.

Un vampiro que hubiera sido humano previamente podría infectar a alguien con el flujo de su saliva, como había hecho Erethros, pero el nuevo vampiro tendría que vivir un proceso de adaptación que podía durar un tiempo; diez, diecisiete, veinte horas, hasta despertar de nuevo como un miembro más de la colmena. Pero la semilla de Erethros era primigenia, bestial, sin adulterar. Era un Naahvrantaar puro, uno de los más grandes, por cierto, tocado con dones como el de la inmortalidad, y contra esa semilla el cuerpo del hombre reaccionaba en unos instantes.

Cuando los espasmos cesaron, el hombre abrió otra vez los ojos. Un vampiro de primer orden, heredero directo de la semilla original, un mariscal con toda la fuerza, capacidad y poder que ello conllevaba.

El hombre supo inmediatamente qué debía hacer. El acceso a la colmena era cristalino y directo, sin retardos. Se puso en marcha, alejándose a través de la gente que aguardaba su turno, inmóvil, el semblante inexpresivo.

Aún eran las 20.48 cuando Erethros mordió al segundo.

Al tercero.

Al cuarto.

Por primera vez en esa noche, gente que caminaba con pasos decididos y rápidos empezó a abandonar el grupo por aquí y por allá.

Había mucho que hacer.

perfume mientras admiraba las suaves proporciones de su cuello y su mandíbula en el espejo. Su fragancia, por cierto, había costado ciento diecisiete euros; una extravagancia para un mejunje cuyo componente secreto era la algalia. Si Linn hubiera sabido que se extraía de una variedad de gato originaria de Asia y África, un mamífero carnívoro llamado *Civettictis civetta*, concretamente de la secreción de una glándula próxima a los órganos sexuales, probablemente habría pagado menos. O nada. Pero todo lo que sabía era que olía a algo que, inconscientemente, identificaba como el bello sexo, y que parecía darle a su piel una pátina de algo inidentificable, y que quedaba tersa cálida como el oro viejo. Y Linn se olía, se miraba y se extasiaba con lo que veía. Su narcisismo solo era comparable a su constante y poderosa... lujuria.

Lujuria, sí.

Se llevó una mano al muslo, tocó la seda de su camión y apretó con suavidad y premura, con cierta urgencia. Tenía esa sensación interna en el bajo vientre, apremiante, un tamtam de tambor cuyo sonido llegaba como amortiguado, desde la distancia, en forma de latidos rítmicos y anhelantes.

Paul estaba tardando.

Paul, Paul, Paul. Paul era... Paul era piel. Paul era besos húmedos, era la mirada ardiente que se te clava dentro y te hace levantar las caderas en la cama. Paul era el cuerpo suave y bien formado, era olor masculino, intenso, dulce, penetrante. Paul era el contacto intermitente de vientre con vientre, eran dedos grandes y manos fuertes. Paul era noche, era sudor, era el transporte sublime hacia estadios de pensamiento y sensaciones que Linn, con más de mil amantes a su espalda, no había conocido más que con él.

Paul. Paul.

Pensó en su miembro erecto, potente, y se desesperó un poco.

¿Por qué tardaba tanto? Paul era siempre puntual, y cuando se retrasaba, avisaba con un mensaje o una llamada. Nunca había cancelado una cita. Su voz al teléfono, de todas maneras, la convencía de que lo esperara durante horas, si hacía falta. A Paul... a Paul lo esperaría durante días. Semanas. Toda la vida.

Consultó el móvil. Últimamente, con los problemas en Estados Unidos, fallaba demasiado. Se quedaba sin cobertura, sin servicio, o internet se caía

Se acercó a la ventana del hotel, su cuerpo delgado y todavía joven, a pesar de estar empezando a acumular años, moviéndose en silencio por la moqueta, y dejó escapar una expresión de desaliento.

Ahí abajo parecía haber algún tipo de manifestación. Una especie de protesta silenciosa, a juzgar por la ausencia de ruido y la actitud queda y pacífica

de los integrantes. A lo mejor era una de esas chorradas que hacía la gente por todo el país para rezar por la situación en América. Había visto carteles y cosas por las calles, a veces en internet, carteles desafortunados creados por estúpidos que tenían una suerte de fijación con viralizar las cosas: «USA, AQUÍ ESTÁ MI SANGRE» o «PRONTO LLEGARÁ EL AMANECER». La gente compartía esos carteles y se llenaban con la falsa sensación de haber hecho... algo. De haber ayudado. Acallaban sus conciencias para poder salir a la calle y seguir con su día a día, sus compras compulsivas, sus tareas de hámsteres encerrados en una rueda que, al menos en el resto del mundo, aún seguía girando de alguna manera. ¿Acaso no había leído en alguna parte que la actividad económica procedente de los pequeños mercados se había disparado? Como si... como si flotase la sensación de que...

De que todo se acababa.

Miró la manifestación otra vez.

Demasiado inmóvil. Demasiado callada. Había visto otras muestras similares anteriormente, de solidaridad, tristeza, de buenos deseos, con velas encendidas, gente que rezaba o cantaba, y ninguna de ellas era así. Ahí abajo no transitaba nadie por las aceras, ajeno al evento. Nadie que fuera a alguna parte, que se hubiera encontrado con la masa por accidente. Nadie que estuviera a la vista dejaba de estar absolutamente implicado.

Se quedó inmóvil, pensando.

No, algo no iba bien. Nada, nada bien.

De pronto, un par de golpes sordos le hicieron dar un respingo. Era la llamada de Paul. Por fin Paul. Por fin.

Se dirigió hacia la puerta dando un par de brincos y abrió.

Era Paul, desde luego. Su traje impecable, su cabello corto y algo ceniciento en las sienes, con ese delicado equilibrio entre el negro de la cabellera y el gris de los lados que resultaba tan estético, tan atractivo. Paul; oh, Paul, con sus ojos grises y profundos y su voz con un ligero acento noruego.

—Paul —gimió ella.

No había calculado cuántas ganas tenía de verlo, realmente. Su sola presencia bastó para hacerle apretar los muslos y deslizar suavemente una de sus piernas desnudas bajo el camisón, como si se acariciara. Tenía... tenía una suerte de aura de magnetismo especial aquella noche, como si fuera la mejor versión de sí mismo, como si sus encantos desbordados se hubieran acicalado y puesto a punto para la ocasión.

Paul sonrió.

Ella sintió que se derretía por dentro. Su sexo palpitaba, ardiente y apremiante. Su boca se entreabrió.

Paul avanzó hacia ella, la cogió en brazos sin esfuerzo y la llevó a la cama. Ella ni siquiera se dio cuenta de que Paul no había cerrado la puerta.

—Paul... —susurró.

Quería besarlo, quería desabrocharle un par de botones de la camisa y perder su mano por el hueco para tocar y acariciar su pecho, su vello ralo y rizado, la dura prominencia de su pezón. Quería. Pero por alguna razón no podía dejar de mirarlo, embelesada, perdida y enmarañada en su mirada, incapaz de tomar la iniciativa. Linn solo había tenido a lo largo de su vida una regla dedicada a ella misma y sus deseos carnales: no enamorarse. Muchos hombres en el pasado habían tenido relaciones con ella y se habían enamorado, más o menos perdidamente. Le habían propuesto amor eterno y matrimonio, pero ella los dejaba en cuanto empezaban a hablar de ese tema. Quería ser libre. Quería disponer de un hombre por la mañana y otro diferente por la tarde, para acabar con un tercero al anochecer. Solo le interesaban sus cuerpos y su capacidad de seducción, no sus historias personales, en qué podían o no pensar, su pasado, sus inquietudes, sus sueños. Linn codiciaba la pasión inicial, esa energía que nacía de dentro y que era sublime en los primeros encuentros, la sorpresa de la magia sexual del primer intercambio, esa que estaba condenada a apagarse, a volverse conocida, rutinaria, un sucedáneo de esa primera experiencia, original y nueva. Paul era el único hombre con el que había repetido, no una ni dos, sino veinte y treinta veces. Era su hombre lobo noruego en París. Y esa noche, mientras él la llevaba en brazos a la cama, supo... lo supo sin reservas ni dudas, que podía ser feliz estando todo el tiempo a su lado. Junto a aquellos ojos profundos que eran un misterio y la ausencia de incertidumbre a la vez.

Él la dejó sobre la cama.

—Paul... Paul..., ámame, Paul..., hazlo.

—Linn —susurró él.

Alguien, en algún otro lugar del hotel, gritó. Si Linn lo oyó, fue a través de una ventana trasera de su mente, y no le prestó atención.

—Vas a ser la perdición, Linn —exclamó él—. He venido a por ti porque vas a ser la luna en el firmamento oscuro, imposible de dejar de mirar.

—Paul —dijo ella estremecida.

Le puso una mano en la entrepierna y notó el bulto de su sexo.

Empezó a desabrocharle el pantalón con movimientos urgentes, los labios húmedos entreabiertos.

—Los hombres se desesperarán cuando te vean, cuando vuelvas y seas una con nosotros....

—Paul... —repetía ella, anhelante. Cada susurro suyo recorría su cuerpo como una pequeña descarga eléctrica. Se sentía como si condujese un deportivo a toda velocidad por una sinuosa carretera entre dos abismos.

—Se arrodillarán ante ti, Linn. Dejarán caer sus armas y desmontarán todas sus defensas con la sola esperanza de admirarte. Admirarte. Admirarte.

Por fin, apartó el pantalón y bajó con rapidez su ropa interior para dejar al descubierto el miembro. Lo miró durante un segundo mientras el fuego en su interior se convertía en un incendio insoportable alimentado por torrentes de magma que escapaba a través de la tierra, furioso y burbujeante.

Paul la dejó hacer, sonriendo.

No se puede decir que Linn y el vampiro hicieran el amor. Ella desde luego no había llegado a comprender nunca lo que era el amor, y él... él había escapado ya de conceptos y definiciones humanas tan limitadas, extremistas e imprecisas como «el amor». Había trascendido a otra cosa. Era otra cosa. Pero tuvieron sexo, un intercambio de expresiones animales, bárbaras, imparables. Linn había acumulado más de mil amantes en el pasado, pero ninguno, ni siquiera el antiguo Paul, la había conducido a estadios sensoriales tan inauditos como los que experimentó esa noche.

A veces, mientras él la poseía repetitiva y completamente, sin tregua, sin descanso, alguien gritaba a lo lejos; alguien moría o se convertía en otra cosa. Todos los perros de París ladraban a la vez. A veces también sonaban disparos. Linn no oyó nada de eso, sumida en una descarga incontrolable de sensaciones íntimas, emocionales, sexuales, químicas. Esa noche... París moría. Moría o se infectaba, un cáncer imparable de la Marea Roja en el corazón mismo de Europa.

Luego, en mitad de uno de los orgasmos de ella, Paul desvió la cara unos centímetros y la mordió en la parte superior del muslo. La sangre brotó al momento, deslizándose sobre la piel blanca, enrojecida por la fricción de las carnes. La intensidad del orgasmo de Linn se redobló, se triplicó, y luego explotó y atravesó la barrera del sonido con una cascada de chispas y luces. Había tenido treinta, cuarenta orgasmos durante la noche, pero ahora se enfrentaba a algo que nunca hubiera pensado que fuese a conocer. Algo orgánico, bestial, un centelleo cósmico que la alumbró, por un instante, como el corazón de una estrella que explota. Separó los labios y sacó la lengua, como en un ataque de epilepsia, mientras un espasmo salvaje la recorría.

Paul bebió, y mientras bebía, se transformó, sin ser consciente de ello. Sus brazos se alargaron, la piel se cuarteó para dejar a la vista un cuero ocre y tirante, las piernas se le quebraron por varios sitios para formar nuevas articulaciones, sus manos se convirtieron en garras con uñas que arañaron ligeramente el vientre desnudo de Linn. Ella extendió los brazos, tomó su cabeza, ahora calva y rugosa al tacto, y la apretó contra su pierna mientras levantaba las nalgas sobre la cama. Su sexo olía a fricción, a fluidos vitales, a vello húmedo.

Bebió un poco más, ahora despacio, mientras ella dejaba de moverse. Pequeños sorbos de un *bouquet* aderezado por feromonas revueltas, horas de sexo y la sublimación de la carne. El brazo de Linn cayó a un lado, inerte, y su cabeza se inclinó suavemente para mirar una de las esquinas de la habitación. Una habitación de doscientos veinte francos, por cierto, que nunca volvería a registrar visitas.

Después de unos instantes, el vampiro se incorporó, la boca espantosa cubierta de sangre húmeda y brillante. Admiraba su obra. Sus pechos perfectos y la aureola color avellana que rodeaba sus pezones apretados y duros, la suave oquedad de su ombligo, su cuello y las fascinantes proporciones de su hermoso rostro.

Había creado una diosa.

Cuando volviera... Oh, cuando volviera.

No dijo nada.

Se dio la vuelta y se fue, cruzando la puerta aún abierta, para perderse en el pasillo: una forma antigua que llevaba demasiado tiempo sin verse en la creación, una forma que, en otro tiempo, fue maestra y hegemónica, y que ahora reclamaba su lugar.

La habitación olía a sexo.

DESPUÉS

EXTRACTO DEL TESTIMONIO DE BENJAMIN RIVERS

«Tuvimos a aquella señora en la habitación principal, la madre de mi mujer. La llamo señora porque nunca sentí una afinidad familiar con ella. Incluso cuando estaba viva..., quiero decir, antes de que la convirtieran, se preocupaba muy mucho de dejarme claro que yo solo era el tipo que producía dinero para que su hija viviera bien. Y también ella, por añadidura. A veces venía a casa y se quedaba largas temporadas. Se comportaba como si todo fuese suyo. Pero si expresaba mi desagrado, mi mujer se enfadaba conmigo y teníamos problemas. Siempre había problemas cuando Allison, la señora Dankworth, estaba cerca, y desde luego, no fue más fácil después.

»Teníamos un sótano, desde luego; todas las casas de la zona tenían uno. Eran viviendas unifamiliares de alto *standing*. Las cosas me iban bien. Guardaba dinero para... un futuro mejor. Si me hubieran dicho lo que ocurriría, que el futuro mejor aparecería de noche y me arrebataría mi vida, la vida de todo el mundo, habría hecho una o dos cosas con el dinero. No me pregunte qué. Me disgusta ponerme soez.

»Era la habitación principal porque era la sala más cómoda de la casa. Bueno, es lo que le dije a mi mujer; al fin y al cabo era su madre. Accedió de inmediato, claro. En secreto, yo tenía otra cosa en mente. La instalé allí porque la habitación tenía tres grandes ventanales rodeando la cama; ventanas grandes, de esas antiguas que llegaban hasta el techo. Daban a nuestro jardín y solo se veía la copa de los árboles, así que nadie nos veía cuando mi mujer y yo compartimos los mejores días de nuestra relación. Los mejores.

»Me encantaba despertar un domingo en aquella cama. Para cuando llegaba junio, el sol entraba por las ventanas e inundaba la cama de luz. Por eso tuve la idea. Allison era un vampiro, sí, pero tenía las piernas aplastadas e inútiles, y los brazos no estaban en mucho mejor estado. Cuando la convirtieron se quedó en coma en un lugar en llamas, en medio de la matanza atroz que ocurrió en el centro comercial Cedar, en Cedar Rapids, Iowa. Éramos de allí, ¿sabe? Pues... mientras estuvo en coma, el techo del centro comercial se vino abajo y la sepultó. Ojalá lo hubiera visto. Los restos del centro comercial, digo. Los vampiros son duros, sí, pero aquello parecían las Torres Gemelas después de que se desplomaran. Solo Dios sabe cómo pudo escapar de aquella prisión de hierro y cemento. ¿Cómo? Aún me lo pregunto. Si se sirvió de la boca para morder algún trozo de herrumbre y tirar de su cuerpo con obstinación, odiando, odiando hasta liberarse, o si alguno de los otros monstruos la ayudó, no lo sé. Pero de alguna manera... de alguna manera se arrastró hasta casa en plena noche, como una serpiente abyecta y deforme, descomunal, retorciendo su cuerpo y sus miembros inútiles para sorprendernos y... quién sabe si convertimos, o asesinarnos. Conociéndola, creo que usaba gasolina de primera para moverse. Sabe a cuál me refiero, ¿no? La gasolina del odio, esa que siempre ha movido al mundo.

»¿Sabe...? No es... normal que personas de la edad de mi suegra fuesen convertidas en vampiros. No lo es. Tenía casi sesenta... uh... sesenta y seis años, creo. No se ven vampiros de esa edad. Pero Allison era... Bueno, era una condenada hija de puta, ahora puedo decirlo, ¿no? ¿Va a grabar eso? (...) De acuerdo. Pues lo era, con todas las letras. Así que creo que cuando el vampiro que tuviera los arrestos para morderla y chuparla y beberse su sangre se encontró con ella, creo que... supo ver que era el ser humano más redomadamente malo, retorcido y enfermo del corazón que haya existido jamás. ¿Sabe lo que le digo? Debió... debió de mirarla a los ojos y pensar: "Vaya, aquí hay alguien que va a liarla parda cuando sea uno de los nuestros". Mi suegra, sí. Allison Dankworth. No es un apellido muy común. Bueno, ella no lo era.

»No sé cómo conseguimos reducirla. Su cabeza parecía dislocarse para intentar mordernos. Fue surrealista.

Mi mujer se puso histérica. Decía que era su madre, que todavía era su madre, y lloraba y me golpeaba con los puños cuando tenía el pie puesto sobre su cabeza enloquecida para que no nos alcanzara con los dientes. Jesús, qué asco. Si has visto los dientes de un vampiro de cerca, lo has visto todo. Son como los de un pez, ¿no? Uno de esos peces abisales que son todo boca. O un alien, los dientes puntiagudos y brillantes como si fueran metálicos.

»La llevé a la habitación en cuanto pude, después de sedar a mi mujer con una droga que hubiera tumbado a un caballo. Entonces pude trabajar, sin sus gritos y sus protestas. La arrastré, cogiéndola de las piernas rotas por varios sitios. Los huesos se sentían realmente hechos polvo bajo los dedos. Era asqueroso. Dios, ojalá la hubiera matado entonces. Debí haberla matado. Ojalá hubiera enterrado su cuerpo en el jardín y la cabeza a diez kilómetros de distancia. Para asegurarme.

»Me costó la vida llevarla a la cama y asegurarme de que no se moviera. Utilicé bridas de plástico, de las que se usan para el jardín, y todos los pulpos, cadenas y chismes que encontré por la casa. Y aun así daba por saco. Sus brazos y sus piernas no servían de nada, como le he dicho, pero movía el cuerpo como una bailarina de Bali. Y su cabeza... No he visto a nadie extender el cuello de esa forma.

»Lo que me hizo ponerla en la habitación fueron las ventanas, sí. Las cubrimos, claro, porque la claridad del día la hacía humear y silbar como si fuera una tetera. Echaba... echaba ese humo blanco por la boca como si se le estuvieran cociendo las tripas. Las tapamos todas. Pero, en secreto, ideé un sistema de cuerdas para poder retirar las cortinas y los plásticos y las persianas que usábamos para cubrir las ventanas. Cuerdas atadas a un mecanismo basado en poleas. Ella, Allison, me vio hacerlo, desde luego, atada a la cama. Sabía lo que estaba haciendo. Podía sentir su odio clavado en el cuello. Estás trabajando y sientes eso en la nuca, esa... certeza de que si pudiera liberarse, te arrancaría el corazón abriéndose paso en tu pecho con solo los dientes.

»Al principio fue fácil, aunque por entonces no lo sabíamos. Creíamos que habíamos tocado fondo, cuando aún... aún faltaban por bajar seis o siete sótanos, algunos anegados por la mierda. Ella, Allison, se comportaba como el monstruo que era. Gritaba, hacía ese ruido con los dientes cuando abría y cerraba la boca, CHAS, CHAS... Chas. Se sacudía. Sobre todo de noche. Parecía que se crecía de noche, y su boca era todavía más grande y monstruosa. Te miraba con una mezcla de odio y... algo parecido a la lujuria, una especie de deseo obsesionado, enloquecido, que te hacía sentir náuseas si te quedabas perdido en su mirada demasiado tiempo. Mi mujer no quería verla, aunque estaba atenta a ella todo el tiempo. Con todo lo que estaba pasando, las evacuaciones, el cierre de los comercios, todo... ella seguía concentrada en cuidarla. Le hacía guisos, le traía... no sé, huevos, huevos crudos, hasta patas de pollo. Decía que si no comía enfermaría, ¿puede creerlo? Me daban ganas de cogerla por los hombros, zarandearla y gritarle a la cara que ya estaba muerta, que intentara respirar el aliento fétido a tumba y a morgue que le salía por el hocico cuando chillaba, que respirara la peste inmundada a medicamentos de hospital que llenaba toda la habitación... Pero era mi mujer. Era mi mujer, y no quería... no quería hacerle daño.

»En una ocasión, me desperté a medianoche en el piso de abajo. A veces dormía allí porque los gritos de Allison se oían menos. Me desperté precisamente por el silencio. Era tan inusual que salté del sofá con la cara todavía hinchada por el sueño. Ni siquiera podía enfocar bien. Subí arriba. La puerta de Allison, la que había sido nuestra habitación, estaba entreabierta, y la luz se filtraba en el pasillo. Y tuve miedo, ¿sabe? Estaba todavía medio dormido y tenía la sensación de estar dentro de una pesadilla. ¿Sabe cuántas veces le hice jurar a mi mujer que no entraría en esa habitación mientras fuese de noche? Diez mil veces. Más aún. Pero la luz estaba encendida, y había un ruido en el aire... un ruido extraño, como si... Bueno, me vino a la cabeza la imagen de un barreño lleno de tomates y una mano estrujándolos. Ese sonido.

»Pero cuando me acerqué a la puerta y la abrí... Dios. Creo que no había sentido tanta... tanta confusión, tanto asco y tanto miedo en mi vida.

»Era mi mujer. Se había hecho un corte en la muñeca y se apretaba el brazo para dejar caer un pequeño goteo lento pero constante de sangre en la boca abierta de su madre. Aquella lengua alargada y blancuzca, vieja, como una babosa pútrida, moviéndose con desquiciante rapidez para atrapar las gotas de sangre que caían del brazo de mi mujer...

»Fue espantoso. Ella me explicó llorando que su madre no comía más que sangre, y que sin ella moriría. Que lo había intentado todo, pero... “Solo la sangre, cielo, solo mi sangre...” Eso repetía. La sangre. Yo no quería que me tocara. Estaba asqueado. La rehuía por toda la habitación, los ojos cerrados, como si quisiera despertar y escapar de aquella pesadilla. “¡Basta!”, le decía. Y mientras alargaba los brazos hacia mí implorándome perdón, vi que tenía el brazo lleno de cortes, cortes profundos, antiguos, unos sobre otros. Me quedé horrorizado. Le pregunté cuánto tiempo había estado alimentando así a su madre sin decírmelo. Le dije que estaba loca. Loca.

»Al día siguiente hablamos. Quería sacarla de allí, de la casa, para que se alejara de su madre y de todo, pero por entonces las calles empezaban a estar realmente vacías y parecía que ya ni la policía ni los servicios de emergencias funcionaban. Tenía miedo de que algún desgraciado con un arma nos diera un susto, así que hablamos en el salón. Hablamos mucho y la convencí, un poco, sobre lo que ocurría en realidad. Lloró mucho y nos abrazamos, y prometió no alimentar más a mamá. A mamá. Eso dijo: “A mamá”. ¿No es irónico? Le estaba explicando que su madre no era su madre, que era una especie de monstruo... muerto... del infierno... y ella llora, me abraza y me dice: “No alimentaré a mamá”.

»Dios, ojalá me hubiera dado cuenta entonces.

»No sabría decirle ahora si mi mujer dejó de alimentar a su madre porque con nuestra conversación la había convencido o porque sabía que yo la vigilaba. Pero paró. Paró y eso empezó a notarse enseguida.

»Fue la actitud de Allison. Dejó de gritar, de estremecerse, de luchar. Cuando entraba en la habitación, me miraba con una expresión que ya no podía leer. Era inquietante. Estaba mucho más delgada, y en su rostro casi cadavérico se marcaban las líneas de las mejillas. De día era soportable... tenía la boca normal, al menos, pero de noche se transformaba en un monstruo imposible, con esa boca enorme, desmesurada. Pero ya no gritaba, y mientras la ciudad se vaciaba poco a poco y la calle se convertía en un páramo desértico, dormimos más o menos bien durante unos días. Después de eso...

»Un día me llamó desde el piso de arriba. Mi mujer estaba en la cocina y no la oyó. Nunca la había oído llamarme por mi nombre, o ni siquiera mirarme, para el caso. Casi siempre era: “Cielo, dile a tu marido que hay hombres que pintan la verja cuando hace falta pintar la verja”, aunque yo estuviera en la misma habitación. Así que... subí. Ella estaba en la cama, por supuesto. Sus brazos se habían convertido en trozos de carne retorcidos, para entonces, de un color amarillado, y uno de ellos colgaba a un lado. “¿Qué quieres?”, le pregunté. Y me dijo... me preguntó si quería vivir. Le dije que sí, que quería, y me dijo que entonces la soltara; que ellos estaban llegando. Que estaban muy cerca, y que no me perdonarían lo que le había hecho. Que me provocarían dolor... un dolor insoportable e intenso, durante semanas, meses, años, día tras día, y que no me permitirían morir. Que me arrancarían la lengua y también los párpados para que nunca más pudiera cerrar los ojos y dejara de ver las atrocidades que me harían. Que me arrancarían la piel del cuerpo, y la carne, y dejarían mis músculos expuestos. Dijo que me abrirían la espalda en canal y doblarían los huesos de la espina hasta dejarlos expuestos, como crestas en el lomo de un dinosaurio. Que me penetrarían el... el culo y la boca, y beberían de la sangre que saliese. Y que la única comida que me darían sería el vómito necrosado del contenido muerto de sus estómagos sin vida. Dijo esas y otras cosas.

»Lo dijo con parsimonia. Tranquila. Como si me explicara qué programa debía poner en una lavadora para lavar ropa de color. Me quedé congelado. Había algo en su tono que... prácticamente... te garantizaba que eso iba a suceder, tal cual lo había explicado, sin exageraciones. Casi... casi apreté el culo, anticipándome al dolor. Bueno, para entonces ya sabía, sabíamos, de una manera íntima o inconsciente, que no íbamos a ir

a ninguna parte. Ya no. Todo el mundo se había ido ya hacia el oeste, porque en Pensilvania y Delaware las cosas se habían puesto feas... y quiero decir muy feas, y ya no pasaban vehículos militares o policiales por la calle avisando de la orden de evacuación. Habíamos perdido el barco, todos los barcos, solamente porque mi mujer quería salvar a su madre. Mi suegra.

»No contesté. No creo. Lo siguiente que recuerdo es que estaba en el baño, vomitando el desayuno, que cada vez era más escaso.

»Creo que aquella fue la última vez que Allison dijo algo remotamente parecido a la verdad. Se convirtió en una maestra de las mentiras. Todo lo que decía eran mentiras, mentiras, mentiras. Mentiras odiosas, crueles. Me dijo que mi mujer, su hija... se tiraba a Mark Loughy, un amigo suyo con el que solían ir a ver películas, europeas en su mayoría, ese tipo de producciones superpremiadas que te dejan dormido en cinco minutos de secuencias lánguidas con una música arrastrada. Los jueves, casi siempre. Que follaban en un hotel cerca del cine Albany, el Royal Birdwhistle, y que cuando terminaban y dejaban la habitación, bromeaban con la chica de recepción acerca de la puntuación del polvo del día. Ella podía decir "Un seis", y él ponía caras y reían los tres. Dijo... que su hija le contó una vez, entre carcajadas, que yo... que yo tenía un pene pequeño... que era peor amante que un ladrillo, y que pensaba dejarme e irse con Mark Loughy, que era un empotrador nato; que lo habría hecho si el mundo no hubiera decidido irse a la mierda.

»Todo eso me hubiera hecho mella en otra época. Lo admito. Pero para entonces estábamos un poco desquiciados por la situación, la incertidumbre, el... el miedo. Puede que mi mujer tuviera realmente una relación con Mark Loughy. Si me hubiese parado a pensarlo, es posible que hubiera acabado recordando que mi mujer nunca quería tener relaciones los jueves, ni tampoco los viernes, ni en todo el fin de semana, en realidad. Como si estuviera agotada. Tampoco un par de días antes del jueves, a decir verdad. Es posible que hubiera recordado que, de hecho, llevábamos más de seis meses sin relaciones, y que a veces... a veces volvía del cine con el pelo húmedo, como si se hubiera duchado. Cosas que observas y guardas en la memoria, pero en las que no piensas realmente hasta que te explotan en la cara.

»Decía todas esas cosas, pero no funcionaban conmigo.

»Mi mujer, en cambio, empezó a pasar mucho tiempo con ella. Ya no parecía un monstruo espantoso, más bien una abuelita torturada y desvalida, así que mi mujer volvió a sentir pena por ella, y remordimientos, y hablaba con su madre y ella la miraba con cara lánguida. Supongo que le decía cosas como "¿Por qué dejas que tu marido le haga esto a mamá, cielo?". A veces salía llorando de la habitación, y cuando me acercaba a ella me decía: "¡Monstruo, eres un monstruo!", y cerraba la puerta del cuarto de baño de un portazo. Otras veces me pedía que le aflojara las cintas y las cadenas con las que estaba atada a la cama, que si no lo hacía yo lo haría ella.

»Sabía que era Allison, jugando con su mente y sus sentimientos. Cuando pasaban tiempo juntas y cerraba la puerta, me inquietaba como un colegial a punto de recibir las peores calificaciones de la historia de la enseñanza. Sabía que Allison terminaría por convencerla de que la soltara, o de que yo era el auténtico enemigo, o de que la alimentara de nuevo. De cualquier cosa.

»Allison estaba rara, desde luego. Tal vez su madre le hubiese dicho que yo también tenía una aventura.

»Empecé a considerar la posibilidad de acabar con ella. Tenía que hacerlo. Si Allison convencía a su hija de darle un último abrazo, tal vez en medio de alguna lluvia de recuerdos emotivos, si... si acertaba a disculparse por toda la mierda que había traído a su vida, mi mujer accedería. Se olvidaría de su boca llena de dientes y de cómo había intentado matarnos cuando apareció en casa aquella noche, y la abrazaría. La perdonaría. Y cuando tuviera su cuello cerca... entonces... Bueno, eso sería todo.

»Pero... era distinto pensar las cosas que hacerlas. Hay una diferencia importante. A veces, de noche, iba a verla a su cuarto, con un cuchillo en la mano. Ella siempre estaba esperándome, siempre despierta. No la vi

dormir ni una sola vez. Nunca. Me decía: “¿Quieres escuchar un secreto, Ben? Tengo un secreto muy bueno. ¿Quieres... escucharlo, eh? ¿Quieres?”. Yo no contestaba. ¿Para qué? Era como ver las noticias en la tele, todo mentiras y manipulaciones. Me ponía cerca de ella, sudando y respirando como si acabara de correr diez kilómetros, y ella decía: “Si quieres escucharlo, Ben, acércate... Acércate solo un poco... Vas a alucinar. Vas a flipar tanto que la polla se te pondrá dura”. Pero yo miraba su frente, nunca sus ojos, y trataba de imaginar dónde iba a clavarle el cuchillo. Me decía que sería solamente un golpe, un solo golpe seco, y todo acabaría. Un solo movimiento, ¡ZAS!, y... recuperaríamos la libertad. Podríamos alejarnos de allí, tratar de irnos, tal vez, aunque fuera por nuestros propios medios, hacia el oeste, o hacia el sur. Me decía que era posible, que podría conseguirlo; solamente tenía que procurar que el golpe fuera realmente bueno, tener la fuerza necesaria para atravesar el cráneo. Y su olor inmundoso, sus brazos exangües como pellejos sin vida, sus ojos turbulentos, su charlatanería incesante, terminarían.

»“Si te unes a nosotros, Ben, tendrás la polla más dura que jamás hayas imaginado. Te encanta follar, ¿te encaaaaanta! Pues tendrás el vigor de un joven atleta de veinte años. Y no solo en la cama... Saltarás y correrás sin cansarte todo el tiempo, y podrás follarte a quien quieras. Un atleta no, Ben, serás el Campeón Olímpico de los Coñitos. Tendrás a quien te dé la gana. Y todos te temerán, Ben. Serás la noche y la sombra del viento, serás la oscuridad, serás la muerte, un ariete de hierro y sangre.”

»Lo intenté. Les juro que lo intenté, allí plantado, escuchando su verborrea interminable, con el cuchillo en la mano. Sudaba y... a veces... a veces creía que podría... que iba a conseguirlo. Me visualizaba a mí mismo clavando el cuchillo en su frente, y luego... luego intentando retirarlo para que mi mujer no lo viera. Pero estaba empotrado en el cráneo y, aunque tiraba de él, no podía extraerlo. Me veía a mí mismo poniendo el pie en su cuello para tirar de todas mis fuerzas, su lengua asomando por la comisura de la boca, deshinchada como el moco de un pavo. Y cuando había liberado el cuchillo, entonces... entonces no podía parar. Lo esgrimía contra su cuerpo una y otra vez; una y otra vez, acuchillándola con los ojos cerrados, en cualquier parte, flexionando las rodillas en cada golpe como si estuviera bailando reguetón, los ojos cerrados y la boca abierta en una especie de paroxismo histriónico de la violencia.

»Esa imagen... Esa imagen de mí mismo me hizo sentir asco. Un asco profundo. Imagine mi estado mental en ese momento. El mundo se había convertido en el escenario de una de esas películas catastrofistas, mi mujer era una sombra pálida sollozante, y toda esa conversación espantosa sobre... follar, mi pene, y todo lo demás, que no iban conmigo... No pude. Le juro que no pude.

»Pensé que... podría tirar de mi sistema de poleas cuando fuera de día. Quemarla con el sol, y ya está. Que ardiera en la cama. Me importaba muy poco si la casa entera ardía hasta los cimientos. Probablemente lo haría, a juzgar por las películas, pero... si no era así..., bueno, entonces la quemaría yo mismo, para que la casa se purgase, se desinfectase del aliento podrido de Allison Dankworth. Ya habíamos tenido bastante; nos iríamos.

»Esa noche, agotado mentalmente, me fui al sótano y dormí allí, en un saco de dormir que nunca habíamos estrenado. Parte de los planes del pasado de ir a lugares bonitos para acampar bajo las estrellas, beber vino y hacer el amor. Nunca ocurrió. Nunca ocurriría.

»A la mañana siguiente, la casa estaba en silencio. El sol brillaba alto en el cielo, y antes de subir al piso de arriba, salí durante unos instantes. No sé por qué lo hice, pero ahora se me ocurre que tal vez intuía algo. Uno despierta sentidos que no creía tener cuando está acorralado, ¿no es cierto? Eso creo. Era una mañana hermosa. La temperatura era perfecta, el sol iluminaba la calle como si un artista conceptual o un director de arte hubiera decidido qué zonas estaban tocadas por la luz y cuáles en sombra. Vivía allí desde hacía una década y nunca me había dado cuenta de lo bonito que era el barrio. Hasta vi un sendero que cruzaba entre las casas y me pregunté... adónde llevaría, y... por qué nunca lo había recorrido. ¿Por qué? Lamenté no haber cogido ese camino un sábado cualquiera por la mañana, con sándwiches de queso metidos en una mochila a la espalda y un par de buenos zapatos.

»Pero el momento pasó, y cuando entré otra vez en la casa me di cuenta de lo mal que olía en realidad. Olía a enfermedad, a armario de medicinas, a vendas, a pus. Sentí asco al pensar que había estado respirando todo aquello, pero subí, de todas maneras. Siempre que subía esa escalera pensaba más o menos en lo mismo: que ojalá la vieja Allison hubiera muerto durante la noche. A fin de cuentas, si nadie la estaba alimentando, ¿cuánto más podía durar?

»Cuando entré en el dormitorio, sin embargo, todo cambió. Mi mujer estaba tirada en el suelo, junto a su madre. Tenía sangre en el brazo, en el hombro, en la cara, y debajo de ella había un charco oscuro. Y sonreía. Le juro por Dios que sonreía. Tenía esa sonrisa placentera en el rostro, como si... como si durmiera la siesta una tarde tranquila de verano, esa que te echas cuando todo va bien, hay dinero en la cuenta y tienes semanas de vacaciones por delante. Pero estaba muerta. Estaba más que muerta. Estaba infectada, y sabía lo que iba a ocurrir.

»Llevé otra cama a la habitación mientras Allison se reía. No paraba de reírse. Tenía su risa metida en el cerebro, como una banda sonora desquiciada, rota, de un grupo de rock demoniaco con demasiada droga en vena. Pero me las compuse para poner a mi mujer en esa cama, al lado de Allison, y luego la até con el resto de las cuerdas y cintas de seguridad que me quedaban. Allison me escupía, gritaba, se sacudía, me amenazaba con horrores impensables, me decía que me encontraría, que ellos me encontrarían aunque me ocultase en un cubo de basura al otro lado del mundo. Me dijo que los... los Nueve estaban en camino, y que cuando los Nueve regresaran, harían desaparecer el sol para siempre, y todo sería de ellos otra vez. Pero no le hice caso. No podía. Me senté a esperar a que mi mujer despertara.

»No debí hacerlo.

»Mi mujer ya no era ella. Despertó al día siguiente por la mañana, con la boca abierta, un ruido espantoso emanando de su garganta. Casi ni parecía humano. Me estremecí. Era como el viento a través de una caverna. Allison respiraba con fuerza, y los ojos se le habían puesto negros, de un negro intenso, como el cosmos. Creo que..., de alguna manera..., la proximidad entre ellas les infundía renovadas fuerzas a ambas.

»Mi mujer me miró. Había desprecio en su mirada. Un desdén infinito mezclado con asco. Mostraba un orgullo irreverente en su gesto. Me dijo que si... que si quería follarla. Su tono era arrogante. Me dijo que tenía el coño húmedo y hambriento, y que podía lamerlo. Que podía penetrarla... y penetrarla analmente, si era lo que quería. Ella y yo nunca hicimos eso, ni hablamos de ello. Lo del sexo anal, digo. No era algo en lo que pensáramos, sinceramente. Me dijo un montón de cosas. Que le metiera la polla en la boca. Que podía hacerlo. Luego me despedí de ella y empezó a cambiar. Me dijo que la soltara, que si no lo hacía, lo lamentaría. Lo lamentaría MUCHO. Que me buscaría, se guiaría por el tufo a miedo y a fracaso que emitía y me encontraría. Y que cuando me encontrase..., bueno, me dijo tantas cosas que he olvidado la mayoría. Solo... solo la miraba, despidiéndome de ella, de las dos. Le di las gracias por los buenos tiempos. Le dije que la quería y que... ojalá todo hubiese sido suficiente.

»Salí. Cerré la puerta y dejé atrás sus gritos y sus amenazas. Se movía con tanta fuerza que los golpes de las patas de la cama resonaban en la casa.

»Cogí el sendero que había visto antes y anduve por él. No tenía ni idea de adónde llevaba o si sería buena o mala idea, porque... tampoco me importaba mucho. Me sentía muerto, o a punto de morir. Pero tal vez por eso sobreviví. Era un hombre sin miedo. Fue solamente después, cuando encontré gente y empecé a ver la luz otra vez, que empecé a pensar en las amenazas de mi mujer. Imaginaba que o bien consiguió liberarse o algún otro vampiro la liberó, y que seguía mi rastro de perdedor, como dijo que haría. Pensaba en eso cada noche, antes de dormir. Y lo sigo pensando.

»¿Que cómo se llamaba mi mujer? He evitado decir su nombre adrede. No importa, ¿sabe? Ella murió. Si aún está por ahí buscando sangre para alimentarse, ya no es ella. Su nombre es solo para mí. Fue mi mujer,

y ahora... ahora es mi pesadilla.

Capítulo 15

ZORROS Y CONEJOS



1

Habían acordado intentar descansar una noche más antes de iniciar su plan. Iba a requerirles muchísimo esfuerzo, mucha concentración, y había demasiado que hacer como para arriesgarse a que la oscuridad de la tormenta acabara confundida también con la noche si tardaban demasiado en ejecutarlo. Si los días eran malos, de noche era imposible ver nada a tres metros. Si llegaba la noche, estarían perdidos.

Jimmy no podía, o no quería dormir. Estaba nervioso, pero además no estaba seguro de poder aguantar otro de los sueños. Intentaba escribir en su diario, pero la luz era tan insuficiente que tenía que bizquear a menudo para intuir la continuidad de la línea.

—¿Qué escribes, chico? —preguntó Jared a su lado.

Jimmy levantó la cabeza.

—Un... Mi diario —dijo.

—¿En serio? —exclamó Jared—. ¿Un diario como... como los diarios secretos de las niñas?

Jimmy sonrió.

—Bueno. Algo así —dijo—. Escribo lo que ocurre, cómo van las cosas..., por si... Bueno, por nada en concreto, supongo. Me ayuda a ordenar mis ideas.

—El Diario Secreto de Jimmy Sanders —declamó Jared—. Puede que, cuando todo esto pase, alguien lo encuentre y diga: «Carajo. El diario de un

chico que fue atormentado por los vampiros». A lo mejor te haces tan famoso como la niña esa judía, la del diario...

—Anna Frank —dijo Jimmy.

—Sí, coño. Eso es. Esa niña.

Jimmy asintió.

—Sí, bueno, espero... acabar mejor que ella.

—Bueno, chico —dijo Jared—, quién carajo sabe. Las cosas... las cosas terminan de repente y ya está. Mientras lo sepamos, estará bien.

Pip se revolvió brevemente en su rincón.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jimmy, bajando la voz.

—A que... si te das la puta cuenta de lo que pasa, entonces puedes estar preparado para todo. Incluso para palmarla. ¿Qué es lo que crees que pasará, con todo esto, viejo Jim Boy? ¿Crees que... conseguiremos llegar a alguna parte, que algo cambiará? ¿Crees que... vendrán aviones pilotados por el Capitán Valor y su ayudante cojo Jenkins Blue y rociarán polvo de ajo desde el aire y eso matará a los vampiros? No, tío. Lo que va a pasar es que cualquiera de estos días nos van a pillar. Meteremos las narices en algún agujero podrido de heces y meados de vampiro, harán morcillas con nuestra sangre. Joder, morcillas. Qué locurón.

Jimmy asintió.

—Si sabes eso, chico, estarás bien. Si eres consciente de adónde vamos, mirarás cada día con otros ojos y no tendrás falsas expectativas. Sin expectativas, no hay miedo. Vamos a morir. Mañana, pasado, dentro de una semana. Pero no te quepa duda, chico: vamos a morir.

Jimmy asintió despacio.

—Sí —dijo al fin—. Puede ser.

—Eres un buen perro —soltó Jared.

Jimmy sonrió de nuevo. Pareció pensar un rato en lo que acababan de hablar y, al fin, volvió a mirarlo.

—¿No puedes... dormir? —preguntó.

Jared se encogió de hombros.

—No lo sé, chico. Supongo que podría. Pero te duermes y tienes esos sueños de mierda que te dejan hecho polvo, y casi prefieres estar cansado que jodido de la cabeza.

Jimmy desvió brevemente la mirada mientras caía en la cuenta de que Jared nunca había contado con qué soñaba él. Nunca. Decidió preguntarle directamente. Jared sacudió la cabeza.

—Mira, chico —dijo en voz baja—, si quieres un consejito de alguien que

ha dado una o dos vueltas por más lugares de los que sería sensato, nunca le cuentas a nadie ningún sueño. No lo hagas, joder. La gente llega muy contenta y te dice: «¡He tenido un sueño! ¡He soñado que tal y cual!», pero cuando tienes dos dedos de frente y sabes un poco de la vida y el sentido común te funciona tan bien como la polla, coges el sueño y en realidad oyes: «Tengo un grave problema de inseguridad que me impide tener el coño húmedo cuando follo, pero ¿sabes qué?, da igual, porque tampoco follo, porque cuando me miro al espejo me doy asco de lo gilipollas que me siento».

Jimmy abrió mucho los ojos.

—Ya, ya, ya —se apresuró a decir Jared—. Sé que me pierdo con la palabrería, ¿vale? Lo sé. Tú solo... solo pillas el mensaje. Cuando hablas de tus sueños te desnudas, y si te apetece desnudarte, joder, te bajas los pantalones y plantas la polla ahí en mitad de todo el mundo mientras cantas el puto himno, pero no cuentas los sueños. Ese tipo de desnudez te expone demasiado.

—Entiendo —contestó Jimmy, y luego añadió—: Pero ¿qué sueñas tú?

Jared volvió la cabeza para mirarlo, y luego explotó con una carcajada. Jimmy rio también. Se pusieron la mano en la boca para evitar hacer ruido mientras Laura y Sonia se revolvían en sus sitios, protestando con gruñidos sin sentido. Estuvieron aguantando la risa un buen rato; Jared con lágrimas en los ojos.

—Eres un capullo —exclamó al fin, sonriendo, infinitamente relajado.

—A veces sí —contestó Jimmy risueño.

—Escucha, chico —dijo Jared—. El otro día... estabas enfadado nivel Estrella de la Muerte, ¿vale?

—Vale —contestó Jimmy, aún sonriente.

—Enfadado con los vampiros, quiero decir. No creo haberte oído llamándolos hijos de puta antes, ni creo haberte oído diciendo tacos en plan «¡Eh, soy Malaboca Jared, cómo molo!».

Jimmy sonrió otra vez.

—Y entiendo que estés enfadado —siguió diciendo Jared—. Ya lo creo. Pero... no sé si te has preguntado algo.

—¿El qué? —quiso saber Jimmy.

—Quiero decir..., joder..., me toca la polla hablar de estas cosas sin tener alcohol en la sangre, pero... ¿crees que somos los buenos?

Jimmy pestañeó un par de veces.

—Sí —contestó dubitativo—. Bueno, eso creo, que somos los buenos. Al menos somos mejores que ellos, si te... refieres a eso...

—Ya... —dijo Jared—. No sé. Te mola la ciencia ficción... *La guerra de las galaxias*, esas movidas. Bueno, imagina que en este planeta solo hubiera animales, ¿vale? Solamente animales. Nada de personas; ni mujeres ni hombres. Ni abogados, que son una raza aparte.

—De acuerdo —dijo Jimmy intrigado.

—Los animales están por aquí a su bola, ¿vale? Las vacas pastan, los pájaros vuelan, los patos..., bueno, hacen lo que coño hagan los patos. Y hay conejos, y hay zorros también. Los zorros cazan conejos, y cuantos más cazan, más zorros hay, porque están bien alimentados y contentos y se ponen a follarse entre ellos, y tienen hijos zorros. Cuantos más hijos tienen, más conejos necesitan para zampar. Vale. Así que... un buen día, cuando van a coger sus conejos para zampárselos, descubren que..., ¡oh!, no hay tantos conejos.

—Ya... —dijo Jimmy.

—Ahora hay muchos zorros y pocos conejos, así que los zorros menos hábiles se mueren porque no pueden cazar los conejos que quedan, y se joden y se van al carajo. La población de zorros disminuye, y adivina qué pasa cuando la familia zorro ha quedado más reducida que el agujero de un culo.

—Que empieza a haber más conejos otra vez —respondió Jimmy.

—Exacto, chico listo —asintió Jared—. A esa cosa se la llama equilibrio, y lleva haciendo rular el mundo desde que la puta lava chocaba contra las piedras y caían ñordos del cielo grandes como camiones. ¡Bum!

Jimmy sonrió de nuevo, intentando imaginar «ñordos» cayendo del cielo.

—Bueno —continuó Jared—. Pues a nuestro pequeño planeta de animales, llega una nave de esas tuyas, ¿vale? Del puto espacio profundo, joder. Con sus... toberas, sus cañones láser y sus cosas. Y de ahí salen mogollón de humanos. ¿Te lo imaginas?

—Sí —contestó Jimmy, interesado en saber dónde acabaría la mente de Jared.

—Vale, pues miran alrededor y empiezan a ver a los animales y tal, y en esto que les da una paranoia en la cabeza, porque a los humanos se les va mucho la pinza, y ¡PUM!, le meten un zurriagazo láser de cojones a una vaca. El pelo quemado, la cabeza así como hecha un lío, pero el láser ha dejado a la vaca como si acabara de salir de una barbacoa, y huele que te cagas... ¡huele rico, a ternera de primera, Jimmy! Y esos humanos empiezan a comerse la vaca cuando la carne aún está humeante...

—Vale —susurró Jimmy.

—Y está buena, chico. ¡Está mejor que buena! Acaban comiendo vacas,

patos, zorros y conejos... Hasta se comen esas cosas duras que les salen del culo a las gallinas y que por dentro tienen una guarrería que parece moco lleno de cáncer. No me preguntes por qué, coño, pero lo hacen.

Jimmy soltó otra carcajada.

—Así que... empiezan a montar tinglados para tener toda esa maravilla a su puta disposición. A las gallinas las meten en cuartos oscuros, les atan las patas y les cortan los picos para que no se ataquen unas a otras, porque las pobres están así como desquiciadas de la cabeza preguntándose qué cojones ha pasado. A las vacas las meten también en lugares grandes, les sujetan las tetas a una máquina y las dejan secas de leche, o las ponen en unas cintas que acaban en una máquina llena de putas cuchillas que las hacen añicos. Meten su carne en cajas y las ponen a la venta en unos condenados sitios que llaman supermercados, y así con todos los putos animales. Los pobres bichos no tienen ninguna posibilidad: los humanos son más inteligentes, más rápidos, capaces... ¡son la hostia! Y como están bien alimentados y contentos de haber sometido a todos los putos animales, follan como locos y tienen más humanos. ¿Te suena?

—Sí —asintió Jimmy pensativo.

—Pues ahí, el puto equilibrio de los cojones se va a tomar por el puto culo. ¡A tomar por culo, hombre! El hombre somete, tortura, dispone de cada puto animal del planeta porque..., joder, es el rey de la creación, ¿quién lo discute? Hace zapatos con la piel de los caimanes, chalecos para los moteros con la de las vacas, hasta hace perfumes con los jodidos insectos que se arrastran por el suelo, lápices de labios y tónicos para follar mejor con los huevos de los toros. Cojonudo, ¿verdad?

—Sí.

—Pues dime, chico, ¿quién es el depredador del ser humano en este puñetero tinglado? Nadie. Hasta ahora —dijo con un guiño y una sonrisa—. Ahora ha aparecido un nuevo elemento en la balanza cósmica del equilibrio, y no me sorprendería que al final hasta hubieran llegado en una nave, esta vez de verdad. Quién coño sabe. Una puta nave que alguien encuentra y libera por el mundo un nuevo personaje en esta historia que... ¡anda!, piensa que el ser humano sabe de puta madre. ¡Que su sangre es la hostia, Jimmy, como la leche de las vacas, o el moco con cáncer de las cosas duras que sueltan las gallinas por el culo! Y es más fuerte y más rápido que nosotros, eso seguro... De hecho, es tan fuerte y tiene unos cojones tan grandes que apenas podemos darnos un respiro de vez en cuando. Y mientras nos escondemos y lloramos porque hemos perdido nuestros supermercados llenos de muerte, nos llevamos las manos a la

cabeza y decimos: «¡Asesinos, han acabado con todo, meten a los nuestros en mataderos y los tienen sometidos, nos quitan la vida, nos dan por el culo, nos follan vivos, socorro!».

—Ya. Ya veo —exclamó Jimmy.

—En fin —dijo Jared después de unos instantes—. Es el equilibrio. Lo que están haciendo... nosotros lo hemos hecho ya antes. Pero nos miramos unos a otros con nuestra ropa hecha con cadáveres y la boca llena de carne muerta y nos decimos: «¡Eh, tío!, ¿eres de los buenos?». «¡Claro, coño! ¡Soy la hostia de bueno! ¡Tengo un perro en casa al que acaricio cuando me sale del nabo!»

Jimmy asintió de nuevo.

—¿Sabes? Joder..., no somos los buenos. ¡Tampoco somos exactamente los malos! Nos dieron el coco, este... cerebelo de puta madre. Nos dieron brazos, piernas, y usamos todo eso, claro que sí. Hacemos lo que podemos, como el zorro cuando caza al conejo. ¿Qué esperaban que fuéramos a hacer? Si un día los elefantes empezaran a nacer listos, seguro que acabarían armándola gorda reclamando sofás, televisores, hipotecas y conciertos de U2. Fijo. Pero... pero no los llares hijos de puta, Jimmy. Ellos también hacen lo que tienen que hacer.

—Entiendo —musitó Jimmy—. Pero... —Pensó unos instantes—. Pero las vacas no...

Jared levantó un dedo en el aire.

—Sé lo que vas a decir —soltó—. No me jodas con eso, chico. Normalmente no aguanto mucho la hipocresía, pero si viene de ti, será un cuchillazo en el estómago, y créeme, he tenido un par de ellos en el pasado. Duelen tanto que la polla se te pone dura por unos instantes. Vas a decir que las vacas no piensan, que son... animales.

—Sí —asintió Jimmy dubitativo.

—Escucha, chico, Jimmy Boy. Puede que una vaca no sepa recitar al jodido Walt Whitman ni vaya a escribir un libro, pero sienten como tú y como yo. Una vez vi cómo unos *hippies* hasta el culo de hierba soltaban a un puñado de vacas d un recinto donde las tenían para producir leche. Las vacas nunca habían visto la luz del sol ni habían corrido por un prado, aunque había uno justo al lado, pero solo eran vacas, y era mejor tenerlas guardadas en una nave, supongo. Te juro que... nunca vi nada ni a nadie tan contento. Daban brincos como si fueran putos caballos, chico. Corrían, retozaban. Si les mirabas la cara, te juro por mi chaleco de Gran Follador que parecía que sonreían. Sonreían, coño. No, no saben formular leyes o vestirse como unos gilipollas para ir el domingo a la puñetera iglesia, pero sienten. Vaya si sienten. Como tú o como yo.

Jimmy asintió otra vez, sin atreverse a decir nada.

—Y no soy un jodido vegano de mierda —dijo Jared a continuación—. Como ternera, cerdo y paté de oca si me pillas con hambre, porque no he visto una mierda mayor en mi vida. Me chifla un buen filete, joder que sí. Pero lo como porque me importan un carajo esas putas vacas, en realidad. Y porque es hasta barato. Había un lugar en Kearney... Dios. El Whiskey Creek. La hamburguesa de bison con cebolla caramelizada y queso por doce pavos.

—Once con noventa y nueve, seguro —dijo Jimmy.

Jared rio.

—Sí, joder. Exacto. Lo has pillado. Once con noventa y nueve, ¡así era exactamente el puto jodido mundo!

Jimmy asintió, risueño.

—Perdonad —dijo una voz de repente. Era Josh—. Mañana es un día duro, y vuestra cháchara sobre vacas, navajazos, erecciones y cebolla caramelizada me está matando.

—Hemos despertado a la princesa —bromeó Jared.

—Me parece todo guay, por cierto —contestó Josh—, siempre que mañana tengáis bien claro que hay que cargarse vampiros.

—Sí, joder —soltó Jared—. Esa es también nuestra parte. Matar cosas.

—Perfecto —dijo Josh.

—De todas maneras, me has agotado, Jimmy. Creo que no hablaba tanto desde... Yo que sé.

—Sí. Durmamos un poco.

Jared se volvió, se recostó y se quedó inmóvil.

Jimmy iba a decir «Buenas noches», pero no dijo nada. De alguna manera sabía que Jared estaba ya dormido.

En lugar de eso, abrió el diario que aún tenía entre manos, y a la luz de la luna que entraba por la ventana, escribió:

Diario de Jimmy

Jared está cambiando. Sin duda. Creo que un tipo que se comportaba como se comportaba porque andaba enfadado con el mundo se ha dado cuenta de que, en realidad, ya no hay mundo.

—Vale —dijo Liz—. Esto va a ser un problema.

Había empezado a hacer bastante frío en los últimos días. Estaba siendo el año más atípico que podían recordar, con temperaturas demasiado elevadas, ridículamente altas, incluso, pero habían viajado muy al norte, cruzando el parque Algonquin y el de Kipawa, y luego al oeste por los parques Mississagi y Nagagamisis, evitando todas las poblaciones, a través de una espesura abundante que les había parecido eterna, hasta la autopista transcanadiense número 11, que abordaron cerca de Longlac. Estaban en Ontario, y eso solo significaba una cosa: nieve.

Era finales de diciembre, por cierto; el último día del año, por mucho que ni Jason ni Liz hubiesen reparado en ello, y los primeros copos acudían por fin a su inevitable cita. Caían despacio, sinuosos, como telarañas que el viento hiciera flotar de un lado a otro.

—Bueno —dijo Jason—. Ya lo sabíamos. Tenía que ocurrir.

—Había llegado a pensar que la tormenta impedía que cayera la nieve.

Jason miró hacia el cielo.

—Hubiera sido genial —apuntó—. En todo caso, ha llegado el momento de continuar en coche.

Liz asintió.

—Se nos echarán encima, ¿sabes? Será como entrar en un bar de carretera lleno de camioneros borrachos con un cartel en la frente que diga: «Soy ninfómana».

Jason rio con ganas.

—Me sorprende usted, señorita Sheehan. Casi me recuerda a un tipo que conocí.

—Debía de ser un tipo muy ingenioso.

Jason se encogió de hombros.

—Desde luego era muy particular —exclamó.

Pensó brevemente en Jared, y ese pensamiento lo llevó a recordar a todos los demás: la agente de policía, Sonia; el chico, el viejo Adam... Laura y el otro muchacho, ¿cómo se llamaba? Tip. ¡Pip! Era un nombre extraño. Inglés, probablemente. De Phillip, tal vez, o Pipkin, o Pippin. Eran buena gente, desde luego, y los echaba de menos, eso seguro. Se dijo que Josh ya debía de haberlos escondido en algún lugar seguro, y que a esas horas estarían a salvo y calientes, con la boca llena de salchichas, esperando a que las cosas cambiaran, que pasara algo, que una avioneta cruzara el cielo con un cartel ondeando detrás que dijese: «SUPERVIVIENTES, ESTÁIS A SALVO».

Se pasó la mano por el brazo y se lo frotó breve pero intensamente. Llevaba

todavía su chaqueta militar, pero empezaba a estar claro que sería del todo insuficiente para el frío que iba a empezar a hacer. Cuando la nieve se asentase y lo cubriera todo, iba a hacer un frío de narices. Pero el caso de Liz era aún peor. Iba casi siempre en manga corta, y aunque ahora se había puesto una sudadera que solía llevar atada a la cintura y que utilizaba para dormir por la noche, no llegarían muy lejos si no encontraban ropa más adecuada. Un abrigo. Unos gorros para cubrir la cabeza.

—¿Crees que la nieve... nos dará alguna ventaja? —preguntó Jason.

—No lo sé —susurró Liz—. Lo he pensado, sí. Pero...

—Ya —dijo Jason—. Esos monstruos... son diferentes.

Liz se encogió de hombros.

—¿Alguna vez te has quemado? —preguntó—. Una... quemadura, ya sabes.

—Claro. ¿Por?

—Porque duele, ¿verdad? Duele muchísimo. Una vez me quemé esta parte de aquí —dijo, señalándose la mano— con una taza de café caliente. Me hice una quemadura que tardó semanas en curar. Dolía una soberana barbaridad, y tengo un buen umbral del dolor.

—Doy fe —manifestó Jason.

Liz asintió.

—Una vez prendí fuego a un agujero de vampiros —explicó—. No te lo recomiendo. Pensé que el fuego los volvería locos, ¿vale?, que saldrían corriendo, ciegos, retorciéndose de dolor. El dolor es el dolor, ¿no?, aunque sean vampiros. Y pensé que el fuego les haría estallar los globos oculares, ¿vale? Pero te juro que... fueron directos hacia mí, como si no tuvieran el cuerpo consumido por el fuego.

—Joder —exclamó Jason.

Liz asintió.

—Corrían mucho. Tuve que correr aún más. Estaban en llamas, así que no podía acercarme para golpearlos o clavarles el cuchillo.

—Claro...

Liz se llevó una mano al cabello y apuntó a Jason con la coleta.

—Me quemé el pelo. Aún se ve, en las puntas. Sentía el calor en la espalda, y sabía que si me cogían, si me cogían de la ropa, o del brazo, o se lanzaban hacia mí y me apresaban las piernas y me hacían caer, todo acabaría. No podría luchar, ni resistirme, ni hacerles nada de nada más que gritar mientras mi carne se quemaba, retorciéndome sobre mí misma.

—Jesús, Liz —gimió Jason.

Liz inclinó la cabeza.

—Así que... te preguntas si el frío los afectará... —Se encogió de hombros—. No lo sé. Parecen humanos, sí, y si vuelves a tu barrio y te das un paseo por la noche, a lo mejor te encuentras con el señor que te vendía el pan, o el repartidor de pizzas, o... un amigo. Y parecerán ellos, pero no lo son. Las llamas desde luego no los afectaron, hasta que... consumieron sus músculos, su carne, hasta que los huesos dejaron de sostenerlos.

—Vale —dijo Jason—. Está bien. No contemos con el frío. Pero a nosotros sí nos afecta.

—Sí.

—¿Cuándo vimos el último convoy?

—Ayer. A mediodía, me parece.

—Ayer, sí. Veamos... Estamos en la... carretera transcanadiense. Aparte de la transiberiana, creo que es la más larga del mundo. Siete mil ochocientos kilómetros. Lo gracioso es que no sabemos exactamente adónde vamos, solo seguimos la dirección de los convoyes de maquinaria cuando pasan.

—Y cuanto más nos acercamos, más posibilidades de errar el camino —apuntó Liz.

Jason asintió.

—Exactamente. Si seguimos por la once, ellos podrían doblar hacia el norte en cualquier bifurcación, y seguir por la diecisiete en Tunder Bay, o la setenta y dos, o la ciento cinco en el lago Winnange. Nunca nos enteraríamos hasta que pasaran uno o dos días. Nos miraríamos de repente y diríamos: «¡Vaya, hace tiempo que no vemos un convoy!».

—Lo sé —asintió Liz—. Lo he pensado.

—Así que... propongo buscar en la primera casa que encontremos. Debe de haber hoteles de carretera, gasolineras, cosas así. Y muchos de esos lugares tienen tiendas con ropa de abrigo. Si hay alguna casa particular en esta zona, debería de haber un poco de todo, y lo bueno de los abrigos es que el rango de tallas es más amplio.

—De acuerdo —dijo Liz—. ¿Y qué más?

—Luego preparamos un coche —continuó Jason—. Que esté a punto, con gasolina. Y cuando pase el próximo convoy, lo seguimos a distancia, sin que nos vean.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Liz.

—¿Seguirlos sin que nos vean?

Liz asintió.

Jason sacudió la cabeza.

—No es tan fácil como parece —admitió—. En las películas, ya sabes... Pero en grandes explanadas como esta la visibilidad es mucha en todas direcciones, o en una carretera que gira bruscamente subiendo una montaña y vuelve sobre sí misma... Nos verían muy rápido también. Pero puede hacerse. Con un poco de suerte, sí.

—¿Te enseñan a hacer esas cosas en el ejército? —preguntó ella.

—Algo parecido, sí.

—De acuerdo, entonces —exclamó ella—. Parece un buen plan.

No dijeron mucho más. La nieve empezaba a caer cada vez más copiosamente y el asfalto a cubrirse de una pátina pálida y mortecina. Iban a necesitar esos abrigos muy pronto, y gorros, y guantes, aunque aún no lo sabían. Andaban rápido para mantener el cuerpo caliente; hacia el oeste. Siempre al oeste.

3

Las primeras edificaciones que encontraron, después de un rato, quedaban a la derecha. Unos edificios achaparrados y redondos, con los techos en forma de champiñón cubiertos ya de nieve. Había estado nevando con creciente intensidad y la carretera había quedado cubierta. No habría, esta vez, máquinas que retiraran la nieve del suelo, ni el trasiego de los coches impediría su acumulación. Tenían suerte de que los árboles alineados a ambos lados marcasen el camino; si no hubiesen corrido el riesgo de perderse.

—Por Dios, espero que tengan café caliente —dijo Jason.

—Y la chimenea encendida —apuntó Liz.

Estaban congelados, a pesar de haber ido a buen paso. Y precisamente por eso, quizá, tenían los músculos de las piernas agarrotados, como si pesaran cuatro kilos más. Las botas de Jason habían estado portándose muy bien en el trayecto, pero Liz usaba zapatillas deportivas y tenía los pies helados.

—Está bien —dijo Jason, descolgándose el fusil del hombro—. Echemos un vistazo.

—Me acuerdo de cuando llegabas a un sitio y tenías que pasar por recepción, enseñar tu documentación y registrarte. Me parecía un coñazo. Si me hubieran dicho que tendría que revisar todo el puto hotel para ver si era seguro dormir en él, me habría explotado la cabeza.

Jason sonrió.

—Hey, al menos es gratis.

—Menos mal —exclamó Liz—. Creo que no me han ingresado la nómina este mes.

Jason soltó una carcajada, pero mientras reía, divisó un cartel junto al camino de la entrada que decía «PELIGRO», y una señal de obras. Debajo, alguien había pegado un rudimentario cartel: «PRUEBE LOS DÓNUTS DE ROBIN, EN LONGLAC, ONTARIO».

—Creo que no vamos a poder registrarnos aquí —proclamó al fin—. No es un hotel.

—Era demasiado bonito. Aunque probaría los dónuts de Robin.

—Longlac —dijo Jason pensativo—. ¿Te suena?

—No, pero nunca había viajado tan lejos.

—¿No repartías cartas por aquí? —bromeó Jason, irónico.

—Ni remotamente cerca.

Él observó uno de los edificios redondos, hecho con madera húmeda y desigual y un tejado que parecía una ojiva nuclear. Parecía demasiado temporal, como un almacén improvisado, o algún tipo de carpa. Al fondo, una especie de nave pequeña eliminaba por completo la apariencia de hotel.

—No sé para qué se usaba este sitio —concluyó Jason.

—Bueno. Echemos un vistazo de todas maneras.

Progresaron por la nieve, caminando despacio. Cuando estaban en silencio, el ulular del viento era ominoso. La nieve, blanca y límpida, recién caída, daba a la escena un aspecto sobrenatural pero hermoso a la vez. La visibilidad, a cierta distancia, no era muy buena. Más allá de unos pocos metros todo se difuminaba en trazos blancuzcos y grises, y los árboles, al fondo, eran formas pálidas prendidas a poca distancia del suelo.

Jason solo había estado en Canadá una vez, hacía más tiempo del que se atrevía a confesar, pero no recordaba que el aire fuera tan puro. Era tan fresco y olía tanto a pino, a vegetación, a tierra húmeda y fértil, que sentía la nariz dolorida, como si hubiera estado restregándola por la nieve. Se preguntó si sería capaz de oler a los vampiros; acaso su característico tufo flotara por allí todavía, pero no esperaba encontrar a nadie. La zona estaba desierta, por lo que habían podido observar. Aunque la mayor parte del trayecto lo habían recorrido moviéndose entre los árboles de los parques naturales, huyendo de las poblaciones. Estaba claro que los vampiros preferían zonas más pobladas.

No había ningún vehículo a la vista, aunque una enorme explanada junto a

los edificios parecía indicar que era un espacio que solía destinarse a aparcamiento. La nave del fondo parecía hecha de algo similar a la uralita, y a medida que se acercaban, a través de las puertas abiertas de par en par pudieron ver mobiliario de oficina: una rudimentaria mesa, un par de sillas, un tablón de corcho en la pared, un flexo. El cable de un teléfono caía colgando de la mesa. Al fondo había unos armarios metálicos de baja calidad. El metal de sus puertas, de un tono verdoso deslucido, estaba algo abollado. No se veía a nadie, pero aun sin mediar palabra, los dos pensaron lo mismo: que el armario tenía el tamaño suficiente para que se escondiera alguien dentro.

Jason hizo un solo gesto y Liz lo comprendió de inmediato. Estaba diciendo: «Lo revisaremos más tarde». Liz estuvo de acuerdo; era mejor mirar primero el estado general de las cosas, y luego... luego los detalles.

Caminaron despacio, mirando a su alrededor. Pronto tuvieron a la vista otro edificio de madera, alto y cuadrado, como un sarcófago que alguien hubiera emplazado verticalmente. Se erguía entre la nieve, como orgulloso, sin ornamentos ni aderezos. Un edificio construido con algún propósito práctico que, probablemente, sería derruido cuando el propósito finalizase. La madera oscura contrastaba con fuerza con el paisaje immaculado.

Se dirigieron primero al edificio redondo. La puerta estaba cerrada, pero no había a la vista ninguna cerradura ni candado alguno, por mucho que unas guías metálicas indicasen que, al menos alguna vez, debió de haber una cadena. Jason miraba las rendijas entre las maderas: había una claridad cálida escapando entre ellas que cambiaba sutilmente de tono. Luz en el interior, probablemente de una llama.

Se miraron brevemente y asintieron.

Jason se colocó a unos pasos, el rifle emplazado en posición de disparo, mientras Liz empujaba la puerta con la mano, con prudencia, desde un lateral. Al abrirse empezó a desvelar el interior: una sala diáfana, sin muebles, con una pequeña fogata en el centro, y...

Cuatro figuras a su alrededor.

Jason las apuntó, cambiando de una a otra a medida que evaluaba su nivel de amenaza. Pasaron un par de segundos y ninguna se movió. Estaban ahí, quietas, dos hombres y dos mujeres jóvenes, los brazos caídos, las cabezas ligeramente inclinadas. Una de ellas parecía mirar hacia la puerta, otra miraba al techo, y los otros estaban perdidos en sus miradas vagas.

Jason bajó el rifle y apretó los dientes.

Eran vacas, sin duda. Hipnotizados. Eran la nevera de los vampiros, dejados

allí para proporcionarles alimento, perdidos en la soledad de su encierro mental. Había limpiado mataderos anteriormente y reconocía el gesto ido, el lenguaje de los cuerpos. Pero eran pocos, muy pocos. Las vacas solían encontrarse hacinadas en sus depósitos y se contaban por docenas.

Giró la cabeza instintivamente para mirar al otro edificio. Allí debía de haber más. Por alguna razón habían separado a aquellos cuatro. Para... calentarlos, tal vez, o para alguna otra cosa. No tenía ni idea.

De pronto captó algo con la visión periférica. Jason se volvió para mirar. Allí, de pie en la nieve, cerca del límite del bosque, había una chica joven vestida con un abrigo oscuro recorrido por líneas amarillas; en los brazos llevaba unos bultos apretados contra el pecho. Lo miraba con gesto de estupefacción.

Jason se quedó inmóvil.

—¡Eh! —dijo de repente.

Liz se volvió.

De pronto, la chica dejó caer lo que llevaba en los brazos, se dio la vuelta y echó a correr.

—¡Eh! —la llamó Jason.

Echó a correr tras ella.

No le llevó mucho alcanzarla; era joven, sin duda... unos veinticuatro, tal vez veintisiete años, pero corría como si se hubiera saltado todas las clases de deporte en el instituto. La cogió por los hombros y la obligó a darse la vuelta.

—¡No! —gritó ella—. ¡Suéltame, suéltaaaameeee!

—¡Tranquila! —dijo él—. ¡No vamos a hacerte daño! ¡Tranquilízate!

Ella siguió debatiéndose, con los ojos cerrados y los dientes apretados. Su resistencia era parecida a la de un niño, tan débil como fútil.

—¡SUÉLTAME!

Liz apareció corriendo a su lado. Se puso cerca de ella, la cabeza inclinada hacia delante.

—¡Eh, mírame! —gritó.

La chica se volvió para mirarla, los ojos abiertos de par en par. Jadeaba.

—Escucha —dijo Liz—. ¡No somos monstruos! Somos como tú, ¿vale? No vamos a hacerte daño. No. Vamos. A. Hacerte. Daño.

—No vais a hacerme daño... —repitió ella con rapidez, respirando con esfuerzo.

—Eso es —dijo Liz, asintiendo lentamente—. Nadie quiere hacerte daño. Matamos vampiros, ¿vale? Es lo que hacemos.

La chica sonrió; una sonrisa nerviosa y forzada.

—Matáis... matáis vampiros, sí... —dijo.

—Eso es. Oye, respira. Respira despacio, ¿vale?

—Vale —dijo ella—. Vale, vale, vale, vale.

—Jesús —susurró Jason—. Tiembla como una hoja.

Liz suspiró largamente, acercó las manos a los hombros de la chica y puso las palmas sobre ellos. Jason comprendió y retiró sus manos poco a poco. Liz la atrajo hacia sí. Ella hizo un amago de intento de escape, pero Liz la abrazó con fuerza con un movimiento rápido. La chica aún intentó desasirse por unos instantes. Temblaba, sí, se estremecía como si estuviera desenganchándose de alguna drogadicción terrible, pero Liz se apresuró a rodearla con sus brazos y hacer que apoyara la cabeza contra su pecho.

—Tranquila —susurró—. Tranquila.

La chica empezó a calmarse poco a poco. Dejó de ofrecer resistencia y permaneció cerca del cuerpo de Liz, los brazos levantados contra su pecho, los puños cerrados. Liz acariciaba su cabello mientras repetía «ssssh», hasta que, finalmente, empezó a sollozar. El sollozo degeneró en llanto, y Liz esperó. Esperó a que soltara todo su miedo, su duda, su... soledad. Soledad, sí. Oía a sudor y a profundidad del bosque, a ropa vieja, mohosa por demasiada humedad, y sus manos estaban sucias, la piel arañada por el contacto con demasiados arbustos. Heridas jóvenes y viejas. Su pelo era grasiento al tacto.

—Eso es —dijo Liz—. Ya está. Somos amigos, ¿lo ves?

La chica inspiró profundamente y luego soltó todo el aire de los pulmones con un sonido entrecortado. Cuando levantó la cabeza para mirarla, la mandíbula le temblaba todavía.

—¿Estás mejor? —preguntó Liz.

Ella asintió.

—Me alegro. Yo me llamo Liz. ¿Y tú?

—S-Sarah —respondió la chica.

—Él se llama Jason —dijo Liz—. Es un soldado, ¿sabes? De los nuestros.

Sarah lo miró sorprendida.

—¿Un... soldado? —preguntó.

—Sí —asintió Jason, incómodo—. Bueno, lo fui. Ya no... quedamos muchos.

Sarah asintió.

—¿Qué haces aquí, cielo? —le preguntó Liz mirando la suciedad en su nariz y sus mejillas. Tenía el ojo derecho enrojecido y algo cerrado, como si tuviera una infección de algún tipo—. ¿Estás sola?

—N-no... —dijo—. Sí —se corrigió después—. Estaba con... unos amigos. M-mis amigos. Brooks, Conall, Ellis y... y Zac. Están... están ahí mismo, en ese... ese edificio. Están... están bien, ¿sabes? No son monstruos, ni zombis, ni... Solo... solo están en *shock* .

—¿En *shock* ? —preguntó Jason—. ¿Esos chicos de ese edificio son tus amigos?

—Sí —respondió la chica.

—Oh, mierda —susurró Jason, bajando la cabeza.

—Nos... nos atacaron —dijo separándose de Liz y bajando la cabeza—. Hace unos días. Un... una semana, tal vez. Puede que más. Ya no sé en qué día estamos porque los días y las noches se... se parecen.

—Sí que se parecen —asintió Liz.

—Era un... un hombre. Parecía un hombre, pero su mirada... Por Dios, su mirada... —Empezó a sollozar otra vez. Liz le puso una mano en el hombro—. Su mirada era como... como frío, ¿sabes?, pero frío por dentro. Era como si sus ojos fueran... vacío. Vacío. Muerte. Eran... desesperación. ¿Los habéis visto de cerca alguna vez?

—Sí —asintió Liz.

—¿Y no habéis sentido... eso?

Liz inclinó la cabeza.

—Creo que... lo que viste en esos ojos pudo haber sido tu miedo...

La chica pestañeó.

—Es posible —dijo—. Estaba muerta de miedo. Estaba fuera haciendo mis... haciendo cosas, cuando el monstruo llegó. Estaba plantado en mitad de la habitación y tenía a Sam cogida por la cintura. La... la estaba mordiendo en el hombro. Le había bajado el jersey por el lado derecho dejando su hombro al descubierto, y tenía la boca allí hundida, y con una mano cogía su... su pecho. Brooks, Conall y los demás... no hacían nada. Solo miraban...

—Estaban hipnotizados —susurró Jason.

—¿Hipnotizados?

Jason miró a Liz, incómodo.

—Los vampiros hacen eso. Hipnotizan a la gente.

—¿Eso es... lo que les pasa?

—Sí, cielo —dijo Liz.

—Pensé que...

—¿A ti no te atacó? —quiso saber Jason—. ¿Te escondiste?

—No —dijo la chica—. Me quedé... petrificada. A lo mejor me...

hipnotizó. No lo sé. Cuando terminó, dejó caer a Sam al suelo. Estaba... muerta. La enterré en el bosque, en un sitio bonito. El hombre me miró y sonrió, con la boca llena de sangre. Se limpió con el brazo mientras me miraba. Se acercó y me dijo: «Aliméntalos».

—¿Aliméntalos? —preguntó Jason, confuso.

La chica asintió.

—Aliméntalos —dijo—. Y se marchó. Casi ni lo vi irse. Lo tenía delante y..., de repente, ya no estaba. Me quedé temblando y encogida un buen rato, histérica. Fue... fue horrible. Brooks, Conall... ya no hablaban, no decían nada. Se quedaron así, como están. Intenté llevarlos al coche, escapar de allí, y eran... eran dóciles al principio. Solo tenía que cogerles el brazo y tirar un poco de ellos. Pero cuando me alejaba...

—Se ponían como locos —continuó Jason en su lugar—. Lloraban y se tiraban al suelo, y pataleaban como niños.

—¡Sí! —dijo la chica, asintiendo con rapidez.

—Solo se calmaban cuando volvías aquí.

—Dios mío, sí —exclamó ella, con lágrimas en los ojos.

—Están clavados —dijo Jason.

—¿Clavados?

—Los clavan a una ubicación cuando los hipnotizan —le explicó Jason—. Para que no se muevan del sitio. Pero, dime..., ¿por qué te dijo que los... alimentases?

—Porque... no se alimentan solos —respondió la chica—. No hacen nada. Incluso se... hacen sus necesidades encima. Son... como vegetales. Voy al bosque y consigo alimento. Carne. Pongo trampas. Mi padre sabía cómo hacerlo. Me enseñó a cazar martas, todo tipo de animales. También consigo raíces, plantas que pueden cocinarse, hacer una sopa con ellas. No es mucho, sobre todo para cua... cinco personas, pero algo es algo.

—Ibas a decir cuatro, ¿verdad? —preguntó Liz.

La chica no dijo nada.

—Porque cuando no consigues alimento suficiente... te quedas sin comer.

La chica bajó la cabeza.

—Pero... ¿por qué...? —empezó a decir Jason, pero luego comprendió de repente—. Oh. Te dejó viva para que los alimentaras. Vio tu dolor cuando viste muerta a tu amiga y supo que los querías. Así que te dejó viva para que los alimentaras... porque... el vampiro... vuelve de vez en cuando, ¿verdad?

La chica se estremeció.

—¿Cuándo? —susurró Jason, mirando alrededor—. ¿Cuándo vuelve?
La chica se encogió de hombros.

—A veces... tarda un poco más, a veces un poco menos. Viene y no dice nada. Se alimenta de cada uno de ellos —explicó con tristeza, cabizbaja—. Les muerde en el brazo, por lo general, y luego se va. A veces vuelvo y encuentro rastros de sangre en el suelo y en la ropa, o en las marcas de sus brazos, y sé que... que ha estado aquí. Pero cuando nos encontramos, ni siquiera me mira.

—Hijo de puta —susurró Jason.

Liz y Jason se miraron. Jason comprendió al instante, por su expresión, lo que ella quería. Su mirada era urgente y decidida, como cuando decía «Vamos por aquí» o «Descansemos». Y él, aunque no estuviera todavía cansado, obedecía. Pero esta vez su mirada decía: «Hagámoslo. Matemos a ese cabrón».

—No... —se apresuró a decir, serio—. Es un Alto Vampiro, Liz. Hipnotiza.

—Lo sé —dijo ella.

—Liz, no hemos luchado nunca contra un vampiro de esa clase.

—Porque no lo hemos encontrado.

—Porque los hemos evitado —puntualizó Jason.

—Si vamos a llegar hasta el centro de la tormenta, tenemos que saber cómo se las gastan, ¿no crees? —exclamó ella—. De otro modo..., podríamos llegar allí después de recorrer nose cuantos mil kilómetros y encontramos con ellos, con vampiros de los que lideran hordas y les dicen a esos monstruos lo que hacer, y... ¿qué crees que pasará si no tenemos experiencia?

Jason pestañeó varias veces.

—Joder, Liz.

—Si lo matamos... Si matamos a ese cabrón, sus amigos volverán a ser como eran —dijo ella.

La chica se volvió para mirar a Liz, el rostro cruzado por una repentina explosión de perplejidad y esperanza.

—¿Se... se curarán? —preguntó con un hilo de voz.

—Lo harán —dijo Liz.

—Joder, Liz, me cago en la puta... —protestó Jason.

—¿Qué pasa? —replicó ella—. ¿Tienes miedo? Si no quieres enfrentarte a eso, te recomiendo que te des la vuelta. Porque ahí delante, en el camino, vamos a encontrar vampiros como este a paletadas.

—Eso no es justo —dijo Jason.

Liz asintió. Bajó la cabeza y pensó durante unos instantes.

—Quiero hacerlo —dijo—. Y lo voy a hacer. —Miró a la joven casi sin

expresión alguna en el rostro y añadió—: Ni siquiera es por ti o por tus amigos. Si puedo ayudar, bien, me alegraré. Pero quiero... necesito saber cómo es enfrentarse a uno de estos vampiros. Y esta... —miró alrededor— parece la oportunidad perfecta.

Se estremeció. La nieve estaba cubriendo sus hombros, también el cabello, y no habían solucionado el tema del abrigo. Estaba quedándose helada.

—Vale —dijo Jason—. Vamos... Vamos dentro. Con el fuego. Y hablaremos de esto.

Lejos, en el bosque, aulló un lobo.

4

—Lo que no entiendo —decía Jason con los brazos extendidos hacia el fuego— es por qué no te hipnotizó a ti, Wendy.

—Wen —dijo la chica—. Prefiero que... mis amigos... me llamen Wen.

Jason asintió, cortés.

Los cuatro amigos de Wendy estaban allí, ausentes, fantasmas corpóreos iluminados por la luz de la pequeña fogata que la chica alimentaba para calentarlos durante las noches frías. Eran una extraña compañía, y a Jason le costó un momento acostumbrarse a su presencia muda. Liz, por su parte, estaba sentada junto al fuego, las rodillas dobladas contra el pecho con los brazos alrededor. Miraba las llamas con cierta ensoñación. En todo su periplo por los bosques no se habían permitido hacer ni una pequeña fogata, por el humo y la luz; hubiera sido una forma rápida y definitiva de hacerles una señal a los vampiros, ponerles una gran equis roja en el mapa. Pero ahora sentía que el calor se le metía poco a poco en el cuerpo y acariciaba los huesos entumecidos como un masaje de cuatrocientos dólares. Se hubiera quedado adormilada si no estuviera pensando obsesivamente en el Alto Vampiro. ¿Cómo matarlo? ¿Cómo... contrarrestar su poder? Y, sobre todo, ¿qué capacidades podía tener que aún no conocieran?

—Porque... porque quería que les diera de comer —decía Wen—. Ya os lo he dicho.

—Sí —asintió Jason—. Lo has dicho. Pero... ¿sabes cómo funciona? Lo del hipnotismo en los vampiros. ¿Lo sabes?

—No —respondió Wen—. Ni siquiera sabía que eso era lo que... lo que hacían. Hasta que me lo habéis dicho.

Jason carraspeó brevemente.

—Vale —exclamó, cruzándose de brazos—. Hay dos tipos de hipnotizados, básicamente. Están los que utilizan para alimentarse, como tus amigos. A esos los dejan en un estado como... como el que ya conoces, como de catatonia, diría que en diversos estados. He visto a algunos de esos hipnotizados cultivar la tierra para alimentarse. Otros no pueden hacer demasiado. Pues... el tipo dos, es diferente. Estos tienen toda la autonomía y son capaces de pensar, de hablar, de usar armas, de hacer cualquier cosa que hicieran antes de ser hipnotizados.

—Oh —exclamó Wen—. Pero entonces...

—Entonces nada —respondió Liz—. Esos.... perros guardianes... ¿cómo los llamaba tu gente, Jason?

—Dóberman.

—Eso. Esos dóberman lucharán hasta la muerte para proteger a sus amos. Harán cualquier cosa. Dedicarán su vida a trabajar para ellos incansablemente. No habrá tarea desagradable que no quieran desempeñar. Si tienen que pasarse semanas sumidos hasta la nariz en la porquería de una alcantarilla para cuidarlos, lo harán.

—Oh —dijo Wen, horrorizada.

—Así que me pregunto —continuó diciendo Jason— por qué no te hipnotizó. Podía haberte encomendado que cuidaras a sus vacas... —Se interrumpió—. Perdón. A tus amigos. Que los cuidaras aun a riesgo de tu vida, como hacen siempre. Habría sido más efectivo.

Wen pensó en ello unos instantes, mirando las llamas. Luego se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo.

—Es interesante —manifestó Jason—. Ahí hay algo que... se nos está escapando.

Liz estaba pensando también.

—¿Exceso de confianza? —preguntó.

Jason la miró con el ceño fruncido.

—Explica eso...

—Quiero decir que estamos ya muy dentro de la tormenta. ¿Cuántas poblaciones hemos visto desde cierta distancia desde que dejamos Buffalo a nuestra espalda? Unas pocas. White River. ¿Te acuerdas? Muerta. Hillsport. Muerta. Jobrin. Grant. Todo muerto, silencio, luces apagadas, etcétera. Las únicas cosas que recorren las carreteras estos días son sus caravanas con excavadoras y camiones. No hay gente, no hay nada. ¿Qué podría... hacer Wen por estos lugares? ¿Adónde iría? Tal vez el vampiro la observó y se dio cuenta

de que..., bueno, de que es una buena chica. Que no abandonaría a sus amigos. Antes lo ha dicho ella misma, se le ha escapado: ha estado quedándose sin comer para alimentar a estos chicos —dijo, haciendo un gesto vago hacia los cuatro jóvenes que se mantenían de pie inmóviles en la sala.

Jason se pasó la mano por la barba. Hacía semanas que no se afeitaba y empezaba a picar.

—De acuerdo... —murmuró—. Pero si admitimos eso... Si admitimos eso, entonces... podríamos estar valorando una nueva variable.

—¿De qué hablas? —preguntó Liz confusa.

—Capacidad —dijo Jason.

—Aclárame eso.

Jason asintió, algo excitado ahora.

—Para el vampiro habría sido más fácil hipnotizarla, por mucho que pensara que Wen fuese a cuidar de sus amigos. Ha sido humano antes, ¿no?, así que sabe que la gente, cuando tiene miedo y está desesperanzada, hace las cosas más extrañas. Wendy podría haber decidido que sus amigos estaban condenados a una existencia zombi y huir, o matarlos, para que no... vivieran así.

Wen bajó la cabeza, incómoda.

—Vale, ¿y qué? —preguntó Liz.

—Pues que no lo hizo. Y eso me dice que tal vez tienen una capacidad limitada para hipnotizar gente.

Liz inclinó la cabeza.

—Están ocupados, ¿vale? —añadió Jason—. Están todos esos transportes llenos de gente, en la zona de carga o conduciendo las máquinas. A lo mejor algunos de ellos son vampiros, pero parecían gente normal. Conductores con gorras americanas, con sobrepeso y doble cuello; hasta vimos a uno fumando. No creo que los vampiros piensen en cosas como fumar.

—No parece —coincidió Liz.

—Vale. Es mucha gente. Debe de ser... difícil controlar a tantos: lo que deben hacer, adónde ir, tenerlos engañados con sus procesos mentales exaltados hacia los vampiros. ¿Me explico?

—Sí —asintió Liz—. Y tiene sentido.

Jason sonrió.

—¿Cómo no lo hemos pensado antes? Tienen un límite. Todo tiene un límite.

—De acuerdo —dijo Liz incorporándose— Así que... si ese vampiro vuelve... ¿no podrá hipnotizarnos?

Jason la miró, nervioso.

—No... no lo sé, ¿vale? No nos precipitemos. No sabemos cómo hace lo que hace. A lo mejor le basta con un segundo para soltar un poco de carga, no sé, diez hipnotizados que puede tener debajo del monumento a Washington en el National Mall de Washington D.C., ¿vale? Hace ¡ZAS! y se libera y tiene otra vez capacidad suficiente. Un solo segundo, suficiente para dirigir sus ojos hacia nosotros y dejarnos tiesos en el sitio. O a ti, Liz. A lo mejor te hipnotiza solo a ti. Sabe Dios que podrías ocuparte de Wendy y de mí en un instante.

Wen se llevó una mano al pecho, horrorizada.

—Está bien —dijo Liz pensativa—. Está bien. ¿Cuándo dijiste que fue la última vez que vino, Wen? El vampiro.

—Pues... anteayer, creo.

—Y suele venir cada pocos días —dijo Liz.

—No tiene una... regla fija. Pero no creo que nunca haya estado más de dos días sin venir. Tal vez.

Jason y Liz se miraron.

—Necesitamos saber cuándo se acerca —susurró Liz.

—Eso no debería ser difícil —dijo Jason—. Tenemos una buena planicie alrededor. Podría subir al tejado del otro edificio, ese de madera oscura, y vigilar desde allí.

Liz asintió.

—Va a hacer un frío de cojones ahí arriba —dijo.

—Hay un montón de abrigos en el otro edificio —dijo Wen—. Abrigos como el mío. Y guantes. Y botas. Para los obreros que trabajaban aquí.

—Estupendo —exclamó Jason—. Por fin un poco de buena suerte.

Liz se había dirigido hacia los chicos mientras cavilaba, y ahora se encontraba mirando a uno de ellos a la cara. Tenía un bigote incipiente y unos ojos de color miel. De la comisura de la boca resbalaba un reguero de saliva seca.

Sus ojos. Sus ojos color miel.

Sus... sus orejas.

—¿Funcionará en los dos sentidos? —preguntó Liz en voz baja.

—¿Qué? —dijo Jason.

—Su... hipnosis. Su conexión. ¿Crees que funcionará en los dos sentidos?

—No te entiendo —susurró Jason, pero en su mente se empezaba a formar un concepto, y hasta creyó saber de qué le hablaba. En los dos sentidos. Liz se estaba preguntando si...

Su voz interrumpió lo que estaba sospechando.

—Si puede escuchar o ver lo que ellos escuchan o ven, dado que... de alguna manera, están conectados.

Jason miró a los cuatro jóvenes. Ahora los veía algo diferentes, como si fuesen grabadoras con audio y vídeo, espías silenciosos de todo cuanto habían hablado, sus teorías, sus planes...

Se quedaron callados, inmóviles, sin atreverse casi a respirar, como si el vampiro fuese a irrumpir por la puerta del edificio redondo en cualquier momento.

—No, espera... —susurró Jason—. No. No creo que funcione así. No puede funcionar así. Limpiamos varios mataderos en el pasado, los chicos y yo. Había guardianes, luchamos con ellos, pero... pero no vino ningún vampiro...

—Porque era de día, ¿no? —apuntó Liz—. Seguro que era de día.

—Sí...

—Y luego os marchasteis. Seguro. Antes de que cayera la noche.

Jason asintió.

—Pero ahora da igual, ¿entiendes? Que sea de día o de noche... da igual.

Jason asintió. Sin decir nada, deslizó la correa del fusil y lo sujetó entre las manos sin dejar de mirar a la puerta. Wen pareció encogerse un poco.

Se quedaron quietos unos instantes.

—Debería... echar un vistazo fuera —susurró.

Liz sacó su cuchillo del cinturón. Tenía esa mirada decidida, la que adquiría cuando empezaba a ser consciente de que estaba a punto de enfrentarse a una situación. Pero Jason, mientras avanzaba despacio hacia la puerta y Wendy parecía encogerse sobre sí misma como si quisiera desaparecer, acurrucada junto a las llamas, no las tenía todas consigo. Los vampiros eran una cosa, pero un tipo inteligente que podía plantarse delante de ti y convencerte de... ¿de qué?, ¿de que dejases de respirar, tal vez?, ¿de que te sacaras un ojo utilizando un dedo, vaciando la cuenca como quien rebaña un plato de puré? De todo eso, probablemente, o como hubiera dicho Jared si estuviera allí, de que le lamieras los huevos toooooodas las noches.

Liz, de pronto, se agachó para coger uno de los troncos aún a medio arder. El extremo estaba en llamas, medio calcinado, renegrado y cubierto de costras blancas. Las llamas no tenían vigor, pero eran llamas, desde luego, y, de toda la vida, el fuego había hecho retroceder a los animales. Jason volvió la cabeza para observarla y asintió. Su mirada decía: «Buena idea».

Salieron al exterior, cubriendo cada flanco como si esperaran estar siendo

rodeados por un pequeño ejército. En cada giro, Jason bajaba y subía el rifle, como si estuviera aún rodeado de sus compañeros, pero solo estaba Liz; siempre Liz. Se mantenía detrás, con el cuchillo en la mano, sin mover la cabeza y apenas los ojos. Utilizaba la visión periférica para examinar el entorno mientras levantaba la antorcha con el brazo extendido.

La visibilidad era nefasta. Aún debía de ser por la tarde, porque la oscuridad no era completa, pero la nieve caía ahora en abundancia, y más allá de unos metros todo era una cortina blanca difusa donde los volúmenes apenas se insinuaban. Incluso el suelo parecía tener ahora varios centímetros más de nieve que hacía un rato.

Jason examinó el suelo. No quedaba ni rastro de sus propias pisadas; ni de las de él, ni de las de Liz o las de Wendy. Si había habido algún vampiro merodeando por allí recientemente, sus huellas habían quedado cubiertas.

Liz miraba también. Buscaba algún cambio, por sutil que fuese, que pudiese denunciar la presencia de un intruso: el estado de la puerta de la oficina, que habían dejado abierta; los arbustos del fondo; los bultos que Wen había dejado caer al suelo. Los bultos... ya no estaban allí, pero si alguien se los había llevado o estaban sepultados por la nieve, no podían saberlo.

Todo parecía tranquilo y en orden.

Jason empezó a sentirse algo estúpido. Se había... se había asustado, sin duda, como un adolescente timorato. Si Jimmy estuviera allí le daría una lección sobre comportarse con entereza, sin duda. Sonrió levemente. Tampoco imaginaba a ningún vampiro deambulando por el exterior bajo aquella ventisca. ¿Por qué? ¿Para qué?

Liz estaba a punto de decir algo cuando oyeron un ruido a la izquierda. Un crujido leve y casi inaudible.

Jason se volvió y apuntó con el fusil. Ajustó su postura corporal para sujetar el arma con más fuerza, inclinándose ligeramente hacia delante. Permaneció atento, conteniendo la respiración por unos breves instantes.

Liz avanzó despacio hacia el sonido. Tenía la antorcha extendida en el extremo del brazo, y el otro lo llevaba retrasado, con el cuchillo en la mano, el puño cerrado con fuerza alrededor del mango. A cada paso que daba iluminaba la nieve blanca, que se volvía amarillenta y sepia con la luz. Nieve. Nieve. Nieve. Nieve y nada más. Sus pasos producían sonidos acuosos bajo sus zapatillas de deporte, dos bolas blancas recubiertas de polvo frío.

De pronto, oyó una voz.

—Liz...

Se volvió dando un pequeño respingo.

La habían sorprendido antes, sin duda, pero algo en esa voz estaba mal. Estaba espantosamente mal.

Si le hubieran puesto la mano en el fuego, habría seguido jurando que la voz sonaba dentro de su cabeza.

Levantó la mano con el cuchillo y le hizo una señal a Jason. Tres dedos extendidos, el anular subiendo y bajando. No era parte de la jerga de comunicación militar, sino una señal que habían acordado entre ellos. Significaba «hay algo», «he visto algo» y también «he oído algo».

Jason se quedó donde estaba, alerta y pendiente. Si algo se acercaba a Liz, podría todavía dispararle.

De pronto, un ruido a su derecha.

Liz giró la cabeza con rapidez.

Otro ruido, ahora a la izquierda, como un crujido quedo.

Liz y Jason se volvieron al unísono.

—Liz...

Apretó los dientes. Ya no tenía dudas. La voz, esta vez, venía de fuera, confundida y mezclada con el susurro del viento y la nieve. Pero que se hubieran producido ruidos tan rápidamente a ambos lados solo quería decir una cosa: que el vampiro estaba jugando con ella. Con ellos. Con los dos. Estaba jugando, divirtiéndose con la situación, la misma que, indudablemente, había conocido gracias a los hipnotizados, como ella había intuido. Cámaras y micrófonos orgánicos espía. No había otra manera de que el vampiro hubiera llegado allí justo en ese momento.

Cuando Liz lo comprendió, supo también que aquello no iba a salir bien. En absoluto. Había supuesto que los Altos Vampiros serían más complicados de enfrentar; más duros, con capacidades que podían ser todavía desconocidas. Pero no había imaginado que tanto.

Hizo un barrido con el brazo en el que llevaba la antorcha, pero la luz no iluminó nada, ni a nadie.

Jason también había oído la voz, una voz susurrante, arrastrada, como una mano fría que te cogía el pecho y te dejaba paralizado. Pero también una voz que tenía un matiz entretejido, sutil, que Jason había oído antes y podía reconocer; lo había oído en los iracundos señores de la guerra de países tercermundistas, que se consideraban dioses por tener un grupo armado a su alrededor. Era deleite. Había cierto disfrute en ella que implicaba la seguridad abrumadora de que tenía esa mano ganada.

Al siguiente ruido, Jason giró el fusil y apretó con suavidad el gatillo. Dos balas salieron despedidas del cañón y se perdieron en la nieve.

El sonido apagado y lejano de una risa se dejó oír entre la nieve.

—Liz, la antorcha —susurró Jason—. Arrójala al frente.

—¿Cómo?

—¡La luz! —exclamó Jason—. Nos tiene localizados entre la nieve. ¡Arrójala al frente!

Liz no dudó ni un instante. Lanzó la antorcha al frente y esta describió un arco luminoso antes de caer. Quedó postrada en el suelo, un cerco de luz trémula que amenazaba con apagarse en cualquier momento.

—Conmigo... —dijo Jason en voz baja.

Liz retrocedió, dando pasos breves, prudentes, el cuchillo adelantado y el cuerpo ligeramente encorvado, escudriñando a su alrededor. Estaba preparada para recibirlo en cualquier momento. Pero apenas se produjo otro ruido, Jason volvió a girarse y a disparar, esta vez casi simultáneamente. El sonido del disparo aún flotaba en el aire cuando oyeron un pequeño gruñido ronco seguido de una cadena de ruidos que no pudieron identificar. Jason corrigió el ángulo ligeramente y disparó: un clic suave del gatillo, dos balas. Otra corrección, otro clic y dos balas, así hasta tres veces. Después de eso, sin embargo, no oyeron nada más.

Liz se adelantó un poco. Había creído ver algo entre la neblina blanca que producía la nevada. Algo en el suelo. De pronto, su sospecha se convirtió en certeza. Era un rastro de sangre. Una salpicadura que formaba una línea, las gotas rojas en fuerte contraste con el suelo blanco.

Estaba todavía observándolas cuando oyó un grito a su espalda.

Se volvió a tiempo para ver a Jason caer de rodillas al suelo. El fusil escapó de sus manos y aterrizó sobre la nieve sin hacer ruido. Su rostro revelaba una expresión de dolor agudo, los ojos fuertemente cerrados y los dientes expuestos y apretados mientras levantaba la mano hacia su espalda. Detrás de él, Liz vio a Wendy. Estaba de pie, con su gorro de lana en la cabeza, los cabellos rubios cayendo a ambos lados de las mejillas todavía sucias, con una expresión indiferente en el rostro. Pensó en decirle «¡Métete dentro, Wen!»». Pensó en gritar «¡Huye, Wendy!»», pero cuando Jason cayó hacia un lado vio algo. Algo en la mano de Wendy. Un puñal. Uno parecido al suyo, pero con una hoja más pequeña. Y allí, cubriendo el feo acero, había sangre.

Y comprendió.

— *Liz...* ¡Liz! —susurró el vampiro en alguna parte.

Liz sintió calor en su interior. El calor de la rabia, del engaño descubierto. Wendy la miraba como quien mira una señal de PRECAUCIÓN: OBRAS una vez que las obras han terminado, como si condujese a su trabajo por la mañana, aún medio dormida, pensando que era martes y que no estudió lo que le hubiera gustado estudiar y tenía que pasar cuarenta horas semanales haciendo algo que no le gustaba. Así la miraba.

La artimaña del vampiro había quedado descubierta.

Wen había estado hipnotizada todo el tiempo.

La odió. Odió a Wen y sus mentiras. Su histerismo y su miedo fingido cuando los encontró, su... bondad aparente cuando dijo que cuidaba de sus amigos, cuando dejó caer que a veces se privaba de alimento para tenerlos a ellos cuidados. Odió todo eso, y luego se dijo que Wen, en realidad, ya no era la Wen que debió de ser antes de que el vampiro los encontrase. No conocía a Wendy porque Wendy había muerto aquel día, su mente y su voluntad reemplazadas por el monstruo que le había robado su capacidad intelectual cuando dejó a Sam caer al suelo. El monstruo debió de mirarla y Wen se diluyó en la trastienda de su mente, y lo único que supo era que... permanecería allí, pasara lo que pasase, alimentando a sus amigos. A las vacas. Cuidando, en definitiva, del vampiro.

De pronto, se sintió empujada a un lado. La imagen que tenía del mundo — Jason en el suelo, Wen, el edificio redondo—, se difuminó repentina y rápidamente y saltó hacia el margen izquierdo de su visión. Cayó al suelo con un golpe suave sobre la nieve. No sintió dolor alguno, solo sorpresa, y perdió el cuchillo en la caída. Antes de que pudiera reaccionar, el vampiro estaba ya sobre ella, sus ojos centelleantes mirándola desafiante.

— *Mírame, Liz* —susurró.

Liz tuvo un instante para decirse: «No lo hagas», pero bastó apenas un segundo para que sus ojos accedieran a ella. Un segundo nada más. Menos de un segundo. Y Liz desapareció. El vampiro también; a sus ojos, al menos. Ya no era un monstruo, era un rostro bello que pertenecía a un ser noble con mirada amante y casi paternal, un ser elevado que le sonreía con dulzura y le tendía la mano. Y quiso..., oh, quería preservarlo, cuidarlo, honrarlo y protegerlo más que ninguna otra cosa en el mundo. Quería ser su custodio, quería ser su aliento, su sangre, su vida. Quería permanecer a su lado, acompañarlo. Porque era su maestro, su guía, su mentor. Era la primera y la última luz del día, el aire que respiraba, su único motivo de existencia.

Liz sonrió y se incorporó sin dejar de mirarlo.

—Liz... Liz... —susurró el vampiro—. ¿Me vas a servir, Liz?

—Sí —susurró ella, emocionada hasta las lágrimas.

Jason, con un dolor lacerante en la espalda, miraba la escena con los ojos muy abiertos. Intentó alargar el brazo para coger el rifle, pero el dolor insoportable, sublime, lo envolvió rápidamente como una lengua de fuego ardiente que lo hizo encogerse. No importaba. No debía importar. Recordó su instrucción militar. Cerró los ojos y trató de concentrarse. «No hay dolor —se dijo—. No lo hay. Dolor. No.» Pero cuando abrió los ojos de nuevo, el fusil había desaparecido de la vista. Las botas de Wendy se escapaban de su margen de visión. Wendy, Wendy, Wendy. La pequeña y dulce Wen los había traicionado. Había cogido el rifle y se lo llevaba consigo, fuera de su alcance.

—Wen... —exclamó. Pero estaba respirando tan fuerte y tan intermitentemente que no pudo continuar. Dolía. Dolía mucho. Y eso significaba que podía tener lesiones importantes. No sabía lo que Wen le había hecho cuando lo sorprendió por detrás; un apuñalamiento de algún tipo, y eso, al menos, no era tan malo como un disparo, porque los disparos dañan los tejidos circundantes. Pero sospechaba que le había afectado las vías respiratorias porque cada vez le costaba más tomar y expulsar aire. Otra cosa era la pérdida de sangre. No podía ver cuánta estaba perdiendo, pero si le había lacerado una arteria... podría morir en cualquier momento. «Morir.» Sonrió al pensarlo. Y el frío tampoco ayudaba; necesitaba calor.

Y necesitaba, sobre todo, terminar con el vampiro.

Pero Liz....

Volvió a mirarla. Liz miraba al vampiro como una colegiala enamorada. Parecía que acabase de conocer al ídolo de su vida. Si hubiera tenido un papel en el bolsillo del pantalón, lo habría sacado para que se lo firmase. Lo hubiera colgado en la pared de su habitación, si tenía una en alguna parte. El genial y admirado Señor Vampiro de Ontario, Canadá.

Sintió un mareo.

No quería. No podía desmayarse.

—Liz... —graznó. «Vuelve en ti, joder.» Es lo que quería decir, pero le costaba mantener la concentración. Se estaba yendo. Yendo.

Supuso que ese era el final, después de todo. El final de su vida. De su pequeña película de bajo presupuesto. Un final de mierda, si se le permitía decirlo, con un guion absurdo. Había estado creyéndose que realmente iban a alguna parte, que llegarían al centro de la tormenta y que Liz..., bueno, que Liz supondría una diferencia. Había creído en ella, sí. Había llegado a convencerse

de que estaba en el mundo para una sola cosa: enfrentarse a los vampiros. Pero allí estaba, sometida a su yugo, como casi todo el mundo. Y mientras perdía la conciencia, pensó: «La hostia, Liz. Vas a ser una auténtica hija de puta como guardiana.» ¿Quién podría frenarla? ¿A cuántos pobres supervivientes jodería vivos con su tremenda y letal capacidad de combate? A unos pocos, seguro. «¡Oh, espera, tío! Ya no quedan supervivientes. Jajajaja.»

—Menuda broma —consiguió decir mientras se tumbaba de lado y miraba el cielo cubierto por la tormenta. Los copos cayeron, fríos, sobre sus mejillas.

Era bonito, pensó. No era tan mal final después de todo.

Y entonces oyó un gruñido estremecedor, tan bestial e inesperado que se encogió sobre sí mismo. Luego cerró los ojos y ya no los volvió a abrir.

Capítulo 16

EL FANTASMA DE SACRAMENTO



1

Rachel West estaba acostumbrada a manejar emergencias y varios escenarios a la vez, pero estaban pasando demasiadas cosas al mismo tiempo. La radio no paraba de sonar.

Se detuvo junto a la construcción, soltó un bufido y cogió el aparato.

—West —dijo.

—Jefa, ¿podrías pasarte por la puerta norte? Te necesitamos aquí.

—Estoy aquí mismo, Erwin. Te estoy viendo.

—¿Qué?

La radio crepitó.

West había localizado a Erwin junto a la mesa de trabajo donde tenían desplegados los planos, si a las notas garabateadas y mil veces corregidas podía llamárselas planos, y levantó el brazo. Erwin sonrió doblando la espalda, como solía hacer, se ajustó el casco amarillo y se dirigió hacia ella.

—No sabía que venías, jefa. Lo siento —dijo mientras se acercaba.

—Erwin..., no me llames jefa, ¿quieres?

—¡Lo siento! —exclamó él—. Siempre se me olvida.

Rachel miraba distraída a uno de los hombres. Iba desnudo de cintura para arriba y lucía tantos tatuajes que, en su opinión, debía de mear tinta.

—Sí —dijo Erwin siguiendo la dirección de su mirada—. Un tipo curioso. Se llama Don, Donovan, o Douglas, tal vez. No lo sé. No habla demasiado.

Curiosos tatuajes, ¿verdad? Al menos son rollos tribales y cosas así. No es muy americano, pero está bien. Una vez vi en un centro comercial a una mujer. Menos de treinta años, caribeña a juzgar por su acento. Tenía más tatuajes que nuestro amigo Don, ¿puedes creerlo? Un águila imperial con unas runas de las SS, un casco alemán de la segunda guerra mundial, una cruz de hierro, una calavera *totenkopf*, que, por si no lo sabes, era un antiguo símbolo prusiano que llevaba una de las peores divisiones de las Waffen SS, y una esvástica de casi un palmo de diámetro. ¡Así de grande! —dijo, haciendo un gesto con la mano—. Y todo sin salirnos de las extremidades a la vista. No quise ni imaginar qué llevaría tatuado en la espalda, por ejemplo. ¿Te la imaginas luciendo palmito por Berlín o Tel Aviv? ¡La hostia! Lo alucinante de todo esto es que..., joder, era caribeña. En la Alemania nazi, la muy retrasada hubiera ido derechita a la cámara de gas sin pasar siquiera por la fábrica de Siemens.

West torció el gesto. A Erwin le gustaba parlotear sin cesar.

—¿Qué ocurre, Erwin?

—¡Ah, sí! —dijo—. Joder. Vale. ¡El trabajo es lo primero! Déjame que te enseñe esto un poco.

—Ya lo veo desde aquí —repuso Rachel admirando el muro—. Tiene buena pinta.

Estaban levantando una empalizada de madera. La idea era cercar el Plaza, centro neurálgico de la zona donde se reunían los supervivientes de Sacramento, empleando troncos de madera de casi cuatro metros de altura. La zona era extensa, desde luego, lo que requería una valla de demasiados kilómetros de largo. Muy pronto acordaron vallar solamente los espacios que quedaban entre las casas, para poder utilizar estas como muro de protección. Habían sido muy cuidadosos al marcar el límite, de manera que hiciera falta la menor cantidad de troncos posible, pero aun así era un trabajo ímprobo. Clavar los troncos en el suelo en las áreas donde había asfalto o bases de cemento no era tan sencillo como parecía, y el otro problema... El otro problema era, por supuesto, la materia prima.

Esa zona de Sacramento contaba con numerosos árboles, por descontado. Robles en su mayoría: robles de valle, robles azules y robles vivos de interior. Conseguirlos, sin embargo, requería desplazarse varios kilómetros, y la necesidad de emplear un transporte adecuado, todo lo cual era sin duda peligroso, incluso de día, aunque solo fuera porque era ruidoso y nadie en todo Sacramento quería llamar la atención.

Les preocupaban los guardianes. West suponía que debían de andar

husmeando por ahí, buscando sangre nueva para sus amos vampiros.

—Vale, sí —dijo Erwin—. La cosa no va mal, de acuerdo al plan. Hay solamente un par de asuntos que quería comentar contigo. Hemos... hemos gastado más gasolina de la que habíamos previsto, me temo. Los camiones son viejos y tienen mucho curro allí arriba. Creo que los motores están consumiendo más aceite y gasolina de lo que deberían. Juntas holgadas, o algo así.

—¿Los ha revisado alguien? —preguntó West.

—Ajá —asintió Erwin—. Aquí cada hombre controla un poco de mecánica, quien más quien menos. El problema es la naturaleza del problema, ¿sabes? Hace falta un taller en condiciones, herramientas y materiales, y no tenemos nada de eso por aquí.

—¿Dónde está el taller más cercano?

—Está en pleno ajo de todo, me temo, ya sabes, en La Zona. Al lado de esa gasolinera EXXON que hay en la autopista. No creo que sea una opción ir allí.

—No —admitió West—. No por el momento.

—Bueno, yo solo te aviso. Nos quedaremos sin *gasofa* si seguimos así, tarde o temprano.

—Ya veo —dijo Rachel.

Llevaba un tiempo pensando en eso. Miles y sus chicos, por ejemplo, conducían todo el tiempo sus coches, a veces demasiados coches a la vez, cuando era del todo innecesario. Paseos de control, lo llamaban; patrullar por las calles por el simple placer de conducir, y eso cuando no se iban a algún lugar apartado para liarla bebiendo hasta bien entrada la noche. Tendrían que crear una ordenanza especial para limitar el uso de vehículos, incluso para Miles y el resto del dignísimo equipo de seguridad, si querían conservar combustible para las emergencias y, sobre todo, para los generadores. Los generadores que proporcionaban electricidad eran una prioridad.

Sacudió la cabeza.

—Está bien —resolvió—. Me ocuparé de eso.

—La otra cosa —continuó Erwin— son las torres para los centinelas de las puertas. Queríamos torres robustas, pero..., de acuerdo con los planos, requieren un buen montón de troncos. Cuarenta y cuatro o cuarenta y nueve, en concreto, dependiendo del lado de la puerta en el que esté la torre.

—Parecen muchos, sí

—Eso es —afirmó Erwin—. He estado hablando con Cleveland, Brody Cleveland, y ha sugerido varios cambios en los planos que habíamos acordado.

—¿Cambios?

—Bueno, Cleveland se dedicaba a la construcción. Trabajó para el propio Rey varias veces, ya lo sabes. Construía armazones de madera. Diría que..., si quieres mi opinión, su diseño es bueno. Es inteligente, ¿sabes?

—¿Ahorrará material? ¿Madera?

—Oh, sí, desde luego. Con el diseño de Cleveland podríamos levantar las torres con solo quince de esos troncos, la mayor parte para la estructura y la fundación del cimentado. El resto, la parte superior, la cabina, se puede construir con planchas. Cleveland dice que lo que cuenta es la base. Esta debe estar reforzada, seguro. Pero la parte superior puede resolverse con planchas. Así la base tendrá que soportar, además, menos peso.

—Ya. ¿Lo has hablado con Rey?

—Mmm... no. Aún no, jefa.

—Hazlo. Si él lo aprueba, yo lo apruebo —declaró.

Erwin se llevó una mano al casco de plástico e hizo un gesto de aprobación.

—De acuerdo, pues... Lo voy poniendo en marcha.

—Genial, Erwin. Buen trabajo.

—Gracias, jefa. Y... ¿qué me dices de los chinos, los rusos y... todo lo demás?

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó West.

—Bueno. Ya has oído las noticias. Parece que... vienen para acá.

West asintió con prudencia.

—Eso dicen, Erwin. Pero no vienen a dispararnos a nosotros, ni a sacarnos de nuestros hogares. Vienen a pelear con los vampiros. Son buenas noticias, ¿no?

—Bueno —dijo Erwin—, visto así... Caramba. Son buenas noticias, sí.

—Pero Estados Unidos es un país grande, enorme, y está Canadá, y sospecho que México y más allá de México. Mientras llegan y no llegan, tendremos que pensar por nosotros mismos, ¿no crees?

—Desde luego, jefa —respondió Erwin mientras asentía con vehemencia.

—Genial.

La radio empezó a sonar de nuevo.

—Perdona, Erwin. Luego te veo —se despidió.

—¡Claro! ¡Feliz Navidad!

West sonrió. Erwin siempre decía «¡Feliz Navidad!», y con la decoración navideña por todas partes, estaba segura de que llegaría el verano y seguiría diciendo «¡Feliz Navidad!». Mientras regresaba a su puesto, se detuvo para gritarle a alguien:

—¡Holland, Roden Holland, la arena primero, coño! ¡La arena primero y luego apelmazas, no es tan difícil!

—West —dijo Rachel, concentrándose en la radio.

Estaba siendo una mañana horrible.

—Hey, Rachel —dijo una voz femenina—. Soy Galen Mitman, de... electricidad.

—Galen, ¿qué ocurre? ¿Problemas?

La radio crepitó.

—No, ¡no, no! Es más bien todo lo contrario. Es sobre... esta noche. Es Fin de Año...

Rachel abrió mucho los ojos.

—¿Fin de Año? —graznó—. ¿Esta noche?

—¡Sí! —respondió Galen—. Con todo lo que está pasando casi nadie ha echado cuentas, pero es esta noche, desde luego. ¡Fin de Año! En fin, los chicos y yo estábamos pensando si habíais pensado, el comité y tú, en hacer algo especial, ya sabes. Con luces, o alguna cosa. Podríamos montar una ristra de luces especiales que diga FELIZ FIN DE AÑO, si quieres.

—Oh... —dijo Rachel—. Yo... no lo sé, Galen. No lo había pensado.

—Ya, ya me imagino, con todo lo que... En fin, oye, piénsalo. Pensadlo, quiero decir. Y si os decidís, avisadnos, ¿vale? Si va a haber lío... deberíamos dejar los generadores cargados.

—De acuerdo, Galen —contestó, levantando las cejas—. Yo te aviso.

—¡Sí, gracias! ¡Gracias y besitos!

Cortó.

Besitos.

Una fiesta. Una puñetera fiesta asociada, además, a la noche. Le temblaban las rodillas si pensaba en música sonando fuerte que pudiera oírse desde lejos, y con el silencio que reinaba por todas partes, estaba segura de que lo oírían en el centro de Sacramento, en el norte. No, ni de lejos iban a celebrar Fin de Año durante la noche; a Miles y los suyos solo les faltaba tener una excusa oficial para beber alcohol. Pero podría pensar, tal vez, en hacer una pequeña celebración en el interior del Plaza, algo breve y recogido, y una comida especial al día siguiente, a mediodía, mientras el sol brillase alto en el cielo. Gracias a Dios, aún podían contar con el sol.

Y hablando de Miles... Cuando miró al frente vio a Vinny apoyado sobre una montaña de tabloncillos cortados. Miraba al suelo, con la mirada perdida, como ensimismado, con su rifle al hombro. Por mucho que lo intentó, no pudo

recordar a Vinny entretenido con sus pensamientos. Dudaba incluso de que por su cabeza cruzara uno solo de ellos en todo el día. Frunció el ceño y se preguntó en qué andaría enredando.

Se le acercó.

—¿Qué hay, Vinny?

Vinny se puso firme; hizo un amago de movimiento y Rachel pensó que había estado a punto de saludarla al estilo militar.

—Oh, hola, jefa —exclamó, sorbiendo moco.

—¿Qué haces aquí, Vinny?

—¡Oh! Vigilo a los hombres, jefa. Para asegurarme de que trabajan.

Rachel levantó una ceja.

—¡Ah, vigilas a los hombres! —dijo divertida—. Con tu arma, ¿verdad? Por si alguien no hace su parte.

Vinny se miró la cinta del rifle en el hombro.

—Bueno..., por si... hay problemas —dijo nervioso y dubitativo—. Ya sabe. Miles dice que siempre debemos ir con el arma.

—Bueno. No está mal, Vinny —dijo. Había pensado en llamarle la atención, pero... pero... era Vinny, después de todo. No Miles. Miles era un caradura y un holgazán, pero Vinny no era un mal hombre; solo tenía carencias intelectuales de las que no tenía culpa, de modo que cambió de actitud—. En realidad, podría venir alguien de fuera y darnos un susto. Me alegro de que protejas a los hombres.

—Gracias, jefa —dijo satisfecho. Dudó unos instantes y luego pareció que estaba a punto de decir algo, para finalmente callar de nuevo.

Rachel lo miró inquisitivamente.

—¿Te preocupa algo, Vinny? —preguntó.

Era evidente que estaba nervioso

—Bueno... Es... es por el fantasma —susurró.

Rachel asintió brevemente. El fantasma.

Había oído rumores sobre «el fantasma de Sacramento». Miles había hablado de ello en alguna ocasión, pero como no consiguió más apoyo popular que unas cuantas risas, poco a poco dejó de hablar del asunto. Hubo alguien, ¿tal vez Josh Cothran? Creía que sí. Josh. Un tipo con una poblada barba que aseguró haber visto a alguien cerca del Plaza. Una figura que se movía despacio y en silencio, algo encorvada. Dice que tardó un segundo en abrir la puerta y salir al exterior, y que para entonces la figura había desaparecido. No pudo haber ido en ninguna dirección porque el terreno era diáfano y las casas quedaban lejos. Era

como si se lo hubiera tragado la tierra. Dijo que comprender eso le había hecho sentir un escalofrío.

Miles hablaba de algo parecido. Una figura, una sombra, que habían visto a veces por los alrededores, moviéndose entre los árboles, agazapada, oscura, apenas una mancha, un contorno, sin detalles. Aseguraba que no era una persona, porque cuando pestañeabas ya no estaba allí. ¡PUM! Se esfumaba. «Este sitio debe de estar lleno de fantasmas —decía—. ¿Es que no lo veis? ¡Toda América es como un lugar encantado ahora, joder!» Pero cuando hablaba de eso en los grupos que se formaban a veces, de noche, con algo de beber y unos cigarrillos, la gente se volvía y le decía cosas como: «¿Olía a whisky y a ginebra tu fantasma, Miles?» o «¿Cuántos fantasmas viste, Miles, uno o dos?» «¿Un fantasma doble con hielo, quizá?».

Poco a poco, el mito del fantasma de Sacramento fue desapareciendo de las conversaciones.

—Verá, jefa. Hace unas noches, los muchachos y yo íbamos por el bosque, en Snodgrass Slough, ya sabe, a..., bueno..., a nuestras cosas...

—Ya sé —dijo Rachel.

—Bueno, éramos seis, y yo iba en último lugar. Había niebla, una niebla de la hostia. Y... ¿sabe qué hago siempre que hay silencio? Cuento cosas. Es una manía que tengo, ¿vale? Cuento árboles, cuento piedras, cuento... cualquier cosa, no sé, coches, matrículas, nubes... Esa noche nos contaba a nosotros mismos. Contaba... uno, dos, tres, cuatro... y cinco. Y luego me contaba a mí mismo y decía: seis. Y volvía a empezar. Pero en una de esas veces, cuando me conté a mí mismo dije: siete. Me reí un poco por dentro y pensé: «Vinny. Eres idiota. Siempre has sido idiota, pero últimamente te chorrea el cerebro por las orejas». Así que contaba otra vez...: uno, dos, tres... cuatro... cinco... seis... y cuando llegaba a mí decía: siete. Y empecé a ponerme nervioso, ¿sabe? Contaba más despacio y más rápido, y le juro que ponía toda mi atención en contar y en hacerlo bien. Apuntaba con el dedo y contaba, pero cuando llegaba a mí decía: siete. ¡Mil millones de serpientes de coral y escorpiones, señorita West!

—Sí que es curioso —susurró Rachel.

—Empecé a asustarme, a asustarme de veras. La noche, la niebla..., bueno, esas cosas asustan, pero con el asunto de los vampiros, uno puede jiñarse patas abajo mucho más rápidamente de lo que cree. Ya se lo digo yo. Si no fuera con los chicos, no me habría acercado por allí ni aunque brotasen pizzas del suelo. ¿Cómo podíamos ser siete? Pensé en vampiros, ¿sabe?, pero un vampiro no se pondría a caminar entre nosotros; nos habría rajado la garganta. Así que pensé

en... el fantasma.

—El fantasma de Sacramento —dijo West.

—Eso es. El fantasma de Sacramento. Pero... ¿sabe qué? Seguí contando, y de repente, cuando me tocaba a mí, decía: seis. ¡Otra vez seis! Bueno, uno no es el más listo del pueblo, así que pensé que me había equivocado todas las veces, no sé, y me tranquilicé. No pasó nada raro esa noche. Pero estos días he estado pensando, y me he dicho: «Vinny. Puede que no sepas hacer muchas cosas, pero sabes contar. Es lo que haces, contar cosas. Así que...»

—Así que has estado preocupado por el fantasma —concluyó West.

—Demonios, sí, jefa. ¿Usted no lo estaría?

—Bueno, Vinny, estoy bastante segura de que los fantasmas no existen...

Vinny asintió.

—Vaya. Eso ya lo sé, jefa. Pero... pero los vampiros tampoco existían antes, ¿no le parece? Y ahora existen, ¡vaya que si existen!

West sonrió. La lógica de ese razonamiento era implacable.

—Bueno, Vinny. En todo caso, los fantasmas no hacen nada, si es que están por aquí. Se dejan ver un poco, pero ya está. Y hay otras explicaciones. A veces, la niebla, por sus características, crea juegos ópticos muy curiosos. Agranda las figuras, las duplica... Es por la luz, ¿sabes? Cuando cruza moléculas de agua, produce distorsiones.

—Caramba, jefa —exclamó Winny—, sí que sabe cosas.

—Bueno —dijo West sonriendo—, puede que sepa una o dos cosas, sí. Pero no podría contar mejor que tú, eso está claro.

Vinny sonrió y sorbió por la nariz.

—No pienses más en eso, ¿vale? —dijo Rachel—. Tengo que irme. ¡Sigue vigilando, Vinny!

—¡Eso haré, jefa! ¡Me encanta trabajar para usted, en serio!

Rachel pensó en explicarle que no trabajaba para ella, pero había tenido suficiente Vinny por un buen rato, y se alejó levantando la mano a modo de despedida.

«El fantasma de Sacramento», pensó. Miles era un bobo, y Vinny tampoco daba para mucho, pero ¿aquello sería finalmente algo? ¿Habría algo real detrás? ¿Debería preocuparse?

De pronto, la radio empezó a sonar de nuevo.

—Rachel —sonó la voz de Rey cuando abrió la comunicación—. Deberías venir a la radio. Enseguida.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó ella.

—Hay novedades. Mejor que vengas y lo oigas por ti misma.
—Joder —soltó.

2

Era como un *déjà vu* : Toda la gente reunida alrededor de la radio, en silencio, mientras la voz de un locutor derramaba las noticias con voz de alarma. La calidad del sonido era nefasta. Debían apuntar unos altavoces de calidad en la lista de cosas que traer de la ciudad en la próxima expedición.

— «... inesperado brote de violencia en el centro mismo de París que pudo haber empezado a primera hora de la noche. En un brevísimo comunicado, la gendarmería francesa aseguró, hace escasamente una hora, que el brote de violencia no tiene, en principio, las características de la llamada Marea Roja que está en el foco de atención y preocupación del mundo entero, pero esas declaraciones podrían haber cambiado en el transcurso del último tramo de la noche. Diversas fuentes han notificado que agentes de la gendarmería francesa, uniformados y provistos de armamento, están ayudando a los violentos a extender el caos, arrastrando a ciudadanos bajo coacción, amenaza o el uso de la fuerza al interior de la zona controlada por los asaltantes. De confirmarse esta circunstancia, sí que podríamos detectar similitudes con el modelo de ataque de los metahumanos que tienen al mundo en jaque, ya que entre su operatividad se encuentra el control mental. Si el enemigo está extrayendo efectivos de las propias fuerzas del orden, la situación en París puede degenerar muy rápidamente.»

—Dios mío —exclamó West.

Había encontrado a Rey entre la gente. Este le pasó un brazo sobre los hombros mientras sacudía la cabeza y se frotaba los ojos con la mano libre.

—Esto no tiene remedio —dijo.

—«... efectivos de la Coalición de Defensa, ha comunicado el Ministerio del Interior, están desviando numerosos recursos hacia París para establecer un cerco de control alrededor de la capital francesa, al tiempo que Alemania ha asegurado que enviará efectivos de su propia reserva para ayudar en la llamada Operación Jaula, un protocolo diseñado al principio de esta crisis que contemplaba la posibilidad de que surgieran brotes como este en alguna capital europea. En estos momentos, helicópteros y aviones de la Armée de l'Air, en concreto helicópteros Tigre y AS-332 Super Puma, asistidos por varios caza polivalentes Dassault Mirage y Dassault Rafale sobrevuelan ya la ciudad, listos

para efectuar, en palabras del ministro francés, “acciones de contención contundentes y enérgicas”, para evitar que la situación se agrave. Así mismo, se han cancelado ya las festividades oficiales programadas para el evento de Fin de Año de hoy, en previsión de que la Operación Jaula se prolongue durante los próximos días.

»Tenemos en escena a nuestro reportero Jules Le Brun, emplazado a pocos metros de los lugares donde está teniendo lugar esta inesperada y sorprendente crisis. Jules, ¿qué puedes decirnos sobre lo que está ocurriendo? ¿Qué observas?

Hubo un repentino silencio.

—«Jules, adelante. Jules Le Brun.»

Silencio.

—«Parece que... hay problemas técnicos con la unidad de Le Brun. Vamos a contactar con Sophie Candau, que también se encuentra al sur de París y es testigo de importancia de todo lo que está ocurriendo esta noche. Sophie, ¿nos recibes?»

»Buenas noches —dijo una voz entre picos de estática—. Os recibo, adelante.

»Sophie, ¿qué puedes contarnos? ¿Qué está ocurriendo en estos momentos?

»Bien... Me encuentro en el barrio de Gentilly, concretamente en Place Mazagran, junto a la autopista. No sé si pueden oírme bien con el sonido de los cláxones de los coches porque el atasco automovilístico es... es impresionante. Hay gente corriendo... y algunos van en pijama. Hay gente herida, gente tirada en la acera porque no pueden dar ni un solo paso más, y la ausencia de unidades de emergencia o de asistencia sanitaria es absoluta. Voy avanzando mientras hablo porque hay una columna de humo que sube desde los coches hacia las farolas de la autopista, por el calor de los motores, vapor de agua del frío nocturno, básicamente, y la... la concentración de este es increíble. Estoy mirando hacia el edificio de la... Federación Francesa de Atletismo, sí, para que se ubiquen, junto a la avenida Pierre de Coubertin, que cruza en línea recta hacia el centro de París junto al estadio Charléty. Hasta ahí llega el caos, esa... esa franja circular que rodea París. Tenemos la sensación de que, más allá de esta avenida, por lo que cuenta la gente a nuestro alrededor, hay ya vampiros.

»Presuntos... vampiros —se apresuró a añadir el locutor.

»Sí. Asaltantes —dijo Sophie—. Vampiro es el... término que está en boca de todos, la forma coloquial de llamar a esta nueva amenaza que, a la vista de lo que está pasando, empieza a ser muy preocupante. Aquí no se oye hablar de otra cosa. En la calle, todo el mundo habla de vampiros.

»Cabe decir —intervino el locutor—, que tener al enemigo en el corazón de Francia sería... un desastre de proporciones incalculables. Disculpa unos instantes, Sophie, tenemos al teléfono a una celebridad, el estratega y asesor militar Antoine Cloutier, que va a contarnos...

»Buenas noches —irrumpió una voz masculina de repente—. Disculpad que interrumpa, pero he estado escuchando y tengo muy poco tiempo, de hecho debería colgar ya porque me reclaman con la urgencia que esta situación requiere, pero voy en coche y tengo todavía un minuto, tal vez. Al hilo de lo que se ha estado diciendo... —carraspeó brevemente—,... efectivamente, si la situación no puede normalizarse pronto, y quiero decir muy pronto, será un durísimo golpe no solo para Francia, sino para el mundo, no solo por la cantidad abrumadora de vidas humanas en juego, sino por la complejidad logística de tener un auténtico cáncer en el corazón de Europa. Tenemos que comprender que solamente en París la población es de más de dos millones de personas. Dos millones de personas que corren en estos momentos un serio peligro. Por otro lado, tenemos la disyuntiva de cómo manejar las fuerzas de que disponemos. Hay que pensar que estamos desviando fuerzas muy valiosas y de vital importancia por sus emplazamientos, desde la frontera con España y las costas, que son un elemento enorme y de alto peligro en este escenario: cualquier costa de cualquier ubicación puede ser una puerta de acceso para un peligro que, por su naturaleza, tiende a escalar y a propagarse como lo haría un virus, y muy rápidamente, además. Un virus se propaga en progresión aritmética; esto es una progresión geométrica. Es muy muy complicado controlar esta infección porque la persona que resulta infectada se... se esconde, se oculta en sótanos, en armarios, debajo de las camas, y localizarlo y neutralizarlo se convierte en una tarea muy muy peligrosa, muy laboriosa. Cuando se atiende a los protocolos de seguridad mínimos, además, algo que es inevitable, se consume muchísimo tiempo. El hecho de que estemos teniendo que debilitar las fronteras que he mencionado debido a esta circunstancia es una desgracia que espero que no tengamos que lamentar con lágrimas en los ojos. Ya no se trata de Estados Unidos o Europa, uno u otro país; se trata del mundo. Tenemos que olvidarnos de nuestras fronteras y nuestras políticas porque nos enfrentamos a algo muy serio, algo global. Es muy... desafortunado... que China y Rusia hayan decidido trasladar gran parte de sus efectivos a un escenario donde ya no hay mucha vida que salvar. No quiero entrar en valoraciones sobre el sentido de sus movimientos, pero... que Dios nos proteja, los hubiéramos necesitado aquí, en este momento. Ahora.

Silencio.

—¡¿No hay vida que salvar?! ¡Tu puta madre! —gritó alguien de repente. La gente congregada alrededor de la radio empezó a protestar y a gritarle al aparato.

Rey bajó la cabeza.

—Bueno, creo que todos sabemos a lo que vienen —susurró.

Rachel pensaba.

—¿Cuánta gente hace falta para nombrar un presidente? —preguntó en voz baja.

—¿Cómo?

Rachel sacudió la cabeza.

—Nada —dijo—. Estaba pensando.

—¿Quieres... nombrar un presidente?

—Somos americanos, ¿no? —exclamó ella—. Imagino que tendremos algo que decir sobre la legitimidad de la gente que dirige nuestro país. Si hay un gobierno, si existe un... Senado, una representación política, real, visible... nadie que venga de fuera podrá «reclamar el país».

—Espera... —dijo Rey—. Eso es... mucho más complicado de lo que...

Rachel levantó una mano.

—Lo sé —lo interrumpió—. Ya lo hablaremos.

La radio seguía emitiendo. Era Sophie quien hablaba ahora, la reportera en el lugar de los hechos.

—«... ¡Señor! Señor, soy Sophie Candau, de France 24. ¿Está usted bien?»

»¿Qué?... Que si... ¿Que si estoy bien? —dijo una voz de alguien entrado en años.

»Descanse, señor... Respire... ¿está herido? Tiene... tiene sangre en...

»¿Qué...? No. No es mía. Es... Dios mío...

»¿Qué le ha ocurrido? ¿Viene del centro de París? ¿Puede decirnos algo?

»Es... esa gente... Es gente que... están...

»Respire, señor, ya está a salvo —dijo Sophie.

Sonido de gimoteos.

—«Nos han sacado de nuestra propia casa, esa gente. Entraron y... arrastran a la gente. Se la llevan por la fuerza. Son muchos. Muchísimos. Los arrastran por los brazos, por los pies, contra su voluntad. Se llevaban a una muchacha sobre los hombros. Son tantos que no puedes... no puedes hacer nada.»

»¿Adónde, señor? ¿Adónde se los llevan?

»Se los llevan... Por la calle. No lo sé. Hacia... hacia el interior.

»¿Hacia el centro?

»Sí, hacia el centro...

»¿De quién es la sangre, señor? La sangre que cubre su cara —preguntó Sophie.

»La sangre...

»Sí, la sangre que...

»Oiga, son ellos, ¿vale? —gritó el señor de repente, subiendo el tono. Ahora estaba enfadado—. Los monstruos americanos. ¡Están aquí! ¡Aquí mismo, en París!

El sonido de unas sirenas se oyó de fondo, seguido del estampido de unos disparos.

—«Señor, ¿los ha visto? ¿Ha podido ver a los vam... a los metahumanos?»

El sonido distante y apagado de unos gritos se mezcló con la voz de la reportera.

—«Sí —dijo el señor mayor, y empezó a llorar—. Vampiros. ¿Por qué no lo dicen de una vez? Son vampiros. Deberían ser... Deberían ser claros con la población. ¡Deberían haber sido más claros!»

»¿Por qué cree que son vampiros, señor? ¿Puede describirlos? ¿Qué es lo que ha visto usted?

»Sus bocas —dijo el hombre entre sollozos—. Oh, esas bocas..., su... su manera de moverse, de saltar... de... matar. Su manera de... matar. Le partió el cuello, ¿sabe? A aquella mujer. Era gruesa, se... asfixiaba..., creo que no debía de haber corrido en su vida. El hombre de hoy día es así, ¿no? Tenemos el cuerpo atrofiado. Los móviles, la televisión, los... ordenadores. No podía dar ni un solo paso. Creía que iba a morderla y a dejarla tirada en el suelo como había hecho con los otros que fue encontrando. Pero su mordisco... fue como si se enganchara, como si se quedara pillado allí, en su... en esta parte de aquí..., entre el cuello y el hombro... No paraba de mover la cabeza, arriba y abajo, a un lado y a otro. La sangre salía a borbotones mientras ella, sus piernas, se retorcían como si fuesen de goma, y caía al suelo a cámara lenta.

»Señor... —susurró Sophie.

»Mordió tantas veces y tan rápidamente que la cabeza empezó a inclinarse a un lado. A inclinarse, a inclinarse... hasta que ... quedó horizontal sobre el otro hombro, y luego se... se derritió, fue como si se derritiese. Se partió, ¿sabe? No podía dejar de mirar, porque ella, la mujer, me miraba a mí. Había cientos de personas en la calle, había mil sitios donde mirar, pero ella, la mujer, me miraba

a mí. A mí...

»Señor, eso es espantoso... —dijo Sophie.

»Espantoso. Espantoso es cuando una madre pega a su hijo, o cuando te llaman del hospital a las cuatro de la mañana porque tu hijo tiene una intoxicación etílica. Eso es espantoso. Esto ha sido..., quiero decir, está siendo... un infierno.

»¿Ha visto muchos vampiros? ¿Ha visto cuántos eran?

Silencio.

—«Son todos.»

»¿Son todos?

»Sí —asintió el hombre—. Son todos vampiros.

El sonido de los gritos, en la distancia, empezó a aumentar.

3

Si hubo algún amor auténtico y real en la vida de Jared, tuvo que ser Poppet. Ni siquiera el propio Jared llegó a saber nunca su auténtico nombre. Podía haber sido Jarvis, o Archie, o Dave. Podía haber sido cualquier nombre tanto como ninguno. Daba lo mismo, porque para Jared y el resto de los muchachos, era siempre Poppet, y eso era todo lo que importaba. Ya casi nadie usaba esa palabra, por cierto. Poppet. Tal vez podías oírla en boca de algún abuelo cuando se dirigía a sus nietos en tono cariñoso, pero era un término que estaba desapareciendo. Justo como los gloriosos días de Jared, Poppet y los muchachos.

Nueva Orleans era su feudo; también Baton Rouge y, por supuesto, Lafayette y Shreveport, en la parroquia de Caddo. Un lugar de mierda, en palabras del propio Poppet, pero su lugar, después de todo, y como decía también, uno tiene que jugar con las cartas que le han tocado.

Era difícil ser tan obstinadamente americano en un lugar tan condimentado por la diversidad cultural. La comida tradicional, por ejemplo, estaba totalmente afectada por la cocina francesa, la española, la africana y la india. Luisiana podía lindar por el oeste con el mismísimo Texas, pero los sombreros de *cowboy* y las enormes hamburguesas se quedaban flotando en el río Sabine cuando uno cambiaba de estado. Tampoco era, precisamente, la cuna de la música tradicional americana, el country. Era más bien el hogar del jazz, de la música que había nacido de la gente de color cuando trabajaba como esclava en las plantaciones de los señores blancos; música llena de sentimiento que nacía del dolor y de la ausencia de libertad, de las manos encallecidas, de espaldas recorridas por

latigazos. Y, al menos en Nueva Orleans, había tanta gente que iba a la iglesia como practicando vudú.

En ese escenario tan multicultural y algo mágico, Poppet y los demás conducían motos americanas, llevaban chalecos de cuero y hablaban con un acento más parecido al de Texas que al de Lafayette. Les gustaba, no obstante, el increíble y límpido cielo azul, la arquitectura algo tenebrosa a veces, como si fuera la herencia de épocas llenas de magia negra, secretos y asesinatos entre maizales que nadie nunca atendió; el olor de las cañas de azúcar que se quemaban en otoño que llenaba las calles. Bebían alcohol en lugares pantanosos, como Lake Martin, y soñaban con desiertos. No les importaba la humedad y el calor pegajoso que te hacía tener la piel húmeda bajo la ropa; para algunos, como Poppet, era una especie de ducha diaria y suficiente, y la única agua que conocía durante días, a veces semanas. Y comían cangrejos de río, que en Luisiana sabían, y saben, en opinión de los chicos, mucho mejor que la langosta, aunque la temporada empezara en marzo y acabara a finales de mayo. Pero Poppet prefería carnes alimentadas con pasto, que normalmente conseguía en el Rolling R Ranch cuando visitaba a su urólogo, el doctor Rodosta.

El encanto cajún de la zona, sin embargo, no desentonaba con la abundancia de negocios dedicados a la alta tecnología. Era una mezcla curiosa. Miradas sombrías y pollos sin cabeza a un lado, y una oficina de banda ancha de internet en la acera opuesta. *Hipsters* y *trendies* en bares sofisticados con logos modernos y cuentas en Instagram al lado de pequeños tugurios donde se quemaban hierbas del diablo para ahuyentar a los malos espíritus y de los que salías con mal de ojo si no dejabas una buena propina; pero mal de ojo de verdad, del tipo que hace que te escueza el pene al mear. Pero... lo que hacía Luisiana perfecta para las andaduras de la banda, en realidad, era su enorme cantidad de territorio. Podían tener la misma población que Massachusetts, pero en cinco veces más de terreno. Casi todo el mundo disfrutaba de una enorme cantidad de suelo donde cultivaba sus propias frutas y verduras. Si sabías cazar, podías alimentarte fácilmente de lo que conseguías. Por allí andorreaban los chicos, siempre subidos en sus motos, sin ningún lugar de preferencia; iban adonde los condujese el destino etílico de cada noche.

Poppet era el colega de Jared por excelencia. La hermandad que los unía era un anillo de compromiso invisible y silencioso, una alianza eterna nunca pronunciada. Funcionaban a un nivel de comunicación íntimo en el que no hacían falta las palabras. Si Jared bebía demasiado, Poppet empezaba a controlarse automáticamente para poder conducir a su amigo a su casa. Si

Poppet se metía en líos, generalmente con los niños con dinero que venían de Texas para armar jaleo, Jared ponía los ojos en blanco y se masajeaba los nudillos, preparado tanto para dar como para recibir. Poppet era esa persona a la que podías llamar para decirle que te habías despertado en el pantano con el cadáver de un tío a tu lado, y se presentaba con una pala. Y Jared también lo era.

Fue Sarabi quien los separó.

Sarabi era una preciosidad de ébano y cabellos de fuego de origen africano. El nombre significaba «espejismo», y a veces, después de haber pasado la noche con ella saltando de bar en bar, conduciendo por todas partes y disparando a los árboles en el bosque, Jared se despertaba por la mañana y pensaba si Sarabi no había sido, precisamente, un espejismo de su mente. Era demasiado perfecta. Tenía un cuerpo delgado y estilizado y unos rasgos que parecían esculpidos en mármol por el propio Miguel Ángel, y sus ojos eran dos esmeraldas verdes cuya visión no se podía resistir durante demasiado tiempo. Cuando te asomabas en ellos, decía Jared, parte de ti se quedaba allí para siempre, y no volvía jamás.

Poppet se enamoró perdidamente de Sarabi. Jared también, aunque a su manera. Jared amaba cómo le quedaban los vestidos que llevaba casi siempre. Vestidos lisos con estampados discretos, cuando los había. Amaba la forma redonda de su trasero y la suave protuberancia de sus pechos, sus labios increíbles, su sonrisa blanca, que parecía brillar en el bosque cuando el sol se retiraba marcando el fin del día. Y amaba el sexo con ella. Sexo de gatos, con mordiscos animales y un juego eterno y lascivo de besar con pasión y retirar la boca cuando la pasión estaba en su punto álgido. Poppet, sin embargo, nunca cató esas mieles. Era gordo y grande, tenía la cabeza redonda y sudorosa y sus labios no eran de la talla del resto del cuerpo. Sus andares eran torpes, sus gestos zafios, y sus tatuajes eran feos y descuidados, por añadidura. Jared no tenía ninguno. Sarabi dijo una vez que nunca haría el amor con un hombre tatuado porque, para ella, la piel era un lienzo sagrado que había que respetar como si fuera el alma. Aunque la química entre los tres era un triángulo perfecto, Poppet empezó a sentirse mal cuando Sarabi y Jared lo dejaban en casa y se iban juntos en la moto hacia el amanecer. Dejaban tras de sí un halo de sexo y ganas que él podía respirar e identificar tan claramente como el aroma de las cañas de azúcar quemándose en las cacerolas de los puestos a pie de calle.

Poppet no entendía la fijación de Jared por Sarabi. Para él, ella era una mujer más. Jared era atractivo, con su pelo largo a dos aguas, lleno de bucles, y sus andares de *cowboy*. Y tenía labia, duende, encanto; podía acercarse a cualquier mujer, en cualquier bar, y empezar a parlotear y a hacer gestos. Media

hora más tarde, él estaba dentro de ella en el aparcamiento o en el cuarto de baño, golpeando sus nalgas con su pelvis. Un poco más tarde estaba de vuelta pidiendo un Gran John como si tuviera sed tras haber cruzado un desierto, y podía decir algo del tipo: «¿Qué tal, Poppet? ¿Cómo te va la noche?», como si acabara de haber echado una meada en lugar de un polvo. ¡Un polvo! Jared era un conquistador nato, un depredador de mujeres. Poppet..., bueno, había tenido una media experiencia con mujeres hacía cuatro años.

Un día, mientras llenaban los depósitos de las motos, Poppet le contó lo que sentía por Sarabi. Incluso en esos años de juventud, Jared ya arrastraba un buen montón de errores, algunos bastante graves; de ese tipo de errores que tuercen el discurso vital de uno de maneras irreversibles. Pero aquel día cometió el peor: se rio. Se partió de risa. Ganó, de lejos, todos los premios a la Madre de Todas las Carcajadas de todo el condado y, de hecho, de todo el puñetero país. Acabó en el suelo, con la mano sobre el estómago y las lágrimas corriéndole por las mejillas, mientras un hombre pequeño y encorvado esperaba su turno para echar gasolina en un turismo familiar, mirándolos con cierta desesperación.

Y le dijo cosas.

«Sarabi. ¿Sarabi, en serio?»

Risas.

«No Stacy, la tetuda del Preacher's Nest, ni la rubia alemana del otro día, no.»

«Tú tenías que enamorarte de Sarabi.»

«Pero qué coño, Poppet. PERO QUÉ COÑO.»

Más risas.

«Sarabi no es para ti, qué cojones.»

«¿Te imaginas a un tipo como tú con una mujer como ella?»

Y más risas.

«Dios, ¿tú sabes lo exigente que es esa mujer en la cama?»

«Tío, Poppet... Tu pequeño arbolito se perdería en ese bosque que tiene por coño.»

«¡Si te pones encima vas a dejarla como un papel de fumar!»

Más risas.

Poppet reaccionó con una sonrisa. Jared solía meterse con él; estaba acostumbrado. Si había un sitio estrecho, Poppet era el centro de las risas. Poppet no cabe. Poppet no puede. Se tardaría menos en saltar a Poppet que en rodearlo. Ese tipo de bromas. Pero Jared no paraba. A cada cosa que añadía a su lista, la sonrisa de Poppet iba envejeciendo, palideciendo, y por sus ojos

comenzó a cruzar una sombra triste. Con cada frase, veía a Sarabi más y más lejos. Comprendió que... no se trataba de que su amigo le dejase a Sarabi para él; era, más bien, que Sarabi nunca querría estar con un tipo feo y gordo como él.

Se miró la barriga. Había una mancha vieja, probablemente de salsa de pollo de hacía, al menos, tres días. A Jared las manchas le sentaban como un guante; eran parte de su uniforme de Don Atractivo, como si al caer sobre su ropa se configurasen de cierta manera estética. ¿Cómo no se había dado cuenta de que tenía una mancha?, ¿de que las rodillas en los pantalones se descolgaban como bolsas?, ¿de la presión que hacían sus abundantes carnes sobre la tela cuando se sentaba?

Se pasó la mano por el pelo graso, avergonzado, y no aguantó más.

Cogió la moto y se largó.

—¡Poppet! —decía Jared a su espalda—. ¡Eh, cabrón, espérame!

Se quedó mirando, extrañado, todavía risueño. Poppet era siempre el que seguía a todos, el último que se iba, el que nunca tenía nada que hacer, ningún compromiso, trabajo, nadie que lo esperara en casa. Se preguntó cuántas veces había visto alejarse a Poppet antes de ese día, y se contestó: ninguna.

Aquella fue la última vez que lo vio con vida.

Poppet apareció tres días después, en una cuneta. El cadáver apestaba a whisky y a sangre. Tenía veintitrés cuchillazos en el abdomen, el costado, la espalda y el cuello, y parte del brazo derecho quemado por ácido, probablemente ácido común de batería. Tenía la nariz rota, le faltaban cuatro piezas dentales y los ojos habían desaparecido bajo la carne abultada y amoratada. En su móvil, grabado como AAA, estaba el número de Jared.

Según el inspector, Poppet debía de haberse metido en una fea pelea. Algún grupo marginal, camioneros con los huevos hinchados, quizá, o cualquier grupo de pirados que necesitaba vaciar las pelotas de odio. De vez en cuando, un grupo de chalados coincidía en alguna parte y hacían cosas como esas. No había muchos nazis por Luisiana, gracias al Señor por los pequeños favores, pero había narcos latinos y narcos chinos, y Jared llevaba la bandera de Estados Unidos cosida en la espalda de su chaqueta junto a cuatro palabras: AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS. Esa podía ser la causa. Tal vez. De todas maneras, la camarera del Rise n' Shine le había dicho a la policía que Poppet se había entregado a un pequeño viaje étlico durante varios días consecutivos. Se quedaba junto a la puerta cuando cerraban, y cuando abrían al día siguiente, allí seguía. Se había bebido seiscientos cuarenta y siete dólares en copas y cervezas, y tal vez uno o dos incentivos adicionales en el baño. La dueña del local aseguró

después que era una estúpida suposición de la camarera, por supuesto, porque no había «incentivos» en su bar, ni en el baño ni en ninguna otra parte.

La banda le hizo un homenaje a Poppet. Una fuente de su comida favorita (básicamente cualquier cosa que llevara beicon), cigarrillos con marihuana y una jarra bien grande llena de whisky y cerveza a partes iguales. Velaron su cuerpo durante tres días, y luego... luego ya no se vieron mucho más. A veces quedaban, pero nunca todos juntos, y cada vez con menos frecuencia.

Jared, por su parte, comprendió con claridad lo que había pasado.

A Poppet no lo habían buscado; lo habían encontrado. Debió de haber pasado unos días hundido en la mierda pensando en Sarabi y en él, en él y en Sarabi, sintiéndose destrozado sentimentalmente. El bueno de Poppet no tenía mucha experiencia con el amor, y debía de haberse enamorado como un colegial de catorce años. Él era así. A veces se lo encontraba en el porche de su destartada casa, rodeado de toda la basura que tenía alrededor, con las mejillas mojadas. «¿Qué carajo te ha pasado, tío?», le preguntaba. Y él lo miraba de soslayo y decía despacio: «¿No es alucinantemente la hostia la vida, tío? Estar aquí, de pie, con el aire fresco, el suelo bajo los pies y los putos pájaros volando en el cielo. Es una pasada. A veces, es todo tan bonito que me explota la perola». Poppet lloraba en ocasiones como un niño pequeño que hubiera quedado atrapado en un cuerpo monstruoso cuando encontraba cosas como un prado lleno de flores tocado por el sol. Detenía la moto, se quedaba mirando, embriagado y transportado a la vez, y lloraba.

Precisamente por esos matices, esos contrastes, por su fondo y su extraño e inocente corazón, Jared lo quería. Pero aunque apreciaba su manera de ser, lo regañaba. Se lo había dicho demasiadas veces, que era un sentimental y un buenazo de mierda y que debía endurecerse, que la vida se metía por el culo a los que eran como él y luego los cagaba en cualquier lado. Pero cuando hablaban del tema, Poppet hacía alguna broma. Le ofrecía, por ejemplo, la mano, y cuando él se la estrechaba, le decía: «¿Sabes? Voy a tatuarme una polla en el brazo. Así, cuando me des la mano, parecerá que me estás cogiendo el rabo». Reían, reían de cojones, y el tema se olvidaba.

Lo de Sarabi debió de haber sido demasiado. Demasiado. Jared había probado a Sarabi, y sabía lo que una mujer como ella podía hacer en el corazón de un hombre sensible. Sarabi era todas las flores del mundo, todos los rayos de sol, era belleza concentrada, una pequeña obra de arte de la creación, una rara combinación de factores que, conducidos por la aleatoriedad orgánica, habían sumado en vez de restar en cada permutación, cada árbol de decisión. Sarabi le

había entrado por los ojos y había tomado el control de todas las palancas. Ahora unía líneas, llegaba a conclusiones. Recordaba a Poppet hablando de Sarabi con voz dulce y ojos pequeños: Sarabi esto, Sarabi lo otro, ¿te has fijado cómo Sarabi...? Siempre era Sarabi. Cómo miraba a Sarabi, cómo se llenaba de silencios maravillados cuando estaban juntos, como quien disfruta en silencio de un whisky antológico. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo no lo había... visto?

Poppet no debió de poder aguantarlo. Debió de entregarse a la misericordia del alcohol hasta que encontró, tal vez, a algún grupo de gente chungu de Luisiana. Al fin y al cabo, todos sabían quiénes eran y dónde estaban, como sabían también adónde no ir. Poppet debió de haber pensado: «¡A la mierda!», y tal vez..., solo tal vez, debió de lanzarse hacia ellos llamándolos cholos maricones de la verga, pollicortos, o tal vez tallarines chinos meados, escoria extranjera, basura inútil follaniños. Tal vez.

Y todo porque él, su amigo, se había burlado de él.

Su amigo.

Lo había destrozado con sus burlas y su risa.

Jared no volvió a ver a Sarabi. Había comprendido lo que Poppet había querido, y la dejó. La dejó para él. De hecho, se quitó de en medio, porque el fantasma de Poppet lo esperaba en todos los rincones, en cada bar, en cada sitio al que iba, y siempre lo miraba con ojos tristes y húmedos de lágrimas. Jared dejó el estado y no volvió a Luisiana, jamás.

La noche antes del gran plan para hacer volar cosas, dormido junto a Jimmy, Josh, Sonia, Laura y Pip, Jared volvió a soñar con sus días de juventud, pero en Nueva Orleans. Se podían contar algunas historias sobre las cosas que Jared y la banda, incluido el viejo Poppet, habían hecho en Nueva Orleans, pero lo que ocurría allí, se quedaba allí, y ni siquiera hablaban de esas noches entre ellos.

Pero era Nueva Orleans, desde luego, una de esas avenidas que no se habían tocado, o se habían tocado poco, desde los tiempos de los esclavos y las plantaciones: casas grandes y blancas de dos pisos con columnas en el porche; historiados balcones con filigranas y macetas llenas de flores y plantas exuberantes, húmedas; coches pasados de moda y luces amarillentas que provenían de farolas de gas; velas en las puertas de las tiendas con nombres extraños que vendían cosas exóticas, y jaulas sucias donde languidecían gallos sementales e iguanas enfermas. Esa Nueva Orleans. En las aceras, viejas de piel más oscura que la noche, ataviadas con vestidos blancos, espiaban cabizbajas los

pasos de Jared, que caminaba por allí sintiéndose otra vez joven y en forma. Un viejo ciego, con gafas oscuras y un perro guía más sucio que la moqueta de un cuarto de baño inglés giraba lentamente la cabeza a su paso. Olía a marisma y a cangrejo de río, y también a incienso caducado, tan dulzón que cortaba la respiración a ratos. De alguna parte llegaban los tonos lánguidos y arrastrados de los compases tristes de una solitaria trompeta. Alguien cantaba:

*It's a long lane that has no turning
and it's a fire that always keeps on burning
mister devil down below
pitchfork in his hand
that's where you'r gonna go
do you understand?*

*'cos the devil's gonna get you,
the devil's gonna get you,
yeah the devil's gonna get you, man
as sure as you's born*

Jared paseaba por las calles, girando en una dirección o en otra, al azar. A veces elegía una por la luz anaranjada que bañaba su suelo empedrado, o porque describía una curva suave que le daba un aspecto interesante por uno u otro motivo. A medida que avanzaba, el atardecer progresaba con suavidad, y los tonos azulados del cielo daban paso a una gama completa de añiles.

Las calles empezaron a volverse más y más estrechas, sinuosas, flanqueadas por edificios altos que parecían inclinarse peligrosamente más allá de su centro de gravedad. Jared estaba confundido. Creía conocer bien la complicada red de callejuelas de Nueva Orleans porque las había recorrido mil, tres mil veces, y aunque en honor a la verdad las había transitado casi siempre borracho, no recordaba haber visto aquellas en su vida. Hacía muchísimo tiempo que no visitaba la ciudad, de todas formas, así que progresaba con curiosidad, como un turista, adentrándose en los barrios más íntimos.

Las tiendas se abrían ocasionalmente en las fachadas a uno y otro lado, degenerando en su oferta. RITOS VUDÚ, decía un cartel. EL PERRO ASESINADO, decía otro. En el cartel de la entrada había manos humanas cortadas sujetas por un clavo en el centro. HILOS CORTANTES, decía una tercera; esta vez, el cartel era una madeja de hilo de pescar ensangrentado en la que aleteaban peces que se asfixiaban, las bocas abriéndose y cerrándose como accionadas por un motor.

Al fin, en una pequeña plaza angosta donde crecía un único árbol seco, Jared vio una forma conocida.

Tenía una mancha en la camiseta en forma de signo de exclamación que cubría una bandera americana. La chaqueta vaquera tenía varias chapas prendidas: TRAIADOR, decía una. MAL AMIGO, decía otra. GRACIAS POR DEJARME TIRADO, PUTO GILIPOLLAS, decía una tercera. Con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y la luz de una farola iluminándolo, Jared no podía verle bien la cara, pero hubiera distinguido el volumen generoso del cuerpo y la cabeza rapada en cualquier momento y lugar.

Era, por supuesto, Poppet.

—Poppet —graznó, las palabras abriéndose paso entre la sorpresa y la emoción.

—Hola, Jared. Cuánto tiempo.

—Poppet..., joder..., yo... ¿Dónde has estado?

Hacía mucho tiempo que no veía a su amigo, y los recuerdos empezaban a acudir en oleada. Él y Poppet. Poppet y él. Joder. ¡Poppet! ¿Por qué habían dejado de verse?

—Ya ves —dijo su amigo—. He estado algo ocupado. ¿Y tú? ¿Dónde esstáás?

—¿Ocupado en qué? —preguntó él, acercándose despacio—. ¿Qué... qué has estado haciendo?

Los recuerdos llegaban en cascada. Recuerdos viejos, sepultados por cantidades ingentes de alcohol y de noches, días, semanas de desconexión, de un ejercicio sublime de olvido inconsciente selectivo. Poppet. Poppet en el porche de su casa admirado al ver el polvo en suspensión atrapado por la luz brillante del mediodía. Poppet conduciendo su moto, la vieja General Lincoln, a su lado; Poppet bebiendo cerveza y eructando como si fuera a echar todos los órganos por la boca.

—Bueno. Ya sabes. Cosas. ¡Cosas! ¿Dónde estás ahora, hermano?

—Cosas, tío —dijo Jared divertido—. Joder, no has perdido ni un gramo, cabronazo, sigues siendo un tonel.

—Eternamente un tonel, ¿eh, tío? Eternamente.

—Tenemos que brindar por eso, coño.

—Oh, sí. Tenemos un par de cosas que celebrar. Cosas pendientes. ¿Quieres que nos veamos, eh? ¿Quieres?

—Sí, tío..., ha pasado... mucho...

Poppet. Poppet mudando su expresión, de la sonrisa a la tristeza, en una gasolinera mientras él se descojonaba de la risa. Poppet mirándose la mancha en la camiseta, alargada por efecto de la curvatura de la barriga. Poppet subiéndose

a la moto y alejándose. Alejándose de él y de su vida, para siempre. Poppet y... Sarabi.

Poppet en la cuneta, ensangrentado, los labios (que no parecían de su talla) entreabiertos mostrando una dentadura rota, incompleta, los ojos hinchados por los golpes. Poppet muerto.

Muerto.

De repente, recordó.

Jared se detuvo, desbordado por un mar de sensaciones encontradas.

—Espera —graznó—. Espera, joder...

No le veía aún la cara, pero sabía que su amigo estaba sonriendo.

—¿Dónde estás, hermano? ¿Dónde?

—Espera... Tú...

—¿Yo...?

—Tú... estabas... Te despedimos, los chicos y yo. Bobby, Caradeporro, todos...

—Oh. Me despedisteis.

—Sí... Pensaba... Pensamos que.... Espera... Espera, coño, dame un puto segundo.

La cabeza empezaba a dolerle como si le hubieran clavado alfileres. Cerró los ojos, apretó los dientes y se llevó las palmas a las sienes. Jesús, cómo dolía. Se había levantado muchas mañanas con dolor de cabeza y había pasado el día en la cama, en penumbra, sin atreverse siquiera a toser, pero ahora parecía que estaban aplicándole un abrelatas en el cráneo.

—Duele, ¿verdad? —preguntó Poppet—. Cómo duele lo que duele, hermano. Cómo duele cuando te clavan puñales envenenados en el corazón, cómo duele cuando se ríen de ti, en tu cara, y te sientes como un culograsa de mierda que nunca conseguirá mucho porque su amigo..., el que creía que era su amigo..., es el puñetero rey de la fiesta. El gran Jared follador de coños. Duele como cuando te acuchillan medio centenar de veces, ¿no? La hoja entrando y saliendo, produciendo picor y espasmos eléctricos. Es una pasada..., deberías probarlo...

Jared abrió mucho los ojos.

—Es... espera... ¡coño! —soltó—. ¿Qué es...? ¿Qué es esto?

—Esto... —dijo Poppet, acercándose lentamente sin mover las piernas, como si flotara en medio de la neblina blancuzca que envolvía la escena—. Esto somos nosotros, y nuestras cuentas pendientes.

—No —dijo Jared—. Esto es... es un puñetero sueño... ¡Tú estás muerto!

¡ESTÁS MUERTO, POPPET!

Poppet extendió los brazos como un pequeño dios iracundo, hasta que sus manos estuvieron a la altura de su cabeza, mientras avanzaba hacia él. Lo miraba desde una posición elevada, porque Jared, con las sienes palpitantes por el dolor, se había dejado caer al suelo. Ahora sí podía ver su cara. Era Poppet, sin duda, pero su expresión era diferente; su mirada era distinta.

—Debería estar muerto, ¿no es cierto? Así es como me dejaste. Muerto. ¿Puede uno morir después de que tu propio hermano por elección te mate? Hablémoslo. Dime..., ¿dónde estás, hermano...?, ¿dónde, dónde, dónde...?

—Es una pesadilla. Es una pesadilla y voy a despertar...

—Si es una pesadilla... si lo es, ¿cómo es que puedes sentir... esto?

Poppet descendió suavemente hasta él, los brazos aún extendidos. De pronto, lanzó un zarpazo hacia su cuerpo. Jared salió despedido a un lado, el pecho convertido en un dolor llameante que explotó de repente en su carne. Aulló, más de sorpresa que por la herida. Se miró y descubrió un corte en la tela que empezaba a mancharse de sangre. Solamente entonces empezó a escocer como si le hubieran echado sal en la herida abierta.

Jared abrió mucho los ojos.

—Joder —exclamó.

—¿Te acuerdas de aquella película? —dijo Poppet sonriendo—. *Pesadilla en Elm Street*. Nos flipaba aquel mamón con el jersey de rayas y sombrero. Tenía cuchillas en las manos. Era guay, ¿te acuerdas? Joder, hermano, el tío mataba a la gente en sueños.

Jared pestañeó. Se acordaba, sí. Freddy Krugger, o Kruegger, o algo así. Mataba... mataba en...

mataba en...

Dolor.

Coño.

Los pensamientos sobre la película resbalaron de su cabeza. Por el dolor, el exquisito, descomunal y abrumador dolor en el pecho. La camiseta se estaba llenando rápidamente de sangre, y se asustó, pero no por la sangre, sino por una sutileza: el olor. Olía a cobre, a algo metálico..., a sangre, en definitiva. ¿Podría estar imaginando algo así si era un sueño? ¿Algo como... el olor? ¿La lenta coloración del tejido de la camiseta a medida que se humedecía? Nunca había sido muy bueno con los detalles, ni creía tener nada remotamente parecido a la imaginación. Tampoco sabía dibujar una mierda, ni era bueno con ninguna de esas cosas. ¿Podía ser, soñar así? ¿Era posible? No recordaba haber tenido

sueños tan vívidos, tan reales, tan colmados de detalles, sueños en los que se cuestionara si lo que veía, lo que sentía, era precisamente un sueño o no.

«No —se dijo—, no he tenido sueños así ni de lejos, carajo. Es por la puta tormenta. ¡Claro, coño! Es por la tormenta, y ya está. Como las otras noches. ¡Como todas las noches! Sigo dormido, sigo... dormido. El chico me ha estado haciendo hablar demasiado y tengo mono de alcohol, de coños, de tocarme los huevos tumbado en el sofá viendo alguna mierda en la tele, y estoy cansado y jodido porque ahora todo es una gran mierda, una mierda enorme y tengo la cabeza reventada.»

Poppet sonrió.

—¡Bingo! —exclamó, y aplaudió brevemente—. Vaya. Nos has pillado. Es un sueño, sí, joder. ¡Qué pena! Estás dormido y tu amigo, el soldado Josh, se acaba de tirar un pedo, literalmente, en tu cara. Huele a mierda seca de dos días, por cierto, pero se aguanta, porque vuestras sobaqueras huelen incluso peor. Demasiados días sin un poco de higiene como Dios manda, ¿eh? Pero ¿sabes cómo deberías haberlo sabido, haber sabido... que esto es un sueño? Por la sangre, Jared. Porque si no fuera un sueño..., coño, me tiraría a tu pecho, puedes jurarlo. Me lanzaría sobre esa herida abierta que tienes ahí y... fffff.... te lamería hasta el alma. Hasta dejarte sin una gota de sangre en el cuerpo.

—Es un sueño —repitió Jared como si no estuviera escuchando. De repente, rompió a reír.

Poppet asintió, su rostro muy cerca del de Jared; las cejas levantadas y una sonrisa fría en el rostro. Esperó a que Jared dejara de reír para seguir hablando. No tuvo que esperar demasiado; la risa hacía que la herida en el pecho le doliera.

—Un sueño especial, Jared —dijo Poppet—. Más especial que aquellos masajes en las bolas que nos regalaba *madame* Rouge en el Happy Boat, en los días buenos de Luisiana. ¿Te acuerdas?

—¡Oh, sí, joder! —exclamó Jared.

Poppet sacudió la cabeza con entusiasmo.

—Sí, Jared. Es la tormenta. ¡Claro que es la tormenta! Aunque el término no es muy apropiado, o justo... Es como decir que un Dom Pérignon Rosé es agua con burbujas. En serio. No vuelvas a llamarlo tormenta porque eso nos enfada, y no quieres que nos enfademos, despierto o dormido. Podríamos hacer un trabajito en tu mente, ¿sabes? Ahora mismo. Y te despertarías impotente para el resto de tu vida. ¿Te imaginas? Tendrías que dejar de llevar tu puñetero chaleco de Gran Follador.

A Jared se le encogieron los testículos.

—Pero sí, has captado el trasfondo del asunto. Tu madre no tuvo hijos tontos, ¿eh? Gandules sí, desde luego. Haraganes, vagos, lacras de la sociedad. Tu alergia al trabajo es legendaria. Creo que si te ataran a un escritorio con unos cuantos papeles y formularios durante ocho..., no, ¡seis horas al día!, o incluso menos, cuatro, cuatro horas solamente... echarías espuma por la boca.

Jared soltó una carcajada.

—Qué bueno —dijo divertido y resoplando, pero cada vez que se reía pensaba que iba a partirse en dos. ¿Era tan profunda la herida, o había algo más que él pudiera estar imaginando? Algo como... ponzoña de vampiros, tal vez. Veneno. Como los Nazgûl de Mordor cuando atacaron a Frodo en la Cima de los Vientos. Era como si tuviera una llama instalada dentro del pecho y, como orquestando tanto dolor, el corazón latía como loco.

—Sí, es bueno. ¿Dónde estás?

—Estoy en... el palacio del dolor, coño. Qué putadas nos hace la mente, ¿no? Estoy soñando, joder..., o sea, podría estar echando un polvo, ¿qué te parece? Eso sería bueno, y no esta mierda. Un descanso para las duras jornadas. Pero no, aquí estoy, soñando que me abro en canal... ¡A la mierda!

Poppet asintió.

—¿Dónde estás, Jared?

Jared pestañeó.

—Joder. Coño. Pareces un jodido disco rayado. Cuando eras tú y no un puto gilipollas medio vampirizado onírico eras un poco plasta a veces, pero ahora, tío, eres todo un brasas. ¿Cómo que dónde estoy? ¿Qué pasa con dónde estoy, cojones?

—Es porque... esto es un sueño, sí, pero un sueño a medias. Tú eres el constructor, desde luego. El arquitecto de... esta plaza en la que estamos. Es el eco de tus recuerdos. Ese árbol está ahí porque tú has querido que esté. Vete a saber qué significa o de qué agujero mental lo has sacado. Quizá fue el primer árbol en el que echaste una meada de niño y se te quedó grabado. La mente graba todo el tiempo, pero eso ya lo sabes. Si yo lo sé, tú lo sabes, porque incluso yo... soy una proyección tuya.

—Abortar —dijo Jared divertido—. Abortar, cancelar, salir del sueño.

Poppet sonrió.

—La parte que no es un sueño, Jared, es la que subyace detrás del sueño. La cuarta pared. Las cámaras que graban esto y registran todo lo que dices. El mensaje sutil que encierran mis comentarios.

—¿Puede uno quedarse dormido dentro de un sueño? —preguntó Jared—.

Porque me estás aburriendo que te cagas. ¡Hey!, reconozco que al principio sentí miedo, ¿vale?, pero ya he tenido bastante.

Poppet miró al cielo. Allí arriba evolucionaba la tormenta, por mucho que a él..., a ellos, no les gustara que simplificaran su prodigiosa naturaleza con una palabra tan común.

—¿Quieres que te hable del miedo? —preguntó en voz baja—. Te hablaré del miedo. Mañana vas a morir. Morirás tú y morirá el chico. Jimmy. Vuestro gran plan os explotará en la cara, se os meterá dentro y os sacará las tripas como una solterona de cuarenta y tres años se saca bolas chinas del culo. Y luego morirán las chicas, Sonia y Laura, y también ese tío tan raro, Tip. O Pip. Como coño se llame. No nos gusta ese pasmarote, ¿verdad?, tan misterioso, tan callado. Puedes mirarlo durante horas y no saber nunca en qué piensa.

Jared escuchaba con una expresión seria.

—Sí, muy bueno. Vamos a morir todos —dijo—. Genial.

—Oh, sí —exclamó Poppet—. Lo sabes. Es tan inevitable como que al final de un polvo te corras.

—¿Por qué no puedo soñar con un polvo? —preguntó Jared.

—¿Quieres? —preguntó Poppet sibilino—. Tienes opciones, Jared. ¡Las tienes! Podrías tener una vida de puuuuuta madre. El tipo de vida que te gusta. Que nos gusta. Dime dónde estás. Solo dime dónde estás... y te ayudaré a que tengas todo lo que quieres. ¿Quieres beber alcohol? El mundo está lleno de alcohol, para ti. ¿Quieres coños? ¡Tenemos coños! ¡Todos los que quieras!

Jared pestañeó.

—¿De qué carajo estoy hablando? —susurró.

Poppet rio con ganas.

—De qué carajo estoy hablando —repitió—. ¡Estoy! Es... es buenísimo. Lo has comprendido del todo, tío. ¡Genial!

—En serio —exclamó Jared—. Déjame en paz..., joder...

Poppet volvió a elevarse en el aire. Levantó la cabeza hacia el cielo y un relámpago acertó a cruzar entre las nubes justo en ese momento.

—¡Admira, Jared, el poder del Naahvrantaar! —bramó—. Serás vencedor, y no vencido. Serás dueño de todo lo que ves. Serás uno con todos, parte de la banda más terrible y cañera que jamás haya pasado por tu cabeza ¡No más un lobo solitario que se lame las heridas viejas e infectadas por años de abandono!

—Una banda cañera —dijo Jared con los ojos entrecerrados. Se sentía algo mareado, probablemente por la pérdida de sangre. Era una locura, pero no encontraba otra explicación para su repentino desmayo; una suerte de lipotimia

incipiente en la que creía estar escorando hacia la derecha—. Nadie dice... «una banda cañera», tío...

—Nosotros lo decimos —replicó el vampiro—. Si yo lo digo, es porque tú lo dices. Así funciona esto, ¿verdad?

—Vaya movida, en serio —susurró, cerrando los ojos. La sangre estaba enfriándose en su camiseta. Intentó rascarse con una mano algo lacia, pero la tela se había pegado a la piel y el tirón le produjo un nuevo ramalazo de dolor. Apretó los ojos y gruñó un poco.

—Acércate a uno de los nuestros mañana —dijo el vampiro—. No te matará, Jared. Te verá, verá tu espíritu de lobo, y te aceptará entre nosotros. De lo contrario, morirás, y eso sí que es una mierda. No te imaginas lo que te espera al otro lado cuando mueres, lo que os espera a los hombres mortales, vacíos y desconectados. Te aceptaremos, te lo garantizo. Despertarás a una nueva existencia como nunca la habías soñado. Tendrás un traje nuevo, uno de puta madre, serás el cuerpo hecho a medida para la piel. Serás un vampiro, un digno heredero de la sangre original del Naah, y caminarás orgulloso por las calles empedradas en marfil y prisma de Tusla Edron.

—Prismapollas —exclamó Jared.

—Hermano... Vas a flipar taaaaanto que lamentarás no haberte unido antes...

—Sí —susurró Jared, cada vez más desconectado—. Quiero el... pack Membresía Premium, con todos los extras, habitación doble y limu... limu...

—Mañana, Jared —decía la voz en su cabeza—. Búscanos. Mañana.

—Hasta mañana, mamá... Hasta...

ma

ña

na.

4

Jared abrió los ojos, y antes incluso de ver a Jimmy, que se desperezaba mientras se ponía las zapatillas deportivas delante de él, empezó a recabar imágenes del sueño. Había soñado con Poppet, otra vez. Durante el sueño no conseguía acordarse, como si estuviera atrapado en un bucle eterno del que no podía escapar, pero desde que la tormenta —«llamarla así es como llamar agua con burbujas al champán francés, amigo»— evolucionaba encima de ellos, había

estado soñando con Poppet. A veces era un monstruo atroz con una boca espantosa que lo perseguía por callejuelas infectas donde él había arrojado parte de su juventud, siempre a altas horas de la noche; a veces lo perseguía por los pantanos de Luisiana, y las piernas se le quedaban enredadas en arbustos y malezas con pinchos cortantes que le producían heridas en las piernas. A medida que el fango se teñía con su sangre y dejaba un reguero borgoña tras de sí, el Poppet bestial que lo perseguía se iba excitando más y más, en una inevitable secuencia de acontecimientos que desembocaban en su muerte, a caballo entre la asfixia por el barro que le entraba por la boca y ahogaba sus gritos y la succión lenta pero continuada de su sangre.

Pero el Poppet de anoche...

«Te aceptaremos, te lo garantizo. ¡Despertarás a una nueva existencia como nunca la habías soñado! Y tendrás un traje nuevo, uno de puta madre, serás el cuerpo hecho a medida para la piel.»

El Poppet de anoche era distinto. Hacía cosas diferentes, hablaba...

Hablaba diferente.

«Si yo lo digo, es porque tú lo dices...»

«Y una mierda», pensó Jared, pasándose las manos por el cabello. Él no hablaba así. Ni en un millón de años podría haber generado frases o expresiones como las de Poppet, o haber dirigido sus giros expresivos, su línea de pensamiento. Bueno, lo había intentado... El Poppet de su sueño había intentado imitarlo, introduciendo algunas palabras malsonantes aquí y allí para que sonara como él mismo, pero no era él. Jared podía saber poco o casi nada de muchísimas cosas, pero a diferencia de la mayoría de la gente, había una cosa que conocía a la perfección: a sí mismo.

Y no era él.

Algo se había colado en su mente, por decirlo de alguna manera.

Algo había estado jugando con su mente.

—Buenos días —dijo Jimmy—. Por decir algo.

—Chico —se apresuró a preguntarle Jared—. Eh, chico, ¿has soñado hoy?

Jimmy lo miró como si acabara de golpearse la cabeza, pero luego asintió con normalidad.

—Y los sueños... —siguió preguntando Jared—... los sueños que has tenido... ¿eran normales? ¿Como los otros?

—¿Normales?... —exclamó Jimmy confuso—. No han sido... normales. Han sido..., bueno, sueños de tormenta, ya sabes.

Jared sacudió la cabeza.

—Sí, joder, coño —replicó impaciente—. Quiero decir, ¿has soñado... con algo diferente?

El chico dejó de manipular las zapatillas para mirarlo.

—He soñado con mi madre —dijo, resuelto y con el semblante serio—. Y mi madre siempre me persigue y me mata de muchísimas maneras. Me muerde. Me tortura. A veces me cuelga boca abajo con un gancho de carnicería que me mete en el estómago, y bebe de la sangre que resbala por mi cuerpo. Eso es lo que sueño. ¿Te parece diferente?

Jared pestañeó, sacudió la cabeza y miró a otro lado.

—Perdona, chico —se disculpó—. No quería... escharbar en tu mierda.

—No pasa nada —dijo Jimmy. Pensó durante unos instantes y añadió—: Además, no me importa hablar de ello. Cuando hablas de algo feo es como cuando haces salir a un vampiro de su sótano. Lo pones a la luz y empieza a morir. Luego te queda toda esa peste metida en el sótano..., ese olor pegajoso, como viejo, pero ya habrá tiempo para ventilar.

—Ya —respondió Jared, ahora más sumido en sus propias sensaciones—. Ya lo pillo.

Jimmy siguió abrochándose las zapatillas. No recordaba cómo estaba el calzado del chico cuando se conocieron, allá en Hillsdale, pero ahora parecía tener un millón de años. Estaba desgastado, sucio, lleno de raspaduras y de manchas antiguas que podían ser cualquier cosa. Incluso sangre, suponía.

Miró a los otros.

Poco a poco se ponían en marcha. Sonia se recogía el cabello en su eterna coleta, y Laura se ajustaba la camisa sobre la ropa con expresión adormilada. Jared tuvo ganas de levantarse y preguntarles a todos si los sueños de esa noche habían sido diferentes. «¡Joder, ¿es que nadie ha soñado lo mismo que yo?! ¡Vamos! ¿A quién más le han jodido la cabeza? ¿Quién tiene putos gusanos mentales que te hacen pensar cosas?»

Cosas.

Cosas como...

«Únete a nosotros.»

—¿Estamos listos? —preguntaba Josh en ese momento.

«Si no, morirás. Si no te unes, morirás. Si te unes, serás un rey sobre la tierra.»

Josh se puso en pie.

—Hoy es el día D —dijo.

—El día de... matar vampiros, ¿no? —preguntó Jimmy.

Josh asintió, pero no sonreía. Casi siempre sonreía con las ocurrencias del chico, pero aquella mañana era distinta. Todo se percibía diferente.

—El día de intentarlo o fracasar, y sobre eso quería hablaros. No quiero engañaros ni que tengáis falsas expectativas o esperanzas. Tal y como pensamos lo que vamos a hacer, sería..., bueno, sería raro si todos lo consiguiéramos. Vamos a dividir la atención de esos vampiros para seguir adelante, pero tarde o temprano se darán cuenta. Alguno nos verá, e irán a por vosotros. Yo cubriré la retaguardia, pero... no será suficiente. No lo será. Esta es la última vez que nos veremos todos juntos.

Durante un rato nadie dijo nada.

—Josh —susurró Sonia de repente—. Tú lo del... factor psicológico positivo..., la preparación mental y esas cosas... como que te las pasas por el culo, ¿no?

Laura rompió a reír.

Josh la señaló con una expresión divertida en el rostro.

—¿Lo ves? —exclamó sonriente—. ¡Ahí lo tienes!

—¡No me jodas! —soltó Sonia con una sonrisa—. ¡Eso no has sido tú!

—¡Pero ha funcionado igual! —afirmó Josh.

—¡Vamos a morir todos! —exclamó Laura, ahogada en su propia risa.

Pip sonreía, nostálgico y pensativo.

—¿Y qué tenemos que hacer? ¿Nos despedimos? —preguntó Sonia con sorna.

—¿Por qué no? —dijo Josh—. Un abrazo grupal.

—¡El abrazo de antes de morir, tócate los ovarios! —aulló Laura. Se reía tanto que cayó literalmente hacia atrás. Pip se echó a un lado para que pudiera tumbarse.

—Estáis como una puta cabra —soltó Jared sombrío.

—¡Vamos! —dijo Sonia incorporándose—. Es buena idea. Estoy harta de perder gente sin despedirme. ¡Un abrazo grupal!

Miró a Jimmy y lo llamó.

—¡Jimmy! ¡Jim! ¡Ven aquí, Star Wars!

Jimmy sacudió la cabeza, pero accedió.

Laura y Josh se unieron al grupo, pero Pip seguía sentado, cabizbajo.

—¡Pip! —lo llamó Sonia—. ¡Ven aquí, chico serio!

Pip no contestó.

—¡Vamos, ven aquí!

Jared lo miraba inquieto. Era, otra vez, como si caminara por las calles

empedradas de la Luisiana del sueño. Algo estaba pasando, pero no era del todo consciente de ello. O, mejor dicho, algo iba a pasar...

—¡Pip! —lo llamó también Laura.

Pip negó con la cabeza, evitando el contacto visual.

—No... no puedo —susurró.

—¿Qué? —exclamó Sonia—. ¿Cómo que no puedes? Solo es un abrazo...

—¿Pip? —insistió Laura, ahora inquieta.

Pip se puso lentamente en pie, todavía serio y mirando al suelo. En sus pantalones había una mancha oscura que le cubría la entrepierna.

—Me he... me he meado encima —susurró—. Por la pesadilla. Me he meado. Encima.

Se quedaron en silencio.

Laura fue la primera en abandonar el grupo y lanzarse hacia Pip. Le dio un abrazo, pero él ni siquiera movió los brazos.

—Oh, Pip —dijo.

—Soñé que un... un vampiro venía a verme —empezó despacio—. He soñado con vampiros cada noche, pero este... este era... —Sollozó brevemente—. Tuve miedo. De veras, mucho miedo. Creo que no he tenido tanto miedo en mi vida. Me dijo que... que me convirtiera en uno de ellos. Que volvería a estar conectado otra vez. Que todos íbamos a morir, de todas maneras. Hoy.

—Vamos, tío —dijo Josh en voz baja—. Solo es un sueño. Lo que he dicho antes era para... provocar esta situación, ¿vale? No iba en serio.

Pip levantó la mirada.

—Pero lo es —repuso—. Es en serio. El vampiro lo dijo. Y no era un sueño normal. Me meé de miedo en el sueño, y cuando he despertado estaba meado de verdad. Y esa... esa voz en mi sueño, ese tipo gordo y calvo con labios raros, no era del todo producto del sueño, era un... un intruso en mi mente.

Jared se quedó inmóvil, los ojos clavados en Pip. Ni siquiera se atrevía a respirar.

Un tipo gordo y calvo, con labios raros.

—Dijo que íbamos a morir todos —siguió diciendo—. Todos menos... menos Jared. Dijo que él... Dijo que se unirá a ellos hoy.

Sonia, Jimmy y Josh miraron a Jared, pero este seguía con la mirada clavada en Pip. Estaba lívido como un pergamino. Jared ya era bastante pálido de por sí, pero ahora parecía que acabara de salir de un agujero en el suelo donde debía de haber pasado los últimos veinte años. Blanco larval. La cabeza le daba vueltas y le costaba forzar los pulmones para que continuaran bombeando aire en

su organismo.

—Un tipo... —graznó con voz temblorosa.

Pip lo miró.

—Dijo que era tu amigo —susurró—. Tu amigo Po... Po... Poppet.

Jared se dejó caer al suelo.

Era incapaz de sostenerse en pie ni un segundo más.

Capítulo 17

EL DESEQUILIBRIO



1

Jason volvió brevemente desde la inconsciencia; por el frío, probablemente, el frío de la nieve que se derretía rápidamente bajo su cuerpo aún caliente por la excitación. Volvió sin ser consciente de que se había desmayado, y observó al vampiro junto a Liz. Su compañera Liz. Liz *la Tormenta*. Había estado tan seguro de que Liz iba a ser una piedra angular en todo aquel asunto de los vampiros que verla al servicio del otro lado, del lado del enemigo, era inconcebible.

Se preguntó si el siguiente sería él. O si el vampiro lo daría por inútil. Lo habían apuñalado en la espalda, así que probablemente moriría pronto. A lo mejor el vampiro se alimentaría de él y eso sería todo. Rio en silencio dentro de su mente; tenía gracia, había esperado hacer un servicio al mundo averiguando qué ocurría en el interior de la tormenta y ahora no serviría ni para dóberman.

¿Y si intentaba convertirlo? ¿Qué era peor, morir... y desaparecer, o llevar una existencia como guardián de los vampiros? ¿Recordaría algo? ¿Se sentiría como él mismo o sería alguien diferente? Pensó en los monólogos que le había soltado a Liz mientras progresaban por los bosques canadienses; cualquier cosa servía, porque Liz no solía responder ni hacer demasiados comentarios, al menos al principio, y él necesitaba romper el silencio sobrenatural del bosque. La de chorradas que se le ocurrían, intentando forzar una reacción. «Liz, estaba pensando.... ¿es posible subir para abajo? Por ejemplo, una persona que está en

el primer piso sube al segundo piso. A lo mejor, para alguien que esté en el tercer piso, esa persona sube para abajo. ¿Qué opinas? A lo mejor subir es un movimiento, y abajo, un destino.» Pensó que si podía recordar alguna de aquellas chorradas mientras el vampiro lo miraba, era bastante posible que le provocara una especie de cortocircuito mental. Le fundiría los ojos de carbunclo y sus superpoderes de hipnotismo, seguro.

Sonrió.

Se decía que cuando uno se siente morir ve pasar la vida en una secuencia de imágenes. Lo que nunca había oído es que uno malgastara esos últimos segundos en pensar tonterías. El hecho le parecía divertido, claro, y algo irónico; en realidad le hubiera gustado recordar sus días de niñez, pasearse otra vez por los recuerdos lejanos de cuando corría por el barrio con la bicicleta y jugaba en los salones Arcade a los videojuegos de entonces, y cuando se reunía con los chicos y hablaban de tías y de experiencias inventadas en las situaciones más extrañas que pudieran ocurrírseles, pero que todos creían a pies juntillas. Aquellos días.

Pero todo lo que tenía era al vampiro. Lo tenía delante. Ocupaba todo lo que podía ver. Lo miraba mientras se preguntaba qué demonios tendría en el cuerpo para comportarse como se comportaba y hacer lo que hacía. Parecía un tipo normal, vestido con un jersey normal, pantalones normales, ni muy gordo ni muy delgado; el tipo de tío que tiene un trabajo, dos o tres aficiones, y que los viernes por la noche celebra un par de días de asueto con una o dos cervezas y, con suerte, un polvo.

Se concentró en intentar oír lo que estaba diciendo. Hablaba con Liz, pero no acertaba a entender sus palabras; solo percibía el tono suave y melodioso de su voz. Pensó que era... demasiado sensual para ser una voz de tío. Demasiado. Lo hacía sentirse bien, extrañamente bien. Debería odiarlo, se dijo, pero no conseguía traer a primer plano ningún sentimiento parecido.

Estaba pensando en otra tontería cuando un rugido inesperado lo hizo parpadear. Fue como una sacudida; como si hubiera estado navegando en una balsa en un mar apacible, al atardecer, un estío cualquiera, y el rugido hubiera roto el hechizo de la voz, rasgado por unos instantes el velo de la ficción de esa escena agradable, y la tarde soleada y el mar tranquilo se hubieran deshecho por un pequeñísimo instante para desvelar, con una llamarada furiosa, la realidad que se arrastraba bajo el engaño: un océano de basura contaminada por brea sofocante, un cielo sin sentido, pálido y estéril, y la balsa fuese en realidad un batiburrillo de cadáveres atados con cuerdas, sogas que laceraban sus carnes

muertas y oprimían sus rostros hasta casi desbordar sus ojos abultados.

Jason gritó.

Miró al vampiro, pero ya no estaba.

Vio a Liz gritar, con el cuchillo otra vez en la mano, y lanzarse con rapidez hacia la derecha. Detrás de él, Wen lanzó un grito también. Jason intentó moverse, pero cualquier movimiento era un suplicio. Finalmente, levantó la cabeza y descubrió una especie de torbellino confuso y negro que se movía dando vueltas delante de él. A su alrededor, el vampiro daba vueltas como un pelele, prendido de un brazo. Tardó un poco en descubrir de qué se trataba por la cantidad de nieve que saltaba por todas partes, y cuando lo hizo, abrió mucho los ojos. Era...

Era un jodido OSO.

Lo pensó así en su mente, en mayúsculas: un OSO.

Jason, como la mayoría de los americanos que vivían en el norte o cerca del norte, sabía un poco de osos, porque a veces bajaban hasta las zonas habitadas por humanos buscando comida y la policía solía pegar carteles en los colegios y los institutos advirtiéndoles de cómo proceder si se avistaba uno. En la práctica, estas advertencias eran bastante inútiles. Estaban los kermode, u osos espíritu, que tenían la piel clara, y los osos negros americanos, y también los osos polares, que no eran siempre blancos como suele creer la gente, y había otros, varios. Pero el oso con la reputación más negra de todos, al que de hecho se lo conocía por el nombre científico de *Ursus horribilis*, u oso espantoso, era el oso grizzly. Su nombre no respondía a su aspecto aun cuando estaba en actitud de ataque, sino a su carácter. Un oso grizzly nunca huía, como los otros, cuando se sentía amenazado. Los grizzly atacaban. Siempre.

Y aquel lo era.

Un ejemplar formidable de oso grizzly canadiense.

El oso rugía mientras daba vueltas sobre sí mismo, con el brazo del vampiro preso entre sus fauces. El vampiro recordaba a un monigote; un espantajo hecho de paja y hierbas que siendo zarandeado por un grupo de niños. Jason observó su rostro durante una fracción de segundo, una instantánea repentina, un solo fotograma de una secuencia compleja en la que lo percibió con los ojos muy abiertos y la boca en plena transformación, los dientes naciendo a través de las encías sangrantes.

—Jesús —soltó.

Liz se lanzó contra el oso. Su enorme mole se movía con verdadero ímpetu, así que, en mitad de un giro, alcanzó a Liz en pleno ataque y la lanzó hacia un

lado como si hubiera chocado contra un coche. Dio varias vueltas de campana sobre sí misma, confundida entre la nieve blanca. Era un ejemplar enorme, de hecho; aun sorprendido y agotado por la pérdida de sangre, Jason calculó unos quinientos kilos de carne furiosa y músculo. Por fin se detuvo, con el brazo del vampiro aún entre los dientes, y lanzó una garra enorme cubierta de nieve hacia el cuerpo del vampiro, quizá para asegurarse de que no se escapara. El peso del animal hizo crujir el cuerpo del vampiro, como si todos los huesos de su torso se quebraran a la vez.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío —decía Jason jadeando.

Tuvo que pestañear repetidas veces para no perder la conciencia. Se iba. Sentía que se iba a pasos agigantados, superado por una lipotimia incipiente.

Liz se había incorporado de nuevo, pero el oso parecía concentrado en el cuerpo del vampiro. Este se sacudía, rabioso, como si estuviera siendo afectado por un ataque de epilepsia. Su boca era ahora una aberración de dientes puntiagudos que se proyectaban en todas direcciones, pero no podía alcanzar al oso. Una garra cayó cerca de su cara, rajándole la mejilla. La sangre brotó en tres líneas paralelas, revelando la carne roja en su interior.

Liz gritaba, intentando atraer la atención del animal. El oso, no obstante, sacudió la enorme cabeza de tono pardusco y el brazo crujió varias veces; sonaba como un pastel de carne cuando se aprieta dentro de la mano, como gelatina, como el hueso de un pollo cuando se hace girar sobre su articulación con la intención de arrancarlo. Cuando por fin lo soltó para erguirse, el brazo quedó trabado hacia atrás en una postura opuesta a la natural.

Jason, tumbado en el suelo, dejó de respirar cuando vio al oso erguido. Eran más de tres metros de pelaje oscuro parcialmente cubierto de nieve, impresionante en su aspecto. Había visto otros osos antes, pero nunca tan cerca, y ninguno como aquel ejemplar. La cabeza era enorme, grande como la rueda de un camión, con heridas antiguas cerca del hocico y alrededor de los ojos. La parte inferior de su terrible mandíbula era oscura; viejas manchas húmedas ensombrecían allí su pelaje apagado. Y los brazos parecían cortos, pero en los extremos despuntaban garras duras y negras, afiladas, como púas de acero en una cruel arma medieval.

Liz se lanzó contra él. El oso la rechazó con facilidad y cierta indiferencia con otro golpe de garra. Liz se estrelló contra el suelo, donde quedó tendida con un sonido de protesta, el de sus pulmones expulsando todo el aire a la vez. El vampiro intentó volverse, pero los cuartos traseros del animal seguían encima de él, y solo sacudía el brazo descoyuntado como quien enarbola una bandera

blanca de rendición. Al oso no le importó: hubo un momento de incertidumbre y luego cayó sobre el cuerpo del vampiro con todo su peso. El crujido de huesos y carne aplastada fue espectacular. Jason no pudo evitar encogerse. Había oído sonidos similares en escenarios de guerra, y sabía, desde luego, cómo sonaba un hueso al quebrarse desde dentro, de cuando le había pasado a él; un sonido muy diferente al que puede oírse cuando le pasa a otro. Pero allí, los quinientos kilos del grizzly estaban quebrando huesos, sí, pero también hacían explotar órganos internos, compactaban la carne hasta exprimir de ella sangre y fluidos por heridas que se abrían inesperadamente y enterraban el cuerpo más y más en la nieve.

El vampiro berreaba. De su boca salía una mezcla repugnante de saliva blanca y sangre oscura. Sus ojos, sin embargo, no reflejaban miedo o dolor. Estaban encendidos por el odio, la ira y la rabia.

Hasta seis veces subió y bajó el oso sobre el cuerpo del vampiro, golpeando con sus patas la espalda y la cabeza. Gruñía; un aullido ronco y animal, desaforado, que retumbó entre los edificios como un trueno prolongado que Jason sintió reverberar en el pecho. Con el último envite, el animal lanzó su cabeza enorme contra el cuello del vampiro. El crujido fue breve pero contundente, como el de una tabla de madera cuando se quiebra por la mitad. Luego, desvió la cabeza y atacó la articulación del brazo herido, como si su insistente verticalidad lo molestase. El brazo cayó inerte sobre la nieve, la articulación arruinada ya en su totalidad.

El vampiro ya no se movía.

Jason se fijó, sin saber por qué, en la sangre que manchaba la nieve a intervalos irregulares. No la teñía, la manchaba. Suciedad de sangre, retablos oscuros revueltos en la nieve sacudida y agitada. La miraba, confuso e impresionado por lo que acababa de ver, superado por la situación. Tal vez había desviado la atención porque era incapaz de absorber más información en ese sentido, o tal vez su mente se apagaba poco a poco, ahora que la energía de la adrenalina disminuía de nuevo. De repente, un bufido violento y súbito le hizo cerrar los ojos y sacudió todo el cabello de su frente. Era el oso, que se había acercado a él y lo olisqueaba con atención, a escasos centímetros de su cara. Jason lo miraba como quien observa algo fascinante, sin ninguna sensación de peligro en absoluto, engastado en esa delicada línea entre la conciencia y el desmayo. Todo lo que veía era un hocico agrietado, brillante y húmedo, con profundas oquedades nasales; todo lo que sentía eran los fríos goterones de babas en el cuello. Pero no tenía miedo.

Y eso fue, precisamente lo que lo salvó.

Inmóvil y sin desprender olores intensos a miedo, odio, o nada que no fuera un apacible conformismo, Jason se desmayó.

Otra vez.

2

Cuando Jason abrió los ojos de nuevo, vio fuego.

Se inundó de recuerdos agradables, recuerdos que coparon toda su conciencia. Las fogatas de las noches de marcha con los compañeros en los días de entrenamiento, y Elizabeth, por supuesto. Elizabeth y aquellas noches en la cabaña de sus padres, junto a la chimenea, noches de besos, de olor a sexo. Fuego camaradería. Fuego pasión.

Oyó un ruido en alguna parte, pero no le importó.

Solo estaba el fuego.

Cerró los ojos de nuevo.

3

—Despierta, vamos.

Jason abrió los ojos y vio una forma conocida: un pecho de mujer enclaustrado por una camiseta blanca. Se quedó admirando su suave curva, bañada por los tonos dorados del fuego.

—¿Estás de vuelta, soldado?

Jason pestañeó.

Levantó la mirada y vio el rostro de Liz.

—Liz... —susurró.

—Menos mal —dijo—. Pensé que te habías quedado pillado mirándome las tetas.

—Qué...

—Has dormido muchísimo —lo informó ella—. Me estaba muriendo de aburrimiento.

—Dormir... —murmuró Jason. Los recuerdos empezaban a aflorar en su mente. Se incorporó levemente y un dolor ligero empezó a llamarle la atención.

—¿Estás bien? —le preguntó ella—. ¿Te encuentras bien?

—Dios —dijo—. Bueno... Mi espalda... Jesús, ya me acuerdo. Esa chica, Wen... me acuchilló.

—Un buen cuchillazo —afirmó Liz—. Has tenido una suerte alucinante. No sé nada de medicina o de heridas, ¿vale? He hecho lo que he creído que sería bueno: herida limpia, vendas, puntos. Pero estás vivo, así que... estoy segura de que has tenido suerte.

—Tú... El vampiro te tenía... ¿hipnotizada? ¿O... era...? —Pensó unos instantes—. ¿Era mentira?

Liz negó con la cabeza.

—No era mentira. ¿Llegaste a verlo? —preguntó—. No estaba segura. Sí. Me hipnotizó. Totalmente. Siempre pensé que... eso de hipnotizar a la gente era de débiles mentales. Pero... vaya, no tuve ninguna oportunidad, en serio. —Suspiró largamente—. No me extraña que hayan conseguido lo que han conseguido...

—Entonces lo hizo... Te vi mirarlo como si...

—Como si fuera el puñetero Harrison Ford, sí. Ford, por cierto, es mi canon de belleza masculina.

Jason sonrió, y miró alrededor por primera vez. Estaban en el edificio redondo. Olía a madera quemada y a cenizas, y también a sopa caliente, pero era imposible saber si era de día o de noche, porque a través de las rendijas de las tablas que conformaban las paredes, gracias a la tormenta, solo se veía oscuridad. Recordó a los amigos de Wendy, pero por mucho que giró la cabeza, no consiguió ver a nadie más.

—¿Los amigos de Wen?

—Se marcharon —dijo Liz con sencillez.

—¿Cómo que... se marcharon?

Liz puso los ojos en blanco.

—Soldado... ¡estás dormido todavía! —exclamó—. ¿Recuerdas al oso?

Jason asintió. Recordaba al oso, sí. El enorme oso grizzly de tres metros. Acababa de recordarlo, de hecho: el enorme hocico pegado a su cara, respirando el aire tibio y desagradable de su aliento.

—Se cargó al vampiro. Lo destrozó. Le arrancó el brazo, le destrozó la nuca, le aplastó el tórax, rompió todos sus huesos. Tenía el cuerpo lleno de arañazos y heridas de consideración. Deberías haber visto su cuerpo.

Jason abrió mucho los ojos.

—Y cuando el vampiro murió...

—Exacto —dijo Liz—. En cuanto murió, desperté. ¡Chas! —Chascó los dedos y se miró las manos—. Volví en mí. Fue increíble, Jas. Recordaba todo lo que había pasado. No es que... hubiera estado en blanco, o anulada, o no fuera

yo. Recordaba haber hecho lo que había hecho, y lo que hice... fue por decisión propia.

—Creo que... lo entiendo.

Liz sacudió la cabeza.

—Por ejemplo, cuando el oso atacó al vampiro por primera vez, no dudé en lanzarme a por él. Ni siquiera pensé que podía morir, ¿sabes? Mi... maestro, el ser más hermoso en el planeta, mi... mi dios... —hizo una pausa—... estaba en peligro. Es como si vieras a alguien que es a la vez tu padre, tu amante, tu mentor, tu mejor amigo, tu hijo... y la persona que te ha salvado la vida, en peligro. No lo dudas.

—Ya veo —dijo Jason—. Tan fuerte, ¿eh?

—Ni te lo imaginas —susurró Liz—. Ha sido la experiencia más rara que haya vivido, con diferencia. En cuanto murió, el control mental desapareció. Fue como si..., de repente, miraras a esa persona de la que estás enamorada y con la que quieres pasar el resto de tu vida, tener hijos, besar el suelo que pisa... y descubrieras que... no solo no estás enamorada, sino que te da asco. Un asco profundo. Que es feo por dentro y por fuera, que es idiota integral, que ni siquiera es bueno. Que la persona que creías divina, sublime, maravillosa... es un perverso violador de niños. Y sientes un asco infinito, no solo hacia él, sino hacia ti misma, por haberte sentido así.

—Y... al despertar, ¿qué pasó con el oso? —preguntó Jason—. Recuerdo que lo tenía encima. Me olía la cara. Lo tenía tan cerca, Liz... tan cerca.

—Se fue —dijo ella encogiéndose de hombros—. Cuando recuperé la conciencia, ya no estaba ahí. Wen tampoco. El cadáver del vampiro había sido arrastrado varios metros más allá. Ya ni siquiera tenía cabeza; estaba un poco más lejos, tan llena de heridas que parecía una... pelota de sangre y pelos. La nieve era una pasta apelmazada y anaranjada.

—Y me llevaste dentro...

—Te llevé dentro, sí. ¿Cuánto pesas, por Dios? Fue como si intentara arrastrar un buey.

Jason sonrió y se dejó caer al suelo otra vez.

—Gracias —dijo.

—No hay de qué —respondió ella—. Pensé en dejarte ahí y continuar el camino, pero la verdad es que me he acostumbrado a tu charla incesante. Es como cuando estaba en casa y ponía la tele para no sentirme sola...

Jason sonrió.

—Soy una tele —exclamó—. Qué guay.

Liz asintió risueña.

—¿Qué... opinas de lo que ha ocurrido? —preguntó Jason con prudencia.

—¿De lo que ha ocurrido? Opino muchas cosas. ¿A qué te refieres?

—A lo del oso... —musitó Jason, incorporándose un poco otra vez. Se quedó apoyado en el codo derecho mientras miraba a Liz con la frente recorrida por arrugas de preocupación—. Verás..., cuando estaba mareado y en el suelo, perdiendo sangre, recuerdo que me sentí... decepcionado. Confundido. Tu aparición, tus capacidades... Matas vampiros como nadie que haya visto, y he visto gente muy capaz, con mucha historia y experiencia en combate a sus espaldas. Había llegado a pensar que teníamos algo entre manos. Estamos aquí, en estos parajes abandonados, camino de lo que parece ser el centro neurálgico de la... cosa con los vampiros, lo que sea.

—La cosa con los vampiros —exclamó Liz divertida.

—Sí, joder. La tormenta. Es decir, parecía haber una correlación entre los acontecimientos. Aparecen los vampiros y luego el destino te pone en mi camino, sin pasado apenas, sin historia, sin amigos y sin familia, concentrada y determinada en una sola cosa: enfrentarte a los vampiros, con toda tu fascinante habilidad para luchar con ellos que, además, viene de no se sabe dónde.

Liz asintió despacio, prudente.

—Pero cuando el vampiro te captó... pensé...: «¿Qué mierda de guion es este?».

Liz soltó una carcajada.

—En serio —siguió diciendo Jason—. Era una mierda de guion. Al final, ¿todo era para convertirte en una de sus mejores armas? Porque como dóberman, Liz, habrías sido una hija de puta de mil pares de narices.

Liz abrió mucho la boca, fingiendo sorpresa.

—¿Perdoooona?

Jason sacudió la cabeza e hizo un gesto vago con la mano.

—Recuerdo haberme rendido en ese momento —dijo—. Pensé: «Vale. Si era para esto, es una mierda de giro de guion. Una auténtica mierda. El mundo no necesita una Liz cabrona defensora de vampiros, sino alguien que equilibre un poco la balanza, que está... totalmente desequilibrada».

—Y entonces apareció el oso —susurró ella.

—Exacto —exclamó Jason con cierta excitación—. Ahí voy. De repente, aparece un puñetero oso y vuelve a poner la balanza en su sitio. He visto osos antes, y he visto vídeos sobre osos, algunos caseros. He visto cómo se comportan. El oso no es sibilino, gruñe desde lejos y dice: «¡Eh, ahí voy!».

Utiliza su potente presencia para anunciar que emprende el ataque, porque sabe que pesa media tonelada y que es alto como pocos animales llegan a serlo, así que utiliza eso, como cuando un perro gruñe y ladra para amedrentar a su adversario, o como un gato eriza el lomo y el rabo. Pero ese oso... apareció de repente.

—Sí —dijo Liz—. Lo he pensado. Pero eran momentos confusos. Tú estabas en el suelo, inconsciente a medias, y yo estaba... concentrada en el vampiro. Solo existía él. Y además estaba la ventisca, que era cada vez más fuerte. Creo que pudo haber pasado un puñetero misil zumbando a mi espalda y no lo hubiera oído.

—Vale —asintió Jason—. Puede ser, pero el vampiro sí tuvo que haber oído algo. Se supone que son la leche. Depredadores naturales, concebidos para atacar, asesinar, esconderse, sorprender. Fíjate cómo nos engañó y cómo consiguió reducirnos en apenas... un minuto, o quizá medio minuto.

—De acuerdo —repuso Liz—. Te lo concedo, el oso se acercó como un ninja... ¿y qué?

—Pues que es raro. Mira lo que acabas de decir. Un oso ninja. Vaya, Liz. ¡Era un puñetero oso grizzly! Un oso de cuánto... ¿quinientos kilos, tal vez? Es ruidoso, sus pasos lo son, pero además se mueve haciendo un ruido fuerte al respirar...; su corazón puede pesar casi un kilo, ¿sabes?, resopla como si dentro tuviera un generador de tornados.

—Ya te pillo —dijo Liz con una ceja levantada.

—Lo sé. Pero... ese oso se acerca de no se sabe dónde y elige atacar al vampiro...

—Lo atrajo la comida que había traído Wendy, Jas. La que llevaba en las manos cuando la encontramos.

Jason buscó brevemente en sus recuerdos. Recordaba que Wendy llevaba unos bultos en las manos, sí. Dijo que cazaba pequeños animales. ¿Había dicho martas? Tal vez había mencionado algún tipo de animal en concreto, pero no lo recordaba. Conejos, tal vez ardillas. Carne, en definitiva.

—No lo sé —exclamó—. Es raro, Liz. Puedes explicarlo, justificarlo, y no discuto que tendrá sentido, pero sigue pareciéndome extraño. Incluso cómo el oso se enfrentó al vampiro fue raro. Ese cabrón se transformó cuando lo atacaba. Su boca era un esperpento monstruoso. Si hubiera podido volverse contra él, si hubiese tenido una sola oportunidad, estoy seguro de que le habría infligido una herida mortal. Le habría mordido en el cuello, o en la cabeza, con esa boca gigantesca, y el oso habría quedado mortalmente herido. Creo que hubiese

podido ganar. Pero el oso se le puso encima y lo inmovilizó. A lo mejor el vampiro no sentía dolor, y eso..., joder, es una gran ventaja, pero el oso se aseguró de que le rompía tanto los huesos que jamás volvería a correr, a moverse o a sostenerse en pie siquiera.

—Entiendo —musitó Liz.

—Creo que... de todas las maneras en que pudo haber atacado, el oso hizo lo mejor que podía hacer, estratégicamente, para inutilizar al vampiro.

Liz no dijo nada.

—Y otra cosa. No solo lo eligió a él..., al fin y al cabo es un puro juego de estadística; lo atacó a él tanto como pudo haberte elegido a ti, cincuenta por ciento. Te ignoró.

—¿Me ignoró? —preguntó Liz confusa.

—Te ignoró, Liz. Lo vi. Te rechazó con zarpazos para apartarte, pero no veo que tengas heridas en ninguna parte. Cuando lanzó su zarpa a la mejilla del vampiro, la cortó como un cuchillo de cerámica corta una pieza de carne. Instantáneamente. A ti te apartó dos veces mientras descuartizaba y aplastaba al vampiro. ¿Sabes lo que te digo?

Liz negó con la cabeza, mirándolo a los ojos.

—Vale —dijo—. Creo que estás diciendo que... había algo... sobrenatural en ese oso. Que fue intencionadamente a por el vampiro, de una manera inesperada, eficiente. Y que nos protegía, de alguna manera. Que cuando acabó con la amenaza, se marchó...

Jason no dijo nada.

—Bueno —declaró Liz suspirando—. La verdad, Jas, sé lo que quieres decir, pero... no he pensado mucho en esas cosas. Lo que dices es como... lo que has sugerido antes, que hay una balanza en alguna parte y se ponen elementos en ella para equilibrarla. No lo sé, ¿sabes? Eso plantea cosas que no puedo medir o comprobar. Ocurren, y tal vez sea como has dicho, pero son... actos de fe. Podemos hablar de ello un buen rato, y podemos seguir hablando de ello durante meses o años, pero al final del día moriremos sin haber llegado a ninguna conclusión. Tú te convencerás de unas sensaciones que tienes, y yo de otras.

—Entiendo.

—Lo que sí sé es que si hay una balanza en alguna parte y el oso apareció como invocado por algún destino elevado, una especie de ayuda divina, o sobrenatural, o algo así, está jodida. O está jodida o tiene menos capacidad que un tullido tuerto, mudo y cadáver.

—¿Qué? —exclamó Jason divertido.

—Si ese es su sentido del equilibrio, enviar un oso para cargarse a un puñetero vampiro, debe de ser el equilibrio más patético del mundo. El mundo empezó a irse a la mierda hace ya casi un mes, Jason. ¿No pudo haber tenido otra ocurrencia? ¿Algo más definitivo? ¿Cualquier otra cosa al inicio? Quizá cuando todo empezó, en la ciudad de tus amigos...

—Hillsdale.

—En Hillsdale, sí. Si hubo algo que hacer, una ayuda que enviar, debió haberla enviado entonces, no ahora. Y no me hagas hablar del mundo antes de los vampiros. Vivíamos en una sociedad en la que los tiburones hijos de puta ganaban fortunas y conducían coches caros mientras que la gente buena, honesta, con la única preocupación de alimentar a sus hijos, tenía que pensar todos los meses en cómo pagar la hipoteca, la luz, comida, ropa, médicos y todo lo demás. ¿Te parece... un equilibrio apropiado?

Jason negó con la cabeza.

—No creo en tu balanza cósmica —resolvió—. Creo que hemos tenido... un poco de suerte. Pero eso es todo. Y la suerte se agota, soldado. Se agota.

Jason asintió.

De repente, estaba cansado.

Se recostó otra vez en el suelo y se quedó unos instantes mirando el techo curvo de madera.

—¿Vas a dormir un poco más? —susurró ella.

—Solo... solo un poco....

—Está bien —dijo Liz.

Iba a decir: «Gracias. Gracias, Liz», pero los párpados parecían pesar más que el oso del destino, y ya no pudo articular palabra.

Liz se quedó mirando cómo Jason dormía, sumida en sus propios pensamientos.

Capítulo 18

DOS DESTINOS



1

Jared no dijo nada al resto.

Sobre Poppet y el sueño de Pip.

No les dijo nada.

¿Para qué? Ya sabía lo que ocurriría si los advertía del hecho sorprendente de que Pip hubiera soñado con su amigo. Alguien, probablemente Laura, le diría que debió de haberlo mencionado en algún momento, en cualquiera de las jornadas que habían pasado juntos. «Lo comentaste, Jared. Yo lo recuerdo. Le hablaste de ese amigo tuyo, Popper, Poppet, como se llame. Por eso lo sabe, Jared.» Pero Jared sabía que no le había hablado a nadie de Poppet, en parte porque era uno de esos recuerdos que había relegado a uno de los muchos compartimentos de su mente; un recuerdo que había dejado atascado en Luisiana y que no había tocado prácticamente desde entonces. Pero el hombretón de cara guapa y uniforme diría algo parecido y Sonia asentiría, y al final no harían nada con esa circunstancia.

Nada.

Además, estaba hasta los cojones, de todos modos.

Harto de vampiros, de esconderse, de dormir en tugurios pestilentes, unos encima de otros, y harto de preguntarse cosas. Si había tenido un intruso en su mente esa noche, pues bien por él, o por ellos. Esperaba que hubiera tenido acceso a la gran biblioteca porno de puta madre que tenía almacenada de sus

propias experiencias y lo hubiera visto en acción en sus mejores momentos, y que le aprovechara. Iba a hacer lo que tenía que hacer, y si morían en el intento, pues... eso sería todo, señoras y señores. La función acaba temprano hoy; ha sido un placer entretenerlos y no olviden llevarse consigo sus bolsos y abrigos. Gracias y buenas noches.

Estaban entre dos escenarios. Al sur se encontraba el gran aparcamiento del Clarion Limestone School, un colegio de secundaria con el símbolo de una cabeza de león junto al nombre. Consistía en varios edificios bajos, no muy grandes, desparramados alrededor de la recta carretera que llevaba hacia el sur, fuera de la tormenta. Más allá, en el margen izquierdo, había un campo de fútbol americano protegido por algunos árboles todavía jóvenes. Jimmy casi podía imaginar a los niños yendo y viniendo por allí, subiendo y bajando del autobús escolar que los recogería y los repartiría por todas las pequeñas poblaciones circundantes: Strattanville, Corsica, Pine Grove. Hablarían de juegos de PlayStation y participarían en grupos de WhatsApp en los que colgarían imágenes graciosas, creyendo que habría un futuro para ellos. Pero no lo hubo. No lo hubo.

Al norte de allí, bastante cerca, de hecho, había una iglesia: la iglesia metodista de Asbury United, que coronaba un cruce de caminos. Hacia el oeste, tampoco muy lejos, había un taller a cuya puerta se encontraban un buen montón de vehículos. Habían visto el anuncio en una valla a pie de carretera: VIGILE LA SALUD DE SU COCHE EN BOB'S. PORQUE CUIDAMOS DE SU COCHE COMO UNA MADRE CUIDA DE SU BEBÉ. Como eslógan no valía mucho; de hecho, era casi hilarante, pero Jimmy había creído ver una asociación entre el nombre del taller, Bob, y los pechos (*boobs*, en inglés); quizá de ahí habían sacado una publicidad tan extraña, aunque fuera de forma inconsciente. Allí irían Jared, Sonia y Pip en busca de garrafas y gasolina.

Mientras tanto, Josh, Laura y Jimmy se acercaban al colegio para ver cómo andaban las cosas, hacer un poco de prospección del terreno y, como había dicho Josh, recabar información para cuando llegara el otro equipo. «¿Por qué no vamos todos juntos?», había preguntado Sonia. «Porque haremos ruido —había respondido Josh—. Nos descuidaremos; es un hecho. Cuando estás dentro de un grupo te sientes protegido y no pones tanto cuidado, como si solamente los que están en los flancos estuvieran en peligro. Un grupo menos numeroso tendrá más posibilidades de infiltrarse.»

El colegio... era una pesadilla. Observaban desde cierta distancia. Había tantos vampiros pululando por allí que Jimmy tuvo la sensación de estar

viviendo un capítulo de «Te Walking Dead». Los vampiros andorreaban por el aparcamiento, como si no tuvieran rumbo. Podían ir en una dirección y, de repente, cambiar de sentido sin que pareciera haber una causa.

—Bueno —dijo Josh—. Hay muchos, es verdad..., pero miradlos. Son del tipo idiota. Carne de cañón.

—Sí —asintió Sonia—. Eso parece.

Jimmy miraba los edificios. Las puertas estaban abiertas, pero las ventanas habían sido bloqueadas con diversos materiales; la mayoría, seguramente, con tableros de las mesas. El suelo era una porquería inmensa: un barro negruzco lleno de basura que manchaba también las paredes de los edificios hasta media altura, como si allí hubieran estado almacenando animales de granja. Cerdos, por lo menos. Hasta parecía que el aire llevaba hacia ellos una pestilencia vieja y pegajosa.

—Pero no podemos confiarnos —susurró Jimmy—. Esos edificios... parece que los usaban como escondite durante el día, antes de la tormenta.

—Eso seguro, chico... —exclamó Josh—. Mira toda esa mierda.

—No lo sé —apuntó Sonia—. Esa inmundicia... es otra cosa. Hemos visto escondites de vampiros y... son diferentes. Toda esa porquería es nueva.

Josh se encogió de hombros.

—No lo sé. No creo que importe mucho. Lo que está claro es que los vampiros vigilan el borde de la tormenta. Míralos. Calculo... unos cien. Ciento cincuenta, probablemente.

—Acuartelados —apuntó Sonia—. ¿A lo mejor por eso toda esta porquería?

—Quién sabe. Vamos a rodear los edificios a ver qué se ve desde el otro lado. A ver cómo lo hacemos, hacia dónde los atraemos y por dónde pasaremos. Imagino que es mejor atraerlos a la carretera por esta parte diáfana.

—Y nosotros cruzamos por detrás de los edificios, entre esos árboles.

—Esos árboles esconden una trampa mortal —dijo Josh—. Mira allí.

Sonia lo hizo. Le costó un poco verlos, pero entre los árboles había movimiento: figuras oscuras se arrastraban por allí, entre los arbustos.

—Oh, mierda —exclamó.

—No podía ser tan fácil —dijo Josh—. Ya lo observé el otro día, cuando fui a explorar. Es igual por todas partes; hacia el este y al oeste. Todo lleno de vampiros. Está claro que este es su muro defensivo.

—Es un lugar extraño —dijo Jimmy pensativo—. O sea, si protegen el borde de la tormenta, debe de tener una extensión considerable. Habrá lugares más protegidos que otros, por las circunstancias de cada sitio; por ejemplo, si el

borde coincide con una planicie o con una ciudad. Pero aquí... las poblaciones son pequeñas y están aisladas unas de otras, con zonas de bosque entre ellas. ¿Cómo se... alimentan?

—Tendrán mataderos en alguna parte —apuntó Josh—. Cleveland no está lejos, hacia el oeste, y Buffalo al norte.

—Pittsburgh aún está más cerca, al sur —apuntó Sonia.

—Ohio, Maryland... Y hacia el sureste, nuestra vieja Nueva Jersey y Delaware. Tampoco están demasiado lejos para unos vampiros que pueden moverse con impunidad, aunque sea solo de noche.

—No... Demasiado lejos —susurró Jimmy.

—No lo sé, Jim. Pero debemos movernos. Vamos.

Avanzaron, agachados, poniendo mucho cuidado en no hacer ruido. Cuando rozaban un arbusto, este liberaba una fragancia verde y fresca, de lluvia, de tierra mojada, de hojas preñadas de perfume, que renovaba sus ánimos. Ese olor era salud; más allá se extendía la podredumbre, la enfermedad y la muerte. Los vampiros se movían entre los edificios, y no a demasiada distancia. Cien, ciento cincuenta metros todo lo más; centinelas extraños, ausentes, pero confiados en que todo estaba bien y seguía bien, vencedores invictos en terreno conquistado. A veces, Jimmy giraba la cabeza para observarlos. Sus ropas contaban historias de su caída y su pérdida de humanidad: ropas desgarradas, cubiertas de manchas. Sangre, sin duda. Heridas en los brazos, en la cara. Algunos tenían las bocas transformadas en esas máscaras escalofriantes con dientes que se proyectaban ligeramente hacia fuera, como los de un pez payara. Los miraba porque... quería descubrir si podía detectar a algún vampiro de más alto nivel entre aquella escoria monstruosa. Algún Maestro que pudiera darse cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir. La treta. El engaño.

Pero no vio ningún vampiro que pareciera diferente.

Estaba preguntándose lo que ocultarían los edificios cuando Josh levantó una mano para que se detuvieran.

Se acercaron unos a otros para hablar en susurros.

—Mirad allí —dijo.

Al lado de uno de los edificios había un pequeño contenedor blanco con una llave de paso redonda en la parte superior. Tenía un brillante color rojo, rojo peligro, el tipo de rojo que se utiliza para lanzar un mensaje: NO TOCAR. El contenedor, similar a un calentador de agua, estaba dispuesto en horizontal, con tuberías que salían de él y se internaban en el suelo.

—¿Qué es? —preguntó Jimmy.

—Un contenedor de gas, o algo similar. Explotará bien, si es gas. Si es combustible... explotará si está medio lleno. Y como las cosas se precipitaron y la gente huyó de un día para otro, es posible que esté justo así: medio lleno.

—¿Por qué es preferible medio lleno? —quiso saber Jimmy—. ¿Lleno del todo no sería mejor?

—Solo si se trata de gasolina. La gasolina no explota —explicó Josh—, pero la concentración de gases de la evaporación del combustible, sí.

Jimmy asintió entusiasmado. Le gustaba aprender ese tipo de cosas.

—Entiendo —exclamó—. ¿Lo haremos explotar con... la gasolina que traerán Jared y los demás?

—La gasolina ayudará a que el fuego y el caos se propague, pero la gasolina no lo hará explotar. Tendremos que dispararle desde aquí, y a la parte de arriba, donde estará concentrado el gas si se trata de combustible. Y..., mierda, tenía un silenciador en el camión, pero... pero tampoco importa. El sonido y el efecto de la explosión distraerá a los monstruos del disparo.

—Vale —dijo Sonia—. Parece... buena idea. ¿Será una buena explosión?

—Bastante —dijo Josh—. Suficiente para que esos bichos vengan todos a este lado a curiosear. Se llevará la mitad de esa caseta, eso seguro. Si hacemos un reguero que vaya hasta la que está al lado —añadió, señalando—, es posible que el fuego consiga prender la madera antes de que se extinga. El combustible es volátil, pero hay un margen.

—De acuerdo —contestó Sonia.

Miró a Jimmy y le pareció que, de repente, estaba demasiado ensimismado. Miraba la inmundicia extendida por el suelo, un barro oscuro que se había resecado formando una costra repulsiva.

—¿En qué andas, Jimmy? —preguntó.

El chico pestañeó varias veces antes de levantar la cabeza para mirarla.

—Creo que ya lo sé —dijo en voz baja.

—¿Qué... qué sabes?

—Qué es todo esto... Toda esa porquería que está por todas partes.

—¿Qué es? —preguntó Josh con interés. Las teorías del chico siempre le parecían muy cabales.

—Es... Mier... Bueno, heces. Defecaciones humanas.

Sonia miró hacia allí.

—¿Heces...?

—Heces, sí. Este sitio... este amplio sitio cerca del linde de la tormenta, ¡tiene un propósito! —exclamó con entusiasmo—. Claro..., ahora lo entiendo.

Los vampiros están aquí por algo, y no sabía qué era. Pero la pista final me la han dado aquellas marcas en la carretera, allí, al fondo, y también a este lado.

Josh y Sonia miraron con curiosidad. Unas marcas de ruedas, ruedas grandes de camión que dejaban surcos de suciedad en el suelo; marcas resacas de antigua mugre que se extendían una decena de metros, tal vez, para difuminarse de forma paulatina.

—Sigo sin entender —susurró Josh—. ¿Heces... de vampiros?

—Heces humanas —afirmó Jimmy—. Heces de vacas. Los traen aquí del exterior. Gente que capturan, aún hoy, de las ciudades de alrededor, de sus refugios. Los traen en camiones, por eso las marcas, y los depositan aquí temporalmente para..., no sé, llevarlos al interior. Muchas personas, cientos de personas. Están hipnotizados, tal vez muy hipnotizados, idiotizados del todo. Cientos de personas durante varios días. ¿Dónde crees que hacen sus necesidades, anclados como están a un punto concreto?

Sonia abrió mucho los ojos.

—Dios mío —susurró.

—Se agachan y hacen sus necesidades, uno al lado del otro. Tal vez ni les importe. Tal vez... han perdido el sentido del pudor. A lo mejor ni siquiera se agachan. A lo mejor se lo hacen encima, y toda esa... porquería se acumula. Forma un barro asqueroso con los orines.

—Jesús, Jimmy —soltó Sonia; se dio cuenta de que había alzado la voz sin darse cuenta y se encogió—. Es lo más... extraño que he oído jamás.

—Pero tiene sentido —dijo Josh pensativo—. Lo tiene.

—Entonces..., todo eso es mierda... —susurró Sonia asqueada.

—Ahora que la ves así, ya no se puede ver de otra manera —dijo Josh.

—Es horrible —musitó Sonia, perpleja—. Es... Es espantoso. Degradante. Josh no contestó, tampoco Jimmy.

—Y nosotros nos estamos alejando de esto en vez de... luchar.

—No tenemos opción —repuso Josh—. Hubo un tiempo en el que limpiábamos mataderos, yo y los chicos. Pero ahora... nos han diezmado. No tenemos armas, ni capacidad, y somos pocos.

—Lo sé, pero...

—Tenemos que salir de aquí, para empezar —apuntó Josh—. Lamernos las heridas, recuperarnos, y luego... luego podemos planear lo que vamos a hacer, si quieres.

Sonia asintió.

—Sí quiero —dijo—. No podría volver a sentirme humana si me meto en

un agujero a sobrevivir, un día y otro, sabiendo que hay gente que... vive así. No podría. Soy agente de policía de Hillsdale. Juré el cargo, y eso implica... proteger y defender. Puede que dejara la ropa de policía hace tiempo, pero sigo siéndolo. Aún lo soy. Y no puedo... mirar a otro lado.

Josh asintió.

—Algo haremos —musitó—. Te lo prometo. Algo.

—Mejor será —respondió Sonia.

Jimmy los miraba con una expresión satisfecha en el rostro.

—Yo ayudaré en lo que pueda —dijo—. En todo lo que pueda.

Sonia miró al chico, superada por una repentina sensación de orgullo y cariño. Quería decirle: «Eres un buen chico, Jimmy». Quería decirle que estaba orgullosa de él. Pero, sobre todo, quería abrazarlo. Y eso es lo que hizo. Lo rodeó con sus brazos en un gesto decidido y rápido, nacido del instinto, y le dio un sonoro beso en la mejilla.

Josh desvió la mirada, sonriendo.

—Está bien —susurró—. Está muy bien. Ahora planeemos por dónde pasaremos al otro lado. Vamos a mirar un poco más allá.

Sonia asintió mientras miraba a Jimmy con una sonrisa bonita en el rostro. Sonreía porque... porque el tonto de Jimmy estaba realmente ruborizado.

Pero en mitad de la sonrisa, el sonido rápido y furioso de una ametralladora empezó a sonar a no demasiada distancia.

2

La iglesia metodista de Asbury United quedaba a la derecha del cruce que venían siguiendo Laura, Jared y Pip, junto a la Ruta 322 que cruzaba Strattanville, en Pensilvania. Era un edificio pequeño, de ladrillo rojo, con una torre diminuta con ventanas cuadradas y desproporcionadas. Justo antes del edificio vieron un cementerio abierto bastante grande, sin muros ni rejas, junto a la carretera. Las tumbas eran pequeñas y bajas, sin grandes estructuras, pero el césped estaba bien cuidado y todavía se veían los restos secos de algunas flores. Un cartel blanco anunciaba: CEMENTERIO DE ASBURY.

—Un cementerio —exclamó Jared—. Qué apropiado.

—Bueno, afortunadamente la cosa no va de... muertos vivientes que salen de sus tumbas —dijo Laura.

—Sí. Bueno, será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Pip—. No sé a qué distancia queda Clarion, pero podría llevarnos un tiempo.

—Quizá encontremos gasolina antes —dijo Laura—. Por aquí hay muchas casas... Casas y cosas.

—Strattanville —soltó Jared.

—¿Qué?

—Strattanville está antes —dijo—. No es la hostia de sitio, pero es grande. Uno de esos lugares que hemos estado evitando a toda costa. Y sí, tiene casas y cosas. Y si no hay ningún coche con gasolina allí, me como los calcetines sudados de Josh.

—Jesús —exclamó Laura con un escalofrío—. No sé si es tan buena idea.

—¿Has estado por aquí antes? —preguntó Pip.

Jared se encogió de hombros.

—He estado en casi todas partes, tío. Había un tugurio, Debs Diner, el restaurante más pequeño que haya visto jamás, con un aparcamiento desproporcionado. Tenían buena comida, y el café era uno de los mejores que haya probado por estas latitudes.

—No puedo creer que bebas café —dijo Laura—. Pensaba que lo tuyo era todo de alta graduación.

—Parece mentira que hayamos desayunado juntos todos estos días —soltó Jared—. No puedo vivir sin un café bien cargado por la mañana.

—¿Qué? —exclamó Laura—. ¿Cuándo hemos desayunado? ¿Qué me he perdido? ¡Si prácticamente solo nos ha faltado chupar raíces!

—Es porque sois unos cobardes —soltó Jared—. No había más que entrar en cualquier casa. ¿Sabes la de comida que almacena cualquier americano medio en todo momento? A lo mejor mucha de la mierda que se ha ido comprando se ha echado a perder, y cada frigorífico es ahora un cultivo de bacterias putrefactas que harían gritar a un biólogo, pero en los estantes, en los armarios, hay un montón de manduca que nos habría ido de perlas. Mermeladas. Latas. Galletas. Mil cosas.

—Mermelada —susurró Laura, hambrienta.

—Joder —exclamó Jared—. Metería la polla en un bote de mermelada si tuviera uno.

Laura levantó los brazos al aire.

—¡Tío! —exclamó—. ¡Qué asqueroso eres!

—Gracias, nena —dijo Jared—. Y eso que no me has probado en la cama.

Laura fingió vomitar.

—Sí, sí —replicó él—. Mucho asco. Pero cuando la luna está alta y la química del cuerpo aprieta, siseeeeeempre llamáis a Jared. Siempre.

—No te llamaría ni por tu nombre —le espetó Laura.

—Ya lo veremos —respondió él.

Pip sonrió. Algo había cambiado. Habían pasado jornadas enteras en que apenas hablaban, sepultados y derrotados por un pesimismo acrecentado por el efecto innegable de la tormenta, pero los comentarios volvían a ser chispeantes otra vez, y había cierta química de camaradería entre ellos. Como al principio. Quizá fuera por el paisaje: un valle verde con encantadoras casitas bajas, aisladas unas de otras, o por el nerviosismo de lo que estaban a punto de hacer; por el hecho innegable de que, de una manera u otra, se acercaban al final, estuvieran preparados o no, fuesen a conseguirlo o no. Le recordó a la época de la universidad. Se estudiaba tanto y durante tanto tiempo para los exámenes finales que en el último tramo uno solo quería que llegaran por fin, aunque aún quedaran muchísimos temas por repasar o incluso mirar por primera vez. Daba lo mismo. Querías terminar y sentirte otra vez libre.

Laura iba a decir algo cuando, de repente, se oyó un sonido lejano, repiqueteante, embriagado de ecos que se repetían por el valle.

Pip se volvió en el acto.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Eso... —contestó Jared—. Eso ha sonado como...

—¿Disparos? —preguntó Laura.

—Sí. Disparos.

El sonido volvió a producirse: una retahíla con una cadencia ajustada.

—Eso es una ametralladora —afirmó Jared.

—¿Una ametralladora? —preguntó Pip—. ¿Josh? ¿Están en problemas?

—No, tío —respondió Jared—. Josh no lleva una puta ametralladora. Lleva un fusil.

—Pero qué coño...

—Vamos —dijo Laura—. Tenemos que...

Pero en ese momento se sintió empujada, como si algo la hubiera arrancado de donde estaba lanzándola contra el suelo. A duras penas tuvo tiempo de adelantar las manos. Dio con las mejillas en tierra y el polvo se alzó en una pequeña nube. Solo entonces empezó a sentir confusión.

Tenía algo en la espalda, sobre ella.

El pánico empezó a abrazarla como un abrigo barato que, más que calentar, sofoca.

Jared. Era Jared. Gracias a Dios era Jared.

Jared la había lanzado al suelo.

Pip se agachaba a su lado, los ojos muy abiertos.

—Pero... ¡¿QUÉ?! —exclamó al fin. Jared lanzó una mano hacia su boca y se la cubrió. Estaba poniendo un dedo delante de sus ojos y señalando en una dirección.

Laura miró, confusa.

Había movimiento en la carretera. Algo se movía, desde luego. Tardó un momento en descubrir lo que era. Un tropel de cuerpos, un lío de brazos y cabezas adelantadas que corrían de manera tan desmañada que parecían un torrente de gente resbalando por un hilarante tobogán de feria. Pero no había nada de risible en la escena. Eran vampiros: salían en masa de la iglesia metodista de Asbury United y corrían hacia la explanada donde habían dejado a Josh y el resto. Corrían, y mucho; se movían como si estuvieran a punto de tropezar y caer de bruces.

Laura dejó escapar un gemido, y comprendió. Jared le había salvado la vida tirándola al suelo. Si esa horda los hubiera visto... a esas alturas tendría media docena de bocas clavadas en diferentes partes del cuerpo.

—Dios mío —susurró Pip.

Eran los disparos, por supuesto. Los disparos habían hecho salir a los monstruos de sus escondites. Pero el número...

El número de monstruos no encajaba. Jared miraba y no terminaba de asimilar lo que veía. ¿Cuántos debía de haber? Eran una procesión monstruosa, un río de gente que avanzaba pegados unos a otros. ¿Cien? ¿Más de cien? Ciento cincuenta personas que habían estado hacinadas en la iglesia, ese edificio pequeño de ladrillo rojo. Quizá se equivocaba, quizá, por el otro lado, tenía un ala que no podía ver desde allí, o tal vez tenía unos subterráneos, una cripta excavada en el suelo llena de nichos donde los vampiros descansaban unos sobre otros, como una manada. Pero estaban en América, no en Europa. Europa tenía una historia antigua y las edificaciones religiosas albergaban secretos, sótanos, corredores y lúgubres recovecos donde la piedra antigua languidecía, húmeda y cubierta de polvo centenario y telarañas, pero en América, las iglesias como aquella eran de construcción reciente. No se construían criptas en el siglo xx, y desde luego no se hacían sótanos secretos y húmedos en el xxi.

Pero entonces...

Entonces...

Pip le tocó el hombro.

Jared miró, nervioso.

Habían dejado atrás una casa pequeña y achaparrada con el techo a dos

aguas que describía una pendiente suave, y Pip la señalaba con el dedo extendido y tembloroso. Había un único árbol entre la casa y ellos, plantado en mitad de una planicie con césped, así que no podía ver bien la casa, pero sí vio la muchedumbre saliendo de ella. Otra vez un número enorme. Salían como histéricos, daban un giro brusco al descender la escalera de la entrada y corrían alejándose de ellos, hacia el colegio.

—Pero qué coño... —soltó Jared.

Podía ver la casa perfectamente, y no era muy grande. Ni siquiera tenía dos pisos. Ninguna de las casas de por allí tenía dos pisos, probablemente porque había terreno más que suficiente por todas partes. Escaleras..., ¿quién quería escaleras cuando se disponía de espacio?

Habían salido justo cuando comenzaron los disparos, en el mismo momento. Como si... como si...

Como si estuvieran preparados.

Pensó en Poppet, pero no en su amigo, que murió y se quedó muerto en Luisiana, sino en el Poppet monstruoso que se infiltró en sus sueños y le habló.

«Vais a morir todos —había dicho—. Eso es inevitable.»

Y luego otra voz, que hablaba desde el fondo de su mente, como el estudiante relegado a la última fila de la clase que levanta la mano, de repente, para decir algo relevante.

«A menos que te unas, Jared. ¿Sabes? A menos que... te unas.»

—Es... es una trampa —dijo ronco.

3

Josh no podía dar crédito a lo que veía.

Era un camión, algún tipo de camión, al menos. Creía que se trataba de un camión de... ¿basura? Posiblemente lo había sido alguna vez, sí, pero lo habían modificado tanto que la estructura original era apenas reconocible. Una mole azul con bandas blancas y un logotipo de REPUBLIC en el lateral, junto a un soporte metálico de gran tamaño que abrazaba el contenedor principal. En el techo (y esa era la modificación más visible) habían emplazado una especie de reja con refuerzos laterales que hacían las veces de barandilla. Allí, un grupo de personas disparaba contra los vampiros utilizando ametralladoras de gran calibre y rápida cadencia.

—Dios... —exclamó Sonia.

El camión llegó al borde del aparcamiento a buena velocidad y giró

bruscamente; tanto que pareció escorar peligrosamente a un lado. Allí, clavó el freno con un chirrido hidráulico, y la inercia movió la cabina hacia delante y luego hacia atrás. Los vampiros reaccionaron con rapidez. Corrían hacia el camión emitiendo un sonido uniforme, un alarido grave y bajo, como un rumor, pero las ametralladoras los paraban en plena carrera. El enorme calibre de las balas los desmembraba, les arrancaba los brazos, hacía saltar manos y trozos de carne; a veces los golpeaba en el pecho y los detenía tan completamente en plena carrera que parecía que el tiempo se hubiera parado de repente.

Pero aun así, los vampiros eran demasiados. De repente había demasiados. Josh tuvo esa impresión de pronto, y lo confirmó cuando miró alrededor. Jimmy compuso una expresión consternada, y el soldado descubrió lo que pasaba. Salían de los edificios de la escuela como si las puertas vomitaran de repente una masa desaforada e histérica de hombres y mujeres huyendo de una situación de peligro.

Estaba observando eso cuando el edificio saltó por los aires. Así lo percibió: primero una pequeña secuencia de deconstrucción en la que las tablas de la pared y el techo salieron despedidas, convertidas en pequeños fragmentos, rodeadas de partículas diminutas, como una lluvia que se alejara del suelo hacia el cielo; y casi en el mismo momento, una explosión fulgurante de fuego dorado y negro que evolucionaba sobre sí mismo, describiendo arcos cada vez más amplios. Esa explosión lanzó más trozos del edificio en todas direcciones. Un fragmento de algo, una bola de fuego pequeña, voló alto casi en vertical hasta que perdió fuerza y empezó a caer otra vez, dejando una estela de humo negro. Y, por fin, el ruido. El ruido y una ligera reverberación que Josh, y también Sonia y Jimmy, sintieron en el pecho y en la piel, y un poco también en el suelo. Un sonido atronador que percibieron como una onda caliente que los hizo encogerse y cerrar los ojos; incluso a Josh, que estaba acostumbrado a ver cosas volar por los aires.

La explosión lanzó a un buen montón de vampiros al suelo, empujados por la onda expansiva. El fuego empezó a devorar el tejado, que se había desmontado casi en su totalidad. Era ahora un cúmulo de tablones y tejas amontonados unos sobre otros, como si los hubieran dejado allí temporalmente durante la construcción. Un buen número de vampiros envueltos en llamas abandonaron el edificio caminando despacio, como desorientados.

Josh se esforzó por concentrarse. Quería, necesitaba saber qué había provocado eso. La respuesta estaba en el camión. Allí arriba, una mujer hacía descender un enorme lanzacohetes del hombro, aún humeante. Todavía no había

procesado esa información cuando ocurrieron más cosas: una lluvia de proyectiles en llamas que salieron de unos pequeños ventanucos abiertos en el lateral del camión. Describieron una parábola en el aire y, al caer al suelo, explotaron con un ruido combinado de cristales rotos y un rugido similar al de un tigre, para extender una pesadilla de fuego y llamas. Molotovs. Estallaron en el suelo alrededor del camión y prendieron fuego a un buen montón de vampiros que estaban acercándose demasiado.

—¡Dios mío! —exclamó Sonia.

Josh pestañeó.

No sabía quiénes eran ni qué pretendían, pero habían conseguido lo que ellos mismos se habían propuesto: crear una distracción. Ahora tenían algo mucho mejor que una simple distracción. Tenían la puñetera Disneylandia, una oportunidad de oro para escabullirse por el lateral hacia el borde la tormenta.

Pensó.

No mucho. Apuntó con el rifle al contenedor y disparó.

Aun sin gasolina de por medio, el contenedor explotó con violencia; una explosión mucho menos fuerte, pero efectiva de todas formas. Arrancó gran parte de la fachada y lanzó el tejado a unos buenos cuatro metros por el aire, una única pieza que se desgajó en tres pedazos en pleno vuelo. El edificio de al lado tardó todavía un poco, pero finalmente se desplomó hacia un costado en una secuencia en cadena, como unas fichas de dominó. Los cristales estallaron en las ventanas a medida que la estructura colapsaba.

Sonia lo miró sorprendida.

—¿Qué... qué haces? —preguntó.

—Añadir confusión a la confusión —explicó Josh—. ¡Es lo que queríamos! ¡Vamos, tenemos que aprovechar esto!

—Pero... los otros —dijo Sonia—. ¡Tenemos que esperarlos!

—¡No tendremos otra oportunidad! —exclamó Josh—. ¡Es ahora!

Sonia pestañeó, sorprendida.

—¿Qué? —preguntó con cierta parsimonia—. No... no, no, no. No vamos a irnos sin ellos.

Josh miró a Jimmy. Su mirada era severa, casi de reproche. Josh supo que tampoco aceptaría irse sin el resto del grupo. Josh no sentía que los abandonaba, en honor a la verdad. No tendrían menos posibilidades si se iban ahora; tendrían las mismas, incluso más, si conseguían salir y volver en otro momento para ayudarlos. Era una simple cuestión táctica, pensamiento militar básico: salvar tres unidades con un alto porcentaje de probabilidad de éxito, mejor que

arriesgar para... para no conseguir nada. Que los esperaran no mejoraría las probabilidades de éxito del resto. Pero comprendió el factor sentimental y humano; apretó los dientes y asintió.

Pero cuando miró hacia atrás... cuando miró hacia atrás, su repentino entusiasmo desapareció súbitamente.

Por la carretera llegaba una caterva impresionante de vampiros a la carrera. Corrían con los cuerpos inclinados hacia delante, sus bocas mutadas en fauces bestiales, desproporcionadas, lo que hacía que sus cabezas parecieran tener el doble de tamaño, y emitían ese rumor grave que daba la sensación de que los consolidaba de alguna manera, como si fueran una única entidad, un ciempiés gigante con un millar de brazos asomando en todos los ángulos. Pero no eran una única entidad. Al mirarlos, uno se detenía en los detalles espantosos que denunciaban sus vidas pasadas. Una mujer vestida con un delantal negro de trabajo en el que se leía:

BETHANY'S LIL SHOP OF FLOWERS
FREEPORT

y guantes de jardinero. Un hombre con camisa blanca y corbata. Otra mujer con un abrigo grueso al lado de un chico con el torso desnudo y unos calzoncillos oscuros. Mostraban su naturaleza de carne de cañón, el escalafón más bajo de la infección. Los soldados rasos de los vampiros. Ni siquiera habían pensado en quitarse el abrigo o en ponerse algo; probablemente no tenían intelecto para ese tipo de pensamiento. Y precisamente eso, quizá, producía más terror que otro tipo de vampiros, porque esa chusma alocada y numerosa no se detendría ante nada: avanzarían contra las balas hasta que estas se agotaran, y entonces...

Entonces vencerían. Como siempre.

Los tres se encogieron a la vez hasta quedar prácticamente tumbados en el suelo. La marabunta estaba cerca, demasiado cerca. Podían oír con claridad el sonido de las pisadas sobre el asfalto, el jadeo de sus respiraciones, los gruñidos de sus gargantas. Y eran tantos... Jimmy se tapó los oídos, cerró los ojos y apretó los dientes. Estaba congelado, superado por el miedo. Había vivido ya muchísimas experiencias, pero nunca con tantos vampiros a la vez, y nunca tan cerca. Su actitud animal, su manera de correr hacia el enemigo, le hacía pensar que, si daban con él, con ellos, con los tres, no habría susurros crueles, ni mordiscos en el cuello para convertirlo, ni ojos chispeantes para hipnotizarlo. Si lo sorprendían, esa escoria le arrancaría los huesos de la carne mientras gritaba;

vería los contenidos de su cuerpo expuestos mientras se deslizaba por el tobogán de la muerte, embadurnado de dolor.

Josh, por su parte, seguía atento a lo que pasaba. Estaba admirado de aquel grupo de combatientes desconocido que se estaba enfrentando a los vampiros con tal eficiencia y descaro. Estaban armando un follón de mil demonios, y no veía claro el objetivo. No parecían militares; estaban lejos de su posición y no podía verlos con la claridad deseada, pero sí alcanzaba a ver que llevaban ropas indistintas y no uniformes: coloridos chalecos Plumax, pañuelos al cuello, una camisa de franela a rayas, gorras... Eran civiles, con un camión de basura modificado. La cabina era prácticamente una jaula con protecciones en forma de rejas de acero para evitar que el conductor pudiera ser alcanzado. Usaban fuego y empleaban también munición pesada de grandes ametralladoras, calibre doce milímetros al menos; un calibre que se empleaba normalmente para atacar vehículos, edificaciones, aviones o fortificaciones ligeras, pero ellos lo usaban para detener a la horda cuando esta evitaba las llamas de los molotov que aún ardían, rodeando el camión de basura. Los cuerpos caían con rapidez; la alta penetración de las balas los atravesaba en línea cuando se juntaban, formando un tumulto. Pero ¿quiénes eran?, ¿por qué atacaban?

Había otra figura sobre el camión. A una mente entrenada como Josh no se le pasó por alto. Una mujer de pequeña estatura que se mantenía a un lado con un rifle de francotirador. Un Barrett 82, si no se equivocaba, un fusil de alta potencia SASR de aplicaciones especiales, al que solían llamar «cincuenta ligero» por su calibre 50. Un arma extraordinaria para unidades especiales. No disparaba. Se limitaba a rastrear por el aparcamiento cambiando de dirección continuamente, como si buscara algo. Algo. Josh se preguntaba qué. ¿Sería ese el propósito de la escaramuza? ¿Lo tenía, acaso?

Al cabo, el combustible de los molotov empezó a extinguirse. Los vampiros no temían el dolor ni las heridas ligeras, así que cruzaban a través de las llamas cuando estaban ya bajas, y acabaron llegando al camión. «Ya está —pensó Josh—. Aquí acaba todo. Treparán como putos atletas por la estructura y los despedazarán. Unos putos locos, eso han resultado ser... Unos ... »

Pero cuando los primeros vampiros llegaron hasta el camión, Josh pudo oír con claridad un sonido de bajo nivel, siseante, uniforme, como... como...

Como el de los cables de alta tensión en los tendidos, en mitad del bosque, cuando todo está en silencio, pensó.

—Electricidad —susurró Jimmy.

Josh miró, otra vez sorprendido. Los vampiros se sacudían al pie del

camión, se estremecían con convulsiones histéricas; las cabezas se movían tanto que parecía que iban a salirse de su anclaje natural.

—Qué hijos de puta... —exclamó.

Era electricidad, desde luego. Casi... casi le parecía que empezaba a oler la pestilencia a enchufe quemado, a cuadro eléctrico reventado por un cortocircuito, a ozono; ese olor característico que Josh identificaba con el de la acetona. Y también a carne abrasada. La descarga se propagaba entre los cuerpos, de primera línea hacia atrás, y los detenía en pleno avance, sin que las ametralladoras dejaran de disparar en ningún momento.

—Madre mía —dijo Sonia—. Están... están consiguiéndolo...

—¿Quiénes son? —preguntó Jimmy entusiasmado. Los velos del miedo estaban retirándose con cada nuevo cadáver.

—Bueno... No puede ser peor... —susurró Josh.

—¿Cómo? —preguntó Sonia—. Es... ¡Esto es bueno!

—¿Qué? No. No, no, no. Me refiero a esa gente... No me fío de la gente, y mucho menos de gente con una capacidad como esa. Pero el momento de pasar es ahora. Van a irse en cualquier momento, os lo aseguro. No pueden tener muchas más balas, ni proyectiles. Es guerra de guerrillas. Vienen aquí, reducen el número de vampiros y se retiran al sol para recuperarse.

—Pero no vamos a irnos, ya te lo...

—¡Lo sé! —se apresuró a decir Josh. Estaba hurgando en los bolsillos de su chaleco—. ¡Sé que no vamos a irnos! Pero puedo llamar su atención. Puedo...

Extrajo un cilindro parecido a un bote de medicamentos del cinturón con una etiqueta que lo cubría casi en su totalidad. Josh desenroscó la tapa para dejar al descubierto una especie de interruptor rojo.

—¿Qué...?

Sonia no pudo terminar. Josh tiró de la pestaña y se apresuró a lanzar el bote al aire, hacia el aparcamiento. En pleno vuelo, el aparato empezó a centellear y a soltar un humo rojo. Jimmy y Sonia comprendieron de qué se trataba: una bengala militar.

—Oh —dijo Sonia.

—Lo verán. Lo verán y comprenderán que hay alguien aquí —dijo Josh—. Esa mujer con el rifle de francotirador lo verá, seguro. No sabemos si esa gente son de los buenos o de los malos, pero por el momento... parece que no son simpatizantes de los vampiros. Y los enemigos de mis enemigos...

—Son mis amigos —terminó Jimmy.

Josh asintió.

—Esperemos —dijo.

—Pero ¿y si no son...?. ¿Y si no son de los buenos? —preguntó Sonia.
Josh se encogió de hombros.

—Entonces... ya está —dijo lúgubre.

«Entonces ya está», pensó Jimmy. Había pensado mucho sobre cómo podía desarrollarse la jornada, y en los varios finales que pudieran ocurrir. Algunos salían bien, sí, y llegaban al sol y lo celebraban con brincos y abrazos. Pero en otros... En otros ocurrían los finales más abruptos y dolorosos que su mente podía imaginar. Finales atroces. Pero nunca pensó que las cosas pudieran ir por aquellos derroteros.

—Lo prefiero —susurró.

—¿Cómo? —preguntó Sonia.

—Que si son de los malos, prefiero morir por una bala que en manos de esos monstruos —explicó Jimmy en voz baja, mirando al suelo—. Seguro que... duele menos.

Sonia, con lágrimas en los ojos, hizo un mohín tranquilizador.

—Sssssh —susurró—. Ssssssh.

El humo empezó a ascender lentamente, tanto que casi dejaron de ver lo que ocurría en el camión.

Sonia miró hacia atrás.

Esperaba verlos venir. A Jared, Laura y Pip. Pero allí, entre la bruma acuosa de las lágrimas, solo estaban los arbustos silenciosos, y nada más.

4

Laura empezó a calmarse un poco cuando los últimos rezagados de la horda pasaron de largo. Estaba sudando, despedía más calor que una estufa de butano, y la mandíbula le temblaba.

—Vale —dijo Pip—. Parece que...

—Están muertos —exclamó Laura de repente, la voz rota—. Ahí abajo. Los otros. Jimmy. Oh, pequeño Jimmy, tan joven... y Sonia... están muertos.

—Oye, no lo sabemos, ¿vale? —dijo Jared.

—¿Has visto la cantidad de esas cosas?

—Que te calles con tu mierda de... «Oooh, el pobre pequeño Jimmy» —dijo con voz de falsete—. No lo sabemos, y punto.

—Eres un...

—Un insensible, un bruto, un cavernícola —respondió Jared—. Lo que

coño sea que te haga feliz, ¿vale? Pero no lloro cuando no toca, ni me adelanto a los acontecimientos, y ahora... Ahora hay que pensar, coño. ¡Y rapidito!

—¿Qué estará pasando ahí abajo? —preguntaba Pip—. Suena como una guerra. Allí hay alguien más luchando. ¿Será el ejército? ¿Será... Jason? A lo mejor lo consiguió..., ¿no crees? A lo mejor... ¡a lo mejor está ahí, esperándonos!

—Claro que sí, hijo. Justo ahí..., de todos los malditos lugares que toca el borde de la puta tormenta, nuestro amigo de Crystal Lake está justo ahí, esperándonos, con una banda de cubanas *sexofonistas* listas para tocar el *We Are Te Champions*. Amigo, deberías haber sido guionista de Hollywood. Te hubieran empapelado el culo con dólares.

Pip pestañeó, confuso.

Otra explosión.

—Vamos —dijo Jared—. No se me ocurre otra cosa, así que vamos.

—¿Estás loco? —protestó Laura—. ¡Aquello es el infierno!

Jared torció el gesto.

—El pobre pequeño Jimmy no se va a salvar solo, cielo. ¡Pooobre pequeño Jimmy! Demuéstralo —dijo enfadado—. ¡Demuestra que te importa! ¡Vamos a salvarlo, coño!

—¡ESTÁN MUERTOS! —gritó Laura de repente, el cuello recorrido por tendones tensos como cuerdas de arpa, roja de rabia—. ¡MUERTOS, MUERTOS, MUERTOS MUERTOSMUERTOSMUERT...!

—¡Laura! —gritaba Pip—. ¡Laura, por el amor de Dios, calla! ¡LAURA!

—...ERTOSMUERTOSMUERTOSMUERTOSMUERTOSMUERT...!

Jared miró alrededor nervioso. Laura estaba gritando, histérica.

—¡LO VI EN SUEÑOS, TODO ESTO LO VI EN SUEÑOS Y ESTÁN MUERTOS, MUERTOS!

Jared pestañeó, como si lo hubieran abofeteado en la cara.

Los sueños.

«Vais a morir todos», había dicho el intruso en su mente.

—Dios mío —susurraba Pip en ese momento. Su voz era apenas audible por debajo de los gritos de Laura.

Jared lo miró.

Miraba al lado contrario, hacia el cementerio.

Y allí, de pie entre las tumbas, descubrieron una sola figura. Un hombre de cabello oscuro con un pantalón con pinzas y una sencilla camisa blanca remangada hasta los codos. Solo un hombre, que miraba en dirección a ellos con

una expresión difícil de leer.

Solo un hombre.

Y aun así, Jared lo supo.

Supo que era uno de los grandes, de los Altos Vampiros.

Lo supo.

Se quedó congelado, inmóvil, con mil pensamientos encontrados evolucionando en su cabeza, chocando como electrones en un experimento de alto nivel en un enclave científico secreto. La mayoría de esas colisiones terminaban en desastre nuclear.

«El puto control mental —pensó Jared—. Va a hurgar en nuestra jodida mente y va a averiguarlo todo. Todo.»

Y como si la conciencia del hecho hubiera abierto una puerta, Jared percibió preguntas rumiando en la trastienda de su mente, como una procesión de encapuchados que husmearan en sus vericuetos mentales. ¿Quiénes sois? ¿Estáis con los otros? ¿Cuántos sois? ¿Adónde vais cuando el sol brilla alto en el cielo? ¿Adónde? ¿Dónde os escondéis? ¿Dónde?

«No —pensó Jared—. No, no, no, no.»

—Nena... Laura, nena..., vamos —dijo nervioso, agachándose para ponerse a la altura de Laura—. Escucha, tienes que... Tenemos que... ¡Eh, oye! Escuchad, os voy a contar un chiste, ¿vale? Un tipo está con un vampiro junto a un río y los dos están... mirando la luna, ¿vale? Y el tipo le dice: «¡Eh, tío! ¿Cómo es que el sol te jode la vida y la luna no si, técnicamente, la luna brilla porque son rayos de sol reflejados?».

Laura lo miró perpleja. Su mirada era la de un animalillo asustado. Pip miraba al vampiro como si estuviera mirando a la muerte, lívido y sudoroso.

—Y el vampiro lo mira —siguió diciendo Jared—, pone los ojos en blanco y le pregunta: «¿Tú te ahogas con un vaso de agua?» El tipo levanta una ceja, así, y le dice: «No, claro que no». Entonces el vampiro lo agarra por el cuello y le hunde la puta cabeza en el agua del río mientras le grita: «¿Lo pillas ahora, cabronazo, lo pillas?».

Y, casualidad o causalidad..., el vampiro sonrió.

5

El sonido de unos vehículos acercándose.

La vibración era tan fuerte que, esta vez, fue Sonia la que se encogió en el suelo, como si quisiera fundirse con él.

Luego, el sonido de unos frenos chirriando cerca de su posición.

Josh se incorporó de inmediato con las manos levantadas.

Vio un par de motos a poca distancia, entre el humo de la bengala y ellos. Unas Yamaha SR400 o 500 que recreaban el estilo de las motocicletas japonesas de los años setenta, con el motor rugiendo. El humo del motor y las ruedas aún flotaba en el aire. Un hombre y una mujer las conducían. Ella llevaba un casco de aviador y un pañuelo azul cubriéndole la boca, y él lo miraba sin soltar las manos del manillar.

—¡VAMOS! —gritó el hombre—. ¡DESE PRISA!

Sonia y Jimmy se incorporaron. El hombre los miró con sorpresa y después giró la cabeza brevemente al otro lado, a la batalla del camión, y volvió a mirarlos.

—¡VENGAN, LOS SACAREMOS DE AQUÍ!

Sonia miró a Josh con una expresión de duda y urgencia.

—Josh —exclamó ronca—. Jared...

—Volveremos a por ellos —dijo Josh—. Te lo prometo...

—Josh, no...

—¡VAMOS, RÁPIDO! —gritó la mujer—. ¡SUBAN A LAS MOTOS!

—¡Vamos! —exclamó Josh.

—No, no puedo...

Josh apretó los dientes. Cogió a Sonia de los hombros.

—Salva al chico, Sonia —le dijo—. Sube a las motos con ellos. Yo me quedo. Los buscaré y los sacaré de aquí.

Sonia lo miraba como si hablara otro idioma, incapaz de reaccionar.

—¡VAMOS, COÑO! —gritó el hombre con urgencia.

—Sonia —exclamó Josh, mirándola a los ojos—. Te lo prometo. ¿Me oyes? Te lo prometo.

En ese momento, Sonia se puso en marcha. Cogió a Jimmy del brazo, salió de los arbustos y corrió hacia las motos. Empujó a Jimmy hacia la moto de la mujer y subió a la que conducía el hombre. Nadie miró a Josh. Aceleraron y se marcharon por la ruta que ellos habían escogido para escabullirse, por detrás de los edificios.

Josh asintió.

Se dio la vuelta, comprobó brevemente su fusil y empezó a avanzar hacia el norte.

El camión ya se retiraba cuando las motos pasaron zumbando a su lado, el motor rugiendo con fuerza. Nadie cubría la huida. El camión alcanzó una buena velocidad enseguida y empezó a avanzar por la carretera con un bramido renqueante, perseguido por los vampiros.

Sonia, sentada en la moto, ya no pensaba en los vampiros. No pensaba en Jimmy. Ni en Jared. Había visto algo, más allá de la recta carretera flanqueada por grandes árboles centenarios: el campo iluminado por el sol.

No hacía tanto que viajaban bajo la tormenta, pero su influjo había sido mayúsculo, sobre todo por los sueños. Más de lo que se había atrevido a aceptar. Ver los árboles encendidos por la luz, verdes, proyectando sombra sobre el suelo anaranjado, el tono maravilloso del cielo azul, ¡azul!, desprovisto de nubes, y la intensidad de la luz, que le llegaba a los ojos y la obligaba a entrecerrarlos, era una experiencia tan gratificante que Sonia, a pesar de todo, sonrió. Sonrió porque el viento le daba en la cara, la moto vibraba debajo de ella, y porque sentía, otra vez, la velocidad en el cuerpo. Miró hacia arriba, ese palio oscuro y terrible de falsas nubes agolpadas, y se preparó para cruzar al otro lado. Contó los segundos... Uno... dos... tres... cuatro...

... siete...

Anticipación.

Intensidad.

Velocidad.

Vértigo.

Se sentía como cuando era niña y estaba a punto de alcanzar el clímax en el columpio. Subiendo, subiendo..., el aire en la cara, el olor a hierro en las manos, el cosquilleo en el estómago... y por fin...

Nada.

El azul.

Era el azul y nada más.

¡Azul!, oh, tan azul que Sonia sintió que estaba admirando la intensa profundidad del espacio, el misterio de la creación. Y vio, aunque no con los ojos, el océano de estrellas, constelaciones, planetas y galaxias que había detrás del efecto óptico de la atmósfera. Y se sintió feliz, feliz y pequeña; y, sobre todo, se sintió

LIBRE.

Miró hacia atrás. La tormenta acababa allí. No había llegado a tratar de imaginar cómo sería desde el otro lado, pero el efecto visual era impresionante. No era una progresión, como cabía esperar, sino un corte limpio, vertical, como

una de esas infografías que a veces uno se encontraba en una revista, o en internet, que explicaban cosas con imágenes vectoriales, flechas y cajas de texto.
LA TORMENTA DESDE DENTRO.

—Dios... —exclamó.

Vio a la mujer en la moto, con Jimmy agarrado a ella. El casco de aviador y la chaqueta sucia y desgastada la hacía parecer un personaje de *Mad Max*, y la moto en sí no le iba a la zaga. Y vio también el camión de basura, aminorando y levantando nubes frágiles de polvo en el asfalto.

La moto redujo la velocidad y viró lentamente hasta detenerse.

—¿Está bien? —le preguntó el hombre.

—¡Sí! —dijo Sonia—. ¡Gracias!

Bajó de la moto. Jimmy se bajaba también, cerca de ella. La mujer le ofreció la palma en alto y él se la chocó con una sonrisa. Ella tenía una sonrisa bonita; tanto que Sonia empezó a relajarse. A lo mejor... A lo mejor sí eran buena gente, después de todo.

Jimmy miraba al cielo como si estuviera lloviendo magia celestial. Sonreía como hacía tiempo que no lo veía sonreír, y su alegría la contagió.

—¡Mira, Sonia! —exclamó abriendo los brazos—. ¡El sol! ¡Es el sol!

Sonia asintió con rapidez, emocionada.

—Sí, Jimmy. El sol... —asintió.

—¡Eh! —dijo el hombre de la moto mientras se bajaba—. ¿Qué hay de ese tipo, el que iba con ustedes?

—Se llama Josh —le explicó Sonia—. Se ha quedado porque... tenemos otros compañeros rezagados.

—¿Hay más gente ahí dentro? —preguntó el hombre, quitándose el casco. Tenía una buena mata de pelo, todo alborotado. Tremoló con la brisa inmediatamente—. ¡Jesús bendito!

Sonia miró hacia el bosque, bajo la tormenta. Había imaginado que vería allí a los vampiros, justo en el linde, maldiciendo y saltando, enardecidos, pero no se veía a nadie. Habían retrocedido.

—No... no nos seguirán hasta aquí, ¿verdad? —le preguntó Sonia al tipo de la moto.

—¿Quiénes? ¿Los vampiros? No, por Dios. El sol los... los mata. Pero eso ya lo sabe, ¿no?

Sonia asintió con una pequeña sonrisa nostálgica. No hacía tanto pensaba que los vampiros eran chorradas de películas, y sabía tanto de ellos como de los orígenes del reguetón. Ambas cosas le interesaban lo mismo: menos que nada.

Los tripulantes del camión habían bajado también. Se estaban abrazando y felicitando unos a otros, y sonreían. Uno de ellos se dejó caer al suelo y enterró la cabeza entre las manos, superado por el exceso de tensión y adrenalina en la sangre. Sonia podía comprender su entusiasmo. Habían luchado como jabatos y utilizado los recursos de que disponían de una manera muy inteligente.

Y había una mujer, por cierto, que era de forma obvia el centro de atención, como si todos buscaran su aprobación o unas palabras de reconocimiento. Ella se movía entre ellos soltando frases como: «¡Buen trabajo, marinero!», «Te has salido con el fuego, tío» o «Has estado genial, Alen», dando palmadas en la espalda o chocando los hombros en un gesto de camaradería que la hizo sonreír. En un momento dado, el conductor del camión se acercó a ella, la abrazó y la besó brevemente. Sonia asintió, sin darse cuenta de que lo hacía. Sí que parecían buena gente.

—No lo hemos pillado —decía ella—, pero hemos llamado bien a la puerta. Apuesto a que le hemos puesto las bolas en la garganta.

Esa mujer, por cierto, empezó entonces a acercarse a ella y a Jimmy. De una manera u otra, no les había quitado el ojo de encima, mirándolos con curiosidad desde que había empezado a felicitar a su equipo, siempre atenta. Era rubia, y tenía unos ojos increíbles, llenos de expresividad.

—¡Hola! —los saludó—. ¿De dónde salís vosotros?

—De... de allí dentro —dijo Sonia—. Una larga historia, supongo.

—Como todas, estos días —respondió la mujer—. Por cierto, me llamo Ginnifer, aunque todos me llaman Ginni, y este tío que me persigue es Nolan. ¡No consigo quitármelo de encima!

Nolan sonrió.

—Estoy enamorado de ella —dijo tendiéndole la mano a Sonia—. ¿Puedes creerlo? Con esa manera que tiene de tratarme.

Sonia sonrió y le estrechó la mano. Se sentía bien, mejor que bien, y no solo por el sol. Ellos le gustaban, ella le gustaba. Tenía, indudablemente, un aura especial. Cualquier agente de policía que trabajase en las calles podría hablar sobre el aura de la gente; era algo que uno aprendía a intuir cuando se enfrentaba a ciertas situaciones.

—Bueno —dijo Ginni, proyectando el brazo hacia atrás como si presentara un gran artista al público en un concurrido teatro—. ¡Bienvenidos a la Rueda!

Capítulo 19

LA MAREA ROJA



1

Las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa llegaron a las costas de Estados Unidos el día de Año Nuevo a la hora calculada: el amanecer. Casi todos los parámetros de la misión se definían alrededor de esa variable: los ciclos de día y noche. El despliegue, movimiento y trabajos de control empezarían siempre al amanecer, para conformar férreos perímetros defensivos con la puesta de sol. El general Vasíliev lo llamó «la táctica de la tortuga», aludiendo a las formaciones defensivas romanas que mencionó por primera vez el historiador griego Polibio en el siglo II antes de Cristo. Al caer la noche, decía siempre, debían ser inexpugnables, herméticos, compactos y estar alerta como un lobo entre cazadores.

Establecidas en 1992 tras la caída de la Unión Soviética, las Fuerzas Armadas de Rusia eran el ejército más poderoso del mundo, sobre todo ahora que el estadounidense había desaparecido; antes de eso, ya eran el ejército más potente de Europa. Más de dos millones y medio de soldados, sin contar las fuerzas especiales. A pesar de su falta de historia, habían participado con éxito en conflictos como el de Transnistria o Abjasia, la guerra civil siria y las dos guerras chechenas, entre otros. Mucho hacía que habían dejado de ser la milicia poco disciplinada que portaba material defectuoso u obsoleto. Solamente en los últimos años, el ejército se había visto reforzado con más de ciento treinta mil millones de euros en alta tecnología militar.

El mundo no había conocido una movilización de fuerzas similar, ni siquiera en los días de la segunda guerra mundial. Las costas meridionales desde Pensacola a Tallahassee, en el estado de Florida, se vieron desbordadas por una marea abrumadora de barcos y aviones de todas las flotas que componían su fuerza naval, con la notable excepción de los submarinos de las series K y B. Solamente la Flota del Pacífico, de las cinco que había, consistía en un crucero, cinco destructores y dos corbetas, la *Sovershenny* y la *Gromky*, ambas de clase Steregushchy.

La moral estaba alta. Los marineros se asomaban por la cubierta y miraban alrededor, enardecidos por la magnitud de lo que veían. Las Brigadas de Asalto 68 y 197, de asalto y defensa costera, se encontraban adelantadas, proporcionando cobertura y viajando entre los destructores para transportar tropas y equipamiento, mientras en la costa se emplazaban las defensas preliminares, atendidas por ingenieros. Barcos, barcas, navíos impresionantes y una nube de aviones que pasaban zumbando por encima de sus cabezas, preparados para hacer sus inspecciones visuales tierra adentro. Un millar de pequeños transportes anfibios evolucionaban por todas partes, cargados con todo tipo de equipo.

Además de ese espectáculo estaba el hecho de que iban a conquistar... América. Por todas partes, en las cantinas, salas de entrenamiento, barracones, salas de máquinas, almacenes, en la cubierta de babor y en la de estribor, se hacían bromas sobre el destino de los lugares más emblemáticos del país. Ahora las películas de Hollywood serían rusas, decían, y el Capitán Rusia sería el nuevo cabeza visible de Los Vengadores. La bebida oficial sería el vodka, por supuesto, no ese brebaje negro con burbujas que sabía a medicina, y Santa Claus podía irse a tomar por culo con su pijama rojo. Estaban hartos del bombardeo publicitario del gordinflón con cara amable: a los nuevos hogares *merirrusos* iría Ded Moroz, con su elegante abrigo azul cubierto de estrellas blancas, y su ayudante, Snegúrochka, la Doncella de Nieve. Algunos se veían viviendo en California, otros en Nueva York, o en el Pacífico oeste. Se les había dicho, de forma no oficial pero sí oficiosa, que a los miembros de la Operación Amanecer se les darían viviendas y propiedades gratuitas. «Habría que darse prisa antes de que los chinos llenen todo el espacio disponible con su capacidad reproductiva de conejos», decía alguien a veces. Pero aunque tuvieran que repartirse el territorio, el continente era enorme. Era enorme y sería rojo, esta vez de verdad.

La primera parte de la operación se denominaba «Cabeza de Playa», y consistía en asegurar una amplia zona para garantizar la seguridad del

desembarco y el despliegue de efectivos. Había que limpiarla y asegurarse de que no quedaba ni un centímetro de suelo sin comprobar. Unidades provistas de lanzallamas registraban todos los edificios siguiendo un meticuloso plan de acción ajustado por un protocolo exhaustivo. La ejecución era de una velocidad pasmosa, y la cantidad de soldados asignados era abrumadoramente grande: cada unidad desplegada en línea de frente estaba vigilada y contaba con la cobertura y la asistencia táctica de al menos cuatro hombres más. Los lanzallamas zumbaban por doquier; toda la ciudad olía a napalm, a queroseno, a fuego y cenizas. Junto a ellos iba otro equipo especial, el RA3, que empleaba gas para despejar ciertos edificios. En algunos sectores complicados, cuando la estructura del edificio hacía difícil garantizar su exploración, se empleaba el grupo SBK, que se servía de perros adiestrados para detectar la pestilencia característica de los vampiros. Eran rápidos, eficaces, corrían por las calles moviendo el rabo, contentos de tener la oportunidad de hacer su trabajo y recibir una recompensa por ello, y se clavaban en el suelo, adoptando una postura específica, cuando detectaban la presencia de los vampiros.

Otra unidad diferente había sido instruida para ampliar la capacidad de la autopista 29, la que emplearían para llegar al punto clave Doma, que significaba «hogar»; un objetivo crítico de la misión. Doma era un enclave estratégico elegido por el alto mando para configurar un centro de mando permanente, concretamente al suroeste de Nashville, Tennessee, en un valle cercano al parque Percy Warner. Eran solamente cuatrocientas cuarenta millas, o setecientos kilómetros, desde la línea de la costa, la mayor parte del tiempo en línea recta por buenas carreteras como la 431, atravesando pocas poblaciones. Estas serían bombardeadas desde el aire para garantizar la ausencia de sorpresas durante el tránsito, ya que la mayoría de los vehículos de ataque, por naturaleza lentos, irían transportados en camiones. Nashville, o mejor dicho, Tennessee, sería el punto cero de las operaciones de limpieza y recuperación del territorio americano, que se extenderían hacia el este y el norte, y luego al oeste, para coincidir en algún momento con la armada china.

Pero antes de que las tropas pudieran marchar hacia el norte, había mucho trabajo que hacer. Parte de los objetivos de la misión de esas unidades especializadas eran demoler o eliminar ciertos edificios cerca del puerto deportivo donde estaban desembarcando hombres y equipo. La zona conocida como Sevilla Square debía ser demolida por completo y en un tiempo récord, antes de que llegara la noche. Sería el impresionante aparcamiento de miles de vehículos militares. Una formidable batería de excavadoras y apisonadoras se

preparaba para retirar los restos y preparar el terreno con diligencia militar.

A veces encontraban vampiros ocultos en los edificios, en los apartamentos cerrados, en los garajes, locales comerciales...; por todas partes. Nadie arriesgaba mucho; habían sido adiestrados para reconocer los indicios. Suciedad. Sangre. Restos humanos o de animales, un característico olor a sala de hospital, medicinas, vendas, o enfermedad; o un deje a ambientador de pino, menta o anís de baja calidad. Cuando se detectaba algo así, las llamas hablaban generosamente. A veces no se podía evitar que se propagasen. No importaba. Si un edificio o una manzana ardía, se dejaba que ardiese.

Otra cosa era la Directiva *Uborka*, palabra rusa que significaba «limpieza». Cada día, dos veces por la mañana y una vez más antes de que se apagaran las luces en los barracones militares, a todos los soldados y oficiales se les recordaba la importancia de la Directiva *Uborka*. El discurso decía: «El enemigo es mentiroso. El enemigo tiene control mental. Se disfraza de cualquier persona, hace creer cosas, dice lo que uno quiere oír. El enemigo te vuelve contra tu hermano. El enemigo hace que tu hermano se vuelva contra ti. Cualquier persona, sin importar si es civil o militar, sexo, edad o condición, es susceptible de ser el enemigo. El enemigo puede poner en peligro la seguridad de toda la unidad, misión o misiones. El enemigo debe ser neutralizado completamente a primera vista, sin preguntas, sin dar tiempo a que pronuncie palabra, por cualquier medio expeditivo que garantice su muerte y completa erradicación». No encontraron supervivientes en Pensacola, pero sí en Avalon Beach, Mulat, Holley, Wynnehaven Beach, Choctaw Beach y muchos otros lugares. Hombres, mujeres y niños. Todos fueron, a pesar de los gritos, las súplicas y la actitud de rendición absoluta, arrasados por las llamas o disparados repetidas veces hasta quedar completa y efectivamente... erradicados.. La Directiva *Uborka* debía ser honrada a toda costa, en todo momento, sin excepciones.

Al mediodía, Pensacola era un infierno de humo y llamas. Transportes pesados comenzaron con la febril actividad de transportar equipo. Camiones, vehículos lanzamisiles, tácticos, de combate, tanques, orugas y semiorugas, divididos por zonas según la división a la que pertenecían. La Primera División de tanques del Distrito Militar Oeste, junto con la Sexta de Armas Combinadas, la Duodécima, la Octava, la Cuarenta y Nueve y la Cincuenta y Ocho, componiendo un caos monumental, una algarabía de ruido de motores, humo, olor a gasolina y marcas de orugas en el asfalto como la ciudad de Pensacola no pensó en conocer jamás.

Más o menos a esa hora se empezó a trabajar en el perímetro de seguridad

para garantizar la integridad de los recursos desplegados. Los ingenieros rusos trabajaron mucho y muy rápido para montar torretas defensivas, centinelas, protecciones, alambradas y barricadas. Helicópteros y aviones de combate asistidos por satélite patrullaban constantemente los alrededores todavía oscuros del gargantuesco campamento, atentos a cualquier movimiento. A las 00.17, un MiG-29 pilotado por un joven ucraniano con poca experiencia en situaciones reales de combate, lanzó un misil tierra-aire Kh-29 de trescientos veinte kilos al recibir una señal en su radar, y erradicó una manada de lobos que se habían acercado a la ciudad atraídos por la oscuridad y el olor a cadáveres. Diseñado para hundir navíos de hasta diez mil toneladas, dejó un cráter enorme que estuvo humeando dos días.

En cuanto a la flota naval china, la Armada del Ejército Popular de Liberación, a menudo llamada CNS (Chinese Navy Ship) por pura economía de lenguaje, se encontraba ya dispuesta en la Costa Oeste. No era ni de lejos tan numerosa como la de la Federación Rusa, pero aun así, la visión de treinta destructores encabezados por el portaaviones *Liaoning* y la flotilla de apoyo, compuesta por casi cincuenta fragatas y más de veinte corbetas, era sin duda espectacular, y se ubicaba a pocas millas de la costa. Casi un centenar de barcos lanzamisiles y tres veces ese número de botes patrulla iban y venían entre los barcos, atentos a cualquier movimiento en tierra.

Los chinos tenían una mentalidad diferente a la rusa. Eran más prudentes. Quizá por sus creencias espirituales o su arraigo a los mitos populares chinos, sentían un profundo respeto por la figura tenebrosa del vampiro, que les infundía un temor atroz. En su folclore se encontraba, entre otros muchos, el *Jiang Shi*, que se correspondía a la vez con un zombi y un vampiro, o «cadáver devuelto a la vida», una criatura bestial que, por mor del *rigor mortis*, avanzaba dando pequeños saltos con los brazos extendidos. El *Jiang Shi* despertaba un profundo temor entre la población china porque cuando muerden a una persona la convierten en otro muerto viviente. El folclore chino se arraigaba en las creencias de su pueblo, no como los monstruos tradicionales de la cultura de Occidente (el hombre lobo, la momia, etcétera), sino que se los temía y hasta veneraba en secreto, con la conciencia de que, de hecho, no podían existir, pero que... podría haberlos. Por ese motivo, el plan chino era bombardear masivamente la costa antes del desembarco, y mientras la Federación Rusa avanzaba, ultimaban los preparativos para proceder a realizar esa operación, prevista para el día D+1 por la mañana.

En cualquier caso, el resultado de las operaciones de desembarco en ese

primer día para la Federación Rusa fue evaluado como excelente, con un recuento de bajas irrisorio dado el alcance y la calidad de los trabajos: cuatro hombres, uno de ellos fallecido por derrame cerebral espontáneo mientras conducía un camión cargado con un tanque T-14 a su emplazamiento, sin relación con los acontecimientos.

Esa noche, los oficiales lo celebraron. Alguien dijo: «Nosotros sí que somos la Marea Roja», y ante eso, todos rieron y aplaudieron. Hubo abrazos, palmadas en la espalda, canciones y besos en los labios a la manera rusa. Camaradería militar.

Al día siguiente... Al día siguiente llegarían al Control de Misión Doma.

2

Esa noche, casi todo el mundo en Sacramento escuchaba la radio. Las noticias sobre París habían eclipsado las que giraban alrededor del imparable avance chino-ruso, pero eran de interés, sin duda. Rachel West sabía que no serían buenas noticias y que traerían pesadumbre y pesimismo a la gente, así que autorizó un gasto extra a las cocinas y se sirvieron patatas calientes, salchichas y café caliente con porciones de pastel de calabaza, manzana y nueces; no casero, claro, industrial, pero pastel al fin y al cabo.

—Vamos —decía alguien—. ¿Puedes echarme más azúcar? Me gusta que haga isla.

—Oye, palurdo —contestaba la cocinera—. No debería ponerte ni la punta de una cucharilla. El azúcar es valioso, ¿vale?

—¡No me jodas, Mary Ann!

—Ni aunque me pagaras te jodería, cielo.

El palurdo sacudió la cabeza y se alejó con su café en la mano, visiblemente enfadado.

Rey miró a West encogiéndose de hombros.

—Te lo dije —exclamó—. Dales un café y se enfadarán porque no les has puesto una galletita.

—Vale —dijo ella—. Ahora déjame escuchar...

—Sí, claro —contestó Rey sorbiendo su propio café—. Perdona.

—«... aprovechar las horas del día para restaurar la normalidad —decía un locutor con una voz apagada y monótona, como si llevara demasiadas horas cubriendo la noticia— antes de que caiga otra vez la noche. Es del todo previsible que la situación vuelva a explotar cuando eso ocurra, dada la

naturaleza del... conflicto, por mucho que el comunicado oficial de la alcaldesa de París, Anne Hidalgo, insista en que no hay razones para pensar que los sucesos ocurridos esta noche en el centro de la capital francesa deban tener relación, necesariamente, con los desastrosos acontecimientos que han convertido a Estados Unidos en el “país del silencio”, como se le ha venido llamando recientemente.»

—¡Y una mierda! —gritó alguien.

A su alrededor, varias personas aplaudieron y otras vitorearon.

—«Mientras se espera que el refuerzo militar llegue, agentes de policía y miembros de las unidades especiales francesas se preparan para acceder a la zona de conflicto a través de varias vías simultáneamente: por un lado por el distrito Quince, al suroeste de la zona centro, y por otro por el distrito Diecinueve, en el extremo opuesto. La alcaldesa espera que sus efectivos puedan reunirse en el centro, efectivamente la zona de La Cité, dividiendo en dos a los violentos que con tanta obstinación se resisten a atender las exigencias de las autoridades. Se les pide, en suma, que desistan en su hostilidad y abandonen el área, poniéndose a disposición de las fuerzas de la ley y el orden. Pero la pregunta que, naturalmente, está en boca de todos es... ¿quiénes son los violentos?»

Rey puso los ojos en blanco.

—¿Qué más necesitan, por el amor de Dios?

West sonrió, pero era una sonrisa abatida y triste.

—«Según diversos testimonios —seguía diciendo la radio—, los violentos son gente de a pie que ayer mismo, antes de la hora del conflicto, realizaba sus compras y atendía sus quehaceres por una de las avenidas más céntricas y concurridas de París, la rue de Rivoli, según ha podido saber esta cadena. Ciudadanos de todo tipo que, por algún motivo, conformaron espontáneamente una revuelta violenta que atacó sistemáticamente viviendas particulares, oficinas y establecimientos. Es reseñable que algunos periódicos franceses de tirada diaria no han visto hoy la luz porque sus oficinas están ubicadas en la zona de conflicto, un hecho insólito que no conoce precedentes... Al parecer, ninguno de los teléfonos de esos establecimientos y oficinas en general, dentro de la zona, responden a las llamadas. Hemos hecho algunas comprobaciones para constatar el hecho en hasta cincuenta de estos lugares, y hemos podido comprobar su veracidad, incluyendo algunos abiertos las veinticuatro horas, como diferentes hoteles, el Ayuntamiento, el café Étienne Marcel o lugares como el Centro Pompidou o las propias oficinas del sistema de metro francés, como la estación

de Les Halles o Temple, Rambuteau y muchas otras. Nadie, e insistimos, nadie, responde a las llamadas. El metro, por cierto, permanece cerrado completamente y permanecerá cerrado hasta el fin de la crisis.

»A pesar de las declaraciones oficiales, la única explicación para este brote espontáneo de violencia, según fuentes consultadas, sería la de la... hipnosis masiva de la población, una característica comprobada de entre las armas de las que disponen los metahumanos que tienen al mundo en jaque. Además, para subrayar este hecho, están los testimonios de decenas, cientos de personas que escaparon ayer por la noche del centro de París y que aseguran haber sido testigos de ataques por parte de... citamos textualmente, “seres monstruosos con garras, bocas desproporcionadas, hileras de dientes que recuerdan a... personajes del mundo de la ficción y del celuloide”. Estos testimonios, recogidos en distintos lugares de París, parecen coincidir completamente con lo ocurrido en realidad durante la noche.

»El presidente de la República Federal Alemana, el señor Frank-Walter Steinmeier, ha exigido al gobierno francés una reacción dura, efectiva e inmediata para controlar la situación, ya que de lo que se haga en las próximas horas dependerá la seguridad no solo de París, sino de toda Francia y del resto de Europa. Steinmeier ha puesto en duda, en un durísimo comunicado, las declaraciones de la alcaldesa al respecto de que no parece que el problema tenga relación con... vampiros, y ha pedido al pueblo francés que exija su dimisión inmediata. Steinmeier ha denunciado, pública, abierta y tajantemente, que la voluntad de la alcaldesa puede estar seriamente comprometida por el control mental del enemigo. En su polémica declaración, ha recomendado que la zona centro de París sea inmediata y contundentemente bombardeada con fuego, como única posibilidad de frenar la propagación del enemigo en el corazón de Europa.

»El comandante de la Policía Nacional, que pertenece a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, ha declarado hace escasos minutos que...

Rachel levantó ambas manos y se apartó del grupo. Rey la siguió, echando una última mirada atrás mientras sorbía su café. Compuso una expresión de disgusto, lanzó el líquido a un lado y guardó el vaso en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Has tenido bastante? —preguntó.

—Es triste —dijo West—. Muy triste. Son rematadamente estúpidos. Ese tipo, Steinmeier, tiene razón. Habría que quemar todos los edificios, echar napalm en las calles.

—Un poco drástico, ¿no? —apuntó Rey.

—Es la única manera de asegurarse. Cuando llegue esta noche, ya no habrá nada que hacer. Ahora son los guardianes quienes protegen a los vampiros y a los infectados, pero esta noche despertarán, todos... y van a extenderse tan rápidamente que ya no habrá vuelta atrás.

—Ya —asintió Rey, lúgubre.

Rachel se dio la vuelta repentinamente para quedar enfrentada a él. El hombre le sacaba una cabeza y media, así que miró hacia abajo con su media sonrisa.

—Rey, esto cambia mucho las cosas —dijo—. Antes... teníamos una cierta esperanza de que... algo pasaría. Que alguien vendría. No sé. Aliados... ¿El Reino Unido? ¿Australia? Creo que Polonia aportó soldados cuando lo de Iraq.

—¿Qué hay de los rusos y los chinos? —preguntó Rey—. Vienen hacia aquí, si no han llegado ya.

West sacudió la cabeza.

—No creo que vengan a ayudar, Rey. Tenemos una situación de gobierno derrocado. Combatirán a los vampiros y reclamarán el suelo y el país, y a nosotros nos tratarán como les dé la gana. Nos moverán a donde quieran movernos con la excusa de garantizar nuestra seguridad. Y será feo.

—¿Y qué quieres hacer?

—Tenemos que constituirnos como gobierno.

Rey se quedó mirándola.

—Vale. Dijimos que lo hablaríamos, pero esperaba que fuese un poco más tarde. Es Año Nuevo, Rachel. Creo que sería bueno que nos concentráramos en organizar algo, para subir la moral después de esos... mensajes de radio.

—Esa es otra cuestión —dijo Rachel—. Tenemos que hablar con Frank. Esa radio... es de onda larga, ¿verdad?

—Ajá.

—¿Podría usarse para emitir?

Rey pensó durante unos instantes.

—Demonios, no lo sé, Rachel. Imagino que sí. Aunque para emitir hará falta una antena. Supongo.

—Seguro que hay antenas por aquí que podamos conectar a la radio. Tenemos que emitir. Necesitamos gente. Está esa cuestión que hemos dejado de lado, la de que parece que aquí tenemos un lugar seguro, sin vampiros.

—Espera... —la interrumpió Rey—. ¿Vas a anunciar eso... por radio? ¿No crees que puede ser peligroso?

—¿Peligroso para quién?

—Para nosotros, Rachel. No sabemos quién podría oír ese mensaje. No sabemos quién llamará a la puerta si decimos que aquí estamos bien... Ahí fuera... es el caos. No hay ejército, ni policías, ni... nada. ¿Sabes quién habrá sobrevivido? Los cabrones, West. La gente dura. Los paramilitares que visten pantalones de camuflaje y tienen un arsenal de rifles en sus garajes. Imagino bandas armadas en Texas, capos de la droga que están acostumbrados a pelear duro.

West lo miró con una ceja levantada.

—¿En serio tienes miedo de eso, Rey?

—Sí, ¿por qué no? Es una realidad plausible.

—Bueno, pues será un riesgo que tendremos que correr. Yo quiero firmar una especie de Nueva Declaración de Independencia de los Nuevos Estados Unidos de América. Una votación popular para erigir un nuevo presidente.

—Madre mía, Rachel.

—Es la única manera de restablecer el orden, Rey, y de impedir que venga cualquiera a reclamar suelo libre, como los rusos o los chinos. Si hacemos eso, estaremos en condiciones de negociar con los grandes. Llegar a acuerdos. Si el Reino Unido nos brinda ayuda, podemos autorizar colonias aquí, en nuestro suelo.

—Piensas a lo grande, ¿eh? Ya te veo hablando por radio con los dirigentes de varios países proponiéndoles ceder parte de Oregón a cambio de una milicia o unos camiones con medicamentos.

—Sí, bueno —dijo Rachel pensativa—. No creas que la cabeza no me da vueltas, pero... puede hacerse.

—¿Crees que el mundo reconocerá nuestro... pequeño gobierno, si hacemos eso? No lo sé, Rachel. Esas cosas son complicadas. Debe de haber requisitos, una lista de requisitos y protocolos más larga que una semana en Nebraska. Habrá que... formularlo de alguna manera específica, ratificarlo, habrá que establecer leyes. Muchas leyes. Y no tenemos ni idea de eso. Demonios, West, el otro día pensaba en la suerte que hemos tenido con el grupo de supervivientes que tenemos. Hay electricistas, médicos, carpinteros, albañiles, un químico, ¿sabes lo útiles que son los químicos? Hasta un herrero. ¿Sabías que Chuck es herrero? Es bastante bueno. Pero no tenemos... abogados, notarios, burócratas. Y me decía: «¡Vaya, qué suerte!». Y ahora me sales con esto...

—Tampoco habrá muchos dirigentes con los que tratar al final de esta semana —soltó West con la mirada perdida, como si no hubiera escuchado lo

que Rey acababa de decir—. Pero el Reino Unido aguantará. Tienen su isla pequeña, y están acostumbrados a luchar. Ingleses, escoceses, galeses e irlandeses están acostumbrados a pelear por lo que es suyo.

—De acuerdo... —dijo Rey pensativo—. ¿Y el resto del mundo?

—No sabemos cómo andan las cosas por ahí abajo, en Latinoamérica. ¿Has oído que digan algo en la radio? Nada. México. Cuba. Colombia... Es como si los hubieran borrado del mapa. Ni una palabra. Imagino que cuando Europa tiene problemas, el resto del mundo... no es tan importante.

—El otro día lo estaba pensando.

—Bueno. Lo que sea. Necesitamos gente, Rey, y la gente nos necesita a nosotros. Cuanta más gente, mejor.

Rey asintió.

—Como si no tuviéramos bastantes problemas —suspiró.

—Puede hacerse.

—Supongo que sí.

—¿Quieres hablar tú con Frank? Sobre la radio.

—Cuenta con ello.

—De acuerdo. Nos vemos luego.

Rey asintió y la vio alejarse con paso decidido.

«La presidenta Rachel West», pensó de repente, y sonrió.

3

—¿En serio habéis pasado días ahí dentro? —estaba preguntando uno de los hombres. Se quitó la gorra de la cabeza y se acarició el cabello grasiento con una expresión de asombro en el rostro. A Jimmy le hacía gracia su acento, de Misuri, probablemente—. ¿Días? ¿De verdad? —Miró a Jimmy como si fuera un marciano y sacudió la cabeza—. Amigo, ¡tienes los cojones más grandes que he visto nunca!

Jimmy sonrió, nervioso. Lo incomodaba que lo adularan por cosas que... no tenían tanta importancia.

—No es... nada —balbuceó—. En serio, no es para tanto.

—Hey, chico —dijo otro hombre—. Me llamo Baltimore. Bueno, no me llamo Baltimore, pero todos me llaman así. Una larga historia...

Jimmy saludó con la mano.

—Jimmy.

—Jimmy. Perfecto. Pues Jimmy, a veces nos hemos metido bajo esa cosa

y... ¡uh, qué mal rollo! Te juro que es como si el hombre de hielo te apretara los huevos durante tanto tiempo que se te congelan hasta las ideas.

—Lo que Baltimore quiere decir es que te cagas de miedo —dijo el otro hombre—. Yo soy Wallace, por cierto.

—¡Hola! —saludó Jimmy sonriendo.

—Sí, pero... O sea, te afecta todo el tiempo, ¿vale? Sin que haya nada que te acojone. Tienes miedo cuando arriesgas la vida, ¿no?, cuando... estás ahí, metiéndote en sitios poco recomendables para rapiñar algo de papeo, o buscando cualquier cosa que haga falta, y ese miedo... ¡es bueno! Es bueno porque te hace estar alerta y te dice: cuidado, tío, porque te va a estallar la mierda en la cara como no pongas atención. Pero ahí dentro... ¡ahí dentro estás jodido todo el tiempo!... Uno se siente mal. Se siente mal por dentro. Tú y la señorita tenéis muchos huevos para haber estado ahí durante... ¡días!

—Sí, bueno —asintió Jimmy—. Ha sido... una experiencia.

Jimmy pensó, sobre todo, en los sueños. Esa había sido la parte más dura.

—¿Tus amigos? —le preguntaba Ginni paralelamente a Sonia, con una expresión de preocupación en el rostro—. ¿Están ahí dentro?

Sonia asintió.

—Jared. Puede ser muy malhablado y es un hombre curioso de tratar, pero es... un buen tipo. Muy buen tipo. Y Laura. Y Josh. Es un soldado americano. Y Pip.

—Pip —repitió Ginni—. Es un nombre curioso.

Sonia volvió a asentir.

—Pero... ¿están bien? —quiso saber Nolan.

—Hasta donde yo sé, sí —respondió Sonia—. Nos separamos para... llevar a cabo un plan para escapar. Luego aparecisteis vosotros y todo se complicó. Pero Josh se quedó con ellos. Es un buen soldado, y Jared... Jared sabe cuidar de sí mismo también.

—Bueno —dijo Nolan.

—¿Tienes alguna manera de comunicarte con ellos? —quiso saber Ginni—. ¿Radio, *walkies* ?

—No...

—Está bien. Tendrán que aguantar, al menos hasta mañana... Hoy no podemos volver a entrar. Con la que hemos liado, todos esos vampiros estarán en alerta.

—Ya lo estaban —intervino Nolan—. Jesús, nos tenían guardada una buena.

—Sí —asintió Ginni.

—¡Jesús! —exclamó Wallace—, pero... ¿cómo demonios conseguisteis sobrevivir ahí dentro? Es... es siempre de noche, ¿no?

—Sí —asintió Jimmy—. Avanzábamos despacio, siempre ocultos. Entre los árboles.

—Joder —soltó otro hombre—. Y nosotros celebrando lo que hemos hecho. Hemos subido un escalón, y esta gente... ha recorrido toda la puta escalera.

—Lo que habéis hecho... —dijo Jimmy de repente—. ¿Qué... estabais intentando conseguir?

Ginni lo miró.

—Eres la persona más joven que he encontrado desde que empezó todo esto —dijo sonriendo—. Pareces un chico espabilado.

Jimmy agachó la cabeza ruborizado.

—Lo es —afirmó Sonia—. Sabe más de vampiros que nadie que haya conocido. Es un genio.

—¡Oh, no lo soy! —protestó Jimmy.

—Bueno, respecto a tu pregunta... —dijo Ginni—. Somos supervivientes nómadas que viven en caravanas y cambian de sitio cuando las cosas se complican. Ponemos las caravanas en círculo, como los *cowboys*, por eso lo llamamos la Rueda. Generalmente, los vampiros no esperan nuestra presencia..., pero cuando hurgas una o dos veces en un mismo lugar, en una tienda, lo que sea, los vampiros acaban por darse cuenta. Son listos. Entonces empiezan a husmear cerca del campamento, se produce un rifirrafe, y a la mañana siguiente arrancamos motores y nos movemos. Ese era, básicamente, nuestro plan, hasta hace poco.

—¿Qué pasó? —quiso saber Jimmy.

Ginni se volvió hacia la masa de nubes oscuras y cimbreadas que evolucionaban arriba, en el cielo, a poca distancia, sobre el bosque que acababan de cruzar. La miró con cierto respeto, como quien valora la capacidad de un adversario poderoso. Mirando también la tormenta, Jimmy pensó que era curioso que no soplara ni un poco de brisa, absolutamente nada, y sin embargo las nubes se movían como si complicados subsistemas de viento las hicieran evolucionar constantemente, de un lado a otro, describiendo tirabuzones y enrevesados bucles. Ahora que estaba fuera y veía el corte casi transversal en su estructura, pensó que... que parecía más magia que otra cosa.

Se estremeció.

—Un día —dijo Ginni—, esa cosa apareció. La llamamos «la tormenta»,

como... por excelencia. Apareció de repente. Una noche no estaba allí y a la mañana siguiente había aparecido, a poca distancia de donde teníamos el campamento. No sé vosotros, pero a pesar de todo... he llegado a cogerle el gusto a contemplarla. Es un... espectáculo fascinante.

—En realidad son buena gente —se apresuró a decir Nolan.

Ginni sonrió y le dio un suave codazo.

—Me interesaba mucho este fenómeno —continuó diciendo Ginni, despacio, sin dejar de mirar las nubes—. Aún me interesa. Lo miro y... estoy segura de que es algo relevante para lo que estamos viviendo, estos días de... guerra extraña. Es algo.

Sonia asintió.

—Además, vimos convoyes. Montones de máquinas pesadas de construcción: excavadoras, grúas, hormigoneras, apisonadoras... Ni siquiera llegamos a saber para qué servían algunas de esas máquinas, pero tenían ese color amarillo o naranja de la construcción que lo hacía inequívoco. Y supe... supimos, que estaban construyendo algo.

Sonia y Jimmy se miraron brevemente. Parecía claro que ellos tenían más información sobre lo que estaba pasando que Ginni y su gente, pero aun sin intercambiar palabra, llegaron a la misma conclusión: habría tiempo después para contarles lo que sabían.

—También nosotros los hemos visto —apuntó Sonia, sin más.

—Sí. Al principio pensamos en irnos..., seguir moviéndonos, como siempre. Huir al este, tal vez, avanzando poco a poco, teniendo mucho cuidado al movernos, como habíamos hecho siempre, hasta llegar a la costa, y allí tratar de conseguir un barco para llegar a Europa. Inglaterra, tal vez, o España. Donde fuera menos aquí. Pero...

—Pero ella no puede elegir el camino fácil —apuntó Nolan.

—¡Cállate! —lo reconvino ella—. No. Esa decisión no me parecía la correcta. Miraba la tormenta y me decía: esa cosa ha salido de alguna parte y ha llegado justo hasta aquí, donde estamos nosotros. Una casualidad, tal vez. Y pensé: ¿y si nosotros... estamos aquí para hacer algo, algo importante? ¿Y si podemos hacer algo?

—Y vaya si hicimos algo.

Ginni asintió.

—Intentamos adentrarnos en la tormenta. Me moría de ganas por saber qué demonios estaban construyendo esos monstruos ahí dentro y, sobre todo, para qué lo querían. Cualquier cosa que ellos quieran es mala para nosotros.

—Exacto —dijo Jimmy. Estaba seguro de que había oído esas mismas palabras antes, aunque no recordaba dónde.

—Pero no pudimos —continuó ella—. Había demasiados vampiros para entonces en todo el linde, como habéis visto. Intentamos algunas tácticas y estratagemas, pero... requerían demasiados recursos, tiempo, riesgo. Perdimos algunos hombres y desistimos. Así que intentamos hacer nuestra parte probando otras cosas. Interceptamos sus caravanas de mercancías y maquinarias.

Sonia abrió muchos los ojos.

—¿En serio? —exclamó con una sonrisa.

—En realidad fue Powder —dijo Ginni—. Bolt Powder. Casi siempre es Powder. Es una especie de... Bueno, Nolan lo llama un OMA.

—OMA —repitió Jimmy pensativo.

—Un acrónimo de *One Man Army*, un ejército de un solo hombre —explicó Nolan—. No sé, lo vi por ahí y me hizo gracia.

—Parece útil —dijo Sonia—. ¿Está aquí?

—No —dijo Ginni—. Está siguiendo una pista. Una pista importante.

Jimmy estaba encajando las piezas en su cabeza. Recordó de pronto las palabras de ¿Nolan?, creía que había sido Nolan, o tal vez Ginni. No recordaba quién pero sí las palabras: «No lo hemos pillado pero hemos llamado bien a la puerta. Apuesto a que le hemos puesto las bolas en la garganta».

Hablaban de alguien. De alguien concreto.

«Intentamos hacer nuestra parte probando otras cosas, interceptando sus caravanas», había dicho la mujer hacía unos instantes.

De repente, llegó a una conclusión y abrió mucho los ojos.

—Lo de hoy... —dijo de repente—. El ataque que habéis desencadenado..., todas esas heces en el suelo..., la horda de vampiros que salió de los edificios, como una...

Ginni desvió la mirada hacia él, intrigada y satisfecha.

—¿Sí? Continúa.

—Como una trampa...

Ginni asintió.

—La esperábamos, pero sí, era una trampa.

—Y las heces —siguió diciendo Jimmy, cada vez más excitado—. Había... Hubo seres humanos allí. Fue... ¡fue cosa vuestra! ¡Los rescatasteis!

—Espera... ¿Qué? ¿En serio hicisteis eso? —exclamó Sonia con una alegría repentina.

Ginni seguía sonriendo.

—El chico es listo de veras —dijo—. Sí. Los rescatamos. Creamos una distracción un poco más allá y nos los llevamos en camiones. Descubrimos una cosa: estos prisioneros eran distintos. En tránsito, es mi teoría... Los habían transportado de todo el país, de ciudades diferentes..., así que no lloraban y pataleaban cuando los alejabas de su zona. Fue un riesgo, desde luego, pero estos días todo es un riesgo. Funcionó.

—Claro —dijo Jimmy—. Te vi con un rifle de francotirador, uno bestial... Pero no disparabas..., solo buscabas... buscabas a...

—Al Vampiro Maestro que los tiene bajo su control —declaró Ginni—. ¡Muy bien visto! Estoy impresionada. Habrías sido un buen detective.

Sonia miró a Jimmy sonriendo.

—Habría sido un placer estar bajo tus órdenes —dijo.

Jimmy se convirtió, todo él, en una sonrisa dulce. Se dijo que eso..., oh, eso le habría gustado mucho. Una escena de un crimen, temprano por la mañana, con la ciudad aún dormida; Sonia acercándose a él y saludándolo con una sonrisa. Él le habría traído café en un vaso de plástico, pero no de Starbucks, sino café negro hecho en casa, obtenido a partir de moler granos a la manera tradicional, con poca leche y una de azúcar. Café caliente y humeante, llenando la mañana de un aroma delicioso. «¿Qué tenemos, agente?», habría dicho él sacando su bloc de notas del bolsillo de la gabardina beis.

Sí, eso le habría gustado mucho más que mucho.

—Supimos que había un Vampiro Maestro por las malas —estaba diciendo Ginni—, cuando nos íbamos con los prisioneros.

—Nosotros los llamamos vacas —dijo Sonia.

—Vacas —repitió Ginni—. Muy gráfico, pero algo desagradable.

—Sí. Lo es.

—¿Qué pasó? —quiso saber Jimmy.

—Ada y Holland cubrían la retaguardia con una ametralladora pesada montada en un semioruga. Debían armar un poco de jaleo durante unos instantes y salir zumbando, y eso era todo. Cuando miré atrás, vi al vampiro de pie, subido en el semioruga, alto y desafiante, con Ada y Holland mirándolo como... como si...

—Como si el vampiro fuera la mismísima Kim Kardashian —intervino Nolan.

Ginni puso los ojos en blanco.

—Algo así. No tuvieron ninguna oportunidad.

—Ya... —dijo Jimmy—. Queréis matarlo para... liberar a las vac... a los

prisioneros.

—Exacto —confirmó Ginni.

—¿Dónde están? ¿Los tenéis? —preguntó el muchacho.

—Los tenemos, claro. Los hemos reunido a todos en un edificio, a bastantes kilómetros de aquí, para que no puedan encontrarlos. Nuestra gente está muy ocupada cuidando de ellos, dándoles de comer, etcétera. La verdad es que es duro, pero...

Sonia, sin embargo, había mudado su expresión.

—¿Lo habéis cazado ya? —preguntó en voz baja—. Al vampiro, ¿lo habéis cazado?

Jimmy ya sabía la respuesta.

—No, claro —explicó Nolan—. Si lo hubiéramos hecho, los prisioneros habrían despertado. La escaramuza de hoy era precisamente para hacerlo salir. Ginni debía cazarlo con el rifle de francotirador, pero ese cabrón... es listo. Nos tenía preparada una bonita trampa. Lo había llenado todo de vampiros escondidos. ¿Cuántos creéis que había? —dijo, volviéndose a los hombres—. ¿Cientos?

—Probablemente —dijo Baltimore.

—Entonces sigue allí —susurró Sonia alicaída.

—Por ahora —dijo Ginni—. Mañana volveremos a dar guerra. Jugamos contra reloj, lamentablemente. La comida se acaba rápidamente. Cuidar de los prisioneros exige un esfuerzo grande. Mañana nos acercaremos desde otro lado para que no sepa por dónde atacaremos. Powder nos dejó unas cuantas estrategias antes de irse. Daremos con él y nos lo cargaremos. Pero... ¿qué ocurre? —preguntó, mirando a Sonia—. Pareces preocupada.

Sonia miraba al suelo con una expresión desolada.

—Pensaba en mis amigos —dijo—. Los vampiros tipo carne de cañón son una cosa, pero si hay un Maestro entre ellos..., no sé. No lo sé.

Jimmy arrugó la frente.

Sonia pensaba en Josh. Josh era un buen soldado y sabía moverse con sigilo, y cuando se trataba de usar su arma, tenía puntería. Si había podido reunirse con ellos, se dijo, los guiaría bien. Lo haría. Los llevaría lejos, entre los árboles, y se ocultarían hasta que las cosas se calmasen. Y pensó que ojalá Jason estuviera aún con ellos. Jason era incluso mejor, o eso le había parecido.

«Estarán bien», se dijo.

Y luego pensó dónde estarían, y qué estarían haciendo.

—Ginni —interrumpió de repente la mujer del casco de aviador—, el día

avanza con rapidez y tenemos muchos kilómetros por delante...

—Sí. Tienes razón, Claire. Será mejor que... nos pongamos en marcha. Venís con nosotros, ¿no? Cuando anochezca, todo esto se llenará de vampiros. Cuando cae la noche, salen de la tormenta y nos buscan, nos buscan desesperadamente. Hay que poner kilómetros de por medio y volver a casa.

Sonia y Jimmy se miraron brevemente.

—Sí, gracias —confirmó Sonia—. Os lo agradecemos.

Ginni se adelantó y le puso una mano en el hombro.

—Mañana —dijo—. Mañana los encontraremos. Seguro.

Sonia asintió con una sonrisa, pero era una a medio gas.

«Jason —pensaba—. ¿Dónde estás?»

4

¡Liz!

Jason se incorporó como un resorte y abrió los ojos, envuelto en un sudor tibio y pegajoso. Descubrir que había estado soñando le produjo un alivio inmediato. Por fortuna, seguía en el edificio redondo, débilmente iluminado por el rescoldo de unas ascuas encendidas.

Liz, que trasteaba agachada con unos fardos, se volvió para mirarlo.

—Hola de nuevo —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

Jason movió la lengua dentro de la boca. Estaba sediento, mucho, pero no se encontraba mal. Algo aturdido, pero no mal, en definitiva.

—Estoy... mejor —respondió.

—De acuerdo —dijo Liz incorporándose—. ¿Tanto como para levantarte e intentar moverte un poco, a ver cómo vas?

—Seguro —asintió Jason—. Dios mío, ¿cuánto tiempo ha pasado esta vez?

—No mucho, no te preocupes —respondió Liz—. Pero... si puedes moverte un poco, deberíamos irnos a otro sitio. He estado pensando, y no creo que sea seguro quedarnos aquí.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Jason, súbitamente preocupado.

—No, no, no, no. Solo he... estado pensando. No hay Netflix por aquí, ni wifi, ¿puedes creerlo? Así que he tenido tiempo de pensar un poco. Y..., bueno, se me ha ocurrido que, si los vampiros están todos conectados, a lo mejor el que matamos pudo enviar una pequeña señal mental a casa de última hora, en plan «Aquí el vampiro catorce mil cuatrocientos, Houston, tenemos un problema con un oso y un par de capullos».

Jason soltó una carcajada, pero la risa le provocó un pinchazo de dolor en la espalda y tuvo que contenerse.

—Vaya —dijo Liz—. Parece que no va muy bien, ¿eh?

—No, no... No estaba... preparado... Déjame que me levante.

Liz extendió una mano hacia él, pero Jason quería comprobar cómo iban las cosas realmente, e hizo caso omiso de ella. Dolía un poco, sí, como si la piel, al tensarse, forzara un poco los puntos. Era lo que Liz había dicho, que le había puesto puntos. Después de pasar cierto umbral, sin embargo, la punzada pareció remitir, y Jason consiguió mover las piernas para ponerse en posición de levantarse. En ese momento se detuvo. Iba a doler, eso seguro... y la pregunta era: ¿sería mejor hacerlo rápido o despacio?

—¿Te ayudo? —preguntó ella.

—No —rehusó Jason, resoplando—, prefiero saber si... puedo hacerlo solo. Gracias.

Liz movió la cabeza afirmativamente.

—Creía que era un momento macho —exclamó burlona.

Jason sonrió.

—Que... te... jodan —soltó, intentando finalmente ponerse en pie.

No fue mal. La espalda protestó brevemente pero, como hacía solo unos instantes, terminó pasando. De pronto estaba sosteniéndose otra vez sobre sus dos pies, moviendo las manos en el aire para ayudarse a mantener el equilibrio.

Liz asintió con una sonrisa.

—Impresionante —exclamó—. ¿Lo sientes todo en su sitio, ahí dentro?

—Parece que todo va bien.

—¿Duele?

—No duele, pero lo noto. Noto algo como... calor.

—Bueno, es normal —dijo Liz—. ¿Qué tal si pruebas a dar unas vueltas por la sala?

—De acuerdo... —susurró Jason.

Dio unos pasos dubitativos. Estaba esperando sentir un desmayo, una repentina debilidad en las piernas, o un latigazo de dolor tan insoportable como inesperado que lo hiciera caer al suelo de nuevo, pero... no ocurrió nada de eso. Cada paso se sentía bien, y el siguiente se sentía aún mejor. La espalda seguía pulsando con un ronroneo suave, sí, como si quisiera recordarle que estaba ahí, pero caminaba, y caminó durante un buen rato hasta que acabó sonriendo.

—Es perfecto —exclamó. Dudó unos instantes y añadió—: Gracias, Liz. Te debo...

—Oh, ni lo menciones —lo interrumpió ella—. Necesito un compañero para el viaje.

Jason asintió, pero una sombra cruzaba su expresión. Se había incorporado, sí, y estaba andando de nuevo, pero... ¿cómo reaccionaría su cuerpo si intentaba actuar en una situación de combate? A menudo eso implicaba correr, agacharse, y si encontraban guardianes tendría que utilizar los puños, o escabullirse sigilosamente para acabar con alguien utilizando los brazos o un cuchillo. Tal y como estaban las cosas, tendría suerte si aguantaba una caminata de una jornada.

—Bueno —susurró—. Ya veremos.

Liz suspiró largamente.

—He estado pensando en lo que nos espera ahí delante —dijo—. Y creo que... nos queda lo peor del viaje.

—Ya me imagino —repuso Jason en voz baja.

Seguía pensando en lo que podría o no podría hacer. Se veía sosteniendo su rifle desde la retaguardia, proporcionando fuego de cobertura, pero en cuanto a lo demás...

—Los vampiros son una cosa —se explicó Liz—. Nos hemos encargado de muchos de ellos, y créeme, antes de encontrarnos me había cargado muchos más. Pero lo que más me preocupa son los otros...

—Los guapos —dijo Jason—. Así los... llamaba alguien del grupo con el que iba.

—Estirados, sí —asintió Liz—. Son sus mejores piezas, las reinas de este complicado ajedrez. No hemos encontrado apenas ninguno hasta ahora, así que... o bien están ahí fuera, en pleno campo de batalla, donde aún hace sol de día, o están más adentro.

—Han movilizado muchísimos hipnotizados —apuntó Jason—. Camiones y camiones. No sé cómo funciona lo que hacen, pero tal vez no pueden hacer sus trucos mentales Jedi en la distancia. Si es así, estarán ahí dentro, donde sea que se originó la tormenta.

—Pienso lo mismo —susurró Liz—. Así que... tenemos un problema, porque son mucho más chungos de lo que había calculado.

Jason miró hacia el techo del edificio. El humo de la fogata que Liz había estado manteniendo había oscurecido la pintura.

—Hoy he soñado con el vampiro que mató el oso —confesó ensimismado.

—Cuéntamelo —dijo Liz de repente.

Jason la miró con curiosidad.

—¿Qué? ¿El sueño? Era una tontería. No era como los otros... Era una...

tontería, gracias a Dios. De hecho, era tan estúpido y repetitivo que la pesadilla era precisamente no poder despertar, como si estuviera atrapado en un bucle.

—Cuéntamelo —insistió Liz.

Jason se encogió de hombros.

—¡Como quieras! —accedió—. Es estúpido, ¿vale? Estaba mirando algo en el televisor, uno antiguo y pequeño, de catorce pulgadas, con tubo. La pantalla iluminada era todo lo que se veía, emplazada a cierta distancia. No creo que hubiese nada en la pantalla, solo recuerdo una luminosidad muy intensa y... nieve, quizá, como en los televisores antiguos. Estática. Los televisores modernos ya no la tienen. Pues de repente, una mano de vampiro aparecía desde detrás del aparato y lo apagaba. ¡Pum! Qué tontería, ¿verdad? Yo estaba sentado en el sofá, en un lugar en el que no había nada más que oscuridad alrededor, por cierto: el sofá, la tele y el suelo, que era rojo, un rojo intenso. Así que, cuando la tele se apagaba, reinaba una oscuridad tan enorme que me daba prisa por volver a encender el aparato..., mucha, mucha prisa, porque no quería estar allí en la oscuridad. Sentía que si pasaba mucho tiempo en la oscuridad, ¿sabes?, el vampiro vendría a por mí.

—Entiendo —dijo Liz pensativa.

—Bueno, pues... eso era todo —concluyó Jason—. Eso ocurría una vez, y otra, y otra vez más, sin que tuviera la oportunidad de cambiar nada. Tenía miedo de levantarme, porque a mi alrededor todo era oscuridad, y tenía miedo cuando la mano del vampiro apagaba el televisor. Era casi como esos gatos chinos dorados que mueven la pata sin parar, ¿sabes?

—Sí —asintió Liz pensativa—. Qué sueño tan curioso. Es tan estúpido que... realmente... realmente... debe de significar algo.

—Oh, qué va —repuso Jason—. Solo es... un sueño tonto.

—¿Sabes algo de interpretación de sueños?

—¿Qué? No. No sé ni media palabra —respondió mirándola con suspicacia—. ¿Por qué este interés, Liz? ¿Estar aquí sola te ha hecho cambiar tu opinión sobre las cosas?

—¿Qué quieres decir?

Jason sacudió la cabeza. No había dejado de moverse hacia delante y hacia atrás para probar la espalda, pero esta estaba comportándose tan bien que había llegado a olvidar el hecho de que la ponía a prueba.

—Bueno, cuando te conté lo del oso... no parecías prestar atención a esas cosas.

—Oh, pero esto es diferente —afirmó Liz—. ¡Lo es! Mira... No... no

puedo explicártelo del todo porque tampoco lo... entiendo muy bien. Es una cosa más de sensaciones. Pero... la naturaleza de los sueños tiene que ver con la psique, con la mente, ¿cierto? Y dime, por lo que me contaste de tus amigos y su experiencia mientras estuvieron hipnotizados, ¿cuál es el gran poder del vampiro?

—El control de la mente —respondió Jason.

—Exacto. Si estamos aquí, bajo su... su techo, en su casa, ¿no crees que quizá los sueños... puedan permearse un poco de lo que ocurre en su colmena?

—No lo sé, Liz —respondió.

—Yo he tenido sueños estos últimos días —explicó ella—. Sueños especiales. Al principio, cuando la tormenta llegó, eran pesadillas al uso. Soñaba con mi casa, con vampiros escondidos bajo mi cama o en el rellano, soñaba que el tipo superinteresante con el que hablaba en el bar resultaba ser luego uno de esos monstruos con un ariete en la entrepierna.

—Jesús, Liz —exclamó Jason.

—Pero eran pesadillas. Yo lo sabía, y por eso cuando me preguntabas evitaba el tema. Nunca me ha gustado hablar de más.

—Desde luego.

—Pero... estos últimos días he notado un cambio. Los sueños son distintos. Ya no son pesadillas tradicionales, como te ha pasado a ti...

—Liz, he soñado con un televisor... Un puñetero televisor.

—¿Y qué? —replicó Liz—. ¿Crees que es una tontería? Son simbolismos, Jas. Símbolos que tu mente fabrica mientras escarba en el barro repugnante que es la mente colmena de los vampiros. ¡Son símbolos! Lo que tenemos que preguntarnos es... ¿en qué andaba preocupada tu mente?, ¿qué pensabas mientras soñabas para que tu cerebro construyera esas imágenes? Si andabas preguntándote algo y tu mente captó la respuesta de la colmena de los vampiros, tu mente lo ha devuelto como un enigma visual. Un puzle. Una interpretación de la respuesta.

Jason abrió mucho los ojos.

—Joder —dijo—. No tengo ni puta idea, Liz. En serio.

—¿En qué pensabas? —insistió ella.

—Te juro que no lo sé —soltó Jason alterado—. ¡En muchas cosas! En mis amigos, en si estarán bien o no. En mi amigo Patch, de Utah. En mi hermano, que vive en Albuquerque. Hace cuatro años que no lo veo, ¿sabes? Siempre... siempre ha pasado bastante de mí. Pensaba en la gente que he ido perdiendo por el camino. En el general Wein, que no ha vuelto a llamar; en Europa y el resto

del mundo... ¿Cómo irán las cosas por ahí, en Alemania, en el Ártico, en Madagascar? Pensaba en la tormenta, en si crecerá o si está creciendo ahora mientras hablamos. No lo sé, Liz; pensaba en los vampiros, en el camino que tenemos todavía por delante y en si toda esta putada valdrá para algo o le servirá a alguien. ¿Acaso queda alguien? Por lo que sé, mi amigo el general podría haber muerto. En todo eso pienso.

Liz suspiró.

—Está bien —susurró—. Está muy bien, Jas. Lo siento.

Jason sacudió la cabeza, incómodo.

—Tranquila, no pasa nada —dijo—. Es solo que... No sé.

—Ya —dijo ella.

Jason pasaba las imágenes del sueño por su mente como una vieja cinta de Super-8, sin sonido, con fallos y ligeros cortes. El runrún de la cinta sonando en su bobina. El olor a bombilla barata calentándose en su caja de plástico. La estúpida mano del vampiro moviéndose como si le hubieran dado cuerda, repitiendo su movimiento una y otra vez. Y otra. Y otra vez.

Jason sacudió la cabeza.

—Al menos no ponían nada terrorífico en la tele —exclamó.

—Algo como... ¿un vampiro?

—Dios. Estoy tan harto de... vampiros.

—Un estirado en la tele —dijo Liz.

—Un...

Jason visualizó la cara de un vampiro en la televisión, diciendo...

Diciendo...

«Mírame.»

Era lo que el vampiro le había dicho a Liz cuando la hipnotizó. «Mírame.»

«Mírame en la tele, Jason. Mírame. Ámame.»

Inclinó la cabeza, pensativo.

—Mírame —susurró.

—¿Cómo?

—Mírame... Es lo que dijo el vampiro antes de hipnotizarte. ¿Lo recuerdas?

—Más o menos —exclamó Liz, algo desorientada.

—¿Crees que... un estirado podría... hipnotizar gente desde la tele?

Liz se cruzó de brazos.

—Vaya. Pues... No, creo que no. Estoy bastante segura de que no podría.

—¿Por la distancia?

—Por la distancia, tal vez. Y también porque... porque son listos, Jas. Si pudieran hacer eso habrían buscado la manera de emitir un programa muy especial en *prime time*.

Jason levantó un dedo en el aire.

—Exacto —dijo—. No pueden. No pueden, ¿verdad?

—Pues... no... ¿Quieres llegar a alguna parte?

Jason empezó a sonreír.

—A lo mejor tienes razón, Liz. A lo mejor los sueños..., bueno, son símbolos. Ideas. ¡Conceptos! Tú lo has dicho. Cosas que la mente maneja, conclusiones a las que se llega en... punto muerto, como... ¡como un coche que baja por una colina! Puedes mirar alrededor y tratar de ver el paisaje, pero tienes que estar muy despierto, o te lo pierdes.

—Vale, lo pillo —dijo Liz—. Pero sigue, por favor. Me tienes en ascuas.

—¿No lo ves? —continuó Jason, entusiasmado—. Los estirados nos tienen en jaque porque cuando te plantas delante de ellos, ¡pum!, te hipnotizan. No hay opción. Tienes que estar listo para alcanzarlo con una bala en la nuca o no lo cuentas. Y lo hacen con los ojos... Como dijo el vampiro: «Mírame». Si no lo miras, no hay truco.

—De acuerdo —asintió Liz despacio—. Pero... ¿qué quieres que hagamos? ¿Nos ponemos una venda en los ojos? ¿Lo atacamos de...?

Enmudeció. De repente, acababa de comprender por dónde iba Jason.

Una sonrisa iluminó su rostro.

—Lo... atacamos con... una cámara, ¿no? Algo así. ¡Sí! Claro... Si miramos la imagen a través de una cámara, podremos verlo a él y su truco no funcionará... No lo hará, ¿verdad?

—Bueno, no lo sé... —dijo Jason excitado. Se había olvidado de la herida en la espalda—. A lo mejor... O sea, ¿cómo irá eso? Quizá al codificarse digitalmente, la capacidad de hipnosis se pierde, de alguna manera. ¿Tiene sentido?

—Jas, no sé cómo funciona lo del hipnotismo. Ni siquiera sé cómo funciona una imagen digital...

—Claro, claro... —murmuraba Jason, tan enredado en sus reflexiones que casi ni oyó lo que Liz decía—. Un proceso intermedio. Una imagen con compresión JPG en la que la información se compone a base de patrones de píxeles, bloques. Y la información de la hipnosis deja de funcionar.

—Bueno, pero... No sé. ¿A nadie se le ha ocurrido antes? ¿No crees que... alguien lo habría probado, o se habría dado cuenta?

—En serio, Liz, ¿quién narices crees que se ha puesto a hacerse un selfi con un Vampiro Maestro?

—De acuerdo —admitió Liz.

—Necesitaríamos... algo que codifique la imagen y nos la devuelva. Como... ¡como unas gafas de visión nocturna! ¡Eso es! Algo que procese la imagen. No unas gafas cualquiera, como unas Gearmax o esas mierdas con lentes tintadas que puedes comprar por ocho pavos en Aliexpress. Tampoco sirven las que estén basadas en ópticas y tubos intensificadores de imagen, eso es... es obvio, ¿no?

Liz asintió divertida.

—Completamente obvio —mintió mientras sonreía.

—Para que funcione necesitamos... que la imagen se procese. Que la procese un procesador y la devuelva digitalizada. En el ejército teníamos las Leonardo DRS, o las BAE, con ajustes térmicos. Apuesto a que con algo así, ninguna mirada de vampiro podría convencerte siquiera de orinar en la taza del retrete si no te da la gana.

—Te vuelves ingenioso cuando te excitas —dijo Liz sonriendo.

—No creo que podamos encontrar equipamiento militar de ese tipo —siguió diciendo Jason con una mano en la barbilla, como si no la hubiera oído, otra vez—, pero hay..., bueno, en las armerías hay todo tipo de monoculares por infrarrojos, como las Bushnell Equinox o esas otras... ¿cómo se llamaban? Las Bresser. La gente las usa para la caza nocturna. Las Yukon tienen sujeción para cabeza. Hasta podríamos encontrarlas en una tienda de equipamiento para... juegos de espías, detectives, seguridad.

Jason hablaba con rapidez, dando paseos por la habitación. Liz lo seguía con la mirada, intentando no reír. No quería que su risa se malentendiese. A decir verdad, estaba disfrutando. Le gustaba verlo así, concentrado, lleno de ilusión, con un plan en la cabeza, despierto y activo otra vez. Liz ni siquiera creía que todo ese asunto de las gafas de visión nocturna, térmica o lo que fuera fuese a funcionar, pero sí que sabía una cosa: que Jason caminaría con más ganas y trabajaría mejor con un objetivo a corto plazo, con un destello de esperanza, una... pequeña probabilidad de afrontar lo que se habían propuesto. Y eso...

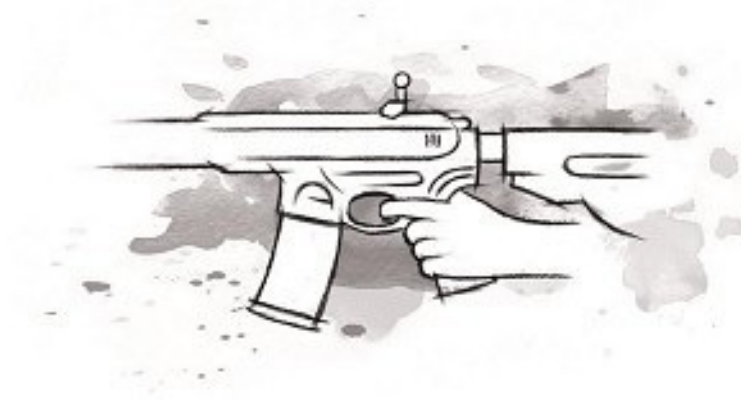
Eso era mucho.

Jason siguió parlotando sobre modelos de dispositivos de visión nocturna todavía un buen rato, y Liz disfrutó cada segundo.

A última hora del atardecer de ese día, Elexia abandonó Villa Vanidad por primera vez en bastante tiempo. Había cosas de las que merecía la pena ocuparse en persona, y había cosas...¡cosas! de las que sería un placer ocuparse en persona.

Capítulo 20

OTNE MARCAS



1

Cuando Wein entró en la sala, esperaba encontrar a las mismas figuras sombrías de la otra vez. Abogados silenciosos, consultores, quizá. Sin embargo, en esa ocasión solo estaba Goodman. Goodman sentado en el asiento presidencial, a la cabecera de la mesa. No sabía cómo se apellidaba en realidad, pero para él era Goodman, porque era idéntico al actor John Goodman. En la otra reunión, alguien al otro lado de la línea lo había llamado Sam, pero era demasiado bueno, irónico o sarcástico para que fuera su nombre verdadero. El Tío Sam. Claro que sí.

Mientras caminaba hacia su asiento, Wein pensó brevemente que el actor estuvo increíble en su interpretación en *El gran Lebowski*. Una fantástica película. Ya no se harían más.

—Buenos días, señor Wein —lo saludó Goodman.

Wein respondió al saludo y tomó asiento.

—Ya me han dicho que sus esfuerzos por hablar con personalidades y cargos de relevancia en Europa y el resto del mundo han sido... infructuosos.

Wein sonrió brevemente.

Infructuoso era un eufemismo de «fracaso total». Alguien de otros ambientes lo hubiera llamado «gran cagada», y en otras circunstancias, algunos incluso se habrían reído. Descojonado, sería una palabra más realista. Wein llegó a reírse, un poco, en su habitación en el refugio que la gente del señor Marrón le

había proporcionado. Una risa nerviosa, claro, fruto del estrés y la impotencia. Estaba confinado allí, al este de Canadá, así que había tenido que recurrir al teléfono para intentar hablar con alguien que lo escuchara. Quizá, de haber podido llevar a cabo las charlas en persona, hubiera tenido una oportunidad; Wein tenía un buen porte militar y un don de gentes natural que inspiraba confianza. Pero al teléfono...

Había intentado comunicar con el Bundesnachrichtendienst , el Servicio Federal de Inteligencia alemán, con el MI6, la agencia de inteligencia exterior del Reino Unido, e incluso con el Joint Intelligence Committee. Había estado a punto de hablar con el Secretario General de la ONU, pero no pudo pasar los últimos filtros. Había hablado con la gendarmería francesa y con el Ministerio de Defensa francés, y con catorce organismos e instituciones más. Lo mejor que había obtenido era una charla condescendiente que denotaba aburrimiento por parte de su interlocutor, y mensajes como «Gracias, lo investigaremos», pero nadie le había creído, o había querido creerle. Nadie. Cuando habló con una embajada americana en el extranjero y una voz burlona y divertida (después de escucharlo atentamente) le susurró: «Déjelo ya, señor Wein. Disfrute lo que le queda» y luego colgó, se rindió.

Se sentía como un chaval con un puesto de limonada intentando competir financieramente contra Walmart.

—Ya ve, señor Wein —siguió diciendo Goodman—. No hace tanto parecía que teníamos todavía algunas posibilidades, pero ahora... Rusia y China están invadiendo nuestro país. Y no me entienda mal..., me parece estupendo, ¿sabe? A nosotros nos dan igual unos que otros. —Miró brevemente alrededor, a las sillas vacías, y compuso una expresión afectada—. A mí me dan igual unos que otros. En fin. Ojalá lo hubieran hecho antes, pero ahora... Europa está condenada. Se ha enterado, ¿no?

—Me he enterado de que en París hay un problema —dijo Wein.

—No —replicó Goodman tajante—. Un problema es una hernia inguinal, señor Wein. Una protrusión de parte del intestino que produce protuberancias indoloras en la ingle y en los huevos. Eso... es un problema. Lo que ocurre en París es un cáncer terminal.

—Entiendo...

—Es el principio del fin. De la observación de las eternas discusiones entre los aparatos de control y poder, su burocracia y su desdén hacia la realidad del problema, se deduce una sola cosa: que el enemigo ha copado ya las cúpulas y se ha meado sobre todos los paneles de control. Cortocircuito sintomático. El

mundo pierde.

Wein asintió, lúgubre.

—En fin. Quería reunirme con usted una última vez, porque... bueno, me han conmovido un poco sus fútiles intentos de arreglar las cosas. Ojalá hubiéramos contado con más gente como usted. Y en honor a la verdad, quería hablar con usted porque... no queda ya mucha gente con la que hablar, en realidad. Es curioso. Me he pasado toda mi vida hablando. Es lo que hago. Hablar, hablar y hablar. Le aseguro que jamás he rellenado un simple formulario, y no me hable de... ordenadores. No sabría ni encender uno. —Sacó un móvil del bolsillo de su impecable traje y lo tiró sobre la mesa—. Esto ha sido siempre mi oficina. La sala de control del mundo. Un aparato maléfico, ¿no cree, señor Wein?

—Es solo un aparato —respondió Wein—. El uso que se le da es lo que lo hace una buena o una mala herramienta.

Goodman sonrió.

—Bien dicho —exclamó, extendiendo un dedo hacia él—. Tiene razón, sin duda. En fin. Esto que va a escuchar ahora no lo ha oído nadie nunca antes de mis labios, y créame, hubo quien hubiera pagado escandalosas cantidades de dinero por oír algo así de mí. Así que... ¿hay algo que quiera saber de cómo han marchado las cosas desde que hablamos la última vez? Se lo diré todo. ¿Siente curiosidad o, como yo, ya ha comprendido que todo ha acabado?

Wein pensó durante un par de segundos.

—Los puntos donde están enterrados los nueve vampiros originales... ¿qué pasó con aquello?

Goodman asintió.

—Movimos muchos hilos para enviar operativos a algunos de esos puntos. Al primero llegamos tarde. La Chapelle-Bertin, una pequeñísima comuna francesa situada en la región de Auvernia, al sureste de París. Sospecho que fue la causante de lo que está ocurriendo en ese hermoso país.

—El... el vampiro... ¿despertó?

—Eso parece, señor Wein. La estructura había sido desenterrada y su contenido había desaparecido. No pudimos averiguar dónde se lo habían llevado, y eso es... fue bastante frustrante. Antes de que pasara todo esto podíamos averiguar de qué color era la ropa interior que llevaba puesta el presidente Xi Jinping en menos de un minuto, y no exagero. La región estaba, además, ocupada por soldados de élite, comandos especializados, de todo. Nuestro comando nunca volvió a casa.

—El tercer Gran Vampiro despierto... en Europa —exclamó Wein con un desfallecimiento.

—Así es. Otro de los puntos estaba en Chapecó, bueno, cerca de Chapecó, en Santa Catarina, Brasil. ¿Ha estado allí alguna vez?

Wein negó con la cabeza.

—No se ha oído hablar mucho de cómo están las cosas allí, ¿no es así? Los medios son siempre los medios, caramba, siempre sesgando, dando información parcial. En fin, imagino que está todo el mundo concentrado en hablar de Norteamérica.

»Allí está todo colapsado, señor Wein; el día a día es una dualidad día-noche que muestra dos facciones de un mundo terrorífico. El atardecer lo transforma todo. De noche, los vampiros salen y buscan, acechan, diezman la población. De día, bandas armadas siembran el caos y luchan por la hegemonía, se matan entre sí, pelean por los recursos. Pero solo por las migajas, cosa de pura subsistencia, porque el Primer Comando de la Capital, el PCC, lo controla casi todo. La comida se almacena, se atesora, cambia de manos a base de disparos de Uzi. A veces, un almacén lleno de comida se echa a perder porque unos niñatos pasan en una moto lanzando molotovs. Las mujeres son violadas sistemáticamente, ya ni siquiera pueden ofrecer sus cuerpos para conseguir agua o medicamentos porque un hombre puede disponer de ellas cuando quiera. También los niños, señor Wein.

—Dios mío —susurró este.

—En medio de ese caos terrible, en pleno centro de Chapecó, en plena avenida de Deodoro da Fonseca, debajo de unos bloques de pisos de once plantas, una gasolinera y una iglesia, la... lo siento, tengo el portugués un poco oxidado... la Igreja do Evangelho Quadrangular, se halla su estructura. Quién sabe desde cuándo. Un enviado especial pudo hacer un escáner del suelo y enviar la confirmación momentos antes de ser asesinado por unos chavales que querían su aparato de mediciones. Es gracioso, ¿verdad? Gente que ha estado durmiendo allí, llenando sus depósitos, rezando... sin saber que debajo de ellos dormía un ser tan potencialmente peligroso y terrible.

—No diría que es precisamente gracioso, pero le entiendo.

—Sí. En suma, como he dicho, ningún vampiro se acerca a esa zona, así que esas bandas armadas, y el PCC en concreto, se concentran allí. ¿Conoce la cultura brasileña, su manera de pensar, sus... cosas?

—Un poco.

—Su nivel de cultura es a veces curioso. Naturalmente, en el epicentro de

ese punto seguro se asientan chamanes que tienen hogueras ardiendo constantemente. Aseguran que con sus ritos mantienen a raya a los vampiros, y son constantemente divinizados y honrados, y se les suministran alimentos, atenciones, droga y sexo en cantidades mayores de las que pueden consumir. También es una zona de alta concentración de gente armada. Así que... ni siquiera en nuestros buenos tiempos habríamos podido montar una operación para excavar en plena ciudad, derribar edificios y todo lo demás.

—Al menos sigue allí enterrado.

—Hasta que a los vampiros les dé la gana, créame.

—Es posible —dijo Wein.

—En fin. Permítame que continúe. Otro punto está en... ¡sorpresa! El monte Kanchenjunga. Es un nombre divertido. Lo divertido..., el auténtico chiste, es que es la tercera montaña más alta del mundo. Casi nueve mil metros, señor Wein. La más alta de la India y la segunda más alta del Nepal. ¿Sabe lo que significa su nombre? «Los cinco tesoros de las nieves». Se dice que se refiere a los cinco picos de la montaña, pero le juro que mirando las imágenes solo veo cuatro. Quizá el quinto sea nuestro amigo el vampiro. En fin. No hay problemas de vampiros en la India por el momento, gracias a Dios, pero la altura... la altura es un enorme y gran problema. Llevar allí material para excavar en la durísima roca madre es un despropósito completo. Casi nueve mil metros, señor Wein. Sería como construir un McDonald's en lo alto del Everest, ¿se imagina? Y no solo hay que tener en cuenta la falta de oxígeno. Ese monte en concreto no es muy frecuentado por los alpinistas por su remota ubicación en Nepal y el difícil acceso desde la India. Y la durísima roca madre de la que se compone... Tenemos un informe geológico. Créame, es más dura que el corazón de la madrastra de Blancanieves. Ni los enanos de Tolkien habrían podido desgajar un solo guijarro.

Wein abrió mucho los ojos. Había tenido el mapa con los nueve puntos en la mano, pero no había llegado a calcular la posición geográfica exacta. La India, sí, pero el lugar exacto... el lugar exacto planteaba preguntas.

—Supongo que este conocimiento —siguió diciendo Goodman como si leyera su mente como un vampiro de alto rango— le plantea preguntas lógicas, las mismas que nos hicimos nosotros cuando recabamos esta información. Si esas estructuras fueron enterradas en la Antigüedad..., ¿quién demonios subió allí a excavar la puñetera tumba del vampiro? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Sí... —susurró Wein—. Exacto.

Goodman se encogió de hombros.

—Imagino que nunca lo sabremos. Yo por lo menos, no. Me marchó, señor Wein, emprendo un viaje hacia un lugar seguro.

—Me alegro por usted.

—Pero es bonito teorizar sobre estas cosas, ¿no cree? No soy hombre que guste de hacer juegos intelectuales sobre cosas que no pueden concretarse, el mundo ya es bastante complicado y entretenido; demasiadas variables, permutaciones, como para añadir más consideraciones. Se podría argumentar que el hombre es un ser maravilloso de una alta adaptabilidad. Se habla mucho de alpinistas que hacen cumbre en los montes más altos del mundo, pero lo gracioso es que son asistidos por lugareños que les llevan los bultos más pesados y suben y bajan como si pasearan por Wall Street para comprar una salchicha. Adaptabilidad. Gente que se ha criado allí y están acostumbrados a la presión atmosférica, a la altura, a todo lo demás.

—Sí —asintió Wein.

—O podríamos jugar con otros conceptos. Cosas como... platillos voladores... ¿Le gusta explorar, teóricamente, esas ideas?

—No he tenido mucha oportunidad, la verdad —respondió Wein en voz baja.

—Vamos..., deme el gusto, aquí, al final de las cosas. Usted es o fue general del Ejército de los Estados Unidos de América. Sin duda sabe cosas.

Wein se encogió de hombros.

—Algunas —admitió.

Goodman asintió, sonriendo.

—Está bien. Le honra su devoción por entidades que ya no existen. Pero cuando uno da su palabra de no tocar ciertos temas, esa palabra no expira nunca, ¿cierto?

—Cierto —afirmó Wein.

—Hubiera sido un buen fichaje para nuestra pequeña organización —dijo Goodman—. Nos gusta la gente discreta y que honra la palabra dada. Pero aquellos días... fueron un gran momento para nuestra civilización. Un buen empujón. Cuando aprendimos sobre lo que pasó, creamos tres compañías que invirtieron en microprocesadores. Intel, claro. Se ganó mucho dinero. Y todo vino de una sola puerta, ¿verdad?

—Sí —asintió Wein, prudente.

—Sí. En fin, sigamos con la historia. El quinto punto estaba fuera de toda cuestión, pero por lo que acabamos de hablar, es tal vez el más interesante.

—¿El del océano? —preguntó Wein.

—El del océano. La fosa de Tonga, señor Wein, la segunda fosa más profunda del mundo. Está situada al norte de la isla Norte de Nueva Zelanda, en el Pacífico, y tiene una profundidad de diez mil ochocientos metros.

—¿Está... está justo al fondo? —preguntó Wein asombrado.

—Más allá del Horizon Deep. Enviamos una expedición solo para comprobarlo. Esta fue sin duda la expedición más sencilla de todas: un buque y algo de tripulación. Son cosas que el buen dinero puede todavía puede comprar. Es curioso porque el movimiento tectónico es el mayor del mundo, casi veinticuatro centímetros al año, debido a la colisión de placas que se encuentran justo allí.

Wein se pasó la mano por la cara.

—Esto presenta muchos aspectos que hay que considerar —continuó Goodman—. Para empezar, uno diría que su estructura debió de quedar pulverizada tras todos estos..., no sé..., milenios, decenas de milenios, lo que sea. Hay terremotos contundentes muchas veces al año, a veces tan fuertes que producen tsunamis en la superficie. ¿Imagina la presión a la que su... cosa de obsidiana, o lo que sea, debe de verse sometida?

—Me lo imagino —dijo Wein—. A lo mejor ha quedado pulverizada, a estas alturas. Quizá ya no existe.

—Me temo que el escáner detectó su pequeña jaula de vampiros con una precisión inequívoca. Sigue allí, y por lo que se ve, no está fragmentada. Y aún hay algo todavía más raro: no se ha movido un ápice. Está en lo más profundo de la fosa, como si... acabaran de tirarla justo desde la superficie y hubiera caído a plomo hasta el fondo.

—Quizá lo hicieran así...

—Esa es la segunda cuestión. El segundo aspecto que hay que considerar. Hablábamos de adaptabilidad, pero dígame, ¿qué hombre de la antigüedad pudo haber descendido allí a enterrar esa cosa? No ha sido hasta hace relativamente poco tiempo que hemos conseguido la tecnología para soportar esas presiones. Esos lugares... eran lugares vetados hasta hace nada.

—Lo que he dicho, quizá lo dejaron caer desde la superficie. Luego, cualquiera de esos terremotos pudo haberla sepultado con tierra y rocas.

Goodman sonrió brevemente.

—Arrojada desde la superficie, en mitad del Pacífico, en la Antigüedad —dijo despacio—. Nueva Zelanda. ¿Sabe?, la historia de Nueva Zelanda es curiosa. Fue descubierta por los polinesios hace solo setecientos años. Setecientos años. No fue hasta mil seiscientos que un marinero holandés exploró

la costa, y no llegó a desembarcar. De ahí viene el nombre, por cierto. Zeeland: «Tierra en el mar».

Wein se pasó ambas manos por la cara, esta vez.

—Curioso, ¿verdad? Eso por no mencionar lo que pesa su condenada estructura. Tuvimos acceso a informes de la primera excavación. La Operación Medusa, excavaciones en Iraq, hace años. Solo el féretro pesaba varias toneladas. Tuvieron que sacarlo construyendo rieles, como un carrito de mina, rieles de titanio para que soportara el peso. Y, por cierto, tuvieron que volar la entrada con explosivos para sacarlo, así que... tal vez construyeran la estructura alrededor del féretro en lugar de meterlo dentro. Aún más complicado para conseguir que su teoría aguante, ¿no, general Wein?

Wein asintió. Hacía mucho que no lo llamaba «general», pero no le dio importancia. La cabeza ya le daba suficientes vueltas.

—Hay más —siguió Goodman—. La construcción principal donde estaba contenido el féretro era diez veces más grande. Se adentra en la tierra como la raíz de un diente. ¿Sabe cuánto puede pesar toda la estructura completa? ¿Sigues pensando que los ancestros de los polinesios, probablemente una panda de monos, arrojó esa cosa descomunal desde una de sus barquitas hechas con juncos, lianas trenzadas y caca de vaca?

—Dios mío —exclamó Wein—. Es... este nuevo giro es... es...

—Es abrumador, ¿no? —dijo Goodman—. Lo es, sin duda. Da lugar a pensar. Pero, como le he dicho, no soy de pensar en cosas que no puedo concretar. En los viejos tiempos habría encargado estudios. Se paga a profesionales para averiguar esas cosas. Historiadores, expertos en la antigüedad histórica de la zona, geólogos, oceanólogos... Se hubiera pagado al mismísimo Jacques Cousteau en tiempos si hubiéramos pensado que su opinión podía aportar algo. Luego, un grupo de analistas habría leído todos los informes, esas pequeñas piezas del puzle, y nos hubieran contado sus conclusiones. Con eso tienes algo para empezar a pensar. Algo. Así funcionábamos. Rápido, eficiente... Y concreto.

—Ya veo...

Goodman carraspeó brevemente.

—Pero eso no evita que la pregunta se mantenga. ¿Quién, en la Antigüedad, repartió esas estructuras por todo el mundo, en lugares tan alejados unos de otros? ¿Cómo las construyeron? Antiguamente, los materiales de construcción que se usaban estaban determinados por las características de la ubicación geográfica de la construcción en sí. Por ejemplo, en la arquitectura griega se

usaba madera, ladrillo sin cocer, piedra caliza, terracota y... mármol, por supuesto, que allí es abundante. Quinientos años antes de Cristo, sin embargo, construían sin mortero, y utilizaban poco la piedra y la madera porque solo podían obtenerse en países limítrofes. El suelo arcilloso y fangoso los llevó a utilizar el barro como material. No tenían camiones para llevar los materiales de un sitio a otro, ¿sabe? Así que, ¿quién... quién o qué... construyó esas cosas? ¿Y de qué material, exactamente?

Wein no respondió. No podía.

—Demonios, si el National Geographic existiera todavía, habrían tenido material para hacer diez reportajes, con... infografías, y expertos en el terreno hablando de ovnis y de... —hizo un gesto vago con la mano—... antiguas civilizaciones perdidas. Pero sigamos...

»Después de ese nuevo fracaso nos concentramos en el sexto punto. El más... sencillo. Lo habíamos dejado casi en último lugar precisamente por ese motivo, pero necesitábamos algo que celebrar, ¿comprende?

—Por supuesto —exclamó Wein.

—No sé si recuerda que se encuentra en Sacramento, en la zona sur, en el suelo de este bendito país. Por fin.

—No sabía dónde exactamente, pero sí que recordaba que era en la Costa Oeste.

—Bien. He dicho que era el más sencillo, pero eso no significa fácil. Nuestros efectivos, en esta zona del mundo, están en Canadá, y el país está como está. Aquí el dinero ya no sirve. Los recursos son limitados. Pudimos haber fletado un helicóptero con un equipo, pero... tuvimos algunos problemas con directivos de la organización que prefirieron utilizar esos recursos para desplazarse a otras zonas menos conflictivas. Y los recursos económicos... Comprenderá que el ochenta por ciento, sencillamente, está preso en algún servidor informático, apagado, en algún edificio protegido. Dígitos en una base de datos. Inaccesible. Inútil.

—Ya lo entiendo —dijo Wein.

—Aun así..., después de algunas gestiones, contactamos con un equipo que no estaba lejos. Un equipo que habíamos utilizado en el pasado y que estaba abierto a negociar a cambio de... cosas que no vienen al caso. Convinimos nuestros términos y los enviamos allí, simplemente para que confirmaran que la estructura estaba en aquel sitio y, si estaba, su ubicación exacta.

Goodman hizo una pausa, pensativo.

—No volvieron, señor Wein. Ninguno de ellos. Estábamos en contacto y

todo parecía ir bien. Sabían moverse, sabían luchar, tenían equipamiento..., pero... en Sacramento los esperaba algo que los aniquiló tan rápidamente que no pudieron ni enviar un código rojo.

—Un código rojo —repitió Wein.

—Un mensaje de punto crítico. Así sabemos dónde falla una misión, por si sale mal.

—Y... entonces, ¿qué pasó?

Goodman se encogió de hombros.

—Después de eso, hubo problemas. ¿Conoce el término diáspora?

—Sí —susurró Wein.

—Pues eso ocurrió. Una diáspora en la organización. Hubo informes de movimiento cercano a este lugar y la gente de alto nivel decidió que era hora de hacer las maletas. Dicho de otro modo: se cagaron de miedo. El tratado chino-ruso también nos dejó sin contactos y sin muchos de los recursos globales con los que contábamos. Entiéndalo: de repente, todo lo que nosotros podíamos ofrecerles ya no valía nada. Perdimos toda la fuerza. No teníamos... medios políticos, ni financieros, ni propiedades, contactos, enlaces...; nada. Ningún poder. Los chinos, y esos puñeteros rusos, van a tomar todo el país de todas formas, así que la sartén está en manos de otros. Las cosas han cambiado, señor Wein. Teníamos aún algunas células en París, pero esas —sacudió la cabeza— también están en entredicho.

—Ya veo —dijo Wein.

—Así que... este es el final de la historia, señor Wein. Ya lo ve. Es la lección de vida del Jenga. Cuando se llega muy muy arriba con la torre, debes tener cuidado, porque cuando la torre colapsa lo hace a lo grande, y ahora mismo todas nuestras piezas están esparcidas por el suelo.

—Comprendo —susurró Wein, pensando en varias cosas a la vez.

—Me hubiera gustado ayudarlo más. En otras circunstancias, así habría sido. Pero ya no queda mucho. Me despido de usted, señor Wein. Ha sido una buena charla de despedida. Gracias, buenos días, buenas tardes y buenas noches. Escapo. Me voy al único lugar seguro donde esos monstruos no podrán alcanzarme.

Wein iba a preguntar algo, pero en ese momento Goodman levantó la mano derecha que había mantenido bajo la mesa. Apenas tuvo tiempo de ver el arma; al instante siguiente, Goodman se apuntaba a la cara y disparaba.

Su cuerpo se sacudió con un único espasmo y la sangre salpicó la silla y la pared que tenía detrás con una violencia roja, una estrella de mil puntas que

podría haber adornado un cuarto infantil. Casi al instante, el arma cayó al suelo con un sonido sordo, y Goodman se derrumbó sobre la mesa.

Se quedó allí, inmóvil, instantáneamente muerto.

Wein suspiró.

Había...

Había huido.

2

Era la primera vez que sonaba la campana de emergencia.

Se instaló en el cartel de publicidad del Plaza, que aún decía: VENTAS PRENAVIDEÑAS. 15-20% DESCUENTO. Prenaiveñas. A veces, cuando lo miraba, Rey esperaba que cuando llegara junio aún estuvieran allí para verlo, porque el cartel iba a anunciar la campaña prenaiveña durante mucho, muchísimo tiempo. Serviría para el año siguiente, y al otro. Con ellos o sin ellos.

Fue idea de Rachel West. Una simple campana que había adornado uno de los carruajes de la gran cabalgata de Santa Claus. Josh Cothran la ancló a un soporte de metal e instaló una diminuta arandela donde emplazar un pequeño martillo. Ahora, el centinela que vigilaba desde lo alto la hacía sonar insistentemente.

Cuando West se acercó corriendo, la gente estaba reunida abajo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Al este! —le respondió alguien—. ¡Chuck ha visto motos, y camionetas, y unos *jeep* !

—¿Camionetas? —preguntó West confusa—. ¿Cuántas?

—¡Un montón! —exclamó una señora—. Dice que ha visto el polvo que levantaban desde muchos kilómetros.

—¿Dónde están ahora?

—¡Señorita West! —gritó Chuck—. ¡Al este de aquí, en esa dirección! ¡Al otro lado de los almacenes de North West Recyclers, después de la autopista!

—¿Allí? ¿Por qué allí?

Nadie supo responderle.

En ese momento, la *pick-up* de Rey se acercaba deprisa. Él estaba asomado a la ventana del conductor. En el compartimento de carga había cinco hombres armados con fusiles; varios de los hombres del grupo de Miles.

—¡West! —lo llamó, agitando la mano para que se acercara.

—Rachel —dijo una voz a su lado. Era Burke—. ¿Puedo ir con vosotros?

—Puede ser peligroso —dijo ella.

—Lo sé.

—De acuerdo, entonces.

Burke saludó a Rey mientras subía a la *pick-up*. Rachel aún no había cerrado la puerta cuando el coche arrancaba de nuevo con un sonido de motor afectado por la falta de cuidados, levantando una pequeña polvareda del suelo.

—¿Qué crees que pasa? —preguntó Rachel.

—No lo sé, presidenta West.

Rachel lo miró.

—¿A qué viene eso?

Rey le dedicó una sonrisa sincera mientras conducía, y ella sacudió la cabeza.

—Has traído a Burke —dijo él.

—No lo he traído —aclaró Rachel—. Me pidió venir. Había prisa. Era más fácil decir que sí que explicar por qué no.

—Muy a tu estilo —respondió Rey.

Extendió el brazo y depositó un pañuelo blanco sobre el regazo de Rachel.

—¿Qué es esto?

—Bueno —contestó Rey—, oye, Rachel, no sabemos qué nos encontraremos. A lo mejor... son tipos malos. A lo mejor son tipos malos y nerviosos, y no nos dan pie a hablar siquiera. Puede ser peligroso. Así que necesito dos cosas. La primera es que, cuando estemos llegando, saques ese pañuelo por la ventana...

—Una bandera blanca —dijo ella, desdoblando el pañuelo.

—Eso es. La otra es que te quedes en el coche hasta que compruebe que todo está bien.

—¿Qué? —exclamó ella.

—Oye. No es... Bueno, vas a ser la presidenta de los Nuevos Estados Unidos de América, ¿recuerdas?

—¿Qué? —repitió ella.

—Vamos, ¿a quién crees que van a votar? ¿A Miles? ¿A Vinni? ¿A... Galen Besitos Reynolds?

—Pensaba en el profesor...

—Vamos, Rachel. Serás tú, tan claro como que después de la noche viene el día.

Ella hizo un gesto vago con la mano.

—Oye, sacaré el pañuelo por la ventana, ¿vale?, pero no voy a quedarme en

el coche. ¡Quédate tú! Hay más posibilidades de que empleen las armas si te ven salir a ti que si me ven a mí.

—¿Qué? ¿Por qué? —protestó Rey.

—Porque eres... eres grande, Rey. Y tienes ese corte de pelo severo al estilo militar, y la cabeza cuadrada.

—¿Que tengo qué? —rio Rey—. ¡Eso no me lo habían dicho nunca! Me habían dicho que me parezco a Brian Dennehy, pero... ¿cabeza cuadrada?

—¿Quién es Brian Dennehy?

—Un actor. ¡Uno muy bueno! El tipo aquel que salía en... *Cocoon* .

—Jesús. *Cocoon* —exclamó West—. ¿La película? Creo que era una adolescente cuando la vi. ¿De qué agujero mental te sacas eso?

—Bueno, oye, estamos llegando.... —la advirtió Rey—. ¿Vas a hacer lo que te digo, o vas a hacer lo que te dé la gana?

—Voy a salir ahí fuera, Rey.

—Bueno. El presidente Vinni estará contento.

—Eres un idiota —dijo con suavidad.

Pero Rey giraba ya por los exteriores de las instalaciones de North West Recyclers, junto a Granos Penny Newman y Comprehensive Security, y más allá ya se veía la formación de vehículos aparcados, las carrocerías metálicas centelleando al sol. El coche de Rey abandonó la carretera y cruzó por un descampado arrasado donde antes debían de quemar materiales. Más allá estaba la autovía. West sacó el pañuelo por la ventana y lo sacudió brevemente mientras Rey aminoraba y giraba lentamente el coche para dejarlo a una distancia prudente. Doce metros. Quince, tal vez.

Rey inspiró y suspiró largamente antes de abrir la puerta. Estaba mirando los vehículos. Había *jeeps* de alta gama, negros, brillantes, como nuevos, como si hubieran saqueado una tienda de coches esa misma mañana. Había furgonetas europeas y motocicletas americanas, y un... un camión volquete. West no alcanzó a imaginar para qué querían un camión volquete, pero allí estaba. Y delante, en actitud relajada, casi una veintena de hombres esperando. El cuadro era bastante curioso. Normalmente, la ropa definía al hombre, pero aún más, definía al grupo. Los fans del rock y del metal llevaban ropas oscuras, pantalones ceñidos, cabellos rapados o largos, pulseras y tatuajes. Los latinos raperos usaban el amarillo y el negro y una docena de otros signos distintivos. Pero allí... allí había un tipo vestido con camisa blanca y corbata al lado de otro que parecía llevar un uniforme de Walmart y, más allá, un hombre calvo lucía ropa deportiva, un chándal negro con líneas amarillas. Otra mujer era la viva

imagen de una eficiente secretaria de algún bufete de abogados de Manhattan. Visualmente, el conjunto era extraño. Desde luego, no tenían pinta de ser una banda de delincuentes, y tampoco llevaban armas a la vista.

Eso, al menos, era algo.

Bajó del vehículo con el pañuelo en alto mientras los hombres de Miles descendían del compartimento de carga y se distribuían en línea. Rey había dado la vuelta para colocarse junto a Rachel.

Uno de los hombres, al otro lado, levantó un brazo mientras componía una sonrisa forzada.

«Ahí está el alfa», pensó West.

Ese hombre apoyaba el pie en el guardabarros de una de las motos; estaba encorvado, con un brazo cruzado sobre la rodilla y unas gafas de sol que West hubiera jurado que eran exactamente como las que usaba la policía del estado. Sus manos estaban llenas de anillos. Llevaba un chaleco y unas botas negras del tipo que se solían ver en sitios como Texas.

Cuando se incorporó, West vio su camisa abierta exhibiendo el pecho, con una cicatriz que lo cruzaba por la mitad. No parecía el vestigio de una operación a corazón abierto, sino más bien el trabajo de alguien que había estado jugando a los médicos con el pobre tipo, sin llegar a matarlo.

—¡Buenos días! —saludó el hombre.

—Buenos días —respondió Rachel, elevando la voz.

—Hace un magnífico día, ¿no creen? Buen sol.

—Un día maravilloso —respondió Rachel—. ¿Están de paso?

—Directa al grano —dijo el hombre sonriendo—. Eso me gusta. No, no estamos de paso. Hemos venido hasta aquí para hablar con ustedes.

—Eso me parecía —dijo West.

—Hemos visto que... tienen una pequeña comunidad ahí. ¿Cuántos son, doscientos, doscientos cincuenta?

—Oiga —dijo Rachel—, ¿podemos acercarnos un poco? Usted y yo, si quiere. Gritar tanto me irrita la garganta.

El hombre de la cicatriz sonrió otra vez.

—¡Venga aquí, si quiere! Nadie se lo impedirá. De hecho, me parece buena idea.

West dudó unos instantes. Rey, que la conocía bien, le posó discretamente una mano en el brazo, con suavidad. Rey no tuvo que mirarla para ver que había comprendido que le indicaba que era una mala idea.

—Así está bien —exclamó Rachel.

El hombre asintió.

—Como le decía, tienen ahí una buena comunidad. ¿Sabe cuántas comunidades hay como la suya de aquí al Gran Cañón del Colorado? ¡Ninguna! Ninguna en absoluto.

—¿Están interesados en unirse a nosotros? —preguntó West.

Cicatriz volvió a sonreír. Se miró las botas, arrugó el gesto, y se agachó con cierta parsimonia para sacudir el polvo acumulado sobre ellas. Por fin, volvió a incorporarse, se frotó las manos brevemente y miró de nuevo al frente.

—No me va mucho esto, ¿sabe? —exclamó—. Demasiado polvo. Polvo y calor. El calor me... me molesta —dijo, deslizando el pulgar por la frente—. Es asqueroso. Me gustaría estar en otro sitio, sobre todo ahora que hay tanto donde elegir, pero... ya ve. Uno tiene que hacer lo que tiene que hacer.

Rey apretó la mandíbula. A esas alturas ya sabía que las cosas no saldrían bien.

—¿Está diciendo que está aquí por trabajo? —preguntó West.

—Bueno, algo así. Estoy aquí por trabajo, sí, pero no por el mío, sino por el suyo...

—¿Nuestro trabajo? —se extrañó Rey—. ¿Qué quiere decir?

Cicatriz puso cara de fastidio, miró a un lado e hizo una señal con la mano. Casi al instante, el volquete arrancó. Rey y Rachel miraban, expectantes. Trataban de adelantarse a los acontecimientos intentando descifrar las palabras de aquel tipo. «Estoy aquí por trabajo, sí, pero no por el mío, sino por el suyo.»

Trabajo. Trabajo. ¿Qué trabajo?

El volquete se adelantó unos metros y empezó a levantar el remolque. La compuerta trasera se abrió automáticamente y un montón de herramientas empezaron a caer al suelo, repiqueteando con sonidos metálicos. West y el resto de los hombres miraban confusos. La descarga parecía no acabar nunca. Era una montaña de herramientas. Picos y palas, que se amontonaron formando una pila en mitad del asfalto, abrazadas por un estrépito de madera y hierro. Por fin, los picos y las palas dejaron de caer, y el estruendo cesó con un último movimiento suave.

Rachel miraba al hombre, esperando una explicación.

—Están nuevecitas —dijo Cicatriz—, y créanme, ¡han tenido suerte! Resulta que soy una especie de experto en palas. ¿No es increíble? Una vez hice un estudio sobre diez marcas de palas. Estuve... quince horas haciendo todo tipo de pruebas con ellas. La mejor fue la Bully Tool, referencia de catálogo 82515. Apunten el número: 82515. Casi dos kilos bien balanceados, madera a prueba de

inclemencias y mango de fibra. Una jodida maravilla.

Rachel miraba los picos y las palas, confusa.

—¿Es para nosotros? —preguntó—. ¿Es para... que hagamos un trabajo con ellas, es eso?

Cicatriz levantó una mano y la apuntó con el dedo.

—¡Bingo! ¡Qué genial es sumar dos y dos y que te dé cuatro! ¡Sí, señorita West, es para que hagan un trabajo para nosotros!

Rachel se enderezó, sintiéndose violenta. ¿Cómo sabía aquel hombre su apellido? Estaba segura de que no lo había mencionado, y nadie se había dirigido a ella en el rato que llevaban allí. ¿Los habían estado espiando? Y si era así, ¿qué más sabían?

—¿Qué tipo de trabajo quieren que hagamos con eso? —preguntó al fin.

—Estás dándole muchas vueltas —dijo la mujer secretaria.

Cicatriz levantó un dedo en el aire sin mirarla.

—Déjame a mí, Johanna. La responsabilidad es mía, así que... Déjame. Hacer. A. Mí.

Johanna miraba fijamente a Rachel, y no añadió nada más.

—Bien —dijo Cicatriz—. La situación es la siguiente: ahí dentro, en su pequeño refugio, hay una cosa que es nuestra y que necesitamos. Es una tontería. A ustedes no les sirve para nada. Pero para nosotros tiene un valor... sentimental. Es algo que hace mucho que no vemos, y lo echamos de menos.

Rachel frunció el ceño. No sabía por dónde saldría aquel hombre. Estaba claro, a esas alturas, que se trataba de una amenaza. Querían algo, pero ¿qué? «Valor sentimental», había dicho. «Algo que echamos de menos.» Si el grupo hubiera sido un puñado de hombres, habría pensado que su petición iría encaminada hacia el sexo. Mujeres. Pero allí había al menos seis... siete mujeres, y no parecían en absoluto sometidas a la voluntad de los hombres, como solía suceder en las películas. Y las palas. Los picos. No, lo que buscaban era otra cosa.

—Estoy segura de que podemos ayudarnos —dijo West despacio—. ¿De qué se trata? No tenemos muchas cosas de valor.

—Como he dicho, es algo con valor sentimental. Para ustedes no es nada... menos que nada. No sabrían qué hacer con ello. Pero nosotros lo queremos. Y es justo que lo tengamos, porque es nuestro.

—¿De qué se trata? —repitió Rey, impaciente.

—Bueno, verán. Les he trazado un mapa con la ubicación exacta de un lugar. Lo tengo aquí mismo, en el bolsillo —dijo, tocándose el pecho—.

¿Conocen la carretera Franklin Boulevard? ¿La granja Loretz? Seguro que sí. Bueno, justo al otro lado hay una industria ganadera, y un poco más allá un enorme campo sembrado. Bien, pues ahí, justo ahí, está enterrada nuestra cosa. Lo verán enseguida, cuando empiecen a cavar.

—¿Algo enterrado? —preguntó West.

—Algo enterrado —confirmó Cicatriz.

—¿Qué hay enterrado? —preguntó Rey.

—Lo verán enseguida. Es algo grande. Bastante... bastante grande. Les llevará un tiempo excavarlo. Cuando lo hagan, vuelvan aquí. Les entregaremos maquinaria para trasladar esa cosa hasta este punto concreto, justo aquí, donde estamos nosotros.

Burke entrecerró los ojos con suspicacia.

—Háganlo, y nuestro trato habrá terminado. Nos iremos y les dejaremos atender sus asuntos y seguir con su vida. Es sencillo, ¿no?

—Parece sencillo —dijo Rey—. Pero ha dicho que es un trato, no un favor. ¿Qué ganamos nosotros?

—Bueno, señor Perkins, Rey Perkins, ¿no? A cambio de sus servicios... nos iremos y los dejaremos en paz. ¿Qué les parece?

Rey inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Es una... amenaza? —preguntó.

Cicatriz sonrió. Ahora estaba cruzado de brazos, con una pierna doblada sobre la otra. No dijo nada.

—Dígame. ¿Es una amenaza? —insistió Rey.

West le puso una mano en el hombro.

—Vale, Rey. Déjame a mí —susurró.

—Está bien..., señor... ¿cómo se llama?

—Estrigoy —dijo Cicatriz—. Señor Estrigoy.

Joanna, la secretaria, rio entre dientes.

Rachel asintió, con los ojos pequeños.

—¿Nos entrega el mapa? —preguntó Burke de repente.

Cicatriz se volvió hacia él con la celeridad de una iguana cuando ha identificado a su presa. Casi inmediatamente después, con un único movimiento, sacó un pliego de papel del bolsillo y lo levantó en el aire.

—Ven a por él, chico —exclamó.

Burke se quedó inmóvil unos instantes, pero después, mientras Rey y West lo miraban con el corazón encogido, avanzó resuelto por la carretera y se acercó hasta el individuo. Un poco antes de llegar a él, sin embargo, se detuvo, miró

brevemente el suelo de la carretera y le dirigió una mirada suspicaz. Ese instante duró tres, quizá cuatro segundos. El señor Estrigoy no dijo nada; su expresión era difícil de leer. A Burke le bastó. Terminó de recorrer la distancia que los separaba, alargó la mano y se volvió con el pliego.

West suspiró aliviada. Había tenido el corazón encogido.

—Un equipo vendrá a recoger las palas —dijo, pero su voz había perdido parte de la firmeza con la que empezó la conversación. Rey no pudo evitar dedicarle una breve mirada de soslayo. No estaba acostumbrado a ver a Rachel West asustada.

Cicatriz, el señor Estrigoy, levantó una mano en el aire y la movió a un lado y a otro, a modo de adiós.

Se marcharon.

Ni Rachel ni Rey fueron capaces de decir nada hasta al cabo de un rato; solo tenían la sensación, muy cierta, de hecho, de que, de repente, se encontraban en una situación muy... muy pero que muy comprometida.

3

—Bueno —dijo Rey nada más llegar a la caseta del aserradero—, ¿qué opináis?

Rachel se acercó a una silla y se dejó caer en ella. Se sentía rara. Todo se sentía raro. Extraño. Estaba asomada al borde de un abismo y, allá abajo, solo la oscuridad le devolvía la mirada.

—Lo habéis visto, ¿no? —preguntó Burke con su acostumbrado entusiasmo—. ¿Lo habéis visto?

Se movía con nerviosismo de un lado a otro de la habitación.

—¿El qué exactamente? —inquirió Rey—. ¿Ese... pequeño... desmayo que has tenido cuando has ido a por el mapa? Jesús, chico..., creía que se me paraba el corazón. Y, por cierto, déjame verlo.

Burke sacó el pliego del bolsillo y lo dejó en la mesa sin prestar mucha atención.

—Ese desmayo —dijo, hablando con rapidez—, ha sido un desafío. ¿Es que no habéis visto su cara, la cara de ese tipo? ¡Jesús!

—¿Un... desafío? —preguntó Rey confuso—. ¿Qué, exactamente, has desafiado?

—Señor Estrigoy... —estaba murmurando Rachel, con una sonrisa preocupada en el rostro— Qué... cabronazo y qué huevos tiene...

—¿Lo... conoces? —preguntó Rey extrañado.

—¿Al señor Estrigoy? Oh, sí. ¿No has caído? *Strigoi*. Un *strigoi*, en la mitología de los... países del Este, es una figura del folclore para designar un muerto viviente. La única manera de matarlos es arrancándoles el corazón a plena luz del día. Y hay que anclarlos a su tumba con estacas. Seguro que te suena de algo.

Rey parpadeó.

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso?

—Oh, todo el mundo sabe eso —musitó Rachel.

—Bueno, yo no lo sabía.

West se encogió de hombros.

—Sí, sí... —exclamó Burke—. Es..., no sé..., de películas y cosas. No es su nombre de verdad, claro. Era un guiño. Un... guiño inteligente, o algo así.

—Nos lo ha dejado claro sin decirlo abiertamente.

—Entonces... ¿pensáis como yo? —susurró Rey—. ¿Que esos tipos están con ellos...?

—Hipnotizados —dijo Burke—. Ya lo creo. ¿Has visto lo seguros que estaban? ¿Su manera de mirar? ¿Se comportaban como si estuvieran perdonándonos la vida! Imaginaos lo que debe de ser ir por ahí con todo el país rendido, siendo conscientes de que ningún monstruo te atacará porque saben que estás con ellos, cumpliendo sus pequeños encargos. Debe de ser como... como ser superhéroes o algo así.

—Madre mía —soltó Rey, pasándose ambas manos por las mejillas—. Madre mía.

—Pero... ¿os habéis dado cuenta o no? —insistió Burke.

—Dilo de una vez —exclamó Rey mientras desplegabla el mapa sobre la mesa—. ¿Cuenta de qué?

—¡Demonios! —dijo Burke—. ¡Tienen el mismo veto que los vampiros! No pueden... no pueden pasar de la frontera. ¡La misma que mantiene a los vampiros a raya!

—¿Qué? —dijo Rey sorprendido.

West levantó la cabeza para mirar al chico.

—Pensadlo —exclamó Burke, todavía excitado—. Vienen hasta aquí y se mantienen lejos, justo donde está la frontera. Y esperan a que vayamos hasta ellos. Rachel les dice que se acerquen, pero no quieren... y no quieren porque no pueden, ¿vale? Si... si hubieran podido, no habrían hecho ese rollo de gánsteres en un aparcamiento, lejos de todo. Os aseguro que habrían ido directamente a ese lugar que nos han indicado y habrían empezado a cavar con uñas y dientes, y

no serían veinte, sino cien. O doscientos. América se ha ido a la mierda... ¿Sabéis cuántos guardianes deben de tener?

West asintió, abriendo mucho los ojos.

—Pero no. Se ponen lejos y esperan a que los veamos, y se toman la molestia de ir de compras, entre comillas, para traernos... no un puñado de palas, sino las mejores palas que se pueden encontrar en un almacén americano a día de hoy.

—Jesús, chico —exclamó Rey—. Eso... eso tiene sentido.

—Doscientos hipnotizados cavando y cien más cubriendo la operación, armados hasta los dientes. Nos habrían jodido vivos de haber podido llegar hasta nosotros. No, espera..., ¿sabes lo que hubieran hecho? Nos habrían arrastrado de piernas y brazos hasta fuera de la frontera, donde otro ejército de vampiros nos habría hipnotizado, o algo peor.

—Vale, vale —susurró Rey—. Creo que lo pillamos.

—Pero ¿qué...? —empezó a decir Rachel. Y luego calló.

—Hay otra cosa —dijo Burke, ahora más calmado—. Sabía nuestros nombres. Los vuestros, al menos. Hasta sabía tu apellido, Rey. Ni siquiera yo lo sabía.

—Cierto —exclamó él.

—Eso me hace preguntarme cosas —dijo Rachel—. Cosas preocupantes. ¿Lo sabían porque nos han espiado, tal vez? Con prismáticos, con... equipo militar avanzado de espionaje, de esos que se emplazan a seiscientos metros y permiten oír las conversaciones. O quizá leyendo los labios, simplemente. O tal vez... ¿podrán los guardianes hipnotizados... saber cosas? Quiero decir, saber cosas que uno tiene en la mente, como parece que los vampiros pueden hacer.

Burke empezó a moverse arriba y abajo otra vez.

—No lo sé —susurró—. Eso no lo sé. Tenemos que... averiguar más cosas. Es... es importante.

Rey suspiró largamente.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Rachel.

Rey miraba al suelo, abrumado.

—Está claro que... si no hacemos lo que dicen, lo pagaremos caro. — Burke abrió la boca como si fuera a decir algo, pero Rey extendió la mano y la movió varias veces como para apaciguarlo—. Y sé que no pueden entrar. Lo sé. Pero créeme, si han acabado con toda América y han puesto a nuestro ejército a... dormir, Dios sabe dónde, se las ingeniarán de algún modo para entrar aquí.

—Eso desde luego —dijo Rachel.

—Pero... si hacemos lo que dicen... es posible que perdamos ese... veto sobrenatural. Y aun si no lo perdemos, imagino que también nos matarán. Aunque sea por pura diversión. Miré esa mujer a la cara, Joanna... y no me gustó nada lo que vi. He visto gente mala en mi vida, pero como esa...

—Sí —asintió Rachel, recorrida por un súbito escalofrío.

—Bien. Esa es una cuestión. La otra, por supuesto..., lo que me pregunto con más fuerza es... ¿por qué? ¿Qué tiene este lugar que no los deja entrar, ni siquiera a los guardianes?

Burke asintió.

—Exacto.

—Esa es una buena pregunta —dijo Rachel.

Burke, en uno de sus paseos, llegó hasta la mesa y se quedó mirando el mapa. El mapa del guardián. Era, básicamente, una serie de indicaciones básicas de la zona sur de Sacramento, donde se encontraba el Plaza, y algo más al sur de allí, una enorme X realizada con trazos casi paranoicos localizaba un terreno de los muchos que se usaban para sembrados en la zona.

—Es eso —susurró con los ojos abiertos.

Rey miró el mapa y se quedó inmóvil también. Por fin, Rachel se levantó lentamente de la silla y se acercó a la mesa.

—Lo que está enterrado... —susurró.

—Es eso —exclamó Burke radiante. Rachel le dirigió una mirada furtiva. El chico despedía un aura especial cuando sonreía—. ¡Es eso!

Rey sacudió la cabeza.

—Eso —susurró, y luego añadió despacio—: Pero..., por el amor de Dios..., ¿qué carajo hay enterrado ahí?

Por unos momentos no dijeron nada, solos en la oficina del aserradero, ellos y el mapa. El mapa y la X marcada con trazos nerviosos, urgentes... y apretados.

4

La noche del desembarco de la Federación Rusa, mientras los oficiales celebraban el éxito del inicio de las operaciones, los barcos de la República Popular China ultimaban los preparativos para el bombardeo masivo. Lo llamaban *Duànshāo dì dìqíú*, que en chino simplificado quería decir «Tierra calcinada».

Absolutamente todo el mundo trabajaba duro en los preparativos, no solo para el bombardeo sino para el desembarco posterior. Los chinos, herederos de

una mentalidad holística, buscan la unificación y el consenso, y honran el todo y la armonía. Para su cultura y su mentalidad, lejos de calificarse como cuerpos o formas independientes, se consideran partes de un todo, y ese todo, en esos momentos complicados en los que se llevaban a cabo cientos de miles de pequeñas operaciones-engranaje para tener a punto su maquinaria de guerra, funcionaba, por esa razón, como la seda.

Pero los chinos, a diferencia de los occidentales, además de apoyarse en su intuición y experiencia, concedían también una enorme importancia a los procesos sensoriales. Era parte de su cultura, su tradición; era el pensamiento chino en el que se daban cita tres grandes tradiciones filosóficas: el confucianismo, el taoísmo y el budismo. En ellas, cada tradición posee tanto su versión culta como su versión supersticiosa, y esa parte supersticiosa, ese honrar los procesos sensoriales, marcó definitivamente el curso de los acontecimientos aquel primer día del nuevo año occidental.

Los marineros de las cubiertas fueron los primeros en sentirlo. Estaban contentos, y la sensación de triunfo y de trabajo en equipo flotaba en el ambiente. Había eficiencia, calidad y rapidez en la actividad, tres cosas que raramente solían combinar, pero se les había prometido dos cosas. La primera era detener la amenaza global que había provocado tantas muertes. La segunda, el premio por una acción tan noble, era acceder a los vastos territorios americanos para la ampliación de la República Popular China. Por fin, irónicamente, Estados Unidos empezaría a fabricar los productos que llevaba décadas importando masivamente. Pero a pesar de ello, y del ambiente de celebración, algo indeterminado flotaba en el aire, una suerte de sensación aciaga que no podían explicar, imprecisa, vaga, y que empañaba la experiencia, la emoción y el disfrute. Zhou Yuanyuan, mientras ajustaba cabos y maromas en la cubierta del *Weishan Hu*, un barco de aprovisionamiento de la Undécima División del Grupo de Operaciones de Soporte, miraba las aguas negras del Pacífico Norte. La tonalidad, el reflejo cromado como una pátina de mercurio y la cadencia de su oleaje suave eran muy parecidos a los del mar de China que bañaba las playas de su hogar, en Yaowang. Hasta el olor era el mismo; ese olor a marisma, a océano profundo, a algas, a aire salobre. Eran casi las mismas aguas, y sin embargo...

Sin embargo seguía mirándolas como si de ellas fuera a salir una abominación monstruosa, una pesadilla imposible surgida del fondo marino, el cuerpo cubierto por corales viejos y marchitos, y cuyo solo contacto con la piel podía producir enfermedades terribles y desconocidas. Ese tipo de enfermedades

que te matan de forma tan instantánea y fulminante que vas directamente al más allá del más allá.

—¡Yuanyuan! —dijo una voz a su lado.

Zhou dio un respingo.

—¿Qué haces? —decía un compañero—. ¡Estás distraído! ¡Trabaja, hombre! ¡Es un gran día! ¡Haz tu parte!

—Pero... ¡tú también lo notas, Qin Shi!

—¡Lo que noto es que como venga el inspector vamos a tener un problema, Yuanyuan, eso noto!

Zhou se disculpó, moviendo la cabeza arriba y abajo, abrumado. Su compañero tenía razón. Estaba distraído, pero...

Pero el océano...

El sonido del agua golpeando suavemente el casco del navío era tan agradable, y los cabos mojados y ásperos en las manos le recordaban tanto al hogar que se regañó mentalmente, exigiéndose olvidarse de sus miedos estúpidos e infantiles.

Siguió tirando, ahora con renovada rapidez. Necesitaba recuperar el tiempo perdido, eso por descontado. De pronto, el cabo se atascó. A veces ocurría. Zhou movió la muñeca, como le habían enseñado, y tiró con más fuerza. Tiró una y dos veces, afianzando los pies en el suelo mojado, hasta que consiguió que se moviera un poco. Y luego un poco más. Pero costaba.

—¿Qué... ocurre? —preguntó en voz baja a nadie en particular. Volvió la cabeza y llamó a su compañero—: ¡Eh, Qin Shi! ¡Qin Shi, ven, ayúdame!

—¿Eh? ¿Qué dices?

—¡Se ha atascado! ¡Vamos, ven aquí! ¡Ayúdame!

—Yuanyuan, ¿acaso no sabes tirar de un cabo?

—¡Te lo estoy diciendo, Qin Shi! ¡Está atascado!

Qin Shi protestó con gestos y se acercó a su compañero.

—A ver, cretino..., ¿has hecho un examen visual? —preguntó, señalándose un ojo con el dedo.

Zhou negó con la cabeza, molesto.

—¿Lo ves? ¡Estás distraído! ¡Estás en otras cosas!

Qin Shi se acercó a la borda y miró hacia abajo.

Zhou esperó, expectante.

Esperó.

—¿Qué pasa? —preguntó impaciente—. ¿Qin Shi?

Qin Shi se volvió, lentamente, y le dirigió una mirada. Una mirada serena,

extraña, algo afligida. Zhou se inquietó. Qin Shi era un hombre afable, siempre sonriente. Cuando coincidían en el turno de la comida, se llevaba el cuenco a la boca y empujaba los granos de arroz con una velocidad pasmosa. Cuando apartaba el cuenco, tenía la boca llena de granos, y se reía, se reía con los ojos y con la boca llena de arroz, y cuando sus compañeros le decían *swinish*, «cerdo», asentía con ganas sin poder parar de reír. También reía con inocencia cuando cruzaban el océano y decía entusiasmado: «¡Vamos a conocer a Mickey Rourke! ¡El gran Mickey Rourke!», con los ojos tan pequeños que eran apenas dos rajitas en un cartón. Cuando le preguntaban, riendo, si sabía lo que estaba pasando en América, asentía con vehemencia y contestaba: «¡También quiero probar un Starbucks y conectarme a internet con un ordenador Apple!». Apple, en chino, se pronunciaba *xiao pingguo*, por cierto, pero Qin Shi lo pronunciaba de manera incorrecta. Cuando lo decía, en su boca sonaba más parecido a *xiao pi gu*. Pronunciación similar con un significado muy diferente: culito. Desde aquello, a Qin Shi se lo conocía como «Culito». Culito esto, Culito lo otro; ¡eh, Culito!, ¿cómo estás, Culito? Y Qin Shi, por supuesto, sonreía con amabilidad y una encantadora inocencia.

Ese era Qin Shi. Al menos casi siempre. Pero su expresión...

Su expresión...

Ocurrió de repente, y sucedió a la vez en todas partes, con una sincronización tan calculada y precisa que solo podía ser concebida por una mente colmena como la de los vampiros. Cuerpos mojados que irrumpían por la borda, cuerpos que solían ser civiles americanos de a pie, gente corriente; hombres y mujeres de la Costa Oeste y de más allá, de Utah, de El Paso, de Amarillo, de Minnesota, de todas partes... con las bocas desproporcionadas amenazando casi con segar sus cabezas en dos. Allí, en la borda del *Weishan Hu*, coincidían el director de un asilo de ancianos de Las Cruces y un librero de Columbia, Kansas, con una camiseta del Capitán América. La velocidad a la que aparecían era apabullante, formando rápidamente un tropel: caían sobre la cubierta como peces húmedos que huyeran del mar, y producían casi el mismo sonido.

Qin Shi, por cierto, desapareció entre la horda mientras lo miraba. Los había visto subir, trepando por el cabo, los había visto flotando en el agua con los cabellos ondeando en la superficie como algas putrefactas, pero no había dicho nada. Nada. ¿Para qué? Eran tantos... eran tantísimos y trepaban tan rápido por el casco del barco que pensó: «¿Para qué?». Era inútil correr, o avisar a su compañero. Iban a morir, y eso era todo. Zhou no lo vio caer; no vio...

ninguna salpicadura de sangre escapando de las heridas que debían de haberse abierto en su cuerpo, producidas por garras y bocas ansiosas. Fue, simplemente, sepultado por la amalgama de brazos, piernas y cabezas. Desapareció mientras lo miraba.

Zhou se quedó pensando en esa expresión mientras los vampiros se echaban sobre él. Pensó en cerrar los ojos antes de que lo derribaran con el ímpetu de la carrera, pero no tuvo tiempo. El dolor fue sublime, explosivo, múltiple, como detonaciones en varias partes de su cuerpo. Pensó que moriría pronto, y a medida que el dolor se apoderaba de él en un terrible *crescendo*, deseó morir. Quería morir, precisamente porque dolía, dolía muchísimo.

Esta escena se repitió en cada navío de la marina china fondeado cerca de las costas americanas; cientos de miles de cuerpos que abandonaban su escondite submarino para trepar a los barcos sin que nadie diera aún ninguna señal de alarma. Después, inundaban la cubierta como una ola furiosa y obstinada que llenaba todos los huecos.

Un escuadrón de Chengdu J-7, como parte de las operaciones de vigilancia convencionales, sobrevolaba en ese momento la flota. El diseño tubular de su cuerpo los hacía parecer misiles con alas. Con dos tercios de combustible, iniciaban maniobras para regresar al portaviones *Liaoning*, y durante una de esas maniobras, uno de los pilotos miró brevemente por el cristal de la cabina achaparrada. La sensación visual desde el aire, aun con la oscuridad nocturna, era inequívoca: las cubiertas de los barcos estaban llenas de gente. El piloto, superado por la sorpresa, falló el giro por unos cuantos grados y aleteó ligeramente. ¿Estarían... celebrando algo? Aunque el Año Nuevo chino no se celebraba hasta el 25 de enero, muchos se unían también a las celebraciones de Occidente, aunque fuese de una manera menos entusiasta. Quizá... quizá el alto mando había dado unas horas de permiso para disfrutar de la noche.

«No», decidió. No rotundo. No en el Ejército Popular de Liberación. No esa noche en concreto.

—Nube Nueve —dijo de repente la radio—. Ha fallado el rumbo. ¿Está teniendo problemas?

—Líder Nube —contestó el piloto—. No, señor, algo raro pasa en Hogar.

—¿Qué...?

La comunicación se interrumpió.

El piloto volvió a mirar.

Era de noche y le costaba ver con claridad, pero... pero...

Cada vez había más gente. Y algunos de aquellos barcos eran solo de apoyo

logístico; no tenían tanta tripulación a bordo.

Estaba haciendo conjeturas cuando, de repente, vio el flanco de uno de los barcos. Había hombres allí, trepando como si fueran arañas, unos pegados a los otros, como una masa abyecta en la que se proyectaban brazos y cabezas saliendo del agua, alcanzando la cubierta y llenándola.

La visión era tan hipnótica que, otra vez, perdió la formación por unos instantes.

Pero ¿qué...?

Un destello inconfundible: alguien acababa de disparar. El destello se replicó en otras partes del barco, y más allá, se produjeron pequeños chispazos sucesivos.

—¡Líder Nube a formación de vuelo! —crepitó la radio—. ¡Formación de ataque!, repito, ¡formación de ataque!

El piloto se movió ligeramente en el asiento, alerta.

—Nube Nueve a Líder Nube... Señor... ¿cuál es el... enemigo?

—¡El agua, idiota! —gritó el líder de vuelo por radio—. ¡Atacad el agua entre los barcos!

En ese momento, varios de los buques empezaron a emitir la señal de alarma; un sonido agudo e intermitente que se podía oír en todo el barco, con especial intensidad en los camarotes y las zonas dormitorio. Se trataba de una señal de amenaza genérica que debía poner a todo el mundo en alerta, y significaba «Amenaza sin especificar». Pero uno de los barcos se confundió y empezó a emitir la señal que identificaba la alerta como «Ataque químico». La tripulación a bordo corrió a por sus máscaras de gas y a cumplir con el protocolo antes de pensar en armarse siquiera. Los vampiros accedieron a las salas interiores y encontraron a los tripulantes preparándose, concentrados en equiparse con las debidas protecciones. No quedó nadie para atestiguarlo, pero debieron de quedarse mirando a la gente que corría hacia ellos, con las bocas adelantadas, terribles, húmedas y ansiosas, entre perplejos y asustados. Puede que alguno sacara la pistola reglamentaria de su cinturón, si formaba parte del turno de guardia, y hasta es posible que disparara contra la masa. Pero los vampiros ignoraban el dolor, porque no sentían dolor; los hombros retrocedían cuando eran alcanzados, y los brazos se sacudían hacia cualquier dirección; los pechos salpicaban sangre, pero los disparos no mortales no los detenían ni los frenaban. Avanzaban sobre los marineros y soldados, y su empuje era implacable, salvaje, efectivo e... instantáneo.

El escuadrón Nube, formado exclusivamente por Chengdu J-7, empezó a

hacer maniobras de ataque. Hacían pasadas entre los barcos y disparaban al agua con sus dos cañones de treinta milímetros. Pero las ráfagas levantaban picos de agua en el océano sin que pareciera haber ninguna repercusión más. El enemigo estaba sobre los barcos, no entre los barcos, y si estaban en el agua, estaban situados a la profundidad suficiente para no ser alcanzados. Pero disparar sobre los barcos era peligroso, incluso con cañones de treinta milímetros, pues podían alcanzar algún punto sensible, poner en peligro a la tripulación o provocar daños irreparables. Algunos de los pilotos, conscientes de que no podían hacer nada ante aquel ataque sorpresa, pilotaban con lágrimas de impotencia en los ojos: allá abajo, sus amigos, sus hermanos, su gente... estaban muriendo.

A veces, un grupo de soldados se hacía fuerte en alguna parte. Si habían conseguido tiempo para montar una ametralladora de gran calibre, diseñada principalmente para detener vehículos atravesando el metal y la carrocería para dañar los mecanismos internos, de algún modo representaban una diferencia. Los disparos provocaban daños gravísimos en los cuerpos de los vampiros. Abrían agujeros atroces en el torso; reventaban las cabezas en fragmentos que salían despedidos en la dirección de la bala. Los cuellos se partían inmediatamente, los miembros quedaban amputados o cercenados; el suelo se llenaba de sangre, y el aire olía a casquería y a vísceras, a bilis, a ácido estomacal. Ninguno de los soldados estaba preparado para la barbarie terrible de disparar contra cuerpos de personas a tan poca distancia con un calibre cincuenta. Mirando la enloquecedora aberración de tanta esencia vital expuesta, los soldados abrían la boca y los ojos, incapaces de apartar la mirada. A su manera... e, irónicamente, al modo de los vampiros, parecían hipnotizados. Ya ni siquiera pensaban en que sus vidas estaban en peligro, o en que iban a morir y que probablemente lo harían con dolor. Estaban fascinados de una manera abyecta, con la carne triturada, con la lluvia de sangre, el olor frío y húmedo de la exposición de tantos humores internos.

Y luego morían. Cuando se acababan las balas o la aglomeración de cuerpos caídos hacía de parapeto para los vampiros que venían detrás, morían.

Los vampiros ni siquiera se molestaban en propagar su semilla; solo estaban interesados en apagar las vidas de la manera más rápida posible. Eran más que suficientes, y en el viejo continente se extendían ya con una rapidez abrumadora, de todas formas. Mordían la carne y tiraban con tanta fuerza que desgarraban los músculos y los huesos. Algunos tardaban mucho en morir. Se quedaban en el suelo, gritando, a veces con un muñón sangrante por brazo, superados por un dolor casi eléctrico que los recorría como una maldición, hasta

que se apagaban poco a poco. Mientras los vampiros los pisoteaban y les pasaban por encima, lloraban hasta quedarse dormidos, el sueño previo a la extinción definitiva.

Por todas partes olía a carnicería.

En uno de los barcos, un grupo de soldados se atrincheró en el almacén de municiones y equipamiento. Guardados en cajas especiales, había cientos de kilos de explosivos de alta potencia, C-4 y otros que estaban destinados a ser parte del equipo de los ingenieros: voladuras, si había que hacerlas, etcétera. Por cuestiones de seguridad, ninguna de las puertas podía condenarse desde dentro, así que cuando la riada de atacantes irrumpió en el pasillo que conducía a la sala, dos de los soldados se miraron y asintieron, sudorosos, sin decir nada.

Hicieron estallar los explosivos.

El buque, una corbeta Tipo 056 identificada como *Jiangdao* por la OTAN, explotó en mitad de la noche. La deflagración levantó la proa casi veinte metros sobre el agua, un amasijo de hierros retorcidos que sonaron como un millar de viejas iracundas gritando a la vez en un manicomio. Partes irreconocibles de su estructura salieron despedidas hacia el cielo, y uno de esos trozos alcanzó uno de los aviones del escuadrón Nube, que lo sobrevolaba en ese momento. El aparato explotó en el acto y continuó el vuelo convertido en una bola de fuego que daba vueltas sobre sí misma rodeada de pequeñas partículas. Las llamas emergieron del barco como si al quebrarse hubiera liberado un primigenio demonio de fuego, y se elevaron hacia el cielo nocturno a cámara lenta. Luego hubo otras explosiones menores en diversos puntos, sistemas y subsistemas críticos de combustible, cuadros eléctricos y gas. Un pequeño infierno sobre el agua.

Fue, probablemente, la batalla más corta de la historia: un poco más de nueve minutos. A los nueve minutos y once segundos, exactamente, moría el último marinero chino. Le habían clavado un par de dedos terminados en garras de casi cuatro centímetros de largo en el cuello. Quizá como celebración, varios de los vampiros se detuvieron sobre su cadáver como moscas monstruosas y bebieron de su cuello mientras el corazón del marinero aún bombeaba.

El buque de mando era el *Harbin*, un destructor de clase Luhu de casi cinco mil toneladas. Allí, como en otros barcos, los marineros se replegaron en el puente para cubrir a su capitán de navío, el general Zhang Kecheng. Como buque insignia, había allí otros miembros importantes de la flota: los generales Wang Ronghuan, Ye Guangda, Su Geng y He Sushen, entre otros oficiales. El del puente era uno de los pocos mamparos que podían cerrarse desde dentro.

Cuando los gritos y los disparos terminaron, los oficiales, nerviosos y

excitados, oyeron una voz detrás de la puerta. Hablaba perfecto chino.

—Señores oficiales, por favor, ¿podemos tener unas palabras y negociar los términos de la rendición?

Los oficiales miraron por las ventanas del puente. Uno de los barcos había explotado y otros estaban en llamas. Por todas partes había botes y pequeños barcos de escolta vacíos, que iban a la deriva en un mar lleno de cuerpos flotando. El humo se recortaba contra el cielo nocturno.

Rendición.

Rendición sonaba aceptable. Habían visto a sus hombres luchar y también la violencia desmedida de los atacantes: hombres y mujeres de aspecto occidental vestidos como civiles que usaban sus brazos y sus bocas para prodigar una barbarie como no recordaban haber visto nunca. Si habían perdido, inesperadamente, la batalla, antes siquiera de que comenzase, podían aceptarlo. Y si podían rendirse y conservar la vida, era mucho mejor. Los chinos no tenían el raro sentido del honor que se estilaba entre los japoneses, sobre todo los de la Antigüedad.

No intercambiaron palabra. Asintieron.

Uno de los soldados se dirigió al mamparo. Le llevó una inusitada cantidad de tiempo abrirlo, porque estaba nervioso y las manos no lo obedecían. Cuando lo logró, el olor a sangre fresca y húmeda penetró en la habitación produciéndoles una pequeña sensación de mareo.

Un solo hombre entró en el puente. Un occidental. Un americano, quizá. Cabello pulcro y rubio, mandíbula cuadrada, ojos azules. Vestía un traje azul, mojado, y una corbata roja. Uno de los generales se fijó en que no llevaba calzado. Detrás, los cuerpos agachados y hostiles de una plétora de personas esperaban, atentos.

—*Buenasss nochesss* —dijo el vampiro.

Le bastó solo eso. Un pequeño instante. Casi enseguida, la mayor parte de los generales se dirigió hacia la salida con objetivos claros. El responsable de la flota, Zhang Kecheng, se acercó al panel de control y cogió el comunicador.

—Hogar a Control de Misión —dijo—. Todo está controlado. Repito, situación controlada.

—General Kecheng —respondió Control de Misión—, ¿va todo bien? Las últimas noticias...

—Ha habido una pequeña brecha, un ataque por parte de una incursión enemiga que ha puesto a la flota en situación de emergencia, pero todo está controlado. El ataque ha sido completamente neutralizado.

—Nos alegra saber eso, general Kecheng. ¿Incidencias?

El general Kecheng miró por la ventana. Los barcos en llamas, las cubiertas llenas de vampiros, el fuego y el humo.

—Ninguna. Reanudamos el protocolo como estaba previsto.

—General Kecheng...

El general cortó la comunicación.

El vampiro sonrió.

Olía tan bien... tan tan bien... a sangre, a bendita sangre húmeda y abundante, que su boca empezó a transformarse por unos instantes, como si salivara.

5

El hombre se ha mezclado tanto en su devenir por el mundo que cualquiera de nosotros tiene una especie de caldero de bruja donde hierven, descontroladamente, pequeños porcentajes de ADN de cada uno de los periplos geográficos de nuestros ancestros. Cualquier oficina de análisis genético hubiera brindado un informe de estos porcentajes por unos doscientos dólares. Epígrafe: etnicidad y genealogía. En esos informes, cualquier persona habría descubierto que era, tal vez, un 99,1% europea; un 80,4% ibérica, un 2% sarda, un 4% francesa y un 0,2% judía askenazí. O cualquier otra ensalada similar.

Donehogawa Parker era cien por cien *cherokee* .

Sus ancestros fueron expulsados de Arkansas a finales de 1820, y forzados a trasladarse, con engaños gubernamentales del hombre blanco, al Territorio Indio que más tarde se llamaría Oklahoma; suma de las palabra *okla* y *humma* , que significa «gente roja» en choctaw. Antes de eso, Donehogawa no sabía mucho de su pasado, la historia de antes de la gran migración se había perdido.

En 1889, su gente fue empujada a moverse de nuevo, incluyendo sus abuelos. Oklahoma recibía el sobrenombre de Te Sooner State (el estado de los Tempraneros), porque ese año el territorio indio se abrió a los colonos y las tierras se adjudicaron a quienes llegaran primero cuando se dio la señal. Miles de carruajes corrieron desde la frontera para reclamar las tierras que habían sido el hogar de sus antepasados, y se vertió sangre blanca y lágrimas *cherokees* por la pérdida del hogar. Oklahoma estaba llena de cadenas montañosas, praderas y bosques en el oeste; la mayor parte se situaba entre las Grandes Llanuras de Estados Unidos y las Tierras Altas, una región proclive a duras condiciones meteorológicas.

Sus padres se trasladaron a California junto con otras familias *cherokees*, no solo por el clima, sino por sus hermosos parques naturales. Yosemite, el Gran Cañón del Colorado, el Death Valley, pero también el impresionante parque de secuoyas, Redwood o Joshua Tree, entre otros. Aun así, y a pesar de la distancia, colaboraron con la constitución de la Nación Cherokee de Oklahoma, que fue reconocida por el gobierno federal. Esa constitución, por cierto, se mantuvo hasta 1999, cuando se eliminó la palabra Oklahoma para dejarla con el nombre, mucho más apropiado, de Nación Cherokee.

Donehogawa Parker nació allí, en California. Sus padres tenían una pequeña tienda de artículos *cherokee* que era el sustento familiar. Vendían tallas en madera y piedra caliza, grabados, pinturas y dibujos, cestas de mimbre, collares, adornos para el pelo, cuchillos, pipas, flautas y también pequeños objetos de cerámica, entre otras cosas. Todos los productos eran de manufactura casera. Donehogawa no habría podido decir cuántas pipas ayudó a construir cuando era niño, puliendo los materiales con sus pequeños dedos, o cuántas pulseras había ayudado a montar. Cuántas trenzas para el pelo. Su padre, de hecho, trabajaba sin descanso en el taller, día y noche, produciendo los productos que vendían. Se tomaba su tiempo, siempre con sus manos grandes, seguras, y sus ojos profundos, el semblante sereno y concentrado. Un objeto, fuese el que fuese, debía estar bien hecho; necesitaba dedicación y cariño, y eso lo embebía en su trabajo sin descanso. Solía empezar a las cinco de la mañana y terminar a las nueve de la noche. Donehogawa nunca lo oyó quejarse. Pero no era suficiente; en verano, a pesar de contratar a otros amigos *cherokees*, los productos se agotaban rápidamente.

Sin embargo, nunca quisieron vender objetos fabricados de manera industrial. No eran más que imitaciones. «Pero podemos reproducir sus estatuillas», decía siempre algún comerciante cuando los visitaba en la tienda con sus catálogos con precios ridículamente bajos. «¡Podemos producirlas en cadena! A eso se le llama *outsourcing*, ¿sabe? ¡Vamos! ¡Ganarían diez veces más sin apenas esfuerzo! ¡Solo tendrían que venderlas, nosotros les proporcionaríamos el producto acabado!

Pero su padre no creía que vender productos *cherokee* fabricados por un asiático en China fuese honesto.

—Ese sería, en todo caso, un producto chino —decía con su manera de hablar pausada—, y seguramente interesará a los coleccionistas de productos chinos. Pero aquí... aquí hacemos otra cosa.

Así que... se las arreglaban con la producción que podían manejar. Pagaba

las facturas.

Su madre, Amadahy («bosque de agua»), era quien se ocupaba del negocio y las cuentas, en parte porque la cultura *cherokee* era matriarcal, pero también porque Amadahy tenía un encanto especial, un don de gentes que absolutamente todo el mundo captaba de una manera o de otra, y cuando estaba en el mostrador atendiendo clientes, el negocio iba bien. Fue ella, por cierto, quien enseñó al pequeño Donehogawa el infinito amor y el respeto por la naturaleza y por todos los seres vivos que hay en ella. Esa educación merecía tiempo y respeto. A menudo visitaban Joshua Tree, a unas dos horas y media de San Diego, o el parque Yosemite, para sentir la naturaleza a su alrededor. Y allí, apartados de la civilización, envueltos en una manta y mirando el cielo estrellado, Amadahy volcaba sobre su hijo, con exquisita paciencia y amor, su conocimiento de la cultura que compartían por herencia de sangre. La lengua tsalagi que empleaban en esos momentos íntimos sonaba dulce y reverberaba entre las hojas de los árboles de alrededor como gotas de rocío.

A veces, las conversaciones versaban sobre el regalo y la responsabilidad de la vida.

—Cada persona tiene un propósito —le decía— que debes descubrir y alcanzar durante tu vida. Toda persona, animal, planta o mineral tiene un talento único que se le revelará, mediante experiencias, en esta vida.

—¿Cómo lo descubriré, madre? —preguntaba él.

—Porque somos *A ni yun wi yah*, que significa «La gente del principio» o «La gente del Gran Espíritu», y eso quiere decir que estamos destinados a tener una finalidad.

—¿Tú has descubierto ya tu finalidad?

Amadahy sonreía como un rayo de sol cuando le respondía.

—Por supuesto, Donehogawa. Mi finalidad era traerte al mundo.

Amadahy nunca utilizaba diminutivos o apelativos cariñosos con su hijo, ni con nadie, por descontado, porque los nombres, como todo en el pensamiento *cherokee*, merecían respeto. Recortarlos era destruir su misma esencia, reducirlos a... nada. Un burdo sucedáneo de todo su significado. Los nombres, en concreto, contaban una parte de la historia y el destino de cada persona. Una madre *cherokee* pasaba mucho tiempo pensando el nombre de su descendencia, y a menudo este le era revelado cuando entraba en comunicación con los grandes espíritus. El de Donehogawa, por ejemplo, significaba «Guardián de la Puerta Oriental».

—¿Cuál es la Puerta Oriental, madre? —preguntó una vez el pequeño

Donehogawa en los preámbulos del sueño nocturno, cuando ella le habló de su nombre.

Un *cherokee* nunca respondía con una pregunta a otra pregunta, así que Amadahy contestó sin preámbulos.

—La Puerta Oriental es por donde sale el sol, en el este.

—Guardián de la Salida del Sol —respondía Donehogawa pensativo.

—Guardián de la Puerta del Amanecer —respondía ella con solemnidad.

Después, se lavaron la cara. Ese gesto era, sobre todo, un sacramento, un símbolo de conexión con la naturaleza y la tierra.

Donehogawa creció fuerte y sano, y siguió manteniendo la tienda de sus padres incluso cuando estos continuaron su camino y se reunieron con los espíritus de los ancestros. Donehogawa no los lloró; aunque ahora era una familia de uno (y eso, para un *cherokee*, es una circunstancia que conducía a los senderos de la tristeza), los despidió con una sonrisa y buenos deseos porque habían cumplido sus propósitos.

Donehogawa vivió más interesado en estar en contacto íntimo con la naturaleza que en los placeres de las ciudades. Utilizaba todo su tiempo libre para ir a un bosque y sentir el pulso de este en su propia piel, en su corazón, en su mente. La armonía no le era una sensación desconocida. Cuando no caminaba, admirado de la grandiosidad de todo cuanto lo rodeaba, se sentaba en una roca, con la espalda erguida, y elegía sentirse como la misma roca en la que descansaba. Podía entonces sentir el suelo tibio, las briznas de hierba que brotaban de él y las delicadas raíces que se enredaban con esfuerzo entre la tierra, el susurro de la brisa, el frío de la montaña en las mejillas, las rutilantes estrellas que giraban sobre su cabeza en un baile cósmico de incomprensibles dimensiones. Todo.

A veces, ese estado de mera existencia, encajado en un solo lugar, inmóvil, formando parte del misterio de la creación, lo conducía a estados de emoción tan profundos que acababa sintiendo una especie de desmayo acompañado de lágrimas y una sensación de paz interior profunda. Durante un tiempo, había esperado llegar a comprender su finalidad en el mundo, pero ese tiempo había pasado. ¿Cuál era, después de todo, la finalidad de una roca? ¿Ser lanzada? Tal vez la finalidad de la roca fuese solo ser parte de un todo. Una roca por sí misma, flotando en la inmensidad del espacio profundo, no representaba mucho, pero cuando formaba parte de una montaña, cuando descansaba sobre su falda contribuyendo a su estructura, era algo. Donehogawa pasaba los días sintiéndose parte de un todo, y nunca nadie, en ninguna parte, lo oyó quejarse.

El 9 de diciembre de aquel año, sin embargo, mientras el *sheriff* Buchanan d Hillsdale, Nueva Jersey, encontraba a tres hombres en mitad de una carretera, Donehogawa Parker, que estaba en ese momento sentado en su roca en el bosque, se quedó dormido. Tuvo sueños. Soñó que era un pájaro grande y luminoso que sobrevolaba campos enormes de maíz. El maíz era uno de los regalos del Gran Espíritu, de acuerdo a las creencias *cherokee*, y él estaba encantado de ver sus espléndidos tonos dorados, repletos de matices brillantes, meciéndose suavemente con el empuje de una agradable brisa estival. Era un sueño agradable, como los había tenido antes muchas veces; los sueños hermosos eran otro regalo del Gran Espíritu.

Pero algo ocurrió mientras volaba: de repente, el maíz empezó a morir, como si se quemase sin llamas. Se volvió negro, se arrugó y se dobló sobre sí mismo, echado a perder. El campo dorado que reflejaba la luz del sol se convirtió en un erial abrasado y humeante en pocos segundos, y el aire se enrareció hasta ser irrespirable.

Donehogawa empezó a virar para alejarse de allí, pero maniobrar no era fácil: un súbito viento huracanado le impedía dirigirse a donde quería. De pronto, estaba rodeado de nubes negras que evolucionaban con una velocidad pasmosa, produciendo corrientes de aire que le hicieron dar vueltas sobre sí mismo. Cayó en picado sobre el campo negro.

Y cayó.

Y cayó.

En el último momento, cuando iba a estrellarse, era otra vez un hombre. Aterrizó hincando la rodilla y levantando una nube de polvo negro y cenizas, y estas, al ser expulsadas al aire, dejaron al descubierto una alfombra de huesos y cráneos con unas bocas espantosas, abyectas, colmadas de dientes como no los había visto nunca. Donehogawa se quedó inmóvil, consumido por una repentina sensación de terror y tristeza como no las había conocido en su vida. Era una especie de fosa común, un cementerio con muchos cadáveres apilados. Pensó en las historias de muerte y sufrimiento de su pueblo, y en los asesinatos de mujeres y niños en las guerras indias. Pensó en el coronel George Armstrong Custer, el Séptimo de Caballería y la batalla del río Washita. Pensó en el dolor. El sufrimiento. La muerte.

Pero cuando miró hacia arriba, vio un pequeño bastión de luz. Allí delante, en una colina, divisó un reducto de maíz que aún permanecía fuerte y brillante bajo una porción de cielo sin tormenta, un círculo perfecto donde el cielo era todavía azul. Y contemplándolo, Donehogawa comprendió que ese bastión

irreductible era... era el bien absoluto. Era la luz entre la oscuridad, la vida entre la muerte, la esperanza en la derrota; una chispa de esperanza.

Donehogawa se dio la vuelta. Allí, en el horizonte, vio figuras tenebrosas que se movían como un tsunami de brea, impregnándolo todo de un tufo maloliente. A medida que progresaban, iban cubriéndolo todo de un pringue repulsivo, caliente, fétido, que deformaba los volúmenes y convertía todo cuanto veía en una secuencia desvaída, en blanco y negro, sin calidad visual, como una mancha borrosa, degradada. Y al verlos, Donehogawa pensó: el enemigo.

Eran el enemigo.

Se dispuso a proteger el maíz: la vida.

Abrió las piernas y...

Algo le tocó el hombro.

Donehogawa se dio la vuelta, alerta, solo para descubrir a una mujer, una americana caucásica que lo miraba, ofreciéndole algo que sostenía entre las manos.

—Eh —le decía—. ¿Quieres una tarta?

Después de eso, despertaba.

Tuvo ese sueño cada noche, y a medida que las noticias sobre los vampiros se iban propagando y empezaban a contaminar su día a día, empezó a asociar la tormenta y la brea negra del sueño con el problema de los vampiros. Los vampiros eran la muerte, la enfermedad; eran la alfombra de cráneos negruzcos cubiertos de cenizas de su sueño. Eran la tormenta destructora.

En algún momento llegaron las evacuaciones en los estados cercanos a New Jersey. Donehogawa no sabía qué hacer. La vida cambió de repente. Las tiendas ya no abrían, los lugares de trabajo se quedaban vacíos, por todas partes reinaba el caos. Los rumores se superponían a las noticias, las exageraciones ribeteaban el cáncer del miedo que afectaba a todos los civiles, a los aparatos de seguridad, a las instituciones, al gobierno federal. Todo el mundo cogía su coche para irse a otros estados, a otras ciudades, a la costa, al mar. Pero según se iban, otros llegaban desde el oeste, pensando que allí estarían a salvo, y cuando se encontraban entrando y saliendo de la ciudad se miraban al cruzarse en los atascos de la carretera con pensamientos encontrados: «¿Te equivocas tú o me equivoco yo?». Luego aprendían que los vampiros avanzaban cada noche, todas las noches, a una velocidad desquiciada, y comprendían... terminaban comprendiendo que daba igual aquí que allí. Llegarían hasta ellos.

Esos días, el sueño de Donehogawa se fue perfilando, como un cuadro ya terminado que el autor fuera retocando paulatinamente, añadiendo pequeños

detalles que realzaban la expresividad y aportaban conducciones sensoriales que antes no estaban. Detalles. Mensajes. Información. Y en esos repasos oníricos, la marea negra se convirtió en roja, rojo sangre que olía a sangre y se sentía como sangre y que llenaba la línea del horizonte. Y por eso, una mañana, con los vampiros ya a las puertas del extremo oriental de California, Donehogawa comprendió por fin el cuadro general de las cosas. Comprendió que la Marea Roja del sueño eran los vampiros, y que el maíz era la vida, como lo había sido para sus ancestros. Un regalo de los espíritus para su pueblo.

En una de las ocasiones, el Gran Espíritu se le apareció en sus sueños. Estaba en el centro de los campos de maíz arrasados, en el bastión irreductible que aún crecía. Su forma oscilaba entre los tres animales sagrados de su tribu: la serpiente, el lobo y el águila. A veces se solapaban, y el Gran Espíritu, que para otras tribus indias nativas americanas era Manítú, aparecía como una serpiente con alas, o como un águila con ojos profundos y penetrantes de lobo. Y a su alrededor flotaba una neblina blanca donde, a veces, se asomaban ojos curiosos de otros que, como Donehogawa, también soñaban.

Mucho tiempo estuvo el Gran Espíritu en presencia del Donehogawa dormido, ofreciéndole el gran regalo de su tiempo, sin hacer o decir nada más. Complacido con su protección, Donehogawa fue abandonando toda inquietud, miedo o recelo. El Gran Espíritu cuidaría del maíz, y todo estaría bien. Eran él y el Gran Espíritu, el Gran Espíritu y él, emplazados en el bastión del maíz que aún preservaba la vida.

De repente, el Gran Espíritu se convirtió en un hombre. Un anciano recorrido por arrugas profundas, casi sin ojos, la mandíbula adelantada al modo de los muy adentrados en años. Y señalando el suelo, le dijo:

—Otne Marcas.

Donehogawa repitió las palabras en su cabeza, una y otra vez, mientras el Gran Espíritu se transformaba de nuevo, ahora en un águila, y emprendía el vuelo. Aún no se había alejado mucho cuando el águila empezó a palidecer hasta desvanecerse en el aire.

En ese momento, Donehogawa despertó.

Otne Marcas.

No sabía lo que significaba. ¿Se trataba de alguien? ¿Era... algún idioma extraño? No lo sabía, pero sin duda era algo importante, pues las dos palabras provenían del Gran Espíritu, y en él no había nada desdeñable. Sin embargo, durante los días siguientes se olvidó del sueño. La realidad se imponía, arrebatándole todo el tiempo libre. Cada noche los vampiros ganaban terreno;

ocupaban las casas vacías y se encargaban de la gente que aún pudiera haber en ellas. Asesinaban. Destruían. El este de California, por la mañana, olía a consultorio médico, a armario rancio de medicinas del siglo pasado, y también a matadero.

Donehogawa no era un luchador, ni un combatiente, ni nada remotamente parecido. Jamás en su vida había levantado la mano para hacer daño a alguien; no a un animal, desde luego, ni tampoco a una persona. Tales cosas ni siquiera se le habían pasado por la cabeza. Era tranquilo, pacífico, hablaba poco y despacio y no había disfrutado de relaciones sociales más que las imprescindibles para mantener su tienda abierta, y mucho menos sentimentales, porque su modo de vida era la comunión con la naturaleza y la paz que se obtiene de la mera observación del mundo. No veía noticias, ni en internet, ni en la televisión, radio o periódicos. Tampoco películas. Estaba desconectado y conectado a la vez; para él, el paseo distraído de un escarabajo era mucho más interesante que los incomprensibles tejemanejes bursátiles de los vericuetos económicos, sociales y políticos del mundo.

Cerró la tienda, desconectó la luz y el agua y se marchó, como casi todo el mundo, justo antes de que los monstruos empezaran a llegar como una marea. El mar ya no era una opción. No quedaba ni un solo barco disponible en toda la costa de California, desde San Diego a San Francisco, y de todas maneras, no servía cualquier barco: no había nada durante muchísimas millas hasta llegar a Japón, y el océano podía ser tan peligroso como una ciudad llena de vampiros. Ir al sur tampoco era nada sensato, por lo que había oído. Pero el norte...

Donehogawa intuía que el norte podía ser una opción. Canadá. Alaska. Por lo poco que había visto en las noticias, los vampiros eran seres monstruosos que no atendían, aparentemente, sus necesidades básicas. El frío intenso del norte del país parecía una opción interesante.

Esa misma tarde, conduciendo su vieja furgoneta por la autopista 5, vio un cartel rojo con letras blancas en la carretera que decía: BIENVENIDOS A SACRAMENTO. Había pasado por allí muchísimas veces, pero de pronto, la palabra Sacramento lo golpeó como una bofetada.

SACRAMENTO.

Al ver el nombre escrito, las palabras del Gran Espíritu regresaron de repente a su cabeza.

Sacramento.

Solo había que leerlo al revés: Otnemarcas.

Otne Marcas.

Detuvo el vehículo, derrapando y dejando marcas negras en el asfalto. Necesitaba parar. A veces, el mundo iba demasiado rápido, y Donehogawa era de ritmos lentos. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Miró el cartel de nuevo. Otne Marcas. No había duda. Ese era el mensaje del Gran Espíritu. Era su objetivo, o el primer paso en el camino de su objetivo. Sonrió.

«Todos tenemos un objetivo que cumplir —decía la voz de su madre en su recuerdo—. Y tú, Donehogawa, eres el Guardián del Amanecer.» Y era más que curioso, por cierto, que el amanecer fuese la única cosa que frenaba completamente a los vampiros.

Aún faltaban unas horas para el amanecer, así que Donehogawa dejó el vehículo y empezó a andar. De todas maneras, un poco más adelante, la carretera estaba cortada por un montón de coches vacíos y atrapados en un atasco propiciado por un enorme camión de bomberos atravesado en la carretera.

Sus pasos lo llevaron sin rumbo entre las casas, los locales y los pequeños comercios del sur de Sacramento. Un establecimiento llamado SÁNDWICH había ardidado en parte sin que a nadie le hubiera importado. Por entonces aún había gente. Gente que salía de alguna vivienda con maletas en las manos, a la carrera, y que lo miraba con desconfianza. Donehogawa levantaba una mano a modo de saludo, pero solo recibía una mirada amenazante. Gente que conducía un coche con gestos preocupados y que se saltaba los semáforos en rojo porque, para entonces, el tráfico era ya escaso. Gente que caminaba por la calle sin demasiada prisa, indecisos, mirando a uno y otro lado, incapaces tal vez de decidir adónde ir o qué hacer. Una señora estaba de pie delante de una tienda de comestibles con el bolso en la mano, confundida. Quizá se preguntaba por qué estaba cerrada la tienda, y qué iba a hacer ahora para comprar cosas.

Cosas.

Sus pasos lo alejaron poco a poco de las casas y lo condujeron por caminos rodeados de sembrados. Olía a hierba y a estiércol. El día moría con rapidez y el silencio reinaba por todas partes, lo que era, desde luego, bastante raro. Donehogawa estaba acostumbrado a la persistencia exuberante de la vida en lugares como el parque Yosemite, que no callaba ni siquiera de noche. El ronroneo apacible de los pájaros en sus nidos, el correteo incesante de las alimañas nocturnas, la lenta respiración del propio bosque, dormido, tranquilo, ausente. Pero allí, el bosque callaba porque estaba alerta. Y el silencio... el silencio se te metía en la cabeza y te oprimía los pulmones, no como si te privara del aire, sino como si te lo robara.

Después de un rato, con el sol declinando ya en el horizonte, Donehogawa

se sentó en una piedra. Otra vez piedra, otra vez parte de una montaña. Antes la noche lo había preocupado cuando aún era de día, por ellos, por los asesinos del maíz. Había pensado que tendría que buscar un lugar seguro, ocultarse, quedarse callado durante la noche y esperar al nuevo día. Pero ahora que estaba en OTNEMARCAS y que sabía que era el Guardián de la Puerta Oriental y lo que significaba, decidió que se quedaría bajo el cielo nocturno. Si había un camino que afrontar, no sería escondido en ninguna parte. El camino no se andaba oculto. Se andaba con la cabeza alta, con sol o sin él sobre la cabeza.

Cerró los ojos.

El silencio lo envolvió como una manta.

La oscuridad total.

El sonido suave de su propia respiración.

Su... su corazón, motor de vida.

Su... sangre.

Donehogawa abrió los ojos de nuevo. De repente, todo había cambiado. Estaba otra vez en los estériles parajes arrasados de sus sueños, con los huesos de millones de cadáveres despuntando entre restos nauseabundos de carne podrida y en descomposición, quemada por fuegos pasados. Pero allí, justo detrás de él, estaba el bastión de maíz aún vivo y saludable, meciéndose por la brisa de la muerte que danzaba alrededor.

Donehogawa se levantó, sin dejar de mirar, pero tan pronto lo hizo, la imagen se desvaneció como fragmentos de un lienzo que ha ardido y cuyas cenizas han quedado prendidas en el aire, livianas, soportadas solamente por la presencia de aire, revelando los sembrados nocturnos que había detrás.

Estaba allí. El bastión de vida estaba físicamente allí, en aquel campo sembrado, de alguna manera que no podía comprender. Pero allí.

Donehogawa pasó varios días en aquel lugar, entrando en comunión con él, conociéndolo y aprendiendo a sentirlo en su interior. Ese paso era imprescindible. Lo sentía despierto y lo sentía dormido, cuando se le revelaba como lo que era en realidad. Los lugares sagrados no eran desconocidos en la cultura de los indios nativos americanos, pero se sentían diferentes a como un americano moderno, o un europeo, podían entender sus «lugares sagrados». Para estos, una iglesia podía representar un lugar sagrado, pero si la iglesia se destruía, el lugar volvía a ser un lugar normal, y en su emplazamiento se podía edificar cualquier otro edificio secular: un McDonald's, un lavacoches, un aparcamiento. Para la tribu de Donehogawa, como para muchas otras tribus nativas americanas, un lugar requería una comprensión íntima antes de que

alguien, normalmente un chamán, dictaminara que el lugar era sagrado. Había pruebas que hacer, rituales que celebrar, visiones que tener, y entre otras cosas, la medicina en esos lugares debía tener unos resultados fuera de toda duda. La madre de Donehogawa se había apartado de la cultura moderna de la tribu porque, en su opinión, se había ido diluyendo con el paso del tiempo. Los vestigios de los *cherokee* se reducían a un comercio libidinoso de cualquier cosa que pareciera relacionada con ellos, así que Donehogawa no había conocido a ninguno de los chamanes que quedaban todavía por el país. Sin embargo, su sangre *cherokee* lo guiaba bien, y las enseñanzas de su madre y el tiempo que había pasado sintiendo al mundo vivo a su alrededor, también.

En ese tiempo, Donehogawa oyó cosas lejanas. Disparos, a veces. Gritos, en otras ocasiones. El ruido de un motor que crecía en intensidad en alguna parte para luego desaparecer. Y luces; a veces veía luces al norte, luces pálidas que se movían en la distancia y que, de repente, desaparecían. Sabía que el mundo estaba revuelto, que la Marea Roja estaba ganando terreno más rápidamente de lo que lo hace un río descendiendo por una cañada empinada, pero no se movió. No se movió porque pensaba que ese era su lugar, el lugar que debía proteger, aunque aún no supiera cómo.

Una tarde, Donehogawa empezó a sentirse raro. A medida que la luz se extinguía en el cielo, empezó a preguntarse por qué no había visto aún ningún vampiro. Debía de ser el único americano que no había conocido uno cara a cara todavía. Si era el guardián de algo, si estaba a cargo de ese... lugar sagrado, se estaba perdiendo algo, o había algo que no estaba haciendo bien.

Debía de haber, sin duda, otra tarea pendiente, en alguna parte.

Sin pensarlo mucho, empezó a andar hacia el oeste, hacia el mar, solo por ver qué encontraba. Caminó durante un buen rato, moviéndose con el sigilo natural que lo caracterizaba. El respeto por la naturaleza le había enseñado que era un invitado cuando se encontraba en el bosque y, como tal, ni siquiera hacía ruido; se movía como un fantasma entre los árboles. Un fantasma de Sacramento.

El fantasma acabó pasando junto a un grupo de casas arracimadas junto a la carretera. El olor a hojas de pino, a bosque, a tierra húmeda, se vio repentinamente sustituido por otro muy diferente. Donehogawa frunció el gesto. No conocía el olor, pero podía identificarlo. Era el olor de la corrupción orgánica, de la vejez prematura, de la antítesis de la vida. De la enfermedad. Cuando percibió eso, se detuvo. Supo que, de alguna manera, había llegado. Había...

Había encontrado a los vampiros.

Respiró hondo

No sabía qué hacer o qué se esperaba de él; aún no lo había comprendido todo. Sus ritmos lentos lo estaban retrasando de algún modo porque... porque todo estaba ocurriendo, y estaba ocurriendo en ese momento. Allí. Ahora. Ya. La sensación de urgencia lo incomodó; ni siquiera había comprendido del todo el significado del sueño. Echó de menos a su madre. Su madre habría sabido qué hacer.

El lugar sagrado.

Los vampiros.

Su propósito.

¿Cuál... era... su... propósito?

Combatirlos no, eso seguro. Él no era un guerrero. No lo era. Eso estaba tan claro como que el sol salía por el este. Ni siquiera sabría por dónde empezar. ¿Debía... impedir que los vampiros... encontraran el lugar sagrado? ¿Debía atraerlos allí para... cumplir algún destino oculto en el devenir de las cosas?

Cosas.

Estaba pensando en eso cuando experimentó una sensación extraña en la nuca. Ni siquiera se dio tiempo a pensar; simplemente se volvió en la dirección exacta, y allí, justo allí, vio una figura. Un hombre. Un hombre que lo observaba desde el otro lado de la calle. Se miraron fijamente. Parecía una persona normal; nada en su aspecto le hubiera hecho pensar en monstruos. Vestía ropa oscura, sí, pero los pantalones eran de pinzas, caros, y el jersey tenía un corte elegante y le sentaba como un guante, como si lo hubieran hecho para él. Podía imaginar a aquel hombre en la recepción de un hotel, consultando su móvil y revisando sus cuentas online.

Pero no era una recepción de hotel. Estaban en una calle que olía a muerte, en una ciudad que a esas horas debería tener todas las farolas encendidas, y, sin embargo, estaba apagada y muerta como si en mil kilómetros a la redonda no viviera nadie. Como si nunca hubiera vivido nadie.

Se quedaron quietos, mirándose el uno al otro sin moverse, sin decir nada, durante una eternidad, hasta que, por fin, el extraño empezó a andar hacia él.

Donehogawa supo quién era por su olor, no por lo que parecía. Su mirada era torcida, sí, pero había visto hombres con miradas torcidas anteriormente; algunos incluso llevaban a sus hijos de la mano por la zona donde tenía su tienda *cherokee*. Pero aquel hombre olía... olía diferente. No olía como ningún hombre o mujer que hubiera conocido. Y, sobre todo, se percibía diferente. Algo en él le

provocaba rechazo. Le provocaba tanto rechazo como los productos falsos y fabricados en serie que pretendían imitar la artesanía *cherokee* manufacturada.

El vampiro avanzaba sin prisa, porque no tenía ninguna. Había pillado a uno, un tarado que aún creía que podía ir por ahí de noche. Un imbécil que debía de haber salido de su agujero porque, tal vez, ya no podía soportar el encierro nocturno; o quizá no había conseguido soportar la maldición de la espera durante las horas de luz porque sabía que la noche era inevitable. Otro débil. Sangre fácil.

Donehogawa esperó, sin ningún propósito en mente. No pensaba nada, de hecho; solo miraba al monstruo, sentía al monstruo. No pretendía huir, ni enfrentarse a él, solo sentirlo. Lo que intentaba hacer era comprenderlo, como un *cherokee* comprende su lugar en el mundo, en el enclave de las cosas, su unión con él, y estaba tan concentrado en ello que no se dio cuenta de que el vampiro se acercaba demasiado. Pero mientras lo miraba, de pronto, el vampiro se detuvo cuando estaba ya a pocos pasos. El monstruo inclinaba la cabeza a un lado, mirándolo con la frente arrugada, como si estuviera viendo algo raro. Algo que no encajaba.

Mirándolo, viendo su duda, Donehogawa comprendió lo que tenía delante. Vio su negra composición, el vacío abisal de su interior. Era brea oscura, pegajosa, era un cáncer. Era la enfermedad, la podredumbre. Era la sangre roja y abyecta que consumía el maíz y lo agostaba.

Y comprendió... creyó comprender su finalidad.

—Puedo ayudarte —dijo con suavidad.

El vampiro ladeó aún más la cabeza.

— ¿Puedess... ayudarnoss? —preguntó el monstruo.

—Creo que puedo —añadió Donehogawa.

El vampiro sonrió.

No dijo nada más. Se lanzó hacia él de improviso.

Donehogawa se echó hacia un lado con inesperada rapidez, y el vampiro lo sobrepasó.

—Puedo... curarte... —insistió Donehogawa.

Pero el vampiro se volvía ya hacia él. Ahora tenía el rostro contraído en una mueca de ira. Su boca se convirtió en una oquedad oscura, alargada, que rasgó la piel de su cara como si un cuchillo invisible cortara sus mejillas, y una fila de dientes apareció tras los labios estirados como vejigas de animal.

Esta vez, Donehogawa, que era alto y de hombros anchos y le sacaba una cabeza, lo tomó con sus manos y lo obligó a darse la vuelta. Entonces le pasó un

brazo por el cuello y lo atrajo hacia él.

—Te ayudaré —le susurró al oído.

El vampiro empezó a debatirse. Era fuerte. Muy fuerte. Movía los brazos y las piernas como un poseso mientras chillaba con voz aguda. A Donehogawa le recordó al grito histérico de un cerdo cuando sabe que van a pasarle el cuchillo por el cuello.

Donehogawa cerró los ojos.

Podía sentirlo con claridad. Su mal. El mal que lo consumía. Y buscó a la persona que debió de haber sido debajo de aquel pozo de oscuridad. Buscó mientras el vampiro se debatía, intentando liberarse, levantando a veces las dos piernas en el aire sin que Donehogawa cediera.

Donehogawa lo intentó. Lo intentó de veras. Empezó a sudar. Podía sentirlo tan claramente como podía sentir los rayos del sol en la piel en una mañana clara, pero no había ninguna manera de que pudiera hacer algo con ello.

El mal que lo consumía estaba demasiado agarrado a su ser. Aquel monstruo ya no era otra cosa que... un monstruo. Había avanzado demasiado por el túnel de la noche, recorrido demasiado camino, cruzado demasiados puentes sobre aguas turbulentas, y los puentes se habían... quemado. Ya no quedaba nada de ellos. Cenizas.

Donehogawa dejó escapar una lágrima.

—Lo... siento —murmuró.

Flexionó el brazo para apretar el cuello del monstruo.

El vampiro se sacudió con redobladas fuerzas. Extendía los brazos hacia su rostro con la intención de arañarlo, de alcanzarle los ojos, de desgarrar la carne con sus garras, pero Donehogawa se mantenía firme. Era una roca, como una vez concluyó. Era una montaña. Y no se movió.

Le llevó mucho más tiempo del que jamás hubiera pensado, pero cuando terminó, el cuerpo del vampiro colgaba de su brazo, inerte y sin vida.

Lo dejó cuidadosamente en el suelo, como si no quisiera que se hiciera daño.

Lloraba.

—Lo... lo siento —dijo—. Lo siento, hermano. Ahora, descansa por fin. Descansa y ten buen viaje.

Se quedó un rato todavía con el monstruo, mirando sus facciones desencajadas. La lengua hinchada y amoratada colgaba a un lado de su boca deformada. Poco a poco, la boca volvió a su estado natural, los dientes se retiraron en las encías estiradas y la piel recuperó el aspecto que tenía antes de

que los vampiros se esparcieran por el mundo.

Cuando la transformación terminó, tenía a un hombre común delante de él. Un hombre que debió de haber pedido, alguna vez, un crédito para comprar su primer coche, lleno de ilusión, que quizá leyó un libro que lo conmovió, que alguna vez fue al cine cuando era niño, a la matinal de los sábados, henchido de entusiasmo, para ver una película fantástica llena de efectos especiales. Un hombre que alguna vez hizo algo bonito por alguien. Alguna vez. Quizá.

No podía curarlos. Nadie podría curarlos, jamás.

Pero, se dijo, podía liberarlos.

Y supo también otra cosa: que ninguna criatura con la enfermedad interior que los monstruos tenían podría jamás acercarse al suelo sagrado que había estado guardando.

Y ese, pensó al fin, con los ojos anegados en lágrimas, puede que sí fuera su camino.

Capítulo 21

LA BATALLA DE NASHVILLE



1

Jerry tenía veintitrés años y Paisley solo diez. No hacía mucho eran dos desconocidos, pero ahora ella se abrazaba a él como si fuera su padre, cada noche, y él sentía como si fuera de su propia sangre.

Habían pasado penurias, desde luego, pero a veces, cuando llegaba la mañana y él le revolvía el pelo en la cama y retiraban los mamparos para que pasara la luz y volvían a tirarse en la cama para jugar y reír como dos locos, Jerry pensaba que... realmente, y después de todo, las cosas no habían acabado tan mal.

Jerry encontró a Paisley en la carretera, cerca de un coche siniestrado. La niña lloraba, sentada en el suelo frío y húmedo de asfalto, con una pequeña maletita de viaje rosa de «Hora de Aventuras». La carita de la Princesa Chicle sonreía bajo una lluvia tímida pero constante. En el coche, Jerry encontró a sus padres, degollados por una herida rápida y siniestra en el cuello. La sangre empapaba sus ropas. Jerry nunca supo si había sido un vampiro o un ser humano, y desde luego, nunca se lo preguntó a Paisley. Había... había gente mala rondando por el mundo, y eso era todo. Gente liberada del miedo a ser capturada por las fuerzas de la ley y el orden, eximida de la necesidad de frenar sus instintos, que se movía por ahí, abierta o sigilosamente, y que encontraba placer en destruir solamente por destruir. Vampiros sin bocas inmundas, pero vampiros.

Jerry iba sin rumbo por la Sesenta y Cinco. Al norte, al sur, le daba lo

mismo. Se mantenía en movimiento, sin ninguna razón en particular, tal vez con la esperanza secreta de encontrar gente organizada en alguna parte. Debía de haberla. La gente se reunía y se ayudaba en tiempos de necesidad; algunos, al menos. Deberían. Pero Paisley estaba agotada, exhausta emocional y físicamente, y acabaron refugiándose en un pequeño motel de carretera, el Comfort Inn & Suites, en el 600 de Red Ink Drive. No quedaba nadie allí, así que tenían todas las habitaciones a su disposición. Jerry eligió una habitación grande con dos camas enormes, pero ella solo quiso dormir debajo de la cama, no encima. Jerry estuvo con ella toda la noche, respirando polvo antiguo. A ratos, la niña lloraba en sueños.

Los días siguientes fueron una aventura tras otra. Paisley parecía haber reseteado la situación. Nunca, en el tiempo que pasaron juntos, preguntó o dio la impresión de que quisiera hablar de sus padres. Se encariñó con Jerry enseguida, y cuando una niña de diez años te da su amor sincero, limpio, directo, solo puedes responder. Jerry se convirtió en su mejor amigo de juegos, y viceversa.

El comedor del hotel se convirtió en un laberinto lleno de recovecos y secretos. Extendieron manteles y sábanas entre las mesas y las sillas, formando túneles donde colocaron todas las flores de plástico que encontraron repartidas en las habitaciones. Muchas, por cierto. Conformaron una selva extraña, de juguete, que en la imaginación de ambos se convertía en un exuberante vergel donde, a veces, una cacatúa invisible de la extrañísima familia de las *Cacatuoidea Invisibilia* (que comía pistachos solamente una vez por semana, y nunca durante más de veintisiete minutos) cambiaba de una rama a otra. Cada mesa era un mundo aislado y diferente, un recinto privado que encerraba un universo único. Bibliotecalia, por ejemplo, contenía la monumental y fascinante colección completa de las Veintisiete Revistas del Motor Perdidas, que Jerry había recopilado por todo el hotel, y un único y raro ejemplar de *Te Untameable Shrews* con unos dibujos fascinantes. Poohn era donde el Rector de la Miel, el señor Winnie the Pooh, ofrecía sabios consejos a todo el que fuera a consultarle, cosa que, de hecho, hacían a veces. El consejo era siempre, y en todos los casos. «come un poquito más». También estaba la Vía Láctea, con cajas y cajas de batidos y botes de leche apilados para que los aventureros agotados pudieran tomar un refrigerio, y el Enclave Último, Relaxia, donde podían dormir la siesta enredados entre la mayor aglomeración de almohadas a este lado de la galaxia, acunados por la suave brisa que emitía un pequeño ventilador a pilas.

Oh, las aventuras que se vivieron en aquel comedor, ahora que América estaba arrasada, podrían llenar las páginas de un libro. Cuando no buscaban el

Inaudito Tesoro de Jack Pellier utilizando cucharas de postre en unos cincuenta kilos de azúcar esparcidos en alguna parte, hacían dibujos preciosos en enormes manteles de papel para complacer a los Quince Diosecillos Iracundos de Hong Shao Dao. La recompensa era fastuosa: inmersión de cara completa en un merengue de un kilo.

Nunca antes en ese hotel, con probabilidad, había habido más risas a media voz pero hinchidas de felicidad; si los edificios pudieran sonreír, la fachada del Comfort Inn & Suites se habría combado entera.

La despensa del hotel, por cierto, estaba realmente a tope. Jerry pensó que el camión de provisiones debía de haber pasado justo antes de que todo se fuera al carajo. La mayor parte de la comida era enlatada, no perecedera, aprovechable, pero aunque no había electricidad, la cámara frigorífica era grande y aún conservaba frío suficiente para mantener la carne y las verduras en buen estado. Jerry habría jurado que el frigorífico que había dejado en su casa enfriaba menos que aquella cámara, incluso apagada. Y Paisley, por cierto, se enamoró perdidamente de los Ghirardelli, chocolates en tableta. Los de caramelo eran buenos, pero los de fresa..., oh, los de fresa le ponían, literalmente, los ojos en blanco.

Pero al llegar el atardecer, todo se ponía en pausa. Jerry y Paisley regresaban a su habitación y se metían bajo la cama, silenciosos, sin decir nada. Y sí, a veces, en el silencio de la noche, oían ruidos, por supuesto. Pasos, a veces, o algo que parecían pasos; sonidos que no podían identificar, y en cierta ocasión Jerry creyó oír el sonido de un motor a lo lejos.

También oyó alaridos. Aquella fue la única vez que hizo un esfuerzo por tapar los oídos de Paisley sin que se despertara.

El amanecer, sin embargo, deshacía los fantasmas de la noche. Empezaba un nuevo día. Los mamparos de las ventanas se retiraban y Jerry proponía la Séptima Expedición Universal a las Grandes Reservas de Alimento del Oeste, para coger galletas, un par de botes de leche y «algo nuevo». Esa era la norma. Probar cada día algo nuevo. ¿De qué otro modo habrían descubierto que la mermelada de arándanos sabía horrible si la combinabas con atún?

También paseaban. Jerry no sabía nada de hipnotizados, guardianes, dóberman o como se los llamase en según qué sitios; de lo contrario, puede que, tal vez, hubiese decidido quedarse en el Hotel Mágico, como ellos lo llamaban. Pero los paseos alrededor del Comfort Inn & Suites discurrían por parajes hermosos, con bosques y senderos marcados con indicadores de madera que anunciaban rutas largas y rutas cortas, rampas y escaleras de piedra

hermosamente talladas, y luces que, en otros tiempos, debían de haber propiciado paseos nocturnos muy agradables, y Paisley disfrutaba mucho de la naturaleza viva, bulliciosa, verde y fresca.

Esa mañana empezaron a oír un estruendo creciente que parecía venir de todas partes a la vez.

—¿Qué es... eso? —preguntó Paisley con su divertido acento del nordeste del país.

—No lo sé, cariño —respondió Jerry.

No lo sabía, eso era cierto, pero lo sospechaba. Jerry había vivido en Nebraska durante al menos ocho años, y sabía cómo sonaban las enormes máquinas quitanieves cuando avanzaban despacio por las carreteras, en hilera, para distribuirse por el condado. Aquel sonido era parecido.

—Vamos a echar un vistazo, pero con cuidadito.

—Con cuidadito —asintió Paisley.

A medida que se movían entre los árboles hacia el este, el sonido crecía. Ruido de motores, de maquinaria pesada, hidráulica, renqueante, monocorde. Y cuando tuvieron a la vista la autopista 65, que incidentalmente conectaba Pensacola con Nashville, descubrieron de qué se trataba: una hilera interminable de vehículos militares; camiones, tanques transportados en vehículos preparados para ello, tráileres gigantes con cohetes anclados en su parte de atrás, blindados con torretas y soldados pertrechados tras sus protecciones.

Jerry sintió que el corazón le daba un vuelco.

Soldados. ¡Eran soldados!

Ni siquiera se fijó en sus distintivos; cogió a Paisley en brazos y corrió hacia ellos con una sonrisa de felicidad.

—¡Lo hemos conseguido, cariño! —le decía—. ¡Son soldados! ¡Soldados por fin! —gritaba mientras corría—. ¡Mira cuántos, mira Paisley, soldados!

Jerry sintió que algo lo empujaba. Un golpe fuerte en el pecho, como si alguien acabara de darle un empujón. Solamente un instante después oyó el trueno.

Cayó al suelo de espaldas, desvaneciéndose rápidamente, con Paisley encima. La pequeña tenía los ojos cerrados. Intentó respirar, pero descubrió que no podía. Miraba las nubes y el cielo azul que iba perdiendo color a pasos agigantados. Color y nitidez. Pasó una mano por la mejilla de la pequeña, casi sin darse cuenta, y luego...

Luego murió.

No se dio cuenta de casi nada.

Aleksei Lébedev levantó la cabeza, apartando la vista de la mirilla de francotirador. Su compañero bajó los prismáticos.

—Baja confirmada y... baja confirmada —dijo—. Una bala. Dos bajas.

Aleksei asintió.

Era, por supuesto, la Directiva *Uborka* .

«Cualquier persona, sin importar si es civil o militar, su sexo, edad o condición, es susceptible de ser el enemigo. El enemigo puede poner en peligro la seguridad de toda la unidad, misión o misiones. El enemigo debe ser neutralizado completamente a primera vista, sin preguntas, sin dar tiempo a pronunciar palabra, por cualquier medio expeditivo que garantice su muerte y completa erradicación.»

Había hecho su trabajo, rápidamente y de forma eficiente. Por eso estaban en la torreta, con un rifle de francotirador, para abatir a cualquier sujeto que quedara a la vista del convoy. Cualquier sujeto. Sin excepción.

—Espero que haya un infierno —masculló su compañero mientras escupía al suelo—. Para que podamos arder en él para siempre.

Aleksei no respondió.

2

El presidente de la República Francesa, Jefe de Estado de Francia, gran maestro de la Legión de Honor y copríncipe de Andorra entró en la Sala de Crisis media hora tarde.

La sala estaba llena de gente. Gente importante, con documentos importantes en la mano, expectantes y ansiosos. Todos se pusieron en pie a la vez.

—Señor presidente —dijo rápidamente un militar de alto rango, nervioso.

—¡Señor presidente! —exclamó el Ministro de Defensa intentando llamar su atención.

—Señor presidente, buenos días —dijo su secretaria, acercándose con un móvil en la mano—, el primer secretario alemán lo espera desde...

—Salgan todos —la interrumpió el presidente con voz calmada.

—¿Señor presidente? —preguntó alguien.

—Salgan todos menos Susanne, por favor.

Miradas de perplejidad.

—Señor presidente... —insistió el militar, impecablemente uniformado—. Tenemos urgentísimas decisiones que to...

—¡SALGAN TODOS, HE DICHO! —gritó el copríncipe de Andorra con la cara súbitamente roja. No miraba a nadie; estaba allí plantado, en mitad de la sala, con los brazos extendidos hacia el suelo y los puños cerrados.

Todo el mundo se quedó inmóvil, como congelado. Una mujer elegantemente vestida fue la primera en moverse y salir de la habitación a toda prisa, visiblemente indignada. Otros la siguieron, cabizbajos, preocupados, los brazos cargados de papeles y documentos.

—Señor presidente... —susurró uno de los presentes, pero no terminó. Desistió, bajó la cabeza, como avergonzado, y se marchó.

Solo Susanne permaneció en la sala, con los ojos desorbitados y la expresión tensa. En todos los años que llevaba trabajando en el gabinete presidencial, nunca había visto a su jefe comportarse así.

—Cuelgue —dijo el presidente—. Ahora.

Susanne colgó el móvil.

—Susanne —siguió diciendo el presidente mientras se sentaba a la mesa cuando la puerta se cerró—. Necesito que organice varios operativos.

—¿Operativos, señor? —preguntó ella confusa.

—Equipos especiales. Misiones de rescate.

—¿Una misión de... rescate?

—Alto secreto, Directiva Presidencial, norma uno. Hable con André, con Balzac y con Zola. Anna Zola, del ALAT.

—Anne Zola —repitió la secretaria, apresurándose a tomar nota.

—Tengo dos misiones. Necesitamos alpinistas y submarinistas.

—Alpinistas —susurró ella sin entender. La nación estaba en jaque por los dramáticos acontecimientos de París y la presión internacional, y el presidente... el presidente le estaba hablando de submarinistas y alpinistas.

—Alpinistas, sí. Para el monte Kanchenjunga. ¿Sabe dónde está?

—No, señor.

El presidente asintió.

—No importa. Póngame con Zola. Inmediatamente.

—Sí, señor —respondió ella.

3

Había cuatrocientas cuarenta y nueve millas entre Pensacola, Florida, y Nashville, Tennessee. Si se tomaba la I-65 S, esa distancia podía recorrerse en algo más de siete horas en un utilitario normal, que al menos en esa parte de

América no significaba necesariamente un coche de alta gama.

La pesada maquinaria bélica de la Federación Rusa lo hizo en trece horas. El punto de destino era una planicie enorme, un valle que el hombre explotaba para cultivar trigo y otros granos al suroeste de Nashville, con pocas construcciones en el camino.

Esperaban encontrar oposición en el trayecto, por supuesto, por eso el orden de la caravana había sido estudiado con exquisito cuidado y detalle; y por eso también se intercalaron vehículos de transporte para infantería con otros provistos de cañones y equipamiento ofensivo de alta capacidad. Pero no encontraron problemas. En absoluto.

El general Nóvikov, cuando llegaron a su destino, compuso una mueca de disgusto.

—No me gusta —susurró—. Es casi como... como si nos hubieran dejado pasar.

—¿Que nos han dejado pasar, Nóvikov? —exclamó otro oficial—. ¡Qué va! ¡Hemos arrasado a esos monstruos en Pensacola! Les hemos dado bien. ¡Los hemos pillado por sorpresa! Y acabamos de empezar.

—No lo sé... —susurró—. Supongo que sí, pero...

Pensó unos instantes, suspiró y recitó:

—«No entres dócilmente en esa buena noche.»

El otro oficial sacudió la cabeza y volvió a concentrarse en sus tareas.

Había poco que supervisar, de todas formas. Todo había sido estudiado, y cada hombre sabía exactamente lo que debía hacer. Los vehículos comprobaban sus destinos en sus dispositivos y conducían según las indicaciones en sus terminales: las zonas de descarga si eran materiales, dónde debían desplegar a los hombres si transportaban infantería, y dónde dejar los vehículos pesados como los tanques. Incluso tenían turnos de espera para evitar que todos maniobraran en el gigantesco aparcamiento que habían creado.

Hileras interminables de tiendas de lona empezaron a desplegarse poco después. Brotaban como champiñones de un tono verde oscuro en una campiña lluviosa, apretados, formando cuadrados separados por pasillos centrales. Por allí circulaban vehículos más pequeños portando todo tipo de cosas: munición, armamento, aperos de cocina, equipamiento diverso, mobiliario plegable o desmontado. Todo iba a su lugar exacto, a las ubicaciones asignadas que las terminales mostraban con precisión y claridad.

Los ingenieros trabajaban también, y rápido, para emplazar las estructuras verticales por donde iría el tendido eléctrico. Kilómetros de cable que se extraían

de bobinas gigantescas que ya contenían la medida necesaria para cada segmento. Se instalaban y conectaban decenas de miles de cajas de cambio prefabricadas con las mínimas operaciones esenciales, mientras una red de generadores temporales se instalaba en seis puntos estratégicamente separados. Conformaban una solución prevista para dos noches; eso era cuanto precisaban. Después, pasarían a formar parte de una red militar de emergencia. El plan, a corto plazo, incluía recuperar las centrales de electricidad de Nashville, lo que, según los parámetros de la misión, se haría en las dos primeras jornadas.

Paralelos a esos trabajos se desarrollaban otros muchos. Se construían torres defensivas, un sistema de raíles y una grúa móvil, y un pequeño enjambre de excavadoras (equipadas con martillos hidráulicos) trabajaban para abrir canales donde emplazarían muros prefabricados para el perímetro de seguridad.

La actividad era febril, bulliciosa, pero perfectamente sincronizada, eficiente. Todo el mundo trabajaba al máximo de su capacidad. La motivación entre los hombres era total: no pensaban solo en establecer un perímetro seguro para las operaciones de limpieza y el duro trabajo que los esperaban en las próximas jornadas; además, iban a conseguir grandes porciones de tierra para vivir con sus familias, tierras por las que en su país se pagaban grandes sumas de dinero, y el espacio que disfrutaban allí no representaba ni una décima parte.

La base Mendeléyev estaba naciendo.

Aún crecería muchísimo en las próximas semanas. Había previstos talleres de reparaciones, mejores asentamientos, servicios para los soldados, un hospital militar, mejores saneamientos, depósitos de agua y combustible, y hasta una red de ferrocarril que transportara recursos hasta su cabeza de playa. Tanto Pensacola como Nashville tenían aeropuerto, y antes de los vampiros, Southwest Airlines y Delta volaban hasta tres veces al día cubriendo esa ruta; también volaban a Valparaiso y a Panama City, en Florida, y hasta había líneas de autobús, diurnas y nocturnas, pero no trenes. Muchos de los componentes y el equipamiento para esas instalaciones se extraerían de las abandonadas instalaciones americanas abandonadas, pero eso sería en los próximos días. El objetivo inmediato probaría su protocolo de actuación limpiando completa y absolutamente la ciudad de Nashville, que ocuparían en primer lugar. Incluso estaba previsto su nuevo nombre: Stravinski. Una prueba de fuego, sin duda. Nashville era la segunda ciudad más poblada del estado, solo superada por Memphis. Casi mil trescientos kilómetros cuadrados de edificios, calles y cubiles de vampiros.

Bien entrada la noche, Mendeléyev era ya un gigante cuyo tamaño asustaría

si fuera contemplado desde el aire. Kilómetros de recursos diseminados, barracones, una red de caminos planificados que conectaban las distintas áreas, tiendas, un centro de oficiales, una oficina de comunicaciones del tamaño de un barco pequeño y muchos otros servicios, todo recorrido por la mayor concentración de soldados en activo que se hubiera reunido en un mismo lugar geográfico en la historia de la humanidad.

Para entonces los soldados estaban exhaustos, pero satisfechos. Aunque la instalación de los barracones se había completado, algunos tuvieron que montar por sí mismos las literas o los catres, y no faltó quien se tumbó directamente en el suelo para descansar el mayor tiempo posible. Habían estado entrenando duro en la Madre Rusia, habían viajado un largo trecho por el océano, repasando las operaciones de despliegue sin descanso; habían limpiado Pensacola, habían empaquetado, formado la línea de marcha, conducido hasta allí y trabajado duro para tener listo el estadio uno de la base Mendeléyev. Demasiado para un solo día. Habría sido demasiado incluso para una semana. Algunos hasta se caían al suelo, en cualquier parte, la espalda y el pecho convertidos en una oscura mancha de sudor, las manos cubiertas de polvo y tierra, las botas embarradas.

El soldado Andrey Záitsev acababa de cerrar los ojos en su litera cuando tuvo que volver a abrirlos.

Se quedó quieto unos momentos.

Sí, no se equivocaba.

Había una casi imperceptible vibración en alguna parte.

—Eh, Kostya —llamó.

Silencio.

—¡Kostya! —repitió en voz más alta.

—¡Callaos ya! —dijo alguien.

Andrey apretó los dientes, se asomó por el borde de la litera y descubrió a Kostya debajo, durmiendo como un ceporro, la boca abierta como el cráter ominoso de un volcán.

Cogió la almohada y se la lanzó.

Kostya protestó, confuso; los ojos ya enrojecidos. ¿Cómo podía tener los ojos así si llevaba menos de medio minuto durmiendo?, pensó Andrey.

—¿Qué haces, imbécil? —preguntó su compañero, pestañeando como si intentara enfocar.

—Oye, ¿es que no lo notas?

—¿Que si...? ¿Qué? Oye, como sea una de tus gilipolleces, te juro que te rompo mi bota en la cabeza.

—¡La vibración, imbécil! ¿No notas una vibración?

—La... madre que te parió... marrana... idiota...

Kostya tiró su almohada al suelo, lejos, se dio la vuelta y se dispuso a dormir de nuevo.

Andrey hizo un gesto obsceno con un dedo, compuso una cara de desdén y se tumbó en la cama. Sin la almohada.

La cama vibraba. Todo vibraba. ¡Vibraba como un teléfono móvil en una mesa cuando recibes una llamada! Brrrr. Brrrrr. ¿Cómo podía no notarlo Kostya? Sabía que, antes del ejército, Kostya había estado viviendo en Níkel y trabajando en Kotselvaara, una mina que recorría un yacimiento de... de lo que fuera. Y que la gente de las minas era ruda, por lo general, y más bruta que un pan con ladrillos, pero...

Pero ¿de verdad tenía que dormir con esa vibración?

Andrey pensó que los estúpidos de los ingenieros debían de haber instalado mal algunas tuberías, posiblemente saneamientos que conectaban las letrinas..., aunque... aunque no había visto a nadie instalando tuberías por ninguna parte.

Un río, pensó después. Un río subterráneo. Por eso los putos americanos no habían construido una mierda por esa zona, y por eso había tantos cultivos, porque por allí, debajo del lugar que los jefazos del ejército habían elegido para ellos, pasaba un puñetero río subterráneo. Un río que vibraba como un consolador a pilas.

Se dio la vuelta, cabreado.

Él no era una damisela, precisamente, y podía dormir metido en el agua o enterrado en mierda de burro, pero...

Pero esa vibración...

Cerró los ojos.

Solo tenía que dormir. Dormir. Pero estaba tan exhausto que era como si se hubiera pasado de rosca. Estaba tan cansado que le estaba costando conciliar el sueño.

Brrrrmmmmmm.

Abrió los ojos otra vez.

Coño... La vibración estaba empeorando.

Ya casi se podía oír el sonido. Un sonido como... como si...

Las literas empezaron a moverse. Algunos de los hombres se despertaron, mirando alrededor confusos.

—¡QUERÉIS ESTAROS QUIETOS! —gritó alguien.

Andrey saltó de la cama.

No era una vibración. Era un puñetero terremoto.

Sabía que en Estados Unidos había tornados y cosas, pero pensaba que eso pasaba más bien en lugares como... ¿California? En alguna parte, al menos.

Alguien salió corriendo de la tienda, vestido solamente con unos calzoncillos blancos. En ese momento una alarma empezó a sonar en algún lugar.

Kostya salió de debajo de la cama, el cabello graso y sudoroso pegado a la cabeza, mirando alrededor como si acabara de nacer a la vida.

Andrey iba a moverse también cuando una repentina grieta apareció en el suelo levantando pequeñas nubes de polvo. El crujido fue potente y grave, como el que produce un árbol cuando se desgarrá, quebrado por la sequedad y la muerte de su madera. Una tensión insoportable había terminado por resquebrajar toda la estructura. Después de eso, hubo un instante de silencio. Los soldados no se movieron, expectantes.

«Demasiado peso —pensó Andrey—. Demasiada... gente, máquinas, estructuras, tanques de cincuenta toneladas, misiles. Demasiado. El... el suelo... se ha asentado... se ha...»

Se colapsó. Se quebró en tres segmentos y se vino abajo, lanzando a los soldados a una oquedad enorme de dos metros de altura. Las literas cayeron también, mezclándose con los cuerpos, así como las taquillas de metacrilato. Kostya gritó. Todos gritaron.

El hundimiento no ocasionó daños graves, sin embargo. Cayeron encima de la tierra removida y se miraron unos a otros, con ojos espantados, las bocas abiertas, los brazos extendidos en direcciones aleatorias, como aferrándose a las rocas y las montañas de tierra fértil. En sus rostros se leía el temor de que el seísmo continuara. Pero...

Pero parecía estable.

Kostya fue el primero en sonreír, aliviado.

—¡La tierra de este país es débil! —exclamó—. ¡Tendremos que traer un poco de casa!

Los demás rieron, y en mitad de la risa... En mitad de la risa todo empezó a vibrar otra vez. El soldado Wlad Pocijewski pareció deslizarse hacia abajo, entre la tierra, como si algo tirara de él. Su expresión era una máscara de sorpresa, pero nadie lo miró; todos estaban moviéndose rápido para salir del agujero. Si la tierra volvía a colapsar, podrían quedar enterrados.

Andrey miró hacia la puerta de la tienda.

«¿Es que nadie va a ayudarnos?», se preguntó.

Unas manos emergieron de la tierra.

Wlad gritó; un grito horrible, espantoso, de puro dolor.

Brazos, brazos que despuntaban entre la tierra negra colmada de raíces viejas y finas de plantas que hacía mucho que habían sido arrancadas de allí. Y luego, cuerpos.

Surgían de todas partes, entre la tierra: cuerpos rebozados en tierra húmeda y olorosa, los ojos blancos despuntando en las caras sucias que se abrían como plantas carnívoras para revelar hileras de dientes casi metálicos.

Kostya gritó, al menos durante un instante, antes de que uno de los morlocks de H.G.Wells se precipitara hacia él.

Andrey no pudo escapar. Nadie lo hizo. Muchos ni siquiera comprendieron lo que pasaba, solo sentían... horror. Un horror potente, paralizante, que bebía de sus miedos más profundos; de los años de infancia en los que los monstruos salían de debajo de la cama, del folclore de los muertos vivientes que abandonan la tierra ávidos de matar. Veinte de aquellos seres aparecieron de pronto, seguidos de otros muchos. Treinta. Setenta. Formaron un tropel que se movía como un solo cuerpo, pasando unos sobre otros, los ojos encendidos por una fuerza desmedida y hambrienta.

Eso ocurría a la vez en toda la base Mendeléyev. La tierra vomitaba cuerpos espantosos deformados por bocas atroces en una cantidad desmesurada. Las lonas de las tiendas se venían abajo, los vehículos aparcados volcaban o se precipitaban tierra adentro por la parte delantera o la trasera. Los altavoces que los ingenieros habían instalado no hacía ni una hora aullaban una alarma estridente, hasta que el tendido cedió como fichas de un dominó; un poste tiraba del otro, produciendo explosiones y chispazos.

En el recinto de los perros, estos aullaban y lloriqueaban, dando vueltas sobre sí mismos, histéricos, consumidos por el miedo, con el rabo entre las piernas. Empezaron a morderse entre ellos, advirtiendo la amenaza en el mismo aire, y luego se lanzaron a mordisquear la reja que los mantenía encerrados. Se hacían heridas profundas en las encías y los belfos, y dejaban babas blancas y espesas como un carámbano. Cuando por fin el hueco fue suficiente para meter la cabeza, los primeros animales empezaron a escapar. El hueco no era muy ancho y tenía hierros puntiagudos, quebrados por los dientes de los animales, así que al pasar se herían los lomos a veces con incisiones profundas, pero pasaban igualmente. Su instinto los avisaba de que debían salir de allí a toda costa. Luego corrían hacia el horizonte tan rápido como podían y se perdían en él.

Más o menos por entonces empezaron los disparos.

Mendeléyev no estaba desprotegida. Los habían sorprendido justo cuando el ejército se encontraba en su momento más bajo; los hombres cansados, agotados de la dura jornada. Los mandos que diseñaron el plan de acción buscaban la máxima eficiencia. Había centenares de soldados patrullando el perímetro, vigilando las áreas iluminadas por potentes baterías de focos. Muchos de ellos empezaron a volverse hacia dentro: el enemigo los había sorprendido, pero contaban con armamento, efectivos y grandes y potentes ametralladoras emplazadas en lugares críticos.

La Federación Rusa respondió.

Las ametralladoras vomitaban proyectiles; también los fusiles de los soldados. Hileras interminables de vampiros caían bajo su fuego, los cuerpos destrozados, sin cabeza, pero otros ocupaban rápidamente su posición. Algunos perdían solamente las piernas, y se arrastraban por el suelo mientras eran pisoteados por sus compañeros.

En alguna parte, una de las torres de vigilancia se desmoronó. Una muchedumbre confusa de cuerpos histéricos la sacudió desde su base mientras el fuego intenso de los soldados intentaba detenerlos desde arriba. No funcionó. Los soldados cayeron desde lo alto sobre la masa de monstruos y se perdieron entre ellos para siempre.

El general Nóvikov observaba. El número de enemigos era demasiado elevado. Aunque sus colegas se afanaban en dar órdenes y correr de un lado para otro intentando salvar la situación, Nóvikov pensaba que estaba todo perdido. Ahora se trataba, sobre todo, de infligir el mayor número de bajas en el enemigo. Básicamente. Aún podían golpearlos duro. Aún podían....

Parte de la alambrada interna, a lo lejos, salió volando por los aires, como si fueran trozos de un estúpido diorama que un niño aburrido y harto del juego hubiera cogido y arrojado distraídamente a un lado. Nóvikov observaba con el ceño fruncido. Esperaba un ataque adicional desde el exterior. Es lo que él hubiera hecho. Pero en lugar de eso, solo divisó una única figura. Una...

«Una... ¿mujer? —pensó—. Una...»

Una mujer desnuda.

Elexia arrancó las alambradas sin apenas esfuerzo, enclavadas como estaban en sus soportes de cemento armado. Era como si fueran de papel, liviano e insustancial. La rejilla metálica se desgarraba y cedía como tiras de masilla de

modelar en las manos de un niño.

Las arrojó lejos. Volaron unos veinte metros en el aire, describiendo una parábola, y cayeron desmañadamente a cierta distancia.

Unos soldados se volvieron para mirar, con el arma preparada, y apenas la vieron, se quedaron quietos.

Era...

Era belleza. Belleza pura, concentrada, sin mácula. La perfección de la carne, el sumun de la evolución humana, aderezada por unos rasgos que no habrían podido concebir ni en los más locos de sus sueños. La especie humana llevaba produciendo hombres y mujeres hermosos, destilados de las directrices del ADN y de cierta lotería genética, desde hacía muchísimo tiempo. Esa mujer era la imposibilidad estadística. Refulgía como una rutilante estrella en la noche, y cuando la mirabas... Cuando la mirabas te olvidabas de todo lo demás. Absorber la imposible presencia de su figura era el regalo último de la existencia. Aquellos hombres habían nacido para ese momento.

Se dejaron caer al suelo, incapaces de sostenerse; los fusiles escapaban de las manos y quedaban olvidados en el suelo.

Elexia entró en la base, caminando con sus pies descalzos, como si flotara. Más que caminar, se deslizaba. Los soldados se volvían en todas partes como si la intuyeran, y cuando lo hacían, dejaban de disparar. Algunos fueron sepultados por la horda de vampiros mientras miraban y murieron embelesados, con una sonrisa de felicidad absoluta en el rostro.

A su paso, los soldados proferían murmullos ininteligibles. No podían articular palabra ni ordenar las sensaciones en su cabeza.

La horda, en todas partes, se detuvo. Se apaciguó. Los monstruos se calmaron, dejaron de correr, de perseguir, de luchar. Se postraron en el suelo, las cabezas gachas, los brazos caídos a ambos lados. La Madre, la Reina, la Señora y Dama de la Oscuridad había llegado. Ya no hacía falta que hicieran nada más.

Todo alrededor cayó el silencio.

Aun desde lejos, el general Nóvikov se quedó absorto mirando a Elexia. No comprendía lo que veía, ni le importaba no comprender. Al general le gustaban las mujeres, desde luego, pero sus relaciones con ellas podían contarse de año en año. Relaciones esporádicas de las que acababa hastiado, aburrido y cansado del proceso siempre repetitivo de la seducción, la consecución. Al final acababa desnudo junto a alguien que no le producía sensaciones, un cuerpo cubierto de sudor que olía a sexo. Prefería, con mucho, sus libros de tácticas militares, el clásico *El arte de la guerra*, pero también los libros de Carl von Clausewitz,

Lawrence Feedman, Hew Strachan y Colin Gray, entre otros. Los había leído mil veces, y hasta había empezado a escribir el suyo propio. Eso sí resultaba interesante; eso era estimulante, un universo de variables que manejar, un desafío intelectual. Nóvikov no era un hombre dominado por la química de su cuerpo, por las hormonas, por los procesos reproductores innatos que despiertan cadenas de acontecimientos químicos. Pero mirando a Elexia, una forma difusa y diminuta en la distancia, olvidó todo eso. La fascinación que sentía lo desbordó por completo. Quería... quería acercarse, admirarla, quería estar cerca, respirar el aire de sus pulmones, quería... observarla, aun sin tocarla... Antes se cortaría la mano que mancillar aquella forma imposible con sus miembros de barro. Si hubiera podido hacerlo y llegar hasta donde aquella mujer estaba, de alguna manera, se habría quedado postrado y no habría hecho nada más que poner los ojos en ella. Habría muerto de inanición, deshidratado y desnutrido, sin que hubiera sentido jamás el impulso de mantenerse con vida, los ojos vidriosos clavados en sus formas, la línea de su cuello perfecto, la exquisita redondez de sus hombros, la curvatura de sus pechos y de su vientre, el misterio de sus caderas, sus manos...; todo.

Pero Elexia miraba el suelo. Miraba la excrecencia íntima de algún soldado: un charco de sangre con restos orgánicos, rojos, un puñado de miembros repartidos, el pomo inerte de una articulación centelleante entre la inmundicia roja. Al otro lado, una mano cortada, mordisqueada, recorrida por laceraciones de dientes, incisiones profundas por las que ya no manaba la sangre. O media cara aplastada contra el suelo; el único ojo mirándola interrogante.

Compuso una expresión de desdén.

Humanos. Frágiles. Débiles. Inmundos y hediondos.

Sus tripas olían a hígado putrefacto de pato.

Mientras progresaba, andando despacio, y los soldados se rendían a sus pies, Elexia se daba cuenta de que su poder había aumentado. Mucho. Llegaba más lejos, era más intenso. Era inabarcable e imparable. Cuanto más lejos miraba, más soldados veía rindiendo sus armas, mirando en su dirección, embobados. No creía que ahora hubiera una sola alma en el planeta que pudiera oponer resistencia.

Ni una sola.

Podría...

Se daba cuenta de que hubiera podido rendir a todo el campamento ella sola. Sin hacer nada. Sin sus hijos.

Siguió andando... y encontró más cadáveres, pero esta vez...

No eran cadáveres de soldados.

Eran cadáveres de sus hijos. Sus hijos muertos.

Una hilera completa acribillada a balazos. Sus preciosos hijos, masacrados, con miembros amputados por las balas, las cabezas cortadas o destrozadas, los pechos reventados con el interior expuesto en heridas de bordes abrasados, la carne quemada, renegrida, los cabellos convertidos en una pelusa negra y retorcida. Debía de haber... ochenta. Cien. Cien de sus hijos, perdidos para siempre, irrecuperables; su preciosa sangre antigua encharcando el suelo.

Elexia inclinó la cabeza.

Cerró los puños.

— *Bo... Boginya...* —murmuraba un soldado, cerca de ella. Tenía los ojos anegados en lágrimas de felicidad—. *Boginya!*

Elexia lo miró.

Apretó los dientes.

El suelo bajo sus pies, una de las plataformas metálicas que los ingenieros habían dispuesto en según qué áreas, se quebró repentinamente en múltiples fracturas sinuosas.

Elexia ... , susurró una voz en su cabeza.

No , exclamó ella.

De pronto, empezó a transformarse.

Su forma maestra.

Su cabeza se alargó por la coronilla, la boca se ensanchó, los ojos se hundieron en una carne que se volvió dura, lacerada, como la quitina de un escarabajo. Sus brazos se alargaron y se quebraron varias veces, revelando nuevas articulaciones, y creció considerablemente en altura, casi tres metros y medio. Sus piernas crujieron y se doblaron hacia atrás, como las de una cabra, y en su columna vertebral surgieron espinas puntiagudas. Allí, en la espalda, crecieron también unos apéndices cortos y redondos que terminaban en una oquedad profunda.

Los soldados, postrados, pestañearon.

La fascinación sublime que habían sentido fue repentinamente sustituida por una sensación de miedo tan poderosa que algunos cayeron fulminados al suelo enseguida. Otros abrieron la boca en un grito congelado, sin que su garganta pudiera proferir sonido alguno, y se quedaron quietos como estatuas, sus mentes escorando hacia los márgenes siniestros de la locura. La visión de la forma maestra de Elexia desencajaba todos los esquemas mentales. Su mera existencia era un desafío a la concepción general de las cosas. La mente no podía

encajarla en los rudimentos establecidos de la realidad. La mayoría, los que estaban un poco más lejos, echaron a correr. Eran soldados de la Federación Rusa, desde luego, y habían sido adiestrados para estar en forma. Adiestramiento duro, prolongado en el tiempo. Aun así, nadie, jamás, los había visto correr como corrieron esa noche, como si volaran, transportados por las alas del terror.

Pero Elexia fue más rápida.

Su cuerpo podría, tal vez, pesar unos ciento cincuenta kilos. Ciento setenta, quizá. Pero se movió como una exhalación entre los hombres. Sus golpes eran enérgicos, despiadados, bestiales, contundentes como martillos hidráulicos de alta velocidad. No golpeaban, perforaban. Sus mordiscos atravesaban la carne de lado a lado, quebraban los huesos. Las cabezas salían despedidas, la sangre salpicaba en erupciones violentas que se proyectaban en el aire.

Sus hijos, como si percibieran la violencia, despertaron de nuevo, de repente y al unísono. Otra vez las riadas de vampiros recorrieron el campamento como fluye el agua tumultuosa por un canal, y por donde pasaban, los soldados caían.

El general Nóvikov agachó la cabeza, avergonzado. Su mano temblorosa apartó las penumbras de sus ojos. Se había... se había dejado embaucar por un monstruo. Todo el mundo lo había hecho. De eso hablaban los informes...: de hipnotismo, fascinación mental desmedida. Había leído tanto sobre estrategias..., sobre tácticas militares, sobre pensamiento profundo aplicado al campo de batalla... ¿Cómo había desdeñado tanto el hecho de que el enemigo jugaba con las mentes? Habían pensado que las balas llegaban más lejos que la mente del enemigo, pero...

Pero habían fracasado.

También se sentía avergonzado por ello.

Ahora ya era tarde. Ni siquiera quería ver cómo aquel monstruo espantoso arremetía contra sus hombres, demasiado aterrorizados como para ser capaces de empuñar un arma. No faltaba quien cogía la pistola de su cinturón y la usaba para quitarse la vida, incapaz de soportar el hecho inequívoco de que aquel demonio... simplemente... era posible.

Se dio la vuelta y miró hacia el otro lado.

Había casas allí, apagadas, silenciosas, abandonadas. Casas bonitas, al decir de él. Mientras su gente moría, Nóvikov pensó que le hubiera gustado acabar sus días en un lugar como ese. Quizá habría elegido ese mismo sitio cuando tocase repartir tierras. ¿Por qué no? Tenía... alrededores bonitos para pasear, una chimenea que atender, un techo. Tendría una buena colección de libros, un

anaquel con vinos selectos, y a su gato, *Señor Sakhar* . Era un gato precioso, albino, juguetón y sordo por añadidura. Nóvikov se comunicaba con él con unas pequeñas linternas y por señas. Era un buen gato, y un gato listo. Aquellos parajes le hubieran gustado.

«Lo siento, *Señor Sakhar* », pensó.

Un camión pasó por delante de él intentando huir, perseguido por una veintena de vampiros. El camión iba a tanta velocidad que las ruedas saltaban de arriba abajo amenazando con desmontarse. La suspensión crujía, y el toldo del compartimento de carga se estremecía como sacudido por un huracán, pero los vampiros no se detenían. Y no lo harían.

El general Nóvikov cerró los ojos y, entre gritos, disparos y explosiones, recitó para sí unos versos que conocía y le gustaban, y que le parecieron apropiados allí, al final de las cosas.

No entres dócilmente en esa buena noche .

La vejez debería delirar y arder cuando se acaba el día .

Rabia, rabia contra la luz que se esconde .

Aunque el sabio cerca del fin a la tiniebla no haga reproche ,

dado que a su verbo ningún rayo ha confiado vigor ,

no entra dócilmente en esa buena noche .

Rabia, rabia... contra la luz que se esconde .

5

Condujeron de vuelta al mismo lugar donde se reencontraron con el sol, después de salir de la tormenta. Salieron temprano, tan pronto el día empezó a clarear, después de dormir en la Rueda. No hubo mucho tiempo para presentaciones, pero tanto Sonia como Jimmy se convencieron de que eran buena gente, gente que luchaba por sobrevivir, y lo hacían juntos.

—Encontramos toda esa parafernalia militar en un campamento abandonado —le había explicado Ginni mientras comían con fruición una cena a base de mazorcas de maíz y salchichas de lata—. Los vampiros habían hecho allí una masacre..., pero dejaron todas las cosas. Todas las armas, todo. Había un tanque, pero aquí nadie sabe pilotar un tanque y, de todas maneras, no nos pareció un vehículo muy apropiado para luchar contra los vampiros.

—Estoy de acuerdo —dijo Sonia con la boca llena. A veces se perdía en la

explicación y su mente se alejaba, dirigiéndose a Josh, a Jared y a los demás. El cielo estaba cubierto otra vez por las estrellas y la luna, y sin la contaminación lumínica de las ciudades, ¡menudo espectáculo era!

—Había cuervos, y perros. Muchos. Por los cadáveres. Nos llevó un rato convencerlos de que se fueran de allí. Pero nuestro campeón, Bolt Powder, apañó esa monstruosidad que has visto, la que usamos para enfrentarnos a los vampiros, con piezas recicladas y unos cuantos sopletes. Lo llamamos *Bella*.

Sonia miró el camión de basura personalizado.

—Ya has hablado de... ese Bolt Powder antes. ¿De qué es campeón?

Ginni asintió.

—De matar vampiros —dijo—. Deberías verlo. Ya lo verás. Si... vuelve. Es un poco especial. Ha estado siempre con nosotros, pero todo este tiempo... ha estado ocupándose de esos monstruos.

—¿Si vuelve? —preguntó Sonia.

—Tiene una extraña idea en la cabeza —dijo pensativa—. Cree que es alguien..., bueno, especial. Que lo que hace no es casual. Que tiene un talento extraordinario para matar vampiros, y esa parte..., bueno..., es totalmente cierta. Descubrió una pista en alguna parte. Tampoco quiso contar mucho, solo me dijo que tenía que irse. Algo sobre una villa llamada Vanidad donde creía que había un vampiro, uno de los grandes. De los grandes de verdad. Y quería investigarlo.

—Oh —exclamó Sonia. Pero seguía distraída, y Ginni lo notó enseguida.

—Bueno —dijo—. Mañana volveremos. En cuanto amanezca.

Sonia asintió.

Ginni cumplió. Antes incluso de que abriera los ojos, la mujer ya estaba en la puerta de la caravana que le habían asignado para pasar la noche, con su inseparable compañero Nolan.

Ginni le gustaba, sí. Y Nolan también.

Cuando llegaron, la tormenta seguía allí, inamovible, como si el viento que soplaba esa mañana no consiguiera desplazarla lo más mínimo, con su característico corte transversal. Aunque la había visto desde lejos y había vivido muchos días bajo su influjo, aún no se había acostumbrado a su presencia.

Sonia esperaba que Jared y los demás estuvieran allí esperándolos, pero... Era una previsión demasiado optimista. Allí no solo no había nadie, sino que tampoco había huellas que les hicieran pensar que podían haber pasado por ese lugar.

Estaban dentro. En alguna parte. Dentro.

—Está bien —dijo Ginni desde la plataforma superior de *Bella*, con su fusil de francotirador apoyado contra el hombro—. Plan de distracción, chicos. Entramos y avanzamos hasta la marca. Nolan, haz rugir el motor, ¿quieres? Tenemos que atraer toda su atención. Cuanta más, mejor. Mientras tanto, los demás vais con las motos por... ese lado de allí, entre los árboles. A ver qué veis.

—Deberían estar en la carretera, cerca de la intersección con la autovía —apuntó Sonia.

—De acuerdo —asintió Ginni—. Entonces...

Se calló.

Se calló antes de que los demás oyeran nada, pero el murmullo lejano que había hecho que Ginni se callara y girara la cabeza con expresión preocupada se hizo audible muy pronto.

Sonia retrocedió un par de pasos.

Era...

El murmullo se convirtió en estruendo, un ruido que todos conocían bien a esas alturas. Sin moverse del sitio, se quedaron mirando, sabiendo lo que venía.

Eran vampiros.

Cientos de monstruos corriendo hacia ellos por la carretera, entre los árboles, saltando sobre los arbustos. Varios cientos, conformando una muchedumbre ruidosa que gritaba y los miraba desafiante.

Jimmy retrocedió, súbitamente estremecido. Luego lo recordó: el sol. Se dijo que el sol los protegía, pero por un instante pensó que los vampiros iban a superar la barrera de la tormenta e iban a cruzar el campo hacia ellos; se dijo que... habían averiguado cómo. De alguna manera.

Pero los vampiros se detuvieron en el linde. Casi todos. Los que venían detrás empujaron inadvertidamente a los primeros y estos cayeron bajo la luz. Se estremecieron, recorridos por un dolor lacerante, y empezaron a humear y a hincharse como si fueran a explotar, pero saltaron otra vez a la protección de la sombra de la tormenta y se perdieron entre la multitud vociferante que lanzaba sus brazos hacia ellos.

—Por el... amor de Dios —exclamó Claire.

Unas tímidas llamas escaparon por los ojos y la boca de un par de monstruos, y esos no regresaron. Ardieron como yesca seca. Jimmy había visto algo así en un documental. Lo llamaban combustión espontánea. Siguieron caminando bajo el sol, ciegos, sordos y perdidos entre el fuego que los consumía, hasta que cayeron al suelo, totalmente destruidos.

Ginni miró a Sonia.

Esta le devolvió la mirada.

—No... —susurró—. No, no, no.

Sonia bajó apresuradamente de la plataforma y se dirigió hacia ella.

—Mis... Nuestros amigos... están... están...

Sonia asentía mientras se acercaba, preocupada. Cuando Ginni llegó hasta ella, le puso las dos manos en los hombros sin dejar de mirarla.

—No... no nos van a dejar pasar —susurró.

—¡Están ahí dentro! —explotó Sonia—. ¡Están ahí! ¡Sé que están vivos!
¡Tienen que estarlo!

Ginni asentía, triste.

—Escucha... Mañana volveremos... Te lo prometo.

—¡Pero podemos entrar por otro lado! —dijo Sonia, y mientras lo decía, miró a un lado y a otro, y descubrió que todo el linde estaba lleno de vampiros, mirase donde mirase. Bocas. Bocas abiertas con dientes como cuchillos, mirándolos desafiantes.

Y oyó voces. Voces guturales, gomosas, extrañas. Eran los vampiros. Algunos gritaban cosas.

— *¡Estáis muertos!*

— *¡Tú estás muerta!*

— *¡Tú también estás...!*

— *¡Os encontraremos!*

— *¡Os rajaremos la garganta!*

— *¡... toda la sangre!*

— *¡Jimmy, estás muerto!*

— *¡Sangre!*

— *¡... puta zorra, te arrancaremos el corazón del pecho!*

— *¡Putas!*

— *¡Muertos, todos muertos!*

Sonia los miraba, súbitamente sobrecogida. Triste. Furiosa. Pero, sobre todo, impotente.

—Mañana —decía Ginni en voz baja—. Te lo prometo.

Recordó a Josh, mirándola a los ojos con las manos en sus hombros, diciéndole algo parecido, hacía solo... menos de veinticuatro horas.

«Los traeré de vuelta, Sonia. Te lo prometo.»

Se lo prometió, pero... ¿dónde estaba?

Empezó a llorar.

Josh. Jared. Laura... Pip.

Jimmy se acercó a ella y la abrazó.

Se mantuvieron así un rato, abrazados, y esta vez Jimmy lloró con ella, pero con los dientes apretados de rabia.

6

Amanecía también en Sacramento.

Rachel West despertó con el sonido de la radio. Era un sonido horrible para despertar. Tanteó con la mano en la mesita de noche y cogió el aparato. El puñetero indicador de batería baja volvía a estar encendido. Tenían muchísimas pilas, y debía de haber trillones de unidades repartidas por todo Estados Unidos, pero... ¿y si se acababan? ¿Cómo se fabricaría una puñetera pila?

—West —respondió.

—Señorita West —dijo una voz—. Eh... hemos ido a donde nos dijo anoche, a recoger el equipo y todo eso...

—¿Pay? —preguntó—. ¿Eres Pay?

—Sí, señorita West. Pay Relish.

—Sí, dime.

—Pues verá..., hemos ido, como le decía, a recoger el equipo. Las palas y todo lo demás. Pero..., caramba, cuando hemos llegado, nos hemos encontrado con una sorpresilla, ¿sabe?

West se pasó la mano por la cara para desperezarse.

—¿Una sorpresilla? —preguntó—. ¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

—Bueno, Rey dijo que habría unos tipos, ¿no? Que ni habláramos con ellos. Que cargáramos las cosas y todo eso y nos fuéramos cagando leches...

—Sí —susurró West.

—Bueno, pues... ese es el tema. Están todos muertos.

Rachel pestañeó.

—¿Cómo dices?

—Están todos muertos, señorita West. ¡Aquí mismo! Quiero decir... ellos y ellas, todos. Entre los coches que usted dijo. Y...

—Voy para allá —exclamó.

Cortó la comunicación y suspiró largamente. Pensó durante unos instantes, pero resolvió que no había nada que pensar. Cambió el canal y pulsó el botón del aparato.

Al cabo de unos momentos, la voz de Rey sonó por el altavoz

—¿Rachel? —preguntó preocupado—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí, sí. Oye. ¿Puedes recogerme en el coche? Y si lo encuentras, trae a Burke.

—Sí, claro. —Una pausa—. Voy para allá.

—Gracias —dijo, y cortó.

Todos muertos, había dicho Pay.

Pensó que... ojalá tuviera café. Porque se hubiera tomado uno.

7

Como el día anterior, el coche de Rey se detuvo en mitad de la carretera. La vieja furgoneta de Pay Relish estaba allí también. Vieja, polvorienta, oxidada. Cuando la veía por ahí, Rey se preguntaba por qué demonios no la cambiaba, ahora que había vehículos abandonados por todas partes. Tal vez fuese por la pegatina. Llevaba una cochambrosa pegatina detrás que decía I LOVE, y debajo, CANADA, pero alguien había borrado la C inicial y la A final, y también parte de la D, de manera que lo que se leía realmente era: I LOVE ANAL. Dudaba que Pay Relish se hubiera dado cuenta.

La furgoneta estaba detenida junto a las palas y los picos. Nadie parecía haberlas movido o tocado desde el día anterior; sin embargo, otra cosa había cambiado.

West los vio inmediatamente.

En el mismo sitio donde los dejaron, cerca de la misteriosa frontera, estaban los vehículos de los guardianes y también sus cuerpos. Sus... cadáveres.

Pay saludó, levantando la mano. Junto a él había otro tipo, pero Rachel era incapaz de recordar su nombre.

—Pay —dijo Rey.

—Ya lo ven... —señaló Pay sin más preámbulos—. La he llamado enseguida, señorita West. Están tiesos, caramba. Muertos y bien muertos. ¿Quién carajos eran, amigos de ustedes?

Burke se había acercado a los cuerpos y les estaba echando un vistazo.

—No, Pay —respondió Rachel—. Nada de amigos.

—Oh, entonces me imagino que están mejor muertos.

—Probablemente —asintió Rachel acercándose a Burke.

Rey la siguió.

—Un disparo —dijo Burke señalando a Cicatriz, el tipo del chaleco que estuvo hablándoles—. En la cabeza. Un disparo perfecto...

—Ya lo veo —dijo Rey—. Ese también.

Caminaron entre los cadáveres, diseminados alrededor de unas tiendas de campaña que debían de haber montado para pasar la noche. Todos tenían disparos limpios en la cabeza o en el corazón, en mitad del pecho.

—Vaya —dijo Burke mirando la herida—. Me encantaría saber de... balística y esas cosas.

—Es un calibre grande —dijo Rey—. Es cuanto sé. He visto un par de disparos de bala antes. No eran como estos.

Rachel lo miró, y Rey se encogió de hombros.

—Tengo mis años —dijo—. No me ha dado tiempo a contártelo todo.

Rachel asintió.

—Apuesto a que alguien con experiencia podría mirar las heridas y decir desde dónde les dispararon.

Rey asintió.

—Desde luego.

—Pero no lo sabemos... —dijo West—. ¿No?

Rey negó con la cabeza.

—¿Alguien en el Plaza podría? —preguntó ella.

—No creo, West. Además, pienso que será mejor mantener esto entre nosotros, por ahora.

Rachel asintió.

—¿Quién ha podido matarlos? —preguntó en voz baja.

—Uno de los nuestros, no —afirmó Rey—. No creo que nadie en el campamento tenga un fusil como este. Desde luego, si lo tiene, lo ha mantenido en secreto.

Burke seguía mirando alrededor.

—Se me ocurren varios sitios desde donde podrían haber disparado. Pero tuvo que ser rápido. No les dio tiempo a nada. Tal vez... Tal vez a esos dos de ahí —apuntó, señalando dos cuerpos—. Están cerca de los coches. Puede que cuando empezaron los disparos corrieran a protegerse.

—No les fue muy bien —observó Burke.

—Imagino que en algún momento tuvieron que asomar la cabeza — exclamó Rachel—. Los francotiradores deben tener la paciencia a prueba de bombas.

—Probablemente.

Ahora todos miraban alrededor, mientras Pay y su amigo esperaban cerca del montón de palas.

—Imagino que estáis pensando lo mismo que yo —susurró Rachel.
Rey asintió. También Burke.

—¿Y bien? —preguntó Rachel—. ¿Estamos en peligro?

—Creo que no —dijo Rey—. El que ha hecho esto parece que es enemigo de los vampiros y de sus guardianes, sin duda. Es bastante curioso que estos tipos aparezcan y, en la primera noche, se los carguen a todos.

Rachel asintió.

—Pensaba lo mismo.

—Además, alguien con esta destreza podría haber causado bastante revuelo en el campamento, de haber querido. Muchos de nosotros vamos por ahí a hacer cosas. Por no hablar de Miles y los suyos. Podría haber ido cargándose gente y deshaciéndose de los cuerpos sin que nadie hubiera sospechado nada. Todos habríamos pensado que... se trataba de vampiros.

—Sí —asintió Burke—. Estoy de acuerdo.

Rachel suspiró.

—Entonces tenemos un bonito rompecabezas aquí —apuntó—. Tenemos lo que está enterrado en el lugar del mapa, y un... una especie de protector secreto.

—Por ahora —dijo Rey—. Pero... no bajemos la guardia.

Burke asintió.

—Está bien. Y... ¿qué hacemos ahora? —preguntó.

Rachel no lo pensó mucho.

—Vamos a ver qué demonios hay enterrado en ese puñetero lugar, ¿no os parece?

Rey asintió.

8

Donehogawa Parker, perfectamente camuflado entre unos arbustos a una distancia impensable, la cara y las manos cubiertas por barro extraído del suelo, bajó el fusil de francotirador. Había visto bastante.

Eran la gente del campamento preguntándose qué había pasado, sin duda. Ya los había visto antes, sobre todo a ella. Era difícil que una mujer con su aura pasara desapercibida. Estaba destinada a grandes cosas.

A veces había considerado la opción de presentarse allí, pero... pero eso complicaría las cosas. Su trabajo como Guardián de la Puerta Oriental le exigía patrullar el perímetro del lugar sagrado durante todo el día. ¿Cómo les explicaría que no podía contribuir a las tareas que se les pedían a todos los miembros del

campamento porque el Gran Espíritu le había enseñado el destino para el que había nacido? Sabía demasiado bien lo que el hombre blanco pensaba de esas cosas. El hombre blanco no sabría ver un espíritu ni aunque apareciera rodeado de luces centelleantes y acompañado de cincuenta bellezas rubias.

Donehogawa tampoco precisaba compañía, así que se mantenía oculto.

Seguiría guardando el lugar sagrado a toda costa, especialmente a partir de ese momento. Si los monstruos lo codiciaban tanto como parecía, ahora que se había ocupado de su pequeña comitiva, las cosas se iban a poner...

Feas.

Muy pero que muy feas.

9

Nadie hubiera pensado jamás que ese lugar apartado en el Yukón canadiense se convertiría, en cuestión de días, en el lugar donde se daba cita la mayor concentración de personas y maquinaria pesada que la humanidad hubiera conocido nunca.

Alkibiades había estado ocupado. Utilizando la colmena para dirigir las mentes y los destinos de millones de personas, había desviado cantidades ingentes de recursos de producción desde toda América: materiales, maquinaria, mano de obra. Podía escudriñar las mentes de los hombres y mujeres cautivos para extraer los conocimientos que requería, no solo de construcción, sino también de arquitectura; toda la experiencia de cientos de miles de individuos que habían dedicado su vida al negocio de la construcción le brindaban sus conocimientos sin resistencia: su experiencia, su saber hacer.

Alkibiades estaba realmente admirado. La cantidad y la calidad de conocimiento almacenado en esas mentes sobre técnicas constructivas era sencillamente desbocado. En los tiempos en los que la Tusla Edron original fue construida, estaban limitados a la disponibilidad de materiales y técnicas que determinaban sus características y dimensiones. Piedra, ladrillos de barro cocido y los primeros esfuerzos de integración plástica, antes incluso de Mesopotamia, al aplicar esmaltes a esos ladrillos. A veces utilizaban polvo mezclado con agua que se transformaba en algo similar a la piedra y que se empleaba para hacer bóvedas livianas. En aquella época, Tusla Edron no había conocido los beneficios del hierro, su fantástica capacidad de modulación, ni tampoco el vidrio, y desde luego no el acero o el cemento armado. Este último permitía llevar la construcción a nuevos paradigmas de resistencia y cobertura. Pero las

técnicas que empleaban en la actualidad... Oh, el hombre parecía haber encontrado la manera de burlar las leyes de la mismísima gravedad. Estructuras livianas, delgadas y altas como montañas, puentes colgantes, gigantescas bóvedas, techos que se extendían sobre superficies enormes con sujeciones mínimas. Prodigios. Maravillas. En la cabeza de Alkibiades se levantaba una Tusla Edron prodigiosa, imposible, como nunca antes pensó que podría levantarla.

Así que allí, en una posición aventajada, inmutable e inamovible, Alkibiades escudriñaba su obra y su ejecución, y lideraba su ejército de hormigas, a las que hacía moverse hasta la extenuación. Y así era: hombres y mujeres trabajaban febrilmente, sin descanso, las miradas perdidas y la voluntad reemplazada por la de Alkibiades. No había turnos de comida o de descanso, no había sueño. Simplemente caían desfallecidos al suelo, incapaces ya de sostenerse o de trabajar al ritmo que él les exigía, y algunos, muchos, simplemente morían.

Levantada sobre el esclavismo integral, de la mente y del cuerpo, Tusla Edron, o mejor dicho, la fundación de Tusla Edron, crecía, y lo hacía a pasos agigantados: una alfombra de proporciones bíblicas de maquinaria, personal humano, grúas, y una malla estructural que se extendía durante kilómetros en las llanuras nevadas canadienses. Una construcción impresionante, la más grande que el hombre hubiera intentado acometer jamás. Si se observara desde el aire, daría la sensación de que el hombre construía una nave espacial para escapar del planeta con toda la humanidad dentro.

Pero las estructuras esenciales que Alkibiades levantaba allí, las mismas que en el pasado habían cimentado la Tusla Edron original agrandadas hasta ocho veces su tamaño primigenio, no atendían ansias megalómanas, ni se trataba de una ciudad al uso, un lugar para que Alkibiades, los Nueve Mogs de Tusla Edron y los otros Naahvrantaar convivieran. El Naahvrantaar era un ser de fuego, desde luego, y aunque también lo era de tierra y gustaba de tener un lugar al que llamar hogar, tenían una nación entera para elegir un lugar, y, en cuestión de poco tiempo, tendrían el mundo.

Tusla Edron tenía otra finalidad.

Era, básicamente, un canalizador. Redistribuía la energía del Moh Shafa del que Alkibiades era un profundo conocedor, la esencia de la colmena que unía mentalmente a todos los Naahvrantaar, y la conexión profunda que los ligaba con el mundo y los investía del poder sobrenatural que emanaba de las estructuras íntimas y esenciales de toda la creación. Esta fuerza no había pasado

desapercibida para el hombre, aunque apenas había rascado su superficie; se habían paseado por un iceberg sin descubrir que, bajo la masa de agua, había una montaña sumergida. Cómo el hombre había llegado a atisbar esas características en su historia no estaba claro, pero parte del principio energético que alimentaba Tusla Edron había sido expresado, en ocasiones, en forma de pequeñas pirámides que habían caído en pseudociencias que muchos calificaban de risibles, como el esoterismo.

Pero cuando los trabajos en Tusla Edron alcanzaran cierto estadio..., cuando la fundación de Tusla Edron estuviera completa, entonces no haría falta que Elexia siguiera devolviéndole al hombre dolor y sufrimiento, traición por traición, y lo que el hombre llamaba tormenta...; cubriría el planeta en su totalidad, para siempre, sin que quedara ni un solo resquicio de tierra que el sol pudiera alcanzar en modo alguno, ninguna planta, nada. En absoluto.

Y Tusla Edron crecía, envuelta en grúas, máquinas, estructuras, dolor y muerte.

10

Llovía, y o mucho se equivocaban, o el día estaba más oscuro que de costumbre.

Liz Sheehan había preparado mochilas con abrigo, que consiguió del edificio de la constructora como había dicho Wendy. Al menos esa parte era verdad. Y Jason no iba mal. Había estado practicando, caminando durante algunas horas alrededor del edificio redondo, poniéndose a prueba, y salvo alguna punzada, la espalda respondía bien.

Con el abrigo puesto y los pertrechos colocados, miró a Liz con una sonrisa.

—Vale —dijo, soltando todo el aire de sus pulmones—. Pues... creo que estoy listo. ¿En marcha?

Liz asintió complacida. Había esperado mucho, pero por fin podían seguir su camino.

—Al ojo de la tormenta —respondió.

—A ver en qué acaba todo esto... —dijo Jason.

Empezaron a caminar, como se empiezan todos los grandes viajes y las empresas difíciles: con un paso después del otro.

En la distancia, oculto por los arbustos, un oso silencioso e impassible los vio alejarse.

Mientras Rey, Rachel West y Burke se preguntaban si estaban a salvo o no en el extremo nordeste del Plaza, muchos de los hombres y mujeres que formaban parte de esa comunidad se mantenían pegados a la radio.

Escuchaban la voz de un locutor balbuceante e inexperto, con el pecho encogido y los ánimos bajos, sobrecogidos, abrazados unos a otros.

—«... en llamas. No hay... No hay caso, está todo en llamas, es lo que les puedo decir. Es como... si se hubieran fagocitado a sí mismos... todos esos soldados, han empezado a atacarse unos a otros, divididos en dos bandos, a un lado y a otro. No creo que nadie lo esperara... Aquí, los reporteros que... Lo siento, la visión me ha impresionado. Vivamente. No lo esperábamos. Eran... ¿Se dan cuenta?, eran lo único que se interponía entre los monstruos y nosotros. Creo que la esperanza acaba de morir en nuestros corazones... Sí, ahora sí que... Ahora no sé... No sabemos adónde ir. Nadie lo sabe. Desde que la Coalición de Defensa fue literalmente arrasada en el enclave de control de los Pirineos, unido a la caída de París, de Francia... el efecto ha sido envolvente. Ya no se trata de puntos de tensión; los vampiros se han diseminado por todas partes. Esta tarde recibíamos todos el temor de la noche con la noticia de que había ataques confirmados en Bélgica, Luxemburgo, Suiza... también en Argel y Túnez, y más allá... Definitivamente, tienen serios problemas en Múnich, Austria y Croacia. Y Grecia..., bueno, ya saben lo de Grecia. Es... la Marea Roja, ¿no? La Marea Roja. Se extienden como un huracán y dejan infectados allí donde aparecen, y estos se convierten a su vez también en vampiros. Son... incontenibles. Lo están comentando mis compañeros para la televisión en estos momentos: ¿Qué va a pasar? Es la gran pregunta. ¿Qué va a pasar?, ¿qué... oportunidades tenemos, realmente? No sabemos ni... ni... ¿qué?».

De pronto, se produjo un silencio en la radio.

—«Oh, Dios mío... —exclamó el locutor de repente—. Oh, Jesús bendito...».

Ruido de gente gritando. Ruido de pasos a la carrera. Un disparo.

—«Mary Helen —susurró el locutor entre sollozos—. Te quiero, cariño. Te quiero... Te...»

Gritos.

Y... silencio.

Alguien apagó la radio con un gesto lento.

Nadie lo dijo, pero el mundo... el mundo se estaba convirtiendo en un

verdadero infierno.

12

Hubo un sonido, como el de una explosión. Alan sintió calor en el rostro, también en la mano, que protegía la nuca de Ben. El niño ni siquiera temblaba, exhausto como estaba. Cuando abrió los ojos, vio cuerpos en llamas delante suyo, y escuchó sus gritos, tan agudos que resultaban insorportables.

Un proyectil voló por el aire, sobre su cabeza, hasta impactar con los monstruos que había detrás. Una especie de... flecha, con algo ovalado en su punta, y la cabeza llameante. El proyectil alcanzó a los cuerpos y estalló con un sonido de cristales rotos, y casi en el acto, una ávida lengua de fuego se apresuró a devorar a los vampiros. Alan pestañeó. Ni siquiera fue consciente de que, cuando todo parecía perdido, acababan de salvar la vida.

Se giró, con el chico en brazos, los ojos muy abiertos.

Allí, encima de una roca, había un hombre con un arco en la mano. Un hombre. Ni siquiera podía verle bien la cara, pero era un hombre.

El hombre sonrió.

—Casi, ¿eh? —exclamó, mientras los vampiros sin ojos correteaban alocados convertidos en fogatas vivientes.

Alan balbuceó algo ininteligible. Tal vez quería decir «gracias». Tal vez otra cosa. Pero el hombre contestó igualmente.

—Cole —dijo— Me llamo John Cole. Pero casi nadie me llama nada estos días.

Alargó la mano, brindándoles una cantimplora.

—¿Un trago? —preguntó.

Después de unos segundos, Alan sonrió con lágrimas en los ojos.

Fundación
Carlos Sisí

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de portada, Planeta Arte & Diseño

Imagen de portada: © Joe Therasakdhi / Shutterstock y Ragil SP / Shutterstock

Diseño de interior e ilustraciones, Carlos Ruiz

© Carlos Sisí, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-450-0773-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com